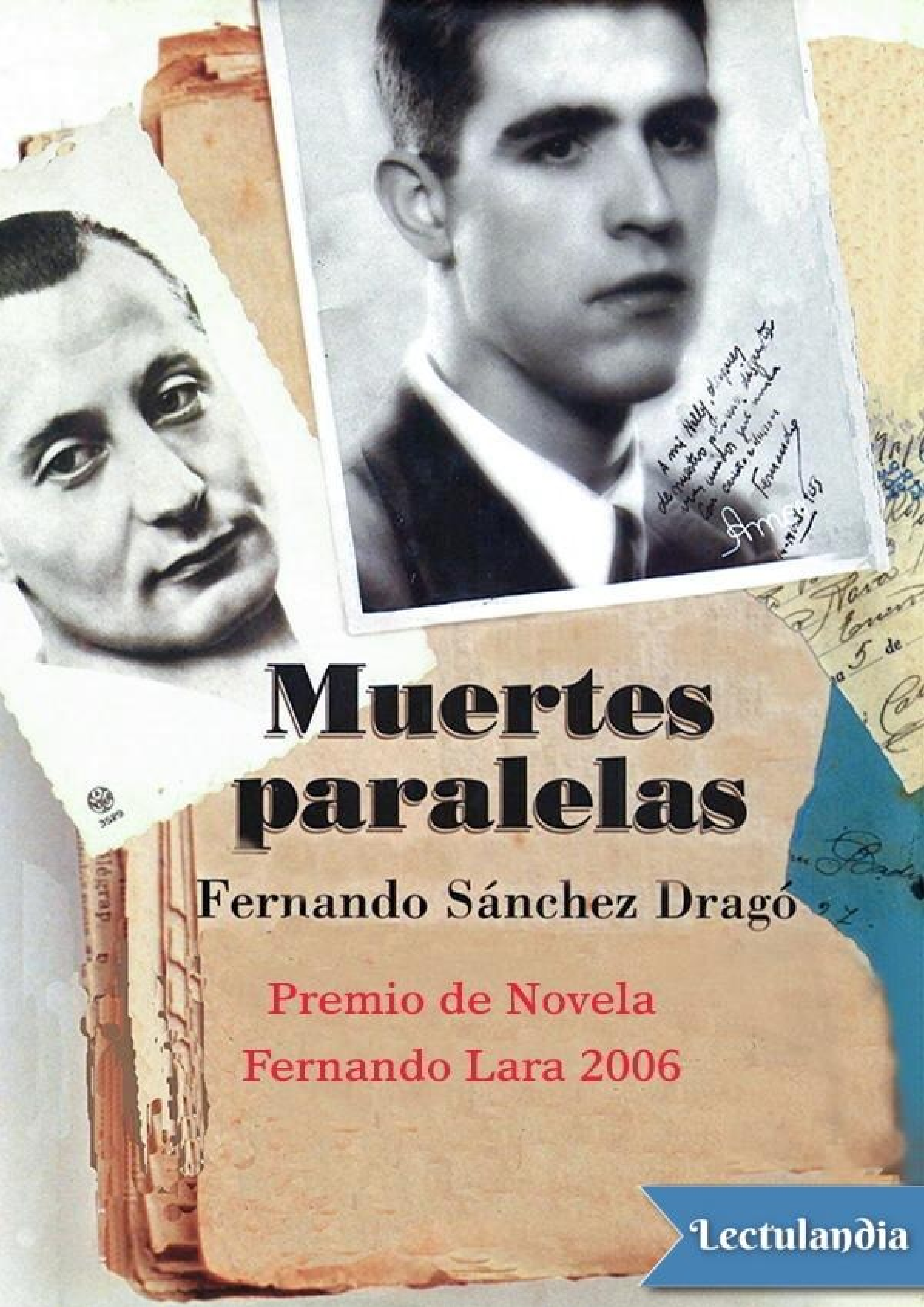

Muertes
paralelas
Fernando Sánchez Dragó
Premio de Novela
Fernando Lara 2006
Lectulandia

El 17 de julio del 36, a eso de las cinco en sombra de la tarde, entró don Indalecio Prieto en la cafetería de las Cortes y comunicó a los periodistas allí reunidos que la guarnición de Melilla se había sublevado. El padre del autor, que dirigía la agencia Febus, filial de El Sol y de La Voz, cogió un coche, dejó a su esposa, embarazada, en el piso donde el autor nacería dos meses más tarde y se fue hacia el sur en busca de información. No regresó nunca. El 14 de septiembre del mismo año, después de una asombrosa peripecia, fue paseado en Valladolid. Su mujer, en octubre del 37, cargó con su hijo, aún bebé, y con su hermana, de trece años, y emprendió la búsqueda de su marido campo, guerra y muerte a través de un país en llamas. Este libro reconstruye milimétricamente, con escrúpulo de historiador y tenacidad de detective, adentrándose y braceando quien la escribe en la espesura de un árbol genealógico cuyas raíces se remontan al siglo XIX, la triple y conmovedora odisea vivida por su padre, al que no conoció, por su madre y, en tercera persona, por el hijo al que ambos engendraron.

Sólo en las últimas páginas de esta novela, en la que el autor ha vertido muchos años de brega y de lucha consigo mismo, con su linaje y con los demonios del país en que nació, se recurre a la ficción.

Fernando Sánchez Dragó, esta vez, juega fuerte. Muertes paralelas es, por cantidad, calidad, intensidad y originalidad, una obra mayor. Novela, sí, pero no de ficción: en ella no se cuenta nada que no sea históricamente cierto ni esté rigurosamente documentado. Nunca, nadie, había escrito nada así a cuento de una guerra -la del 36- sobre la que han corrido ríos de tinta. Estamos ante un libro titánico, concebido al modo de una tragedia clásica, por el que cruzan las sombras de Orestes, Edipo, Ulises, Hamlet, Segismundo y, también, las de José Antonio, García Lorca y otras muchas víctimas, en los dos bandos (o en ninguno), de lo que el autor llama «muertes paralelas»: las de quienes no murieron en el frente, sino que fueron asesinados en la retaguardia.

Lectulandia

Fernando Sánchez Dragó

Muertes paralelas

ePub r1.0
Titivillus 04.08.16

Fernando Sánchez Dragó, 2006
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi padre, a mi madre, a su hijo…
Y a mi tía Susana Dragó,
único árbol de aquel bosque genealógico
que sigue, como yo, en pie

… Ya no busco en las estrellas y en los libros, sino
que empiezo a escuchar las enseñanzas que me
comunica mi sangre.

HERMANN HESSE

Retirado en la paz de estos desiertos, con pocos
pero doctos libros juntos, vivo en conversación
con los difuntos y escucho con mis ojos a los muertos.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Diéronle Muerte y Cárcel las Españas.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Español de pura bestia.

CÉSAR VALLEJO

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma,
tan temprano.

MIGUEL HERNÁNDEZ

… tua me, genitor, tua tristis imago saepius occurrens
haec limina tendere adegit.

La Eneida, VIRGILIO

~~ INTROITO ~~

ESPAÑOLITO QUE VIENES AL MUNDO

Invierno de 1956

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal me[1] ha derribado.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Dos de la tarde del primer día del mes de febrero de 1956, Dirección General de Seguridad, Madrid. Un joven de buena familia —casi un adolescente. Cumplirá veinte años en octubre— aguarda, sentado en un sillón de patas tambaleantes, a que dos inspectores de la Brigada Político-Social terminen de pasar a limpio su declaración. Uno de ellos, de pie junto a una mesa de oficina cubierta de borrones y lamparones, sujeta entre los dedos de su mano diestra un puñado de folios rebosantes de garabatos y lee en voz alta y a trompicones lo que el reo —muy pronto lo será— ha confesado a lo largo de las dos jornadas anteriores. El otro, instalado ante la mesa y convertido, momentáneamente, en mecanógrafo, aporrea con el dedo corazón de cada mano las teclas de una Underwood desencajada y así, fatigosamente, va trasladando a la claridad de las letras de molde lo que su compañero, con farragosa torpeza, le dicta. De vez en cuando, entre dubitativo e inquisitivo, el sabueso levanta los ojos, enarca las cejas y escruta el rostro del muchacho en silenciosa y agónica demanda de un gesto de aprobación que, efectivamente, no se le niega. El detenido, sin dejar de felicitarse para sus adentros por la asombrosa credulidad de la que, en apariencia, hacen gala sus esbirros, asiente, frase tras frase, a lo que escucha y da, implícito, el *nihil obstat* y concede el *imprimatur* a la cochambrosa versión de sus palabras que el inspector le propone. Lo hace, eso sí, con expresión compungida y mohines de niño bueno, de alumno aventajado del Colegio del Pilar, de virtuoso congregante de María Inmaculada, de pipiolo de barrio pera —nació y ha vivido siempre en el de Salamanca— incapaz de romper las reglas del juego vigentes en el mundo feliz y almohadillado que desde la infancia lo rodea.

Ya se ha dicho: el chaval lleva allí, en los despachos, calabozos y dependencias de lo que la gente llama, a palo seco, *Sol*, por la cercanía de la Puerta y plaza del mismo nombre, algo más de cuarenta y ocho larguísimas, interminables horas. Su detención se inscribe en el oleaje de las medidas represoras —militares, culturales y sociales—

adoptadas por el gobierno a raíz de los incidentes que un par de semanas antes se han generado en el interior de la legendaria Casona de San Bernardo, sede aún de las facultades de Derecho, Políticas y Económicas, y en el dédalo de las calles adyacentes. Un grupo de personas —estudiantes, en su mayoría, a quienes el Caudillo, con sorna y retranca gallegas, calificará de *jaraneros y alborotadores* en una carta remitida al conde de Barcelona muchos años después[2]— ha organizado, atizado y protagonizado el primer motín antigubernamental surgido intramuros del recinto universitario en los diecisiete años de historia del sistema político impuesto *manu militari* en toda la nación el día 1 de abril de 1939.

El aldabonazo, que el Régimen no se esperaba, ha sido de aúpa, y terribles y temibles han sido también la conmoción suscitada y la desproporcionada —aunque previsible— reacción de un gobierno perezoso, distraído, confiado y largamente acostumbrado a la forzosa calma chicha de la posguerra. La universidad está cerrada y el ejército, acuartelado. Se ha suspendido durante tres meses la vigencia de dos artículos del Fuero de los Españoles: los concernientes al *habeas corpus* —interpretado a la española— y a la libertad de movimientos, de desplazamientos y de residencia. El rector[3] ha dimitido, se supone que motu propio. Dos ministros[4] y un decano[5] han sido sustituidos sin contemplaciones de la noche a la mañana por gentes de escasos escrúpulos, obediencia probada y sólida lealtad. Los acontecimientos —inusuales, a decir poco— se suceden y precipitan, mordiéndose los talones, y el toletole de las habladurías agiganta su tamaño, su significación, su alcance, sus consecuencias. Un estudiante falangista[6], malherido en la cabeza por la bala loca de un disparo al aire, forcejea con la muerte entre las sábanas, los tubos, los electrodos y los algodones de sabe Dios qué escondido centro hospitalario. Sus compañeros de centuria, solícitos, le velan fraternamente con el corazón apretado y los dedos en las cachas y gatillos de las pistolas dialécticas, mientras los jerarcas del grupo paramilitar al que pertenece, exasperados por el lance, a todas luces fortuito, y por la monumental algarada —diez mil universitarios desgañitándose en la Gran Vía— que lo ha precedido, anuncian por los micrófonos en sordina de radio macuto que volverán, si su correligionario muere, a las andadas en el 36 y *pasearán*, en el más ominoso sentido figurado de la palabra, a las cabezas rectoras de los disturbios y a los agitadores que han participado en ellos. Circula ya, a cuanto se dice, una lista negra encabezada por el ex rector, por el ex decano y por el ex ministro de la República José María Gil-Robles, y en ella figura, junto a varios de sus amigos, camaradas y acólitos, el joven activista detenido, que no lo ignora, porque Joaquín Ruiz-Giménez, desposeído ya de la cartera del Ministerio de Educación, es primo segundo de su madre y, *sotto voce*, jugándosela y demostrando así que es hombre de honor, la ha puesto al tanto de lo que se avecina.

En eso, mientras los inspectores siguen cansinamente con su tarea y el cautivo, expectante, mira, escucha y calla, irrumpe como una tromba en la habitación el comisario Roberto Conesa, célebre por su sagacidad y su ferocidad[7], que sin mediar

palabra se sitúa detrás del detective taquimeca, lee por encima de su hombro lo que desmañadamente está escribiendo, monta en cólera, saca por las bravas el folio del carro de la Underwood, lo rasga con un encarnizamiento que sorprende, incluso, a sus colegas, tira los trozos al cesto de los papeles y, congestionado, amenazante, despótico, aúlla:

—¿Qué clase de policías sois vosotros? ¡Pandilla de inútiles! ¡Este niñato de mierda os está tomando el pelo! ¡Venga! ¡Vuelta a empezar! Hoy no se come. Quiero una declaración nueva de arriba abajo[8].

Galopa luego el futuro superagente, cada vez más encabritado, hacia una estantería colgada de la pared en el extremo opuesto del despacho y atiborrada de libros, coge uno de ellos —pesadísimo, enorme, casi colosal—, se va con él a cuestas hacia el sillón del detenido, lo arroja bruscamente sobre sus rodillas y, fuera de sí, con las facciones desencajadas, prognato el mentón y los ojos saliéndose de las órbitas, brama:

—¡Lee esto, pedazo de cabrón con pintas rojas, y después de vomitar, si te parece, hablamos!

El preso inclina levemente la mirada, sin perder de vista, por si los puños de su interlocutor se desmandan y llueven hostias, al energúmeno que bracea y berrea frente a él, y alcanza a distinguir de reojo, en la portada del mamotreto, su título: *Causa general*.

—Anda, mira las fotos y entérate de lo que hicieron durante la guerra tus amiguitos.

Lo dice bajando un poco la voz y en tono más cordial, como si contemporizase, pero en seguida vuelve a alzarla para añadir a gritos:

—¡Y así, de paso, te enteras también de que para hacer revoluciones hay que tener pelo rizado en los cojones…

El chaval, pese al dramatismo de la situación, repara con absurdo y fugaz regocijo de estudiante de Letras y aprendiz de escritor en la sonora y chusca evidencia de que al comisario le ha salido un pareado.

—… y a ti acaban de destetarte y si te retuercen la nariz, todavía echas leche por el culo, niñito de la calle de Serrano e hijo de la gran puta que te has metido en esto porque eres un resentido!

Una mueca de estupor, inmediatamente reprimida, aflora al rostro del prisionero, que no esperaba el adjetivo ni —salta a la vista— está conforme con él, y que con cauteloso desconcierto, cargando la suerte sobre la última sílaba de la pregunta, indaga:

—¿Resentido *yo*?

—Sí —remacha el policía—. ¡Resentido, más que resentido, que estás aquí porque nosotros matamos a tu padre!

¿Nosotros?

Un manotazo duro, un golpe helado, / un hachazo invisible y homicida, / un

empujón brutal le[9] *ha derribado…* Quizá se entienda ahora mejor el porqué de la cita de Miguel Hernández colocada en el encabezamiento de este capítulo.

Y, sin duda, se entenderá, efectivamente, mucho mejor después de leer lo que a continuación se explica. Abramos un paréntesis.

El joven detenido es hijo póstumo y huérfano de guerra. Es también, por añadidura, uno de los miles de españolitos que vinieron al mundo mientras su país —su patria… ¡Ja!— ardía por todos los costados y se descosía por todas sus costuras. Había nacido en la capital —Villa sin Corte— de lo que ya no era un reino, sino —simultáneamente— una República y una Dictadura, el 2 de octubre de 1936. Nadie sabe a ciencia cierta si —ni hasta qué punto— la fecha y la hora del nacimiento marcan de por vida a las personas con el sello de los signos del Zodíaco, pero por si acaso, y al socaire del beneficio de la duda, no está de más añadir que en tal día como ése, aunque de distinto año y en muy distantes pagos, nació también el *mahatma* Gandhi, héroe supremo, mártir inútil y símbolo universal del pacifismo y de la *ahimsa*[10].

Y pacifista, aunque guerrero sin soldada, era ya a la sazón, y el correr del tiempo no haría sino consolidar y radicalizar esa postura, el niñito de la calle de Serrano y pedazo de cabrón con pintas rojas que tanto encono verbal suscitaba en el comisario Conesa.

¿Casualidad o inflexible ley de horóscopo y causalidad?

Da, en este caso, lo mismo.

El joven detenido, decíamos, nació en Madrid setenta y seis días después del Alzamiento, cuando ya la más cruel y la más cruenta de las infinitas guerras civiles de la historia de España ensangrentaba de costa a costa, de punta a punta, de frontera a frontera, la nación, y nunca conoció a su padre, asesinado en Burgos el 14 de septiembre del mismo año.

Al joven detenido, como suele suceder en tales casos, nadie le explicó en su primera infancia, antes de hacerse mayorcito, ir al colegio e iniciar el estudio de la historia de su país (lo que tampoco le habría servido de mucho, habida cuenta de que la enseñanza de esa asignatura nunca, o muy rara vez y con cuentagotas, incluía lo sucedido en el siglo XX), los pormenores —macabros— y las circunstancias —peculiarísimas— en las que se había producido la desencarnación y tránsito de su progenitor al más allá. Le dijeron, simplemente, que lo habían matado en la guerra, sin aclararle quiénes —ni dónde, ni cuándo, ni cómo, ni por qué—, y el rapaz, como es lógico, llegó por su cuenta a la tranquilizadora conclusión de que los autores del crimen habían sido los *malos*, esto es, los *rojos*, a quienes todo el mundo en torno a él, incluyendo los medios de comunicación y el runrún de la calle, y excluyendo a los miembros de la familia paterna, que callaban o desviaban la conversación cuando el asunto salía a relucir, culpaba de los desastres bélicos.

El joven detenido *troqueló* como dicen los etólogos, esa partidista y arbitraria asignación de responsabilidades en su cerebro infantil y no la removió ni siquiera

cuando muchos años después llegó a la universidad, entró en el Partido Comunista y, por la brecha de éste, intervino activamente, muy activamente, en la asonada y los sucesos del 56. La convicción de que su padre había muerto a manos de los enemigos del Movimiento Nacional no le impidió convertirse a su vez en enemigo de éste, de Franco y de cuanto el uno y el otro representaban. De ahí, pues, su espantada sorpresa y el cañonazo de adrenalina que lo zarandeó al enterarse precisamente allí, en Sol, en las dependencias y cámaras de los horrores de la Brigada Político-Social, en el sanctasanctórum del aparato represivo del Régimen, de que los culpables de su orfandad no habían sido los rojos —los *malos* de su niñez—, sino los azules, que ahora eran (o se lo parecían) sus adversarios. Algo más que una mera cuestión cromática.

Lo que se dice una revelación, un cortocircuito de alta tensión, un terremoto del alma, una tempestad de la conciencia.

Cerremos el paréntesis, reanudemos el relato.

Aún vibran en el aire las últimas palabras de Conesa. Son, para el detenido, un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal…

—¡Resentido, más que resentido, que estás aquí porque nosotros matamos a tu padre!

El joven —el huérfano— no da crédito a lo que oye. El desconcierto inicial deja paso al más vivo y visible estupor. Palidece su rostro, le falta el aire, el mundo —su infancia, su adolescencia, su juventud— se le viene abajo, olvida los riesgos de la situación en que se encuentra, su corazón es un caballo loco que galopa por la sangre con cascos sin herraduras, le estallan las sienes, le hierve —indignado— el espíritu, sus pensamientos se nublan, le abandonan las ideas, está aturdido, noqueado, sólo puede *sentir*…

Punto de ignición, sí, pero también, y sobre todo, de *agnición*: ese que en el teatro lleva al reconocimiento de una persona cuya identidad, hasta un momento antes, se ignoraba. Tras él, en la tragedia griega, surgía la *catarsis*, la purificación, la regeneración, la liberación… Y, a veces, la apoteosis.

Los espectadores se deshacían así, no sólo *reconociendo* a los personajes, sino también *reconociéndose* a sí mismos, encarnados en ellos, y compadeciéndolos de las secuelas negativas generadas por los excesos de las pasiones que el desenlace trágico expiaba. Y eso los redimía, los manumitía, los sanaba, los limpiaba, los hacía mejores. La autoestima, que es condición necesaria (y, a menudo, suficiente) para conciliar la libertad con la responsabilidad —el querer con el deber—, alcanzando así la felicidad que sólo una conciencia tranquila proporciona, pasa siempre por el *nosce te ipsum*, por los misterios de Eleusis, por la clara percepción del propio yo. Se ama lo que se conoce. La agnosia conduce a la insensibilidad y convierte a los hombres en marmolillos, en zombis, en carne de grey.

El joven detenido vuelve, de ese modo, en sí, gracias al bofetón cognoscitivo

—*un empujón brutal*— que le propinan las palabras de Conesa. Comprende que nunca sabrá quién es ni podrá gobernar su propia vida si no averigua antes quién fue, cómo vivió y, sobre todo, cómo murió su padre, y decide —convergente en ese afán con el afán que movía a los héroes de la tragedia griega— salir en su busca, rescatar de la ignorancia, que es madre del olvido, su memoria y, en definitiva, enfrentarse —como Edipo, como Electra, como Orestes, como Antígona— a los ángeles y demonios, a las Euménides y Coéforas, del Destino.

Aquel joven de diecinueve años, que ahora, en el momento de empezar a escribir estas páginas, tiene sesenta y siete, era yo[11], y el libro que, Dios mediante, saldrá de ellas, si su intención no se tuerce, supone la culminación de aquel lejano propósito de juventud, recoge y describe todos y cada uno de los círculos concéntricos —personales y generales— originados por aquella repentina tempestad del alma, refleja el resultado de una investigación mantenida —con distracciones, con altibajos, con largas etapas de desfallecimiento— durante cuarenta y ocho años, y cuenta la historia del asesinato de mi padre, de cómo mi madre buscó vanamente a su marido a lo largo de casi dos décadas, y de los largos, lentos y, en su mayor parte, ay, tardíos pasos que aquel joven dio, que yo mismo di, convirtiéndose (y convirtiéndome) para ello en detective, en zahorí, en rastreador de huellas, en ladrón de tumbas reales y en arqueólogo forense, hasta llegar al trozo de estéril y dura tierra donde todavía hoy descansan —es un decir— los restos mortales de un periodista colmado de vida, cargado de futuro y nacido para ganar que un mal día del mes de julio de 1936 salió con lo puesto de su casa, dejando en ella a una mujer que lo increpaba desde el mirador y, en su vientre, a un hijo, animado sólo por el noble, aunque también, por excesivamente ambicioso, egoísta afán de cumplir con su deber y sin imaginar que, a causa del cainismo crónico y de la incurable violencia inherentes al carácter de sus compatriotas, ya nunca regresaría a la ciudad en la que había nacido menos de treinta años antes, a los suyos, a su profesión, a los amigos, al porvenir, a la esperanza, al amor…

Pero no sólo eso. Este libro también cuenta o, por lo menos, quiere contar, más bien evocar y lamentar, la historia —muertes paralelas, consignas convergentes, infamias equivalentes, fratricidios análogos— de José Antonio Primo de Rivera y, a su trasluz, la de Miguel Hernández y Antonio Machado, la de Federico García Lorca y Pedro Muñoz Seca, la de Maeztu, la de Ledesma Ramos, quizá (aunque con crecientes reservas) la de Buenaventura Durruti y, en todo caso, la de los cientos y cientos de miles de españolitos de la primera mitad del siglo XX que vinieron al mundo en un país permanentemente malhumorado y probablemente irredimible, y en una época de abyección generalizada, y a los que esa época —*dies irae*— y ese país invertebrado, bicéfalo, esquizofrénico, envidioso, perezoso, iracundo, rústico, virulento, sadomasoquista y parricida helaron el corazón. Yo soy uno de ellos. Nací, ya lo dije, en el 36.

Termina aquí este preludio, este exordio trágico, esta obertura lúgubre, esta

invitación a la danza de la muerte, pero consiéntaseme, antes de entrar en ella y de incorporarme al baile, un desahogo y un exabrupto que, seguramente, muy pocos, entre mis paisanos, compartirán y a casi nadie agradará. Pero debo decirlo —los escritores somos samuráis, escribir es rajarse la tripa— y lo digo: *lamento profundamente haber nacido español*.

Castilfrío de la Sierra, Alto Llano Numantino, 18 de julio de 2004.

~~ PRIMER ACTO ~~

EL PADRE

17 de Julio de 1936
a
14 de septiembre del mismo año

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Ignoro la fecha exacta, pero sé[12] que muy pocos días antes de que el general Francisco Franco se alzara en armas y atravesara el Estrecho, mi padre, Fernando Sánchez Monreal, periodista, ex redactor de *La Voz*, copropietario, director y gerente de las agencias de noticias Noti-Sport y Febus, inventor y fundador de lo que después fuera *Goleada*[13] hijo de uno de los hombres —mi abuelo Gerardo— que pusieron en marcha la Asociación de la Prensa, amigo y discípulo predilecto y supuesto *delfín* de don Manuel Aznar (abuelo, a su vez, del político que en 1996 llegaría a ser jefe del gobierno español), casado dieciocho meses atrás con una alicantina que se llamaba Elena Dragó y que en aquel momento estaba encinta de un nascituro destinado a convertirse, doce semanas después, en el primer hijo varón del matrimonio, y miembro del grupo republicano y conservador de Miguel Maura, se encontraba en el Congreso, sito —ahí sigue— en la madrileña Carrera de San Jerónimo. Unos metros más abajo, o quizá más arriba, pero en la misma acera —de eso me acuerdo muy bien. El escenario se mantuvo hasta mucho después de que yo alcanzase la mayoría de edad— abría sus postigos y mostraba su exquisito y elocuente escaparate la tienda de molduras, marquetería de lujo, grabados, libros selectos y reproducciones de pinturas célebres que mi tía Luisa, prima hermana de mi madre, hija del historiador, crítico de arte y académico de San Fernando Luis Pérez Bueno y cónyuge de un indiano cuya familia había hecho fortuna en Panamá, poseía y regentaba. El negocio, cuya clientela procedía de las clases más pudientes de la ciudad, llevaba el nombre de la familia paterna de su esposo: Ruiz Vernacci. Reténgase, por favor, este apellido. Dará juego.

Si mi padre no se hubiera dejado caer aquella tarde por el Congreso, en mecánica (acaso… Tampoco lo sé) reiteración de una rutina cotidiana que lo era también en la vida de muchos de sus colegas, no habría, seguramente, sucedido nada de lo que después sucedió. Pero así de trivial, de casual, es, en apariencia, el *fatum*.

Eran días difíciles, inciertos, funestos, presagiosos. Es de suponer que sus Señorías, dentro y fuera del hemiciclo, anduvieran turbadas, como mínimo, con el clima político y social que se respiraba en el país y despistadas por las noticias alarmantes, muy alarmantes, que subían de Africa. Los tambores del frufrú castrense, los gritos y susurros de la voz del pueblo y la sordina de los mentideros institucionales, políticos, periodísticos e ideológicos propalaban entre sonrisas aviesas, guiños de complicidad y gestos de contrariedad el rumor, con rango de noticia e ínfulas oraculares, de que un grupo de espadones sediciosos y ambiciosos, entre ellos el general en jefe —no era aún caudillo de nadie— de las guarniciones destacadas en las islas Canarias iba a sublevarse de un momento a otro contra el orden (o, según algunos, el desorden) legal de la República. España entera, de mar a mar, de río en río, de monte en monte, se había convertido en un inmenso patio de vecindad habitado por chisperos con trabuco y verduleras de navaja en liga. Nadie, fuera de los prestigiosos militares que estaban en el ajo, conocía la fecha elegida a ciencia cierta, pero todos daban por hecho que era cosa de pocos días y que muy pronto se despertaría, organizaría y acostaría el país a toque de corneta. Los clarines del miedo, las murallas de Jericó, la misa de réquiem por tres mil años de intrahistoria.

Mi padre estaba aquella mañana —¿o sería por la tarde?— en el corrillo de los periodistas encargados de la información parlamentaria cuando apareció en él, salido de no sé dónde, el señorón y figurón de la prensa don Manuel Aznar, fundador y ex director de *El Sol*, a quien todos respetaban y muchos reverenciaban, que se incorporó, adusto, conminatorio, al cotarro y, una vez en él, lanzó al aire desde el plinto de su indiscutida autoridad un desafío disfrazado de pregunta:

—¿Qué pintan aquí los periodistas jóvenes? ¿Es ésa su forma de entender el oficio? ¿Por qué no están ya en el ojo del tifón?

Fernando Monreal, que firmaba así sus artículos, renunciando —como a menudo lo hago yo. ¿Será genética?— al apellido de sus mayores en el desempeño de la profesión, se picó, aceptó el envite, salió del Congreso, cogió un taxi, lo encaminó hacia su casa (Lope de Rueda esquina con O’Donnell. Allí nací yo, allí murió mi madre hace cosa de tres años, allí sigue viviendo mi hermano Billy), subió a ella sin esperar el ascensor, metió un par de mudas en un maletín, se despidió abruptamente de su mujer después de ponerla al tanto de sus intenciones y sin prestar ni siquiera un amago de atención cortés a sus súplicas, a sus lágrimas, a sus reproches, a sus insultos, a la cólera que relampagueaba en sus pupilas, a su vatídica y fatídica convicción —rotundamente expresada— de que quien busca el peligro en él perece, se desasió de ella, bajó atropelladamente a la calle saltándose los escalones de tres en tres, miró hacia arriba, vio —asomada y llamativamente embarazada. Sería la última vez. Nunca más volvería a posar sus ojos en ella— a la madre de su futuro hijo, desoyó la maldición bíblica que aquel ser frágil, grácil, rabioso, desamparado, desesperado, le lanzaba, *in extremis*, como un santo óleo, desde el mirador, y sin más,

instalado ya en el asiento trasero del taxi que lo aguardaba ante el portal, emprendió su loca carrera hacia el vacío, hacia la soledad, hacia la ausencia, hacia la nada.

Se habían conocido unos años antes en el ascensor del Palacio de la Prensa de Madrid. Allí estaba la agencia Noti-Sport, allí tenía mi padre una de sus oficinas, allí acudía a diario cuando las urgencias y exigencias de su profesión no le obligaban a irse, de ciudad en ciudad, de noticia en noticia, por todas las ramas del ancho mundo.

Mi madre andaba de compras y chicoleo por la zona en compañía de una de sus primas —sería, seguramente, Niní, hermana de Luisa (la de la tienda), pero no puedo certificarlo a pesar de saber que alguna vez lo supe. Jugarretas de la memoria— y entró en el edificio impelida no tanto, supongo, por la intención de requerir el servicio de una modista que allí los prestaba, cuando por una de esas misteriosas sincronías, o causalidades que, simultáneamente, pespuntean, roturan, condicionan y revelan la trama del universo.

Los dos eran muy jóvenes. Ella algo menos que él, poca cosa, cuestión de meses, pero ninguno había cumplido aún los veinticinco años. Sus miradas se cruzaron en la cabina del ascensor, que lo era también de bajada, cosa inusual para la época, y el periodista quedó inmediatamente prendado de aquella señorita rubia, guapa, ingenua, coqueta, tímida, sentimental, bien educada y provista de unos ojos cuyo iris reproducía el color del mar alicantino. Nuestro hombre, sobra decirlo, sólo se percató en aquel instante mágico —el del érase una vez— de lo primero y de lo último, esto es, del dorado fulgor de la melena que se detenía antes de llegar al hombro de la desconocida y del intenso azul mediterráneo que desprendían sus ojos, pero no necesitaba más. Salió tras ella, discretamente, cuando el ascensor se detuvo en la planta baja, y siguió Gran Vía abajo, Alcalá arriba y, luego, hacia la izquierda, por Conde de Peñalver, que a la sazón se llamaba Torrijos, hasta desembocar en Lista, hoy Ortega y Gasset, donde la angelical desconocida, huérfana de madre desde los catorce años, vivía acompañada por su padre, que era ingeniero industrial con mando y peso en una importante empresa de hidrocarburos, por sus dos hermanos menores —mayores no los tenía— y por un ama de llaves y alma de Dios, refugium peccatorum, paño de lágrimas y persona de confianza —Paquita— a la que quería casi tanto, por lo menos, como habría querido a su madre caso de que ésta no hubiese fallecido bruscamente, víctima de una apendicitis tratada con aceite de ricino y transformada así en peritonitis, cuando ella era poco más que una chicuela mimada, despreocupada y feliz.

En cuanto a lo restante —el cortejo y noviazgo que de ese seguimiento relativamente clandestino (Elena, a la que mi padre llamaría muy pronto Nelly, miraba de vez en cuando, con decoro, hacia atrás, se percataba de la persecución a la que aquel apuesto joven la sometía y daba un codazo, entre rubores y bisbiseos, a su prima) se derivaría— basta con dejar correr un poco la imaginación, debidamente recortada, embridada, encauzada y represada por la lógica. Los chicos de la prensa

son expertos en pesquisas. Por eso y para eso los pagan. Mi padre no tardó en averiguar quién era la desconocida, se hizo con su número de teléfono, la llamó, desarmó sus reticencias y se ganó su confianza paseando tercamente día tras día, hora tras hora, al caer el sol, bajo las ventanas góticas y balcones ovalados de aquella vivienda de gente acomodada, supo no sé cómo —quizá por la prima Niní, con la que probablemente había trabado interesada y utilísima relación de amistad y chichisbeo— cuál era la flor predilecta de su dulcinea, se fue al mercado de la cercana calle de Díaz Porlier, compró todas las lilas disponibles en sus tenderetes (que al parecer eran muchas. Sería, supongo, por primavera), las envió al edificio de Lista sin especificar el remitente, pues consideraba, acertando, que cualquier aclaración al respecto sería redundante y estaría, por ello, de más, puso así en un habilidoso, agradable, irreprochable y eficacísimo brete a la destinataria del chaparrón floral, constriñéndola a dar una retahila de explicaciones no por triviales y consabidas menos difíciles al severo y austero autor de sus días, que refunfuñó, amenazó y al cabo transigió, y a habilitar a toda prisa, colmados ya los floreros, maceteros, jarros, jarras y jarrones de la casa, la única bañera existente en su ámbito para que acogiese por las bravas —quedándose en ello corta— el excedente de tan curiosa, vistosa y olorosa declaración de amor.

Pongamos —imposible es ya, con ayuda o sin ella, reconstruir la exacta cronología de lo que estoy contando— que todo aquello sucedió al hilo de la primavera de 1932. Un par de años después, a lo sumo, mi futura madre y mi futuro padre contraían matrimonio en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Covadonga, que todavía existe —está en la plaza de Manuel Becerra, a la que ahora llaman de Roma— y en la que infinitas lunas más tarde bautizaría yo, a regañadientes, a mi primogénito y único hijo varón.

Todo, pues, había sucedido como suceden las cosas en las películas de trama sentimental, atmósfera romántica, teléfono blanco y final feliz. Pero ni los novios llegarían a comer todas las perdices de monte que la fábula augura ni el happy end fue otra cosa que, simplemente, un buen comienzo. Los recién casados, eso sí, iban a quererse con rara intensidad y luminosa e inusual felicidad hasta que la muerte, como había sugerido el cura en el momento culminante de la ceremonia, los separara, pero la intrusa en cuestión hizo acto de presencia y levantó su vuelo mucho antes de lo que en buena lógica, y atendiendo a las estadísticas, cabía esperar; Omnia vulnerant, sentencian —seguros de sí y agoreros— los relojes de sol, et ultima necat[14]. La comedia, de hecho, no tardaría en derivar a tragedia.

Tengo, mientras escribo, una fotografía al alcance de los ojos. Está enmarcada y colgada de una pared frente a mi mesa de trabajo. Sólo puedo verla de costadillo, girando ligeramente la cabeza y mirándola de soslayo. Un paspartú de color cremoso la rodea. En su reborde inferior, descentrado y sesgado hacia la izquierda, hay un

membrete que dice: *Hotel Nacional Madrid.* El establecimiento no ha desaparecido, pero ha cambiado de nombre. Allí fue donde mis padres celebraron su boda y obsequiaron a sus familiares, amigos y colegas con el festín de ritual.

En la foto, de configuración apaisada, aparecen cincuenta y seis personas —cinco niños entre ellas— cuyos rostros, en este momento, trato de identificar. No es fácil. No lo es, al menos, en todos los casos. Desde la altura de sus ojos forzosamente ciegos más de quince lustros nos contemplan. Son, mayormente, musarañas, sombras chinescas, figuras de cera, pajaritas de papel, y sólo de papel, que revolotean, confusas, desdibujadas, por los rincones más remotos y polvorientos de mi memoria sin atinar a posarse en la casilla que les corresponde. Es lógico. Peor aún: es natural. Y lo es, mal que me pese, porque casi todas esas personas están muertas. Sobreviven sólo, entre quienes con fatiga alcanzo a reconocer o a suponer que reconozco, mi tía Susi —hermana menor de mi madre— Totó, prima de ambas, y tres primos por parte de padre. Uno de ellos, por si no bastara con lo dicho, tiene Alzheimer o algo muy similar, de modo que…

Miro y remiro volitiva, afanosamente, la foto, que lo fue de las que llaman *de familia*, y sin poderlo evitar me estremezco, me conmuevo, me acojono. Discúlpeseme el palabro. Sé que desentona, sé que no es reflexivo, sino emotivo, que no es en su sustancia un verbo, por más que lo parezca y se conjugue como tal, sino una interjección, una exclamación, un lamento de animal herido, y precisamente por eso, porque raspa, porque duele, porque hiere, es por lo que recurro a él. Insisto: casi todos están muertos. *¿Sic transit?* ¿Es ése, como puesto ya el pie en el estribo asegurara Gil de Biedma, *el único argumento de la obra*? Los yunques y crisoles de las almas, como inquiriese Antonio Machado en lo que quizá sea su mejor poema, su más alto y hondo *de profundis, ¿trabajan para el polvo y para el viento?*

Me resisto a aceptarlo, pero debo admitir, sea como fuere, con o sin esperanza de inmortalidad escatológica, que no es ya, a todas luces —o a todas sombras— *de familia* la foto que compulsivamente estoy manoseando y escudriñando. Lo es en realidad, con la exigua corrección y excepción numérica que quedó mencionada más arriba, prácticamente *de difuntos*. Y sin embargo, por indiscutible e inapelable que nos parezca el dicho de que la muerte iguala, no todos los finados presentes en la foto (y de la vida ausentes) son, en puridad, iguales. Hay entre ellos dos, sólo dos, a los que ni siquiera la curva hoja —el meticuloso y habilidoso rasero— de la guadaña ha conseguido equiparar en la hora suprema (ni tampoco, qué menos, *post mortem*) a los demás comensales del banquete. Cruzaron éstos, sí, el río del olvido, y lo hicieron puntual, disciplinadamente, aunque no surcasen sus aguas en tropel, sino en fila india y más o menos rala, pero antes de morir, benditos sean, *vivieron*. Vivieron mucho o poco, bien o mal, a trancas y barrancas, en calma chicha o con el viento en popa y el velamen grávido, henchido, pero todos y cada uno de ellos, incluso en los peores casos, en los más breves, en los más duros, en los menos favorecidos por el hado, surcaron los mares y araron las tierras de la vida durante el tiempo necesario y con el

mínimo de intensidad suficiente para no irse al Valhala, suponiendo que el Valhala exista, con el currículo en blanco y las alforjas hueras.

Uno de esos dos desdichados —seres que apenas fueron, porque la muerte se los llevó cuando aún estaban llenos de vida— es (era) mi primo Chipi, hijo de Joaquín Ruiz Vernacci y Luisa Pérez-Bueno, que se fue a Rusia con la División Azul, el corazón en ascuas y la cabeza erguida, y volvió de allí con los pies por delante y en cajón de madera. Tenía, como mucho, veintipocos años.

El otro muerto en agraz, en flor, en barbecho, era (es) mi padre… La única persona, por cierto, de las que aparecen en la foto a la que estos parrafillos hacen referencia, que sonríe con evidente plenitud, con intensa alegría, con apabullante seguridad, con avasalladora esperanza.

Se ve a la legua: estaba, curiosamente, lleno de vida —más, mucho más, que mi propia madre, recién casada y un sí es no es asustada, la pobre, y que los restantes invitados a la boda, sin excluir a los niños—, pero eso no le impidió ser la única persona entre cincuenta y seis, ¡malhaya!, que veinte meses más tarde estaría, de bruces o no, quién lo sabe, mordiendo el polvo —y el *sudor* de la agonía, y el *hierro* de las balas… Toda la cantinela del Cid— de la *terrible estepa castellana*.

En fin… Decía Jung, en frase que yo he citado oralmente y por escrito hasta aburrir al mundo (y, en él, a mis lectores), que *la vida no vivida es una enfermedad de la que se puede morir*.

Pero mi padre no murió de eso. Mi padre murió antes. Mi padre murió sin que las fuerzas del mal que anidan en el corazón del hombre le permitiesen vivir su vida.

Lo primero que hizo Fernando Monreal después de salir de su casa, y de abandonar en ella a los dos miembros —nascituro yo— de su incipiente familia, fue decir al taxista que lo llevase al lupanar ubicado en el edificio del cine Capitol, que aparcara ante su puerta y que lo esperase allí. No era un capricho motivado por la perentoria necesidad de echar un caliqueño de los de aquí te pillo, aquí te mato, por más que semejante apremio estuviera avalado y fisiológicamente justificado por la avanzada gravidez y la abultada barriga de su legítima esposa, a la sazón en el sexto mes de mi andadura corporal, sino por el deseo de correr la aventura que en aquel mismo instante acometía no a solas y, por así decirlo, en descampado, sino acompañado por alguien de su misma cuerda —la de la amistad. No hablo de ideologías, pues mi padre, a cuanto sé, descreía de ellas— y de la misma colla profesional y empresarial.

En pocas palabras: Fernandito Sánchez Monreal —así, con trato de diminutivo, se refería a él casi todo el mundo, y del mismo modo, *Fernandito*, me llamarían a mí también, dieciocho años más tarde, en la jerga familiar y amistosa del Partido Comunista, de la Brigada Político-Social y de los grupos de oposición a Franco[15]— estaba convencido de que allí, en el burdel mencionado, encontraría, pese a lo

intempestivo de la hora, a su colega Luis Díaz-Carreño, que trabajaba, como él mismo lo había hecho, en la redacción del periódico *La Voz*.

Nadie se escandalice. Corren ahora duros tiempos de hipocresía, mojigatería y corrección política, pero no siempre, por fortuna para los escritores y demás seres humanos, ha sido así. Épocas hubo —la de los años de la Segunda República, sin ir más lejos— en las que imperaban por estos pagos la libertad de expresión y, sobre todo, porque es factor que cuenta y pesa más en la vida de las personas, la de costumbres, ¡evohé!, sin necesidad alguna de que a los políticos de turno, ya fuesen de derechas, ya de izquierdas, se les esponjaran las carnes e hincharan los mofletes restregándonos pomposa y continuamente por los tímpanos, como hacen ahora, el embuste y la bernardina de que disfrutamos, oh, de un *régimen de libertades* sin parangón en la geografía ni en la historia, cuando la verdad es justamente la contraria. Y punto en boca, no voy a entrar ahora en ese asunto. Estoy harto de líos.

Tiéntense el alma cuanto quieran y apresúrense a cerrar la hebilla del cinturón de castidad las monjas del feminismo y los inquisidores del trágala de la corrección política al escuchar lo que estas líneas aseguran, pero lo cierto es que los chavales de la prensa eran por aquel entonces, según todas las croniquillas y comidillas que han llegado a mis oídos, putañeros a más no poder, lo que, como parece lógico, generaba un variopinto trasiego de mozas de vida airada y una no menos pintoresca proliferación de mancebías, en todas sus variantes, por los alrededores de las sedes de los periódicos, agencias de noticias y emisoras de radio. No olvidemos que frente a la plaza del Callao, junto al Capitol, y en la acera opuesta a éste se levantaba y se levanta lo que todavía hoy, incólume entre los desmanes de la arquitectura y ajeno al zafarrancho estético de la modernidad, designa todo el mundo con el nombre —ya mero *flatus vocis*— de Palacio de la Prensa.

Ignoro, porque de tales y tan execrables y delicados asuntos no se habla, y menos en presencia de un niño o —a mayor abundamiento— de un adolescente, y menos aún cuando su urdimbre implica, aunque sólo sea en calidad de testigo y cómplice platónico, al progenitor del mismo, si mi padre militaba o no en esa cáfila, la de los puteros, digo, pero parece ser —y bien está. Ahí me las den todas— que el infortunado Carreño, a quien la tocata, *pizzicato* y fuga en la que se vio envuelto terminó saliéndole igual de cara, guarismo por guarismo, sumando por sumando, que a su compañero de aventura y desventura, sí que lo hacía. Allá él, y *peccata minuta*. Insisto: no seré yo quien lo censure. Las cortesanas siempre me han inspirado simpatía, curiosidad, interés antropológico y, a veces, incontenible concupiscencia. Las mujeres honradas no me gustan, y los varones pacatos, tampoco. ¿Para qué sirven los órganos sexuales si no es para ser usados? ¿Sólo para procrear? Venga, venga…

Desahogos. Discúlpeme el lector. Sé que esta digresión no viene a cuento, pero siempre me ha gustado ver al duque cuando iba por atún, y viceversa.

Confío, con todo, en que los deudos y descendientes del cuitado que aún no hayan fallecido —dicho sea sin propósito de mal fario. El bueno de Carreño tenía diez años

más que mi padre— y que, por curiosidad o por casualidad, o por simple gentileza, echen un vistazo a este libro no se me alboroten ni encocoren, no se lo tomen a mal, no se sientan heridos, no arremetan contra quien lo firma. Quede, por lo demás, nítida constancia de que tampoco yo —aprendiz de Sherlock Holmes sin cachimba ni cocaína— tengo muy claro a estas alturas de la investigación en qué medida es o no veraz la especie relativa al burdel de marras y a sus parroquianos de la prensa ni de dónde, con exactitud, procede. De mi madre, figurémonos. De sus hermanos, tampoco. De mis abuelos maternos o paternos, seguro que no. Quizá venga la noticia de labios de mi tío Modesto —socio de mi padre, su hermano menor, en todo lo que al periodismo se refiere— o de su primo (y tío segundo de este servidor de nadie) Modestito, *El Adúltero*, que es como cariñosamente se le conoce en el ámbito de la familia. Ambos eran personas locuaces, simpáticas, incisivas, dueñas de un copioso anecdotario y dotadas de un agudo y pintoresco sentido del humor.

Pero fuese o no fuese cierto el pormenor relativo al lupanar, ¿qué importa ya eso? El dato, falaz o certero, quedó lapidaria e indeleblemente escrito en la cera —tasajo hoy, más bien, cecina de fiambre zapatero— de mi memoria lejana como inscrito, *troquelado*, quedó también en la misma insensible e impasible pizarra el fatal error (*mea culpa*) concerniente a la filiación ideológica y política de los asesinos de mi padre desde mucho antes de lo que ahora, sesentón extremo a punto de convertirme en setentón bisoño, alcanzo a discernir.

Lo que, en cambio, sí que importa es, por desgracia, la evidencia de que Fernandito Sánchez Monreal sabía dónde encontrar a su amigo Luis Carreño, estuviera éste donde rayos estuviese. ¡Y lo encontró, vaya si lo encontró! Reconstruir con un poco de imaginación la escena —suponiendo que el teatro de la misma fuese, como efectivamente hemos supuesto, la casa de ramería del edificio del Capitol— no es difícil. Llegaría a ella mi padre nervioso, acalorado, acelerado, impaciente, acuciante. Espantaría como quien ahuyenta tábanos a las meretrices —gachonas, zalameras, pegajosas— y desoiría los cantos de sirena lúbrica de la madama. Sacaría luego a su amigo, pongamos, de entre los muslos de cualesquier putuela o, si las cosas no hubiesen llegado a tal extremo, levantaría y expulsaría de su huesudo asiento a la moza procazmente instalada en sus rodillas. Expondría entonces, a renglón seguido y en un pispás, la situación ante la mirada atónita del aturdido Carreño y convencería a éste, una vez recuperado el oremus, de que se vistiera despacio —para ir deprisa— y lo siguiese. Bajaría con él al taxi y ordenaría a su conductor que acelerara y pusiera el morro del vehículo hacia Atocha, hacia el Sur, hacia la carretera de Andalucía, hacia el Estrecho, hacia Tetuán, hacia la muerte… En aquel preciso instante, aunque ninguno de los dos viajeros lo supiera o lo intuyera, ambos empezaron a perder la vida, si bien ésta —puro rescoldo ya, inercia del pasado, mecanismo de arrastre del tirón del horizonte, *mariposa en cenizas desatada*[16]— culebrease aún por sus venas y tuviera por delante, mal contado, el agónico estrambote de un par de aguerridos y baqueteados meses.

Sincronías.

Mi secretario, correligionario (a veces respondón), ayudante y viejo amigo Antonio Ruiz Vega[17], que es el Watson de las pesquisas conducentes —así lo espero— a la exhumación del cadáver de mi padre y al definitivo esclarecimiento del crimen que motivó mi orfandad, entra en mi despacho —son las trece horas y trece minutos del martes del 13 de julio de 2004… ¡Qué bromas gasta la Cábala!— y me entrega un documento chocante, a decir poco, y emocionante, imprevisto e imprevisible. Se le ha venido a las manos, me explica, mientras buceaba a bulto, después de haber tecleado el nombre completo de mi padre en el tablero de mandos del ordenador, por los intestinos y vasos capilares de esa nueva deidad, de ese Minotauro antropófago, al que los hombrecillos protésicos de la centuria en curso llaman —vade retro— internet.

Otro desahogo. Procuraré contenerme.

Y a lo que íbamos…

Se trata —me refiero al hallazgo de Antonio— de la transcripción de una interesante, muy interesante, entrevista (que no lleva fecha) concedida por el celebérrimo fotógrafo Alfonso[18] —cuyo estudio aún sobrevive en la Gran Vía madrileña, cabe el Palacio de la Música— a un tal Álvaro Custodio, corresponsal en España de una ignota revista del Distrito Federal, y publicada bajo el epígrafe, sedicente, de *Memoria republicana*[19]. El entrevistado, que antes de convertirse en fotógrafo sedentario de las clases altas con obrador de lujo en sitio de privilegio había sido periodista gráfico, cuenta lo que sigue:

«En 1936 alcancé la plenitud de mi actividad en el periodismo. Durante la celebración del catorce de abril, conmemoración de la República, resultó muerto en una lucha callejera el alférez de la Guardia Civil señor Reyes. Al pasar el cortejo fúnebre por el paseo de la Castellana se produjeron algunos tiroteos desde unas casas en construcción. Cundió el pánico, perdí el tiempo, obteniendo fotos en plena acción. Quisieron requisarme la cámara, pero no me dejé. Murió asesinado el teniente Castillo, de la Guardia de Asalto, y, pocas horas después, el ex ministro y diputado a Cortes José Calvo Sotelo. Las autoridades no permitieron informaciones gráficas, pero yo entré de madrugada en el depósito de cadáveres del cementerio y pude tomar el cuerpo del líder político tendido sobre una mesa de mármol. Escondiéndome entre tumbas y mausoleos del cementerio del Este, logré escapar de la vigilancia policiaca. El diario *La Voz* ordenó a mi padre que yo saliera para Andalucía con los redactores Carreño y Sánchez Monreal porque corrían rumores de inminentes sucesos de carácter militar en Marruecos. Me negué a ir.»

Era un hombre sensato. Mi padre, por lo que de él me ha llegado, también lo era, pero en todo lo relativo a su profesión jugaba fuerte. Yo, para bien o para mal, heredaría esa virtud, que quizá sea —o parezca a quienes carecen de vocación— un

defecto.

Y añade Alfonso, un poco más abajo:

«El dieciocho de julio se produce la sublevación del Ejército contra el Gobierno republicano, presidido entonces por Santiago Casares Quiroga, siendo presidente de la República Manuel Azaña. El lunes veinte se sublevan a su vez los cuarteles de Vicálvaro, Campamento y de la Montaña, en la calle de Ferraz. Allí estuve, y mi cámara dejó constancia de la terrible lucha fratricida. Mis compañeros Carreño y Sánchez Monreal, que habían salido para Andalucía, fueron fusilados en la zona franquista.»

El resto de sus declaraciones no guarda relación directa —aunque sí, por supuesto, de través— con la tragedia que estoy evocando.

Se va a sus cosas mi colaborador, después de entregarme el texto de la entrevista y de señalarme en ella los párrafos que acabo de transcribir, y yo me quedo no sólo absorto y, literalmente, turulato por el fortuito descubrimiento de que un tercer hombre —de imagen, no de pluma— estuvo a punto de incorporarse a la expedición letal, sino, lo que es más grave, furioso hacia mi persona, abochornado e indignado conmigo mismo.

No es para menos. Me avergüenza y me encoleriza —duele, rasca, chirría la conciencia— mi incuria, mi abulia, mi tendencia a posponer lo esencial en aras de lo accidental, olvidando la norma chamánica de que la vida debe vivirse como si cada minuto fuera el último, mi pasividad (¡Quién se lo imaginaría! Precisamente yo, que siempre peco de hiperactivo), mi patética incapacidad —al menos en este caso— para tomarme las cosas en serio, para fajarme con ellas, para ordenarlas, para organizarlas, para apurarlas, para saber y querer tirar, en suma, de los hilos de la historia del drama de mi padre que la providencia, el azar o —hipótesis harto más verosímil— las sincronías[20] detectadas, verificadas y analizadas por Jung (y mencionadas por mí hace unos párrafos) me han ido tendiendo —sutiles, pero implacables— a lo largo de casi cinco décadas.

Volveré, ciertamente, sobre ello más adelante y lo haré como ahora, roído por el remordimiento, estrangulado por el arrepentimiento, tocado en mi autoestima, pero sépase ya que en infinidad de ocasiones, todas ellas desperdiciadas, he pasado e inclusive paseado por delante del estudio de Alfonso —vivo, de hecho, a corta distancia de él— y he visto en su escaparate (creo que allí sigue) el barbado y níveo rostro de mi eterno amigo Campillo[21], que desde detrás de la luna —sabiamente fotografiado por el maestro— campea e impresiona a los viandantes sin que en ningún momento, ay, Señor, se me pasara por las mientes la posibilidad de que dentro de aquel estudio viviese aún, y coleara, un hombre que se había librado por los pelos —aunque a la Fortuna la pinten calva— de compartir el fúnebre destino de mi padre y que, en consecuencia, habría podido ponerme al tanto de todo lo que sucedió en las horas inmediatamente anteriores a la precipitada iniciativa de mi progenitor.

Pondré un ejemplo: ¿Fue realmente suya —del periodista Sánchez Monreal— esa

iniciativa, tal y como siempre me dio a entender mi madre, o deberíamos, más bien, cargar la decisión en la cuenta y en la conciencia del director de *La Voz*? Lo dudo, esto último, porque mi padre —a cuanto sé— había dejado de trabajar en ese periódico al hacerse cargo de la gerencia y dirección de la agencia Febus. Tengo ante mis ojos en este momento tres recortes de prensa tijereteados, por desgracia, a ras de texto (lo que impide —ya lo averiguaré yéndome a las hemerotecas— fechar la noticia) en los que se da cuenta del almuerzo celebrado para agasajar y homenajear a mi padre por su incorporación al puesto de alta responsabilidad citado más arriba. En uno de ellos, literalmente, se dice: *Fernando S. Monreal, joven y activo, dinámico e inteligente, con capacidad organizadora y trabajador incansable, abandona el puesto que a nuestro lado* —se refiere a la plantilla de *La Voz*— *ha tenido para pasar a dirigir los servicios informativos de la agencia Febus*. Y más adelante: *Se va Fernando S. Monreal de la redacción de LA VOZ* —así, con mayúsculas en el original—, *pero queda cerca de nosotros, colaborando en nuestra propia obra, y de nuestros servicios informativos. De modo que…*

Al almuerzo en cuestión asistieron —añade otro de los recortes— casi todos los redactores de *El Sol*, *La Voz* y la expresada agencia. Hay una foto en la que aparecen veintiséis personas alrededor de una mesa bien surtida de platos, botellas y vituallas. Entre los comensales visibles figuran, además del homenajeado, su padre Gerardo Sánchez Ortiz, su hermano Modesto, el redactor jefe de *La Voz* y don Paulino Masip, director de *El Sol*[22]. Los dos periódicos citados —matutino éste, vespertino el otro — pertenecían a la misma empresa.

Por cierto, la fotografía es, precisamente, del bueno de Alfonso, cuyo logotipo —perdóneseme que recurra, miseria de los tiempos, a esa cursilada que nadie, entonces, se habría atrevido a utilizar— se distingue perfectamente en el ángulo inferior izquierdo de la imagen.

Inútiles elucubraciones, cábalas inútiles… Pasó la oportunidad: ya es demasiado tarde para todo. El hombre —el reportero gráfico— que se salvó de milagro lleva ahora catorce años en la huesa. Su testimonio, mudo para siempre, también. Descanse en paz.

Estábamos camino de Andalucía. Fernando Monreal y Luis Carreño llegaron ese mismo día —es de suponer que a duras penas— a Córdoba y allí se detuvieron. No cabía seguir. Ventajas de la época: los automóviles circulaban entonces a paso de calesa y la red viaria, angosta y zigzagueante, no permitía excesos de velocidad. Yo aún alcancé a disfrutar de ese mundo —realmente maravilloso para quien tuviera vocación de viajero— en el que ir de Málaga a Malagón, de la Puerta del Sol a Carabanchel, de Navacerrada a Cercedilla, o de Soria a Castilfrío era como hacer las Américas. Viajar no consiste en pasar de un sitio a otro. Esto es desplazarse, trasladarse, trasplantarse, mudarse, qué sé yo… O sí lo sé: eso es *turismo* (¡qué

asco!). Viajar consiste en *atravesar* cosas, casos, parajes, ciudades, mares, mundos, galaxias, personas, dioses, y quien carece de esa sensación, que además de física es, sobre todo, psicológica, no está viajando. Lo que cuenta en los viajes no es tanto la longitud del trayecto geográfico cuanto la duración del lapso de tiempo dedicado a recorrerlo. Su unidad de medida no son los metros ni los kilómetros, sino los minutos, las horas, los días, los meses… Para las tortugas y los caracoles dos palmos equivalen —psíquica, subjetivamente— a un miriámetro cubierto por la zancada humana. Por algo sostenía Faulkner que un paisaje sólo se conquista con la suela de los zapatos. Yo mismo, en cambio, con perdón, he definido en infinidad de ocasiones el viaje como «*la distancia más larga entre dos puntos*». Y ahora, en cambio, vienen los tontitos protésicos, biónicos y asalariados a decirnos, con la boca llena de ínfulas y humos, presumiendo, complaciéndose, ufanándose sabe Dios de qué, justamente lo contrario. *Ya no hay distancias*, aseguran. Y acto seguido, palpándose el celular, acariciando la agenda electrónica, masturbando el ratón del ordenador, miran hacia su coche provisto de GPS como quien contempla a la mujer amada. Imposible es hoy hablar del hombre como de *un ser de lejanías*[23]: las del alma. Lo es ya, más bien y sólo, *de cercanías* (las del impulso animal: comer, dormir, consumir, reproducirse y acumular pertenencias. O sea: creer, en suma, que únicamente se vive de pan), como los trenes que todas las mañanas transportan desde la mugre industrial de las ciudades hasta sus respectivos campos de concentración —los del *trabajo fijo*, oh, en los que piadosamente, con meliflua e hipócrita unción sacerdotal intentan confinarnos las derechas y las izquierdas… ¡Mal rayo lo parta y las parta! Su esgrima mató a mi padre— a los *hombrecillos de la llanura*[24], uncidos al yugo de la gleba, al tajo, a sus negreros y, faltaría más, a los mostradores de los bancos y del Ministerio de Hacienda por el grillete del teléfono móvil ¡Y a eso, carajo, a todo lo que acabo de mencionar en mi exabrupto, a las prisas, a las carreteras sin árboles ni curvas, a la desagradabilísima posibilidad de que el desagradabilísimo timbre de los teléfonos (o su vibración… Tanto monta) sorprenda y desasosiegue a sus titulares incluso en descampado, con la novia, en la iglesia o en el retrete, a los ferrocarriles atiborrados de bípedos con corazón de microchip y trombos de silicio, a los autobuses con carga de borregos numerados por los operadores turísticos, a todo eso, digo, lo consideran *adelantos*! ¡Pues qué bien! ¡Hoy las ciencias *adelantan*, en efecto, que es una *barbaridad*!

Más desahogos verbales. No nos queda ya mejor recurso. Son la sal de la vida de nuestro tiempo. Vivimos en pleno postapocalipsis.

Pero antes de que éste llegara, en aquella bendita (y, en España, maldita) época, aún había, gracias a Dios, distancias, ¡vaya si las había!, ya he dicho que yo alcancé a catarlas y a saborearlas, por lo que cabe deducir que Fernandito Monreal y Luis Carreño, tal como supuse más arriba, tardaron lo suyo y un poquito más en llegar a Córdoba, y una vez allí, no sé si ya con la fresca de la atardecida o a pleno sol del alto mediodía, hicieron parada y fonda, mucha fonda, aprovechando la feliz coincidencia

de que el gobernador civil de la ciudad, fuese, *in diebus illis*, un periodista amigo de ambos que se había cortado provisionalmente la coleta.

Esta última circunstancia no es, en cambio, fruto de deducción alguna ni, menos aún, licencia literaria de quien suscribe, sino dato rigurosamente cierto suministrado por otro periodista —Eduardo de Guzmán. En seguida hablaré de él— al escritor Luis Romero, que en su libro, *Tres días de julio*, dice literalmente lo que a continuación transcribo:

«Ayer, tras de haber sido informado en los pasillos del Congreso del levantamiento militar, dos compañeros de la prensa, Fernando Sánchez Monreal, de la agencia Febus, y Díaz Carreño, redactor de *La Voz*, salieron en coche hacia Andalucía. Él[25] estuvo a punto de acompañarles. Alguien le había dicho que habían telefoneado desde Córdoba, anunciando que el regimiento de artillería parecía dispuesto a sublevarse. Sánchez Monreal y Díaz Carreño han comunicado que se quedaban en Córdoba a esperar los acontecimientos, pues el gobernador civil, Antonio Rodríguez de León, es redactor de *El Sol y*, por tanto, amigo. A última hora de la tarde parece confirmarse que la guarnición de la ciudad se ha sublevado, que han cañoneado el Gobierno Civil y se han apoderado del edificio. No se comprende, por cuanto las noticias que ellos daban es que tanto la Guardia Civil como la de Seguridad y Asalto estaban con el Gobierno y que el pueblo había invadido entusiásticamente las calles cordobesas. Le inquieta y preocupa la suerte que hayan podido correr sus compañeros.»[26]

Será el propio Eduardo de Guzmán, redactor del periódico anarquista *La Libertad* y autor de varios libros, sobre todo aquel monumental fregado —el de la guerra, digo. ¿Cuál si no?—, quien complete y, parcialmente, modifique el relato de Luis Romero en una de sus obras, *La muerte de la esperanza*[27], aparecida seis años más tarde. Escuchemos lo que dice en ella…

«Somos diez los periodistas que esta tarde estival nos encontramos en el Congreso. Ninguno se muestra optimista al enjuiciar la situación, pero ni el más pesimista del grupo puede imaginar siquiera la trágica suerte que nos espera. De los diez, la mitad morirán violentamente antes de concluir el año; uno de ellos será mi hermano Ángel —redactor de *La Libertad*, lo mismo que yo—, que pierde la vida en el Alberche el 15 de octubre de 1936. Suerte igual correrá el 1 de mayo de 1940, una vez terminada la contienda, Manuel Navarro Ballesteros, de *Mundo Obrero*. De los cuatro restantes, tres —Gutiérrez de Miguel, de *El Sol*, Pérez Merino, de *Claridad*, y yo— seremos condenados a muerte en consejos de guerra sumarísimos y pasaremos en presidio los años de nuestra juventud. Sólo uno de los presentes escapará relativamente bien: Roncero, de *Ahora*, que cruzará la frontera para iniciar en Francia un prolongado exilio»[28].

Interrumpo la cita para entremeter dos observaciones. La primera se refiere, cómo no, a mi padre. ¿Por qué falta su nombre —tampoco figura el de su compañero de infortunio— en esa lista si el propio Eduardo de Guzmán, como ya sabemos, incluyó

tanto al uno como al otro en la crónica oral de esa jomada transmitida seis años antes, como mínimo, si no más, al novelista Luis Romero y por éste reproducida en su libro?

El lapsus cálami —que no linguae— carece, seguramente, de importancia, pero por si la tuviera, lo menciono. Un buen detective —y ya saben que en esta ocasión juego forzosamente a serlo— repara en todo, todo lo anota y a todo, si cabe, le saca punta.

La segunda observación concierne a la evidencia de que los periodistas citados (o no citados, pero tácitamente aludidos) por Guzmán y de tan anómalo modo fallecidos encajan como si los hubieran hecho a medida en el epígrafe y concepto guerra-civilista de *muertes paralelas* —por alusión y en contraposición a las *Vidas* de Plutarco— que no sólo se menciona en el *Primer acto* de este libro[29], sino que también campea en su portada.

Fin de la digresión. Volvamos a *La muerte de la esperanza* y recuperemos el hilo del relato…

«Un hombre de mediana estatura, cuya rapidez de movimientos contrasta con su corpulencia, asoma un momento la cabeza buscando a alguien con la mirada. Al no encontrarlo en el bar, da media vuelta y se aleja sin pronunciar palabra. Pero uno de los periodistas lo ha visto de refilón y lo ha reconocido en el acto. Toda su somnolencia desaparece de golpe y se pone en pie, dispuesto a darle alcance, mientras exclama, sorprendido:

»—¡Qué raro! ¡Prieto aquí a estas horas…!

»Todos salimos tras él. Segundos después rodeamos a Prieto en uno de los pasillos. Don Indalecio —cara redonda, párpados carnosos, ojos de miope— tiene un gesto de honda preocupación en el semblante. Nos conoce a todos y se anticipa a las preguntas que tenemos en la punta de la lengua.

»—Vengo —dice— a reunirme con la Ejecutiva del Partido Socialista.

»Hace una pausa, como si necesitara tomar aliento. Luego, dejando caer con lentitud las palabras, añade:

»—La guarnición de Melilla se ha sublevado esta tarde. Los trabajadores están siendo pasados a cuchillo.»[30]

Y unas páginas más adelante…

«Tengo el coche a la puerta —dice Sánchez Monreal, director de la Agencia Febus, a un grupo de compañeros—. Si salimos después de cenar, de madrugada estaremos en Córdoba y a mediodía en Málaga o Algeciras.

»Quieren cruzar el Estrecho y llegar a Marruecos tan pronto como se restablezcan las comunicaciones. Díaz-Carreño, redactor de *La Voz*, va con él. Yo pretendo acompañarles, pero el director del periódico en que trabajo, que acaba de llegar al Congreso, considera mucho más conveniente para *La Libertad* mi presencia en Madrid.»[31]

Incógnita despejada —la que planteé hace muy poco a cuento de la hora en la que

mi padre y Luis Carreño llegaron a Córdoba, más *lejana y sola* que nunca… No fue, no, a mediodía ni con la fresca de la tarde del diecisiete, sino en la madrugada del dieciocho, y error corregido: el de suponer, como efectivamente supuse en otra parte de este libro, aunque lo hiciera tanteando el terreno y acogiéndome precavidamente al beneficio de la duda, que la escena del bar del Congreso fue matutina y no vespertina. ¡Ya me parecía a mí harto dudosa la posibilidad de que Carreño anduviese de putas a hora tan intempestiva!

Sigue —y acaba— lo que Eduardo de Guzmán cuenta en su libro acerca de mi padre. Es esto:

«En la calle de Fernanflor, Monreal y Carreño se disponen a subir al coche del primero y a enfilar la carretera de Andalucía. Sonrientes, se despiden de algunos compañeros.

»—Mañana estaremos en Málaga, tal vez en Melilla, y sentiréis no habernos acompañado.

»(No llegan tan lejos, por desgracia. Su viaje se interrumpe en Córdoba. Es gobernador allí un redactor de *El Sol* —Antonio Rodríguez de León— que les recibe con los brazos abiertos. Cuando se presentaron en la mañana del 18 de julio la situación en la ciudad de los califas es muy tirante. Las tropas están acuarteladas y los trabajadores piden armas. Cumpliendo instrucciones de Madrid, el gobernador se las niega y se las sigue negando cuando los militares sublevados penetran en el Gobierno Civil y le detienen. También son detenidos los otros dos periodistas madrileños. Tras unas semanas de encierro, Monreal y Carreño son puestos en libertad. No pueden volver a Madrid, pero sí reunirse con sus familias, que veranean en San Rafael y han sido trasladadas a Valladolid. Superando enormes dificultades, logran llegar a su punto de destino.).»[32]

Hasta aquí la versión de los hechos dada por Eduardo de Guzmán, que ya no vuelve a mencionar en su extenso reportaje a ninguno de los dos periodistas implicados y que encarna, por cierto, en lo que me atañe y en lo que atañe a estas páginas, otra oportunidad lamentablemente desperdiciada por mi ligereza. Aludo a la que en 1973 (o, quizá, 1974) me brindó —dejándola yo pasar en vano delante de mis estúpidas narices— mi único y fortuito encuentro con el autor de *La muerte de la esperanza*, que se produjo en una de las dependencias de la oficina que por aquel entonces regentaba mi buen amigo, historiador especializado en la bibliografía de la guerra civil y ex compañero de aventuras carcelarias y de prisiones domiciliarias Ángel Sánchez-Gijón al arrimo y abrigo de la Editora Nacional, hoy difunta. Encontrábase ésta en la red de covachuelas intestinales del Palacio de Congresos y Exposiciones, gobernada a la sazón —corrían los años postreros del Régimen franquista— por el también historiador, y posteriormente, ya con el gobierno de Adolfo Suárez, ministro de Cultura, Ricardo de la Cierva. Ángel dirigía, bajo su férula, un ambicioso proyecto —paralizado luego, al fallecer el Caudillo, por los burócratas de la incipiente democracia— mirante a la elaboración de un gigantesco

Diccionario biográfico de la España contemporánea. Eduardo de Guzmán era, creo (y si no lo era, da lo mismo), uno de sus colaboradores, yo también lo era —aquello se había transformado en un nido de rojos. Cosas del Régimen en su fase terminal y mérito, reconozcámoslo, del aguerrido don Ricardo, que convirtió la Editora en un puerto de asilo, capitaneando así, aunque la izquierda (siempre tan cejijunta y, en el elogio del adversario, rácana) no se lo agradeciera, una brillante, honrada e inesperada operación de apertura ideológica y deshielo cultural— y…

Conque fue allí, en la Editora, y de ese modo, bajo la atenta e inquisitiva mirada de Ángel Sánchez-Gijón, donde el compañero Eduardo de Guzmán —los dos éramos, o nos considerábamos, inmaculadamente ácratas. De ahí lo de *compañeros*, palabra muy desacreditada hoy por el abuso que de ella ha hecho la retórica socialista— nos conocimos, nos reconocimos, hicimos excelentes y prometedoras migas que no llegarían a nada, y charlamos de mil asuntos hasta que salió a relucir inevitable, implacable, la odisea y el triste punto final de la vida de mi progenitor sin que yo, como de costumbre, prestara la debida atención con intención a lo que el destino, en aquel momento, estaba poniendo en mis manos. ¡Ay, Dios! No escarbé, no reparé demasiado en lo que oía, no tiré del hilo del testimonio que distraídamente, como un runrún de fondo, escuchaba ni lo anudé con habilidad marinera a los restantes hilos —todos sueltos— de lo que ya sabía, que no era mucho. Transcurrió, pues, y terminó la conversación, fuese el bueno de Guzmán a sus quehaceres y yo a los míos, y ahí quedó una vez más, polvorienta en su rincón cubierto de telarañas, la cosa y el misterio que la envolvía.

Nada puedo argüir en mi defensa. Ni siquiera me cabe la socorrida coartada de la edad. Tenía yo entonces, como poco, treinta y seis o treinta y siete años. No era precisamente un niño. ¡Qué le vamos a hacer! Me distraje, y aún lo estoy pagando. El aldabón del remordimiento que no cesa descarga ahora, al releer el libro de Eduardo de Guzmán treinta y un años después de su primera, y hasta hoy, única lectura, un enésimo hachazo en mi vapuleada conciencia. Sobrellevémoslo, y permítaseme que, llegado a este punto, abra en la narración otro paréntesis…

Y es que, pese a lo dicho, todas las cuentas van tornando, cuádrase el debe con el haber, los cabos sueltos se anudan, las piezas del *puzzle* encajan poquito a poco y configuran ante mis pupilas dilatadas por el horror el exacto, nítido y cada vez más translúcido dibujo de lo sucedido, y todo eso, oh, milagro, ocurre en paralelo a (y al socaire de) la redacción de este libro.

¿Invocación a la magia? No, no… Simple sincronía, puro fenómenos de convergencia y, desde luego, en lo que me atañe, huracanada situación de emergencia espiritual. Más, imposible, y todo ello, en uno. Acertaba el poeta y, antes de él, la voz del pueblo: ¡Claro que se hace camino al andar! O derrota al navegar. Y eso es, justamente, lo que yo, ahora, atado al timón como Ulises para que los cantos de

sirena de la corrección (sinónimo, en este caso, de corrupción) política y otras vainas similares no desvíen el rumbo de mi verdad, estoy haciendo. *Age quod agis*, decían los paganos, y a tan saludable admonición vital y alto principio filosófico me atengo. La absorbente, apasionada, apasionante y obsesiva tarea de escribir esta obra híbrida, esta inusual mixtura de historia, reflexión y narración, esta suerte de novela *verité*, con la rapidez y amenidad que el editor me pide, y —al mismo tiempo— con la lentitud y, de ser posible, la hondura que la dignidad literaria reclama, refleja el esfuerzo y se acomoda a la tentativa de trabajar sobre la marcha, de hacer camino al andar. De ahí —de esa técnica, de ese modo de producción extravagante, pues lo habitual en las obras de investigación es sentarse a escribirlas *después* de haber coronado ésta— los errores y contradicciones que deliberadamente salpican mi relato y, por supuesto, las enmiendas que voy introduciendo en él. Son —aquéllos— tan evidentes como conscientes. No los escondo ni, pudiendo hacerlo, los suprimo.

Nadie, pues, busque resquicios ni solución de continuidad alguna entre el rastreo o verificación de datos y la redacción del libro. Voy y vengo constantemente —ayer, hoy, mañana— del coro de los archivos, propios y ajenos, al caño de los folios y de las teclas de mi anticuada máquina de escribir (sí, sí, escribo a máquina, y con ella, bien me lamo. No uso ni podría usar ordenador). Exhumo y espigo con terca esperanza nuevos datos por aquí y por allá —en libros, en papeles, en cartas, en recortes, en lugares— y converso a menudo, muy a menudo, dando a todos la tabarra, con quienes —pocos son ya. Ha mucho que la Dama del Alba, Casona *dixit*, recogió la parte del león de su cosecha— todavía pueden comunicarme cosas que desconozco o aclararme otras que —conociéndolas— he interpretado mal acerca de la aciaga aventura corrida por mi padre, pero lo hago *mientras* escribo, no antes de hacerlo, y —por decirlo de algún modo— entre línea y línea, entre párrafo y párrafo, entre página y página.

Y aunque, como apunté, nada me impediría corregir lo que ya está escrito a la luz y en función de las rectificaciones que los nuevos hallazgos me obligan a incorporar al texto en vez de ir añadiéndolas a *posteriori* y sin suprimir lo que erróneamente he dicho *a priori*, en ningún momento he cedido ni pienso ceder en el futuro a esa tentación por más que la estime lógica, legítima e incluso, a veces, sólo a veces, conveniente para la economía, el ritmo, el feliz seguimiento y la cabal comprensión del relato.

Sé que no resulta muy ortodoxo escribir de esa forma, al revés, digamos, de lo que el sentido común aconseja, pero me gusta, me inspira y me acicatea hacerlo, en esta ocasión, así, avanzando peristálticamente, desnudando la tramoya, destapando los bastidores, enseñando la ropa interior, colocando los naipes boca arriba y revelando siempre al lector la letra oculta, pero viva, del proceso sometido a constantes cambios en el que para bien o para lo contrario estoy metido hasta las cejas del alma. Ya he dicho que es, en definitiva, una investigación cuasi policial —más propia de detectives que de escritores— la que, implicando en ella mi vida

cotidiana y, a la larga, mi destino, estoy llevando a cabo y que es, por ende, una especie de novela cuasi policiaca lo que a empellones y entre apuros va saliendo de la pluma.

Pondré un ejemplo…

Dije en el tercer folio del primer acto de esta tragedia que fue don Manuel Aznar, en persona, *señorón y figurón de la prensa*, quien selló —sobra añadir que inocentemente— el funesto destino de mi padre al lanzar en la cafetería del Congreso y en vísperas de la sublevación castrense, rodeado por un grupo de periodistas cachorros en edad de merecer (y, por ello, de jugársela) y en tono de desafío, la pregunta que actuó como detonante de la decisión que allí mismo, sobre la marcha, irreflexivamente, tomaría su discípulo amado. Ya expliqué entonces que mi padre lo era.

Reiteremos la pregunta, por si se nos ha olvidado…

—¿Qué pintan aquí los periodistas? —dijo Aznar—. ¿Es ésa su forma de entender el oficio? ¿Por qué no están ya en el ojo del tifón?

Y pasó lo que pasó.

Pues bien: según las respectivas y ya citadas obras de Luis Romero y Eduardo de Guzmán, que llevaban en el *dolce far niente* de las estanterías de mi biblioteca algo más de seis lustros, dormitando y abandonadas a su silenciosa suerte, y que sólo anoche, la una, y anteanoche, la otra, volví a leer, no fue el periodista Aznar, sino el político Indalecio Prieto, Gran Manitú de la rama más poderosa, moderada e influyente del socialismo español, quien con la misma inocencia que antes he atribuido a don Manuel —esto es, sin proponérselo— causó el estropicio.

Trampas, ay, no sé si de mi memoria o de la memoria de mi madre, pues fue ésta quien hace ya mucho tiempo me puso al tanto del pormenor de marras, cuya exactitud me parece ahora harto dudosa.

¿De quién es, entonces, la responsabilidad no del yerro, pues éste conlleva, según el diccionario, malicia, y aquí, evidentemente (*cui prodest*?), no la hay, pero sí del despiste?

¿De mi madre? ¿Mía? ¿De Eduardo de Guzmán? ¿De algún diablillo burlón? ¿De las neuronas? ¿De nadie?

A saber…

Quien no se equivocó, de eso estoy seguro, fue el inmarchitable Luis Romero, que sigue, afortunadamente, vivo a pesar de sus muchos años, y con el que hace un par de días mantuve una densa conversación telefónica a la caza de nuevos datos —no los tenía, no los había, o no los recordaba— y de correcciones o corroboraciones relativas a lo que estoy contando. Cierto es que también él menciona en su libro la noticia referente a la fantasmal aparición de don Indalecio en las proximidades de la cafetería de las Cortes, pero con ello no hace sino repetir al pie de la letra lo que

Eduardo de Guzmán —su única fuente al respecto— le había transmitido.

¿O acaso andaban por allí los dos prohombres —Prieto y Aznar— y tanto el uno como el otro, juntos o por separado y con distintas palabras y similar actitud, atizaron involuntaria e inadvertidamente la hoguera de la catástrofe?

Claro que, de ser así, y dando por buena esa hipótesis de responsabilidad compartida, ¿cuál sería la razón de que Guzmán sólo citara en su libro al socialista y no, además, al periodista?

Preguntas y más preguntas condenadas de antemano a no recibir respuesta. Es el sino de estas pesquisas y de la crónica que les dedico. Por lo demás, y en cualquier caso, ¿qué importa a estas alturas tan minúsculo detalle? Lo significativo, lo terrible, lo inamovible, lo que en mi relato, de verdad, cuenta y lo que contó —y pesó decisivamente— en mi vida y en la de tantos otros, no es ni fue el anecdótico nombre del dueño del brazo del destino, sino el destino mismo. No la causa, quiero decir, sino el efecto. Según la Biblia, que en casi todo, a mi juicio, se equivoca, pero que en esto acierta, *importa más* —mucho más, añado yo— *el fin de algo que su principio*.

Así es, así fue, así será.

Desbarataré otro entuerto, rectificaré un malentendido: el que páginas atrás implicaba, contradiciendo los dictados de la lógica, al hombre que se fue con mi padre en busca de la muerte y lo convertía *tan temprano y a deshora*, como si fuese el fantasma vagabundo y furtivo de la Petenera, en salaz y empecatado cliente de una casa de lenocinio.

¡Qué larga tengo la lengua y cuánto corre mi pluma!

Al grano… ¿Estaba o no estaba allí, donde dije, en el lupanar del Capitol, entre los muslos de una puta o con ella sobre las rodillas, valga la doble suposición, el *infelice* Luis Carreño cuando su amigo Sánchez Monreal —según la primera y no muy sólida versión de los hechos recibida, *in illo tempore*, por mí y por mí transmitida en estas páginas— lo metió en el lío?

Eso es, por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa, lo que siempre he creído, pero volvemos a las mismas: se trata, a todas luces, de un falso recuerdo, de una interesada desviación de la memoria, de un montaje retórico y escenográfico construido a partir y alrededor de sabe Dios qué comentario ajeno por mi irrefrenable y precocísima tendencia —comprensible, quizá, y hasta disculpable en quien ya de niño, de muy niño, aseguraba a todos sus interlocutores, con aplomo de adulto curtido por la experiencia, que iba a ser, disgustara a quien disgustase, cayera quien cayese, escritor— a las novelerías, a las cábalas más o menos pintorescas y estrambóticas, a las hipérboles de cualquier índole y a la volitiva sospecha, por no decir certidumbre wildeana, de que *la naturaleza imita al arte*…

Por cierto, sigo pensándolo.

Y lo que son las cosas: resulta ahora que no, que me equivocaba, que Carreño,

aquel día, no estaba —no podía estar— allí, en el burdel capitolino, ni siquiera en calidad de tertuliano o de mirón.

¿Que cómo diantre lo sé, y me atrevo a proclamarlo con tan rotunda firmeza, si hace sólo unos cuantos días, no más de diez o doce, estaba absolutamente seguro de lo contrario?

Obra en marcha, decía, y así, en efecto, es. Pasen, escuchen y vean.

Mi prima Maribel, hija menor de mi tío Modesto (y hermano mayor éste, como ya expliqué, de mi difunto padre), tuvo el otro día la gentileza de visitar Castilfrío, requerida por mí, y de traerme nada menos que las memorias, inéditas, del autor de sus días. Ya fueron mencionadas.

Yo, a decir verdad, las había leído —o más bien hojeado, simplemente hojeado, con viva curiosidad y moderada atención— a comienzos de los años setenta, recién escritas, cuando mi tío tuvo el detalle —lógico, por lo demás— no sólo de someterlas a mi consideración y eventual aprobación en cuanto pariente muy próximo y muy implicado, aunque sólo fuera por pasiva, en algunos de los hechos descritos, sino también de recabar mi opinión —se supone (o él lo suponía) que autorizada— de joven escritor en barbecho, bragado profesor de historia y literatura en no se sabe cuántas universidades del ancho mundo y único periodista aún en activo de lo que había sido una larga e intensa tradición profesional y laboral en el ámbito de nuestra tribu.

Se lo agradecí, claro, y no poco, pero la lectura de esas memorias —valiosísimas en lo concerniente a arrojar algo de luz sobre los numerosos puntos oscuros de la peripecia vivida por mi padre— me pilló en mal momento, a contrapelo de su contenido y con el pie cambiado. Acababa yo entonces de poner brusco y agradabilísimo fin a seis no menos agradables años de exilio y todo —*Suspiros de España*— alrededor de mí y de mi acusado mal de ausencias, que lo había, reclamaba y acaparaba mi atención, succionaba mi energía, estimulaba mi voraz apetito de sefardí errante por fin desembarcado en la tierra de promisión y se tragaba la práctica totalidad del tiempo de que disponía. Ése —la llamada del *genius loci*— y no otro fue el motivo de que yo echase una vez más en saco roto y olvidase por completo lo que en aquellas páginas torpemente mecanografiadas, escritas a vuelamemoria y repletas de tachaduras se decía a cuento de mi padre.

Nadie mejor que su hermano Modesto para hablar de él. Se llevaban entre cinco y seis años, trabajaban juntos —aunque, paradójicamente, si atendemos a la jerarquía de la edad, fuese el menor de ellos, Fernandito, quien capitaneaba la gestión de las cuatro agencias noticiosas[33] que poseían cuando estalló el conflicto bélico— y los dos eran, desde siempre, tan genuina y genéticamente periodistas, de pies a cabeza, de la cruz a la bola, de la fecha a la rúbrica, como lo había sido su padre (que lo seguía siendo) y el hermano de éste (que ya no lo era) o como lo iban a ser de un momento a otro, destetados ya por las bravas y desde los peldaños inferiores del oficio en el ejercicio de una profesión que era para todos los Sánchez vocación

arrolladora y sin posibilidad de renuncia, otros miembros más jóvenes del unidísimo y fidelísimo clan.

Me interrumpo. Tengo que decir algo al respecto de éste, tengo que explicar —para que se entienda mejor lo que la guerra supuso en su seno y en su historia pasada, presente y futura— dónde, cuándo y cómo empezó, y de qué forma se desarrolló esa pasión de vida, la del periodismo, entre mis gentes, mis mayores y mis allegados, y voy a hacerlo —toléreseme esa razonable licencia literaria. Hasta en el *Quijote*, con perdón, hay incisos— recurriendo a cosas, párrafos y páginas ya dichas o escritas por mí y publicadas antes de hoy en otros libros o lugares.

Son las que siguen…

«Todo empezó para nosotros —para los Sánchez— a mediados de la segunda mitad del siglo XIX, cuando mi futuro tío abuelo Modesto Sánchez Ortiz (consulten el Espasa. Le dedica un par de columnas) salió de Aljaraque, pueblo onubense, a los quince años para trabajar de mancebo de botica en un establecimiento de la Villa y Corte. Acudió, recién llegado a ésta, a su puesto de trabajo, recibióle a puerta gayola el farmacéutico, le leyó la cartilla de lo que a partir de este instante serían sus obligaciones y le explicó que tendría que dormir sobre el mostrador —tal era la costumbre imperante en la época— y levantarse todos los días a las seis para barrer, fregar y poner curiosa la apoteca antes de abrirla a las siete, menos los domingos, en que lo haría —lo de levantarse— a las cinco con objeto de poder ir a misa antes de meterse en faena.

»Mi tío abuelo, que hasta ese momento había asentido a todo sin rechistar, dio un respingo al oír que su patrón daba por sentado lo de la misa y apostilló con firmeza impropia de su edad que bajo tamaña horca caudina no pasaba, que a él, en Aljaraque, lo llamaban el *federalito* y que a la iglesia no iba ni a palos.

»Truncóse allí, y así, su aún nonata carrera de boticario, pero con razón dijo Laotsú lo de que no hay mal que por bien no venga. El aljaraqueño salió de la farmacia con ínfulas quijotescas y vergüenza torera, sin un real en el bolsillo y decidido a comerse el mundo, y efectivamente se lo comió. Vuelvo a citar aquí, por enésima vez, el cuarteto de Espronceda[34] que Juan Marsé colocó hace muchos años, si no recuerdo mal, en la primera página de su novela *Últimas tardes con Teresa* (y yo, bastantes años más tarde, apliqué la misma cita al heresiarca español Prisciliano en el segundo volumen de mi *Historia mágica de España*). Dice así: "¿En qué parte del mundo, entre qué gente / no alcanza estimación, manda y domina / un joven de alma enérgica y valiente, / clara razón y fuerza adamantina?".

»Don Modesto —que aún no merecía ese título, el de *don*, porque ni siquiera era bachiller, pero que no tardaría en alcanzar el de *excelentísimo señor* con mando en muchas plazas— se trasladó a Barcelona, probó suerte, desde abajo, en el periodismo y terminó siendo director de *La Vanguardia*, que era a la sazón un diario de avisos de alcance exclusivamente regional y, sobre todo, portuario, pero que gracias al empuje arrollador, a la dedicación, a la imaginación y a la gestión de mi tío abuelo se

transformó en lo que ya nunca dejaría de ser uno de los grandes periódicos catalanes, españoles y europeos.

»La gratitud y el reconocimiento son prendas de bien nacidos. El retrato de Modesto Sánchez Ortiz —un tipo alto, barbudo, huesudo, enjuto, de rostro afilado e inteligente… Parece un personaje del Greco— campea hoy, junto al de los restantes y sucesivos directores de la misma cabecera, en uno de los salones de la planta noble del edificio matriz de *La Vanguardia*.

»Luego, cuando por motivos de salud abandonó ésta, entró en política —siempre por el cauce de la filantropía y el servicio al prójimo— y llegó a ser gobernador civil en varias ciudades, prócer, padre de la patria, gran señor, escritor, *primus inter pares*, patriarca indiscutido de toda mi familia paterna y otras muchas cosas que sí hacen al caso, pero que no caben en este artículo.

»A todo esto, y en función de lo dicho, había ido tirando poco a poco del resto del clan, que aún no estaba tan ramificado como ahora, y se había traído a Madrid, entre otros, a su hermano Gerardo, mi futuro abuelo, que fue uno de los padres fundadores de la Asociación de la Prensa y que tuvo dos hijos varones, ambos periodistas, y dos hijas. Una de ellas fue la madre de mi prima Lourdes Ortiz, novelista de renombre que también escribe en la prensa, cuyo padre, Daniel, era del ramo (y lo sigue siendo, porque está vivo, y bien vivo), aunque en su vertiente gráfica.

»Todo ello —las ilusiones, los proyectos y la estabilidad de la familia— fue brusca y drásticamente desbaratado por el estallido de la guerra civil. Los Sánchez eran, en su mayor parte, vagamente socialistas y nebulosamente izquierdistas, aunque no todos (mi padre, por ejemplo, no lo era) y el 18 de julio entró en sus vidas como entran los tifones en el domicilio de los habitantes del Caribe. El autor de mis días fue asesinado en Burgos por las piadosas milicias del Caudillo, mi tío dio con sus huesos —terminada ya la guerra— en no sé qué cárcel madrileña y mis primos mayores, que también, en buena lógica, hubiesen terminado de bruces en el periodismo[35], tuvieron que encarrilar sus existencias por otros derroteros.

»Algún día, si la Fuerza no me abandona, escribiré la saga de mi familia —que ya empecé a pergeñar en la novela *Las fuentes del Nilo*— y contaré, en obra aparte, porque literaria y existencialmente se lo merece, la odisea vivida por mi padre entre el 18 de julio y el 14 de septiembre del 36, que fue cuando lo alcanzó irreversiblemente el cruento cainismo de sus compatriotas, y la no menos asombrosa, aunque no tan trágica aventura protagonizada en aquellos días, y en los tres años que la siguieron, por mi madre, que aún sobrevive[36], tenuemente, sentadita, la pobre, en un butacón de la casa madrileña en la que nací, pero cuya cabeza y corazón andan ya sabe Dios dónde.

»No, no tiene Alzheimer. Tiene, sólo, demasiada edad para aferrarse a lo que por aquí abajo se cocina.

»Fue, precisamente, de la mano de mi madre como yo llegué a Huelva unas semanas después[37] del comienzo de la guerra civil.

»Quédese el asunto para el próximo lunes.»[38]

Llegó ese día y reanudé el relato en los siguientes términos…

«Sigo y termino con la historia de mi sangre andaluza. Lejos de mí, sin embargo, la intención y tentación de contarlo todo. Ya dije en el primer capítulo de esta exigua serie que algún día, si la Fuerza del Jedi y el *Sturm und Drang* de la madre literatura no me abandonan, tendré que dedicar una especie de novela (o de novelón) a tan aculebronado y un poquitín encabronado asunto.»

Es, evidentemente, lo que estoy haciendo. ¡Por fin!, sería cosa de exclamar, habida cuenta de que empecé a concebir este libro hace por lo menos veinte años, si no antes. Las ideas, como el tequila, tienen que reposar mucho tiempo antes de dar flor en el huerto de la literatura.

«Conque mi madre, y yo con ella, buscó refugio en la matriz y el regazo de mi familia paterna en el primer otoño o invierno, vaya usted a saber, de la guerra civil. Tenía yo pocos, poquísimos meses, andaban ya por tierras de Huelva y calles de Aljaraque mis tías Concha y Alicia, algunos de mis primos y otros miembros o adláteres de la abigarrada tribu, y veníamos nosotros desde Orán[39] —en donde nos había depositado tras huir de Madrid una avioneta[40] que volaba a ras del suelo— tan vapuleados, exhaustos y polvorientos como Ulises cuando por fin arribó a Ítaca.

»El plural dudosamente mayestático incluye no sólo a este cura (a la sazón simple monago) y a mi madre, sino también a su hermana —y tía, obviamente, del que suscribe— Susi, que muy pocos años después se me agigantó dentro hasta convertirse en el primer amor pasional, aunque platónico, de lo que en aquellos meses y años se echaba cautelosamente a andar: mi asendereada (ya, desde la cuna, empezaba a serlo) existencia.

»No tengo memoria directa de la larga aventura infantil corrida y vivida en Huelva, donde permanecimos, creo[41], hasta que un locutor dijo por la radio aquello —tan legendario, tan mitológico, tan temido por los unos y tan deseado por los otros de "en el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo…", pero sí me quedan recuerdos de segunda mano transmitidos, ignoro si con o sin exactitud, por quienes ya eran entonces adultos (o iban camino de ello) en el ámbito de mi familia.

»Sé, por ejemplo, que a mi tía Susana la cortejaban con escaso éxito[42] —aunque sí el suficiente para que yo, supongo, me mosqueara— los jóvenes falangistas y cadetes del franquismo; sé que estuve a punto de morir por culpa de la difteria; sé que en el suelo de uno de los balcones del destartalado (imagino) chalet en el que vivíamos faltaba una baldosa y que aquello, tan mínimo, desencadenó un monumental drama tragicómico que no cabe relatar aquí. Es largo. Quédese para la novela.

»Y sé, sobre todo, que mi madre me dejó allí, en Andalucía, en Huelva, acogido a la hospitalidad y a la solidaridad de la familia, y se echó como Juana la Loca a los

campos de la patria, y de la guerra, para ver de encontrar en ellos al gran ausente, a su marido, a mi padre, al periodista con más futuro —sardónica apreciación— de España, al hombre que un día antes del 18 de julio se había ido a buscar posibles noticias sobre el inminente Alzamiento en el sur y, a raíz de ese instante, había sido, al parecer, tragado por una tierra que nunca lo devolvería. Como a Prisciliano, como al de Osuna, como a Prim, como a Rizal, como a Maeztu, como a Muñoz Seca, como a García Lorca, como a José Antonio, como a Durruti, diéronle muerte y cárcel las Españas.

»Se me nubla el pulso… Lo que dije: quédese todo esto y lo restante, para la novela.»

En ella, efectivamente, andamos —llegó su hora—, aunque este libro no respete los cánones ortodoxos del susodicho género literario —hoy, a mi juicio, agonizante, si no extinto— y desborde sus límites o, por el contrario, quedándose él corto y poniéndome yo en lo peor, no los alcance ni los colme.

Aseguraba hace tiempo un reputado novelista, eximio escritor, extravagante mandarín de la república de las hispanas letras y persona de carácter más bien agrio y de despóticos modales —no insultaré al lector ni dudaré de su vasta cultura estampando aquí el apellido de quien, entre otras cosillas, cotufas y gallofas, llegó a recibir, inclusive el premio Nobel— que es, a rajatabla, novela cualquier libro cuyo autor o editor sostenga que lo es.

¿Vale o no vale el aserto? ¿Es éste tautología, es provocación, es defensa propia, es apotegma, es palabra de Dios o es donaire?

La sentencia del barrigudo pope dio pie a comentarios de toda índole. Muchos novelistas cerraron filas, dolidos, contra ella y los críticos, casi siempre gremiales y tirando a rebañegos, torcieron el morro, fruncieron el entrecejo y, emulando al porquero de Agamenón, de Antonio Machado y de Juan de Mairena, dijeron: «No nos convence.»

¡Caramba! Me pica la curiosidad y acudo, para aliviar la comezón y solventar la duda, al amigo diccionario, que para todo tiene respuesta y, además, no cobra.

A ver, a ver… *Novecientos, novedad, novedoso, novel* (con uve, no con be de burro de Estocolmo)… Ya lo tengo: *novela*, esto es, «obra literaria en que se narra una acción real o imaginaria con el fin de interesar o conmover al lector».

De donde se deduce que sí, que cierta era la especie, que el tirano tenía razón y que yo, efectivamente, estoy tejiendo con los mimbres, las agujas y los hilos de la vida de Fernando Sánchez Monreal y de la historia reciente de España una novela cuyo argumento es el asesinato de mi padre, la historia botánica de mi árbol genealógico (y de sus podaduras) y la intrahistoria de los españoles.

O de los españolitos. Léanla con el corazón helado. Frigorías. Hoy es el primer día de agosto.

Venía tanto dibujo —tanto excurso— a cuento de cómo incurrí sin querer en un delito de falso testimonio al declarar que Luis Carreño estaba, el hombre, en una casa de putas finas cuando le alcanzó como un obús teledirigido desde el Estrecho la hirsuta noticia de que la soldadesca se había sublevado en Melilla y, también, de cómo caí posteriormente, al releer las memorias de mi tío Modesto, en la azorada cuenta de que nunca formó parte de la historia que estoy exhumando con uñas, tripas y dientes el puñetero prostíbulo paredaño del cine Capitol. Mis disculpas, señor Carreño y allegados.

En la algarada de Melilla, que desgraciadamente trajo bífida, larga e imprevista (aunque previsible) cola, fue, por cierto, donde murió o desapareció para siempre el padre de mi compadre Fernando Arrabal, que también ha dedicado una novela *verité* —trasladada luego al teatro— a ese asunto[43]. Somos, pues, mi tocayo y yo, literariamente paralelos y consanguíneos, pero pocos españoles hay que no lleven un dolor semejante en el fondo de su almario.

Cuenta mi tío en sus memorias *menguadas* que el viernes 17 de julio de 1936 era día de descanso en la vuelta ciclista a Francia, lo que le permitió tomarse un respiro en el trantrán, que le incumbía, del seguimiento de la información referente al dichoso *tour* (que por aquel entonces ya empezaba a convertirse en molesto ruido de fondo del arranque del verano y en pipa de opio del pueblo) y trasladarse al villorrio serrano y segoviano de San Rafael, donde estaban —acogidas al frescor de la altitud y recogidas, con el propósito de quedarse allí hasta septiembre, en una modesta casa de vecindad— su madre, su mujer, sus tres hijos (luego llegarían al mundo, pero no a San Rafael, otros dos) y su hermana Alicia, que contaba a la sazón veinte tiernos años y andaba, al parecer, ligeramente tocadilla de salud.

Mi tío, que era (y lo fue hasta su muerte) hombre de costumbres y querencias familiares, se las prometía, sin duda, muy felices aquel día, aunque breves, porque veinticuatro horas después —gajes del oficio— tendría que regresar a Madrid, y al bochorno en él imperante, para seguir informando sobre el *tour,* pero en eso, a los pocos minutos de llegar, cuando aún andaba saludando y abrazando a sus deudos por el jardincillo de la vivienda, sonó el timbre del teléfono —acababan de instalarlo y ésa fue la primera y última vez que se utilizó. Horas más tarde quedarían cortadas las comunicaciones— y el mundo, aunque nadie, todavía, lo supiera, se vino abajo.

Era mi padre, frenético e imperioso, que lo conminaba a coger el portante de vuelta y a reunirse con él en Madrid.

—¡Ven inmediatamente! —dice mi tío que dijo—. ¡Ha estallado la revolución!

La frase cayó como una bomba —discúlpeseme el tópico verbal, pero el contexto lo convierte en apropiadísima metáfora— sobre los relajados tímpanos de su interlocutor, que después de manifestar su sorpresa pidió datos, pormenores, nombres propios y, en suma, ampliación de la noticia, lo que en aquellos momentos de

confusión inicial y desbarajuste generalizado era imposible.

—Ya te he dicho que vengas —insistió mi padre—. Aquí todos somos necesarios y tú, Modesto, también. Tienes que ponerte al frente de la agencia. Yo salgo hacia el sur.

—De acuerdo —concedió, resignado, mi tío—. Pasaré la noche aquí, con la familia, y llegaré ahí muy de mañana, en el primer tren o coche que encuentre.

Colgó, salió al jardín, donde su mujer —mi tía Concha— y su madre le esperaban con ojos inquisitivos y explicó:

—Era Fernando. Reclama mi presencia en Madrid. Dice que hay una revolución en marcha, pero no ha querido o no ha podido darme más detalles.

—Y tú, ¿qué le has contestado? —preguntó mi tía, ya en guardia y con el mirar fiero.

Se olía lo peor. Era una tigresa, una Agustina de Morata de Tajuña, una madrileña flamencona y brava, de esas que no se arrugan ni ante el Santísimo Padre, que cantan al lucero del alba las cuarenta en bastos sin necesidad de naipes y que, llegado el momento, se hacen tirabuzones con las bombas que tiran los fanfarrones.

La música de fondo, plan rataplán, era ya, en todo el país, bélica, castrense y jaquetona. Estaba a punto de terminar el alboroto y empezar el tiroteo.

—Le he dicho que iré mañana —respondió mi tío.

—Ya —cortó en seco, llameante, su mujer—. Y yo me quedo aquí compuesta, sin novio y chupándome el dedo. Te conozco, maridito, y conozco a tu hermanito. Mañana es sábado. Seguro que tenéis montada una buena juerga.

Ahí, en esa frase, en esa reacción iracunda de mi tía, en esa acusación injustificada —aunque por algo, pienso yo, lo diría, y no sólo por el síndrome, tan ibérico, tan de la época, del *sábado sabadete*. Fernando y Modesto eran jóvenes, eran varones, eran guapos, eran listos y tenían labia: una mezcla tan explosiva y persuasiva como la del fuego graneado que muy pronto empezaría a caer sobre Madrid— fue, sospecho, donde se fraguó el bulo, inventado, horneado, ensanchado y difundido luego por quien fuese, de la estadía de Carreño en la casa de putas.

Eduardo de Guzmán, por otra parte, es taxativo al respecto y zanja cualquier posible duda. No será él, único testigo fiable, quien lo cuente en su libro, sino Luis Romero en el suyo, pero la información procede, a todas luces y en derechura, sin intermediarios, de boca a oreja, del editorialista y redactor político —era ambas cosas — del diario *La Libertad*. Dice el novelista barcelonés:

«Ayer tarde[44] estaban a la caza de noticias en el bar del Congreso un grupo de periodistas: Angulo, de *El Socialista*, Fernando Sánchez Monreal, director de la agencia Febus, Valentín Gutiérrez, de *El Sol*, Roncero, de *Ahora*, y Manuel Navarro Ballester, de *Mundo Obrero*. Discutían sobre los temas de más señalada actualidad: la huelga del ramo de la construcción, que tiene violentamente enfrentadas a las dos sindicales —la UGT y la CNT—, los rumores que corren sobre un alzamiento militar, las posibilidades de aplastarlo con que cuenta Casares Quiroga, presidente del

Consejo y ministro de la Guerra.

»De pronto descubrieron a Indalecio Prieto, que se asomaba al bar como si buscara a alguien…»[45]

Detengo aquí la cita. Empálmense los puntos suspensivos con lo que ya se trajo a la misma colación en otra página de este libro. Suma y sigue.

No hay, pues, lugar a equívoco ni a discusiones. Mi padre al enterarse por boca de Prieto —su hermano era hombre de confianza de éste— de lo que estaba sucediendo en Melilla, *no* tuvo que buscar a Carreño en ninguna parte, y menos aún en una casa de putas (a no ser que las Cortes lo fuesen… Y sí, la verdad es que lo eran y lo siguen siendo. ¿Vendrá *diputado* de lo que la segunda y tercera sílaba de la palabra sugieren?), por la sencilla razón de que su amigo y amigo de la familia —el *apreciado Luisito*, lo llama Modesto Sánchez Monreal en sus memorias— se encontraba allí, junto a él, codo a codo, en el bar de *sus Señorías*, culpables todas, sin distinción ideológica, del monumental zafarrancho que iba a armarse en el país.

O peor dicho, que ya se estaba armando… ¡Anda jaleo, jaleo! El alboroto, en contra de lo que asegura el cantar, y de lo que yo, citándolo, dije aún no había terminado, pero ya empezaba el tiroteo.

Recuperemos y rematemos el testimonio de mi tío en el punto en el que lo dejamos…

Con la ayuda de su madre, mi abuela Mercedes, que era un pajarito, un golpe de brisa, un alma de Dios a la que ya empezaban a afectar, ligeros aún, los temblores, encorvaduras y minusvalías del Parkinson, se las apañó el buen hombre —otra alma de Dios, generosa, divertida y leal, como siempre lo han sido los Sánchez. Espero que algo me toque— para convencer a su esposa, pasajeramente transformada en basilisco, de que le estaba diciendo la verdad, de que Fernando —su jefe, en definitiva— le necesitaba en Madrid y de que, lejos de bullir pelanduscas y de burbujear copas de champaña peleón en el horizonte, lo que éste escondía era nada más y nada menos que toda una sublevación militar contra el gobierno de la República… ¿Legítimo? Va en gustos. Yo soy ácrata, y todos los gobiernos me parecen ilegales.

Poco se podía ya hacer. Transcurrió enfurruñado el resto del día, sin penas y sin glorias, sin juegos y sin risas, habló Modesto —no consta, pero se supone— con la mujer de Carreño, que también veraneaba, en compañía de su descendencia, allí, en San Rafael, intentó y no consiguió hacerse con más noticias, se acostaron pronto, pugnaron por conciliar el sueño entre silentes congojas y ominosos presentimientos, nadie en la casa —excepto los niños— pegó ojo y ya de amanecida cogió mi tío un autobús, cruzó a bordo de él la línea del puerto de Guadarrama, vio —así, explícitamente, lo consigna en su libro— cómo un grupo de ingenieros militares de Segovia cortaba los hilos telefónicos, llegó sin contratiempos a Madrid, rindió viaje

en el edificio que albergaba la sede de la agencia Febus («*emplazada entonces* —puntualiza—, *en la calle de los hermanos Álvarez Quintero, esquina a San Opropio* »)[46] y allí se topó de frente con cuatro personas presas de visible e inútil agitación que justo en aquel momento se disponían a subir a un pequeño coche de marca Peugeot aparcado ante el portal.

Los viajeros, periodistas todos, eran Fernando Sánchez Monreal, Luis Diez Carreño —en este punto es donde mi tío dice, entre signos de exclamación, lo de «*¡el apreciado Luisito!*». No volvería a verlo—, Christian Ossane, director en Madrid de la agencia Havas y hombre, añade, de gigante «*envergadura, heroico limpiatrincheras en la contienda mundial de 1914*», y otro periodista, también francés y de la misma empresa, cuyo nombre no detalla.

Querían los expedicionarios —comenta con desaliento mi tío— llegar cuanto antes a Andalucía para, desde ella, trasladarse, suponiendo que eso fuese posible, a Tetuán, que era, según todos los indicios, el lugar de autos escogido por Franco para aterrizar con el *Dragon Rapide* que lo traía —o lo traería— desde Canarias, pasar hacia el Norte el Estrecho y acometer la conquista (o Reconquista. Con él volvían los moros. Era Tariq redivivo) de la Península.

El coche —que evidentemente no era un taxi. Otro desvío o desvarío de mi memoria— se estropeó en Jaén, lo que obligó o permitió a Ossane y a su subordinado volver a Madrid, salvando de ese modo el pellejo, al menos a la corta y de inmediato, pues mi tío no cuenta lo que fue de ellos después de su retorno.

¿Era, acaso, la avería del Peugeot una señal, un aviso lanzado a mi padre y a Carreño desde lo invisible para que recuperaran la cordura, depusieran su actitud, se envainaran la testarudez y el orgullo, y regresaran con la pluma entre las piernas y el carné de periodista en la boca a sus cuarteles de invierno?

Si lo fue, sirvió de poco. No debía de ser mi padre hombre de los que se arredran y dan su brazo a torcer con facilidad. Se empecinaron, se engallaron, siguieron hacia el sur no sé cómo, porque tampoco sé si era posible encontrar taxistas dispuestos a echarse al monte de las carreteras en tan difíciles, confusos y recelosos momentos, y…

Dice mi tío, discreta, lacónicamente, en sus memorias, y ya no hay nada más en ellas al respecto, que Monreal y Carreño «*no consiguieron cubrir su segundo y principal propósito*». Consistía éste —recuérdelo el lector— no en llegar a Córdoba, a Granada o a Sevilla, adonde, efectivamente, como se verá, con mil fatigas llegaron, sino en alcanzar Marruecos.

Pero el autor de la *Autobiografía intrascendente*, después del comentario que acabo de mencionar, vuelve atrás, al momento de la partida de sus colegas y dice…

«Al tiempo de abrazarnos, mi hermano, tajante y conciso como siempre, dispuso:

»—Ahora salgo yo. Después, hazlo tú. Y prepara, entre tanto, una lista para que también vayan saliendo los demás hacia donde la información lo exija.

»Yo, más cauto y precavido, preferí esperar a conocer la marcha de los

acontecimientos y éstos me aconsejaron que ni yo ni ningún otro redactor de Febus saliese por entonces de Madrid.

»Después… ya iremos viendo lo que ocurrió.»

Dije antes, a propósito de Carreño, que mi tío, tras la escena del Peugeot —patética si la contemplamos a la luz del desenlace de la aventura—, ya nunca volvería a verlo. Y añado ahora, por más que la observación, a estas alturas, sobre, que tampoco volvería a ver nunca, ni vivo ni muerto, a su hermano, que lo era menor, por razones de edad, pero que —como él mismo reconocía (y lo reconoce también, noblemente, en sus memorias)— lo superaba en saber y en gobierno.

Un par de días después de que Modesto Sánchez Monreal tomara el autobús que desde la sierra iba a devolverlo a Madrid, enclave irreconocible ya —supongo— para quien menos de veinticuatro horas atrás había salido de él, otros dos periodistas amigos, cuyas familias veraneaban en el mismo pueblo[47], abandonaron sigilosamente éste, pero lo hicieron en direcciones opuestas. Uno de ellos era Pepe Gutiérrez de Miguel, marido de Blanca Ligero (hija del célebre actor de cine que llevaba este apellido). El otro, que firmaba sus artículos con el pseudónimo de *Rienzi* —aún chispean en mi memoria los *Fogonazos* que todos los días, puntualmente, aparecían, cuando yo era niño, en el *Marca*— y que era en el 36 crítico deportivo de *La Voz*, adonde, por cierto, lo había llevado mi padre por vía de calurosa recomendación, se llamaba en realidad Manuel Gómez Domingo.

Pepe Gutiérrez cruzó la serranía a pie, sobrepasó el alto del León —que había sido bravamente tomado al socaire de las primeras escaramuzas del conflicto por un audaz puñado de falangistas en puntas… Serían los futuros *leones* del cambio de topónimo impuesto tras la victoria— y alcanzó Madrid. Ya no era posible hacerlo en tren ni en autobús. Unas cuantas horas habían bastado para que los acontecimientos se disparasen y para que todas las rutinas, por fútiles que fuesen, se interrumpieran.

Rienzi, en cambio, tiró cuesta abajo hacia Valladolid, donde los insurrectos militares y las no menos aguerridas huestes de Onésimo ya se habían hecho con el poder. Intentaré averiguar las razones por las que el periodista no regresó con Pepe Gutiérrez de Miguel a Madrid antes de dar por terminado este libro[48], pero vaya por delante que a fecha de hoy ignoro si tomó el rumbo descrito atendiendo a afinidades políticas o si lo hizo porque supuso que allí, en la relativamente próspera y ya pacificada —a punta de pistola y a golpes de azadón en camposantos, cunetas y tierras de labrantío— ciudad del Pisuerga, no le resultaría difícil encontrar trabajo.

Y de hecho, por lo que se me alcanza, lo encontró, ya creo que lo encontró. O, por lo menos, sentó las bases para encontrarlo en el futuro.

En cuanto a la primera hipótesis, la de las posibles simpatías y amoríos ideológicos, nada puedo decir. Carezco de información y, en consecuencia, tampoco tengo opinión. Verdad es, por una parte, que *Rienzi* pertenecía a la redacción de un

periódico abiertamente republicano y vagamente, sólo vagamente, izquierdista en el momento en que estallaron las hostilidades, y no menos cierto es, por otra, que el periodista medró y se convirtió en nombre de referencia bajo el gobierno de Franco, pero ni lo uno ni lo otro demuestra fehacientemente nada al respecto. También mi padre, sin ir más lejos, que era, según mi madre, rigurosa y desdeñosamente apolítico, y que en todo caso, puestos a afinar, estaba más cerca de la derecha que de la izquierda (pues de no ser así no se habría afiliado, como lo hizo, bajo presión y para no desentonar, al partido católico y conservador, aunque republicano y demócrata, de don Miguel Maura. Tendré que volver sobre este asunto), había pertenecido intensa, vehementemente, con peso y pujo, a la redacción del periódico citado, que sólo abandonó, como ya dije, al empuñar el timón y hacerse con el mando de la agencia Febus.

—*¿Bajo presión y para no desentonar?* ¿Cómo se entiende eso, señor Dragó? ¿Va con segundas o con terceras? Perdone que se lo pregunte, pero todos sabemos que no es usted amigo de disparar al aire con pólvora del rey…

—Le agradezco lo que dice, pero me temo que en esta ocasión se está pasando de listo. No le busque mil patas al ciempiés. Los periodistas, en aquellos años, tenían que pertenecer por cojones a algún partido político. «*Tiranías democráticas*», que diría Tocqueville… Y mi padre, según me contó mi madre, se afilió al de Maura porque sólo contaba con un diputado. Eso le permitía un margen de libertad y neutralidad política del que no hubiera dispuesto caso de afiliarse a un grupo más nutrido. No quería comprometerse ni hipotecar su condición de informador por encima de las partes. Perderá usted el tiempo si me atribuye, o le atribuye, otras intenciones. Eso es todo.

Por lo que hace, volviendo a *Rienzi*, a la segunda hipótesis, la de su arribismo —supuesto— en contraposición a la de su no menos supuesta, y ya descartada, coherencia y querencia doctrinal tampoco demuestra gran cosa a mi juicio (que quiere ser, como lo fue el de mi padre, independiente, aséptico, imparcial y equidistante a rajatabla. Ideas sí. Ideologías y sectarismos, nunca) el hecho de que el fugitivo en cuestión medrase bajo Franco, pues su carrera, a cuanto sé, nunca rebasó los límites del periodismo estrictamente deportivo. Y además ¡qué diantre! ¡También medraron muchos otros en la posguerra a los que nadie se atrevería (ni de hecho se atrevió) a tildar nunca de trepas ni a acusar de ser franquistas! ¡Hasta mi propio padre, que era, como su tío Modesto Sánchez Ortiz, el que dirigió *La Vanguardia*, un joven de alma enérgica y valiente, «*clara razón y fuerza adamantina*» y hombre ambicioso a todo trapo, hubiera podido figurar entre ellos! Es más: estoy casi seguro de que así habría sido. Tal es, al menos, la opinión de todas, absolutamente todas, las personas —cercanas o lejanas— que he consultado al respecto. De él, de mi padre, que estaba hecho de una pasta muy distinta a la de su hermano Modesto, tan bonachón, tan de brasero, facundia y partidita de naipes, tan contentadizo y de buen perder, tan resignado ante las circunstancias, se decía entonces —también me lo

contó su viuda— que «*donde hay un duro en el aire, allí está Fernandito para llevárselo*».

Y hubo, recién terminada la guerra, un director de banco que al enterarse de lo sucedido, exclamó: «¡Siempre mueren los mejores! A Sánchez Monreal, que era un águila, le habríamos dado aquí lo que nos hubiera pedido…»

Se refería, naturalmente, a los créditos, préstamos y avales. Todo el mundo, me consta, amigos y enemigos (suponiendo que los tuviera), pensaba que llegaría muy lejos. O mejor dicho, que ya estaba llegando.

Y eso, en el país de la envidia…

¿Un ejemplo? La *efe* que da nombre a la agencia de prensa más importante y notoria del período franquista, presente aún en el posfranquismo y hasta el día de hoy, no viene, como en tantas ocasiones —todas ellas interesadas— se ha dicho, de la inicial de *F*ranco, aunque esa coincidencia fonética pudiese pesar en el ánimo tiralevitas de los lameculos que la bautizaron, sino de la de Febus[49], Los responsables de los servicios de *agitprop* en el régimen nacionalsindicalista que sucedió al gobierno y a las famosas y forzosas lentejas del doctor Negrín se incautaron de la agencia familiar, volcaron sus cajones, se apoderaron de su organigrama, lo estudiaron con lupa de entomólogo, lo plagiaron y lo aplicaron, sólo en lo que a la forma de trabajar se refiere, al pie de la letra. Febus había nacido —el dato me pilla por sorpresa. Lo aporta mi tío en las dos últimas líneas de sus memorias. No sabía yo que la cosa viniese de tanto tiempo atrás— la friolera de veintiún años antes, fundada seguramente por mi abuelo y, quizá, por otros miembros de la rama noticiera de la familia[50], pero no cobró impulso, frondosidad y vuelo hasta que Fernando Sánchez Monreal se hizo cargo de ella. *Sic transit* y en gloria esté (la que tuvo y hubiese acrecido en vida). No creo que nadie me acuse de petulancia si digo que, probablemente, yo —que siempre he sido *freelance* y *hippy*— habría terminado dirigiéndola. Me halaga, me inquieta y me divierte esa eventualidad. No pudo ser.

Mi madre me contaba todas estas cosas —las que se refieren a su marido, no a su retoño— con indisimulado orgullo, que entiendo, alabo y hago mío, sean o no sean políticamente correctos (a la mierda con esa vaina) los elogios dedicados por los empresarios y banqueros a mi progenitor.

Iré, por ese camino, aún más lejos: lo lógico, planteadas así las cosas, es que mi padre —esa centella, ese *águila* y también, ¿por qué no?, ese rabo de lagartija con nalgas de mal asiento… Estaba siempre viajando, como yo. Lo certifica la correspondencia cruzada con mi madre— hubiese llegado a ser periodista influyente en la zona nacional y luego, al hilo de la posguerra (aunque no, quizá, en sus primeros momentos), director, como mínimo, de esa misma agencia Efe, nacida a su sombra y por su brecha, que se lo debía todo. Su maestro, protector y amigo Manuel Aznar, que nadó en el agua —bajaba negra— de los dos bandos, guardó la ropa, estuvo a punto de morir —*paseado* en Madrid por la CNT y en Zaragoza o Valladolid

por la Falange[51]— en las dos zonas, alcanzó la orilla, remontó el vuelo y se posó en las cumbres, le habría dado todos los empujones e impartido todas las bendiciones necesarias para ello.

—¿Está usted seguro, amigo Dragó? El señor Aznar tenía y tiene fama de habilísimo chaquetero, capaz de extender un día la punta de los dedos de la mano con el brazo en alto y de hacer lo mismo al día siguiente, pero con el puño cerrado. ¿Hubiera roto lanzas por su padre?

—Me pone usted en un brete, caballero. ¿Quién podría responder a esa pregunta? Todo lo que yo le dijese no pasaría de ser mera cábala.

—Cabalice, Dragó, cabalice. Para escribir libros, como para vadear rubicones, hay que mojarse el culo.

—Sea. Me lo mojaré. Pero no espere de mí objetividad ni ecuanimidad. Estoy directa y personalmente implicado, a mucha honra, en el asunto. No puedo distanciarme de él para verlo desde fuera. Son cosas que vienen de la infancia y de la adolescencia. Troqueladas, ya sabe. No hay quien las mueva. Lo cierto, amigo mío al que no conozco, es que nunca oí hablar mal de don Manuel a ningún miembro de mis dos familias. En la de mi padre, que era de izquierdas, se le respetaba. En la de mi madre, que era de derechas, se le admiraba. Tampoco mi tío Modesto escribe una sola palabra contra él en sus memorias. En cualquier caso, y eso cuenta, fue uno de los mejores periodistas que ha habido en nuestro país, si no el mejor. La elegancia de su prosa y la geométrica precisión del contenido de sus crónicas siempre me han fascinado. Ya no quedan en el periodismo gentes así. Hoy no se hace aprecio de la excelencia.

—Vale, vale, Dragó. Lo que usted dice es verdad y nadie, nunca, lo ha negado. Pero yo no hablo de eso. Yo hablaba de ética.

—Terreno muy peligroso, amigo mío, porque me induce a juzgar. Yo no lo hago con don Manuel ni lo haría, perdone el pareado, con el mismísimo Luzbel. Y menos si lo que está por medio es una guerra civil en la que cada quisque tiraba, y tira, desde su óptica, desde sus ideas y desde sus trincheras. Voy a confesarle algo: la persona a la que usted dirige sus diatribas y yo mis elogios, por cautos que éstos y aquéllas sean, me inspira, por encima de cualquier otro sentimiento, ternura.

—*¿Ternura?* No fastidie. Creí que iba a decir *simpatía*.

—Eso también, pero mi simpatía, que es caprichosa, podría disiparse si así lo exigieran las circunstancias, y mi ternura, que es sentimental, no.

—Me cuesta trabajo entenderle. Acláremelo.

—Si se empeña…

—Me empeño.

—Mire, se trata de una cuestión de afinidades psicológicas, caracteriológicas y biográficas. Tanto, que más que afinidades parecen concordancias genéticas… Si la muerte de mi padre, como escribí en las primeras páginas de este libro, corre paralela a la de García Lorca y a la de José Antonio, su vida, mientras duró, corrió asimismo

tan paralela a la de don Manuel Aznar, salvando las distancias cronológicas, que lo eran de tres lustros, como paralelas, según Plutarco, corrieron las de Alejandro y Julio César.

—¡Caramba! Soy todo oídos…

—Primer paralelismo: Fernando Monreal, lo dije a su debido momento, dirigía un periódico[52] a los veinte años, tres menos que los que tenía Aznar cuando se convirtió en director del periódico más digno, culto, original e inteligente de toda la historia de España.

—¿Habla usted de *El Sol*?

—De él hablo.

—Segundo paralelismo…

—O cruce de trayectorias. Fue Aznar quien metió a mi padre en *La Voz*, que era, también lo dije, la cabecera vespertina de los propietarios de *El Sol*.

—¡Al toro, jovencito, al toro! No se me muera usted antes de mencionar por lo menos otros dos rasgos comunes.

—Y más de dos, si hiciese falta. Don Manuel, aparte de lo dicho, era ya redactor jefe del periódico *Euzkadi*, órgano principal del nacionalismo vasco[53], antes de cumplir los veintiún años.

—Los que tenía, más o menos, su padre cuando cubrió la misma distancia y llegó a parecida meta en *La Voz*.

—Usted lo ha dicho. Y yo le diré algo más. Le hablaré de su ambición, inteligencia, energía, eficacia, audacia, don de mando, generosidad hacia sus colaboradores, asepsia, indiferencia y escepticismo ideológicos, profesionalidad, claridad de propósitos, versatilidad, flexibilidad y prontitud, capacidad de seducción y de reflejos y rapidez de movimientos. Era un híbrido de lagartija, serpiente de cascabel y águila real. Pero hagamos caso omiso de todo eso y centrémonos en lo sucedido durante la guerra.

—¿Por qué? Porque *importa más*, como dijo usted que dice la Biblia, *el fin de algo que su principio*.

—Bueno, bueno… Eso, en todo caso, sólo podría aplicarse a mi progenitor. Para Aznar, aquel *fin* fue un *principio*. ¡Y qué principio!

—Déjese de jeremiadas, Dragó. Al grano.

—Fíjese usted en la coincidencia o más bien, como dije a su debido momento, *fenómeno de convergencia* de que los dos, el periodista *senior* (que había sido de Maura. Luego pasó a ser de Portela Valladares y, después, de Franco) y el periodista *junior* (que aún lo era… De Maura, quiero decir. ¿Habría sido también de Franco? No lo excluyo) abandonasen Madrid en los primeros días de la asonada. Mi padre se dirigió al sur en vertical y terminó, después de no pocos zigzagueos, percances y aventuras, que ya se relataron, en Valladolid, y allí le detuvieron. Don Manuel, en cambio, se dirigió tortuosamente y, acaso, torticeramente, vía Bruselas, al noroeste, pasó por Zaragoza y después de no pocas aventuras, percances y zigzagueos, terminó,

detenido, en la misma ciudad castellana de la que ya habían evacuado, con las esposas puestas, a mi padre. Fue, casi, en los mismos días. Quizá se cruzaron, sin verse ni saberlo, en Burgos. Y si no se encontraron en ninguna de las dos ciudades fue por el canto de un duro de los de la posguerra, porque los de entonces eran más gruesos. Sus respectivas existencias, como puede usted apreciar, seguían, pues, trenzándose en el regazo del destino.

—Hasta que a uno de los dos se le trenzó y cruzó otra cosa, que era su opuesta o, mejor dicho, su complementaria.

—Sí. La muerte.

Concluye el diálogo. Vuelvo al monólogo.

Estábamos, cuando irrumpió en escena la figura, no prevista en el guión, de don Manuel Aznar, enredados en un juego de futuribles: los relativos a lo que la zarabanda bélica, los *años del hambre* y el posterior aperturismo ideológico y despegue económico —vale decir: la guerra, que no había hecho sino empezar, y las dos fases de la posguerra— habrían deparado, profesionalmente, sólo profesionalmente, a mi padre (y a mí mismo, pero de eso no volveré a hablar hasta las últimas páginas de esta obra) en el supuesto de que una aleve descarga de fusilería no se lo hubiera impedido… Y aventuré entonces el pronóstico de que el jovencísimo y brillantísimo director de la agencia Febus habría rayado, como mínimo, a la misma altura que alcanzó don Manuel, aunque sólo puertas adentro del territorio del periodismo —que aún no se había encanallado como lo está ahora— y extramuros de las cochiqueras de la política y de los calabozos (y calabobos) de las ideologías, que ni le tentaban ni eran lo suyo.

Sé, porque no escribo entre el 1 de abril de 1939 y el 20 de noviembre de 1975, sino en el verano y otoño de 2004, que tengo el deber de incluir aquí, en este pasaje de mi perorata, testimonio y crónica, para evitar equívocos y esquivar cuchilladas procedentes del discurso de valores hoy dominantes —ya pasará, algún día lloverá más fino—, por lo menos una apostilla. Aquí va…

Pero tráiganme antes, por favor, un ejemplar de la edición príncipe del *Quijote* para que pueda jurar sobre ella y por la cabeza de Fernando Monreal, a la que sumo las cabezas y los corazones de mis siete mujeres y de mis tres hijos, que lo que a continuación voy a decir me sale del alma y es, por ello, pero no sólo por ello, de todo punto verdad.

La apostilla…

Estoy razonablemente seguro, pese a moverme en las arenas movedizas de las cábalas, de que mi progenitor, llevado y propulsado por los vaivenes de la fortuna, por el apoyo de don Manuel Aznar y por sus propios méritos al puente de mando de la agencia Efe o de cualquier otra institución semejante, y habilísimo, como hasta entonces lo había sido a pesar de vivir en un país tan venenoso y peligroso como el filo de una katana, en el arte sivaíta de bailar sobre la cuerda floja —la panoplia de sus recursos era, según mi madre, infinita—, habría sabido mantenerse leal en todo momento, por difícil que la empresa resultase, a la inmaculada tradición de honradez, asepsia ideológica, higiene moral y liberalismo vital que le venía de sus mayores. Era un Sánchez.

Y yo, que también lo soy, aseguro, además, a quien lo oiga, de que no hablo así porque el interfecto fuera mi padre.

O *sólo*, mejor dicho, porque lo fuese.

Hablábamos de su colega *Rienzi* cuando me pareció que venía a cuento este largo excurso, pero fuerza es que regresemos ahora, por lógica de la narración, a aquel punto de partida.

Lo que en él se refirió a propósito de la huida de San Rafael y la arribada al refugio vallisoletano del cronista deportivo de *La Voz* traerá, más adelante, larga cola, pero anticipo ya el dato, embarazoso para los míos, de que *Rienzi* terminado el conflicto y confirmada (aunque no completamente aceptada por mi madre) la desaparición y probabilísima muerte de su valedor, colega y amigo Fernando Monreal, se convirtió —junto a otro periodista deportivo de relumbrón y fuste: Eduardo Teus— en objeto preferente de las sospechas relativas a la identidad del hijo de puta que había denunciado a mi padre, y a Carreño, y en sufrido e injusto blanco de las iras de mi familia. Cosas del querer y de la época. Hora es ya de pedirles perdón por ello.

Dice, por lo demás, y no deja de ser curioso, mi tío Modesto en sus memorias que «*los citados* —por Pepe Gutiérrez de Miguel y Manuel Gómez Domingo— *habían cambiado impresiones* [se sobrentiende que en San Rafael y acerca de lo que los acontecimientos aconsejaban] *y cada cual, en uso de su libre albedrío, trazó su destino*».

Dejémoslo, por ahora, así.

Otro error de mi cosecha, para añadir a los ya mencionados, que ni siquiera es preciso rectificar, porque rectificado queda de por sí, automáticamente, en las páginas dedicadas a glosar o a reproducir lo que Eduardo de Guzmán, Luis Romero o Modesto Sánchez Monreal —que son, hasta ahora, las fuentes principales de mi relato— cuentan a cuento de lo que estoy contando.

Me refiero, es obvio, a la confesión de ignorancia relativa al día exacto —no por aproximación— en que mi padre abandonó a mi madre, y a mí en su vientre, para emprender su descabellada aventura meridional.

Fue en la primera línea del *primer acto* de este libro —recuérdelo el lector— cuando dije que no conocía con precisión, aunque sí a bulto, esa fecha; y en el momento de escribirlo era, ¡*sapristi*!, verdad, pero han bastado treinta días, *grosso modo*, de desvelos literarios, un manojo de lecturas, otro de conversaciones celebradas por aquí y por allá (tanto dentro como fuera de mi familia) y noventa folios de treinta líneas de sesenta espacios de letra *pica* universal para que mi ignorancia se desvanezca y lo confesado deje de ser cierto. Ahora sé perfectamente, y lo saben también quienes hayan tenido la curiosidad, la bondad y la paciencia de haberme leído y seguido hasta aquí, que Fernando Monreal y Luis Carreño —víctimas de su audacia, verdugos de sí mismos, personajes de tragedia griega

acosados por las Furias y mártires sin causa— salieron de Madrid en las primeras horas de la mañana del 18 de julio.

Fecha ésta no sólo para la historia universal, como de hecho lo fue, sino también para *mi* historia personal… Aún no había salido yo al mundo, cierto, por más que existiese, achuchase, patalease y alentase ya en el vientre de mi madre[54], pero en aquel minuto, en aquella mañana, en aquel día, mi vida —latente, presente— cambió de proa, de timón, de sextante y de sentido. Todo (o, por lo menos, mucho) en ella habría sido radicalmente distinto a lo que fue, a lo que es y a lo que será, si me queda un adarme de futuro, en el caso de que mi hacedor y progenitor no hubiera tomado la abrupta y alocada decisión que tomó.

Nadie vea —lo suplico— asomo alguno de queja o de reproche en esta frase. Sacrosanta es para mí la ley, personalísima, intransferible, del libre albedrío y sacrosantos son los condicionamientos que fatalmente, ineluctablemente, se derivan del propio carácter, de cualquier carácter… Campea, de hecho, en una de las paredes de mi difunto domicilio soriano —aludo al de la capital, no al de las Tierras Altas— un azulejo pintarrajeado por mí en el que se lee: «*Nunca respetes la ley. Respeta sólo tu ley*» (que es, por supuesto, la de la conciencia *individual* No creo en la colectiva). ¿Cómo podría reconvenir yo al bueno de Fernandito Monreal —somos, padre, simultáneamente, raíces y ramas del mismo árbol genealógico[55]— estando, como lo estoy, absolutamente convencido de que, puesto en la misma circunstancia, habría hecho exactamente lo mismo que hizo él? Genio y figura antes y después de la sepultura. Nadie, nunca, puede culpar nada a nadie. Somos hijos de nuestras obras y nuestra idiosincrasia. Todo lo que, bueno o malo, sucede a un hombre, a una *persona*, es culpa o mérito de su temperamento y de su conducta.

Olvide el lector los adjetivos agregados —tonta, inútil, redundantemente agregados— a la monda y lironda, sustantiva decisión hecha suya por mi padre: que si abrupta, que alocada, que si descabellada… Quita, quita. Son tontunas, maneras de hablar. Yo no opino, no critico, no juzgo, no condeno. Mi papel en este libro es el de un observador que, eso sí, forma parte —apasionada parte— de lo observado. Soy un cronista, un documentalista, acaso un historiador o, como ya insinué, un intrahistoriador. Me limito a dar fe, a dejar pública constancia del engranaje de desviación o quiebro del destino —llamémoslo así— al que Fernando Monreal dio cuerda y puso, irreversiblemente, en marcha. Nacer —o ser concebido. Tanto monta — es por definición un riesgo, y punto. Toda vida debería ser *pericolosa*. No se hable más.

Reconstruyamos sucintamente, sólo por afán de exactitud y no sé si de innecesaria recapitulación, la cronología de lo sucedido. Ahora, gracias a mi tío Modesto, a mi tía Susana, a mi primo Gerardo, a mis primas Pili y Maribel, al fotógrafo Alfonso, al periodista Eduardo de Guzmán y al novelista Luis Romero, estoy, por fin, o eso me parece, en condiciones de hacerlo. Casi medio siglo — cuarenta años más cinco meses contados a partir del escenón que en febrero de 1956

desencadenase y protagonizase el *superagente* Conesa— me ha llevado conseguirlo.

A saber:

1. *Viernes, 17 de julio por la mañana*. Sale hacia San Rafael, donde está veraneando su familia, mi tío Modesto.
2. *Íd. a media tarde*. Fernando Monreal y Luis Carreño se enteran en la cafetería del edificio de las Cortes, por boca de don Indalecio Prieto, de que la guarnición de Melilla se ha sublevado. Parece ser, aunque no tengo confirmación escrita ni fehaciente, que don Manuel Aznar, allí mismo o en otro escenario para mí ignoto, insta a mi padre, apelando a su condición de joven y ya avezado periodista, y quizá también a su amigo Carreño, a salir en pos de la noticia allí donde la noticia nace.
3. *Mismo día, misma hora*. Mi padre telefonea a su hermano y lo conmina a regresar inmediatamente a la capital para empuñar el timón de la agencia, porque él —le explica— va a salir zumbando hacia el sur.
4. *Íd., más tarde*. Más tarde, sí, pero ¿cuándo, a qué hora, en qué momento vino mi padre a casa para meter las dos malditas mudas en el dichoso maletín y espetar a su esposa la mala nueva de que se iba escopeteado hacia el epicentro del terremoto? Cuando describí, hace ya bastantes páginas, la escena en la que mi madre, desde el mirador y conmigo a cuestas en su abultado vientre, lo increpó con ojos de fiera y lo maldijo con bíblica cólera, estaba yo absolutamente convencido de que el rifirrafe se produjo a media mañana o, como mucho, poco antes de comer, pero entonces aún no sabía lo que luego, a renglón seguido, supe. Esto es, que don *Inda* difundió la noticia del amotinamiento melillense a las *cinco en sombra*, más o menos, de la tarde, como si la República fuese un torero a punto de morir. La reacción de mi padre tuvo que producirse, pues, a partir de ese momento, el del final de la larga siesta ibérica, como muy pronto. Vendría luego la lectura de las memorias de mi tío a confirmar, en lo que me concierne, ese minutaje y a poner en mi conocimiento algo que también, entonces, ignoraba. Me refiero a la evidencia de que mi padre estaba aún en Madrid a eso de las ocho de la mañana del día siguiente. Lo que no sé —ni podré ya averiguar nunca— es dónde pasó esa noche. ¿En el tálamo, en un catre de la agencia o yendo de aquí para allá, nervioso, descompuesto, desvelado y tascando a dentelladas el freno de su oficio, como según Eduardo de Guzmán lo hicieron, en aquellas sombrías horas de cuchillos largos, otros muchos periodistas? Más verosímil parece lo tercero o lo segundo que lo primero, pues no sería, digo yo, plato de gusto para ningún marido que se sintiera culpable compartir la cama con una mujer encinta y tan furiosa —es metáfora y conjetura razonable— como lo estaría una pantera que viera en peligro inminente a sus cachorros. Me aporta, además, mi hermana Marilén, cuando ya estaba yo a

punto de dar carpetazo al enigma, otro detalle que no lo resuelve, pero que a pesar de ello conviene mencionar con miras a la reconstrucción literaria, sólo literaria, de la atmósfera en la que transcurrió el último contacto físico de mi padre con mi madre. Cruzóse ésta, al parecer, en el umbral de la puerta de salida de la casa tratando de cerrar materialmente el paso a su marido, y fue entonces, según mi hermana, y no desde el mirador, cuando aquella viuda en agraz, que ya estaba a punto de serlo en sazón, profirió sus maldiciones e intentó detener *in extremis* al fugitivo, anunciándole que sería yo, su único hijo, quien pagara las consecuencias y vidrios rotos de lo que arrastrado por su insensatez estaba haciendo. Y así, en cierto modo fue, aunque también hubiese otras víctimas. A partir de ese instante la suerte estaba echada.

5. *Sábado, 18 de julio, primerísima hora de la mañana*. Mi tío Modesto consigue llegar en autobús a Madrid desde San Rafael y se va flechado hacia la sede de la agencia Febus, donde rinde viaje justo a tiempo de ver cómo su hermano se acomoda en el coche —o, más bien, carroza fúnebre— que en volandas se lo lleva hacia el sur hasta escacharrarse en Jaén.

¿Cronología, ésta, que va —como pomposamente anuncié— a misa? Pues no. Sigue el cuento de nunca acabar, siguen las incógnitas y las contradicciones, siguen las trampas de la memoria… Ajena, esta vez.

Releo lo anterior y me percato de que la versión de los acontecimientos dada por mi tío en sus memorias no concuerda con lo relatado por Eduardo de Guzmán, que asegura haber visto a sus dos compañeros subiéndose al coche de mi padre —que, por cierto, no lo tenía. Cabe suponer que fuese alquilado o propiedad de la agencia— en la calle de Fernanflor, sita junto al lateral izquierdo de las Cortes en la tarde del 17 de julio.

Es posible, sin embargo, que los dos —mi tío y el periodista— estén, contradictoria y complementariamente en lo cierto. Todo resulta bastante confuso, pero nada impide llegar a la conclusión de que Carreño y Monreal, viéndose en el disparadero, contasen hasta diez, recapacitaran y decidieran posponer la aventura hasta el día siguiente. Eso, además, sí que casaría al dedillo con lo que cuenta mi tía Susana, a la que acabo de llamar, anhelante, desesperadito y en petición de árnica y de un rayo de luz, por teléfono. Es ya, octogenaria, pero sigue con el palmito enhiesto —fue una de las mujeres más guapas de Madrid— y con la cabeza en su sitio. Tenía entonces mi tía y futuro primer amor, creo que ya lo dije, doce o trece años, hermosísimos, granadísimos, lozanísimos, lo que no es obstáculo para que se declare hoy absolutamente segura, al ciento por ciento, de que mis padres pasaron juntos, aunque barrunte que en desasosegada duermevela, aquella terrible noche. Escuchemos su relato…

Llegó mi progenitor a casa a la hora de la cena o poco antes, refirió lo que estaba sucediendo en el Protectorado y las plazas de soberanía, comunicó a mi madre sus intenciones, puso ésta el grito no tanto en el cielo cuanto en el infierno, se echó a llorar y a suplicar, hubo bronca, llegaron los ecos de ésta a oídos de mi abuelo, que vivía con Susana, su hija menor, en el piso de arriba y —convencido, con razón, de que no sería bueno para nadie que él, desde lo alto de su autoridad de patriarca, se mezclase en la refriega— envió como apaciguadora de la misma y paño de lágrimas de su atribulada y emberrenchinada hija mayor a la chicuela inocente con una rama de olivo en su boca.

No sirvió de mucho. Siguió la escandalera, arreció, incluso, y al cabo, vencidos los dos —la esposa y el esposo— por la patética inutilidad de sus recíprocos esfuerzos, se encerraron en la alcoba mientras mi tía Susana, inquieta y para no marrar el quite en el supuesto de que éste se hiciera necesario, montaba guardia, pues no creo que consiguiera conciliar el sueño, en la garita del oscuro dormitorio del pasillo que con el correr del tiempo, y terminada ya la guerra, se convertiría en mi habitación de niño huérfano de padre. Hoy es la de mi hermano.

Así, entre sollozos reprimidos, silencios elocuentes y angustiosa espera, transcurrió la noche, despuntó el alba, se levantó mi padre, seguido y vigilado de cerca por mi madre, y…

—¡Escúchame, Fernando! ¡Por lo que más quieras! ¡No seas loco! ¡No te vayas! ¡No te vayas! ¡No te vayas!

—No seas tonta, Elena. Será sólo por unos días. Estaré de vuelta antes de que se te hayan secado las lágrimas.

—Por favor, hazme caso… ¡No te vayas! ¡No te vayas!

Pero se fue. Ya lo sabemos. El amor es cosa de mujeres. Lo que a los varones les importa de verdad en la vida es su trabajo, sobre todo si les viene de vocación y no sólo para atender a mezquinas y mecánicas necesidades pecuniarias. Fernando Sánchez Monreal llevaba el periodismo, como yo la literatura, metido hasta la bola en el escroto de la voluntad, en las amígdalas del deseo, en los genes, en las neuronas, en los hematíes, en los testículos del alma.

Se fue, decía, y mi madre —ahora sí— corrió hacia el mirador y se asomó por él gritando, llorando, gesticulando, amenazando, como una coéfora, como una moira, como un dragón (el de su apellido. El nombre marca, los paganos lo sabían), con la mitad del cuerpo fuera de la barandilla, mientras su hermana, temiendo que se tirase o se cayera, la sujetaba convulsamente por la cintura, grávida —ésta— de mí y fecundada por quien a partir de ese mismo instante ya sólo sería en nuestras vidas, las de los dos, un ausente… El eterno ausente.

Así llamarían también, los suyos, a José Antonio. Más sincronías.

¿Punto final? No, no, todo lo contrario. Fue precisamente entonces, con mi madre que se desbordaba y desmelenaba en el mirador, y mi padre que alojaba y se alejaba en el habitáculo trasero de un taxi (o, acaso, del Peugeot), cuando los clarines

anunciaron el tercio de muerte y se alzó sobre el coso y los graderíos el telón de la tragedia.

Mi tía no sabe si su cuñado telefoneó a la mujer varada en Madrid desde Jaén, desde Córdoba o desde cualquier otra estación del viacrucis. No le consta, no lo recuerda, no le parece probable. Quizá, temeroso, enfurruñado con su cónyuge o agobiado por el incipiente sentimiento de culpa, lo dejó para más tarde y ya no fue posible hacerlo, porque los militares del cuerpo de artillería tempranamente sublevados en la que fuera ateniense capital del Ándalus se salieron en seguida, aunque contra pronóstico, con la suya, tomaron las calles, rodearon el Gobierno Civil, lo cañonearon, entraron en él y detuvieron al gobernador, y a sus dos amigos, a los que había invitado a comer, no sé muy bien (¡y a quién le importa!) si en las primeras o en las postreras horas de la tarde. Lo certifican —ya se contó— los libros de Eduardo de Guzmán y Luis Romero. Es de suponer que para entonces ya estuvieran cortadas las líneas telefónicas, porque es lo primero que hacían tanto los unos como los otros, pero también sabemos a ciencia cierta, certísima, que antes del asalto al edificio, en algún momento no especificado del día, mi padre se puso en contacto con la agencia Febus y Luis Carreño con *La Voz*, hablaron en uno y otro sitio con las personas adecuadas (quizá, entre ellas, con Modesto Sánchez Monreal) y cumplieron con su deber informativo —sería la última vez que lo hacían— mientras las tropas se adueñaban del edificio y de la ciudad entera.

Luego cayó una infranqueable cortina de hermético silencio —la que ahora, sesenta y ocho años después, estoy rasgando con pulso tembloroso— y la historia de amor (que de verdad lo era, al menos a mi juicio de hijo de la misma y en la opinión, unánime, de quienes la presenciaron) se detuvo en seco, dejándose en el firme del asfalto las huellas renegridas de las llantas, como si todo —el mundo, la carne, el corazón, el alma, y el discurrir del río de la vida— se hubiera, repentinamente, paralizado y estuviese, en el aire, suspendido a la espera de su reanimación y de su resurrección.

Pero el demonio, en cambio, no cejó en su fatiga de zapa, en su azacaneo de comején. El demonio siguió moviéndose, siguió tejiendo su tela, siguió cebando las armas, y no las descargó ni detuvo la rueca, ni dejó de patalear, bufar y envenenar el viento hasta cincuenta y seis días más tarde.

Cuenta mi tía que su hermana le dijo unas horas después de la desaparición —voluntaria, premeditada— de mi padre que a éste le había sorprendido el desencadenamiento de lo que nadie sabía ni creía, aún, que iba a ser una guerra de treinta y dos meses cuando aún andaba dando tumbos y trasegando polvo camino de Jaén, donde no hubo pronunciamiento, o —acaso— más allá.

Y así, efectivamente, era. Elena Dragó estaría, imagino, pendiente de la radio —no sé si de la oficial o de la que con el correr del tiempo se llamaría, si no se llamaba ya, *macuto* o *petate*. Posiblemente habló con su cuñado, que estaría a pie de teletipo y teléfono en la agencia— y de ese modo, o de cualquier otra forma, se habría enterado de que el general Mola era ya dueño y señor absoluto de la ciudad de Pamplona, en cuyas calles aún se escuchaba el eco del reciente chupinazo de los sanfermines y del *pobre de mí* —¡qué premonición!— entonado muy pocos días antes, y de que el futuro Caudillo estaba ya en Las Palmas, dispuesto a subir a bordo de un avión que, curiosamente, aunque eso no lo sabía ni podía saberlo, llevaba, *grosso modo*, su apellido —el *Dragon*, ¡evohé! *Rapide*— y que unas horas más tarde, hacia las tres posmeridianas, lo depositaría sano y salvo, pero aún titubeante en lo relativo a la suerte que aguardaba al alzamiento, en una pista cualquiera del aeródromo de la ciudad de Casablanca.

A todo esto, mientras los desastres goyescos y grotescos de la guerra empezaban a pisarse recíprocamente los talones al mismo tiempo que el país se deshilachaba y dividía en un estruendoso, zarrapastroso, provisional y movedizo rosario de banderías, cantones, alcázares y reinos castrenses de Taifa, el varón más joven y mejor plantado de la rama española de la estirpe de los Dragó —cuya cepa remota venía de Córcega mientras la cercana, que Napoleón había llevado a Paris[56], hundía sus raíces en tierras francesas y, posteriormente, argelinas— se encontraba sirviendo como oficial de la marina mercante en un buque petrolero de la CAMPSA que se dirigía (o que había llegado ya), con el propósito de vaciar allí el nauseabundo contenido de su vientre, al puerto de la ciudad archimediterránea donde veintitrés años atrás había venido al mundo: Alicante, *la millor terra del món*.

Se llamaba Jorge, lo llamaban *Poncho*, era marino, alto, fuerte y endiabladamente apuesto, se comía el mundo, su energía era proverbial, poseía unos ojos tan intensamente azules como amistosa y risueñamente burlones, y le gustaban el mujerío —que le correspondía— y la juerga tanto como a mí me gustan Cervantes y el Albariño.

Era el balarrasa de la familia, y eso, paradójicamente (o no, porque los dioses del hado, atizan el fuego de la libertad de costumbres y amparan a los jaraneros), fue lo que le salvó la vida.

Echó anclas el barco frente a las airosas palmeras rebosantes de falso fruto del paseo de la Explanada (que tantas veces, y en mejores tiempos, había recorrido —arriba y abajo, abajo y arriba— persiguiendo a las chicas, conquistándolas y sofaldándolas mi irresistible tío por parte de madre) e *incontinenti* subieron a bordo los chekistas, pistoleros y milicianos de turno —o quizá fue, cualquiera sabe, la marinería rasa del barco la que *motu propio* se encargó de las operaciones de limpieza ideológica y baldeo revolucionario… «¡UHP, UHP!»[57], gritaba media España— con el exclusivo objeto de arrojar gentilmente a las oleaginosas aguas de la tranquila dársena, con una piedra de muchos kilos previamente atada al cuello, a los oficiales

—reos de Estado, todos, por el horrible delito de ser burgueses y tener estudios, y automáticamente sospechosos por ello, y según la lógica bolchevique del populacho de amancebamiento y complicidad con los militares sublevados—, pero el bueno de *Poncho*, por suerte para él y para los suyos, yo entre ellos, se quedó sin papeleta de participación en tan original, edificante y equitativa rifa porque la ceremonia de asignación y entrega de premios transcurrió mientras él, galleando y haciendo honor a su fama de señorito golfo, de Pancho López y de calavera impenitente, andaba de farra, coperío, niñas y cachondeo por los antros del barrio chino de su ciudad.

Lo demás fue relativamente fácil. Regresó mi tío, arropado por la oscuridad y el silencio de las horas nocturnas, a aquel buque maldito, hízose éste —ya sin oro negro en sus sentinas— a la mar y puso proa, como morro había puesto unos días antes el *Dragon Rapide*, hacia el abrigado puerto de la consabida y socorrida Casablanca, lo bloquearon las autoridades francesas debido al pabellón tricolor e ibérico que ondeaba en su popa, desertó de él —o simplemente, no lo sé, se despidió por las buenas— aquel trueno vestido no precisamente de nazareno, viajó por tierra hasta Melilla, se enroló —era lo suyo— en otra nave mercante (esta vez con bandera rojigualda), llegó a Galicia y, dentro de ella, a Vigo, conoció allí a una moza de Falange, chiquita, pero de muy buen ver, que le rió las gracias, lo envolvió con las suyas, aceptó sus piropos, se los devolvió y le abrió los brazos. El resto fue contraer matrimonio sobre la marcha ante un altar mayor presidido por el santo Yugo y por las santas Flechas —Elisa, su mujer, las llevaba también prendidas junto al inexistente escote en la pechera de su traje de tul—, y así, de tan envidiable y admirable modo, y navegando de aquí para allá en petroleros de la CAMPSA y entre polvo y polvo, si se me permite la expresión, bendecidos por la no menos santa madre Iglesia, pasó mi tío, tan ricamente, y pasó también su flamante esposa, que siempre supo dar y recibir felicidad, el resto de la guerra.

Su familia —la mía— lo dio por perdido tras los sucesos de la *noche triste* de Alicante que acabo de narrar y hasta que las cosas, tiempo después se aclararon, y estuvo, por lo visto, reuniéndose después de cenar durante varios días —o, quizá, semanas— para rezar el rosario en su memoria y sacar del purgatorio rumbo al cielo su bendita alma de pirata honrado y calavera angelical.

Dejemos a *Poncho*, por ahora, en su tierra —Galicia— de adopción. Tiempo habrá más adelante, y forzoso será hacerlo, para encontrarnos nuevamente con él.

Tengo en este instante frente a los ojos, junto a la vieja Olympia metálica, manual y ruidosa —casi un hacha de piedra tallada o un punzón de sílex sin desbastar si la comparamos con los exánimes procesadores de textos que tanto agradan hoy a mis ex semejantes—, el original de una carta escrita el día 2 de agosto de 1936 con membrete de *El Director de «Ideal» — Granada*, dirigida a don Eduardo Jiménez Rey, máximo responsable de *La Gaceta Regional* de Salamanca, y firmada por

Santiago Lozano García, cuyo contenido, literalmente, reza:

«Mi querido amigo y compañero:

»Tengo el gusto de presentarle a los periodistas madrileños Fernando Sánchez y Luis Díaz, buenos amigos míos, siendo mi deseo los atienda durante su estancia en esa capital en cuanto le sea factible.

»Agradecido por anticipado, quedo de Ud. como afcmo. amigo q. e. s. m.»

Las conclusiones que cabe sacar de la lectura de esta carta son tan obvias —¡elemental, mi querido *Watson* Ruiz Vega!— como perogrullescas y desprovistas, por ello y en principio, de interés, pero nos brindan un sólido punto de apoyo para ir ordenando cronológica y geográficamente las sucesivas etapas del itinerario recorrido por mi padre.

Éste y su compañero de escapada, atrapados en Córdoba, como ya sabemos, por las fuerzas de la sublevación allí triunfante, permanecieron detenidos en la ciudad de los califas cuarenta y ocho horas escasas, como mucho, y como en seguida demostraré, y no, de ninguna manera, varias semanas, que es lo que categóricamente sostiene, equivocándose, Eduardo de Guzmán, que en casi todo lo restante acierta. Hay, sin embargo, en su obra, tantas veces citada, otro error: el de asegurar, sólo unas líneas más abajo, que los miembros de las respectivas familias de Monreal y Carreño, sorprendidas por la guerra en San Rafael, habían sido evacuados de esa localidad y trasladados a Valladolid. El autor de *La muerte de la esperanza* había oído campanas al respecto, porque el traslado, efectivamente, se produjo, pero fue más tarde y en condiciones muy distintas a las que da a entender. Contaré y aclararé ese episodio, crucial, a su debido momento.

¿Por qué estoy tan seguro de que los dos periodistas detenidos en la tarde del dieciocho de julio fueron puestos en libertad antes de que transcurrieran cuarenta y ocho horas? Pregunta de facilísima e irrebatible respuesta: lo sé —«*¡por escrito!, ¡por escrito!*», clamaba el impagable e incesante *Xènius*— por la sencilla razón de que así, taxativamente, lo afirma mi padre en una carta (que poseo) escrita en Valladolid el último día del mes de agosto del año a la sazón en curso. Dice en ella que el Movimiento Nacional (sic) le pilló en la carretera y que estuvo luego en Granada —a Córdoba ni siquiera la menciona— «*desde el día 20 de julio hasta el pasado 24 de agosto*». No cabe, por lo tanto, ni la más mínima duda en relación a este asunto.

Volveremos a esa carta, que es bastante extensa, además de intensa, y que ilumina no pocos puntos oscuros, pero reenhebremos ahora el hilo de la narración allí donde lo dejamos.

El domingo 19 o, a más tardar, el lunes 20 por la mañana recuperaron la libertad los dos detenidos —sería cosa de esclarecer si también salió a la calle el Gobernador Civil. Supongo que no, aunque en aquellos días cualquier atentado contra la lógica era moneda corriente y negocio cotidiano de ordinaria administración—, pero para entonces resultaba ya absolutamente imposible regresar, vía Jaén, a Madrid. Todo lo

que abarcaba la región de Castilla la Nueva, *deconstruida* y reconstruida luego por los presuntuosos y sedicentes Padres de la Constitución que recompusieron y descompusieron el país después de la muerte de Franco, quedaba, prácticamente, dentro de lo que en seguida empezó a llamarse *zona roja* por contraposición a la *nacional* (¡qué ínfulas las de este adjetivo!). Entre Jaén y Madrid sólo pertenecía a la segunda, como heroica, menguada y no muy significativa excepción, el sacro enclave —otro alcázar de Toledo— de Nuestra Señora de la Cabeza. Las dos únicas capitales de provincia que en aquel momento, a fecha de 20 de julio, estaban al alcance de quienes —Monreal y Carreño— parecían (y acaso se sentían) fugitivos sin huir en realidad de nada, eran Sevilla, hacia el suroeste, en la que Queipo de Llano había puesto por sorpresa el mingo donde menos se creía que esto pudiera suceder, y Granada, hacia el suroeste, siguiendo el angosto y encajonado —o, más bien, *encañonado* (discúlpeseme el fúnebre y anfibológico retruécano)— corredor que punteaban las localidades de Espejo, Baena, Luque, Alcaudete, Alcalá la Real, Pinos-Puente y Atarfe, todas ellas en manos ya de los rebeldes.

Los dos fugitivos —mantengámosles sin meneallo el remoquete— intentaban, por una parte, llegar a San Rafael o a sus cercanías (Segovia, Ávila, Valladolid) para reencontrarse con los parientes que aún anduvieran, vivos, por allí y, en segundo lugar, aplicando a rajatabla el viejo y sagaz principio —al que tan aficionado era mi padre. Yo heredaría (me parece que ya lo dije) la propensión al uso de tan astuta y ahorrativa estratagema— de ir por atún y, de paso, a ver al duque. Es probable que aún siguieran aquellos dos sabuesos de pura raza periodística, sutil olfato informativo y berroqueña testarudez (la de Monreal, por lo menos, que era quien atizaba el rescoldo y tiraba del carro de la expedición) a prueba de militares obtusos, de milicianos desaprensivos y de guerras civiles y cerriles, empeñados y emperrados a toda costa y contra toda lógica en perseguir, capturar y propagar noticias en exclusiva. ¡Dios los confunda! Yo, que tantas cosas tengo de mi padre, no heredé esa adicción profesional. He trabajado, cierto, y mucho, en prensa, en televisión y en radio, pero nunca he sido —me he *sentido*— periodista, sino escritor a secas, y en cuanto escritor, eso sí, he utilizado el periodismo como instrumento de pelea, como ganzúa que me permitía, y me permite, abrir puertas vedadas al resto de los mortales y meter las narices en ámbitos y rincones recónditos, y como truco para sobrevivir económicamente y viajar gratis cuando no tenía dinero suficiente para correr con el gasto, pero nada más. Información no es sabiduría. La literatura, en cambio, o por lo menos la única literatura que no sólo como escritor activo, sino también como lector pasivo, me interesa es la que busca y, a veces, aporta lo dicho: sabiduría.

Pero, en todo caso, siguiendo con las razones o sinrazones que llevaron a los fugitivos a escoger Granada como válvula de escape y suponiendo que lo que hace unas líneas escribí al respecto responda a verdad y no sólo a lo que el sentido común

propone, ¿por qué diantre se fueron a una ciudad de menor cuantía en lo que a las operaciones bélicas y al proceloso caudal informativo de ellas derivadas se refiere, y no a Sevilla, donde estaba en aquel momento, tanto más que en Madrid o Barcelona, el principal surtidor noticioso, la clave del futuro de la guerra y, por extensión, la llave de la zona (Algeciras, Cádiz, Huelva) que iba a permitir el desembarco y la fulgurante avanzada hacia el norte, por Extremadura, de las tropas sublevadas en el Protectorado?

La ciudad de los nazaríes y de García Lorca quedaba, por si fuera poco, más lejos y a trasmano —de monte en monte, de cumbre en cumbre, de precipicio en precipicio— que la de Al-motamid y los Machado, separada de Córdoba por una suave y gentil llanura, la del Guadalquivir, de modo que…

No cuadra. No cuadra, pero es así, por más que la elección del enclave adonde se dirigieron inicialmente los fugitivos después de llegar a Córdoba y de salir de ella nos parezca hoy, a la luz de lo que sabemos, no ya incomprensible, sino casi inconcebible. La carta de Fernando Monreal que traje a capítulo y a discusión más arriba es, a ese respecto, tan rotunda en su meridiana claridad como determinante en su expeditivo significado. ¡Va a misa, caramba, y si no es así, que bajen Yavé, Alá, Buda, san Dios, la Purísima o el mismísimo demonio al sagrario y me lo expliquen! Yo no puedo hacerlo, ya nadie puede hacerlo…

¿Intentaban, acaso, saltar a Melilla desde ninguna parte (valga tan descabellado tropo, porque Málaga y Almería, y todo el litoral mediterráneo desde el Peñón hasta Port Bou, seguían siendo republicanas) y, ayunos de noticias, aunque no, supongo, de chismes, bulos y rumores, en lo referente a la delimitación geográfica de las dos zonas en litigio y a los zigzagueantes logros y reveses respectivamente alcanzados o sufridos por los unos y por los otros, marraron la ruta?

A saber…

¿Querían, quizá, pasarse al otro lado —al de los rojos, al de las fuerzas leales a un gobierno que medio país consideraba desleal, al de una hemiespaña frentepopulista que era, contradiciendo ese adjetivo, abierta y tremendamente impopular a los ojos de muchos millones de ciudadanos— y, desde él, reincorporarse a Madrid, al trantrán del Foro, a la bulla de los cafés, a los teletipos y despachos de la agencia Febus, a la redacción de *La Voz* y sobre todo, en el caso de mi padre, al amor y al tibio cuerpo de mi madre?

También esta segunda y reconfortante hipótesis resulta hoy absurda, tan absurda como la primera, pues muchísimo más fácil habría sido acometer este salto desde Córdoba —donde las tropas y tropillas gubernamentales andaban a un tiro de piedra de su alfoz, y más aún llegarían a estarlo cuando el general Miaja intentase, pocos días después, entrar en el recinto urbano y controlar sus alrededores sin conseguirlo— que desde Granada.

Lo que dije: a saber…

O sea, a no saberlo nunca.

Tercera y última hipótesis: ¿mintió, por ventura, mi padre en legítima defensa —a la que le obligaba el brutal cariz tomado en ambas zonas por los acontecimientos represivos y vengativos— al afirmar en la carta escrita desde Valladolid el 31 de agosto que había permanecido en Granada desde el 20 de julio hasta una semana antes del día de la fecha? ¿Pretendía con eso —si así, efectivamente, fue— disipar cualquier sospecha de simpatías, veleidades, complicidades o meras afinidades prorrepublicanas que cupiese inferir de su llegada a Córdoba cuando aún seguía ésta en manos del gobierno, de su amistad con el máximo representante del mismo en ella y de la jornada que pasó detenido, o simplemente, retenido allí después de que las tropas acuarteladas salieran de su guarida, tomasen la ciudad y la incorporasen a la red geográfica y castrense del alzamiento? ¿Estuvo, en realidad, encarcelado durante varias semanas en Córdoba, tal como asegura Eduardo de Guzmán, y ocultó ese hecho en su carta, corroborando mi conjetura, para no levantar sospechas ni atizar recelos?

Tenga el lector en cuenta, a la hora de admitir o no tan literal hipótesis, que cualquier mensaje escrito podía e incluso debía ser violado y escudriñado a fondo por los mortadelos y filemones de los servicios de inteligencia en aquellos despiadados días, por una parte, y —por otra— considérese también la circunstancia de que los destinatarios (porque había más de uno) de la carta en cuestión eran, para más inri y a mayor abundamiento, los directores y administradores[58] de los periódicos *La Rioja*, en Logroño, y *El Heraldo de Aragón*, en Zaragoza. Lo sé porque mi padre se cuidó de anotar sus respectivos nombres y cargos en el encabezamiento de la misiva. No había, pues, que hilar muy fino para llegar a la conclusión razonablemente adivinatoria y resignadamente premonitoria de que la carta sería abierta y leída al trasluz, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de arriba abajo, de abajo arriba, con microscopio y hasta con catalejo, si fuese menester, por los fisgones de turno.

Y hay, además, en el tantas veces mencionado y muy asendereado texto tres detalles, por lo menos, que llaman la atención y que podrían responder al mismo propósito: el de curarse en salud, el de cubrirse las espaldas y el de no dar pie a malévolas elucubraciones.

Choca, por ejemplo, que mi padre —maurista y, por ello, liberal, conservador y republicano, pero no, desde luego, golpista ni fascista— recurriera a la expresión, si bien lo hiciese con minúsculas, de *movimiento nacional*, que resulta rara, a decir poco, puesta en su boca o en su pluma. No sé si por entonces —estamos refiriéndonos a las primeras, primerísimas semanas del conflicto— era ya tan habitual esa locución, retórica e hiperbólica hasta la náusea, como llegaría a serlo más tarde, tanto en la guerra como en la posguerra, pero estoy seguro, sea como fuere (y si no es así, que me lo desmientan y acataré la refutación) de que sólo los partidarios —militares o simpatizantes— del alzamiento utilizaban espontáneamente, esto es, con

naturalidad y sinceridad, y no para poner las manos por delante y sustraerse a las iras de la nueva inquisición, la sobadísima fórmula de marras.

El segundo detalle es la mentirijilla en la que a todas luces incurre Fernando Monreal cuando dice que el comienzo de la zambra le sorprendió en la Península (eso es verdad) y *en la carretera*, lo que no puede ser cierto, ya que en tal caso no habría podido entrar en Córdoba ni, menos aún, en el edificio del Gobierno Civil para almorzar en él, o donde fuere, con su amigo Martínez de León. El futuro Caudillo, por añadidura, no despegó del aeródromo de Las Palmas hasta las dos y diez de la tarde del 18 ni se incorporó formalmente al alzamiento —cosa que hizo mediante una alocución dirigida al conjunto de las Fuerzas Armadas— hasta el día siguiente, de modo que…

Además, *strictu senso*, las fanfarrias castrenses iniciaron la misa de réquiem, atacaron —nunca mejor dicho— los primeros compases de la marcial obertura de la danza de la muerte a las diez de la mañana del 17 en la sede de la Comisión de Límites de Melilla, e hicieron pública la algarada a la hora de comer, cuando mi padre, lejos de estar ya dando tumbos por las carreteras, seguía en Madrid, completamente ajeno —como todo el mundo— a lo que se estaba armando y horneando en Africa.

Cuando alguien miente sin ser un mentiroso (y me consta, no sólo por obra y gracia del amor filial, que mi padre no lo era), forzoso parece buscar un porqué, un motivo, un objetivo, a esa trastada. Así lo hago, pongo en marcha la sesera, hurgo con las pinzas, berbiquíes y zapapicos del sentido común en las bodegas y trastiendas de la psicología, y no se me ocurre mejor explicación al respecto que la suministrada por la hipótesis, que ya manejé, de la defensa propia. Cabe, de hecho, suponer, sin que la suposición resulte inverosímil, que al autor de la carta le parecía peligroso reconocer por escrito que se encontraba en Córdoba, acogido a la hospitalidad de quien allí era el máximo representante del gobierno, cuando los rebeldes se echaron, en la Península, al monte de la sublevación armada, y que, en consecuencia, prefirió ocultar ese hecho, que lo comprometía, y acogerse a la aséptica y neutral coartada —lógica, además, en el caso de un periodista— de que el Movimiento lo había sorprendido en la carretera.

Asunto zanjado.

Pero nos falta aún el tercer detalle. Para entrar en él tengo que citar las cuatro primeras líneas de la carta de mi padre. Dicen así:

«Mis queridos amigos: desde hace dos días me encuentro en Valladolid, adonde he venido desde Granada tratando de encontrar a mi madre y a una hermana delicada de salud que se encontraban veraneando en San Rafael, y no sé adónde han ido a parar.»

¿Cómo es posible, cómo entender, cómo admitir, cómo justificar que el enamoradísimo y potencialmente paternalísimo —por tribalísimo y hogareñísimo… Todos los Sánchez lo eran, todos los Sánchez lo somos[59]— Fernando Monreal no

mencionase en la carta a su flamante y desconsolada esposa, a su hijo primogénito y todavía nascituro, a su propio padre, a su hermano mayor, ni a ningún otro miembro de su vasta familia, atrapados todos en el Madrid del republicanismo agreste, del rojerío asilvestrado, de las chekas, de las *sacas*, de los *paseos*, de las delaciones, taliones, venganzas y linchamientos, de las trincheras y pasadizos en la Ciudad Universitaria, de los *milicianos de pega / sentados en los cafés*[60], de los salvoconductos venales y de los avales corruptos, de las *brigadas del amanecer*, de los obuses Gran Vía arriba y Alcalá abajo, de los bombardeos, de los piojos, de la hambruna, del machismo y marimachismo (que no feminismo ni femeninismo) desaforados, del *todo vale* y del *sálvese quien pueda*?

No se me oculta, quede claro, y no lo oculto, que en el otro bando sucedía, más o menos (según las fuentes y el color del cristal con que se mire), lo mismo. Quítense las chekas, elimínense las alusiones al callejero del Foro, cámbiese el rojo por el azul, a los milicianos por falangistas, militarotes y requetés de cinta encarnada, y está hecho.

Vuelvo a decir lo que dije antes: no me cuadra. Y reitero también que sólo la hipótesis, esgrimida por tercera vez, de que mi padre ocultó muchas cosas en su carta y disfrazó, embelleciéndolas y quitándoles hierro, otras tantas con miras a tomar precauciones, a vacunarse (y a vacunar a los suyos) contra las posibles y previsibles represalias de los cristianos viejos y demás jaurías lobunas, y a poner el árnica en la herida antes de que ésta se produjese, proporciona una explicación plausible a los huecos, desajustes y contradicciones que estoy señalando. Tener a su mujer, encinta, y a su hermano, colega y socio Modesto, estrechamente unido a don Indalecio Prieto, en Madrid, no era cosa, digo yo, que le diera, precisamente, respaldo y endoso de cara a las autoridades franquistas ni que le abriese, supongo, de par en par las puertas del ejercicio de su profesión informativa en las ciudades de la zona nacional, enquistadas y encastilladas, subráyese, donde por la fuerza de las circunstancias y el mecanismo de arrastre de su testarudez y desalado optimismo se veía obligado a vagabundear y a intentar sobrevivir. Somos todos, y él también lo era, hijos de nuestro carácter y es éste quien traza e impone nuestro destino.

Pero en fin… Demos su carta por buena, aceptemos la versión y el itinerario de la odisea que lo escrito por su puño y sin su letra (porque está mecanografiado) nos propone con la misma fe o pensamiento volitivo con la que aceptamos, verbigracia, la de Ulises puesta en la pluma de Homero, vayámonos con el antihéroe de esta epopeya a la ciudad de Granada, sea cual fuere la fecha en la que el cuitado llegó a ella y la duración del período de su estancia allí, y sigámosle de momento, sólo de momento, porque esta etapa de su aventura carece de documentación y no da para mucho, hasta Sevilla, donde era entonces *condottiero* y señor absoluto —la imaginación al poder… Reconozcámosle, como mínimo, ese mérito— un general en puntas, y con testículos de toro de Osborne, republicano, por más señas, hasta las cachas de sus pistolas y de talante tan anarquista, por lo menos, como el del mismísimo Durruti. Me refiero a

Queipo de Llano.

Un paréntesis a cuento y a costa de tan extravagante, pintoresco y llamativo ciudadano. Guste o no guste, y sé de sobra que mi postura (y la revisión y reivindicación del personaje que de ella se deriva) disgustará sobremanera a muchos, forzoso es admitir que Queipo era lo dicho —todo un ciudadano, todo un personaje, todo un carácter— y que por sus venas de sitiado numantino, de papa Luna, de conquistador de Indias, de lince al acecho y de naves quemadas corría la misma sangre de Iberia fecunda que Rubén, romanizado (porque nos arrebata ese topónimo y lo transforma en la Hispania vaticanista, cainita, vengativa, feroche y estéril, de infeliz memoria), atribuía a quienes han nacido donde yo, casualmente, accidentalmente, lo hice. Pero nadie, por favor, me los endose como compatriotas. Yo no tengo patria, ya lo dije, me parece, y abrigo la sospecha de que mi padre tampoco la tenía.

Queipo, en cambio, como Hernán Cortés, como Guzmán el Malo —¡Dios mío! ¡Qué miserable! Su parricidio me enfurece. Ya dije que soy hombre de familia—, como Azaña, sí que la tenía. Y eso lo malogró.

Nadie, excepto su nieta Ana Quevedo, que le ha dedicado un libro casi irreprochable[61], y a él, entre otras fuentes, me remito, se acuerda hoy del hombre que hizo posible la victoria de la España rebelde. Queipo tuvo y sigue teniendo mala prensa, lo que en su país, excepciones aparte, siempre ha sido una buena señal. Se la adjudicaron —lo sé ahora. No lo sabía, lo confieso, cuando empecé a escribir este libro. Yo también creía hasta entonces, sin más fundamento que el suministrado por los tópicos vigentes, que el general era una mala bestia— no sólo el sectarismo, rayano casi siempre en el fanatismo de la izquierda, sino también, y desde la derecha, tal para cual, el cinismo y el oportunismo de algunos de sus compañeros de armas y de causa, empezando por la tirria que siempre le tuvo aquel rechoncho caudillo con voz de vicetiple y ademanes de eunuco al que el propio Queipo —fue él. ¿Se sorprenden?— rebautizó con el impagable, divertido, demoledor y ajustado apodo de *Paca la Culona*. Amén.

Dije que Queipo era republicano ferviente y eso no hay nadie, por Iscariote, adulador y adocenado que sea, que pueda ponerlo en duda[62]. Baste recordar al respecto su entusiasta participación en el golpe antimonárquico de Cuatro Vientos, que se adelantó en pocos meses al advenimiento de la República, hizo posible ésta, hirió de muerte lo que casi a renglón seguido iba a ser *L'Ancien Régime* y le valió, como a tantos otros habitantes de la perpetua España Peregrina, fruto del cainismo nacional (que es de ayer, de antes de ayer y de siempre), un corto y pintoresco, casi surrealista, período de exilio en Lisboa y, sobre todo, en Paris[63].

Sólo su nieta, arrastrada seguramente por el deseo de que el claro republicanismo del general, cuya memoria, limpieza y honor reivindica, no empañe en la borbónica

España de hoy su rostro redibujado ni estorbe la llegada a puerto de esa tentativa de rescate, se atreve a insinuar que su abuelo, «pese a la trayectoria emprendida, siempre fue monárquico y a sus íntimos les decía que lo continuaba siendo»[64]. A eso lo llamo, y lo habría llamado el clásico, pintar como querer.

Pero no se le tome en cuenta. El exceso de celo es siempre, en el ámbito de la literatura, un pecado menudo y disculpable, sobre todo cuando se aplica, como es el caso, a la lógica y legítima defensa de una persona —un pariente cercano, anterior y vertical que dio la vida a quien se la dio a su nieta— amparada por el derecho de sangre. El mismo que me ampara a mí a decir cuanto en este libro digo.

Por lo demás, republicano o no, tampoco puede poner nadie en duda la evidencia, refrendada por un aluvión de datos que no voy a exponer aquí, pero que están al alcance de cualquier Juan Español que sepa leer y al que la curiosidad le pique, de que Queipo detestaba a Franco y era apasionadamente correspondido por éste. El general gallego creía, con razón o sin ella, que el general vallisoletano —nuestro hombre había nacido en Tordesillas veinticinco años antes de que el siglo XIX terminara— era reo del delito de haberlo llamado cobarde en presencia de la tropa[65] y, rencoroso como (según dicen. Yo no lo traté) era aquel *hombrecillo de la llanura*, nunca se lo perdonó. Y Queipo, por su parte, tampoco ocultó nunca la opinión que le merecía *Paca la Culona* (con eso está dicho todo), al que —o a *la* que— asignó con público desparpajo, evidente regodeo y unánime cachondeo los adjetivos, todos ellos más que justificados, de *frío, insensible, cruel, egoísta y mezquino*. Nuevamente me siento obligado a exclamar *amén*. Yo no lo habría dicho mejor.

Declaré también (y ya oigo los roncos clarines y los bramidos de piafante cólera con la que de un momento a otro van a obsequiarme mis antiguos —¿Antiguos? ¡Antiquísimos!— compañeros de ideas armadas, y hoy, por fortuna, periclitadas, en los *dies irae* del zangolotino *mayo francés*) que el general Queipo de Llano supuso, en Sevilla, la llegada, oh, témpora, de *la imaginación al poder* y el arrollador triunfo de la misma en el ejercicio de éste.

¿Habrá que recordarlo? ¿Tendré que echar otra vez la cuenta de la vieja de lo sucedido el 18 de julio en *Serva la Barí* (dicho sea en caló, aunque no se me oculta que la guerra fue asunto exclusivo de los payos)? ¿Será preciso narrar otra vez, a estas alturas de la interminable posguerra a la que la democracia y sus politicuelos no han sabido ni querido poner fin, la historia mágica y hercúlea de cómo, por birlibirloque, la ciudad más roja de España, a la que todos los sublevados, sin excepción, daban por perdida antes, durante e inmediatamente después de la conjura, se convirtió en bastión inexpugnable y símbolo indeclinable de la zona nacional e hizo posible el desembarco de Algeciras, y posteriormente en otras partes, de las tropas destacadas en Marruecos y en los enclaves llamados *de soberanía*, que eran las únicas fogueadas de verdad, y no con el truco pueril de las *maniobras* militares, en el arte, oficio y tortura de la guerra?

No, no me recrearé en la suerte —tentadora para un novelista— de evocar aquí,

con pelos y señales literarias, la gesta de Queipo. Sería un trabajo inútil, por redundante, ya que otras plumas lo han hecho. O quizá no tan inútil, si pensamos en los lectores de las últimas hornadas y, por ello, de corta edad, a los que nadie ilustra con decencia, respeto, imparcialidad y sinceridad sobre tales cosas, pero ¿a qué ton pechar con tamaña fatiga si es más que evidente, honrosas excepciones aparte, que los jóvenes de la España de hoy —idiotizados por el fútbol, hipnotizados por la televisión, analfabetizados por las leyes que rigen la escuela pública (y, por ende, y porque así lo impone la santa y despótica voluntad de los políticos, cualesquiera que sea su ideología, también la privada) y devorados por la promiscuidad y el batiburrillo de Internet, ese Saturno— no son capaces de leer literatura (sólo, si acaso, novelas de usar y tirar), ni filosofía, ni nada que necesite para ser dicho o escrito más de seiscientas palabras sometidas a la armonía y al orden de la sintaxis?

Baste, pues, con recordar aquí, en nombre de la cortesía, que nunca está de más, cómo Queipo consiguió apoderarse de la ciudad entera (menos unos cuantos barrios de la misma que caerían poco después) en cuestión de horas y con la magra ayuda de sesenta legionarios y otros milites de similar ralea, que inicialmente ni siquiera alcanzaban esa cifra, de media docena de camiones y del sagaz uso de su agudeza, gracejo, inventiva y capacidad de improvisación por los micrófonos de la radio.

El escritor propone, la pluma compone y el azar dispone. Aparece mi compinche Antonio Ruiz Vega *Watson*, que andaba de buzo por internet, y me trae un saleroso artículo de Antonio Burgos publicado en *El Mundo de Andalucía* el 12 de diciembre de 1998. Se titula «Queipo de Llano en Radio Sevilla», habla de lo mismo que yo estoy hablando, dice cosas similares —no todas— a las que yo iba a decir y lo hace, además, sin herir a nadie, benevolente, con sentido de las distancias, *esprit de finesse,* ingenio de parroquiano de taberna sevillana y muñeca de buen torero. ¡Olé!

No me resisto, Antonio, a citar los dos últimos párrafos de tu brillante crónica. Ni siquiera voy a pedirte permiso. Sé que, en gracia a la amistad con la que siempre me has honrado, lo tengo. Dicen esos dos párrafos así:

«Sus compañeros generales africanos sublevados han mandado a Queipo a Sevilla la Roja como quien lo envía al matadero. No se fían de Queipo ni se fían de Sevilla. Mandan a Queipo a Sevilla como en una escena de tragedia griega, sabedores de que va a la muerte en la tierra republicana de don Diego Martínez Barrio, en la tierra comunista de Pepe Díaz. No saben que también han mandado a Queipo a la tierra de las derechas de la CEDA de don Manuel Giménez Fernández. Ni conocen a Queipo. No saben que es de Caballería, un conspirador eterno, el de Cuatro Vientos, el último romántico de una carga en la guerra de Cuba. No saben que en Sevilla, ciudad cobarde gustan los toreros de valor. Se admira lo que no se tiene. Y don Gonzalo será lo que sea y dirá lo que quiera decir esas noches de sangre y venganza de las charlas, buenas noches, señores, pero ha tomado Sevilla como aquí se sale por la puerta grande: con mucho arte y mucho valor. El valor ha sido irse al cuartel del Regimiento de Soria con la pistola amartillada y reducir a la oficialidad sin disparar un tiro. Y

marchar luego a Capitanía y sentar plaza de traición a la bandera tricolor deteniendo al general Villa Abrille. Hecho lo cual, empieza el arte: la concentración de las pocas tropas sublevadas en la Plaza Nueva para bombardear el Gobierno Civil de Varela Rendueles; los camiones de los soldados, de los pocos soldados que quedan en Sevilla sin permiso en el mes de julio, dando vueltas por la ciudad. Y la radio. Queipo de Llano inventó los Cuarenta Principales de la guerra en la radio. Fue como la guerra de los mundos de Orson Welles, pero con fuego real y con extraterrestres que desembarcaban en La Campana procedentes del Casino Sevillano y del Círculo de Labradores, con una chaqueta blanca, un brazalete de las Milicias y un nueve corto en la mano.

»Queipo se adelanta a los tiempos, a Churchill y a la Batalla de Inglaterra, a De Gaulle y a la Cruz de Lorena de la liberación de Francia. Sabe que el micrófono es el arma más poderosa con que cuenta en una Sevilla la Roja que en un momento, cobarde y desarmada, ha dejado de ser roja comunista y libertaria y de ser morada republicana, y que está amarilla de miedo ante sus bravatas por la radio. *Y mañana tomamos Utrera, que vayan sacando las mujeres los mantones de luto*… Para las derechas, Queipo se hace como de la familia, en un adelanto de la radio hogareña de diez, de veinte años más tarde. Queipo hace el trágico concurso de *Lo toma o lo deja*, el *No de Lirola* a las libertades constitucionales, y por cómo insulta a los dirigentes republicanos, hasta ayer por la mañana sus amos y señores, hace el *Conozca usted a sus vecinos*, a sus vecinos del Gobierno leal de Madrid, el otro lado de las alambradas que van partiendo en dos a Andalucía, partiendo en dos a España. Hay una Unión Radio sublevada, en Sevilla, con Queipo, y una Unión Radio leal, en Madrid, con la Pasionaria. Desde Madrid la Pasionaria dice que no *pasarán*. Desde Sevilla, Queipo amenaza con que van a pasar. Pasaron.»[66]

Tampoco me resisto a la tentación complementaria de transcribir el retrato de Queipo que el piloto Hidalgo de Cisneros, golpista —en Cuatro Vientos— y comunista, después, a las órdenes del fascista Stalin, traza en el primer volumen de su ya citado libro de memorias. Es éste:

«Queipo de Llano era el típico militarote de caballería tal y como lo pintan en las novelas y en el teatro. De uniforme tenía buena pinta, era alto, fuerte, con grandes bigotes, parecía un hombre enérgico y decidido. Me impresionó la prontitud con la que, a pesar de todo, decidió venir con nosotros. Aragón y yo le ayudamos a vestirse el uniforme. Cuando le poníamos el fajín de general, me acordaba de un cuadro que yo había visto y que representaba a un torero vistiéndose antes de la corrida, con el mozo de estoques ayudándole a ponerse la faja. Se puso encima del uniforme un abrigo de paisano, se metió una pistola en el bolsillo y montamos en el taxi, para ponerme yo también el uniforme y continuar a Cuatro Vientos.»[67]

Valle-Inclán y Gabriel García Márquez habrían apostado —literariamente, digo— por un personaje así. Y yo, también. Es lo que, en definitiva, estoy haciendo.

Si todos los generales insurrectos hubieran sido como él y no como *la Culona*, la

asonada militar habría llegado a buen puerto en cosa de un par de días y la guerra civil se habría quedado en simple escaramuza sin mayores consecuencias en lo tocante a las cifras de mortandad, aunque sí las habría tenido, naturalmente, en el terreno de la política. Nadie, ni los rojos ni los azules, ni los de a pie ni los de a caballo, ni los de la *rabia y la idea* ni los de *charanga y pandereta*, ni tampoco (menos aún) los de la tercera España, ni Fernando Monreal ni Díaz Carreño, creía en las jornadas inmediatamente anteriores y posteriores al 18 de julio que el golpe de estado —previsible y, probablemente, inevitable, pues eran muchos quienes lo deseaban— pudiera derivar a contienda sostenida y fractura entre hermanos ni dar pie a la salvaje e indiscriminada hecatombe en la que se transformó. No sólo Queipo. También el republicanísimo Aranda supo rayar en Oviedo —otra ciudad teóricamente perdida para los sublevados— a la altura estratégica que se esperaba de él y alcanzar la cota de imaginación y de astucia que las circunstancias exigían. Bastaba, en realidad, con poner valor, talento y audacia en la refriega y eso es lo que a borbotones derrocharon Queipo y también, a su modo, y en menor medida, el no menos republicanísimo (además de masonazo) Cabanellas en Zaragoza[68]. Quienes, por el contrario, no lo hicieron, quienes titubearon y pastelearon, quienes se acuartelaron sin atreverse a salir a la calle, como lo hizo Fanjul en Madrid o González Carrasco en Valencia, perdieron la partida[69], Todo el mundo sabe que, en principio, y mientras el adversario no salga respondón y, con su buen hacer, restablezca el equilibrio, las piezas blancas siempre llevan las de ganar frente a las negras en el juego del ajedrez. Ésta, al fin y al cabo, es la escenificación geométrica, aunque antieuclidiana, de un torneo, y dar el primer golpe en cualquier lucha, como lo sabe de sobra la voz del pueblo, es dar dos veces. No siempre, en contra de la opinión de su viuda, quien ama el peligro perece, aunque en el caso de mi padre, por desgracia para mi madre, y para él, claro, y para mí, como se verá, y para muchos, tuviese el refrán razón.

Quizá convenga dedicar aquí unas líneas al modo con que el general, que en ese momento, según nos cuenta su nieta, estaba almorzando, recibió la noticia del estúpido y espeluznante asesinato de Federico García Lorca. Alzó (es un suponer) los ojos, pasó de cerúlea a escarlata —es otro suponer, pero le sucedía siempre que se indignaba o emocionaba[70]—la cicatriz de su entrecejo, huella del guantazo con llave inglesa incluida que le había asestado algunos años atrás José Antonio Primo de Rivera en un café de Madrid[71], descargó un puñetazo sobre la mesa guarnecida y abastada, de resultas del cual saltaron por los aires el sosiego, las vituallas, la vajilla y la cubertería, y con santa cólera dijo:

—En toda guerra hay muertes y son inevitables, pero éste es un error político que pagaremos caro[72].

Y así fue. Nada hizo, efectivamente, más daño al régimen franquista fuera de España que la muerte inútil de quien era entonces, junto al indiscutible Antonio Machado (al que sólo discute, que yo sepa, mi ayudante Ruiz Vega *Watson*. Cosas de Soria) y al *magister* Juan Ramón Jiménez, uno de los tres mejores poetas del país.

Por cierto: es seguro que mi padre, tanto si llegó a *su* Granada —la de Lorca— el 20 de julio como si lo hizo, ateniéndose a la versión de Eduardo de Guzmán, dos o tres semanas más tarde (quizá —como mucho— cuatro, pero siempre antes del 23 de agosto[73]), coincidió allí con el autor del *Romancero gitano*, aunque es prácticamente imposible que tuviera conocimiento de su muerte[74]. ¡Menudo notición, caso de haberlo tenido, para quien sólo buscaba, yéndose de Madrid cuando eso era locura o tontuna, la palma y el laurel de un titular en exclusiva! Fernando Monreal (y lo mismo Luis Carreño, que en cuanto a dicha ilusión no le iría a la zaga) se quedó sin las dos cosas —el titular en la primera plana de todos los periódicos y el minuto de gloria en su currículo—, pero contribuyó involuntariamente a acreditar y apuntalar el subtítulo del libro que sesenta y siete años después escribiría, y le dedicaría, su único hijo. Paralelas, por lo inesperadas e injustas, fueron, en efecto, las dos muertes: la del joven poeta y la del aún más joven periodista. E incluso cabría añadir al sustantivo el adjetivo de *cruzadas* o, cargando todavía más la suerte, el de *abrazadas*, porque mi padre, de hecho, y por las mismas fechas, podría haber terminado, si el cabrón que dos o tres semanas le denunció en Burgos y se las apañó para que esa denuncia llegara a Valladolid la hubiese cursado a Granada, en el mismo pudridero donde Lorca mordió el polvo y desde el que ascendió, espoleado por su futura leyenda, en un amén, como Jesús, al Parnaso. Ni que decir tiene que me refiero a la barranca de Víznar.

Queipo, y eso le honra y, a mis ojos, lo encumbra, ni era un político ni se metía en política, tanto menos en politiquerías, como lo demuestra el siguiente texto, salido de su pluma…

«De vuelta de la guerra de Cuba luché contra los molinos de viento de aquella generación del 98. Me sublevaban las injusticias contra el Ejército, que siempre fue generoso de su sangre. Se me dice que soy un espíritu inquieto, díscolo, pero sólo soy amante de mi Patria, del orden y de la justicia. Por serlo, he tomado actitudes que parecían antitéticas. Luché por la caída del gobierno de Montero Ríos, para que se aprobase la Ley de Jurisdicciones, combatí las Juntas de Defensa, luché contra aquella Monarquía que perdió un imperio. Y cuando vi la República fría, muerta, sumergida en la vergüenza y el crimen, me alcé contra ella.

»Pero nunca pertenecí a partido alguno ni vestí otra librea que la de la Patria. Imitando a Cambó, digo: ¿Monarquía? ¿República? ¡España!»[75]

Con razón decía Ortega, en el que muchos confluimos una y otra vez desde distintas épocas y lugares opuestos, que «*ser de derechas es, como ser de izquierdas, una de las infinitas formas de estupidez inventadas por el hombre*». Cito de memoria, así que podría equivocarme —seguro que es así— en la literalidad de la frase, pero no en su contenido. Perdónemelo el filósofo.

Y en cuanto a la declaración de Queipo, marcaré distancias, no vaya a ser que

alguien me tome por lo que no soy. Yo, imitando a Diógenes, *el perro*, dejaría así la última frase: «*¿Monarquía? ¿República? ¿España? ¡Bah!*»

Era, pues, un patriota (lo que en mi opinión constituye otra de las *infinitas formas de estupidez inventadas por el hombre*), pero no un fascista. Leamos, para quitarle de una vez por todas ese injusto sambenito, dos fragmentos del discurso que pronunció el 12 de febrero de 1937 en la ciudad de Málaga…

«Vamos a hacer una España en la que habrá administración y no política, una España en la que desaparecerá la maldita lucha de clases. Vais a tener unas autoridades dotadas de las máximas facultades, pero sujetas al mismo tiempo a las máximas responsabilidades. Vamos a hacer una España para todos, vamos a hacer desaparecer la injusticia social. No habrá diferencias de clases. No veréis más gentes que gasten millones en cosas superfluas, mientras que seres desgraciados se quedan sin comer […]. No vamos, no, a volver a esa política antigua de camarillas, a esos viejos recursos de pedir al pueblo, para elevarse y luego defraudarlo en sus aspiraciones. Se necesita dinero, muchos cientos, muchos miles de millones para volver a la normalidad en las ciudades; para que el pueblo vuelva a comer hay que invertir muchos, muchos millones. Y esos millones no pueden darlos los pobres, porque no los tienen… Veremos a quiénes se les quita»[76].

¿Demagogia? Sin duda, pero de corte mucho más izquierdista y laico que derechista y confesional. No creo que un discurso pronunciado en tales términos hiciese mucha gracia a los señoritos, a los caciques, a los curas, a los terratenientes, a las niñas bitongas, a las damas de la alta sociedad… Ni a Franco, por supuesto, a quien el tiro le salió por la culata, aunque fue Mola quien cebó el fusil y Fanjul quien apretó el gatillo. Entre todos, contra la voluntad de Queipo, que quería sublevarse en Valladolid, por ser ésa su patria chica, o en Madrid, por la trascendencia de la plaza y también, *last but not least*, porque conquistar la Villa que ya no era Corte (y que pronto sería Cheka. Foxá lo vio y lo contó) entrañaba inmensas dificultades por no decir imposibilidades, y eso, al futuro Virrey de Andalucía —así lo rebautizó el pueblo— le gustaba, lo excitaba, lo retaba… Entre todos, decía, Franco, Mola, Fanjul y, sin duda, aunque no me consta, Sanjurjo, que era, entre los espadones del Alzamiento, el único general abiertamente monárquico[77], enviaron al curtido, aguerrido y siempre imprevisible Queipo, no a Madrid ni a Valladolid, sino a Sevilla, donde lo más probable era que terminase ante un pelotón de fusilamiento, con el propósito evidente de librarse de él e imponerle luego, a título póstumo, la laureada que, en vida, siempre le negaron.

Eppur, insisto, pese a que la tarea asignada les parecía a todos, sin excluir a los del otro bando, una quimera, *una ficción, una sombra, una ilusión* que jamás dejaría de serlo, el animoso y arrojado Queipo, como Julio César en parecidas circunstancias, llegó, vio y venció. No sólo… Fue aún más lejos, porque conquistando Sevilla hizo posible, como ya se dijo, y como todo el mundo reconoce, una victoria final que de

otro modo —perdida Madrid, perdida Barcelona, perdida Valencia— no hubiese llegado nunca.

Franco, que antes del comienzo de las hostilidades, como vimos, ya le tenía ojeriza, nunca perdonó al kamikaze de Cuatro Vientos la displicencia con la que trataba —es posible e, incluso, probable que hubiese llegado a sus oídos el apodo de Paca la *Culona*— ni le reconoció los inmensos servicios prestados a la causa de la sublevación. Y, rencoroso como era, terminó quitándole el mando de la plaza y de la zona muy pocos meses después —fue el 20 de julio de 1939— del Día de la Victoria, lo hizo subir a Burgos, le preparó allí una encerrona, lo humilló, lo confinó en un hotel, lo espió, le prohibió regresar a Sevilla —temeroso de que organizara en ella y desde ella un contragolpe de estado… Existía, al parecer, una denuncia en ese sentido formulada por el coronel Beigdeber, pero no consta que tuviera fundamento— y lo desterró incontinenti, aquí te pillo, aquí te mato, enviándolo *manu militari* (era lo natural viniendo de quien venía y en el momento en que lo hacía) a Roma con el cargo de jefe de la misión castrense de nuestra embajada allí.

Pero ya antes de esa jugarreta, el invicto Caudillo de España por la gracia de Dios (o de sus ensotanados representantes en la tierra) —que siempre rayaba a la altura de sí mismo. Nunca decepcionó a nadie— había tenido ocasión de desplegar en público la estatura y envergadura de su vileza impidiendo la participación del hombre que había hecho posible la victoria en el solemne y vibrante desfile que para celebrarlo recorrió las calles del centro de Madrid el 19 de mayo de 1939.

De tan repulsivo modo —no aludo tanto a esta última bajeza cuando a lo que dije antes— Paca l*a Culona* se libraba definitivamente del único general sublevado que, muertos Mola, Goded y Sanjurjo, aún estaba en condiciones de hacerle sombra y de imprimir al gobierno de la larga, larguísima posguerra un rumbo muy distinto al que por desgracia siguió.

Pero lo dicho, con ser mucho, no es todo. Franco, pusilánime siempre y siempre vengativo, además de artero, que no había sido capaz —y ésa es, seguramente, la mayor y la peor de sus innumerables culpas— de escuchar, aceptar y aplicar, una vez *cautivo y desarmado el ejército rojo*, la receta con la que Azaña pedía, ya en 1938, *paz, piedad y perdón* a los vencedores, cualesquiera que éstos fuesen (aunque cuando lo dijo ya se sabía quiénes iban a serlo), siguió acosando y arrinconando a Queipo en su exilio oficioso, y llevó el ya de por sí desmesurado encono de su propia bellaquería al extremo de enviar a Mussolini una carta secreta en la que, literalmente, por más que cueste creerlo, le explicaba que había nombrado al ex virrey de Andalucía jefe de la misión militar en Roma por considerar que su presencia en España no era en aquel momento conveniente para nadie, ni para él ni para las potencias del Eje, ya que se trataba —así, como suena— «*de un antifascista peligroso*». El Duce enseñó esta carta a Queipo[78]. ¿Algún comentario? No se priven. Borges, seguramente, lo habría hecho, y sabroso, movido sin duda por la intención de incorporarlo, enriqueciéndola, a su *Historia universal de la infamia*. O, ya metido en

faena, a la del cinismo, que nunca llegó a escribir. Brindo la idea.

Parece ser que Queipo redactó sus memorias, pero nadie conoce el paradero de esas páginas. ¿Me estaré pasando de listo si insinúo que detrás de su desaparición se adivina la mano gordezuela de Paca l*a Culona*? Quizá, pero de no ser así, ¿a quién deberíamos cargar con el mochuelo? Si aplicamos el viejo y cuerdo principio policiaco y judicial del *cui prodest* forzoso será convenir en que a nadie perjudicaría tanto la publicación de esas memorias como a la memoria, en singular, del hominicaco que no quiso resolver la guerra en dos o tres meses para que ese tempranero y fulminante triunfo no torpedeara ni desviara su carrera impidiéndole ascender desde el cargo de generalísimo hasta el de faraón de todas las Españas y, en cuanto tal, vicario de Amón en ellas.

Reconozco que en mi fascinación por la figura de Queipo de Llano, con la que desde luego —soy yo el primer sorprendido— no contaba cuando con la mejor voluntad del mundo puse la primera línea de este libro, pesa, y no poco, mi afición a la literatura o, lo que viene a ser lo mismo, mi visión literaria de la existencia. Sólo Durruti, entre todos los protagonistas de aquella guerra que yo no siento como mía, resulta tan legendario, tan novelesco, tan quevedesco, tan dramático, tan retórico (en el buen sentido de la palabra), tan épico y lírico, tan susceptible de ser pasto de las llamas —o de las nieves, claroscuros, risas y lágrimas— de la escalofriante hoguera de la literatura, como me lo parece Queipo. Forma parte éste del mismo arrebato, del mismo estro torrencial que inspiraba y zarandeaba a Valle, por ejemplo, cuando se sacó de las barbas y de las meninges al marqués de Bradomín o a Ariosto cuando escribió —Dios se lo pague— su Orlando y descubrió su furia. ¿Es la literatura, entre otras cosas, una tabla de náufrago, una purga de Benito, un artilugio de salvación que redime a sus personajes? Yo así lo veo y la leo. Calígula y Raskolnikov, gracias a Camus y a Dostoievsky, dejan de ser unos hijos de la gran puta.

Lo que no significa, huelga decirlo, que Queipo me lo parezca. Y si se lo parece a otros es, creo yo, porque subliminalmente —o a las claras— esas personas, invariablemente de izquierdas, no le perdonan el pecado, que a sus ojos lo es, de haber hecho posible con su proeza sevillana y cañí el triunfo de los rebeldes en la guerra de los tres años menos ciento nueve días.

Cerremos aquí el asunto, no sin formular antes una petición gandhiana y *bona fide* dirigida a los detractores de tan singular soldado de fortuna, a quienes lo vilipendian, a quienes cincuenta años después de su muerte no pierden ocasión de llevarlo a la picota ni cejan en la fatiga de pisotear su tumba y de demoler, a título póstumo, no sólo al personaje público, sino también al privado. Y aunque no es verdad, como ahora nos dicen con insufrible tonillo de homilía y prosodia de rapapolvos los gilipuertas de la *corrección política*, que todas las ideas son respetables, sí es cierto que las personas lo son *siempre*, cualesquiera que sea, haya

sido o vaya a ser su conducta.

Y lo único que, en definitiva, pido para tan bravo *condottiero*, por encima o más allá de las legítimas y honorabilísimas discrepancias de opiniones, y no sólo, obviamente, para él, sino también, de paso para *todos* los que por *cualquier* motivo —bélico, ideológico, casual, *causual* o personal— perdieron la vida en la guerra o fueron, simplemente, heridos por ella, es lo mismo —y lo reiteraré tantas veces cuanto lo estime necesario— que pedía Azaña: paz, piedad y perdón.

¿Hace? Éste, por cierto, el perdón, honra en todos los casos a quien lo da y a quien lo recibe. También a quienes lo presencian.

Yo ya hace mucho que perdoné a los asesinos de mi padre. Imítenme los adversarios en eso.

¿Qué pintaban, qué hicieron o deshicieron, cómo mataron el tiempo o le dieron vida, en sus días granadinos, Fernando Monreal y Luis Carreño?

Nadie lo supo entonces ni en el ámbito de sus familias ni en el de su vida profesional. Nadie, tampoco, empezando por mí, lo sabe ahora.

Todos los datos disponibles hasta hace aproximadamente quince días se encerraban en uno: el que ya quedó mencionado, con exceso y abuso de prolijidad, en otros pasajes de este verídico relato, a cuento de la carta de presentación escrita por el director de *El Ideal* No es mucho.

No es mucho, sobre todo, por tratarse de quien se trata. Vale decir: de un hombre, de mi padre, del que hoy diríamos (entonces no se utilizaba esa expresión) que era un hiperactivo, un volcán en permanente estado de erupción, ebullición y agitación, una batidora de ideas, una traca de iniciativas, un calidoscopio centelleante de ocurrencias y proyectos… Y si, como sospeché y apunté en los susodichos pasajes, los dos periodistas giróvagos llegaron a Granada sólo tres días antes de salir de ella, rumbo a Sevilla y Castilla, las piezas del *puzzle* encajan, pero si, por el contrario, tal como mi padre asegura en la otra carta de las dos que hasta ahora han salido a relucir —ésa que escribió el 31 de agosto, y envió desde la penúltima ciudad de su mortífero itinerario a Zaragoza y a Logroño—, lo hicieron el 20 de julio, la incógnita se mantiene y yo, escribano *in partibus infidelium* de este juicio por asesinato y único cronista de tan fúnebre suceso, me declaro incapaz de responder a la pregunta por mí mismo formulada al comienzo del capitulillo en el que nos encontramos y que ahora, por cortesía hacia el lector, reitero: ¿qué diablos hizo mi padre en Granada durante treinta y cinco días, que son muchos para un hombre tan acosado y preocupado por las circunstancias como él debía de sentirse, y en cualquier caso, hiciera lo que hiciese, cómo es posible que no exista rastro alguno de su actividad en esos días, confusos e inciertos para todos, sin duda, pero atiborrados de vicisitudes, sucesos y lances de abigarrada vitola y de muy heterogéneo pelaje, y ricos, debido a ello, en huellas y comentarios noticiosos?

¿Será éste, me pregunto con inquietud, uno de esos rarísimos telones de silencio que, fabricados con tela irrompible y blindados a prueba de obuses, navajas albaceteñas y alfileres de modistilla sin desbravar, no sufren desgarrones ni melladuras ni carreras en su tejido?

Contengo el pánico, respiro abdominalmente en ocho tiempos y —por enésima vez desde que concebí este libro y, sobre todo, desde que me puse a escribirlo sin tener las ideas claras acerca del berenjenal en el que me metía— los *fenómenos de convergencia* o *sincronías* junguianas a las que en tantas ocasiones, al hilo de su redacción, me he referido, acuden en mi ayuda. A eso justamente aludía cuando dije, menos de dos páginas atrás, que *hasta hace quince días* sólo obraba en mi poder el feble e insípido pormenor suministrado por la lectura de la carta del máximo responsable del diario *El Ideal*.

Y así era, en efecto, hasta que inopinadamente apareció en esta casona castilfriense del Caballero del Escarabajo, sita a los pies de Numancia (topónimo que quizá venga de *numen*), en la que escribo y en la que vivo, Manolo Villar Raso, escritor y novelista que nació cerca de aquí, en Ólvega, pero que desde antes, mucho antes, de que yo lo conociese y trabásemos amistad (eso fue, si no me engaña la memoria, allá por los 70), reside precisamente en Granada, donde es profesor universitario. Venía para verme, para charlar un rato conmigo y con mi ayudante, Antonio Ruiz Vega *Watson*, al que también le unen viejos lazos de amistad soriana, celtibérica y numantina, y para echar, de paso, una somera ojeada al hermoso, emocionante pueblo en el que tengo la fortuna y la gloria de vivir —menos de treinta habitantes censados y alrededor de diez o doce (y conmigo, cuando el continuo, casi crónico viajar, me lo permite, trece) que están todo el año aquí— y el tingladillo eleusino, casona incluida, que empecé a levantar en 1996, y que a trancas y a barrancas voy poquito a poco terminando.

La visita de Manolo se produjo, ya digo, hace cosa de dos semanas, y aunque fue providencial, como en seguida ha de verse, debo reconocer que, inicialmente, no lo recibí con la hospitalidad ni el entusiasmo que en tales casos, cuando un amigo llega —y más aún si lo hace desde tan lejos— a una casa, debe prodigar el anfitrión. Cúlpese de ello no tanto a mi persona, que siempre ha apreciado y cultivado el arte de la amistad, ni a sus buenas o malas maneras, que lo son de colegio de pago, sino al oficio —cabrón, puñetero, cicatero, obsesivo y obstinado— de poner una letra después de otra y una palabra delante de la que la sigue. Es decir, el de la literatura.

Cuando escribo *de verdad* —libros con intención de peso, y de poso, y no obras menores ni articulillos volanderos o cosillas de varia lección y vana intención— me vuelvo huraño, agreste, distante, lacónico, encerrado en mí mismo (y en mi inexpugnable desván), incluso antipático, no siéndolo, me parece, y reservón. Todo, en ese trance, me molesta. Todo, quiero decir, lo que no guarda relación con el libro que me traigo entre manos, lo que me saca de él, lo que quiebra mi enfrascamiento, lo que no contribuye a su crecimiento, lo que no me ayuda a progresar en la durísima

tarea que el escritor se impone cuando el apetito voraz de la literatura irrumpe en su conciencia y la trastorna.

Total, que al aparecer por mis pagos el bueno de Manolo, yo estaba aporreando la Olympia con frenesí de *bailaor* flamenco poseído por el duende y por los efluvios del *whisky* con hielo en el clímax de su zapateado y, torciendo una miaja el morro con avieso disimulo, para que no se percatase ni me lo tomase de por vida en cuenta, y fingiendo un alborozo por la inesperada visita que estaba muy lejos de sentir, lo abracé, esbocé un par de cabriolas con escasísima convicción, le sonreí (dice Rajoy, espetándoselo a Zapatero, que «*la sonrisa es la navaja del pícaro*» y tiene, en parte, razón. Lo admite alguien que, como yo, siempre lleva ese gesto debajo de la nariz), le pedí disculpas, le expliqué que por nada del mundo podía interrumpir ni siquiera durante una hora lo que estaba haciendo y encargué a *Watson* —también amigo suyo, como dije— que lo paseara por el pueblo, le enseñara mi guarida de lobo estepario y lo agasajase.

Se atendió mi ruego. Fuéronse los dos. Volví a la máquina. Regresaron dos horas más tarde, subió Manolo a despedirse —yo seguía en mi desván como el villano en su rincón—, caí en la cuenta de que veinticuatro horas después, si no antes, iba a estar mi efímero huésped —tan efímero que no hizo noche ni consumió alimento alguno, así fuese simple bebida, ni al marcharse recibió viático— en la ciudad donde vive, me di una palmada en la frente, exclamé ¡tate! y le dije:

—Manolo, te envía el cielo. ¿Puedes hacerme un favor?

—Eso ni se pregunta. ¿En qué consiste?

—Mira…

Le puse al tanto de lo que me sucedía, lloriqueé por la ausencia de datos relativos a la estancia de mi progenitor en la villa nazarí y terminé diciéndole:

—Lo que te pido, Manolo, es que indagues en los archivos de *El Ideal* para ver si en alguno de los números correspondientes a julio y agosto del treinta y seis aparece el nombre de mi padre o de su amigo Luis Carreño. Puedes extender la búsqueda a septiembre, pero no más allá. Y si tienes algún conocido en la policía, dile que eche un vistazo en los registros de los hoteles, pensiones y fondas en los días comprendidos entre el 20 de julio y el 24 de agosto. No sé si todo esto estará metido en internet.

Dicho y hecho. Aún no habían transcurrido las primeras veinticuatro horas cuando el bueno de Manolo, demostrando que es hombre de bien y de fiar, ya me estaba enviando sendas fotocopias de, respectivamente, dos páginas de *El Ideal* granadino, aparecida la una con fecha del sábado 11 de enero de 1936 y publicada la otra el 19 de febrero del año siguiente. Y, para mi sorpresa, lo que a cuento de mi padre se decía en la segunda de estas páginas no casaba en absoluto con lo que la primera daba a entender ni respondía al espíritu de concordia latente y presente en la carta del director del periódico cuyo contenido quedó expuesto más arriba.

Publicaba *El Ideal* del 11 de enero un suelto relativo a la carta de rectificación que al parecer había enviado el señor Mendizábal, ministro de Agricultura, al máximo responsable de otra cabecera informativa —*La Época*… Ignoro si era diario o semanario—, y en el cuerpo del articulillo, cerca ya de su final, se leía lo que sigue: «En este caso preciso, me remito a lo que digan sobre el concepto y la forma del suelto *Lo que dice el ministro de Agricultura* los queridos compañeros Losada, de *ABC*, Casares, de *Ya*; Solache, de *El Debate*, Sánchez Monreal, de *La Voz*, y Maestre, de *Ahora*, a quienes acompañaba yo cuanto usted hablaba.»

Y decía el mismo periódico un año y treinta y nueve días después, ya con la guerra por medio, lo que explica y tristemente ilustra muchas cosas, en la segunda columna de la cuarta entrega de una serie de *Reportajes de Madrid* (sic) fechados por la agencia Logos, lo que sigue (bajo un triple titular… A saber: *El fracaso de una de las ofensivas de los rojos en Madrid —En vez de avanzar perdieron sus posiciones, que ocuparon nuestras fuerzas— La prensa roja de Madrid, integrada por lo más desprestigiado de la profesión*): «Llegó el mes de noviembre, y todos aquellos hombres que desde las columnas de los diarios en que militaban hacían gala de un valor que estaban muy lejos de sentir, al tener conocimiento de que las gloriosas tropas del general Franco se hallaban a pocos kilómetros de la capital, huyeron. Pero no lo hicieron solos, sino que procuraron marcharse acompañados de los escasos fondos que quedaban en caja. Con las seis mil pesetas que rebañaron en ella huyeron alocados y despavoridos a buscar cobijo en la ciudad del Turia. Uno de los más raudos en la huida fue Modesto Sánchez Monreal, *hermano del funesto de la agencia Febus llamado Fernando*[79]. A aquél le acompañaba en su huida Sánchez de los Santos y un redactor de *El Sol* apellidado Torres Endrinas. Otros destacados miembros de aquel contubernio directivo formaron parte de la comitiva huidiza. Creo que a última hora tuvieron varios incidentes con motivo del reparto del botín. Ésos eran los elementos que tenían la misión de informar. Por ello puede deducirse cuál era el nivel medio que tenía y tiene la prensa madrileña de los rojos. Afortunadamente, este glorioso movimiento nacional servirá también para expulsar de una misión tan sagrada como es la propaganda y prensa a individuos de esta catadura moral.»

En algo, lo reconozco, lleva razón tan repugnante libelo: toda mi familia (abuelo, tíos, primos, y no digamos mi padre) fue, efectivamente, *expulsada manu militari* —y policial, y judicial, y a veces mediante rotundo asesinato— del ejercicio de una profesión a la que el anónimo articulista, enseñando así el plumero y el trasero, y destapando sin sonrojo ni decoro sus naipes, identifica con *la sagrada misión de la propaganda*.

¡Vivir para ver! No cabe otro comentario, por tópico que éste resulte. Dicho sea, eso sí, con un gesto distante de hastío y melancólica resignación. Infinita es la ruindad humana. ¡El mismo periódico para cuyo director eran los *queridos compañeros* Monreal y Carreño *buenos amigos* a 23 de agosto de 1936[80] calificaba

de *funesto* unos meses más tarde —cinco para ser exacto, con una coda de veintisiete días— al primero de ellos!

Me pregunto, además, si los chicos de la agencia Logos, cuyo centro de *agitprop* estaría, supongo, en Burgos (o, a todo tirar, en Valladolid o en Salamanca), estaban ya al tanto en aquellas fechas —las de enero de 1937— de la suerte que cuatro meses atrás había corrido mi padre. Parece lógico, por cercanía geográfica, prurito profesional, y complicidad bélica que así fuese, pero, en tal caso, ¿cómo es posible que ni mi madre, año y pico después (ya llegaremos a ello), ni los miembros de su familia que andaban a la sazón por Burgos (también se verá), ni las ramas sueltas de la familia de mi padre a las que éste, a trancas y barrancas, había milagrosamente agrupado en Valladolid muy pocos días antes de su detención y ejecución (lo veremos, lo veremos… un poquito de paciencia), tuviesen conocimiento, siquiera fuese por aproximación y a bulto, de lo que en verdad había sucedido?

Misterios, enigmas, incógnitas, que el paso del tiempo acrecienta.

Cabe sólo suponer, en disculpa de la persona que firma la carta, sobre la que no me gustaría descargar (*inmemoriam* porque ha pasado mucho tiempo y no es probable que esté viva) el peso de ningún falso testimonio, que en febrero de 1937 ya no dirigiera el periódico quien en agosto de 1936 ocupaba el cargo. Podría yo, ciertamente, aclarar el extremo con facilidad por vía de hemeroteca o dando otra vez la lata a mi amigo Manolo Villar Raso, pero ¿a qué ton? Es, en definitiva, una menudencia que no modifica nada ni nada aporta. No perdamos el tiempo. Dejémoslo así, y regresemos a Córdoba para reanudar la narración en el instante —ya fuese a 20 de julio, ya algunos días más tarde— en que Monreal y Carreño, libres de cargos y ternes en su voluntad de seguir hacia el sur, salieron del recinto urbano, cruzaron el Guadalquivir y pusieron rumbo a Granada, se supone, recurriendo ignoro a qué medios e instalados en sabe Dios qué vehículo…

Arduo es imaginar —sólo de pensarlo jadeo y el sudor perla mi frente— cómo se las apañaron los fugitivos, que sin ser conscientes de ello ya lo eran, para alcanzar Granada desde Córdoba atravesando un extenso e inmenso territorio de llanuras, serranías y desfiladeros que aún seguía entonces, mayormente, en belicosas manos republicanas. La ciudad de los nazaríes (excepción hecha de su último baluarte gubernamental, heroicamente levantado y tozudamente sostenido con voluntad numantina en las alturas del Albaicín por un grupo de milicianos leales a los partidos de izquierdas y al tótum revolútum del Frente Popular) estaba en poder de los rebeldes desde el día 20, en su centro, y lo estaría también desde el 23 en lo tocante a los focos postreros de resistencia, pero Málaga, Jaén, Almería y Murcia, incluyendo en ese polígono irregular de cuatro esquinas no sólo las tierras del interior, sino también el litoral, con plazas tan importantes como Motril y Almuñécar, seguían siendo acérrimamente republicanas. Esa situación se mantuvo prácticamente

invariable, por lo que a la geopolítica y a la libertad de movimientos se refiere, hasta que el general Varela rompió el frente el día 12 de agosto y liberó del asedio a los granadinos, náufragos hasta ese momento en una ciudad insurrecta convertida en islote rodeado y azotado por las furiosas aguas de un proceloso océano frentepopulista.

Valga un solo ejemplo para ilustrar la incertidumbre reinante en Granada por aquellos días: el 24 de julio, menos de una semana después de que se produjera el Alzamiento, las tropas gubernamentales ocuparon Guadix y llegaron a un tiro de piedra, o de mortero, de la localidad de Huétor-Santillán, situada a sólo 12 kilómetros de la capital de la provincia.

Sería crucial conocer la fecha exacta en la que mi padre y su compañero de penas y fatigas abandonaron Córdoba —que el 27 de julio sería bombardeada por los republicanos— en lo tocante a arrojar un poco de luz sobre el enigma, ya insinuado por mí, de cómo diantre consiguieron sobrevivir y hacer camino campo a través de tan diabólico zafarrancho de combate y ateniéndose a una hoja de ruta que los llevaba desde un enclave —Córdoba— dominado por las fuerzas rebeldes hasta otro —Granada— en cuyas torres, belvederes y edificios públicos también tremolaban las banderas rojigualdas, y todo ello por entre las rompientes, remolinos y terrenos movedizos de una zona —la formada por la provincia cordobesa y la jienense— en la que a partir del primer día de agosto no se movió una hoja ni pataleó un insecto sin que la soldadesca de la columna del republicano Miaja lo autorizara.

Punto y aparte. De poco sirve devanar la madeja de cuestiones a las que ya nunca nadie podrá dar respuesta. Lo cierto, cualesquiera que fuesen la o las fechas —imposible saber si cubrieron la travesía de una tirada o tuvieron que pernoctar por el camino— elegidas por Monreal y Carreño para llevar a cabo su escapada, es que la empresa llegó a buen término y que los *morituri*, zombis ambos dirigidos hacia la nada que aún disponían de bríos y gozaban de excelente salud, rindieron viaje en Granada, a tiempo, supongo, por muy tarde que lo hicieran, de ver y de sentir *in situ* (y quizá, premonitoriamente, en carne propia) el fusilamiento, a día 10 de agosto, del alcalde socialista Manuel Fernández Montesinos, médico de profesión y cuñado de García Lorca, que en esa misma y terrible jomada era detenido en la vivienda de los Rosales por un grupo de facinerosos a cuyo frente figuraba el ex diputado de la CEDA Ramón Luis Alonso.

Pocas bromas, señores. No tanto la guerra en sí, que puede ser justa, caballerosa e inclusive hermosa, cuanto el mal de España —esa incurable dolencia, y carencia, hecha de envidia, cainismo, chulería, vesania, crueldad y zafiedad, todo ello a partes más o menos iguales— empezaba a hacer de las suyas.

El baile de los malditos, la juerga inacabable, el odio entre hermanos, el ruido y la furia, el rayo que no cesa.

En la madrugada del día 20, noche que noche nochera, Lorca besó por última vez el polvo de su tierra en el barranco de Víznar. Yo —sincronías— coincidí muchos

años más tarde, en el invierno de 1956, con su sobrino Manolo, hijo del alcalde asesinado y alcalde él a su vez, ya tras la muerte de Franco, de la misma ciudad que en vida, desde el Ayuntamiento rigiera su padre. Los dos éramos españolitos de corazón helado venidos al mundo en 1936.

Dos días antes, mal contados, del magnicidio de Víznar —lo fue. Era el autor del *Romancero gitano* jefe legítimo y en mi opinión, indiscutible, aunque los envidiosos de guardia lo discutiesen, del gobierno de la República de nuestras Letras—, las tropas de Varela tomaron Antequera y Archidona, llegaron a Loja, se dieron allí de bruces y de bayonetas con los soldados del futuro Caudillo, que desde el seis estaba en Sevilla, donde había establecido su cuartel general y en cuyo balcón del Ayuntamiento se había izado ya solemnemente la bandera bicolor al arrimo del día de la Virgen y en presencia de Queipo, Millán Astray y el propio Franco, y de ese modo, entre vítores, lágrimas y saludos imperiales e imperiosos dibujados cara el sol, quienes venían del oeste y quienes lo hacían desde Granada abrieron a tiro limpio un corredor de libre tránsito entre las dos ciudades.

Era eso, seguro, lo que Monreal y Carreño estaban deseando, buscando y esperando desde los primerísimos días posteriores al Alzamiento, y —en buena lógica— no se hicieron de rogar. Tomaron el portante, llegaron a Sevilla y allí, parece ser, se entrevistaron (o quizá se toparon fortuitamente) con el Virrey de Andalucía, al que mi padre había tratado ya, no sé si poco o mucho, ni si complacido o a regañadientes, en Madrid. No sólo natural, sino inevitable era por aquellos años de constantes vaivenes políticos la relación entre un general con ambiciones, cultura, ideas e ínfulas de salvador de la patria, y un periodista no menos ambicioso, en lo suyo, que había sido redactor de *La Voz,* gozaba del aprecio, la protección y la confianza de don Manuel Aznar, y tenía mando y gobierno en la gestión y redacción de una de las agencias noticiosas más importantes del país.

Lo que de tal encuentro se siguió es pura leyenda, carente de documentación alguna y por mí escuchada varias veces de labios de mi madre. Sostenía ésta, ignoro si de oído, de leídas, por chismorreos, por imaginación, por volición o con qué fundamento, que el Virrey aconsejó a mi padre que se fuera de Sevilla sin tardanza, por si las cosas se ponían allí feas para un hombre como él, que trabajaba en el ámbito de una empresa con vistoso currículo republicano, editora de *El Sol* y *La Voz*, y que pertenecía a una familia cuyos miembros andaban, por lo general, más escorados hacia la izquierda, moderada, eso sí, que hacia la derecha.

Mi madre, en la versión de los hechos a la que acabo de aludir, contaba muy gráficamente, sin escatimar pelos ni visajes ni gollerías, que el general, tan teatrero —por no decir histriónico— como de costumbre, había cogido a mi padre por el codo, le había avisado —«*Fernandito, márchate de aquí, porque te matan*»— de lo que en cualquier momento podía venírsele encima, lo había metido en un camión no

sé si militar o civil y lo había sacado por las bravas de Sevilla.

Y a Carreño, de rebote, también.

Lo que en la anécdota, caso de ser cierta la especie, se pone de manifiesto es la evidencia de que Queipo de Llano, que no era persona dada a andarse con chiquitas y que, como en las películas del oeste a las que quizá, por las trazas, debía ser aficionado, solía disparar antes de pararse a preguntar, no consideraba a mi padre sospechoso de ser contrario a los principios inspiradores del Glorioso Movimiento Nacional, pues cabe suponer, conociéndole, que si se lo hubiera parecido, por mínimo que el recelo fuese, lo habría fusilado (o por lo menos enchiquerado), en unión de su compañero y amigo del alma, sobre la marcha y sin guardar ni tan siquiera las apariencias de lo que la legislación todavía vigente dijera al respecto. ¡Con tiquismiquis de leguleyo a tan bragado señor!

Sea como fuere, y con intervención de Queipo o sin ella, los fugitivos pasaron muy poco tiempo en Sevilla, que era sólo el ineludible punto de paso para ir acercándose de etapa en etapa —Badajoz, Mérida, Cáceres, que sé yo— a lo que a todas luces consideraban, en tanto no terminase la guerra y quedase expedito el camino hacia Madrid, provisionales puntos de arribada y acogida con posible permiso de pernocta… Vale decir: Salamanca, donde se cocían muchos platos políticos y castrenses, y Ávila o Segovia, por la cercanía al lugar —San Rafael— en el que había pillado el maremoto bélico a mi abuela Mercedes, mis tías Alicia y Concha, y mis primos Tito, Manino y Cuca, y sobre todo a Valladolid, ciudad ésta en la que ya andaba el amigo Rienzi —aunque no es seguro que lo supieran— y en la que por ello, y por ser importante foco generador, receptor y emisor de noticias, y sede de un periódico de peso[81], cabía encontrar trabajo y salir de apuros.

De la etapa bética no obra en mi poder dato oral ni documento escrito alguno, excepto el concerniente a la decisiva y expeditiva intervención de Queipo mencionada por mi madre, y otro, minúsculo y anodino, que se deriva del membrete —tachado y sustituido por el del *Diario Regional* vallisoletano— del *Hotel Majestic. Sevilla. Canalejas, teléf. 22900* impreso en el borde superior, a la izquierda y a la derecha, del papel en el que mi padre escribió una carta fechada en Valladolid, a tres de septiembre, y enviada —guardo copia manuscrita. Es la que ha llegado a mis manos— a don Rogelio Pérez, en Lisboa, del que ya se hablará más adelante, cuando le llegue su turno.

Es poco, es nada, y nada o muy poco revela… Si acaso que hicieron noche —una, como mínimo— en Sevilla, pues de otro modo no resulta verosímil que mi padre poseyera y conservara once días después papel timbrado del establecimiento en el que a todas luces, y sombras, dieron momentáneo reposo a sus molidos huesos.

Voy a averiguar, por prurito profesional y comezón sentimental, si todavía existe el Majestic, que supervivencias más raras se han visto, y rastrearé, de ser así, y caso de que los haya, su registro de huéspedes y sus libros de contabilidad, lo primero para comprobar que mi padre, como ya he dado por hecho, durmió en ese hotel y para saber cuánto duró su estancia, y lo segundo para recabar información acerca del estado de sus finanzas y de los desayunos, almuerzos, cenas, consumiciones y llamadas telefónicas u otros servicios que, posiblemente, le cargaron en la cuenta.

¿Exceso de celo por mi parte? Sin duda, pero cualquier huella dejada por mi desafortunado, desconocido y desaparecido progenitor, por mínima y fútil que sea, tiene el poder de emocionarme. La consanguinidad es amistad, es fidelidad, es solidaridad.

Y, por lo demás, cualquier dato era para Sherlock Holmes una pista. Yo estoy, ya lo sabe el lector, jugando a serlo, y no devolveré la lupa a su estuche en tanto exista objeto alguno, así sea una mota de polvo o un destello de vuelo de musaraña, que esté dentro de su radio de acción y al alcance de su lente.

Zanjo, por ahora, lo que atañe a la fugaz etapa de Sevilla, pero no sin formular antes una última, etérea y, lo sé, ociosa duda… Es ésta: ¿Por qué no intentaron Monreal y Carreño llegar directamente a Sevilla, si tal era su intención inicial, desde Córdoba sin marear la perdiz y prolongar la situación de extrema incertidumbre —agónica, a decir poco— que los afligía dando un inútil rodeo por Granada? Seguir esa ruta era, lo admito, difícil, porque Almodóvar del Río, verbigracia, no cayó definitivamente en manos del ejército rebelde hasta el 20 de agosto y Adamuz, otro ejemplo, mantuvo su heroica, dicen, resistencia hasta diez días antes, pero el desvío hacia Granada, como ya se explicó en su momento, resultaba igualmente problemático y no menos confusas eran las noticias relativas a su transitabilidad y a la filiación y el vaivén estratégico de las tropas que en él combatían y que por él

patrullaban.

Enésima pregunta sin respuesta, pero ya dije que aquélla y también, en consecuencia, ésta serían, en definitiva, ociosas. Los datos de los dioses yacían, quedos, sobre el tapete y la suerte estaba echada. Me encojo, pues, de hombros, y sigo…

¿Badajoz? Silencio. ¿Mérida? Ni rastro. ¿Cáceres? Vacío. ¿Salamanca? Indagaré en su hemeroteca, pero poco espero. ¿Ávila? ¿Segovia? Haré lo mismo y será, seguro, otra vuelta de tuerca pasada de rosca.

Las huellas de las pisadas de los fugitivos reaparecen, nítidas, profundas, elocuentes, en Valladolid, penúltima (o, en cierto modo, como en seguida se verá, antepenúltima) estación del viacrucis emprendido seis semanas antes —ni un día más ni un día menos— en Madrid. Carreño y Monreal llegaron, de hecho, a la ciudad del Pisuerga el 29 de agosto, lo que significa que merodearon durante dos o tres jornadas, como mínimo, o cuatro, como máximo, por tierras extremeñas, leonesas y veterocastellanas. Puedo decirlo con absoluta certeza porque obra en mi poder y tengo ahora delante de los ojos la copia mecanográfica de la carta que el día 31 envió mi padre a *Don Manuel Casanova, Director de Heraldo de Aragón, o Sr. Administrador, Zaragoza* y, debajo, *Don Felipe Martínez Zaporta o Don Ángel Martínez, La Rioja, Logroño*. (Sic.) Transcribo a continuación lo que dice:

«Mis queridos amigos: Desde hace dos días me encuentro en Valladolid, adonde he venido desde Granada, tratando de encontrar a mi madre y a una hermana delicada que se encontraba veraneando en San Rafael, y no sé adónde han ido a parar.

»A mí me sorprendió el movimiento nacional al estallar en la Península en la carretera, y he permanecido en Granada desde el día 20 de julio hasta el pasado 24 de agosto, en que restablecidas las comunicaciones con Sevilla y el Norte salí para Salamanca, Ávila y Segovia, con el objeto principal de rogarles que me remitan por giro postal o telegráfico a mi madre y a la dirección de Zúñiga, 27, pensión Valladolid, la mayor cantidad que les sea posible. Si pudieran ser quinientas pesetas, creo que ya tendría resistencia económica para bastante tiempo, pues incomunicado con Madrid no hay posibilidad de hacerse con fondos, y me son imprescindibles para poder atender a las más indispensables necesidades. De lo que me remitan, naturalmente, respondo yo, y les sería reintegrado con la máxima rapidez una vez recobrada la normalidad.

»Como no sólo de pan vive el hombre, les agradecería así mismo me escribieran dándome noticias que me pudieran interesar, pues alejado por completo de la familia y afectos, el espíritu todo lo agradece. Aquí, en Valladolid, estoy bien. Sin embargo, de prolongarse éstos, y como no tengo absolutamente nada que hacer, pudiera ser que me decidiera a ir unos días a Logroño o a Zaragoza, pues confío en que en *La Rioja* o el *Heraldo de Aragón* se me acogería con el afecto a que es acreedor el antiguo y entrañable que yo profeso a todos los de ésa.

»En la semana que ahora se inicia es probable que me decida a hacer algunos

reportajes. En tal caso se los remitiré a ustedes con carácter absolutamente desinteresado.

»Ruego a ustedes saluden a todos los compañeros.

»Espero sus noticias y les anticipo mi mayor gratitud por la ayuda, hija de las circunstancias, que me faciliten.

»Es suyo buen amigo.

Fernando Sánchez Monreal.»

Hay más cartas, dirigidas todas a diferentes cabeceras periodísticas y compañeros de la profesión[82] y fechadas el mismo día, el 3 de septiembre, menos una, que se escribió el 7. Inútil sería reproducir su contenido, por ser éste prácticamente idéntico al de la que ya se ha transcrito. Menciono sólo, por parecerme de interés, algunos párrafos que quizás arrojen algo de luz sobre la actividad y solvencia profesional de mi padre, sobre su red de relaciones amistosas y laborales, sobre su forma de ser y de actuar en circunstancias adversas y sobre la situación (y proyección de futuro) en la que se encontraba.

Son los que siguen:

«Si tú[83] no estás en condiciones de hacerme este favor[84], te ruego hagas la gestión en mi nombre con el Administrador de tu periódico. Allí debo yo tener crédito, puesto que desde hace muchos años el *Diario de Navarra* es cliente mío en Noti-Sport.

»En todo caso te ruego que me escribas. Tu carta y el giro, caso de que me lo puedas hacer —mejor telegráfico que postal— deberás enviarlo a don Luis Calabia, redactor de *El Diario Regional*, para entregar a don Fernando Sánchez, Valladolid.»

Y en otra carta[85]…

«Si usted no puede hacerme este favor[86], le ruego realice la gestión oportuna con la administración de *Hoy*, donde tengo crédito puesto que desde su salida ha sido el periódico cliente mío en Noti-Sport y nuestras relaciones económicas han sido siempre plenamente normales.»

Y más adelante, en la misma carta:

«Salude usted al amigo Pinilla de mi parte, para quien tengo una carta del amigo Lozano, con el que he permanecido muchos días y quien me la dio si por casualidad iba a esa población y para que me sirviera de presentación.»

Dos líneas más abajo se reitera el nombre de Luis Calavia —escrito esta vez con uve, no sé si por errata, error, o rectificación— como primer y fugaz destinatario (o, más bien, depositario) de la correspondencia enviada a mi padre, contraviniendo así éste las instrucciones de remite por él mismo impartidas en otra carta el 31 de agosto. El detalle carece, obviamente, de significación, pero sí la tiene el hecho de que salga de nuevo a relucir el nombre de Lozano, firmante de otra carta ya traída a colación con anterioridad y director de *El Ideal* de Granada, periódico en el que, como ya sabemos, ponían pingando a mi *funesto* padre, que en paz descansaba el hombre, aunque sin sepulcro, unos meses después.

Llegamos así, de carta en carta, y sin salir del manojo de las que se enviaron con fecha 3 de septiembre, a la que ya cité hace pocas páginas dentro de las que concernían al paso de Monreal y Carreño por la ciudad de Sevilla, a cuento del membrete —Hotel Majestic— que figuraba en el papel donde fue escrita. Su destinatario era, como ya se especificó, don Rogelio Pérez, avecindado en Lisboa, y de ella cito lo siguiente:

«Recurro a usted[87] por creer una de las pocas soluciones a mi alcance en estos momentos. Si lo considera necesario puede incluso hacer la gestión con su propio periódico, donde ya me conocen y mi crédito, pues como recordará con motivo de un partido internacional me ofrecieron un crédito en conferencias telefónicas de bastante cuantía […] Y en cuanto reúna algún dinero que me es imprescindible me reuniré con mi madre, hermana y unos sobrinitos *que están en un pueblecito cercano a Otero (Segovia).*»

Subrayo parte de la última frase reproducida, y huelga, supongo, aclarar el porqué. ¿Cómo se había enterado mi padre, en tan sólo cinco días —los que al escribir esta carta llevaba en Valladolid— de que mi abuela, mi tía Alicia y una cáfila de primitos de muy corta edad (la menor, Cuca, no había cumplido ni tan siquiera dos años) estaban, más o menos sanos y salvos, aunque quizá caquécticos, en una aldea de la vertiente septentrional del Guadarrama?

Estoy, por una vez, en condiciones de responder a la pregunta con el aplomo que sólo confiere la palabra escrita. Veamos…

Don Felipe Martínez Zaporta, al que mi padre había pedido árnica y viático el 31 de agosto en una carta de doble destinatario, se hizo eco de la misma prácticamente a vuelta de correo (lo que dice mucho en su favor), tal como lo demuestra el acuse de recibo que el día 2 de septiembre le remitió, con reconocimiento de bien nacido, el beneficiario de su respuesta. Se expresaba mi padre en los siguientes términos:

«Querido Don Felipe: Recibí su telegrama en el que me informaba que mi madre estaba en Vegas de Matute. No sabe usted cuánto se lo agradecí, porque yo había realizado todo género de pesquisas sin resultado práctico.

»Ruego a usted que cuando le sea posible atenderme en mi demanda de dinero lo haga con la mayor rapidez. Si no puede ser todo, remítame lo que le sea posible. Si yo estaba necesitado de fondos, calcule usted lo que será ahora que he encontrado a mi madre, hermana, la mujer e hijos de mi hermano Modesto. Y en ustedes confío. Le ruego asimismo que me escriba.

»Según le anunciaba ayer, mis señas aquí son Hotel Gredilla, Fonda Cuevas o *Diario Regional.*»

Una novedad: aparece, entre las posibles direcciones postales y junto a las dos que ya conocíamos, una tercera, en la que seguramente —hablo, ahora, de oídas. Por ahí anda la documentación. En seguida llegaremos a ella— había mi padre alojado, a la espera de tiempos mejores, a todos los miembros de su familia, y de la mía, mencionados en la carta que parcialmente acabo de reproducir.

¡Vaya por Dios! Lo digo, e inmediatamente tengo que comerme lo dicho. Gajes de hacer camino al andar y literatura escrita sobre la marcha y desde la silla de Clavileño. Los cofrades de la hermandad —con prestancia, corazón y vocación de tribu— formada por los Sánchez seguían en Vegas de Matute cuando mi padre envió su segundo grito de socorro (y primera manifestación de gratitud. Habrá otra) al amigo Martínez Zaporta, por lo que a todas luces no podía estar disfrutando ya, tras las penalidades sin cuento vividas, de la placentera hospitalidad —seguro que se lo parecía, por humilde que fuese— brindada por la Fonda Cuevas.

Lo sé porque encuentro, aquí y ahora, en la carpeta donde guardo los papeles relativos al paso de mi padre por Valladolid otras dos cartas —escritas ambas el 7 de septiembre— que, por una parte, contradicen la hipótesis alocadamente formulada hace un par de párrafos, sin que ello impida que también exista a su vez, entre la una y la otra, un elemento de contradicción, o, por lo menos, de discrepancia y fricción.

En una de las dos cartas, la tercera y última, que mi padre envió a Martínez Zaporta, decía su autor:

«Querido amigo: hoy he recibido carta de mi madre, en la que me informa que usted tuvo la bondad de girarle doscientas pesetas. Se lo agradezco mucho, pues no sabe la utilidad que han tenido. Se encuentran allí, en Vegas de Matute, un total de dieciséis personas. De ellas, mi madre, mi hermana delicada, la mujer de Modesto y sus tres chicos. Los restantes son familiares, todos mujeres y niños pequeños, compañeros de Madrid, íntimos, a los que, claro está, no se puede abandonar. Todos juntos han estado durmiendo en el suelo de una sola habitación en el pueblo en cuestión y careciendo de lo más necesario, pues los víveres se habían agotado. Al tener conocimiento de ello, me he puesto en movimiento y esta tarde, en una camioneta militar, me los traigo a Valladolid, donde Dios dirá cómo hago frente a la situación con dieciocho personas, la mayoría niños. Por ello, amigo don Felipe, le encarezco que procure ayudarme lo antes posible girando lo que pueda. No me es nada grato molestarle, pero las circunstancias obligan a dirigirse a las personas conocidas y que puedan desenvolverse mejor por estar en su medio habitual de vida.»

Et caetera.

En la segunda carta escrita el 7 de septiembre, y dirigida al director o administrador de *La Libertad*, periódico de Vitoria, decía mi padre, después de solicitar el préstamo de costumbre, lo que sigue:

«Me encuentro en Valladolid teniendo que mantener a dieciocho personas, todas mujeres y niños […] Y yo, claro está, no tengo medios económicos movilizables, puesto que con Madrid no hay comunicación con Bancos, ni nada.»

¡Ése era mi padre! ¡Ése era Fernandito Sánchez Monreal! ¡Ése era el hombre al que menos de una semana después asesinaría cobarde e impunemente, en nombre de España, en nombre de Franco, en nombre del Movimiento Nacional, en nombre de Dios, una pandilla de facinerosos!

Y así, dicho sea de paso, eran, son, soy, hemos sido siempre, todos los Sánchez,

un árbol genealógico, una estirpe, un clan, una tribu, sí, en la que me honra, por derecho de sangre, figurar y a cuya altura de espíritu, de miras y de comportamiento procuro rayar.

Se me humedecen los ojos, no lo puedo evitar, estoy hablando de mi padre, estoy escribiendo sobre un crimen, me sube, seguramente, la tensión (y eso no es bueno para los tres codos de fontanería instalados en mis coronarias), un lagrimón, desbordándose y avergonzándome, aunque nadie me vea, traza su surco mejilla abajo y sé, me digo, lo reitero, lo martilleo, lo remacho, que debería contenerme, que estoy escribiendo, que tengo que contarlo, que la emoción nubla la mirada y enturbia la nitidez de la conciencia, que el dolor no ayuda a encontrar palabras, que el escritor, cuando escribe, debe tener y mantener la cabeza fría, que…

¡Pero, señores, estoy hablando de mi padre, estoy relatando el crimen que segó su existencia, destrozó la de mi madre y condicionó la mía!

Un poco de caridad, una limosna de indulgencia, por el amor de Dios… Concédanmela, perdónenme así el desahogo, justifíquenlo, entiéndanlo, disimulen, miren hacia otra parte y acojan, aún, con benevolencia una última explosión de retórica, un postrer, y tímido, golpe de efecto.

Porque es hora de reconocer en público lo que para mis adentros ya he admitido, ya me he repetido una y otra vez desde hace mucho tiempo. A saber: que la muerte del claro varón que con su semilla me trajo al mundo de aquí abajo es el acontecimiento más importante de mi vida y que él, mi padre, Fernando Sánchez Monreal, el hijo segundogénito de Gerardo y Mercedes, el esposo de Elena Dragó, el inventor de lo que llegaría a ser *Goleada*, el redactor de *La Voz*, el director de la agencia Febus, el hombre que a primera hora de la mañana del 18 de julio de 1936 se fue hacia el sur y ya no regresó nunca a Madrid, es, ha llegado poco a poco a ser, sin que para ello fuese óbice el hecho —la menudencia, la liviana inconveniencia, el brutal zarpazo— de no haberlo yo visto, lo que se dice visto, nunca, de no haberlo palpado, olido, sentido, *conocido*, ese hombre, decía o —mejor— *aquel* hombre capaz de llevarse en una furgoneta a Valladolid, en tiempos de fratricidio y guerra, cuando no tenía un mal duro en el bolsillo ni perspectiva cercana de llegar a tenerlo, cargándose aquella tropa mendicante a las espaldas y pechando con todos sus gastos, a dieciocho personas, qué digo, a dieciocho mujeres y criaturas de corta edad, aquel hombre, repito, y lo repetiré, estoy seguro, hasta que también yo exhale mi último suspiro, es la persona más importante de mi vida.

Más aún, lo confieso, quién lo hubiera dicho, que mi propia madre, su frustrada esposa, que tanto y durante tanto tiempo, para mí, lo fue.

Escrito está. Que ella me perdone.

Recuperemos la cordura. Se imponen —se me imponen— algunos comentarios, algunas apostillas a pie de página de las cartas que acabo de transcribir…

En la última de las enviadas a Martínez Zaporta menciona su autor la cifra de dieciséis almas a cuento del grupo de deudos propios y de familiares de amigos que se habían refugiado en Vegas de Matute, pero ese número, sólo unas líneas más abajo, ya había crecido hasta diecisiete, tal como luego, unas horas después, pero siempre en la misma fecha, corroboraría la carta dirigida al director (o, en su defecto, al administrador) de *La Libertad*.

Peccata minuta, bien lo sé, pero de ésas que conducen a rascarse un poco la cabeza con gesto de perplejidad. ¿Fue sencillamente, un error sin calado alguno, un ligero despiste, y punto, o añadió mi padre, deliberada e inconscientemente, su propia persona y la del compañero con el que había compartido todos los sinsabores y pequeñas alegrías, si las hubo, de la desventurada aventura emprendida al echarse a andar el Alzamiento? ¿Por qué en ninguna de las cartas total o parcialmente reproducidas, o simplemente mencionadas, hasta ahora se alude ni tan siquiera de refilón al buen Carreño, que sin embargo, como lo revela el dato de que unos días después fueran detenidos, interrogados y asesinados juntos, seguía en Valladolid y, se supone, muy cerca de él? ¿Había, acaso, surgido algún roce entre ellos —lo que no es raro que suceda, incluso entre amigos íntimos, cuando se viaja, y tanto más si el viaje discurre bajo el acoso de circunstancias difíciles— y, caso de ser así, se había suavizado y, ojalá, resuelto ese roce en el curso del durísimo trance vivido desde que los arrestaron hasta que los fusilaron? ¿O, antes bien, y para recíproco y mayor oprobio en tamaña adversidad, culpó el uno al otro, cercana ya la hora suprema y el hilo de los dos días que la precedieron, de estar corriendo una suerte que, en justicia, no le correspondía?

Cabe imaginarlo, sin caer en la tentación literaria de recrearse en la idea por más que yo a la luz de lo que he oído y de lo que la lógica me dicta y la intuición me sugiere, me niegue a admitirlo. Cabe imaginarlo, sí, porque todo, desgraciadamente todo, digo, incluso ese último y comprensible ademán de infamia, incluso ese desfallecimiento *in extremis*, incluso esa irrevocable, por terminal (o casi) *descensio ad inferos*, era posible en aquellos días de desorden, desequilibrio y desquiciamiento generalizados.

Generalizados y, ah de las dos Españas, ay de las dos Españas, terriblemente simétricas.

¿Hubo, en definitiva, amistad hasta el último momento entre los dos amigos, estuvieron en la detención, en el traslado a Burgos, en el interrogatorio, en la cárcel y en la camioneta que los condujo hacia el desmonte de su fusilamiento codo con codo, mirada frente a mirada, corazón con corazón, pieles siamesas, sangres corriendo al unísono, o brotó en ellos y entre ellos se interpuso el reproche, el encono, la amargura, el desamor?

Me niego a creerlo, desvío la mirada, me tapo los oídos, ahuyento de un manotazo tan sombría imagen, tan desagradable posibilidad… Sería, créanme, un jarro de agua alpina, un sofocón, un bofetón, una conmoción para mi, ya en estos momentos,

conturbado espíritu. ¿Conculcaría mi padre, en la hora de la verdad, el antiguo y hermoso precepto formulado por Petrarca en ese endecasílabo paradigmático, irreprochable, inmejorable, según el cual *un bel morir tutta una vita onora*?

La carne es débil, y cabría, cómo no, admitirlo, entenderlo y disculparlo, pero…

Quita, quita.

Eppur, atendiendo a la infernal esgrima —puro dualismo bíblico, evangélico y coránico— de las ideologías, no cabe excluir a rajatabla el supuesto que acabo de desactivar y desechar no tanto con las corazonadas de la razón cuanto con las sinrazones del corazón.

Las dos Españas, codo con codo, del brazo, detenidas al unísono, con esposas y con grilletes: Monreal y Carreño.

Mi padre, ya se dijo, era maurista y, por ello, de derechas, por más que profesionalmente se moviera en el ámbito del entramado de prensa —*El Sol, La Voz,* la propia agencia Febus— creado y controlado por la familia Urgoiti. Y con eso, con lo último, ¿qué? También venía de ahí y por ahí, en definitiva, aunque no dirigiese ya la principal cabecera de la empresa, seguía merodeando profesionalmente su maestro, protector y amigo Manuel Aznar, que se salvó por los pelos de la quema, después de haber sido condenado a muerte en y por los dos bandos y que, tras ello, no tuvo empacho alguno —ni, en puridad, tenía por qué tenerlo— en llegar a ser, sucesivamente, entre otras cosas y siempre sin desdoro personal ni deterioro profesional, cronista de Franco, historiador de la guerra civil, director de la agencia Efe, director de *La Vanguardia*, embajador ante la ONU y no sé, porque escribo de memoria y no voy a molestarme en verificar los datos, que en nada atañen y nada añaden al asunto de mi libro, cuántas vainas, cargos, cotufas y gallofas más.

Carreño, en cambio, debía de cojear un sí es no es del pie izquierdo, aunque ignoro en qué medida, si poco, regular o mucho, y ni siquiera, en realidad, estoy seguro de que fuese verdaderamente así, porque lanzo la especie basándome sólo en runrunes, especulaciones y habladurías. Podría ser, ya lo veremos, que en su historial de periodista trotamundos y, acaso, trotaconventos —lo digo en broma, hilvanando ésta con la falsa hipótesis de su paso por la casa de putas del Capitol— figurara, pues de ello se le iba a acusar, ya ven qué delito, en los documentos concernientes a su detención e interrogatorio, un viaje profesional a la Santa Rusia, que ya era entonces, por desgracia para sus súbditos y para el resto del mundo Unión Soviética, pero es evidente que la visita a ésta, caso de haberse producido, entraba dentro de la lógica del oficio de informador y no aportaba dato alguno concluyente sobre la ideología del viajero.

Cábalas, pues, masturbación intelectual de la que nada cabe, juiciosamente, inferir, fuera de la inquietud que por su causa me origina la posibilidad de que entre los dos *morituri*, efectivamente, pintaran bastos. Dejémoslo.

Añadiré, sin embargo, al respecto de lo dicho y de lo no dicho algo que, seguramente, no agradará al grueso de mis primos de la rama de los Sánchez, por ser

cinco de ellos, quizá seis (o, incluso, en otros tiempos, siete), sobre un total de ocho, votantes de partidos de izquierda, mayormente el socialista, que no es ni por asomo santo de mi devoción. Sólo una de mis primas es de derechas. Dispongo, pues, en la familia de mi padre, de minoría absoluta, puesto que, si me obligan a elegir, también yo lo soy, al menos a la hora de votar, si bien procuro mantenerme al margen y por encima de tan estéril disputa, que sólo existe y obcecadamente se plantea y reitera una y otra vez en el mundo occidental.

Allá películas. Yo soy de donde viene la luz: de Oriente.

Pero no hay, en todo caso, y los Sánchez no iban a ser excepción, prácticamente ninguna familia española en cuyo seno no repique el tambor, más o menos fragoroso, bien tensado o desafinado, y palpite, con o sin taquicardia, arritmia y pulsaciones extrasistólicas, el doble e innoble corazón de las dos fatídicas Españas.

La muerte, además, petrifica muchas cosas, sin excluir a los propios muertos, y congela la mirada con que los contemplamos. De ahí que los vivos, supervivientes o no de la escabechina a la que me refiero, tiendan a creer, y es lógico que así ocurra, que fuesen de izquierdas quienes murieron, en la guerra civil, a manos de los nacionales y de derechas quienes lo hicieron tiroteados por las republicanas, y ello pese a la evidencia de que en muchos, muchísimos casos, no fue así. Una guerra es una guerra, un fuego cruzado, una lluvia de balas, un sálvese quien pueda y mátese a quien me convenga, y el reparto de las causalidades, fatalidades y responsabilidades no siempre responde a la lógica de las ideologías o las banderías implicadas en la contienda y el subsiguiente destrozo.

Desgrano esta reflexión —la del último párrafo— curándome en salud antes de que mis primos (los que votan al PSOE y también los que lo hacen por Izquierda Unida, como es el caso, creo, de la excelente escritora Lourdes Ortiz, a la que tanto aprecio y con la que tanto coincido en otras cosas) pongan el grito en el cielo, pues estoy casi seguro de que lo harán cuando salga el libro, ya lo oigo, habida cuenta de que todos ellos, y acaso también la guapísima Cuca, que se escora a la derecha, son, por una parte, bravos de lengua y fogosos de expresión y de opinión, y están, por otra, convencidos de que mi padre, *paseado* en zona nacional por quienes allí mandaban, era hombre de profundas convicciones izquierdistas.

Los entiendo, ¡vaya si los entiendo! Yo mismo era de ese parecer hasta un minuto antes de meterme a fondo en las investigaciones, cavilaciones y harinas de este libro. Y lo era, aunque ya no lo siga siendo, a pesar del aparente maurismo de mi padre, en el que no veía entonces, *a priori*, contradicción alguna con su supuesto izquierdismo, pues era dicha afiliación, según lo que me contó mi madre, un mero paripé para cubrirse las espaldas en días como aquéllos, en los que para ejercer el periodismo, y siempre según el testimonio de su esposa, era no sólo conveniente, sino incluso obligatorio militar en un partido político. El que fuere.

Pienso yo ahora, en cambio, tal como hace unas líneas lo adelanté, que mi padre, aun no siendo de nadie y pitorreándose en su fuero interno, o entre sus amigos y

parientes, o a solas con mi madre, de la política y de los políticos, tan de derechas era, no tanto por ideología cuanto por carácter, que aprobaba el Alzamiento, comulgaba con sus ideales y habría seguido, caso de no morir en la refriega, una trayectoria muy parecida, salvando las distancias y la diferencia de edad, saber y gobierno, a la que con posterioridad al 18 de julio, de trocha en trocha, emprendió don Manuel Aznar.

A esa convicción, porque hoy lo es, sorprendente en teoría, me ha llevado, *a posteriori*, no sólo lo mucho que he ido descubriendo, paso a paso, al hilo de mis pesquisas, sino también la lectura —a la que aún no he puesto fin— de los centenares de cartas que mis dos progenitores se enviaron antes y después del día de su boda y que hasta sobrevenir la muerte de mi madre, cosa que acaeció en septiembre de 2001, yo desconocía.

Ahora están aquí cerca, desparramadas por el enorme desván de la casona de Castilfrío que me sirve de fortín, laboratorio y estudio, y algún día, cuando ya haya terminado y, seguramente, publicado mi libro, daré definitivo fin a esa lectura, por él interrumpida, y elevaré a sentencia firme las conclusiones provisionales a las que de momento he llegado.

Suelto ya la bomba, y corro al refugio. Decía antes que voy aún más lejos, y en esa deriva, efectiva y efectivamente, llego incluso a opinar o, cuando menos, sospechar, que tampoco mi tío Modesto, hermano mayor de mi padre y padre a su vez de mis primos socialistas era *stricto sensu* esto último, pese a ser, hasta cierto punto, y según se desprende de la lectura de sus memorias, periodista de confianza de don Indalecio Prieto comprometido hasta el final con la causa de la defensa de la República.

No menos cierto es que en sus últimos años, sobrevenida ya la llamada *Transición* sacó (o renovó, no sé) el carnet del PSOE, pero eso cabe explicarlo —sucede a menudo— por sentimentalismo, nostalgia y deseo de reavivar la hoguera de la juventud perdida.

¿En qué me baso, contraatacarán mis primos, para hacer tan atrevida afirmación? Yo les responderé que lo hago, sobre todo, partiendo de y apoyándome en el carácter de mi tío, en su forma de ser, de pensar, de actuar y de vivir, en sus gustos y disgusto, en su eje de ordenadas y de abscisas, morales y profesionales, en sus juicios, en sus planteamientos, en sus esquemas, en su régimen de sintonías y discordancias, de temores y valentías, en su ritmo, en su tono, en sus adelantamientos, frenazos y espantadas, en todo aquello, resumiendo, que configura lo dicho: el *carácter de* una persona… Algo infinitamente más importante que la ideología e, incluso, que las ideas.

¿Desaparece, acaso, el yo profundo, el *sí mismo*, la identidad de un hombre, cuando ese hombre cambia de chaqueta, cambia de opinión, cambia de partido, si lo tiene, o cambia, simplemente, su voto?

No, no, todo eso es nominalismo, etiqueta provisional, marbete, faceta, embalaje, papel de envolver, usar y tirar. *Lascia il tempo che trova*, dicen los italianos, en

expresiva frase, cuya filosofía se acerca mucho a la de nuestro *tente mientras cobro*.

Filiación o *afiliación*: meras *aficiones*… La semejanza de esos tres términos no es sólo fonética, no es simple aliteración. Afecta a su significado.

Ser de derechas o ser de izquierdas es algo que a la larga, y sobre todo, depende de una *forma mentis*, de un modo de entender, explicar, aplicar y entender la vida, y de ello nace esa actitud que es, en el fondo, aptitud y en ello, también, acaba.

«Soy conde, estoy gordo y fumo puros», *decía con su habitual y* elegantísimo gracejo Agustín de Foxá… ¿Cómo no voy a ser de derechas?

Se trata de una broma trascendente y de largo alcance que pone el dedo en la misma llaga donde yo he intentado hacerlo, de un buscapié festivo que dice con una sonrisa lo mismo, más o menos, y a bulto, que yo he querido decir.

Traslademos, si les parece, el chiste a mi nada augusta persona. Nací en el barrio de Salamanca. Mi abuelo materno poseía una fábrica de hidrocarburos, llegó a ser altísimo cargo de la CAMPSA y contrajo matrimonio con una joven de la alta sociedad alicantina, cuya familia era dueña de media playa de San Juan. Fui al colegio del Pilar y me codeé allí con lo más granado del ayer, el hoy y el mañana del país. Desciendo del médico de Napoleón. Dispongo de doble escudo nobiliario. Mi padrastro era el único heredero de la segunda fortuna de Soria en orden de importancia. No me tengan, sin embargo, envidia, porque todo ello, menos lo último, yace ahora en el nirvana del mismísimo carajo, en el limbo del más rotundo y miserable cero zapatero, eficazmente dilapidado por los unos o por los otros, o pulverizado por la marcha del mundo y los infortunios de la virtud y de la incompetencia, hasta su más absoluta e irreversible evaporación, pero… ¡Caramba! ¿No querrán ustedes que encima sea de izquierdas, verdad?

Sólo bromeo en parte. Y si digo lo que digo a propósito de Modesto Sánchez Monreal, como antes lo dije de Fernando, es porque lo conocí, porque lo traté a fondo, porque lo velé, porque acompañé su féretro hasta el camposanto, porque lo quise, porque jugué muchas veces con él al póquer o a las siete y media, porque lo retraté por lo menudo, con hondo afecto (y, lo admito, sarcástico sentido del humor que alguno de mis primos, renunciando a él, me ha reprochado), en mi novela *Las fuentes del Nilo* y porque he leído dos veces con minuciosa atención y ya he citado aquí, y seguiré, quizá, haciéndolo, sus memorias inéditas.

Sucede, además, que siendo mi padre, en el trabajo y en lo relativo al ascendiente que siempre tuvo sobre su hermano mayor (y que éste reconoce, con nobleza, por escrito tanto en algunas de las pocas cartas que de él poseo cuanto en sus memorias), el eje vertebrador, el indiscutido gobernador y la última y más sólida instancia en el ámbito de su familia, cabe suponer que si no hubiese muerto al empezar la guerra, habría sacado de apuros a su hermano una vez terminada ésta, habría tirado de él, lo habría aupado en el toletole de su profesión y en el andamiaje de su decaído ánimo, y lo habría finalmente conducido a posiciones ideológicas, políticas y sociales muy parecidas a las que, elaboradas o conquistadas a imagen y semejanza de don Manuel

Aznar, él mismo habría seguido, como ya he insinuado, en su propio derrotero vital.

A propósito, e insistiendo por última vez en la broma de Foxá… Recuerden lo que de mi padre se decía en los mentideros de la pomada madrileña. A saber, que donde había un duro en el aire, allí estaba Fernandito para cogerlo. ¿Podía ser de izquierdas un hombre de ese talante?

Bueno, sí, podía, la verdad es que podía, pero lo digo a la luz de lo que luego, mucho después, iría haciendo la izquierda —pelotazo va, pelotazo viene— en la Alemania de Willy Brandt, en la Francia de ya no recuerdo quién (*sic transit* la gloria de los políticos), en la Italia de Bettino Craxi, en la España del *váyase, señor González,* en el Brasil de Lula y, por lo general, *urbi et orbi,* pero en aquella época aún no se sabía ni, probablemente, había forma de saberlo. Era demasiado pronto para que el gentío se oliese la tostada.

Obras son amores. No es cuestión de ideas, sino de *hechos*.

Lo que sí fue mi tío —¡toma! ¡Y lo habría sido mi padre, seguro, caso de haberse visto en las mismas! ¡Y hasta mi propia madre también lo fue, hasta cierto punto, por la parte que, triste viuda de guerra, e incongruentemente, le había correspondido en el sorteo!— es antifranquista. Lo que se dice una cuestión personal. ¿Cómo no iba a serlo si por culpa del Caudillo *et in nomine suo,* a partir del 1 de abril de 1939, lo había perdido todo? Trabajo, posición, reputación, presente, futuro e, inclusive, la libertad, amigo Sancho.

Pero lo uno no quita lo otro. Cabía ser, no, quizá, durante la guerra, pero sí, desde luego, en la posguerra, antifranquista sin por ello ser izquierdista. Yo mismo, en realidad, pese a mis muchos procesos, a mis diecisiete meses de cárcel, a mis dos estaciones y media de prisión domiciliaria, a mi huida de España con el pasaporte de un amigo y a los seis años de exilio, nunca lo fui —izquierdista, digo— si bien es cierto, que a la sazón, y hasta que me caí del caballo en Benarés, creía que lo era.

Palabra. La empeño, por más que mi afirmación parezca volición *a posteriori,* rezurcido de himen para la noche de boda, pintar como querer a pitón pasado.

Sé lo que me digo y me pregunto a santo de qué iba a mentir en esto, buscándome coartadas que, lejos de redundar en mi provecho, me perjudicarían, pero en todo caso, y a la postre, a mí plin, ¿yo?, argentino, hago de mi capa un sayo, qué me importa que me crean, no es asunto de nadie…

No, no lo es, incumbe únicamente a la voz de mi conciencia, pero con todo y con eso voy a aportar un argumento, uno solo, y a quien no le bastara, que arree en buena hora y permita al buey suelto, como yo lo soy, que se lama en paz.

Es un dato histórico, narrativo… Vámonos al invierno de 1958, a la cárcel de Carabanchel, a la celda cuarenta y nueve de su novena galería, me parece. Tengo veintiún años, quién los pillara, pertenezco al Partido Comunista, soy, incluso, dentro de él y en lo que a la universidad respecta, uno de sus cabecillas y se me acusa —lo hace el Tribunal de Represión de la Masonería y Comunismo capitaneado por el coronel Eymar, de infaustísima memoria que muchos guardan— de haber violado el

artículo doscientos ochenta y ocho del Código de Justicia Militar, cuya letra, asombrosa, disparatada, delirante en lo que a mí y a mis compañeros se refiere, alumnos civiles todos (menos Javier Pradera, que era Jurídico del Aire) de distintas universidades, alude e implica a «*quienes se sublevaren en armas a las órdenes de una potencia extranjera*». Pasmoso, ¿no? E igualmente pasmosa resulta la pena prevista para los reos de tan grave delito: de doce años, en su grado mínimo, y a muerte, en el máximo. Así estaban las cosas.

Comparten conmigo la celda, a la que por su desaliño y desorden llaman, amistosamente, los demás presos *cerda* cuarenta y nueve, el hoy eximio filósofo, y siempre buen amigo, Javier Muguerza y otros dos camaradas, de inmejorable recuerdo para mí, y para todos, que ya, por desgracia, han fallecido: el filólogo Manuel Moya y el también filósofo, a su manera, Alberto Saoner. ¡Ah de los de entonces! Conmigo vais siempre, mi corazón os lleva.

Otras quince o veinte personas, correligionarias y amigas todas, ocupan las celdas contiguas y sucesivas. Estamos entre barrotes, pero es aquello una fiesta de la libertad.

Son muchas, muchísimas, las cosas que nos unen (aunque también haya alguna, cómo no, que nos desune), y sirve entre nosotros de amalgama, de mortero, de factor unitivo y volitivo, por encima y por debajo de todas ellas, y de las demás, la *mística revolucionaria*.

Subrayado quede.

Vale decir: nos mancomuna, sostiene, consuela y levanta la convicción de que somos buenos comunistas, dignos vástagos de Marx y de Lenin, guardias rojos de Stalin, frente de juventudes maoístas, integérrimos, monolíticos, inasequibles al desfallecimiento, implacables en la autocrítica, inmunes a la contaminación de la pureza ideológica y dispuestos a dar, incluso, la vida, o a ofrecer la de nuestros familiares y amigos, si a tanto fuese preciso llegar, por el triunfo de la revolución.

Monstruoso, lo sé, pero así era.

Un día —una tarde—, a saber cómo, el trantrán y calma chicha del *far niente* prisionero se ve turbado por la misteriosa aparición, oh delicia, de un número atrasado de la revista *Paris Match*. Posiblemente, no sé, lo ha traído un ángel, porque la prensa —sea cual sea su extracción y su adscripción, incluyendo la de Franco— está rigurosamente prohibida en el recinto de la cárcel.

Es, para nosotros, una fiesta, un luminoso objeto del deseo, y como tal la celebramos. Pasa el ejemplar de la revista por estricto turno, de celda en celda, de mirada en mirada, de mano en mano. Se lee, se relee, vuelve a leerse y a releerse, se soba, se subraya, se repasa, se comenta… Y lo que más nos atrae y nos excita, entre todo lo que contienen sus páginas, es un *test*, concienzuda y cartesianamente elaborado por la pluscuamperfecta racionalidad del espíritu francés, en el que las preguntas o, mejor dicho, las respuestas, debidamente contabilizadas e interpretadas, sirven para definir la ideología política del consultante y para situar la posición que

éste ocuparía en un abanico de metafóricos escaños que van desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda.

Pan para nuestros dientes.

Nos abalanzamos todos, de uno en uno, sobre tan sabrosa pitanza y lo hacemos unánimemente convencidos de que el oráculo, al pronunciarse, dictará sentencia colectiva de tajante izquierdismo y nos ubicará a todos, de uno en uno, pero sin excepción alguna, en el legítimo asiento que por el peso y la firmeza de nuestras convicciones nos corresponde.

Lo dicho: mística revolucionaria.

Y así es, en efecto… Todos, de uno en uno, quien un poquito más a la izquierda, quien un poquito menos, ven ocupado el lugar ideológico que desean, que en su opinión merecen y por el que, en definitiva, han dado con sus jóvenes y tiernos huesos en la cárcel.

Todos, sí, pero lo he escrito en tercera persona, porque hay, ya en primera, una sola excepción: la mía.

¡Menuda sorpresa, agravada por el hecho de llevar yo, tanto entre mis compañeros como en la universidad y a ojos de la policía, dudosa fama de belicoso radicalismo!

He rellenado meticulosamente, rascándome la coronilla, frunciendo el entrecejo, sacando entre los dientes la punta de la lengua, reflexionando a fondo y sin prisa, barajando distintas hipótesis, sopesando los pros y los contras de las posibles respuestas, contando hasta diez antes de decidirme, casilla tras casilla, todos y cada uno de los recuadros existentes en las cinco o seis planas que ocupa el minucioso cuestionario. Termino ya. Está la suerte echada. Entrego la revista al conmilitón que, en aras de su rigor científico y de su prudente ecuanimidad, por todos reconocida, ejerce de contable. Es Alberto Saoner, el buen Alberto, alto, rubio, estudiante ejemplar, Príncipe —en su día, no muy lejano— de no sé qué congregación interna del colegio de jesuitas en el que cursó el bachillerato, quien desempeña esa función, ¡y por la fe de la que carezco que se la toma a pecho! Anota el fiel amigo, suma, resta, multiplica, tacha, corrige… Silencio expectante. Los camaradas, sumergidos en él, fuman —no todos— y nos miran, pero yo me siento blanco exclusivo de su atención.

Eso, lejos de preocuparme, me gusta. ¡Qué diantre! Soy un líder, y mi prestigio, que un par de meses después se tambaleará, es aún considerable, indiscutible, a prueba de bombas. Pero mi corazón, pese a ello, se dispara, quizá premonitoriamente, en su galope. Disimulo y sonrío tímidamente, con embarazo no exento de falsa seguridad, porque —a saber la razón— algo me reconcome, no las tengo todas conmigo. Y eso, razón, es precisamente lo que, como en seguida se verá, no le falta a mi desasosiego.

Tictac, tictac… Llega, al cabo, el veredicto.

—Fernando —dice Alberto—, aquí resulta que eres de derechas.

Me quedo atónito.

—¿De derechas? —balbuceo—. ¿Estás seguro?

—Pues sí, de derechas. Lo siento, pero es lo que sale de tus contestaciones. No hay error posible. He repasado la suma dos veces.

Me aferro a la última esperanza…

—¿Ni siquiera socialista? —pregunto con un hilo de voz.

La del náufrago que pugna por alcanzar un último asidero antes de que el barco se vaya definitivamente a pique.

—Ni siquiera —remacha Alberto—. Está clarísimo: eres de ideología liberal.

Y hace, amigo hasta el fin, un gesto de comprensión que también lo es de resignación.

Lo de *liberal*, entre los comunistas, es sinónimo de burgués, de vendido, de monigote reaccionario.

Yo sonrío forzadamente, tratando de capear al papelón, y me siento acusado, aunque no, todavía, tiempo habrá (y, en efecto, lo hubo), acosado. Tengo crédito, sé que los miembros de aquel jurado popular, de aquel índice, de aquella Rota, me aprecian, sé que me perdonan, sé que lo olvidarán, sé que están pensando para sus adentros, con la indulgencia que siempre me aplican, la frase ritual que desde niño me persigue: «*cosas de Fernando*».

Y, de hecho, no sucede, por el momento, nada. Deriva y se desvía el conciliábulo hacia asuntos más triviales, de menor cuantía y de diferente índole. No sucede nada, digo, pero más adelante, allí mismo, en la novena galería, sí que sucederá. Estallará entonces mi liberalismo, porque soy, efectivamente, lo era ya entonces, lo he sido siempre, en ello ando, un liberal, despertarán de su letargo los demonios, y…

No es ese lance ni esa caza de brujas ni ese grito de libertad cosa que deba ser contada en este libro[88].

Termina y se zanja el episodio. La vida sigue. Y también, en mi relato, la muerte.

La última carta, entre las que poseo, escrita por mi padre antes de su detención —a partir de ella, lógicamente, ya nadie recibió ninguna, excepto yo (de lo que ya hablare, y mucho)—, se envió, el día 11 de septiembre, y aún en papel timbrado del Hotel Majestic de Sevilla, a Rogelio Pérez, de Lisboa, al que ya se había dirigido el remitente con anterioridad[89]. En ella, con el pie en el estribo, pero ajeno aún a lo que le esperaba, decía:

«Mi querido amigo: recibí el giro de mil escudos que telegráficamente me remitió. No sabe usted lo que se lo agradezco y la utilidad que ha tenido. Pero, además, créame que me produjo su recepción verdadera emoción, pues me demostró que yo estaba en lo cierto al considerar a Ud. como uno de los mejores amigos a los que podía recurrir con seguridad de éxito en los momentos difíciles. Afortunadamente voy resolviendo el problema que se me había planteado. Calcule

Ud. que en la búsqueda que venía realizando de mi madre, hermanos y sobrinos, que yo sabía estaban internados por algún pueblecito de la sierra, me encontré con que el número de chiquillos y mujeres se había elevado alarmantemente. Todos los inquilinos del chalet en el que veraneaban habían ido a parar a Vegas de Matute, un pueblecito perdido en la serranía. Allí, cinco familias, en número de dieciocho personas, nueve de ellos niños, el mayor de siete años, y los restantes, mujeres, dormían en una sola habitación y comían lo que podían, pues carecían de todo género de remedios económicos. Naturalmente, no dudé en hacerme cargo de todos, de los míos y de los del vecino, y en una camioneta militar que amablemente me prestó el comandante de la Plaza me los traje a Valladolid, donde ahora, gracias a Dios, ya los tengo instalados e incluso vestidos, pues he logrado crédito en una zapatería y en una tienda de telas, ya que no tenían más que lo puesto. Le ruego, amigo Rogelio, que no deje de escribirme, pues recibir sus noticias me servirá para levantar mi espíritu. Mi pobre mujer, separada a la fuerza de mí, estará en estos momentos trayendo al mundo a mi primogénito. Como verá, las novelas de Luis del Val[90] son un sainete comparadas con la peripecia de la que actualmente soy protagonista. Insisto en mi agradecimiento por su generosa ayuda económica que, unida a otras que he recibido, me han ayudado a enfrentarme con éxito a la situación mía y de los dieciocho que me siguen.»

Mi padre, pues, se movía —y también nosotros, con la ayuda del impulso de esta carta, seguimos avanzando, ya casi en derechura— hacia el último eslabón de la cadena de acontecimientos que empezó a forjarse el 17 de julio. El relato de los últimos días vividos por mi padre se acelera, como por otra parte es natural. No hay en ello estrategia narrativa ni búsqueda de efecto literario. La muerte funciona siempre como un remolino que todo lo absorbe, como una espiral de energía que succiona cuanto existe alrededor, como un sumidero que se traga vorazmente las manifestaciones, encarnaciones, simulaciones y apariencias del ser.

La carta remitida al *amigo Rogelio* —que se condujo, efectivamente, como tal, pues tengo también en mi poder otro documento, escrito y fechado poco después de la terminación de la guerra, que lo acredita— proporciona información de primera mano, en algunos puntos absolutamente novedosos, a raudales. Llama, por ejemplo, la atención, de modo muy especial, lo que mi padre dice a propósito de la camioneta militar utilizada para el rescate de sus deudos y *amablemente* facilitada por el comandante de la guarnición de Valladolid, ya que ello demuestra la sintonía existente entre el periodista Monreal, de la muy republicana agencia Febus, cuya casa madre seguía funcionando en Madrid, aunque de ella no tardaron en apoderarse —si no lo habían hecho ya[91]— los comunistas, y las cuasi todopoderosas autoridades castrenses de la plaza.

O lo que es igual: mi padre, en vísperas, literalmente, de su detención, que se produjo el día 12 del mes de autos, campaba al parecer por sus respetos en un lugar tan cercano a los cruciales focos de poder de Salamanca y Burgos, tan implicado en

la *nomenklatura* de la sublevación —baste citar, para demostrarlo, el nombre de Onésimo, estúpidamente asesinado en un lance de mala suerte al comienzo de las hostilidades. Murió *cara al sol* de Castilla, protagonizando así otra de las *muertes* relativamente *paralelas* a la de mi padre[92]— y tan identificado, al menos de dientes afuera, con los principios del Movimiento Nacional como lo era Valladolid y mantenía excelentes relaciones con los representantes de las fuerzas vivas de la ciudad.

Pero no sólo con las militares… También, verbigracia, con las de su propio mundo, el de la información, puesto que le servía de precaria estafeta, como ya sabemos, el *Diario Regional*, un periódico sito en la principalísima calle de Santiago, debajo de cuya cabecera se leía la cuádruple consigna, altamente significativa, de *Religión-Patria-Orden-Trabajo*, y en cuya portada, la del número correspondiente al 19 de julio impreso en caracteres de a puño, se leía: *«YA NO ES DELITO GRITAR ¡VIVA ESPAÑA!»*[93]

También con el otro diario existente en la ciudad —*El Norte de Castilla*, que sigue siendo hoy, como ya lo era entonces, el más importante de la región— debía de andar mi padre en buenos términos, pues tengo ahora cerquita de mí y de mi corazón, al alcance de los ojos y a la vera de mi Olympia, la última foto que de él existe, sacada el 29 de agosto, dedicada a la salida de misa y de los funerales celebrados en la ciudad por el alma del futbolista Ricardo Zamora[94] y publicada un día después, en su tercera página, por el periódico en cuestión.

En ella despunta y a ella se asoma, como si de una especie de brindis a la posteridad se tratara, el busto de mi padre, serio, reflexivo, muy repeinado y encorbatado, en segundo término y por entre los rostros y los cuerpos de un nutrido grupo de personas. Grande fue mi emoción, tanto como la de Schliemann —lo pensé, de hecho— en el instante de descubrir Troya, al encontrar y contemplar en esta postrer fotografía (aunque fue, en realidad, mi mujer, Naoko, quien dio con ella y me la pasó) en la organizadísima hemeroteca de la Casa de Cultura Revilla, del Ayuntamiento de Valladolid, donde todo el mundo nos trató con extraordinaria amabilidad y se desvivió, no sólo el día de nuestra visita, sino también, por correo, después de ella, en todo lo concerniente a facilitar la operación de rastreo que estaba llevando a cabo. Envío desde aquí —a Pilar, su directora, a Benedicto de las Heras Ortega y al resto de la compaña— mi conmovida gratitud.

Comentario inevitable: ¿Y por qué, me pregunto, no iba a tener buenas relaciones Fernando Monreal con todo bicho viviente, y no sólo en Valladolid, sino en cualquier otro lugar de la España franquista, si se considera, por una parte, su proverbial don de gentes y, por otra, su tantas veces por mí mencionada afiliación maurista?

Republicano, ciertamente, era el jefe de filas del partido en el que desganadamente, sospecho, militaba mi progenitor, pero tan de orden, tan inclín a la doctrina conservadora y tan de derechas, en definitiva, que de seguro, en su fuero interno, y acaso también —lo ignoro— en el externo, no hacía muchos ascos a la

intentona rebelde ni, en el fondo, deseaba su aplastamiento. Se exilió el bueno de don Miguel en cuanto las circunstancias lo hicieron posible, se mantuvo escrupulosamente neutral —como lo haría Ortega, la mejor cabeza del país— y en 1953 regresó, sin tener problemas y sin crearlos, a la España surgida el 1 de abril y férreamente sometida al arbitrio de Franco. No es, por ello, razonable pensar que el maurismo pudiese ser, ni siquiera en los primeros días de la guerra, motivo de alarma y persecución para nadie que lo profesara.

Suya, de Maura, fue, por ejemplo, la significativa frase que, por amor a la anécdota, a menudo antesala de la categoría, me animo a transcribir: «*Sólo volveré a España* —dijo— *cuando la gente se salude con el sombrero, no con el brazo en alto o con el puño cerrado.*»[95]

Ni azul ni rojo, como ni rojo ni azul era mi padre… Pillados, pues, los dos entre dos fuegos, uno por cada una de las dos Españas. Pero don Miguel había sido ministro, de Gobernación, para más señas, y seguía siendo un líder político de considerable peso para los unos y para los otros. Fernandito Monreal, en cambio, era sólo un periodista, un hombre de a pie, y aunque ignoro si entonces se empleaba ya la expresión, un simple militante de base. En las guerras, por muy civiles que sean, siempre hay categorías.

No sé cuándo murió Maura, porque el Larousse no lo dice y yo no soy capaz de meterme en internet sin contar con ayuda ajena (hoy no la tengo, y mañana qué más dará. La fecha que desconozco carece de importancia), pero sí sé que cuando yo ya era más que mayorcito, en 1962, y a los veintiséis o, quizá, veinticinco de edad, publicó don Miguel un libro[96], luego vivía. ¿Por qué —constante lamentación de mi pluma— no fui a verle y a tirarle de la lengua? Seguro que me hubiese contado cosas acerca de mi padre que ahora tan perdidas están como la Atlántida.

La eterna canción: frivolidad, frescura y negligencia de la juventud, siempre distraída, y pesadumbre, debida a ella, en la ancianidad. Caterina me llamaba aún, en junio de 1977, con cuarenta años en mis huesos, viéndome cruzar los pies y alzar los brazos para bailar una copla sanjuanera, acompañado por Ayanta, nuestra hija, y por el mocerío, en el clímax del clamor de las fiestas de Soria, *eterno ragazzino*. Y sí, lo era, seducido en mi infancia por Peter Pan (y por Mowgli, pero sólo hasta el momento en que dejó la selva. ¿De verdad, amigo Kipling, *siempre el hombre vuelve al hombre*? ¡Qué tristeza! Yo nací lobo, y lobo moriré, porque es mi tótem. Me lo dijo un chamán) y constantemente enamorado, y desenamorado constantemente, de Wendy. También con Caterina fue así. Las muchachas, al doblar los treinta, se convierten en señoras, y es difícil, al menos en mi caso, amar a éstas. ¿Le habría sucedido eso a mi padre con mi madre? Seguro que sí, y al revés lo mismo, porque las mujeres, cuando dan a luz, derraman toda su sentimentalidad sobre los hijos, desvían hacia ellos, transformada, disfrazada, y a veces ni siquiera eso, su sexualidad y dejan, en todo caso, de amar y desear a sus maridos.

Volvamos un instante, sólo un instante, porque duele, a la misa de réquiem

celebrada *in memoriam* del portero de fútbol Ricardo Zamora, y digamos, con certeza, pues recojo la noticia en el *Diario Regional* del 30 de agosto, que fue Rienzi —*Rienzi*, insisto, y lo subrayo… El amigo íntimo de mi padre, al que éste había llevado a *La Voz* y con el que había viajado, codo a codo, fraternalmente, por Europa, como lo revelan algunas cartas que he heredado de mi madre— quien tomó la iniciativa, inútil, como ya se ha dicho, de organizar los funerales de un hombre que no estaba muerto.

El *Diario Regional*, por cierto, no publicó foto alguna ni al dar la noticia mencionó a mi padre, pero sí dijo que «*asistieron al acto los periodistas madrileños que se encuentran en la ciudad*».

¡Rienzi! ¿Lo recuerdan? ¿Recuerdan que estaba con mi tío Modesto y sus respectivas familias, el 17 de julio, en San Rafael, y que dos o tres días más tarde, en vez de regresar a Madrid, como lo había hecho en la madrugada del 18 su colega y compañero en el sobresalto (y como también lo hizo, separándose de él, porque habían salido juntos, con un par y por su cuenta, el marido de Blanca Ligero), tomó la sorprendente —pero sabia— decisión de tirar a pie y cuesta abajo, desde el Alto del León, que muy pronto sería *de los Leones*, hacia Valladolid o hacia donde fuera, pero, en todo caso, hacia lo que ya se barruntaba como zona nacional?

¿Qué fue, a partir de ese instante, de él? ¿Cómo y cuándo llegó a la ciudad del Pisuerga? ¿Se detuvo, por ejemplo, en Segovia, etapa casi natural de su viaje, o la soslayó? ¿Por qué mi padre no lo menciona —tampoco, ya lo dije, a Carreño— en ninguna de sus cartas? ¿Por qué, laboralmente vinculado, como lo estaba, a la empresa editora de *El Sol* y *La Voz*, matriz, además, de la agencia Febus, no corrió la misma suerte en la pedrea de la lotería del conflicto que se abatió sobre mi padre? ¿Por qué éste fue detenido en compañía de Carreño —otro periodista del conglomerado Urgoiti— y él no? ¿No pudo o no quiso, desde la cómoda y sólida postura en la que al parecer se encontraba, ayudar económicamente a los detenidos antes del arresto o echarles una mano después de él? ¿Dónde andaba su familia, a la que también había dejado, como lo hicieron sus amigos Pepe Gutiérrez de León y Modesto Sánchez Monreal, en la aldea donde veraneaban? ¿Se había unido a él o seguía, como las otras, refugiada a la mala de Dios en Vegas de Matute o en cualquier otro rincón precario y mugriento de la sierra? Lo segundo no parece verosímil, con el *pater familiae* sano y salvo en Valladolid desde el comienzo de la guerra, y todos, por lo tanto, al alcance de su capote y de su quite en el ruedo de la zona nacional. Nadie, de hecho, alude a la parentela de Rienzi en ninguno de los testimonios existentes sobre las vicisitudes, pormenores y nombres propios de la expedición de salvamento organizada por mi padre. No la cita éste en sus cartas, ni sale a relucir en los documentos que azarosamente han llegado a mi poder, ni tampoco me han dicho nada hasta ahora, motu propio, mis dos primos mayores —y únicos que guardan algún borroso recuerdo de tan lejanos días— en las conversaciones que sobre la aventura de Vegas de Matute hemos mantenido. Y, si, como todo lleva a suponer, había ya

rescatado Rienzi a su familia cuando Carreño y mi padre aparecieron en Valladolid, ¿deberíamos llegar, por ello, a la conclusión, no muy halagüeña para el periodista, de que tuvo éste, a diferencia de lo que en similar circunstancia hizo mi padre, el estómago, la sordera, la imperturbabilidad, la desfachatez y la piel de hiperpótamo necesarias para dejar abandonados a su suerte, sin dinero, sin ropa, sin comida, en la más inhóspita estacada y absoluta desesperación, a las mujeres y los niños de las familias de quienes hasta muy pocos días antes habían sido *compañeros del alma, compañeros*, en la amistad, en el trabajo y en los viajes que de ambas cosas se derivaban? Miedo da pensarlo y, en lo que me toca, apartaré la idea, de igual modo que tampoco quiero dar pábulo a la posibilidad, por mi tío y mi madre sopesada —ya lo dije— durante mucho tiempo, de que por activa o por pasiva quepa atribuir alguna responsabilidad, complicidad o culpabilidad, grave, mediana o leve, a Rienzi en lo relativo al crimen que acabó con las vidas de Carreño y de mi padre. Ni siquiera, por vía de indicio racional y legítima sospecha emocional, permite formular tan horrible cábala la evidencia de que Rienzi medró a la sombra del poder, prosperó en la España de Franco y llegó a ser firma de lujo —merecidamente, no lo niego—, en el diario deportivo *Marca*, donde yo, ya lo dije, de niño, y sin saber hasta mucho más tarde nada acerca de la relación que en los años felices, pero no en los días difíciles, había mantenido con mi padre, leía sus chisporroteantes *Fogonazos*.

Ciérrese, con silencio y carpetazo administrativos, tan desagradable expediente. Si hubo culpa, la perdono, y si no, soy yo quien reclama perdón (y a él, si lo conceden, me acojo) por haber dejado en el aire preguntitas al buen Dios de esas que, como versificó y cantó el argentino Atahualpa Yupanqui, tan caro a mi juventud antifranquista y *progre*, no esperan ni tienen respuesta.

Sí, en cambio, la tiene —la di hace poco, y no es lisonjera para mí— la tantas veces formulada pregunta, no exenta de remordimiento, de por qué dejé pasar la ocasión de hablar con Rienzi, y con la mujer de Carreño, y con Pepe Gutiérrez, y con Blanca Ligero, y con Miguel Maura, y con Manuel Aznar, y con tantos otros… ¡Habría sido tan fácil! ¿Por qué mi madre, distraída también, o mi tío —que era, además, mi tutor— no me obligaron a hacerlo?

¡Ah, la condición humana!

Hice más arriba referencia a un documento relativo a la amistad y generosidad con que justamente en esos días, los *difíciles*, dije, trató —desde Lisboa— don Rogelio Pérez a su amigo Fernando Monreal. Se trata, cómo no, de otra carta que también poseo, dirigida en esta ocasión no a mi padre, sino a mi madre, y fechada en la capital portuguesa, y en octubre de 1939, sin precisar el día, pero ya holgadamente rebasada la terminación de la guerra. Reproduzco a palo seco su contenido, que habla, como verán, por sí solo. Son dos carillas que el remitente escribe a mano y dirige a la *Señora Viuda de Monreal* El encabezamiento impresiona, por ser la

primera vez que se aplica a mi madre tan sombría fórmula de respeto, pero lo que la carta dice no le va a la zaga…

«Estimada y desolada amiga: mi mujer y yo pensábamos buscarla en nuestro primer viaje a Madrid, y no le escribimos por no tener sus señas y no querer escribir a la Agencia. Ya se figurará usted lo que sufrimos al conocer la gran desgracia de la que aún hoy ignoramos los detalles. Incluyo copia de las dos cartas que entonces me escribió mi querido amigo y su llorado marido. Hice lo que él me pedía, y seguí escribiendo, pero no he vuelto a tener contestación. Luego, por un fotógrafo de *Ahora* que pasó por Lisboa, me enteré de la horrible desgracia, de la que no he conseguido, como ya le he dicho, conocer detalles. Que usted y su hijito tengan salud, y usted resignación, es lo que deseamos hasta que la veamos en Madrid, si Dios quiere.

»Firmado: Soledad y Rogelio.»

¡Atiza! ¡Vuelco —repentino, imprevisible— en mi investigación, que nada quita ni pone al grueso de la historia que estoy contando, pero que me hace trastabillar y pone en tela de juicio la solidez, solvencia y futuro de mi oficio de detective!

¿Incluye don Rogelio *copia*, en la que envía a mi madre, *de las dos cartas* que *entonces* le escribió su amigo?

¡Por Belcebú! Corro a establecer cotejos de caligrafía entre esos dos facsímiles y algunas de las piezas del epistolario que mis progenitores, enamoradísimos y cariñosísimos hasta el empalagamiento, aunque de morros, como es natural algunas veces, se cruzaron durante el noviazgo y después de la boda, y descubro —¡si seré animal!— que los originales no casan con las copias y que, por ello, todas mis elucubraciones acerca del hospedaje sevillano de mi padre y de Carreño son tan gratuitas como inútilmente rebuscadas. Fue el amigo de Lisboa, y no Fernando Monreal, quien utilizó el papel con membrete del Hotel Majestic. No, si ya me parecía a mí…

Y queda, también, aclarado de ese modo el misterio de cómo pudieron llegar a manos de mi madre, y desde ellas a las mías, las copias en cuestión, supuestamente realizadas por la misma pluma que había escrito el original y por el mismo hombre que *mecanografió*, sin garrapatearlas nunca, todas y cada una de las restantes cartas por él remitidas desde Valladolid.

Pero no hay mal que por bien, y para peor, simultáneamente, no venga. Me reconforta, por una parte, saber que ya no será necesario bucear en los archivos policiales ni zascandilear por el callejero de Sevilla en busca del dichoso Hotel Majestic que el ectoplasma de Queipo de Llano confunda, pero también, por otra, lo lamento. Las pesquisas me divierten, como divierte a cualquier niño la caza de un tesoro, y cualquier excusa es buena, además, para perderse un rato en el risueño laberinto de una de las ciudades más hermosas de la tierra.

Por cierto: ¿Devolvió mi madre los mil escudos a don Rogelio Pérez y saldó las restantes deudas contraídas por mi padre en Valladolid para hacer frente, en vano, a la adversidad?

De no ser así, mi peculio está dispuesto y mi bolsa abierta. Sépanlo los herederos de los acreedores. Critón pagó, se supone, a Asclepio el gallo que Sócrates le debía.

Ya es hora de que subamos a la camioneta —su motor carraspea, tabletea y ruge— que el comandante de la plaza prestó a Fernando Monreal para que rescatase y transportase a sus deudos desde Vegas de Matute hasta Valladolid. En ella, junto a mi padre, y además, posiblemente, de un soldadito chófer, iba Carreño. Lo sé por mis primos, y creo recordar que también por algún que otro testimonio escrito —uno, por lo menos— que el barullo de los mil papeles esparcidos por mi mesa se ha tragado. Ya aparecerá… Pero, con él o sin él, ¡qué alivio! El *apreciado Luisito* y mi padre, en contra de lo que páginas atrás, en un mal momento, di por posible, no estaban mosqueados.

O no lo estaban, al menos, aunque cabe, cómo no, la posibilidad de que posteriormente y al hilo del duro trance de su arresto, traslado a Burgos, interrogatorio, encarcelamiento y ejecución llegaran a estarlo, el día 7 de septiembre, que es cuando se llevó a cabo la expedición salvífica.

Debió de comenzar ésta, que a pesar de las dificultades de rigor —malas carreteras, curvas pronunciadas, cambios de rasante, desniveles, ascensos y descensos, patrullas de control, vehículo, supongo, deficiente— transcurrió deprisa y sin tropiezos, a primera hora de la tarde, a juzgar por lo que mi padre, adelantándose a los acontecimientos, anuncia en la más tempranera de las dos cartas que envió ese día, porque en la segunda —escrita, forzosamente, cuando ya tan intensa jornada se acercaba a su fin y estaba a punto de sonar la hora del reposo del guerrero— utiliza el presente de indicativo para hablar del embolado y tumulto de famélicas mujeres y niños que se le había venido encima.

¿Empleé yo antes, hace ya mucho, a saber cuándo y dónde, refiriéndome a tan escuálida y baqueteada tropa, no menos metafísica a la sazón de lo que en sus peores días lo estuviese Rocinante, el palabro *cáfila*? ¡Pues por mi genealogía, genoma y sangre que me quedé corto!

Imagine el lector, si le viene en gana, o hágalo a solas yo, si no es así, el cuadro con el que debieron de toparse los dos rescatadores, y su chófer, suponiendo que lo tuviesen (¿Sabía acaso conducir mi padre? ¿Estaba Carreño en posesión de tamaña habilidad, anómala en aquellos años?) al llegar en la hora sexta, con la comida en la boca (quizá habían cedido a la tentación, aunque no estuviera el horno para tan rotundos bollos, de enjaretarse por el camino un lechazo a la moda de Segovia o un tostón a la de Arévalo), aún en la canícula, que según el tumbaburros empieza en

julio y se prolonga hasta los primeros días de septiembre, y bajo el duro e inmisericorde sol —*polvo, sudor y hierro*— de la *terrible estepa castellana*, mitigado luego, ya en la subida hacia León, por el airecillo de la sierra, hasta la casa del barbero de Vegas de Matute, donde no sé si por caridad, a cambio de algún provecho o en devolución de algo habían sido acogidos —sólo un cielorraso, un pavimento de baldosas, un paisaje pinariego y algún que otro mendrugo y sopicaldo de dómine Cabra— la madre de mi padre, su hermana Alicia, su cuñada Concha, sus sobrinos Tito, Manino y Cuca, la señora —Enriqueta se llamaba— e hijos (ignoro cuántos. Seguro que había un montón, porque de no ser así no sale la cuenta) de Luis Díez Carreño, la señora —Blanca Ligero, vástago a su vez del celebérrimo actor del mismo nombre— e hijos (¿otro montón? Sea. Hay que alcanzar la cifra de dieciocho) de Pepe Gutiérrez de Miguel, dos criadas (Aurora y Justa) y sabe Dios si también, al quiebro, al recorte, de refilón, de rondón, dejándose caer y arrimándose al bullicio como quien no quiere la cosa por si llovían chuletas o duros a cuatro pesetas, algún espontáneo, gorrón y pícaro de esos que nunca, en este rabo de Europa, faltan.

Y vale ya así, que tampoco es necesario pasar, de uno en uno y por sus respectivos nombres, minuciosa lista, como si estuviéramos en el colegio. Niños, sea como fuere, había más que de sobra para que pusieran uno.

Telefoneo ahora —escrupuloso que soy— a mi primo Gerardo, y me dice que en el recuento de la prole consanguínea tocaban a Carreño y Gutiérrez dos hijos por barba. Con ellos, burla burlando, llego a catorce. Contadlos —yo pensé que no hallara consonante— y casi está hecho. Recordarán que mi padre daba la cifra de dieciséis en una ocasión y de dieciocho en otra.

¿Cómo y por qué había ido a parar tan famélica legión de cuitados a la casa del barbero? ¿En qué clase de laberintos, follones y dibujos se habían metido y a qué suerte de minotauros se habían enfrentado con miras no tanto a vivir cuanto meramente a sobrevivir después de que en las setenta y dos horas siguientes, más o menos, a la mañana del 18 de julio se hubieran esfumado por el horizonte de la guerra los tres maridos —Modesto, Luis y Pepe— que capitaneaban, cada uno en la suya y el diablo en las de todos, las tres familias brutalmente descabezadas?

Sólo mi primo Gerardo (alias *Manino*, Así me he referido a él en otros pasajes de este libro), que tenía entonces cinco años y algo más de cinco meses, puede dar razón, escasa, parcial, difusa y confusa, de lo sucedido… Recuerdos, en definitiva, no de lo que directamente vio, oyó y vivió, sino de lo que otros —sus padres, su tía, quizá su hermano mayor, que había nacido un par de años antes— le contaron.

Es, en todo caso, el único testigo de mi familia que sigue, lúcido, en pie. Los demás han muerto —la abuela, Concha, Alicia— o están, por diferentes motivos, fuera de combate… Mi primo Modesto —*Tito*—, ya lo dije, por el Alzheimer, y mi prima Cuca, que sigue a sus setenta años como una rosa de abril, rozagante, destellante, desbordante, pizpireta, reventona, respondona, porque era aún criatura de cortísima edad —veintiún meses— cuando Eolo desató los vientos, Pandora abrió su

caja y Némesis irradió su ira.

De modo que es Gerardo —no sólo inteligente, sino, además, listo… Dos virtudes distintas y a veces, incluso, opuestas, que todos los Sánchez tienen. Perdonen que, implícitamente, me las atribuya— quien me ha ido contando, a tirones, lo poco que ahora cuento y que, a decir verdad, no importa mucho en lo que a este libro se refiere. Mi padre, que es su principal protagonista, no lo vivió, o mejor dicho, no empezó a vivirlo ni supo nada de la peripecia hasta que le puso, aparentemente, sólo aparentemente, momentáneo fin prendido con alfileres al aparecer de improviso —¡menudo sorpresón debieron de llevarse!— en la casa del barbero, corte de los milagros, callejón sin salida y campo de Agramante de Vegas de Matute.

Habían llegado, dice Manino, las tres familias prófugas hasta ese puebluco, cercanísimo a San Rafael, de donde se habían largado a escape huyendo de la quema (no sé —olvidé preguntárselo— si por decisión propia o de la autoridad competente), desde El Espinar, segunda etapa de su periplo y fúnebre escenario en el que mis dos primos mayores vieron *afusilar* (como decía la chusma) contra el clásico paredón lleno de desconchones y balas perdidas a un grupo de milicianos, entre los que también iba, para que no faltase de nada —ni las mujeres ni los niños— en aquel naufragio de marineros de agua cenagosa y amarga, una chica morena, dice Manino, y posiblemente, añado yo en homenaje a Miguel Hernández (otro muerto *paralelo), resuelta en lunas* de tan expeditivo modo…

Seguro que cosas así, presenciadas a tan tierna, grácil y dúctil edad, marcan de por vida.

Y marcado quedó también, así, de por vida, mi primo Tito, como lo demuestra el hecho de que lo recuerde (y me lo haya contado) incluso ahora, cuando lleva ya muchos años sumergido en el pozo turbio y sin rastros ni rostros del Alzheimer, por el asombroso, casi inconcebible espectáculo que cierto día le brindó una vaca al saltar, hecha trizas y tripas, por los aires de resultas y a impulso de una bomba.

Me lo contó —acabo de insinuarlo— el espectador y protagonista pasivo de aquella escena de Magritte, de aquel desastre goyesco, que fue siempre y no ha dejado de ser lo que se dice un alma de Dios, bondad, simpatía y alegría en sonrisas encarnada, cuando hace unos meses lo visité, y lo hizo por decisión propia, sin que yo lo interrogase, espontáneamente, mientras sus ojos chispeaban, danzaba el duende de la travesura en ellos y su expresión se colmaba de delicia, de malicia infantil y de contento.

Tito es ahora como un niño, y los niños, por suerte para ellos y para los adultos, viven la guerra como si fuera un juego. Sabiduría de lo biológico y, alrededor de ella, del caos, del orden, de los fractales, de la geometría, de la energía, del *bigbang;* del cosmos. El alma, como el cuerpo, que no es sólo su sepulcro (*soma sema* decían los sabios de la Hélade), sino algo más, que los científicos no quieren ver ni reconocer, también dispone de sistema inmune.

Fue el lechero de San Rafael, un tal Licinio, quien los llevó a todos, y a sus

enseres, en su carro de repartidor de productos lácteos a domicilio hasta El Espinar, donde se demoraron unos días y desde donde se mudaron a la ya mencionada casa del barbero de Vegas de Matute, lo que no deja de tener su chusca y maldita gracia si consideramos que no había en todo el grupo, hecho de mujeres y niños, ni tan siquiera una persona a la que pudiese afeitar.

¿Algo que añadir? Poco… Sospecha Gerardo, por haber oído alguna vez y en algún sitio campanas al respecto, que en la prensa de Segovia apareció por aquellos días la noticia de que la hija del actor Miguel Ligero andaba como una bandolera trotaconventos dando tumbos por entre los villorrios y los veraneantes (¡qué humor esto último!) de la serranía sin un duro en el bolsillo o más bien, para seguir con los chistes y retruécanos, sin lo que su nombre de pila —Blanca, ya saben— metafóricamente y sin mayúscula significa.

Yo, la verdad, no puedo verificarlo ni creo que mi primo, a ciencia cierta, con las manos en el fuego, se atreva a hacerlo, puesto que habla de oídas y sabe que la memoria engaña, pero si fue como él lo dice, que sea. Lo dejo correr. No es relevante.

Cree asimismo Gerardo que Blanca Ligero se desplazó en valerosa y desesperada avanzadilla a Segovia antes de que mi padre hiciese acto de presencia en Vegas de Matute y evacuó en dicha plaza, visitando las oficinas locales de la Sociedad General de Autores Españoles —de la que su padre era miembro destacado y en la que figuraba como receptor de pingües derechos— y la redacción provincial del vallisoletano *El Norte de Castilla*, gestiones mirantes a conseguir un pellizco, por minúsculo que fuera, de dinero en metálico. No lo consiguió, mayormente, aunque quizá recibiera, en especie o en moneda, algún socorro brindado por el Auxilio Social de los rebeldes con el que ir, pasito a pasito, tirando.

Ahora bien, si anduvo, efectivamente, por allí y pasó por la corresponsalía y sede comarcal del periódico citado, ¿cómo es posible que mi padre nada supiera de ello en días de tanto afán y azacaneo informativo, en los que cualquier rumor era noticia, cundía el ansia de salir del desconcierto reinante y todo el mundo escuchaba y propalaba con vehemencia el sonido de los tambores del chisme y las mentiras o verdades a medias de las emisiones de radio macuto?

No me cuadra, francamente, y menos aún si lo considero desde el punto de mira, con la óptica e intramuros de un mundillo tan corrillero, tan chafardero, tan plagado de correveidiles de toda laya, tan corporativo y, osemos decirlo, tan mafioso como lo es el de la prensa, en el que Fernandito Monreal se movía con la soltura, la finura, la perspicacia y el olfato de un tigre de Bengala en la maleza. Había nacido en él.

Es posible, sin embargo, que Martínez Zaporta, al que ya conocemos y del que ya sabemos que fue quien informó a mi padre, desde Logroño, sobre el paradero de su familia, se hubiera enterado de éste gracias a la aparición en uno o en más periódicos segovianos —ignoro cuántos había. Seguro que más que ahora— de noticias concernientes a la difícil situación económica y a la cercanísima ubicación geográfica de la hija de Miguel Ligero.

Caminos del Señor…

Pero sigamos nosotros, ya sin rodeos, por los de las gentes del común. Pateándolos llegó, como decía, mi padre a Vegas de Matute y, tras la lógica sorpresa, la inevitable emoción y las riadas de besos y abrazos que en semejantes ocasiones se prodigan, cargó a todos los refugiados, propios o ajenos que fuesen, en la camioneta militar —estaban ya hechos, los pobres, a promiscuidades y amontonamientos— y se los llevó a Valladolid, que debió de parecerles, después de lo vivido y lo sufrido, algo así como un trozo de paraíso desgajado del reino de los Cielos y transportado hasta la tierra por un ángel del buen Jesús… O por dos: Fernando Monreal y Luis Carreño.

Pero era mi padre, como siempre, el motor, organizador y hacedor de la iniciativa. Suya fue la gloria, *sic transit*, y de todos la alegría, que sin embargo, como dicen que sucede en la casa del pobre, no duró mucho.

¿Mucho? Duró poquísimo… Menos, como máximo, de cinco días.

Ahora sí que los acontecimientos corren desalados, y nos llevan en un grito y en las andas del dolor, hacia la última escena del primer acto de este libro que no esconde su carácter, intención y estructura de tragedia.

Orestes, hijo de Agamenón y Clitemnestra, perseguido por las Furias y acompañado por Pilades, y siguiendo las instrucciones que le impartiese Apolo, llegó a Quersoneso, donde era sacerdotisa del templo artemisiano su hermana Ifigenia, y…

¿Por qué —lamento *habemus*. Es el coro— no estaba también mi madre veraneando en San Rafael?

Dada su situación de mujer encinta que en cosa de dos meses tendría que dar a luz, era el lugar indicado: fresco, saludable, pletórico de amigos y parientes, cercano a Madrid y, por ello, a su marido… Quizá se cruzó el deseo, explicable, razonable, de estar con él, de dormir a su lado, de recibir las dosis de cariño y de ternura a la que toda mujer embarazada, y enamorada, cree tener derecho.

Y lo tiene.

A Alicante, por lo demás, donde siempre transcurrían sus vacaciones según antigua y arraigada costumbre familiar, que el matrimonio no había modificado, ya no iba a ir. Eso es más que evidente, aunque ningún testimonio escrito lo certifique. Ni corrían tiempos propicios para tales alegrías, con un golpe de estado que ya todos barruntaban cerniéndose sobre el horizonte y ensombreciéndolo, ni era tampoco cosa de enviar en un tren *botijo* atiborrado de criadas y horteras de la Villa y Corte, sometiéndola al vaivén de su infame traqueteo y exponiéndola luego, ya alcanzada la meta, al calor y a la humedad del agosto levantino, a una mujer en tan avanzado estado de gestación. Yo iba a nacer el 2 de octubre, once semanas más tarde. O lo que es lo mismo: mi persona, a toda velocidad y con todo lo que el cuidado de un bebé entraña, se le venía encima.

Téngase, además, en cuenta que esa mujer —mi madre— había perdido ya, muy

pocas horas después de su nacimiento, a una hija —mi hermana— y que, por consiguiente, no estaba dispuesta (ni mi padre, es de suponer, tampoco) a correr inútiles riesgos, capaces de amenazar mi vida o, quizá, la suya, si no ambas. Los partos eran en aquella época como lanzar una moneda al aire.

Lo cierto, en cualquier caso, y esa certeza zanja todas las cábalas, es que a día 17 de julio seguía mi madre en Madrid, sin intención alguna de irse a Alicante, tal y como siempre —desde que la familia en bloque y con toda la impedimenta, alrededor de diez años antes, cometiese el grave error, del que mi madre ya nunca se repondría, de quemar las naves del *genius loci* perdiendo para siempre el paraíso y la *dolce vita* de la *millor terreta del món* al mudarse a Madrid— hacían, con periodicidad y regularidad de cigüeña, cuando llegaba el verano.

Supongo que tamaña e inusual renuncia obedecía a los dos factores que ya he mencionado: la avanzada gravidez de mi madre y los negros presagios que volaban en círculo sobre el futuro y la cada vez más patente y presente descomposición del país.

Vuelvo a la lamentela coral con la que abrí este capitulillo y hago por explicarla… Si mi madre, conociendo su bravura, su estatura ante la adversidad, su arrojo en la dificultad, su incapacidad para cruzarse de brazos en las situaciones de peligro, pues de todo ello daría cumplida cuenta en los meses y años que se avecinaban (y yo, en gran parte, lo viví, no hablo por hablar ni por sumarme al tópico, preceptivo, lacrimógeno, adocenado, atocinado, de rendir póstumo homenaje filial a la extraordinaria mujer fuerte de la Biblia que en circunstancias más que difíciles me trajo al mundo)… Si mi madre, decía, conociéndola, hubiese estado en San Rafael el 17 de julio y también, por ello, secuencia más que lógica, el 7 de septiembre en Vegas de Matute, y hubiese sido rescatada allí por mi padre, y se hubiese ido con él, en la camioneta, al Hotel Gredilla de Valladolid, o a la Fonda Cuevas, en la misma capital, o —siempre en ella— a la pensión que llevaba como nombre el topónimo de la villa y que estaba en el número veintisiete —¡cuánto siete y, de paso, cuánto matasiete!— de la calle de Ángel Zúñiga, lugares todos ellos de hospedaje y comida por los que Fernando Monreal, me consta, tengo papeles, fue distribuyendo como pudo, y a golpe, eso sí, de crédito, que otra cosa no tenía, a todos los parientes y amigos de parientes rescatados… Si mi madre, repito, tal como era, hubiese estado allí, con su marido, con mi padre, con su suegra, con sus cuñadas, con sus tres sobrinos, esperando aquel funesto día, el 11, a la hora del almuerzo en el hotel, o en la fonda, o en la pensión, al periodista Sánchez Monreal, y éste, nervioso, hubiese llamado por teléfono para anunciar que estaba, momentáneamente, detenido, pero que no se alarmasen, que en seguida lo soltarían, que era sólo un trámite sin mayor importancia, cuestión de pocas horas, y para pedir que no lo esperasen, que fueran comiendo y que lo hiciesen con buen apetito, sin desgana, sin preocupaciones carentes de fundamento, porque esa misma noche, si no antes, seguro, reaparecería él con su paso firme, con su aplomo, con su sonrisa habitual, y sería entonces el

momento de cenar juntos, y de contar lo sucedido, y de comentarlo entre ocurrencias y carcajadas, y… Si mi madre, insisto, hubiese estado allí, y como una fiera, con ojos llameantes, con el rostro arrebolado, con su boca de piñón fruncida, con la media, rubia y ensortijada melena de señorita parisiense de la *belle époque* convertida en banderín pirata, con sus picotazos, cacareos y arrestos de gallina clueca, con sus bufidos de arañazos de gata de lidia defendiendo la camada, hubiera salido de estampida, como un vendaval, del hotel, en ayunas, con lo puesto, y conmigo a cuestas, y hubiese llegado a la comisaría, o al cuartel, o la prisión, o doquiera estuviese mi padre detenido, y en las barbas de quien allí montase guardia o tuviese responsabilidades y mando, sin andarse con chiquitas, en jarras, destemplada, como una verdulera en el mercado, gritona, faltona, insultona, mal hablada, con las greñas al viento y el furor uterino a ras de cutis, olvidándose de que era la hija del propietario de una empresa de hidrocarburos, un pimpollo de la alta sociedad alicantina, una niña bien educada entre algodones por las monjas del colegio de Jesús y María, una Dragó, ¡vaya! y hubiese hecho valer su condición —a la vista estaba— de mujer encinta, y hubiese conseguido un coche, otra camioneta, una bici, una mula, un asno, un camello, cualquier animal o cosa, con patas o con ruedas, pero semoviente, para ir en pos de su marido, en el caso de que las gestiones vallisoletanas resultasen inútiles, hasta el mismísimo infierno, que estaba, aunque nadie, aún, lo supiera, en Burgos, y hasta la sede, una vez allí, del gobernador militar o del civil, del Estado Mayor, de la Oficina de Prensa y Propaganda, de la magistratura, de los juzgados de guardia o, incluso, si fuera necesario, como efectivamente lo fue, hasta los muros de la Prisión Central, hasta las fauces de ésta, hasta el primero —o el último, según se mire—, de sus rastrillos, hasta los chaparrales cercanos a la cercana población de Estépar, separada de Burgos por un suspiro de catorce kilómetros, en los que mi padre vio por última vez, como Lorca en Víznar, como Maeztu y Muñoz Seca en Paracuellos, como Onésimo en Labajos, como José Antonio en Alicante, como Durruti en Madrid, como Machado en Collioure, como Carreño allí mismo, y como tantos y tantos muertos anónimos caídos y esparcidos, no en las trincheras, sino en los cientos y cientos, quizá miles de fosas no menos anónimas abiertas por el cainismo, la avaricia, la envidia y las bajas pasiones del hombre ibérico —azul o rojo, no importa. La maldad es ecuánime, no repara en ideologías ni procede de ellas— en todos los descampados del país… Hasta los chaparrales, dije, cercanos a Estépar en los que mi padre vio por última vez la dudosa, más dudosa que nunca en tan horrenda ocasión, luz del día, que lo era, se supone, del amanecer, y hasta, por último, posar en canto de postrimería y tentativa de resurrección sus anhelantes, trémulos, enfurecidos labios de hembra joven, de madre en ciernes, de —a partir de ese instante— enlutada esposa, viuda en flor, plañidera a su pesar e inquilina del caserón de Bernarda Alba en la dura tierra que acogió a mi padre. Si Elena Dragó, decía, discúlpenme, se me fue la mano, termino ya la jeremiada, se hubiera ido a veranear, hacendosa, modosa, tranquilita, a San Rafael con todo el gineceo de la familia Sánchez, como Dios y el

sentido común mandaban, en vez de quedarse al arrimo y al abrigo (¡en época de tanto calor!) del loco de mi padre, al que desesperadamente amaba, yo no me habría quedado huérfano antes de nacer —ni mi madre viuda— y no estaría ahora escribiendo este libro, este descenso a los infiernos concebido con intención y estructura de tragedia… Orfeo bajó al Hades para rescatar a Eurídice. Yo lo hago para devolver la vida que no tuvo a mi padre.

O lo que es igual: no habría, en tal caso, sucedido lo que apenas tres días después del telefonazo de mi padre al hotel Gredilla —pues era allí, acabo de comprobarlo en una nota de contabilidad por su puño y letra escrita, donde se alojaba— sucedió.

Así lo digo, así lo creo.

¿Sólo por voluntarismo? ¿Pintar como querer? ¿Reescribir la historia, *a posteriori*, como pudo haber sido y no como realmente fue? ¿Acunarse en quimeras, en espejismos, en desvaríos? ¿Buscar imposible consuelo para lo que consuelo no tiene? ¿Desfallecer, desviar la mirada, venirme abajo, aferrarme a una ilusión?

Así lo digo, así lo escribo, así lo creo, y verdad es que, por añadidura, *quiero* creerlo, pero juro por Dios, y por la memoria de mi padre, y por el honor de mi madre, que aunque no lo quisiera, también lo creería.

Creería que, de haber estado Elena Dragó el 17 de julio en San Rafael, todo habría sido distinto.

Pero no estaba, lo sé, lo admito, me conformo y punto, que *toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son…*

Mãya (ilusión) y *samsãra* (flujo, girándula de encarnaciones y reencarnaciones), dirían los hindúes, o *vanidad de vanidades,* añadiría, volando un poco más bajo, el Libro de los Libros.

¿La vida? He dicho, lo sé, que nada en ella es casual, y tampoco lo será, sin duda, la maldita decisión tomada por mi madre, o por quien fuese, de permanecer durante aquel largo y trágico verano en Madrid, junto a su marido, pero déjenme pensar —lo siento, no puedo evitarlo— que, a veces, en el lento o vertiginoso discurrir de ese río, el de lo dicho, el de la vida, *que va a dar en la mar, que es el morir*, las cosas importantes parecen pender de un hilo que la araña del tiempo y el soplo del azar tejen y mueven caprichosamente.

Y así, *Orestes* Sánchez Monreal, hijo de Gerardo *Agamenón* y Mercedes *Clitemnestra*, perseguido por las Furias de las dos Españas y acompañado por *Pilades* Díaz Carreño, y siguiendo las instrucciones que le impartiera *Apolo* Aznar, llegó al mercado de Estambul en Sevilla, recibió allí el aviso (por boca del general Queipo de Llano) de que la muerte le rondaba, vislumbró su sombra y el filo de su segur, huyó a su particular Samarra, la encontró en Valladolid, en Burgos, en Estépar, y allí, sucesivamente, a bocajarro, a quemarropa, descubrió, como veintitantos siglos antes lo habían descubierto los héroes de la tragedia griega, que la suerte está escrita y que nadie puede hurtar el cuerpo a su destino. El alma, en cambio, es libre. No lo tiene.

Todo sucedió como más arriba, en contrapunto y clave de conjugación condicional, he descrito.

Rindió viaje la camioneta en Valladolid, cuando ya la gente, con la fresca del anochecer, se disponía a cenar recogida en casa, eso sí, que no estaba el patio para taperíos. Hubo que distribuir a los recién llegados por los establecimientos hoteleros a los que ya he aludido: la fonda Cuevas (casualidad, redundancia, acaso cabalismo o sincronía, porque Concha, la mujer de Modesto, se apellidaba De Cuevas y, como es natural, ese apellido llevan también, en segunda instancia, Tito, Manino y Cuca), la pensión Valladolid y el hotel Gredilla, más suntuoso, seguramente, dentro de su humildad, y en el que es de suponer que mi padre alojó, como mínimo, a mi abuela Mercedes y a mi tía Alicia, a las que adoraba, especialmente a la primera, y quizá al resto de sus parientes. A mi primo Gerardo, de hecho, lo de Gredilla le suena. También él, Fernando Monreal, pernoctaba, como ya he dicho, allí, aunque no desde el día de su llegada a la ciudad, pues sabemos, por las cartas que envió el 31 de agosto, que su lugar de residencia en dicha fecha, o en las inmediatamente posteriores, era la pensión Valladolid, aunque una semana después, en la correspondencia que despachó el día siete, añadiese como posibles estafetas para recibir giros postales y telegráficos o, simplemente, noticias y respuestas otras tres direcciones: el Gredilla, la fonda Cuevas y el *Diario Regional*…

Perpetuum mobile, como se ve. Mi padre era un fuguilla, y yo he heredado la misma condición.

Algo, de todos modos, es seguro: el día de su detención iba a almorzar en el hotel —y hotel, lo que se dice *hotel*, sólo había uno: el Gredilla— con su madre y con su hermana, imposible saber si también con los demás, pues fueron ellas las destinatarias (o, por lo menos, las recipiendarias) del telefonazo fatal, y la segunda, mi tía Alicia, que tenía entonces veinte años, la que mucho después me lo contó.

Soy como el apóstol Tomás, me gusta —necesito— meter los dedos en las llagas, ver, oler y palpar las cosas sobre las que escribo, y pasearme por los escenarios de los

acontecimientos que evoco. De ahí que, animado por tal propósito, emprendiera en los meses de julio y agosto del año de 2004 una especie de procesión fúnebre, a cuyo hilo fui cubriendo, con curiosidad, con prolijidad y con angustia, las principales etapas y estaciones no andaluzas —ya recorreré también éstas, y será muy pronto— del itinerario, o, mejor, calvario seguido por mi padre en su escapada.

Estuve, así, en el Palacio de la Prensa, en la calle de Fernanflor, en la de San Opropio (que ahora se llama de otra forma), abandoné luego Madrid, trepé —y fue un buen lío, porque lo hice, de modo absurdo, no por la ruta natural, sino por la de Roblerredondo, Santa María de la Alameda y Peguerinos… Casi no llego a los Leones. Aquello, créanme, está como si la guerra no hubiera terminado— hasta el puerto de Guadarrama (aunque por él no pasó mi padre, que había llegado a Vegas de Matute por la otra vertiente), visité los tres escenarios de la odisea vivida por la familia de Modesto, di una conferencia en Villalpando, cené con el torero Andrés Vázquez, llegué —ya al día siguiente— a Valladolid, rastreé —contado queda— sus calles y sus archivos, encontró en uno de ellos Naoko, tan lista como siempre, que de asombro en asombro, con las pupilas dilatadas y los ojos de almendra china abiertos de par en par me acompañaba, la última foto de mi padre, zascandileé por el centro de la ciudad tratando de descubrir si quedaba algo de la fonda Cuevas, de la pensión Valladolid y del hotel Gredilla, fracasé en el intento, aunque no sin recoger algunas impresiones y exhumar algunas cosas, más bien cosillas, que en seguida referiré y puse luego rumbo, ya de sobremesa, al crucial enclave burgalés, donde…

Un poquito de paciencia. Estoy aún, en mi relato, y estaba todavía su protagonista, en Valladolid.

Ante todo, ya dije que de pasada, y con intención mucho más anecdótica (aunque también arroje tenue luz) que categórica, las cosillas… Es Benedicto de las Heras, al que ya me referí, agradecido, hace un puñado de páginas, quien tras mi paso por Valladolid me informó, por carta, de que en 1922 figuraba «una *Fonda de Cuevas* en la calle Gamazo, letra R. En 1935 esa calle se denominaba de Fermín Galán, en cuyo número uno se ubicaba el Hotel Gredilla. Por su parte, la plazuela del Teatro y la calle de Teresa Gil se encuentran muy próximas a las de Zúñiga, en cuyo número veintisiete[97] había un hospedaje regentado por Guillermina López. No hemos podido localizar fotografías de los edificios mencionados».

Itálica famosa… Yo, en mi paseo por la ciudad, tampoco «*hallé nada donde posar los ojos / que no fuese recuerdo de la muerte*». O del vacío que el paso del tiempo abre. Con todo y con eso, sin puntos de apoyo visual, los cabos se iban atando y las cuentas, poquito a poco, cuadraban.

Mi padre era lo que en cardiología se llama tipo A: escrupuloso, puntilloso, perfeccionista, hiperactivo, intransigente con la chapuza y la pereza, mandón, controlador, censurador, desconfiado respecto a sus colaboradores, duro en sus juicios, absorbente, incapaz de delegar funciones, siempre en guardia, exigente con todos y, en especial, consigo mismo, rápido, versátil, tajante, incansable, voluntarioso

y extremadamente laborioso. Son los del tipo A, para entendernos, personas de esas que llegan antes que nadie al trabajo y que son las últimas en interrumpirlo, que todo lo analizan y anudan, que funcionan con la precisión y el tesón de los martillos pilones, y que nada dejan al azar, pero que, por desgracia —ahí la alusión a la cardiología—, y pasando a otro orden de cosas, suelen ser mortífero pasto de las dolencias cardiovasculares. Lo aseguran las estadísticas, pero yo, digno hijo de tal padre y claramente hecho de la misma pasta, en lo malo y en lo bueno, lo sé y puedo certificarlo porque hace unos meses terminé —como él, probablemente, casi de no haber muerto en plena juventud, habría terminado— sobre la mesa de un quirófano, desnudo, boca arriba, expuesto, inerme, con el esternón serrado por su línea vertical, el pecho despanzurrado, las costillas descompuestas, la sensibilidad anestesiada, apagada la luz de la conciencia y el corazón no en mi puño, sino en el del cirujano.

Sobreviví. Envejecí. Lecciones que da la muerte a la vida.

Tendré que contar por lo menudo, más adelante, algunos casos y cosas de mi hecatombe cardíaca, pero eso será en el tercer acto de la tragedia que escribo… ¡Sí, sí, claro que guarda relación con ella y con Fernando Monreal, su protagonista! ¿Verdad, maestro Jodorowsky?

Y, por lo dicho, por ser mi progenitor genuino prototipo de la clase A, es por lo que, sin despeinarse, sin apearse, sin abandonar el puente de mando para tomar un café, sin perder en ningún momento el oremus ni la compostura, y menos aún el rumbo de la mar pese al temporal que la envolvía, amarrándose al timón como si fuera Ulises en el estrecho de Mesina o amorrándose a él como Fletcher Christian, Lobo Larsen y el timonel del *Narciso*, llevó meticulosamente la contabilidad de aquellos días en los que el *debe*, para su desesperación de hombre que jamás marraba, era siempre superior al *haber*.

Lecciones que da la vida a la muerte.

Todo, absolutamente todo, lo anotó, y no sé si todo, pero sí mucho de lo que anotó ha llegado, milagrosamente, hasta mí. Lo tengo ahora delante, lo miro con estupor, lo manejo con delicadeza, con esmero, con mimo, como si me ocupara de un bebé, porque es material frágil y lábil, friable —vestigio arqueológico, en definitiva, cerámica cretense, armas de Troya—, y lo sopeso, calibro y considero con inevitable ternura, que me mueve a sonreír, y con emoción multiplicada por la admiración.

Veamos, repasemos, seleccionemos…

Liquidación de Vegas de Matute. Gastos pagados Espinar y Vega (761,50), Panadero (77), a pagar Lechero (189), a pagar Carnicero (484,15), a pagar Médico (50), a pagar Casera (250), a pagar Manolo (100)…

Me interrumpo. ¿Quién será Manolo?

Sigo: *Entrega Mamá (75), Entrega Blanca (706), Entrega Enriqueta (57,50). Déficit (973,15). Comprobación…*

Vale así. Pasemos a otra nota (anterior sin duda):

Entradas. Mías (400). Caja (1000). Don Juan (2000). Adelanto (125), Norte (500), Empeños (140), Lisboa (380), La Rioja (300). Total: 4845.

Con esa suma, al parecer, porque en las notas restantes sólo hay gastos y deudas, sin ningún ingreso, tuvo que ir tirando desde el día en que llegó a Valladolid hasta el de su detención.

Vengan ahora otras observaciones, lacónicas, y de mi cosecha, formuladas al margen de lo escrito con letra clara, rotunda y firme por mi padre…

Igual pregunta que la de arriba: ¿Quién sería el rumboso Don Juan, que aflojó nada menos que dos mil pesetas de las de antes de la guerra? Con semejante cantidad, entonces, cabía llegar muy lejos.

Sigo…

Lo de *Norte* apunta, seguro, al *de Castilla*, y eso sería, lógicamente, ya en Valladolid, de donde se deduce que las agarraderas de mi padre en dicha ciudad no se limitaban al otro periódico editado en la misma y reiteradamente citado por mí: el *Diario Regional*.

¿Empeños? ¡Vaya por Dios! ¿Y qué demonios podían empeñar mi padre y su compañero de desventura después de todos los duelos y quebrantos, no precisamente quijotescos, que habían padecido desde su salida de Madrid? ¿Los relojes? ¿Los anillos de boda? ¿Alguna cámara? ¿Alguna muela de oro?

Lo de Lisboa ya lo sabíamos y lo de La Rioja, también, aunque en este último caso no coincidan las cifras. Mi padre agradece en la tercera carta que remitió a Martínez Zaporta el envío de doscientas pesetas a su madre, aún en Vegas de Matute. Hay, pues, si es que estamos ante la misma partida, una discrepancia de veinte duros. Poco importan.

Y, después de las *entradas*, la hoja de *salidas*, que también poseo. La encontró y me la entregó, como todas las demás, mi prima Pili.

Y es en ella, desde su primera línea, donde viene lo gordo… ¿Dije antes que todas estas anotaciones de contabilidad arrojaban *tenue luz* sobre la reconstrucción de la peripecia vivida por mi padre? Pues me cubrí de gloria, porque el papelucho de color crema y debilísima textura, con dientecillos de sierra en su borde superior y en formato que ni siquiera alcanza el de la tradicional cuartilla, es la clave de la bóveda, la pieza de convicción que me faltaba para completar el rompecabezas de la ruta seguida por los fugitivos desde que salieron de Granada hasta que llegaron a Valladolid. Y yo, al repasarlo, me llevo las manos a la cabeza mientras los ojos se me salen de las órbitas. Perdóneseme el melodramatismo de folletín barato.

No es para menos. Reconozco —*mea culpa*, golpes de pecho, calabazadas— que hasta ahora no había revisado los papeles en cuestión. Pensé, equivocándome, que sólo habría en ellos datos relativos a los sucesos posteriores a la fecha del rescate de Vegas de Matute, que es cuando la trayectoria de la madre y hermanos mayores de mi prima Pili se cruzó con la de su tío Fernando, y pospuse la investigación —un

científico nunca lo habría hecho, y un policía, tampoco, pero yo sólo soy un escritor y como tal actúo— para el momento en que, cronológicamente, fuera oportuna.

En el primer renglón de la citada hoja, la de *salidas*, se lee: *Entrega a Elena* (150) … Es decir: a mi madre, lo que forzosamente significa que la contabilidad en cuestión comienza cuando mi padre aún estaba en Madrid. Pudo el cuitado, cierto, entregar a su esposa esa cantidad minutos antes de salir de casa, con miras a su mantenimiento mientras estuviese fuera, lo que a todas luces no aplacó la furia de mi madre (más bien la atizaría… «*¡Encima me das dinero! ¿Quieres comprarme?*»), pero hay algo, en todo esto, que no cuadra, que no concuerda, que sorprende, y es lo que figura en el segundo renglón. Éste, escuetamente, dice: *Separación Lorrain (296)*. Y obliga a pensar la lógica que esa suma —de cierta envergadura… Casi el doble de lo que recibió mi madre— fue desembolsada por mi padre *después* de la escena del balcón, que poco tuvo que ver, dicho sea de paso, con la que en la tragedia homónima de Shakespeare protagonizan Romeo y Julieta.

Puntualizo: si fue *después*, tuvo que ser inmediatamente *antes* de salir de la ciudad rumbo al sur, o sea, entre la calle de Lope de Rueda, donde ya se dijo que vivía el matrimonio y donde iba a nacer yo, y la sede de la agencia Febus, en la calle de los Hermanos Álvarez Quintero, esquina a San Opropio, y frente al edificio de *El Sol* y *La Voz*, o muy cerca de él, donde al terminar la guerra, por cierto, se instalaría el *Arriba*, órgano de la Falange.

Fue, seguramente, allí —recordémoslo[98]— donde mi padre, en compañía de Carreño y de otros dos periodistas, y en presencia de su hermano Modesto y de algunos de sus subordinados en el quehacer de la agencia, subió al coche fúnebre que se dirigía, sin que él lo supiese, al más allá y que, visto hoy, a la luz de fuego fatuo irradiada por los sucesos posteriores, adquiere fantasmagórica hechura de tambaleante paso procesional llevado en andas por los zombis, penitentes y capuchinos de la Santa Compaña.

¿Quién o qué era Lorrain? ¿A qué clase de *separación* se refiere mi padre? ¿Alude a una persona, a una tienda, a un bar, a un restaurante, a una empresa? ¿Era, si lo primero, mujer u hombre? ¿Estaba pagando una deuda o haciendo frente a algún otro tipo de compromiso y, caso de ser así, tanto apremio generaba éste o tanta prisa corría aquélla como para que el pagador afrontase el gasto y saldase el débito a primerísima hora de la mañana del sábado, por más señas y para mayor despropósito e inverosimilitud (aunque no existiese aún en España la costumbre anglosajona del *weekend*), en que, a renglón prácticamente seguido, iba a embarcarse en una aventura que no admitía dilación y de la que, en principio, estaría de regreso veinticuatro o, como mucho, setenta y dos horas después?

Nadie creía en aquel momento que el golpe de estado pudiese desembocar en una guerra civil. Triunfaría o fracasaría el órdago de los generales, pero sucedería lo uno o lo otro —según el sentir general— en cuestión de horas o de muy pocos días.

Ultima conjetura al respecto de la misteriosa anotación: ¿Cabe pensar que la suma

contabilizada en ella se gastó en el trayecto hacia Córdoba, en esa ciudad o en el tramo que los fugitivos cubrieron unos días más tarde para alcanzar Granada? No resulta muy verosímil que digamos, pero a veces nacen gatos con alas y cerdos con cinco pies.

Empuño, convulso, el teléfono para recabar información de mi tía Susana, que está veraneando en Alfaz del Pi, provincia, cómo no, de Alicante, mientras yo lo hago en mi predio soriano y tibetano de Castilfrío de la Sierra. Es poco probable, lo sé, que esta gestión *in extremis* arroje algún resultado, pero mi naturaleza me obliga a llevarla a término. Ya dije que soy, como mi padre, de tipo A.

¡Riiin, riiin! Descuelga su marido y me dice lo que ya sospechaba: que está dormida. ¡Pero si son las doce y diez posmeridianas! Mi tía es así. Lo intentaré más tarde.

Paso, en el ínterin, a la tercera anotación de la hoja de salida y, en ella, leo: *Espeluy-Granada (85,90)*.

¿Espeluy? ¿Será un topónimo? Lo dudo, no me suena, pero corro, por si acaso, a consultar el mapa. Tendría que estar ese villorrio, porque más grande no será, acaso simple pedanía, entre la ciudad de Averroes y la de Boabdil. A ver, a ver… Nada. Lo que dije. O estoy cegato o no figura. Desconfío de mi torpe mirar, que nunca da con lo que busca, y pido a Naoko, que tiene la portentosa virtud de saber siempre dónde está lo que yo he perdido, que indague en internet, en ese evanescente mundo para mí completamente ignoto, metiendo su hociquillo de culebreante ratita japonesa en el esotérico alcantarillado de la cibernáutica. Lo hace, incontinente, y ni por esas… *Claro*, se me ocurre al analizar con lupa de perito la caligrafía de mi progenitor, *que también podría ser lo escrito*, forzando un poco su pergeño, *Espeny*, pero ese trisílabo, que sabe más a catalán que a castellano, aún me suena menos.

Mi tía, dormilona, sigue en la cama… A otra cosa, pues, y de mucha mayor satisfacción, ¡carape!, porque a partir de la cuarta línea de la hoja de salidas, vuelve a salir el sol, que todo lo ilumina, y se dibuja, nítido, exactísimo, indiscutible, con fechas, señas, precios y señales, el itinerario —que a tantas dudas y cavilaciones me condujo— seguido por Fernando Monreal y Luis Carreño desde que salieron de Granada hasta que llegaron a Valladolid.

El día 23 de agosto, tal y como ya en su momento se dijo, y después de abonar la suma de mil trescientas veinticuatro pesetas con cincuenta céntimos, lo que significa que las tenían, y no eran pocas, nuestros dos hombres alquilaron un automóvil con conductor, quizá un servicio de taxi, que por la módica (así me lo parece) cantidad de cincuenta y cuatro pesetas y treinta céntimos los sacó de Granada y los dejó un día después en la ciudad que gobernaba Queipo. Pasaron allí dos noches, la del 24 al 26, por las que pagaron en concepto de gastos de hotel ciento treinta pesetas, llegaron a Salamanca, durmieron allí, por poco más de siete duros, en el hotel Arla, recalaron en Segovia y desde ella saltaron a Valladolid, donde rindieron viaje no el día 29, como anteriormente supuse y di por bueno, sino el 28.

¡Y basta ya, señores, porque aturden, de cuentas de la vieja! Hay otros muchos datos en las hojillas de contabilidad a las que estoy haciendo referencia, pero son en su mayor parte de escasa significación, lo que no es óbice para que, imaginativa y afectuosamente manejados, sirvan para reconstruir el trantrán de la vida menuda y cotidiana que llevaron las gentes rescatadas por mi padre entre el día de su aparición en Vegas de Matute y el de su definitiva desaparición.

Hubo, por ejemplo, que comprar ropa para todos, y el detalle de lo comprado, por lo general a crédito, figura en varias de las hojas. Que si blusas para Tito, Manino y Juanito, que si tela blanca, que si medias y *culottes* (sic), que si una combinación para Alicia, que si un abrigo para Cuca, que si un traje para Fernando, que si unos calcetines para Carreño, que si pañuelos para Concha y Enriqueta, que si una falda para Aurora, que si ligas, que si hilos, que si agujas, que si gafas, que si juguetería, que si un cuaderno, que si madejas… ¿Las de Penélope? Dos de las mujeres rescatadas desconocían el paradero de sus maridos, y al de la tercera lo arrebataría la muerte muy pocos días después.

Sabemos también ahora, gracias al hallazgo de mi prima Pili, que desayunar, comer, cenar y dormir en el Gredilla costaba ocho pesetas al día por persona, que en la jornada del 7 —que fue la de la expedición a Vegas de Matute— nadie cenó ni hizo noche en el hotel (¿Dónde diablos se metieron? ¿Celebraron el recuentro con una juerga nocturna que se prolongó hasta la hora del chocolate con churros? ¿Pernoctaron *in situ* con la venia del sufrido barbero?) y, por último, que a partir del día 8, y a razón de siete pesetas por cada huésped —el precio, por lo que se ve, había bajado. Se conoce que existían y se aplicaban ya tarifas de grupo—, se alojaron allí trece miembros de la comitiva de Fernando Monreal, incluyendo a éste.

¡Vaya! ¡Por fin amaneció mi tía! Me ha devuelto la llamada, aunque inútilmente, pues se equivoca la mujer de número y deja un recado en el contestador de otro, cosa de la que me entero cuando a fuerza de insistir la localizo, ¡caramba!, está en el váter, qué inoportunidad la mía, ¿vuelvo a llamar?, no, no, que ya se pone, me la trae su marido —que en la guerra fue alférez del cuerpo de aviación— *manu militari*, ¿cómo estás?, ¿y tú?, todos bien, gracias, le expongo el asunto y se queda, como yo me quedé, perpleja, ¿Lorrain?, ¿Lorrain?, ¿separación?, tampoco le suena el nombre ni comprende el concepto que lo acompaña, ¿sería una amante?, ¿tendría su cuñado una querindonga, una amiguita, un reposo del guerrero, un hilo de lujuria lasciva, placer y desahogo atado a la pata?, también, le confieso, se me ha pasado a mí por la cabeza tan descabellada posibilidad, ¡estos hombres!, ¡todos iguales!, pero no, quita, quita, no pensemos tonterías, son inconcebibles, ¿por qué, además, *separación* y no, como en el primer apunte, *entrega*?, ¿rompía, acaso, con su zorra para siempre o era, de no ser así, y aunque lo fuese, capaz, ¡qué morro!, ¡menuda jeta!, de dar a la concubina más dinero, casi el doble, del que hipócritamente, con el rostro compungido, acababa de poner en manos de su legítima y, para colmo, embarazadísima, esposa?, pero no, no, lo que dije, es imposible. ¿Iba a ser mi padre, hombre de tipo A, tan tonto como

para dejar huella por escrito de sus amores bastardos? Quizá, pienso, piensa mi tía, aunque también yo lo haya pensado, era Lorrain el nombre de uno de esos corresponsales, tenía muchos, o *corresponsalas*, intercalo, que le enviaban información y de cuyos servicios, saldándolos, indemnizando a su titular con tan pingüe, para la época, suma, había decidido prescindir, sí, claro, seguro que es eso, qué tontos somos, había un montón de personas trabajando para él, e incluso podía ser el nombrecito de marras, Lorrain, membrete y razón social de cualquier empresa colaboradora de Febus, ya está, no le demos más vueltas, es lo más lógico, ¿no?

Susana: un beso. No te atormentes, tampoco importa tanto, dejémoslo así. Todas las personas que podían aclarar el intríngulis están desde hace mucho en el otro barrio. Nos vemos en septiembre. Cuídate. Chau.

Escojo y cito aún dos documentos entre los que me ha entregado Pili… El primero es una carta remitida el 19 de septiembre de 1940 —Segundo Año Triunfal — por el abogado y procurador de Valladolid don Anselmo Miguel Urbano a doña Blanca Ligero, avecindada en la Colonia Albéniz de Chamartín de la Rosa, Madrid, dice lo siguiente…

«Muy señora mía:

»Doña Maura Fernández, dueña del Hotel Gredilla de esta ciudad, me entrega una carta de crédito que tiene contra Ud., doña Concha Cuevas y doña Mercedes Monreal, y que tiene reconocido en documento firmado en esta ciudad el 9 de septiembre de 1936, con el fin de que formule la correspondiente reclamación judicial.

»Como este procedimiento habría de originarlas serias consecuencias por la índole de la deuda, antes de dar ningún paso lo pongo en su conocimiento con el fin de que liquiden dicho crédito, que importa MIL TRESCIENTAS SESENTA Y OCHO PESETAS[99], de una manera amistosa, para lo cual espero su contestación dentro del plazo de ocho días, transcurridos los cuales presentaré el asunto en el Juzgado sin más aviso.»

Hay en el reverso de esta carta una serie de números y operaciones de aritmética escritas a lápiz. Su destinataria contestó prácticamente a vuelta de correo, el 23 de septiembre, reconociendo la parte —un tercio— que en la deuda le correspondía, parapetándose en el burladero de un manojo de convincentes consideraciones jurídicas desprovistas, para nosotros, de interés y poniendo los puntos sobre las íes de la cantidad reclamada y derivada, a su parecer, de los gastos originados por el alojamiento de dos adultos durante quince días, a razón de ocho pesetas diarias por persona, y de dos menores, a mitad de precio, pero de la que se permitía deducir, por parecerle de justicia, un veinticinco por ciento, ya que, argumentaba, «*en esos días estuvimos sometidas a media comida y supresión del postre*». Este detalle, por cierto, revela con explícita y contundente claridad la dureza del régimen de vida —no sólo

dietético, es de suponer— que las tres familias llevaban, y que no mejoró, al menos de forma inmediata y en lo tocante a la autora de la carta, tras el cese de la actividad bélica, a juzgar por lo que la misma añadía en las últimas líneas al explicar y anunciar que abonaría la deuda en plazos de quince pesetas mensuales, «como máximo», porque su situación económica «había variado poco».

Hay en la respuesta de Blanca Ligero otro detalle tan significativo como el que se refiere a la supresión de un plato y del postre en cada comida. Aparece en el tercer párrafo de tan patética carta y dice así:

«Que, efectivamente, dicho documento —el que la dueña del hotel Gredilla entregó al picapleitos— está firmado por la que suscribe y las dos señoras antes mencionadas en circunstancias tan apremiantes que no cabía discusión y sólo avenirse a sus deseos» (los de la propietaria del establecimiento).

Supongo, y así lo creen mis primos, que su madre —mi tía Concha— saldó su parte de la deuda, e imagino, aunque nadie sepa nada de eso, que también lo haría con la suya la viuda de Carreño.

De Pepe Gutiérrez de Miguel —el marido de Blanca— no tengo noticia alguna. ¿Sobrevivió a la guerra? ¿Sobrevivió también en la posguerra, si es que seguía en este mundo, su matrimonio con la hija de Miguel Ligero o naufragó a consecuencia de los casi tres años que duró, presumiblemente, su forzada y forzosa separación?

Para la primera pregunta carezco de respuesta, aunque seguramente cabrá encontrarla, y así lo haré algún día, en los Archivos de la Asociación de la Prensa de Madrid, a la que todos —Modesto, mi padre, Pepe Gutiérrez, Carreño y Rienzi— pertenecían. En lo concerniente a la segunda cree Manino, sin poder garantizarlo, que la convivencia de los Gutiérrez de Miguel se fue al garete, aunque no sabe si fue por fallecimiento del marido durante la guerra, por encarcelamiento después de ésta o por cualquier otra causa. También, muy vagamente, recuerda haber oído en sus años infantiles que Blanca andaba en tratos de amor y lecho con otro hombre. Asunto, en todo caso, suyo. En su derecho estaba. A mí, que me registren. Y en cuanto al pobre Pepe… Así es la vida.

La baraja quedó rota y el júbilo del rescate y del optimismo suscitado, dentro de las privaciones, por la relativa reagrupación familiar, se vio bruscamente interrumpido el día 12 del noveno mes del año por la detención de los dos únicos varones con capacidad de decidir y aportar dinero existentes en el grupo, que de esa forma acabó descabezado, privado de posibilidades de subsistencia y obligado a emprender caótica e incierta retirada.

Así, de hecho, lo hicieron, aunque por separado. De las dos cartas citadas en el capitulillo anterior a éste se desprende la conclusión de que todos —los seis Sánchez, los cuatro Gutiérrez (incluyendo a su chacha) y los tres Carreño, además de la otra criada, que ya no sé si era de mi familia (creo que sí) o de la del otro fugitivo— permanecieron en Valladolid, acogidos al crédito que les dispensaba la dueña del hotel Gredilla, hasta el 24, jornada más, jornada menos, del movido mes que tan

dramática e inesperadamente desgarró sus vidas, pero a partir de ese momento el grupo se partió en tres. Ignoro, y ni me incumbe, ni me importa, ni me afecta, la decisión que tomaron y la solución, si la hubo, que encontraron Blanca y sus retoños. Sí sé, en cambio, lo que los míos —mi abuela, mis tías, mis primos y los del no ya *apreciado*, sino llorado Carreño— hicieron, el rumbo y los pormenores de la ruta que tomaron, el punto de asilo en el que se cobijaron y, por supuesto, la derrota, en el doble sentido de la palabra, que a partir del 1 de abril de 1939 siguieron sus vidas.

Lo sé, decía, y lo contaré, la duda ofende, pero no ahora, aquí, sino en el segundo acto de la tragedia que este libro narra y cuyo protagonista ya no será mi padre, que en el primero lo ha sido, sino mi madre, que está a punto de salir a escena, mientras yo, igual que lo he hecho hasta ahora, sigo, sólo, presente de refilón, escondido, o casi, en la penumbra del fondo del escenario, hasta que en la tercera y postrer parte de la obra me acerque a la línea de candilejas, ocupe el proscenio y recite mi monólogo.

Lo de posponer y dejar momentáneamente en el aire el segundo capítulo de la aventura bélica vivida por la madre, la hermana, la mujer y los tres primeros hijos de mi tío Modesto, que tuvo otros dos después de la guerra, no es decisión tomada por capricho, sino impuesta por la lógica y desarrollo del relato. Téngase en cuenta, para entenderla, que ese fragmento de la historia en común de mi familia concierne no sólo a los recién citados, sino también, y en no escasa medida, a Elena Dragó, mi madre, a su hermana —mi tía— y al rollizo y saludable bebé de copioso y ensortijado pelo que nacería en el Madrid sitiado por los rebeldes dieciocho días después del asesinato de su padre y que siempre a lo largo de su vida, se sintió, aunque exteriormente nunca lo estuviera, interiormente solo, tan solo como a lo largo de la suya, miles de años atrás, se había sentido, según el aeda finés[100] —*arma virumque cano*— que la narró, el médico del Nilo, Amarna y Tebas, la de las cien torres, a quien el bebé de ensortijado pelo, ya en su adolescencia, elevaría al rango de héroe personal, modelo vital y ejemplo moral. La novela inspirada en ese personaje, que existió, sigue pareciéndole hoy a aquel niño, a aquel adolescente, al adulto que esto escribe, la mejor de cuantas la literatura del último siglo nos ha dado. Hablo, obviamente, de Sinuhé, *el egipcio que pasó en soledad todos los años de su vida*.

A mi padre, al padre de ese nascituro, en cambio, y por eso también pospongo esta parte de la historia, en nada concierne el resto de la peripecia de los Sánchez por la sencilla razón de que, al comenzar su transcurso, su cuerpo llevaba ya varios días —diez, para ser exactos— pudriéndose en el horror, la carroñera promiscuidad y el sideral silencio de una fosa común sin más nombre que el del oprobio, el olvido, la barbarie y la maldad humana.

Se acerca, pues, el fin del primer acto, su colofón, su traca… Es hora de contar y cantar —venga Virgilio en mi ayuda, présteme su verso, hinche mis velas su soplo, elévame a su estatura— dónde, cuándo, por qué y cómo murió mi padre.

Pero antes, a modo de preámbulo y obertura de la misa de réquiem, un paréntesis abierto y escrito por mano ajena[101]…

«A veces, los nacionales convirtieron el terror y la muerte en espectáculo para que su mensaje llegara claramente a la sociedad. Las ejecuciones llegaron a ser tantas que se convirtieron en rutina. En Valladolid, los falangistas procedieron a una limpieza sistemática de los "rojos" que se habían opuesto a la sublevación militar. De las cocheras de los tranvías, convertidas en depósitos de prisioneros, salían diariamente decenas de personas para ser fusiladas en público. "No era una chusma analfabeta la que iba a ver el espectáculo —nos dice Jesús Álvarez, un farmacéutico republicano de Valladolid—. Se trataba de gente de posición, hijos de familias distinguidas, hombres que habían recibido educación, gente que se decía religiosa… Iban tantos a ver el espectáculo que se instalaron puestos de churros y café para que pudieran comer y beber mientras miraban." El 24 de septiembre de 1936 el gabinete de Censura y Prensa del gobierno civil de Valladolid publicó una nota en la que decía haber observado que en aquellos días —cuando la "justicia militar" daba satisfacción "a la vindicta pública"— se producía una gran concurrencia de gentes en el lugar de las ejecuciones y hacía un llamamiento a las personas piadosas para que "no asistan a tales actos, ni mucho menos lleven a sus esposas y a sus hijos". Las "patrullas del alba" de los falangistas "pasearon" a no menos de 914 personas, según el recuento de Martín Jiménez».

Así estaban las cosas en Valladolid cuando mi padre y Luis Carreño —guardia civil caminero los llevó codo con codo— salieron de la ciudad.

Arma virumque cano, decía…

Yo soy —bríndeme punto de apoyo la inspiración ajena y concédaseme licencia de cita solapada— el mismo que en otros tiempos compuso historias mágicas de Iberia al son de los tambores y barriles de Dionisos, y venida luego la época de Apolo se retiró al yermo del alto llano numantino para cultivar su huerto, reabrir Eleusis, meditar, ajustar cuentas con su pasado, dictar testamento disfrazado de literatura y pasar el resto de su vida, junto a Naoko, la *geisha*, en paz.

Ahora, *dies irae*, desempolvo la espada, descuelgo la cornamusa, rompo el silencio y vuelvo a la liza para cantar las armas y el varón troyano que huyendo desaladamente del destino llegó a las costas de un país habitado por salvajes, devastado por la más cruel de todas las guerras de la historia y despedazado por el sadismo, el masoquismo, la incultura, la necedad y la mala entraña de sus indígenas.

Tengo ante mí un escrito en el que, bajo el escudo de España, enmarcado, *non*

plus ultra, entre las columnas de Hércules, rematado en su borde inferior por el membrete de la Junta de Defensa Nacional de España y validado (es un decir) en su segunda y última página por un sello de la Oficina de Prensa del mencionado organismo en Burgos, se lee:

«ILMO. SR.

»Tengo el honor de poner a la disposición de V. S. a los dos sujetos llamados Fernando Sánchez Monreal y Díez Carreño, cuyo nombre de pila ignoro, detenidos ayer en Valladolid y traídos a esta plaza para evacuar una diligencia de careo con el individuo que los denunció, y cuyo nombre de pila es Enrique Ruiz Vernacci.

»Los dos sujetos detenidos son redactores de “La Voz” de Madrid, periódico de significación bien definida y tan adicto al Frente Popular que no ha sido incautado por el gobierno marxista de aquella capital; el Díez Carreño tiene antecedentes comunistas, habiendo estado en Rusia según testimonios veraces. Ambos sujetos llegaron a Granada en los primeros días del Movimiento Militar, indudablemente creyendo que aquella ciudad estaba en poder de los rojos, y al encontrarse con que sucedía lo contrario procuraron valerse de sus amistades con periodistas de derecha poco escrupulosos y legalizaron su situación obteniendo de las autoridades militares los documentos necesarios para moverse desembarazadamente en las zonas ocupadas por el Ejército.

»Al tener noticia esta Oficina de la presencia en Valladolid de estos dos peligrosos individuos, interesó su detención y procedió a interrogarles; pero como no ha logrado acreditar mediante pruebas fehacientes que su actividad haya sido delictiva, me creo en el deber de ponerlos a disposición de V. S. para que con vista de los antecedentes a que hago referencia y que mediante información testifical pueden ser ampliados, disponga respecto de ello lo que mejor proceda.

»Dios guarde a V. S. muchos años.

»Burgos, 12 de septiembre de 1936.

»Oficina de Prensa y Propaganda.

»El Director.»

Y, debajo, y en orden descendente, una firma (la de Juan Pujol, dueño de la mano que meció la cuna del crimen) y, ya en el borde inferior de la página, y en mayúsculas, la mención del destinatario del infame documento: «Ilmo. Sr. Comandante Militar de Burgos».

Se lee también, añadido con posterioridad y escrito a mano, el nombre de *Luis* junto a Díez (ni siquiera sabían que se apellidaba Díaz) Carreño y, en el margen de la primera página, y con idéntica caligrafía, el siguiente apunte: «A la prisión Central — Admítanse. El Jefe de E. M.», cuya firma, debajo, resulta ilegible.

Obtuve este documento —ya explicaré cómo— después de dar mil tumbos y palos de ciego, de seguir otras tantas pistas falsas y de perder el tiempo dedicándolo a muchas tentativas tan estúpidas como infructuosas, el día 23 de octubre de 1994, treinta y ocho años después, ¡se dice pronto!, de que me enterase, por boca del

comisario de la Brigada Político-Social Roberto Conesa[102], de que a mi padre no lo habían matado los Hunos, como yo creía, sino los Hotros. Póngase *rojos* en vez de lo primero y léase *nacionales* donde lo segundo. Para mí, caiga quien caiga y duélase quien se duela, montan tanto los Hotros como los Hunos, los rebeldes como los leales. *¿Leales? ¿Rebeldes?* Lo siento, o quizá no, pero ya, a estas alturas de mi libro y del curso de las investigaciones y reflexiones que lo justifican, lo entraman y, en su mayor parte, lo preceden, asqueado, como lo estoy, apátrida, como me siento, y émulo de Pilato, no me atrevo ni me creo moralmente autorizado a distinguir, cínica, maniquea, farisaicamente, entre los presuntos *buenos* y los supuestos *malos*. Todos me parecen iguales: españoles, sí, *depura bestia*, como con su mejor intención, elogiándolos a su manera dijese de nosotros César Vallejo.

¿Nosotros? Perdón… *Vosotros*, quise decir. Nadie me tome, ni yo me tomo, ya, por español.

¿Afirmación, ésta, y conclusión, aquélla, escandalosas? Sea, pero no voy a retirarlas ni a arrugarme por mucho que pataleen, desde los escaños de la izquierda, los *demócratas de toda la vida*. En el otro bando, el de la derecha, no patalearán, porque son más respetuosos y están mejor educados, lo que me parece digno de encomio, pero refunfuñarán, torcerán el morro en un mohín de pijerío y mirarán hacia otra parte, fieles en todo ello a su condición de irredentos *maricomplejines*, justo remoquete que con gracia, desparpajo y talento, muy de agradecer, y sin pelos en la pluma o en el micrófono ni casarse con nadie, les ha colgado mi viejo amigo don Miguel de Unamuno y Jiménez Losantos de Maeztu, epígono del 98, regenerador de España, indignado Savonarola e insobornable conciencia de su país (*su*, sí, porque mío, lo reitero, no es). Quieren los cobardicas del derechismo aguado aparentar lo que no son, y ésa es la mejor fórmula que existe para que nunca lleguen a ser. En ello andan, así les va.

Pero volvamos a la nauseabunda epístola del camarada Pujol… Me la envió, gentilmente, y en la fecha indicada, don Isaac Rilova Pérez, burgalés o, por lo menos, avecindado en Burgos, y autor de un libro[103] —excelente, por cierto, probo, ecuánime y documentadísimo— sobre todo lo que en lo relativo a la aplicación de la justicia y de la injusticia, civil o militar que fuera, y de las leyes y la barbarie, sucedió en su ciudad durante la guerra civil, con especial referencia —la que me toca— a sus primeros meses.

Se trataba, naturalmente, de una fotocopia, que me llegó por fax y, luego, por correo, acompañada en ambos casos por una carta, amabilísima, de Rilova Pérez, cuyo contenido reproduzco a continuación. Decía así…

«Querido amigo:

»Como le anticipé por teléfono, le remito fotocopia de la documentación obrante en el archivo del Centro Penitenciario de Burgos en referencia —desafortunada, por cierto— a su padre y a Luis Díaz Carreño.

»La exigüidad de los expedientes de esos primeros días de la guerra, común a

todos ellos, no permite, lamentablemente, conocer más detalles. Tan sólo falta, en el de Luis Díaz Carreño la conclusión del Oficio remitido por el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción de Burgos, que acaba con el inicio de la fórmula “Dios guarde a Ud. muchos años”, etc., y que se puede recomponer extrayéndolo de su hoja de Vicisitudes Penitenciarias, que sería como sigue:

»“Dios guarde a Ud. muchos años, Burgos, 24 de mayo de 1947. Sr. Director de la Prisión Central. Burgos.”

»Tampoco he encontrado ficha de ninguno de los dos ni referencia o dato alguno del que los denunció.

»Cuando acuda al Archivo Municipal (Registros de Inhumaciones) o a los Juzgados, veré si hay algún dato sobre su posible enterramiento aquí.

»No dude en llamarme cuando se desplace a Burgos. Tiene un amigo y su casa a su disposición.»

Muchas gracias, don Isaac… Y, por supuesto, *a la recíproca*, como decían en mis años mozos los chuletas de los madriles. Aquí, en Castilfrío de la Sierra, provincia de Soria, a la que Dios guarde de la lepra del desarrollo económico, de la peste del turismo alpargatero, de la urticaria de los parques temáticos y de la estulticia de los mercadillos medievales, tiene también usted las dos cosas que me ofrece en su carta: un techo con mesa bien guarnecida y un amigo.

Se imponen, ahora, a propósito del documento en cuestión algunos comentarios… Malévolos, mayormente.

El primero, ya se lo pueden imaginar, es de índole sarcástica: ¡Bonita manera de hacer justicia! Ante todo, y en lo que atañe a la administración de ésta, forzoso es preguntarse, alzando los brazos al cielo, qué pito tocaba, qué representación ostentaba, de qué poderes disponía y qué competencia, ¡carajo!, tenía un organismo civil y teóricamente profesional, además de meramente gremial, como a todas luces lo era la Oficina de Prensa y Propaganda.

No me caigo de un guindo, no, de sobra sé cómo funcionaban entonces las cosas y no llega mi ingenuidad de ácrata desinteresado de la *res publica* al extremo de ignorar que en la guerra, en todas las guerras, en cualquier guerra, líbrese ésta aquí o en China, ninguno de los contendientes respeta nunca las más elementales normas de esa socorrida entelequia a la que los *demócratas de toda la vida*, con los ojos en blanco y la boca como un buñuelo de viento, llaman, oh, *estado de derecho*, pero en ellas, por lo general, los dos bandos fingen que lo hacen, presumen de ello, se tientan la ropa, se cubren las espaldas y guardan mínimamente las apariencias. *Si fa ma non si dice*. Por eso me sorprende —y me indigna, claro— comprobar que en Burgos, y es de suponer que lo mismo sucedía en otras partes, no sólo se conculcaba la ley *de factu*, sino también *de iure*. ¡Qué barbaridad!

No me lo parece menos, pese a su insignificancia, el detalle de que el hideputa Juan Pujol, que con tanta caridad cristiana y espíritu de compañerismo dirigía, plantado como el burro de Buridán entre Goebbels y Beria, la Oficina de Prensa y

Propaganda, enviase a morir —es lo que hizo. Luego diré por qué— a un hombre, Luis Carreño, del que, puesto a ignorar, lo ignoraba todo, no sólo, como ya se ha visto, el nombre de pila, sino también, inclusive, el apellido, pues en ninguna tierra de garbanzos es lo mismo *digo* que *Diego* ni *Díaz*, como era el caso, ya lo señalé, que *Díez*, escrito para colmo sin acento. Sumábase a la falta de sindéresis el desconocimiento de la ortografía. ¡Señor Pujol (pronunciado con jota): además de traidor, delator y asesino, era usted un analfabeto!

Pero no se me descomponga, no salga, colérico, de su tumba, no eche las patas por alto, conténgase, no se apresure a llevarme —por poderes, se sobrentiende… Los de sus hijos y nietos, si los tuvo. ¡Mala simiente la suya!— a los tribunales en defensa de su inexistente honor, porque aún no ha sonado, en lo que me corresponde, su hora, aún no ha sido llamado a juicio en audiencia pública, aún no ha llegado el momento de que me ocupe de usted.

Todo, no tenga cuidado ni prisa, se andará. Lo de antes —hideputa, traidor, delator, asesino y analfabeto— era sólo un adelanto, una señal, una carta de ajuste, un avance de programación, un botón de muestra, un aperitivo, una aceituna… El plato fuerte llegará en seguida. No se me vaya, don Juan. Un poquito de paciencia, y aprovéchela si le place, para ir segregando jugos gástricos con el aliño, eso sí, de su negra bilis. Ayudan a digerir.

Sigamos con las apostillas.

¿De modo que era Enrique Ruiz Vernacci *el individuo que los denunció*? ¡Vaya, vaya! ¡Lo que se descubre ahora! Nada menos que el primito Enrique… ¡Acabáramos! ¡Tanto penar, tanto bregar, tanto barrenar, tanto devanarnos —mi tío Modesto, mi madre, yo, toda la familia— la sesera, y durante tantos años, tantas décadas, tantos desvelos, tantos interrogantes en el vacío, tanto reconcomio, tanta búsqueda, para terminar cayendo en la cuenta, gracias a los buenos oficios de mi amigo Isaac Ruilova, de que no había que ir muy lejos, de que el cabrón, la víbora, la hidra, estaba en casa, anidaba entre nosotros, pertenecía al clan, aunque no llevara nuestra sangre, y había sido, para más inri, para mayor escarnio, espanto, mofa y cuantía de ruindad, amamantado —valga la expresión, que en seguida explicaré— por mi propio padre, por la diana de la denuncia, por la víctima del crimen…!

Ya se sabe: no hay que hacer favores. Quien ayuda a un semejante lo está transformando en cuervo.

Por eso, por ayudar, perdió mi padre los ojos, «que yo quisiera tener / como están en sus despojos / devorados por la tierra / cegados para no ver».

Hágame, sin embargo, un favor —este sí— quien me lea: el de permitir reproducir ahora lo que ya dejé escrito en otro lugar de esta obra. Hace al caso, y dice así:

«Unos metros más abajo (de las Cortes), o quizá más arriba, pero en la misma acera —de eso me acuerdo muy bien. El escenario se mantuvo hasta mucho después de que yo alcanzase la mayoría de edad— abría sus postigos y mostraba su exquisito

y elocuente escaparate la tienda de molduras, marquetería de lujo, grabados, libros selectos y reproducciones de pinturas célebres que mi tía Luisa, prima hermana de mi madre, hija del historiador, crítico de arte y académico de San Fernando Luis Pérez Bueno y cónyuge de un indiano cuya familia había hecho fortuna en Panamá, poseía y regentaba. El negocio, cuya clientela procedía de las clases más pudientes de la ciudad, llevaba el nombre de la familia paterna de su esposo Joaquín Ruiz Vernacci. Reténgase, por favor, este apellido. Dará juego.»

Llevaba razón: ya lo está dando, ¿no? Y sucio, por supuesto. Tratándose de semejante canalla…

Su hermano Joaquín, que conste antes de meterme en harinas de denuestos, era bonísima persona, un santo, un santo; y también lo eran, y en el caso de mis primos (selectivamente porque sólo quedan cuatro: Mario, Josín, Juanito y María del Pilar, cariñosamente apellidada *la Mona*. Dos —Chipi y Quique— cayeron en la escabechina de la División Azul. Otro, Luis, murió por el peso de la enfermedad y de los años) algunos lo siguen siendo, Luisa, su mujer, y todos los hijos, recién mencionados y vivos o muertos, de tan fértil matrimonio. Nada que objetar, pues, antes bien lo contrario, ni en lo ético ni en lo estético, a esa rama de mi familia materna, pero ¿en qué rebaño humano no hay un cordero negro?

Inciso… En 1991 al cumplirse el quincuagésimo aniversario de la División Azul, gané el premio de artículos convocado por la asociación de sus ex combatientes con un trabajo, recogido luego en el primer volumen de *La Dragontea*[104], al que pertenecen los fragmentos que a continuación, para colorear la estampa que he dado de los Ruiz Vernacci y suministrar información a los lectores sobre mi postura respecto a ellos, transcribo…

«Tres de sus miembros —mis primos Chipi, Quique y Luis— se enrolaron en la División Azul con una centella en los ojos y la frente levantada. Tenía yo entonces cinco años, pero lo recuerdo muy bien. Lo recuerdo y los recuerdo. Eran altos, fuertes, generosos. Trigo limpio, compadre. Antes de irse me levantaron en vilo a la altura de sus ojos y se despidieron de mí. Llevo ese adiós clavado en el alma. Dos de ellos no regresaron nunca.

»—¿Eran falangistas?

»—Lo eran.

»—¿Falangistas de verdad?

»—Sí… Falangistas de José Antonio, de Ernesto Giménez-Caballero, de Rafael García Serrano. Nada tenían que ver con quienes cambiaron a escape la nobleza del *Cara al sol* por la vileza de la *cara dura* el arrimo del poder. O quizá sería más justo y más exacto decir que eran, sencillamente, españoles de cuerpo entero nacidos de la semilla del iberismo, del anarquismo, del individualismo, del nomadismo y del doble Siglo de Oro. Sabían que arrieros somos y que lo que importa es la polar.

»—Dicen por ahí que la División Azul estuvo al servicio de los propósitos de Hitler.

»—Patrañas. No se puede confundir el nazismo con el anticomunismo. Chipi, Quique, Luis, Dionisio Ridruejo y sus conmilitones eran la avanzadilla de la historia. De una historia que por fin les está dando la razón.»

Cordero negro, decía… Lo hay, aseguran, en todas las familias y la de los Ruiz Vernacci no iba a ser, por desgracia, excepción. Y no lo fue. La había, era el tío Enrique, y a nadie, entre los suyos, se le ocultaba, pero lo que ni propios ni extraños podían imaginar antes de la guerra, ni tampoco durante y después de ella, hasta que en 1994 —cuando la viuda de su víctima llevaba casi sesenta años de irremediable y macondiana soledad a cuestas— Isaac Rilova, ajeno a todo, con mano inocente lo descubrió, era que por culpa de aquel miserable, de aquella lenteja averiada, de aquel negrísimo garbanzo, moriría en agraz mi padre, al que todos, también ellos, también —incluso— él, adoraban.

Por su culpa, y por la del propio difunto, sarcásticamente añado, que en aras de su espíritu de clan y de su proverbial altruismo, de su filantropía rayana en la munificencia, cometió el grave error de ayudarlo, de amamantarlo, como ya dije, de echar una mano contra natura, a redropelo, desprovista de sentido común, carente de lógica, sí, pero generosa, calurosa y tendida, a quien lo único que, como toda respuesta, sordo a la gratitud y, por ello, mal nacido, supo hacer fue mordérsela con virulenta y absurda saña de animal hidrófobo.

Veamos… Era Enrique Ruiz Vernacci, monda, lisa y llanamente, el crápula de la familia. Jugador, bebedor, derrochón (y espléndido a su manera, pero siempre con pólvora ajena), putero, aprovechado, amigo de vivir de gorra, dispuesto siempre a que fuera el prójimo quien le sacase las castañas del fuego, los pies de los jardines en los que se metía y su escaso peculio de las garras de los acreedores, haragán y, por supuesto, absolutamente incapacitado por su necedad, su ineptitud, su idiosincrasia y su sinvergonzonería para ganarse el pan con el sudor de sus santos huevos.

Gente así, con todo, nunca llega lejos, porque la cuerda, tira y tira, termina por romperse, y la situación familiar y laboral del primito Enrique estaba llegando a ser, poquito a poco, y ante y entre la cada vez más desbordante indignación de cuantos lo rodeaban, claramente insostenible. Fue, supongo, por eso por lo que mi padre, espoleado por su voluntad de ayuda, pero presionado también, seguramente, por mi madre, a la que a su vez presionarían su prima Luisa —con la que siempre estuvo a partir un piñón. Eran íntimas— y Joaquín, el marido de ésta y hermano del balarrasa, tuvo la debilidad y la ingenuidad, que le saldrían carísimas, la peor inversión de su existencia, de meter con embudo en la redacción de *La Voz*, o quizá de Febus, tanto monta, con el exclusivo propósito de sacarlo momentáneamente de apuros, a quien no era periodista ni nada de nada o, en todo caso, era sólo perito en el arte de extender la mano, timar al prójimo, empinar el codo, tumbarse a la bartola, desabrocharse la bragueta, tirarse a la guapísima actriz Margot Cottens, que era una de sus barraganas, y a hacer anillos en el aire con el humo de los habanos.

Ignoro cuándo, exactamente, sucedió eso, porque lo sé sólo por habérselo

escuchado en los remotos días de mi desatenta juventud a mi desconsolada —y desconcertada… Lo estuvo siempre, nunca se recuperó del todo— progenitora, que tampoco, sospecho, descendió a detalles ni insistió en el asunto por no saber aún, ni ella ni nadie, el papel que su primo político (¡y tan político!) había desempeñado en lo tocante a la detención de su esposo, pero debió de ser muy poco tiempo antes de que estallara la guerra.

Y si no fue así, poco importa. Sobran las cábalas. El resultado iba a ser el mismo.

Comenzó, en todo caso, la brutal tragedia y pilló al pillo veraneando muy cerca de Burgos, tampoco sé con exactitud en qué pueblo, caserío o finca, arrimado como siempre a la sombra, sopa boba, hospitalidad y calorcillo de la familia o, mejor dicho, de parte de ella, pues su cuñada —mi tía Luisa—, su hermano y marido de ésta, y los hijos de ambos, sus sobrinos, estaban atrapados en el Madrid de las chekas, las brigadas del amanecer, la Pasionaria y la mística del *no pasarán*… ¡Y tan atrapados, debería añadir, pues Luisa, acompañada por uno de sus polluelos, Josín, por mote *Oso*, se había escondido huyendo de la quema miliciana y de la greña jacobina precisamente en casa de mi madre, la de siempre, la de Lope de Rueda esquina O'Donnell, mientras el mayor de sus hijos, Chipi, estaba, como buen falangista de la primera hora, y amigo íntimo de José Antonio pese a la diferencia de edad que entre ellos mediaba, aherrojado, enchiquerado en una mazmorra cualquiera de las muchas que existían en la ciudad, legales o ilegales, y el inefable, apoteósico Joaquín, su marido, en unión de varios de los restantes miembros —ignoro cuántos y cuáles— de su numerosa prole, vegetaba malamente al abrigo del refugio brindado por la embajada de Panamá en atención a su naturaleza, que gracias a Dios no había prescrito, de ciudadano de ese país!

¡Menuda zapatiesta tuvo que ser aquello! ¡Para reír por no llorar! Lo que se dice, si no se hubiera metido por medio la muerte transformando la comedia en tragedia, un vodevil, una astracanada, un disparate, un despelote, una película de los hermanos Marx. Andaban todos los Ruiz Vernacci, como lo hacía también mi familia paterna, de aquí para allá, con el pelo revuelto, descorbatados y en abierta desbandada, a tontilocas y más ropa que hay poca, a tú la llevas, a tutifruti, perdidos, como el Dante, *per una selva scura*…

¿*Todos*, he dicho? No, todos, no, imposible, porque también, un poco más arriba, di en asegurar con aplomo, y no mentía, que parte de esa parte de los míos, incluyendo en ella al malvado Enrique, estaba de veraneo en algún lugar de la provincia de Burgos cuando empezó la guerra.

Recapacitemos, señores… Hay aquí algo, me malicio, que no me convence, que no me cuadra, y sólo sé de una persona en todo lo ancho del cochino mundo que pueda sacarme del error, si existe, y ponerme otra vez en la correcta ruta, *che la diritta via* —sigamos con el Dante— *era smarrita*. ¿Adivinan quién? ¡Bingo! Mi tía Susana, mi adorable, servicial, siempre bien dispuesta, mejor educada y sufrida tía Susana, único árbol del bosque de la generación de los Dragó anterior a la mía —

véase la dedicatoria de este libro— que sigue enhiesto, engallado, frondoso y con la copa —la cabeza— en su sitio.

Otros, ni seniles ni cuerdos, no hay. Cuando Susana desaparezca, y ojalá no suceda eso nunca, yo pasaré a ser el decano de la estirpe. O no, porque también podría morir antes, que torres menos humildes han caído. Cuatro veces he estado a punto de hincar el pico, que yo sepa, en los dos últimos años. La lívida señora me sobrevuela, me tiene enfilado, gira en círculo alrededor de mí.

Conque llamo a mi tía, que sigue en Alfaz del Pi, y esta vez doy con ella a la primera. La acoso, la coso a preguntas y…

Lo de costumbre: equivocado en casi todo.

Obra en marcha… En mala hora se me ocurrió esa gracieta, esa receta.

O sea, vuelta a empezar.

No, los Ruiz Vernacci y adláteres no estaban veraneando en Burgos (¡ya me parecía a mí, siendo como eran, mayormente de Alicante o, en todo caso, de Panamá!) ni en ningún otro jodido punto del país en llamas. Los Ruiz Vernacci, cuando deflagró el conflicto, estaban como un solo hombre, prietas las filas, banderas al viento, en Madrid, y fueron únicamente algunos (más bien algunas) de entre ellos quienes optaron por tomar el olivo, curándose en salud ante la previsible embestida del burel rojo —*colorao*, dirían los taurinos— y salieron subrepticiamente de la capital en los primeros días de la guerra, o quizás en los segundos, pero siempre antes de la fatídica fecha del 11 de septiembre, recurriendo, supongo, para organizar y emprender la huida a alguno de los boquetes heroicamente abiertos en el cinturón frentepopulista que rodeaba Madrid por sus camaradas de la Falange. La fuga les llevó, por Somosierra, a Burgos… A Burgos, digo, esto es, a la capital de la provincia y no, como dije, a cualquier ignoto enclave de ella.

Motivos para huir no les faltaban, y agarraderas para hacerlo, dentro de las filas de sus correligionarios, tampoco. Circula por los vasos comunicantes del seno de mi familia, desde que yo alcanzo a recordar, la especie —no sé si bulo o historia fidedigna— de que en el domicilio de los Ruiz Vernacci, sito en la acera meridional de la calle de Goya, casi esquina a la de General Pardiñas, se redactó parte de la letra del *Cara al sol*. No sé, no sé, pero seguro, eso sí, que en los cajones (y más aún en los cojones… Perdónenme el donaire y la grosería) de mi primo Chipi, uno de los que se irían luego a la División Azul, había camisas viejas. En los de sus hermanos, que también los tenían, *cojones*, digo, no creo que las hubiera, aunque no por falta de ganas, sino porque todos, incluyendo a Quique y a Luis, que también se fueron a Rusia, eran niños o muy poco más que eso cuando el 18 de julio cayó como una bomba sobre el país transformándolo en Hiroshima.

Otra rama de mi familia desgajada y rota. Ya van dos: la de los Sánchez Monreal y la de los Ruiz Vernacci. La de los Dragó, de momento, sigue casi incólume, pero no lo estará *sine die*, como ha de verse.

Llegaron, al parecer, a Burgos tres mujeres —mi tía abuela Enriqueta, madre de

Luisa, dos hermanas de ésta, Tití y Amparito, que se habían quedado para vestir santos. No había, pues, en aquel cortejo, niños— y Enrique Ruiz Vernacci.

Hasta aquí, todo bien, e incluso, dentro de lo que cabe y de lo que los tiempos deparaban, lógico, normal, natural… ¿Por qué, entonces, tuvo el único varón de los huidos, en los primeros días de septiembre, quizá recién llegado, quizá no, la maldita ocurrencia de denunciar ante quien correspondiese a su bienhechor Fernando Monreal y también, de paso y con las mismas, a su amigo Luis Carreño?

Bueno… Amigo, lo que se dice *amigo*, no sé si lo sería, pero colega suyo en el trajín de los teletipos y las linotipias de la casa Urgoiti, seguro que lo era.

¿Fue gratuita y, por lo tanto, estúpida la delación, movida sólo por la memez y el miedo, o fue, por el contrario, interesada y, en cuanto tal, fríamente calculada?

¿Qué le llevó, que llevó a aquel hombre, a personarse ante la autoridad constituida para señalar con el dedo acusador de la calumnia ideológica —lo que en aquellos tiempos y en aquel lugar equivalía o podía equivaler a una sentencia de muerte— a su pariente, protector, superior y, por así decir, avalista Fernando Monreal, que era rigurosamente apolítico y, por ello, escrupulosamente neutral en la sórdida, grasienta y desmelenada querella de las dos Españas, aunque de dientes afuera, y sólo para guardar las formas que por su profesión se le exigían, militase en un partido inofensivo y minúsculo, cuyo único escaño, además, y para mayor despropósito, se ubicaba en la zona derecha del hemiciclo de las Cortes?

¿Qué pretendía el chivato con su charranada? ¿Parapetarse, acorazarse, inmunizarse, taparse las vergüenzas, que creía amenazadas por su condición de redactor de a pie, sin responsabilidad ni relevancia alguna, en una agencia de noticias —Febus— o un periódico —*La Voz*— moderadamente republicanos e irse luego de rositas a tomar unas copas por el Espolón del brazo de sus colegas burgaleses? ¿Hacer méritos con miras a sobrevivir laboralmente o, inclusive, a medrar y a escalar cargos puertas adentro y escaleras arriba de las publicaciones controladas, nunca mejor dicho, y hasta qué punto, por el jerarca Pujol y la Oficina de Prensa y Propaganda?

¿Fue, acaso, detenido, interrogado, hostigado, hostiado, y se salió, ante sus acusadores y acosadores, por la tangente —clásica en tales casos— de la soplonería, la buena voluntad manifiesta, las ganas de colaborar, el arrepentimiento, la cabeza gacha y los servicios prestados?

Sostiene mi primo Mario Ruiz Vernacci —sobrino carnal y ahijado de aquel Judas — que sólo el interés pecuniario guiaba, en todo momento, así en la paz como en la guerra, a su padrino y que, por lo tanto, es inútil atribuir su delito a otros móviles. Será así, me digo, puesto que él lo trató a fondo, pero ¿cabe imaginar que Pujol le pagara en metálico sus servicios de malsín como en otros tiempos lo hacía, respecto a personajes de idéntica catadura, el Santo Oficio?

Todas esas preguntas carecen de respuesta cierta, y nunca la tendrán. Cabe jugar al juego —inútil, por lo demás, ya que a lo sucedido, pecho, y a otra cosa, señor

Maigret— de las hipótesis, de las suposiciones, de los condicionales, incluso de los futuribles. No lo haré. Ni eso devolvería la vida a mi padre, ni me traería a mí consuelo alguno. ¿*Cui prodest,* entonces? No perdamos más el tiempo. Las cosas, cuando importan, lo hacen por sí mismas, no por sus causas ni por los itinerarios o vericuetos que hasta ellas conducen. Ya dije antes que soy escritor y no científico. La literatura, filosóficamente, gravita en la órbita del principio de identidad y, en todo caso, del de contradicción. La ciencia, en cambio, lo hace sólo en el de causalidad, y por ello no aporta dicha ni sabiduría, sino información a palo seco.

Pero hay otras dos preguntas, al menos, que sí tienen respuesta plausible, acudiendo a la lógica, y que no son, como las anteriores, gratuitas, etéreas, virtuales ajenas al desarrollo y economía del relato.

La primera es de a kilo: ¿Quiso Enrique Ruiz Vernacci llegar tan lejos como llegó el mecanismo infernal que su denuncia puso en marcha? ¿Se le fue la mano, no lo calculó, no se dio cuenta de la gravedad que entrañaban sus acusaciones, no supo medir la dosis, creyó que todo quedaría en un interrogatorio más, inane y sin mayores consecuencias, sobreestimó la reconocida capacidad de mi padre para salir airoso de las situaciones difíciles y caer siempre, ¡hopla!, de pie, por más que las cosas y sus circunstancias se le complicasen, subestimó la malevolencia, rencor, encono, sumisión, abyección, magnitud de prejuicios y capacidad de envidia de las personas que escucharon su denuncia, y se vio, en definitiva, rebasado y abrumado por unos acontecimientos que en modo alguno había querido provocar?

Voy a ser generoso, voy a conceder al acusado la presunción de inocencia que todo *Homo sapiens* —cualesquiera que sean el delito que se le imputa y las sospechas de culpabilidad que lo incriminen—, *a priori*, merece, voy a aplicar el principio, no siempre saludable, de *in dubio, pro reo*, voy a tratar a quien pese a todo fue, en vida, mi pariente con delicadeza, con benevolencia, con inteligencia, con misericordia… Con todo lo que él no tuvo.

Vale decir: respondo negativamente al primer interrogante de los dos que formulé en el párrafo anterior al anterior a éste —¿quiso Enrique Ruiz Vernacci provocar el asesinato de las dos personas por él denunciadas?— y afirmativamente al segundo: actuó, sí, con inconsciencia, sin premeditación, sin alevosía, sin pretender que sucediese lo que sucedió y sin medir, por supuesto, el alcance del paso que alocadamente había dado.

Lo digo, que conste, no sólo por prurito ético, altura de miras, voluntad de perdón, pretensión de ser hombre virtuoso y categórico imperativo socrático (no sólo cristiano, como los cristianos creen) de ofrecer la otra mejilla al enemigo, sino porque lo pienso, porque lo creo, porque la virtud de la ecuanimidad me lo impone, porque la lógica así me lo indica, porque lo contrario carecería de sentido. Y punto. No quiero medallas ni moños que no merezca.

¿Por qué, recapitulando, actúo como lo estoy haciendo, por qué digo que lo hago a fuer de sinceridad y movido, en consecuencia, no tanto por mis buenos sentimientos

—démoslos por existentes— cuanto por la fría convicción derivada del ponderado análisis de los hechos?

Hay un episodio, curiosísimo, y que nunca, nadie, tampoco yo, se había explicado con anterioridad al momento en que apareció por la ranura de la boca de mi aparato de fax la reproducción de los documentos judiciales rastreados en Burgos por don Isaac Rilova, que es, lo reconozco, el principal detonante de mi brusco cambio de actitud en lo concerniente a la valoración moral y personal de la conducta seguida por el idiota de Enrique Ruiz Vernacci.

Idiota, sí, sí, sin duda, y también cobarde, lo que se dice un baldragas, pero nada más que eso, que no es poco.

Escuché el episodio en cuestión de labios, cómo no, de mi madre… Contaba ésta que el tío Enrique, al enterarse, quizá en Madrid, casi tres años después, o posiblemente en Burgos, al llegar mi progenitora a esa ciudad a finales de 1937 o comienzos de 1938, de lo que había sucedido, se cayó redondo al suelo —desmayado como una damisela clorótica— ante el estupor de todas las personas presentes, que lo eran en su mayor parte de la familia, a las que pareció no ya incomprensible, sino absolutamente inconcebible, por desmesurada, la reacción. ¿Cómo entender ésta en quien tan sólo era lejanísimo pariente político del difunto, sin lazo alguno de consanguinidad que justificase el sofocón?

¡Imagínense! ¡Cuñado de una prima hermana de su mujer! ¿Era para tanto?

No, no lo era, y estaban además allí, en la misma habitación y asistiendo a la misma escena, personas mucho más ligadas, en vida, a mi padre, de lo que lo había estado el delator, que repartía, por añadidura, su tiempo entre Ciudad de Panamá y Madrid, yendo y viniendo continuamente del coro de la una al caño de la otra, según el vaivén que el columpio de sus trapicheos, negocios y recurrentes cambios de fortuna imprimía a su existencia.

Hubo, pues, que salir del asombro, recuperar los cabales y la iniciativa, atender al caído, dar cachetes en sus mejillas, refrescar sus sienes con colonia, poner bajo su augusta nariz un pomo abierto de sales, incorporarlo, sentarlo entre almohadones con los melindres y miramientos que en tales circunstancias son de rigor, interesarse cariñosamente por su salud y por los motivos de su desmayo, hacerse lenguas sobre la sensibilidad que éste ponía de manifiesto y consolarlo por la trágica desaparición del hombre que tanto había hecho por él.

Así, y ahí, quedó la cosa, relegaron los presentes el recuerdo del peregrino episodio al desván del cerebro donde la memoria almacena los trastos inútiles y nadie volvió a mencionar el incidente hasta que yo lo desempolvé después del envío de don Isaac Rilova y lo puse nuevamente, *urbi et orbi*, en desesperada y apremiante circulación.

O mejor dicho: hubo, en contra de lo que acabo de afirmar, una persona, sólo una, mi madre, que atesoró la anécdota, sin despejar nunca la incógnita de difícil solución que la misma planteaba, y me la transmitió.

Suma y sigue, paciencia y buen conformar. Es la vida, así se escribe ésta, así suceden —una tras otra— las cosas y así, con chirriar de sierras y entrechocar de huesos, van encadenándose los eslabones y condicionamientos de la herencia de la sangre, tronco arriba, y entre las ramas y frondas, de lo que Jodorowsky llama *árbol genealógico* —subiremos a él. Tendrá peso, poso y volumen en mi relato— y otros, con perífrasis que muy recientemente se ha puesto de moda entre los clientes del supermercado de la Nueva Era, *constelaciones familiares*.

Recórranlas, por cierto, si se les ponen a tiro. Es toda una experiencia.

Y a lo que íbamos… El lance del desvanecimiento del primito Enrique demuestra, al menos a mis ojos, y sería fanatismo no reconocerlo así, que la noticia de la muerte de mi padre lo cogió por sorpresa, no entraba en sus planes ni era fruto de cálculo alguno y generó en él, además de asombro, un lacerante sentimiento de culpa: el mismo, y por lo mismo, que se atribuye, para entendernos, al apóstol que vendió a Jesús. Venirse estrepitosamente al suelo, como hizo el protagonista del episodio, es algo muy parecido, equivalente, al gesto, que se achaca a Judas, de arrojar al suelo sus treinta monedas.

Ni mi tía Susana, que lo conoció bastante, ni mi primo Mario, que era su sobrino y, en cuanto tal, lo trató a fondo, tienen de Enrique Ruiz Vernacci una opinión tan mala como la que yo, cargando la suerte y las tintas, he manifestado hasta ahora. Lo describen, más bien, como un chisgarabís, un frívolo, un pisaverde, un veleta, un irresponsable, un pícaro, un golfo retrechero y presumido, al que no le dolía abrir la bolsa, cuando la llevaba llena, y esparcir alrededor su contenido, con ostentosa y aspaventosa esplendidez de bandolero generoso, pero ninguna de las dos personas consultadas lo consideran tan granuja ni tan mal bicho como yo, precipitadamente, y pasándome sin duda de la raya, lo he descrito.

Es hora, pues, de contenerme, de rectificar y de retirar o limar las lindezas que, a impulsos de la indignación, que nunca es buena consejera, le he dedicado. Ni canalla, ni cabrón, ni víbora, ni mal nacido, ni animal hidrófobo, ni… El delator de mi padre fue, sencillamente, un majadero, un calzonazos. Dejémoslo así.

Por lo demás, señores míos, ¡qué alivio, qué descargo de conciencia, qué sensación de bienestar la que este momento me invade! ¿Se dan cuenta, reparan en el milagro, en el hermoso gesto, en la evidencia de que, a contrapelo y aguas arriba de mis prejuicios y en incierta lucha con mis pulsiones, estoy perdonando a Enrique Ruiz Vernacci, al maldito indiscreto que vendió a mi padre, al individuo que lo interpuso como escudo y se guareció tras él, al deslenguado que en mala hora y en peor sitio lo mentó, al botarate que motivó su arresto e hizo, en definitiva, posible su ejecución, al primer culpable —*sine qua non*— de que el brillante periodista Fernando Monreal terminara muriendo como un perro junto a las fauces abiertas de una carnívora fosa común?

Así, en efecto, es, pero que nadie entre ustedes, amigos, corra hacia mí para felicitarme por tan noble empeño, manifestar su admiración y palmotear mi espalda,

porque aún hay en mi aljaba dardos venenosos para acribillar a un hombre —*hombre*, he dicho, no *persona*— al que por más que me esfuerce no consigo perdonar. Hablo de Juan Pujol. Por su culpa me iré al infierno. Es hora de que ajuste cuentas con él.

Queda todavía, sin embargo, una escueta pregunta en el aire a propósito del tío Enrique… ¿Cómo se enteró de que mi padre estaba en Valladolid?

Respuesta fácil: por los cotilleos del malicioso mundillo de la prensa, donde todo corre siempre de boca en boca y de ventosidad en ventosidad. Exiguo era el trecho que mediaba entre Valladolid y Burgos. La aparición de mi padre por partida doble, con su apellido y con su efigie, en las páginas de *El Norte de Castilla* donde se daba cuenta del funeral por Ricardo Zamora, pudo ser determinante. Muchos años después, en una obra titulada *El sendero de la mano izquierda*[105], incluiría su hijo este consejo: «*Nunca suministres información a nadie. Se volverá contra ti.*»

Y se volvió, ¡vaya si lo hizo!, contra mi padre. Así las gasta el hado, así las carga el diablo.

Nunca supo mi madre quién había denunciado a su marido. No lo supo ni siquiera cuando yo, cometiendo —atolondrado— un error abominable, empuñé el teléfono nada más recibir el informe de Rilova y marqué, nervioso, su número, el de mi madre, para decirle, estúpido de mí y orgulloso, inclusive, por la primicia, que el enigma quedaba resuelto gracias a mi empuje y a las gestiones de mis amigos, que la Esfinge había desvelado su secreto, que podía dormir tranquila, que el delator —¡eureka!— había sido el tío Enrique.

¿Eureka? ¡Ay, infelice, mísero de mí! ¿A qué venía, tantos años después, la inútil, irrelevante y, por tardía, caduca y desactivada revelación del nombre del asesino (o del confidente y cómplice de los asesinos, que tanto monta), cuando ya la principal damnificada por el horrendo crimen, hundida en un vetusto y polvoriento butacón, navegaba al pairo de casi todo por la desembocadura del río de la vida y aguardaba pacientemente el advenimiento del último suspiro, a punto de sumirse ya en las tinieblas sin fondo de la locura senil que se apoderaría de ella —¡siempre, hasta entonces, tan lúcida, tan nítida, tan ágil de memoria y raciocinio, tan espabilada!— durante la última etapa de su vigoroso paso por la existencia?

Cuando lo hice, sin embargo, y fue sin duda eso lo que me animó a actuar como actué, aún parecía espabilada, ágil de raciocinio y de memoria, nítida, lúcida… Poco tiempo antes había ella asistido a la boda de mi hija Ayanta, que se celebró en la ermita de San Saturio, en Soria, *donde traza el Duero su curva de ballesta*, y se festejó luego en la huerta que desde tiempo inmemorial posee mi familia frente a las ruinas mudéjares de San Juan de Duero, y todo fue bien, a pedir de boca, redondo en la alegría, en la comunión y en el epitalamio. Basta, para comprobarlo, con echar una ojeada a la foto que ese día me saqué con ella y que más tarde reproduje en mi primer libro de memorias[106]. Fue, por cierto, la última, la definitiva. Nunca, que yo recuerde, nos hicieron otra. A nadie le gusta perpetuar el deterioro. Se plasma, se escenifica en ella su postrer momento de esplendor, y yo lo guardo junto a mí, junto a mi mesa, como si fuese, en el sagrario, la custodia de la Santa Misa, el Cáliz, el heliograma de los antiguos dioses del Mediterráneo. Mi madre nunca dejó de sentirse sacramentalmente alicantina.

Dolorido sentir…

Lo reitero: aún parecía ágil, espabilada, nítida, lúcida, y aún sonreía. Faltaban muchos meses, más de un año, para que por primera vez se le rompiese la cadera y cayese en picado. Ni yo ni nadie, entre los suyos, éramos conscientes de que correteaba ya por su conciencia, por su neocórtex, por su materia gris, por donde fuese, el comején que poco a poco, con exasperante lentitud, pero riguroso y fatal, transformando su *cebolleta* —como ella, en la fase final, bromista siempre, la llamaba— en un a modo de queso de roquefort arañado, arado y horadado por los gusanillos del moho, nos la arrebataría. Y fue, insisto, y supongo, por eso, por su

satisfactorio, en apariencia, estado de salud, por lo que le dije que Enrique Ruiz Vernacci…

Me sorprendió su reacción o, mejor dicho, su falta de reacción. Creí que le causaría la noticia un impacto tan colosal como para mí lo había supuesto la revelación a quemarropa, en aquel lejano día de febrero de 1956, de que a mi padre no lo habían matado los Hunos, sino los Hotros[107], y no fue ni por asomo así.

Hubo, cierto, un espasmo inicial, un cortocircuito, un amago de convulsión, un sollozo apagado de horror, una sofocada exclamación de amor, un balbuceo de preguntas caóticas, de interjecciones inconexas, de sonidos aislados, de silencios sostenidos, de puntos suspensivos, y, luego, nada… O casi nada.

Intuí mi error —ya, me dije, ¿para qué?—, pero lo hice, todavía, a bulto, torpemente. Le anuncié que me iba hacia allí, hacia su casa, que lo había sido mía. Colgué el teléfono, salí a la calle y apreté el paso. Veinte minutos después estaba junto a ella. La encontré, para mi propia tranquilidad, tranquila. Tanto, creo que pensé, como si hubiera olvidado no sólo el contenido de mi llamada, sino la llamada misma; o quizá, quién sabe, sea yo ahora el que sin proponérmelo, como si mecánicamente me aplicase un bálsamo con la mirada perdida y la conciencia dormida, esté construyéndome una coartada mental, la de su olvido, la de su indiferencia, la del desvío de su atención, que acaso llegó más tarde o… No sé, no sé. Sólo hay al respecto confusión en mi memoria. Ya volveré sobre el asunto. ¡Digo! Lo dejo ahora, pero no sin insistir en la evidencia, remachándola, de que el buche de la senilidad de mi madre y los anticuerpos psicoactivos del sistema inmune de su mente engulleron muy pronto, ya fuese a renglón seguido, ya algún tiempo —poco— después, lo que yo, sin darme cuenta de lo que hacía, le había revelado inútilmente. ¡Bendita inocencia de los viejos! ¡Alabado sea el déficit de su percepción y el quebranto de su memoria! Nunca más pronunció mi madre, ni yo tampoco en su presencia, el nombre de Enrique Ruiz Vernacci. En gloria estén los dos.

El corazón, como dijera Vauvenargues, tiene, cierto, razones que la razón no conoce, pero también dispone ésta de recursos que sobrepasan a aquél y lo protegen. ¿Endorfinas? ¿Analgésicos fabricados por el laboratorio ínsito en nuestro cuerpo? ¿Cirugía escatológica practicada por mi padre desde el ámbito en el que, si es que está, esté? ¿Taumaturgia y *misericordia* del Sumo Hacedor?

Hay que morirse para averiguarlo. No sé de otro sistema.

Es el turno de Pujol… Que aguante, ya he dicho, su vela y el roción que se le viene encima. ¡Execrado sea su nombre y descerrajado su sepulcro! No voy a darle tregua, no voy a perdonarlo ni, mucho menos a excusarlo, a buscar circunstancias que atenúen su responsabilidad, porque no existen ni las merece. Fue Pujol, y nadie más que Pujol, aunque no le pertenecieran los dedos de quienes en última instancia apretaron el gatillo, el máximo culpable, el sumo sacerdote, el único *Deus ex*

machina, del asesinato de Monreal y Carreño. Y lo fue porque sólo él sabía lo que estaba haciendo, sólo él era consciente de la brutal injusticia que se perpetraba, sólo él, y no las autoridades militares que, pasivamente, burocráticamente, dejaron que los acontecimientos siguieran su curso natural y judicial, ni los perros rabiosos de la jauría aparentemente humana que sacó a los dos periodistas del sitio en el que se encontraban y los llevó de *paseo,* podía poner nombre y apellido, y fecha y lugar de nacimiento, y currículo, y carácter, y aficiones, gustos y disgustos, virtudes y defectos, dimes y diretes, detalles, adjetivos, propósitos, fracasos, triunfos, entorno familiar y laboral, amigos y enemigos, tangible, menuda y cotidiana vida, en suma, a los dos hombres que iban a morir. Éstos eran, para el resto de sus verdugos, rostros desconocidos, víctimas anónimas, gente sin atributos, seres sin identidad, judíos de campo de concentración nazi marcados por un número, mandarines, por así decirlo, de relato de Eça de Queiroz que venían de una región lejana, de una ciudad sin nombre, de un paisaje envuelto en niebla, de una estrella apagada, y simples monigotes, por ello, del pimpampúm nacional instalado en las barracas de feria de la guerra civil, pero para él, para Juan Pujol, para el asesino de Fernando Monreal y Luis Carreño eran precisa, concreta, exactamente eso: Luis Carreño y Fernando Monreal.

Vale decir: dos periodistas, dos colegas, dos amigos (o, si su relación no llegaba a tanto, dos conocidos, como mínimo, lo que también pesa) y dos personas, en una palabra, de carne y hueso.

¿Y cómo, rediós, no iban a conocerse los tres personajes —dos protagonistas y un antagonista— de aquella tragedia, de aquel desafío en el O. K. Corral, de aquel duelo al sol del verano en Burgos? ¿Cómo no iban a ser, además, amigos o, por lo menos, amiguetes en años tan densos, intensos y promiscuos como aquellos y en un vociferante patio de vecindad como a la sazón lo era Madrid —lo que se dice una cazuela de teatro del Siglo de Oro, un gallinero del templo de Talía, una corrala de sainete de Arniches—, Juan Pujol, director del diario *Informaciones* (que después de la guerra, pero siempre bajo la batuta de ese mismo Goebbels de pacotilla, pasó a ser portavoz oficioso de los nazis —sí, sí, de los nazis— hasta que las alimañas del ejército de Stalin, entre lobos andaba el juego, entraron en Berlín), Fernando Monreal, director de la agencia Febus, y Luis Carreño, redactor con voz y voto en *La Voz*?

¡Seguro que los tres pululaban por los mismos mentideros, seguro que frecuentaban los mismos bulliciosos cafés y cervecerías con el suelo espolvoreado de serrín y pavimentado por las pieles de las gambas, seguro que merodeaban por los mismos cazaderos en los alrededores del Palacio de la Prensa y que se solazaban con las mismas putas en los burdeles de las calles de Tudescos, San Marcos, la Reina y la Madera, seguro que tomaron muchas cañas juntos, seguro que mil veces se toparon los unos con los otros, los otros con los unos, recogiendo rumores por los vestíbulos de los ministerios, por los divanes de las embajadas, por los pasillos de las Cortes,

por las covachuelas de los partidos, por los cubiles de los sindicatos, por el ambigú de los frontones, por el guirigay de los agentes de Bolsa, por los *sacros, altos, dorados capiteles* del dinero, por las alcantarillas del poder político, para transformar luego, por arte de manipulación y birlibirloque, los bulos en datos, las leyendas en hechos, las mentiras en verdades, las verdades en mentiras, los amores en odios, el silencio en algarabía, la intimidad en espectáculo, el grano en granero, el ratón en elefante, el gran hombre en ayuda de cámara, la Historia en mera actualidad y todo, absolutamente todo, en noticia!

Piccolo mondo el suyo, sí, el de la *canallesca*, y aún más pequeño, porque no lo prolongaban y ensanchaban los teletipos, el de aquella ciudad, Madrid, que era ya poblachón manchego, como lo es ahora, y que siempre ha sido más Villa o villorrio que Corte, a no ser que esto último lo sea, únicamente, de los milagros… De ellos nos libre Dios, que de los hechos corrientes y molientes ya me libro yo.

Mundo pequeño, decía, y añado que también, el de la prensa, *mondo cane*, perro, cabrón. Nadie duda, al menos hoy, de que el periodista sea o se haya convertido, por lo general y con las debidas excepciones, en un lobo para el hombre y para sus compañeros. A tamaña antropofagia lo llevan su condición carnívora y su apetito de sangre fresca. Es hemoadicto, es como Drácula. Véase por ejemplo, y para abonar lo que digo, esa orgía de vulgaridad y degradación a la que llaman *telebasura* (mal llamada, por cierto, ya que debería llamarse *telemierda*, pues la mierda no se recicla, mientras la basura, sí), pero a diferencia del lobo, que respeta y protege a los miembros de la manada, y que jamás remata al macho viejo que dándose por vencido en la lucha por el poder le ofrece el cuello, los periodistas sí lo hacen, descabellan, dan la puntilla, no perdonan, no distinguen y se tiran con saña a la yugular de quienes en el trabajo, compañeros de empresa y presa o no, les hacen sombra.

Y mi padre, águila de la información, fiera de las redacciones, animal de teletipo, *daimon* de las linotipias, genio de la gestión y astro en perpetuo ascenso, hacía lo dicho, *sombra*, a todos los colegas ambiciosos y, entre ellos, y en especial, al ambiciosísimo —más que nadie— Juan Pujol, fundamentalista de la dictadura, virtuoso en el arte de la trepa e hijo de puta con manchas, hálito y mandíbula de hiena, que desde los primeros días del conflicto, y no digamos después de él, en gracia a las habilidades servilmente desplegadas y a los méritos acumulados al frente de la Junta Nacional de Prensa, se convirtió en fantoche, en mandamás, en Gran Manitú e Inquisidor de los servicios de *agitprop* de Franco, en los que dirigió, sucesivamente, el *Informaciones* y el *Madrid*, y en los que, sobra decirlo, disfrutó, con mando en plaza de soberanía, totalitarismo y caciquismo, de otras muchas prebendas.

Fue, supongo, por eso, por la envidia, consustancial a tantos españoles (y más en tiempo de guerra civil) y por la demoníaca ambición que lo caracterizaba, y para el desarrollo de la cual veía en mi padre un obstáculo, por lo que Juan Pujol ordenó que detuvieran, tras la denuncia de Enrique Ruiz Vernacci (acaso, se me ocurre ahora, por

él mismo concebida, sugerida, canalizada e instrumentalizada) a Monreal y Carreño, y los envió, como ya dije, derechitos al calabozo de la Parca.

Es hipótesis, lo sé, no se me oculta, que ya no cabe demostrar, y quizá, tampoco lo excluyo, sospechosa de voluntarismo por mi parte, pero sólo a su trasluz, dándola por buena, cabe entender la monstruosa, criminal, desproporcionada y, de otro modo, inexplicable iniciativa tomada por Juan Pujol…

Porque, ¡caramba!, una cosa es criticar a los colegas con lengua más o menos viperina, los codos y el culo respectivamente apoyados en el mostrador y el taburete de un bar, y una rubia, espumosa, helada y bien tirada cerveza delante de los ojos, o pisar una noticia al compañero de mesa, o echar alguna que otra zancadilla a quien se cruce en el ejercicio y rutinario toletole de la profesión, y otra enviar a morir a dos personas de bien, una de las cuales era, por añadidura, y Pujol tenía, forzosamente, que saberlo, miembro de un partido moderado, transigente, conservador y católico.

Caerá, sin duda, más de uno, suponiendo que alguien haya tenido la curiosidad de abrir este volumen —ya desconsideradamente grueso— y la paciencia de seguirme hasta aquí, en la cuenta de que son bastantes las ocasiones en las que, para contar debidamente al lector todo este gatuperio he recurrido a los servicios gramaticales del verbo *enviar*. Y no lo he hecho inadvertida, sino deliberadamente, por entender que fue, al pie de la letra, eso —*enviar*, enviar a morir— lo que el judas, descaradamente, sin salvar las apariencias y sin andarse con rodeos, hizo. Innecesario parece encarecer que, en tales días, menos de dos meses después del comienzo de la guerra, y en tal ciudad, Burgos, convertida desde el primer momento, como también lo fue Salamanca, en principal centro de mando, estrategia y operaciones del ejército rebelde, así como del incipiente Estado que en torno a él empezaba a perfilarse, decir lo que Pujol decía en el documento enviado a la comandancia militar y a su cabeza visible, el Ilustrísimo Señor al que Dios (ya ves tú… ¡Pobre Dios!) tenía que guardar muchos años, equivalía a una sentencia de muerte dictada en firme y sin derecho a apelación.

Rememoremos los términos que con astucia de serpiente y sin inocencia de paloma escogió y manejó Pujol. Solos se alaban, no requieren de mayores comentarios.

A saber:

1. «*La Voz*, periódico tan adicto al Frente Popular que no ha sido incautado por el gobierno marxista de aquella capital.» Subráyese el *tan*, que es un poema, y lo del *marxismo*. ¡El cielo me valga! ¿Qué habrían dicho los Urgoiti?
2. «Ambos sujetos llegaron a Granada […] creyendo que aquella ciudad estaba en poder de los rojos.» Repárese aquí en lo de *sujetos*, una lindeza sutil y delicadamente aplicada a los dos compañeros de profesión a los que el autor del libelo conocía perfectamente. ¡*Sujetos*! ¡No te fastidia!»
3. «Periodistas de derecha poco escrupulosos.» ¿En qué quedamos, señor Pujol? Si

eran *de derecha*, ¿cómo iban a ser *poco escrupulosos*? Creía que, desde su óptica, sólo la gente de izquierda podía adolecer de tamaño defecto. Ándese con ojo, Pujol, no vaya a ser que a título póstumo lo enchiqueren los de *La Codorniz*, que seguramente serían amigos suyos, en su celebérrima *Cárcel de Papel*. ¡A usted, precisamente a usted, hombre de pluma que tan aficionado era a encarcelar a las personas!

4. «Estos dos *peligrosos* individuos»… El subrayado es mío, por más que no haya necesidad de él. Hay expresiones, ya lo dije, que solas se encarecen, y ésta —lo de *peligrosos*— es una de ellas. Ese adjetivo era, en el momento en que se disparó (digo bien: *disparó*), tan letal como una bala en el entrecejo. Búsquese en él la más reveladora, y demoledora, clave de lo sucedido. Y…
5. «Me creo en el deber de ponerlos a disposición de V. S. para que *con vista de los antecedentes a que hago referencia*»… El subrayado vuelve a ser de mi cosecha.

Téngase en cuenta, para situar el documento en su debido marco y calibrar el alcance y potencial explosivo de la pólvora que llevaba en su seno, algunos datos, sucintos, acerca de la situación en la que se encontraba, por aquellos días, la zona nacional —la otra, de momento, no nos interesa— en lo relativo al macabro juego, y toma y daca, de la represión, la *vendetta,* la *omertà*[108], las represalias, los ajustes de cuentas, los encarcelamientos, los linchamientos, los juicios sumarísimos, las *sacas y* los *paseos*.

El *todo vale*, el *ancha es Castilla* —por ella andamos— y la licencia de disparar antes de preguntar, o sea, la absoluta y aberrante conculcación de cuanto, con sus graves contradicciones e infinitas limitaciones, significa el Estado de Derecho (por más que yo, pirata honrado de José Agustín Goytisolo, crea que no hay derecho a tener Estado y que todo Estado debería carecer de derechos), empezó a aplicarse, a sembrar el terror, a socavar la convivencia, a necrosar las conciencias y a devastar la zona el día 1 de agosto o, como mucho, el 2, cuando los rebeldes, a raíz del parón sufrido en Somosierra, comprendieron que no iban a entrar en Madrid, que el golpe había fracasado y que los combates seguirían durante largo tiempo. Otras fuentes, que no voy a detallar por ser de escasa monta la discrepancia de fechas por ellas sugerida, sostienen que fue el 13 del mismo mes cuando se levantó sin tapujos la veda y empezaron las matanzas propiamente dichas. Pero, en todo caso, y cualesquiera que sea la cronología exacta, por lo menudo, del calendario del horror, mi padre y Carreño llegaron a Salamanca, Segovia y Valladolid *después*, aunque por pocos días, de *todas* las fechas que los investigadores barajan, por lo que las divergencias entre quienes proponen las del 1 o el 2 de agosto y quienes se inclinan por el 13 en nada afectan a la odisea de los errabundos. Aparecieron éstos, con portentoso sentido de la inoportunidad, en el peor de los momentos, cuando el genocidio —¿acaso, a la larga, y en las dos zonas, no lo fue?—, ya consolidado y férreamente organizado, alcanzaba su apogeo. ¿Por qué no se quedaron tranquilitos en Granada, viéndolas venir desde la

soberbia atalaya del Generalife y aguardando a que soplasen mejores vientos y escampara el horizonte de la guerra, cargado aún de confusión, palos de ciego e incertidumbre? ¿No conocían mi progenitor y su amigo la vieja y sabia exhortación de Ignacio de Loyola según la cual no es conveniente hacer mudanza en tiempo de tribulación?

Diría mucho después Scott Fitzgerald, en otro contexto, que para un matrimonio en larvada crisis, o para cualquier pareja que lo esté en sordina, sin aún saberlo, no hay nada más peligroso que cambiar de casa llevándose su contenido a cuestas. Suben los fornidos cargadores de la empresa de mudanzas, empaquetan los enseres, distribúyenlos los no menos membrudos estibadores a lo largo, ancho y alto del consabido camión capitoné, se desgaja la pata de un sofá, se hace añicos un falso jarrón de porcelana Ming y astillas el taburete del baño, empapa los colchones el viscoso contenido de un garrafón de aceite de oliva inadvertidamente descorchado, hay que dejar en la vivienda abandonada media docena de sillas, un descomunal trinchante y un aparatoso armario, llega por fin la expedición a su punto de destino, vuelven al tajo los porteadores y mozos de cuerda, se quedan todos —también los paganos y supuestos beneficiarios de la mudanza— visiblemente consternados al descubrir que el ascensor es minúsculo y el montacargas no funciona, hacen de tripas corazón y palanca con los riñones, jadean, echan el bofe, se llevan por delante el marco de una puerta, se desploman los cristales de dos ventanas, se funden los plomos entre chispazos y cortocircuitos, cobran conciencia —¡a buenas horas!— de que es imposible dar cabida al inmenso lecho conyugal en la raquítica alcoba que lo aguarda, se sientan en un cajón vuelto del revés, miran alrededor, pasan mentalmente lista a los objetos de su ajuar, hacen atolondrado arqueo de las existencias, escudriñan baúles, revisan papeles, vuelcan cajones, caen en la cuenta de que han desaparecido para siempre el gato, el álbum de las fotos de la boda (si la hubo), el vídeo de la misma, las cartas del noviazgo, el dije de la abuela, las escrituras de la casa, el contrato de la luz, la válvula de la bombona, las pastillas para dormir, y zas, se pierden los nervios, estalla el conflicto y la crisis deja de ser un *sotto voce*, una desazón íntima, un vago atisbo, un mero rumor de fondo… ¿Está hecho? Divorcio o ruptura al canto.

Sobra, espero, aclarar que con esta digresión antirromántica —*l'amore no e'bello,* dicen los italianos, *se non e'litigarello…* Vale decir: pendenciero, quisquilloso, peleón. Se equivocan— sólo quería poner una sonrisa en los ojos del lector y quitar un poco de hielo y hierro, no mucho, a la intempestividad de la fecha escogida por mi padre para llegar a Valladolid.

Ya estamos otra vez en él. Y decía que fue entonces, entre el 1, como muy pronto, y el 13, como muy tarde, de agosto, cuando la asonada militar derivó a pogromo de civiles y, por si la guerra en sí, a palo seco, ¡y tan seco!, no fuera suficiente, se dio paso a la escabechina de quienes no llevaban uniforme, con el agravante de que la misma no fue sólo fruto espontáneo y anónimo surgido al socaire del zafarrancho y

desmadre bélico, sino decisión fríamente tomada, minuciosamente calculada y eficazmente organizada por quienes, al menos en teoría, se habían sublevado para devolver el orden a la sociedad, no para atizarlo ni extenderlo, y tenían el deber de esmerarse en su mantenimiento.

No cabe dudar, por desgracia, de lo que acabo de decir. ¡Qué más quisiera yo! Pero obras y datos, son, como siempre, amores. El imperio del terror —que terminaría, eso sí, a finales del mes de septiembre, cuando el ejército empuñó de verdad el mando, derogó la ley de la jungla impuesta por los somatenes, jueces de la horca con sus alguaciles, catervas de indocumentados, pandillas de forajidos, manadas de pistoleros, hatajos de matones, falanges de varia lección y patuleas de polícroma índole, y salió por los fueros del honor castrense— se estableció y extendió a golpe de consigna, como lo demuestra, entre otras cosas, el hecho de que los asesinatos empezasen a la vez, con matemática sincronía, en todas partes, y como lo corrobora la evidencia de que en todas o casi todas las *sacas* —aunque no así en los *paseos* individuales o familiares— figuraba, incorporado a la recua de facinerosos que se tomaban la justicia por su mano, al menos un representante de la Benemérita, si no varios. Los militares, más astutos, más pudorosos, más decorosos, más disciplinados o, sencillamente, menos despiadados, rara vez hacían acto de presencia, lo que, desde luego, no impide (pero tampoco demuestra) que estuviesen acogiéndose al socorrido recurso de tirar la piedra y esconder la mano.

Particularmente cruentas fueron, al parecer, las ejecuciones ilegales en Burgos, ¡vaya por Dios!, donde el coronel Marcelino Gavilán, ascendido al cargo de gobernador civil —*¿civil?*— inmediatamente después del Alzamiento, declaró sin empacho alguno el día 19 de julio que había llegado el momento de echar literalmente «al carajo toda esa monserga de los derechos del hombre, el humanitarismo, la filantropía y demás tópicos masónicos».

No se andaba con chiquitas el hombre, no… Fuerza es reconocerle sinceridad, chulería, desparpajo, rostro, lámina, trapío e insolencia. ¡Menudo programita! Todo, a partir de semejante vomitona, era posible. Y lo fue. Eladi Romero, en el mismo libro del que he extrapolado la frase de marras, asegura, supongo que con fundamento, que hubo en Burgos, entre los meses de julio a diciembre de 1936, fehacientemente comprobadas, la friolera de ciento treinta y nueve ejecuciones y treinta y nueve desapariciones «presumiblemente convertidas en asesinatos»[109].

Y entre las últimas, añado yo, aunque no sé si el autor estaba al tanto de ellas y las contabilizaba, las de Monreal y Carreño… Llegaron éstos, en todo caso, al peor lugar —Valladolid y, luego, Burgos— en el peor momento, ya lo dije, aunque excelente, sin duda, para husmear y recoger noticias, y para ejercer, por lo tanto, el oficio al que se debían y en el que con sacerdotal entrega militaban. O de cómo, amigos, el don de la oportunidad puede transformarse en lo contrario y salir por la culata. ¡Que me pregunten a mí si su desaparición fue convertida o no en sumarísima ejecución, sin juicio y, por ello, en flagrante asesinato!

El escrito de Pujol sellaba la suerte de los detenidos. Ingresaban éstos en la Prisión Central de Burgos —tengo sobre la mesa su expediente— el mismo día en que la mano del asesino fechó y firmó el documento que, entre líneas, sin aportar indicio alguno, razonable o no, de culpabilidad ni tan siquiera molestarse en buscarlo, ¡faltaría más!, los sentenciaba. Seguimos, pues, a 12 de septiembre, y nada sabemos —ni sabremos nunca— acerca del lugar, en Valladolid o en Burgos, donde los *morituri* pasaron, en vela, supongo, su antepenúltima noche: la del undécimo día del noveno mes del trigésimo sexto año del vigésimo siglo. Sí consta, en cambio, la exacta ubicación de las colchonetas manchadas de sudor, hedor y semen sobre las que acomodaron sus respectivos e insomnes cuerpos —¿dónde andarían las almas?— a lo ancho y a lo largo de la penúltima y última noches, interminables ambas. Aludo a las de los días 12 y 13 de septiembre. Lo hicieron —dormir, velar, tal vez soñar— a buen recaudo: al que gratis, pero no *et amore*, les dispensó la Prisión Central de Burgos. En cuanto a la del 14… ¡Ah, ésa no la pasaron ya en ninguna parte! No había necesidad de dormir. Tampoco era posible velar. No tenían sueño. No estaban cansados. Estaban muertos.

Detalles, aderezos, especias, quisicosas… Reduzcamos un poco el voltaje y la tensión, relajémonos, rebajemos el vino con el agua de algunos pormenores marginales y anecdóticos, pero no enteramente desprovistos —creo— de significación.

Curiosa es, por ejemplo, la cuasi coincidencia, ya mencionada, de que en el mismo mes, aunque unos días más tarde, en el que Fernando Monreal llevó a término su fúnebre paseíllo de primer espada de la prensa de Madrid por la plaza de Burgos, pasase también por ésta, arrestado en Zaragoza por la misma fuerza pública, y rebelde, que había detenido a mi padre en Valladolid, nada menos que don Manuel Aznar, maestro, protector y principalísimo valedor, además de amigo, como ya sabemos, del periodista encarcelado y fusilado, y por añadidura —más coincidencias, más sincronías junguianas— indirecto, secundario e involuntario responsable de la loca carrera hacia la muerte emprendida por su discípulo y casi seguro delfín *in pectore*.

No viene aquí a cuento ni me traería cuenta, pero las aventuras vividas por Aznar en los dos meses siguientes al estallido de la guerra darían sobrado pie para escribir un novelón o, más bien, un culebrón. Yo mismo di un anticipo de éste —tracé su escaleta— en otro lugar de mi libro. El 18 de julio —quizá, incluso, el 17— pidió protección y bula a don Indalecio Prieto, que lo salvó de las chekas cenetistas permitiéndole dormir en el suelo o en un diván, poco importa, de la antesala de su despacho. Recuperó luego el periodista, con su acostumbrada habilidad, el control de

la existencia y de la supervivencia, consiguió salir de Madrid rumbo a Bruselas, amparándose en su condición de directivo del sindicato de tranvías, o algo así, para representar al mismo en no sé qué congreso, simposio o asamblea de las gentes del susodicho gremio y otras que al mismo son bailaban, volvió a España desde Bélgica, pero no hacia la zona roja, de la que ya había tenido buena muestra, y le bastaba, sino hacia la nacional, dio con sus molidos huesos en Zaragoza, participó —disfrazado de falangista, con botas de caña alta, cinturón de poderosa hebilla plateada, correajes, calzoncillos (es de suponer. No los enseña la foto) bordados por los dedos primorosos de las chicas de lo que aún no era Educación y Descanso, camisa azul recién estrenada y cangrejo en la pechera— en el desfile que celebraba la liberación de la Pilarica (que no quería ser republicana, sino capitana del ejército rebelde), fue detenido en compañía de su colega Pla, que se alojaba en la misma pensión, lo condenaron a muerte, lo trasladaron a Burgos con la intención, me parece, de ejecutarlo allí y…

Lo demás ya lo sabemos. Sepa también el lector que todo lo relatado es incierto fruto de mi memoria, nutrida ésta por lecturas lejanas sin el apuntalamiento de la relectura, y que no me anima, en consecuencia, voluntad de historiador, sino, en todo caso, de novelista.

Por cierto: otro Aznar ex campeón de Castilla de lucha libre, que nada tenía que ver con el ex director de *El Sol*, cortaba por aquellos días el bacalao precisamente en Burgos, donde era, junto al *pontifex maximus* Manuel Hedilla, que había llegado a la ciudad el día 8 de agosto, indiscutible *duce* en la delegación local de la Falange y una de las más altas autoridades de la misma en todo el territorio nacional. ¿Supo lo de mi padre? No creo, porque seguramente, si se hubiera enterado, lo habría impedido. No eran falangistas de verdad, sino *lumpen*, morralla, gentuza, chusma, quienes, aguardentosos, trasnochadores, señoritingos y a la vez plebeyos, y a menudo por lamentable iniciativa propia, *sacaban* de sus domicilios o recogían en el antuzano de las cárceles a las personas que en cuestión de minutos o, todo lo más, de escasas horas, yacerían a pecho abierto y a sien volada, con los ojos dilatados por el pavor e inmovilizados por el rigor de la muerte, en los bancales, rastrojos y zanjas de los descampados. Actuaban así, parejos, tan españoles los Hunos como los Otros, en las dos zonas (y eso multiplica el horror, si cabe, de lo sucedido), no sólo por el odio, por la envidia, por creer que de esa forma hacían méritos y ganaban crédito, y por la innata, genética crueldad del aborigen hispánico, sino, también, por divertirse, por afición a la francachela, para que la parranda no decayese, para alargar la noche, por vicio, como quien se toma, entre regüeldos y bajo una lluvia de interjecciones, gruñidos de lobo y palabras malsonantes, qué risa, tía Felisa, la espuela, un tazón de espeso chocolate —*a la española*, sí— acompañado de grasientos churros o, mejor, por porras, el nombre lo dice todo, qué brutalidad la nuestra, y rematado por una copa de cazalla, de ojén, de chinchón, de orujo, de sol y sombra o de matarratas. *¡Olé mis cojones, macho, y viva la madre que me parió! ¡Vámonos a escabechar rojos o a*

apiolar fachas! Y se iban…

España, amigos, simplemente España: una unidad de destino en la barbarie. Que nadie me venga con la vaina krausista e institucionista de que existen dos: la de Frascuelo, la de la idea… España, lo que se dice España, sólo hay *una*, y no es ni *grande* ni *libre*. Nunca lo ha sido, nunca lo será.

Aznar —el periodista, no el falangista— fue trasladado a Valladolid, después de pasar unos días detenido en Burgos, para ser ejecutado en esta plaza, pero alguien de peso lo vio, *in extremis*, a los pies, por así decir, del paredón, lo reconoció, se llevó las manos a la cabeza, preguntó, iracundo, que si estaban locos, explicó a grito pelado que aquel hombre era don Manuel Aznar, ex director de *El Sol y*, por sus muchos méritos, prócer de la patria, lo salvó de la quema y…

Muy pocos días después ya estaba el egregio periodista y hombre de mundo encamado con los poderosos, encaramado a lo más alto de su profesión y convertido en corresponsal de guerra, cronista e historiador de la misma, biógrafo de Franco y qué sé yo cuantísimas cosas más. Tuvo lo que le faltó a mi padre: *baraka*, aunque ese *flatus vocis* del imaginario musulmán —buena suerte, mala suerte… Tonterías. No así, por supuesto, el *karma*, que es ciencia con conciencia, exacta, e ineludible ley de causalidad, de responsabilidad y de mérito o demérito— me resulte por completo ajeno.

Pero, con *baraka* o sin ella, y en lo concerniente a mi padre, en el episodio vivido por Aznar al que acabo de hacer referencia aflora eso que el tópico llama *ironías del destino*. Pongamos que la detención de Fernandito Monreal, discípulo amado de aquel maestro, se hubiera producido unos días después, pocos, de cuando por desgracia se produjo o, simplificando aún más las cosas y el lance, imaginemos que nunca se llevó a cabo, lo que no es en modo alguno, y nunca lo fue, hipótesis inverosímil… El resultado de esa suposición bicéfala, tanto en la primera de sus vertientes como en la segunda, es siempre el mismo: mi padre, para empezar, no habría muerto, porque don Manuel, tomando impulso en la superficie elástica del plinto de su influencia, habría corrido en su ayuda, y en segundo lugar, y tanto si estaba en la cárcel como si no, habría seguido un destino profesional paralelo, de éxito en éxito, de cheque en cheque, de ascenso en ascenso, al que así en la guerra como en la posguerra tuvo su protector.

Y eso, qué duda cabe, habría influido también, desviándola desde su origen hacia otras etapas y metas, en mi propia trayectoria no sólo profesional, sino también, en toda la extensión de los dos adjetivos, esencial y existencial.

Otra anécdota marginal —otra *sincronía*, como en seguida ha de verse— ataña a la coincidencia de que un segundo personaje ilustre, el poeta y dramaturgo Manuel Machado, terminara también casi por las mismas fechas —que en su caso fueron las del 29 de septiembre y 1 o 2 de octubre— en la cárcel de Burgos, ciudad en la que fue detenido a causa de no sé qué declaraciones aparecidas en un periódico francés. Lo de posible, y enésima, *sincronía* junguiana o *fenómeno de convergencia* latente, o

más bien patente, en ese episodio apunta al dato cierto de que fue el infame Juan Pujol quien intervino —esta vez sí. Sabía lo que se hacía. No era cosa de crear, después del error cometido mes y medio antes en el barranco de Víznar, un segundo mártir andaluz y lírico con el que alimentar la mitología y leyenda de la heroica España antifascista. Nunca dio Pujol puntada de servidumbre sin hilo de oro— en la exoneración y excarcelación del poeta tan estúpida y desconsideradamente aherrojado, que a raíz de su puesta en libertad también llegaría a ser, hilando hábilmente su copo y asemejándose en ello a su tocayo Aznar, panegirista y exaltado cantor de la figura de Francisco Franco, e inspirado y arrebatado rapsoda de las virtudes y logros del Régimen por él impuesto.

A punto estuvieron, pues, de coincidir en las celdas, galerías y letrinas de la prisión de Burgos dos padres de la patria y un cachorro de la misma raza que, seguramente, hubiera llegado a serlo. Alejandro Dumas, Ponson du Terrail, Maurice Leblanc, Arturo Pérez Reverte y Dan Brown, trabajando al unísono, no habrían llegado tan lejos ni hilado tan fino: García Lorca, Aznar, Manuel Machado, mi padre… ¡Qué mimbres para un folletín! Vidas, las de los cuatro (y sálvense las distancias que no son cortas), paralelas, en muchas cosas o, por lo menos, cuasi equivalentes en otras tantas, consanguíneas en buena parte de sus glóbulos rojos o azules, y convergentes, lo hemos visto, como las de muchos de sus compatriotas, en el sumidero del remolino de la guerra civil, pero que una vez llegadas a él, y en vísperas todas de que sonara la hora de la verdad suprema, se dividieron en sendos grupos de dos y se adentraron por caminos divergentes. A punto estuvo Manuel Machado de convertirse en otro Lorca y a pique anduvo don Manuel Aznar de correr la misma suerte que le tocó a mi padre. Y viceversa, claro: Fernando Monreal pudo haberse convertido en cronista de la guerra de Franco y en director de la agencia Efe, mientras García Lorca, salvado por los Rosales, ingresaba en la Falange, dedicaba una elegía a José Antonio Primo de Rivera, que fue su amigo, y llegaba a ser el Píndaro del Nuevo Régimen. Pero no fue así. Sucedió lo que sucedió, elemental, querido Watson, y verdad de Perogrullo, y el albur del hado o el dictado del *karma* separó a los unos de los otros, centrifugándolos, quebrando sus paralelismos, trocando el sentido del diagrama de su convergencia y concediendo a dos de ellos, los más ancianos, longevidad y gloria, y a los otros dos, los más jóvenes, fugacidad y… anonimato, iba a escribir, pero me embrido a tiempo, sabedor, como todo el mundo, de que Lorca saltó a la fama universal (y no meramente nacional, como la que alcanzaron los dos Manueles), y es hoy, junto a su amigo Dalí y en unión del psicópata Picasso, uno de los tres españolitos del siglo XX más conocidos fuera del país en el que nacieron. Mi padre, en cambio, careció de fama póstuma (y, en consecuencia, tampoco la padeció). No tuvo ni eso: una brizna, un espasmo, un sarcasmo. Mi padre se fue en silencio, por el escotillón de la nada, a la vida eterna, si la hay, y punto. Muerto el perro, se acabaron los ladridos. Nadie, excepto Eduardo de Guzmán y Luis Romero, y yo, ahora, volvió a estampar su nombre en negro sobre

blanco. Ni siquiera tuvo, como el poeta granadino al que asesinaron mientras él andaba por allí, el triste consuelo de la cebada al rabo.

Cosas de la guerra civil, ¿quién lo duda?, gajes de haber nacido en un país donde los indígenas suelen incendiar bosques y gustan de torturar o asesinar a sus parejas, historias y batallas de nuestros antepasados que hoy se nos antojan lejanísimas, pero a cuento de las cuales no me atrevería a decir que verdaderamente lo están ni lo son. Las llevamos dentro, nos nutren, nos martirizan, son hilachas del ropaje y esquejes del ramaje de nuestro árbol genealógico, y brotan, y rebrotan, y vuelven a brotar, como dicen que beben los peces del villancico, por más que las consideremos extinguidas, en cuanto sopla un poco de viento. Es, o lo parece, mal de ojo, *jettatura*, mirada de tuerto, maldición bíblica. Ya saben: pasarán siete veces setenta generaciones antes de que… Son, todo esto, cosas en las que jamás había pensado, que se me acaban de ocurrir, que corren paralelas al parto de la tragedia que temblorosamente me he puesto a escribir. Es ahora, y sólo ahora, cuando con íntimo, lacerante desgarro las descubro. *Un carnívoro cuchillo de ala dulce y homicida / sostiene un vuelo y un brillo alrededor de mi vida*. ¿Dulce? Dulce, sí, porque ésta, en cierto modo, empieza para mí precisamente *ahora*, lo tengo dicho, al descorrer el velo que ocultaba la muerte de mi padre, seguirlo hasta la tumba y más allá, abrirla, descender a ella, desenterrar su helado cuerpo *a dentelladas secas y calientes*, desamordazarlo, regresarlo, besar su noble calavera, pagar el tributo, Critón, que su memoria merece y sacrificar sobre la inexistente lápida de su sepulcro el toro negro que España y yo le debíamos.

Otra nota al margen, retroactiva esta vez…

Solía el *Diario Regional* de Valladolid dar cabida en sus páginas, durante los primeros meses de la guerra (y no sé si también en los sucesivos, porque no lo he verificado. ¿Para qué? Mi inmersión en las hemerotecas no rebasa el día en que murió mi padre), a un recuadro en el que se recogían, de a uno y cada quisque con su nombre y apellido, el número y la identidad de las personas que habían sido arrestadas la víspera. Pues bien: en contra de lo previsible, y más aún, esto último, si consideramos que mi padre era hombre relativamente conocido, o lo era, al menos, y en no escasa medida, además de apreciado, puertas adentro del periódico en cuestión, no aparece su nombre ni el de Carreño en la reseña publicada el día 12, que es la que cronológicamente les correspondía. La del 13, quizá por ser domingo, no figura, ni tampoco existe la del 14, pues los lunes no salía el periódico.

¿Por qué?, me pregunto mientras me rasco la cabeza. ¿A qué venía esa irregularidad, esa ruptura en la secuencia lógica, ese silencio, ese misterio? ¿Fue, acaso, trato de favor graciosa y amablemente dispensado a dos amigos, a dos compañeros de laburo y brega, para ahorrarles, y ahorrar a sus familias, el sofocón de ver su nombre en los papeles como si fueran reos de algún delito —político o civil—

inconfesable e inconfesado?

El lapsus no admite más explicación que ésa, y si tal fue, flaco favor, ¡por Belcebú!, hicieron sus colegas en nombre de una amistad mal entendida, a los dos presos. ¿Que por qué? Pues porque, de no habérselo hecho, de haber aparecido el nombre de mi padre, que a muchos sonaba, que muchos conocían, que casi todos respetaban y estimaban, en el dichoso periódico, quizá se hubiera echado al quite un mandamás, un figurón, alguien influyente, cualquier valedor espontáneo de intachable conducta política, social e ideológica, de ésas de las que suele decirse que están por encima de cualquier sospecha, que hubiese corrido a comisaría, a la comandancia, al gobierno civil o militar, a las oficinas de FET y de las JONS, al banderín de enganche de la legión, al convento de clausura más cercano, a la cárcel, al cementerio, a Salamanca, a donde fuese para explicar que no, que a tiempo estaban, que rectificasen, que recuperaran los cabales, que soltaran a los detenidos pidiéndoles perdón y proveyéndolos de los pertinentes y consabidos pronunciamientos favorables, que aquello, era sin duda, un trágico error, un garrafal despiste, un monumental patinazo, a Dios gracias subsanable, nada más sencillo, discúlpenos, amigo Monreal, hágalo también su compañero, ¿conque del partido de Maura, eh?, ¿conque protegido de don Manuel Aznar?, ¿conque recién casado, o casi, y con la señora en estado de buena esperanza?, ¿conque de copas y charleta por Sevilla con el general Queipo de Llano?, ya ve usted, hemos metido la pata, *errare humanum est,* el mejor escribano echa un borrón, sólo Dios no se equivoca, con tanto trajín le hemos tomado por lo que no era, cosas de este maldito barullo en el que nos han enredado los rojos, aquí tienen sus pertenencias, el billetero, el reloj, la pluma, el cinturón, las monedas, miren a ver si les falta algo, y perdónenos de nuevo, qué bochorno, que baldón en nuestra hoja de servicios, estamos desolados, si no llega a ser por la generosa, rapidísima y enérgica intervención de un hombre tan de derechas, qué cintura, qué reflejos los suyos, tan falangista de la primera hora, tan tradicionalista de toda la vida, tan monárquico, tan católico, tan amigo del gobernador y del alcalde, tan digno de confianza como don Perenganito de las Altas Torres…

Y a la calle, entre reverencias, sombrerazos, taconazos y sonrisas conejunas, silbando un aire de moda —*el vino que vende Asunción, Apaga luz, Si me quieres escribir, Lili Marlen*— y más contentos que dos polvorones de Estepona.

Cabía, por ejemplo, la concreta, concretísima, y en modo alguno, por mi parte, voluntarista posibilidad de que la noticia de la detención del bueno de Fernandito, del marido de Elena, puntualmente recogida por el *Diario Regional,* hubiera llegado a los ojos o a los oídos de la tía Enriqueta, aquejada la pobre de un cáncer terminal, o a los de las primas Tití y Amparito, que andaban, como ya sabemos, por Burgos, y que eran, respectivamente, madre, la primera, y hermanas, las segundas, de Luisa (sí, sí, la cuñada de Enrique Ruiz Vernacci, madre, a su vez, de tres héroes de la División Azul, aunque eso fuera aún un futurible), cuya casa madrileña de la calle de Goya casi esquina a General Pardiñas, como se especificó más arriba, había servido de

zulo, puerto franco, matriz, rampa de lanzamiento, paño de lágrimas, recinto de risas e, inclusive, foso clandestino de la no menos clandestina orquesta que compuso, chunta, chunta, nada menos que el *Cara al sol*, de modo que…

Pero aquel día, el 12 de septiembre, no se incluyó el nombre de mi padre en el recuadro que daba cuenta de los detenidos, y el 13 era domingo, y el 14, por ser lunes, no había periódicos, y…

El *fatum*, el *karma*, la mala suerte, las sincronías *a contraris,* los fenómenos de convergencia negativa: por lo que fuera, no fue. Otro cabo de esperanza sin anudar, otro candil colgado en el horizonte de ésta que ni siquiera llegó a titilar.

Burgos, siempre Burgos, pero no en septiembre de 1936, sino en agosto de 2004. Ando por la ciudad y por sus alrededores —el Espolón, Estépar, Río Quintanilla… Ya llegará, en el tercer acto, todo eso— en desesperada, acuciante y, por lo general, infructuosa búsqueda de luz, de huellas, de pisadas, de olores, dejados por mi padre. Y gentes de buena voluntad que quizá lo conocieron, quizá no, que quizás estuvieron con él, las dos últimas noches, en la cárcel, o quizá no, ya he dicho que contaré todo eso más adelante, pero que no hablan de oídas, sino de sabidas, porque fueron testigos presenciales, me aseguran que a mediados de septiembre, o lo que es lo mismo, muy pocos, poquísimos días después, casi cuestión de horas, del asesinato de Monreal y Carreño, cesó en la Prisión Central de Burgos la masacre, terminaron las *sacas*, se restableció el orden y volvió a aplicarse el reglamento penitenciario, todo ello por la sencilla razón de que fue en tales fechas cuando la Cruz Roja Internacional (pero mayormente francesa) sentó sus reales en el patio, desplegó allí sus trebejos, sus vendas y esparadrapos, sus tafetanes, sus termómetros, sus jeringuillas hipodérmicas, sus frascos de sangre, sus retortas, sus potingues, el austero arsenal necesario para cumplir mínimamente con lo que de ella se esperaba, sus cuadernos de registro, sus mesas y camillas de trabajo y el níveo vuelo de ángel y revuelo de palomas de su enjambre de enfermeras, y todo, en un amén, como si de un repentino milagro se tratara, cambió para mejor, pues no era lo mismo, qué diantre, cómo iba a serlo, *sacar* a presos prácticamente anónimos para descerrajarles una ráfaga de tiros en descampado que hacerlo con hombres —mujeres no había, y si las hubiese habido, machistas al fin y al cabo los facinerosos en las dos zonas, aunque en este caso para bien, se habrían limitado, por lo general, a suministrarles ricino, a raparlas y, en los episodios más extremos y libidinosos, a violarlas—… Con hombres —varones—, decía, cuyos datos, abscisas, ordenadas y fechas quedaban rigurosamente anotados por las chicas, o chicos, que también los habría, supongo, de la Cruz Roja.

No, no era lo mismo, y los matachines de las *sacas*, arrugándose, acoquinándose y trasconejándose, dejaron de asesinar, se esfumaron, devolvieron las escopetas a las panoplias de las que nunca debieron de haber salido y se acogieron al anonimato, impunidad y tedio de sus madrigueras.

Cuestión de pocos días, quizá de horas, dije… El *fatum*, una vez más, o lo que rayos fuese. El feliz advenimiento, ¡por fin!, de la Cruz Roja tampoco sirvió de nada a mi padre ni a Carreño.

Transcribo a continuación el documento que ahora tengo ante mí[110]. Lleva membrete de *Falange Española de las J. O. N. S., Jefatura de Milicias, Huelva* —pero cabe extender lo que dice, obviamente, a cualquier otra provincia de las situadas en la fluctuante zona nacional— y fecha del 23 de septiembre de 1936. Lo firma, con un garabato ilegible, el Jefe Provincial de Milicias, y está dirigido al Jefe Local de Falange de Paterna del Campo. He aquí su texto:

«Según orden de la Jefatura territorial, recibida en esta Jefatura Provincial de Milicias, queda terminantemente prohibido a los milicianos de nuestra organización tomar parte en los fusilamientos y ejecuciones, misión que corresponde exclusivamente a las fuerzas militares de toda clase, advirtiéndose que aquellos que tomen parte en tales actos serán castigados con el máximo rigor.

»Lo que te comunico para tu conocimiento y efectos correspondientes.

»Un saludo nacionalsindicalista.»

¿De qué Falange estamos hablando? ¿En qué medida eran falangistas auténticos, *camisas viejas*, los energúmenos y recién llegados que impusieron por doquier, en toda la extensión de la zona nacional, durante los dos primeros meses de la guerra, su inicua ley del gatillo? ¿A qué tipo, a qué facción, a qué clase de Falange, en suma, pertenecían los asesinos de Fernando Monreal y Luis Carreño?

Responde Julián Casanova, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza y autor de varios libros sobre la guerra civil[111], en una entrevista de enero de 2003 recogida por Montse Armengou y Ricard Belis en su obra, ya citada por mí, *Las fosas del silencio*. Éste es su testimonio:

«Cuando se produce la sublevación militar en julio del 36, Falange es un grupo minoritario que, a diferencia de otros partidos fascistas europeos, como el italiano y el alemán, no ha creado una organización de masas ni ha tenido ningún éxito en la movilización política dentro del sistema democrático. A partir de julio del 36, Falange es un partido que crece en tromba, porque mucha gente —católicos, ex-votantes de la CEDA, etc.— se sienten protegidos por un partido que crea una imagen de violencia y exterminio de los rojos. Hay una parte de imagen y otra que es real. Sin ninguna duda, Falange es un partido de promoción de la violencia, que la pone en práctica durante el llamado terror caliente del verano del treinta y seis. Actúan de verdugos de muchas de las víctimas que estamos analizando en los últimos años. El ejército tiene que intervenir algunas veces, porque los falangistas se están extralimitando en sus funciones.»[112]

Y añaden de su cosecha los autores del libro citado:

«Falange Española era un grupúsculo político que en las elecciones de febrero de

1936 recibió tan sólo cuarenta y cinco mil votos y no obtuvo ningún diputado. Su estética uniformada, el culto a José Antonio Primo de Rivera y la utilización que Franco hizo de ella inflaron la presencia y la influencia de la formación. No es de extrañar que algunos investigadores opinen que aquel partido de estilo fascista y paramilitar se creó a medida para el golpe del 18 de julio. Ello resulta verosímil si pensamos en el papel que los *camaradas* de Falange desempeñaron en detenciones, torturas, violaciones, *paseos, mareos, limpias* y toda la terminología inventada para designar una sola cosa: asesinatos en los cuales se disputaban el protagonismo con los militares y la Guardia Civil. Joan M. Thomas, historiador que ha investigado a fondo la Falange, cree que una mayoría del partido participó con entusiasmo y por iniciativa propia en la represión, sobre todo en los primeros tiempos de la guerra.»[113]

Bien… O mal. O las dos cosas. Separemos el trigo de los datos de la paja de las opiniones. Todo lo que dice Julián Casanova es cierto, o lo parece, aunque no sobraría recalcar que la *promoción de la violencia* llevada a cabo por la Falange fue *posterior* al Alzamiento y no —en contra de lo que la propaganda izquierdista, ha conseguido infundir en muchas molleras de ésas, tan abundantes, a las que nada importa deglutir ruedas de molino— *anterior a* él. Al Alzamiento, decía…

Tampoco es de recibo, sino que antes bien suscita indignación, la mía, al menos, lo que Armengou y Belis hacen al dar por buena —*no es de extrañar*, dicen— la delirante opinión, sostenida, al parecer, por *algunos investigadores*, cuyos nombres no citan (aunque con esta observación no esté poniendo yo en duda su existencia, seguro que los hay, y a chorro) de que la Falange *se creó*, vivir para oír, *¡a medida para el golpe del 18 de julio!* Ni que decir tiene que los signos de indignación, que no, en modo alguno, de admiración, son míos.

¡Vaya, hombre! ¿Será posible? ¿No me engañan las pupilas y los tímpanos? ¡Eso sí que es afinar, dar pábulo a la más desalada y malintencionada fantasía, y elevar a José Antonio —lo que no creo que figurase entre las intenciones de los *investigadores*, entre comillas, o más bien, *inquisidores*, de marras— a la condición de profeta! La Falange se fundó oficialmente el 29 de octubre de 1933, en el celebérrimo acto de la Comedia, aunque se concibiera, incluso, como es natural, y para mayor mofa y befa de la disparatada hipótesis, tiempo atrás y, desde luego, mucho antes de que empezaran a oírse exclamaciones de cólera, interjecciones de exasperación, percusión de pistolas que se amartillaban y bisbiseos de conjura en los cuarteles, cosa que, a todo tirar, no sucedió hasta que en octubre de 1934 empapó la sangre Asturias, la izquierda se quitó la careta menchevique y las gentes de orden cobraron conciencia de lo que se preparaba, o, más verosímilmente, hasta que en un mal día del mes de febrero de 1936 ganó el Frente Popular las elecciones y el vandalismo y rusticidad del populacho se adueñó de las calles y del país ante el estupor de casi todos, monárquicos o republicanos que fueran.

Pero es, efectivamente, y por desgracia, exacto lo que los dos autores en cuestión dicen acerca del triste y bárbaro papel que motu propio desempeñó la Falange, o

quienes por falangistas se despachaban, en los primeros meses del conflicto.

Será, concluyen Armengou y Belis, «posteriormente cuando comiencen las discrepancias al ver algunos falangistas que el objetivo de Franco de exterminar al enemigo se perpetúa: algunos *camisas azules* creen que esa aniquilación del adversario puede ser contraproducente para el partido y para su proyecto de España, más integrador; el propio Manuel Hedilla, jefe de la Junta Provisional de Falange, dirige a sus subordinados una circular en que les advierte:

»Insisto con el máximo interés en que las operaciones de represión se controlen con todo celo, no cumpliendo otras órdenes que las dictadas por las autoridades competentes. Es menester evitar que sobre la Falange se eche una fama sangrienta que pueda perjudicarnos en el porvenir. No se castigará a nadie sin averiguación de sus antecedentes y sin orden de la autoridad competente.»[114]

Lo malo —lo malo, se sobrentiende, para mi padre y, en consecuencia, también para mí— es que la circular de Hedilla no se cursó hasta el 29 de septiembre. ¡Demasiado tarde, una vez más, para que de ella se beneficiaran Monreal y Carreño! Pero, en todo caso, y por eso cito lo que cito, siguen cuadrando al dedillo las cuentas relativas a lo cerca —horas, días, dije— que anduvo mi padre de salvar el pellejo. Ya sé que los *quejíos* de plañidera emitidos a pitón pasado no sirven para nada ni, menos aún, resucitan al difunto, pero una y otra vez, tenaz, machacona, estalla y tabletea, dentro de mí esa pueril exclamación, más propia de espectadores de partidos de fútbol o de jugadores de lotería que de adultos dotados de sentido común y criterio, que reza:

—¡Huy! ¡Por un pelo!

O por un palo: el de la portería.

Y es que, por infantil que parezca mi reacción, eso es exactamente lo que me sugiere el cúmulo de datos y opiniones, procedentes de los dos bandos en liza, con los que sin proponérmelo, y en desorden, al hilo de la concepción y elaboración de este libro, me he ido topando hasta llegar a la convicción —la tengo— de que en la zona nacional, como mínimo y quizá también en la otra, pero de eso hoy por hoy no estoy seguro (más me inclino por lo contrario), la represión ciega, indiscriminada, injustificada, indocumentada, de quienes no eran combatientes, sino pueblo a secas, y vestían de paisano, se detuvo muy pronto, en la segunda mitad del mes de septiembre, debido a la confluencia de tres vectores: la llegada a las cárceles de los efectivos de la Cruz Roja, el férreo control establecido a partir de un determinado momento por las fuerzas armadas y la toma de conciencia de los mandos de la Falange genuina respecto a las atrocidades que como perros rabiosos sin correa, vacuna ni bozal estaban perpetrando sus supuestos conmilitones.

¿Conmilitones? Bueno, bueno… Dejémoslo, con grima y rima fácil, en matones, en *killers*, en sicarios a sueldo, que en muchos casos, aunque no, desde luego, en todos, ni siquiera podían esgrimir en su descargo el nauseabundo atenuante de que obedecían órdenes o la coartada ideológica, aún más repulsiva, de que actuaban así

para extirpar la mala hierba del país, orear la atmósfera y salvar la patria. Lo digo con la autoridad que para ello me confiere otro dato, otra certeza casualmente aportada por el zigzagueo de las lecturas, conversaciones e investigaciones que preceden o corren paralelas al alumbramiento de este libro. Me refiero a la horripilante hoja de pagos reproducida por Armengou y Bilis en su tantas veces por mí citada obra y relativa a la contabilidad llevada por la delegación de Falange Española en el pueblo sevillano de Los Corrales durante varias semanas del año de 1936[115], En ella, taxativa y contundentemente, con modos, modales, pelos y señales que no dejan mucho espacio para la duda, se incluyen «listados con nombres de personas que reciben dinero de la tesorería local de la Falange. Llama la atención que algunas personas percibieran en distintas épocas unas cantidades que eran considerables en la época, pero aún sorprende más que la cifra de treinta y cinco pesetas, que se repite con frecuencia, fuera el precio que se consideraba que correspondía cobrar por asesinar a alguien. Si tenemos en cuenta que en Los Corrales murieron asesinadas setenta y ocho personas y que los nombres de quienes cobran son los que distintos testimonios apuntan como los de quienes se ocupaban de llevar a los detenidos al cementerio —donde los ejecutaban después de haberles hecho cavar su propia fosa— el documento resulta revelador en lo tocante a la responsabilidad de elementos de la Falange en aquellos crímenes»[116].

¡Siete duros! Un pastón. Se entiende que hubiese tantos animales dispuestos a convertirse en asesinos. Todo necio confunde valor y precio.

¡No, no! ¡qué digo! ¿Siete duros? Muchos más, porque ése era el precio per cápita, y podían ser bastantes las cabezas de ganado —como a tales, de hecho, las consideraban y trataban— que en cada *limpia*, en cada operación de higiene ideológica, eran conducidas al matadero.

Me pregunto si cobraron los asesinos de mi padre esa u otra cantidad y lo que, caso de ser así, hicieron con ella… ¿Irse de putas? Seguro que no. Iban, entonces, muy baratas, y para eso, además, ya disponían, y por añadidura gratis, de sus respectivas madres.

Aunque fuesen unas santas.

«Pablo Uriel tenía veintidós años y la carrera de médico recién acabada cuando, aquel aciago julio de 1936, se desencadenó la guerra…»

Pertenecen estas líneas al prólogo añadido por Ian Gibson a la excelente obra de narrativa autobiográfica *No se fusila en domingo*[117], en la que el médico citado —que era, por cierto, de Soria, como yo llegué a serlo, ya talludo, por vía de generosa decisión municipal— evoca las vicisitudes de su existencia, y algunas de las de España durante el mismo período, en los años de la guerra civil.

Viene a cuento, me parece, reproducir ahora algunos párrafos de su libro:

Son éstos:

«El papel de verdugos y ejecutores se asignó en Zaragoza a los falangistas y a la Guardia Civil. En la ciudad existían pocos falangistas antes del 18 de julio, pero sus filas fueron engrosadas rápidamente por miembros de otras organizaciones de derechas. Se podía seguir muy bien el proceso mental que les conducía a la pendiente de las ejecuciones. En la práctica, todo falangista intervino alguna vez en estos asesinatos, considerados por sus jefes como actos de servicio a la patria. Si el acto daba lugar a una conmoción psíquica de rechazo o repulsión, el hombre se enrolaba en seguida en alguna unidad combatiente y marchaba al frente, ansiando una lucha más noble. Aquellos que descubrían en disparar sobre un hombre indefenso una fuente de placer quedaban adscritos de modo permanente a las escuadras de verdugos. Poco a poco, por un mecanismo de selección, fueron quedando en la retaguardia agrupaciones de jóvenes sádicos a los que se dio amplios poderes para la limpieza. Ellos usaron y abusaron de estos poderes, entre la complacencia hipócrita de las personas de orden, que no mancharon sus manos de sangre pero señalaron a las víctimas, desentendiéndose luego de la suerte que pudieran correr.

»En sus cuartelillos, estos jóvenes degenerados elaboraban las listas de sus víctimas cada noche; a estas listas se añadían otras, facilitadas por la policía o el ejército. Al anochecer iniciaban sus correrías, recogiendo de las cárceles o de sus domicilios a las piezas sobre las que iban a disparar. Al volante de sus camiones o de grandes turismos Buick o Chrysler de los años treinta, disfrutaban en sus cortos viajes del contacto estremecedor con sus víctimas, en un placer anticipado del agudo y supremo goce de disparar sobre aquellos hombres, mujeres o niños que morían de una manera tan fácil.

»Al principio quedaban los cuerpos allí, en las canteras o en las cunetas de las carreteras, a la vista de todos. Luego intervino ya la máquina administrativa y esos cuerpos eran recogidos y enterrados en los cementerios próximos o llevados a la fosa común del de Zaragoza.

»Otros pasaron antes por la sala de anatomía de la Facultad de Medicina de Zaragoza, donde sus datos fueron registrados, y de allí salieron en su último viaje al cementerio o la incineración. Los que dejaban su nombre en el registro necrológico de la facultad tenían siempre el mismo diagnóstico: traumatismo craneal.

»Todos los vencedores colaboraron con los verdugos falangistas con su conformidad. Los muertos no tenían un nombre, ni unas circunstancias personales; eran “rojos”. Las muertes no eran muertes, eran “paseos”. Y la fuerza de las palabras desempeñó un buen papel en aquella conformidad.

»Los hombres que no ejecutaban denunciaban, y, al enterarse de que el denunciado había sido paseado, imaginaban en seguida que su denuncia habría servido para descubrir en la víctima otros horrendos delitos. Aquel denunciado había resultado ser un rojo perdido, y la hora de la justicia había sonado en España.

»La aquiescencia de la Iglesia costó miles de vidas. Conocía mejor que nadie la cuantía de las víctimas cada noche, puesto que los sacerdotes asistían a las

ejecuciones. Jamás se preguntó si aquellas muertes ilegales eran o no lícitas. No se habló de ello en los púlpitos, y si algún sacerdote lo hizo fue pronto llamado al orden por sus superiores. Si reincidió fue detenido. Algunos religiosos de un convento próximo a la cárcel ingresaron en las celdas porque se habían permitido pedir clemencia desde sus púlpitos y porque sus palabras llenaron el templo de fieles que buscaban un consuelo.

»Aunque es muy triste decirlo, muchos de estos sacerdotes encontraron en las ejecuciones un placer inconfesable. Algunos por curiosidad, otros por deleite y unos pocos por cumplir allí una misión trascendente, acudían de buena gana a presenciar los asesinatos. Esta colaboración gustosa sólo se vio enfriada por algún incidente peligroso, como el ocurrido durante unas ejecuciones en las canteras de Casablanca. Uno de aquellos rojos, en el momento crítico, pasó sus manos esposadas por encima de la cabeza del sacerdote y pretendió arrastrarlo fuera del haz de los faros del coche que iluminaba la escena. Fue una maniobra desesperada que no podía prosperar. Los verdugos, ya nerviosos por la ceremonia, se asustaron ante aquel revuelo inesperado, y dispararon generosamente sus fusiles. Aquel sacerdote murió abrazado a su rojo.

»Algunos de estos falangistas, al regreso de sus orgías, acudían a un confesor ya designado para ellos. Allí vertían la confidencia de sus pecados de esa noche y recibían la absolución. No eran confesiones muy ortodoxas, puesto que no se les exigía la contrición indispensable, pero la conciencia quedaba así adormecida y las orgías podían continuar en noches sucesivas. El confesor solía preguntar a su confidente si había sentido odio hacia aquellos hombres que se había visto obligado a matar en cumplimiento de su deber patriótico. La respuesta era siempre negativa, ¿por qué razón iba a sentir odio por aquel desconocido?

»El ejército, salvo en los pocos casos de consejos de guerra, no intervino directamente en las ejecuciones, al menos en Zaragoza. Pero cuando deseaba deshacerse de algún soldado políticamente desafecto, no vacilaba en entregárselo a la Falange para que lo castigase de la única forma como sabía. El Ejército sí es culpable del asesinato de prisioneros de guerra, sobre todo si éstos pertenecían a las Brigadas Internacionales. En este caso el fusilamiento era inmediato y automático.»[118]

Hasta aquí, la de cal. Más adelante, en el mismo libro, la de arena…

«Las primeras horas ese día habían sido una confirmación gozosa de todas mis previsiones. El comportamiento del ejército republicano con sus prisioneros era exactamente el que yo había esperado: el que había anunciado a todos los que temían caer en manos del enemigo.

»Pero a partir de las nueve o nueve y media de la mañana, me enfrenté de pronto con unos hechos para los que no estaba preparado. El comportamiento bochornoso del ejército republicano me proporcionó una decepción que es, sin duda alguna, la mayor que he sufrido en mi vida. Yo estaba preparado psicológicamente para soportar

la crueldad de los franquistas; la encontraba consecuente con los esquemas previos. Pero encontrar esa misma brutalidad en el campo de mis amigos fue una experiencia cuyas consecuencias pesaron sobre mí durante muchos años.»[119]

Sobran las apostillas. Sobran también, y más, si cabe, las banderías, los sectarismos, los posicionamientos ideológicos.

¡Qué asco!

Fin de las quisicosas, de las especias, de los aderezos, de los detalles… Reanudemos la lectura, que ya se acerca a su fin, de los papeles incluidos en el expediente procesal de mi padre. ¿A su fin? ¡Y tanto, porque sólo restan en él dos apuntes que aún no haya mencionado!

El primero de ellos, por orden lógico, aunque el cronológico en puridad no conste, pues en ninguno de los dos figura la hora, viene en la segunda hoja de las *vicisitudes*, está fechado el 14 de septiembre, lleva el sello del Director de la Prisión Central de Burgos y el visto bueno, por delegación del mismo, con una firme ilegible, y al lado, otra, la del subdirector, también indescifrable, y dice:

«Únese orden del Gobernador con el conforme de la Autoridad militar disponiendo la libertad de este detenido. Se cumplimente.»

El segundo apunte, en folio aparte, con la misma fecha, el mismo sello, la misma firma —siempre *por orden*— de *El Director* y bajo el rótulo, subrayado, y todo él en letra mayúscula, de *DIRECCIÓN*, consiste en un texto de siete líneas escritas a máquina, y no, como sucedía en el primer apunte, a mano, y calcadas del original, que no figura, con papel carbón. En él se lee:

«El Señor Jefe de Servicios ordenará a los Sres. Funcionarios de servicio en el Rastrillo y Puerta pral. de la Prisión permitan la salida, previamente identificados, de los detenidos que al margen se relacionan, por haber sido dispuesta su libertad por las Autoridades de esta provincia.»

Todo ello va rematado en su parte inferior por dos notas también mecanografiadas, sin mediación de calco, y respectivamente firmadas, con sendos garabatos de imposible lectura, por *El Jefe de servicios*, una de ellas, y por *«Los Guardias del Rastrillo»* (sic) y «*pt^{a} pral*», la otra. La primera dice: «*cumpliméntese lo que la presente ordena*» y en la segunda, como si de una sentencia —que lo fue— se tratase, figura una sola palabra: «*cumplimentada*».

¿Por qué, se me ocurre, no pusieron *ecce homo* o, mejor aún, *ecce homines*, ya que estaban entregando a la horda, a la plebe, a la canalla, a la marranalla ibérica —de igual modo que diecinueve siglos antes lo hiciera Poncio Pilato con Jesús, ofreciéndolo inerme, o armado sólo con una caña a manera de cetro, una clámide de color púrpura y una corona de espinas, a la ciega cólera de la chusma judía— a las dos personas desprovistas de túnica, de bastón de mando y de diadema cuyos nombres completos, los de Fernando Sánchez Monreal y Luis Díaz Carreño, se

relacionaban, efectivamente, al margen?

Es todo. He descrito con minucioso escrúpulo, rayano en la futilidad y el exceso de celo, cuanto aparece en el expediente procesal de mi padre remitido por Isaac Rilova…

Miento. Miento porque figuran también en él, debidamente grapadas por quien me envió el informe o por los probos chupatintas que se lo consiguieron, dos hojas de *vicisitudes* concernientes a Luis Carreño, y paralelas en todo, menos en una cosa, a las dedicadas a mi padre, que ya se reseñaron, y una providencia emanada del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción de Burgos y relativa, asimismo, al compañero de infortunio de mi progenitor.

Por dichas *vicisitudes* me entero, lo que poco importa, de que el *apreciado Luisito* había nacido en Badajoz, era vecino de Madrid, tenía el 12 de septiembre (no así, como veremos, veinticuatro horas después) once años más que mi padre, carecía, como éste, de antecedentes notorios, ingresaba en esa cárcel por primera vez, como también era el caso de su compañero, y residía en el decimocuarto portal de la calle de Vizcaya.

En el último pliego de los dos que se dedican a las mencionadas *vicisitudes* hay otra anotación —una apostilla, fechada el 24 de mayo de 1947— en la que con tres firmas ilegibles —la del *Oficial*, la del *Conforme de El Subdirector* y la del *Vº. Bº.* de *El Director*— se acusa la recepción, estipulando que se agregue al expediente, del oficio —que ya cité— del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción de la ciudad por el que se solicitan datos relativos a Carreño.

Viene, por último, una copia al carbón de dicho oficio, que también está grapada al informe procesal, y en ella leemos:

«En providencia de este día —el del 25 de mayo de 1947— dictada en cumplimiento de exhorto del Juzgado núm. 5 de Madrid, dimanante de expediente de fallecimiento de don Luis Díaz Carreño, promovida por su esposa doña Enriqueta García Casanovas a fin de que a la mayor brevedad posible y con toda clase de detalles se conteste a los siguientes hechos que se sientan en el escrito inicial del expediente:

»Segundo. El 12 de septiembre de 1936 don Luis Díaz Carreño fue detenido en Valladolid en unión de otro periodista llamado don Fernando Sánchez Monreal y llevado a Burgos, donde el mismo día ingresó en el Penal de esta ciudad a disposición de la Autoridad Militar.

»Tercero. El 14 del mismo mes y año fue puesto en libertad sin que posteriormente, pese a cuantas gestiones e indagaciones se hicieron, pudieran obtenerse noticias de su existencia, habiendo transcurrido desde el 14 de septiembre de 1936 a la fecha diez años naturales de la desaparición y últimas noticias.»

Alguien ha añadido a mano, y a lápiz, con letra de colegio de monjas, muy parecida a la que tenía mi madre, una fecha y una palabra: *14-9-1936 Libertad*.

Hay también, debajo de esta nota, otro apunte, escrito con plumilla y tinta, como

en aquellos años se estilaba, que especifica un número de registro —el tres mil diecisiete— y reitera la fecha en la que se expidió el oficio.

Es todo, decía, pero vuelvo a mentir, porque hay, aún, algo más, y es precisamente esa apostilla, lacónica, minúscula y, en parte, gráfica, la espoleta, el detonador, el desencadenante de la carga explosiva que el documento lleva y, sin duda, lo que más impresiona en él, al observador. Va en recuadro y consta de una palabra, la misma —*libertad*— que una mano con caligrafía de colegio de monjas había inscrito en el borde superior de la providencia del juzgado, y de una huella digital —la de Fernando Sánchez Monreal, en uno de los expedientes, y la de Luis Díaz Carreño, en el otro— impresa en tinta de tampón.

Sólo ahora puedo decir, sin faltar a la verdad, que *es todo*.

Es todo, sí, y lo demás, silencio.

Yo, hijo de Orestes, invoco en este punto de mi relato el nombre de Hamlet, príncipe de Dinamarca, pero lo dejo suspendido en el aire, sin explicar el porqué de esa mención, y de mi invocación, hasta que lo haga —cada cosa a su tiempo, cada pieza en su casilla— en el tercer acto de la tragedia.

Esa huella digital, nítida, casi lustrosa, tan reciente, en apariencia, como si se hubiese impreso ayer y no hace sesenta y nueve años, es la única traza viva, el único vestigio cuasi biológico, que de mi padre ha llegado hasta mí. ¿Estará, acaso, su ADN, el soplo de su genoma, en el documento original, no, claro, en la fotocopia del mismo enviada por don Isaac Rilova, y cabría, a partir de él, desarrollar una réplica, un clon, un zombi, un monstruo de Frankenstein, un *golem*? Hipótesis macabra, no lo niego, pero fascinante… ¿es por ventura muy distinto el empeño en que, al escribir esta obra, al insuflar vida con palabras (o intentarlo) en el cadáver de mi padre, al ponerlo nuevamente en pie, cual Jesús a Lázaro, por medio de la literatura, me desuño y afano?

Sea como fuere, caigo ahora en la azorada cuenta de que tuve, aunque lo perdí, otro rastro vivo, otra reliquia biológica, otro rescoldo genético, de mi padre. ¿Dónde estará? ¿Aparecerá antes de que termine este libro por los rincones ya que, evidentemente, a qué ton, no se la han llevado los ladrones? Esa esperanza me anima. Hablo de una de las muelas pertenecientes a la dentadura de mi progenitor, extirpada en su día por el dentista y amorosamente conservada, como un fetiche, como un exvoto, por mi madre. La extravié hace tiempo, y extraviada sigue, en uno de esos *actos fallidos* que en su análisis de la psicoterapia de la vida cotidiana estudiase Freud, y junto a otros objetos y documentos de máxima envergadura y superior cuantía, lo que lamento de corazón y muy de veras, por ser dicho hueso y todo lo que con él perdí, piezas importantes de mi relato e inquietantes herramientas en el trajín

de las pesquisas conducentes a él. Ya se verá, ya hablaré de ello.

Hubo, antes de que Enriqueta García Casanovas acudiera en 1947 al juzgado número cinco de Madrid en demanda de información mirante al esclarecimiento del enigma planteado por la desaparición, nueve años atrás, de su marido, en Burgos, otras muchas gestiones relativas a la muerte de mi padre, y no a la de su compañero, y realizadas todas por sus parientes. De tres de ellas, que no son muchas, poseo —*¡por escrito!, ¡por escrito*!— documentación fehaciente.

La más antigua de las que han llegado a mi poder es la carta, y monumento al cinismo, enviada por Juan Pujol —sí, no se asombren. Es, efectivamente, él: el asesino en persona— el 11 de julio de 1938, desde San Sebastián, con membrete del semanario *Domingo* y firma autógrafa (perdón por la redundancia. Todas las firmas, para serlo, lo son), a mi tío Jorge Dragó, que se encontraba en Vigo, adonde ya, en dicha fecha, habíamos llegado mi madre y yo después de una rocambolesca aventura peripatética que se relatará en el segundo acto de esta obra.

El documento al que aludo, dice así:

«Muy Sr. Mío: contesto su atenta carta lamentando no poder darle acerca de Sánchez Monreal otras noticias que las escasas que tengo. Sé que en otoño de 1936, o sea, poco después de iniciarse el alzamiento nacional, fue detenido en Valladolid y conducido a Burgos por la fuerza pública, que lo hizo ingresar en la prisión de esta última capital. Como todos los detenidos en aquellas circunstancias por motivos políticos pasaban a jurisdicción militar, suponía que ésta había entendido su libertad o proceso. En todo caso, nadie sino las autoridades judiciales o militares podía disponer de los detenidos en aquella prisión. Lo que ignoro es lo que ocurriera con posterioridad a ella.»

Y queda atentísimo y seguro servidor. Lo habitual.

No es menester meneallo ni tampoco comentallo, pero sí cabe —y debo— formular tres preguntas…

Primera: ¿cómo sabía mi madre, y por su boca mi tío, si de mi padre, a partir del 12 de septiembre, todo lo ignoraba, que Juan Pujol podía suministrar información sobre el asunto? ¿Sólo porque estaba en Burgos y detentaba un cargo de campanillas en la jurisdicción del gremio al que su marido pertenecía? ¿Lógica, intuición, tino, disparo a ciegas? Quizá, pero nada de eso me basta ni me convence.

Segunda pregunta: si mi madre, como ya he dicho (y posteriormente, con más detalles, relataré), pasó por esa ciudad, por Burgos, antes de que los dos, ella y yo, termináramos en Galicia —también de eso daré cuenta— acogidos a la hospitalidad de su hermano Jorge, ¿por qué no se dirigió entonces, como después lo haría desde Vigo nuestro anfitrión, al jefe de la Junta Nacional de Prensa?

Posible respuesta: Pujol, apeado o no de la tarima que ocupaba, ya no se encontraba en Burgos, sino en San Sebastián, o donde fuera, pero dentro de la zona nacional. ¿Tan difícil era localizarlo?

Tercera y última pregunta… ¿De verdad ignoraba Pujol la suerte y el paradero de mi padre y de su amigo, por él entregados los dos al sumo sanedrín de la autoridad castrense? ¿Es imaginable tamaño despiste informativo, y más aún en días tan bulliciosos y propicios a la *rumorología* como aquellos, en alguien que se dedicaba, precisamente, a controlar la información y que vivía, antes del 18 de julio y, seguiría viviendo durante el resto de la guerra y no digamos después del 1 de abril, como un opulento pachá, por cierto, a costa de lo dicho, de la información, y de todo lo que en divisas de poder, en talonarios de influencia y en pingües beneficios económicos genera la posesión de ese bien mueble y, en teoría, de anónima titularidad?

No me atrevo a responder afirmativamente, aunque admito de mala gana que pudo, en efecto, haber sido así. Nadie más desinformado, en definitiva, que los periodistas, y los muñidores de la comunicación, cegados casi por todos los espejuelos y espejismos de la actualidad. Para enterrar a los muertos, decía León Felipe, *«cualquiera sirve, cualquiera, / menos un sepulturero»*. Cosas muchísimo más raras y de más difícil deglución para el esófago de la verosimilitud y las tragaderas de la cordura sucedieron al arrimo del zafarrancho de desbarajuste general desencadenado por la guerra.

Segunda gestión fehacientemente documentada… La realizó mi tío Modesto el 30 de marzo de 1939, sólo un día antes, por lo tanto, de que el actor y locutor Fernández de Córdoba leyera por la radio el último parte bélico —«*Españoles: cautivo y desarmado el ejército rojo…*»— y de que las tropas de Franco entraran en Madrid y desfilaran triunfalmente —*ya se oyen los claros clarines*— por las principales arterias de la villa del *no pasarán*, y lo hizo, mi tío, por medio de una carta de la que tengo copia, escrita en papel de la agencia Febus (*Informaciones periodísticas — Hermanos Álvarez Quintero, 2— Teléfono 40140*. Tal es lo que figura en sus dos membretes, escrito el primero en la parte superior, a la derecha, y el segundo en la inferior, a la izquierda) y remitida a otro de los actores del drama: don Manuel Aznar.

Esto es lo que Modesto Sánchez Monreal, con suma deferencia, con cautelosos pies de plomo y con dedos que a todas luces, y no sin motivo, dada la situación y lo que a él, previsiblemente, le esperaba, se le hacían huéspedes, escribía:

«Estimado amigo: tres años de ansiedad hemos pasado para saber qué suerte había corrido mi hermano, que nos dejó, llevado de su fervor informativo, el 18 de julio de 1936. A buscarle marchó, a finales de 1937, su esposa a la zona nacionalista, en la que desde el principio de la guerra se hallaban también mi madre y mi mujer. Los parientes que aquí permanecíamos, mi padre inclusive, ansiábamos el fin de la contienda para esclarecer el cruel destino. Habían llegado a nosotros las especies más

diversas. Junto a noticias poco tranquilizadoras transmitidas por la Cruz Roja a mediados de julio del 37, que nos hablaba de que habían sido puestos en libertad —él y Carreño— “a los dos días de ser detenidos, el 14 de septiembre del 36” y añadía “desconociéndose su paradero posterior”, teníamos otras referencias indirectas de personas con valimiento en la España de Franco, que nos aseguraban que vivía y que, incluso, trabajaba y tenía cargo de responsabilidad. Pensaba yo que, de ser cierta esta feliz hipótesis, a Ud. debía corresponderle parte destacada en su consecución. Por ello, al finalizar la contienda y tener noticia de su presencia en Madrid, me apresuré a tratar de comunicar con Ud., pensando que no le causaría molestia y en el afán de preguntarle qué sabía de mi desgraciado hermano. Con este ansia fui a la Asociación ayer y no tuve necesidad de llegar a verle para ver comprobada la más irreparable de las desgracias. Algunos empleados de la Asociación, amigos de mi pobre hermano y míos, se habían apresurado a interesarse por su suerte cerca de los primeros periodistas de la situación llegados al edificio y tenían ocasión de conocer de buena fuente la trágica suerte corrida, que me transmitían poco después.

»Ya no quise molestarle personalmente, y si intenté varias veces hablar con usted fue porque para noticia tan desconsoladora todas las noticias son pocas y por si podía ofrecerme algún detalle o pista. Yo me resisto a creer la especie, que al parecer circula, de que se les hallaron papeles comprometedores.

»Al condolerme por la desaparición de mi hermano, puede creerme, don Manuel, que me apena más que el lazo consanguíneo el conocimiento de su valor y el papel que le podía estar reservado en una España Nueva. Y por entender que también Ud. le tenía en análoga conceptuación, me permito molestar su atención con el ruego de que, si sabe algo, tenga la bondad de facilitarme una cita para visitarle. Yo, en los tres años de su desaparición, he vivido consagrado a su recuerdo. He sufrido muchos sinsabores, pero todos los he aguantado pacientemente para que Febus, su obra en formación, no se perdiera. Tenía la ilusión de que aparecería, y por ello he permanecido al pie del cañón, despreciando todo género de riesgos, hasta el último momento, hasta la mañana del día 27 en que la Agencia fue incautada por los tradicionalistas. En espera de sus noticias, le saludo afectuosamente.»

La carta de mi tío Modesto, como la de Juan Pujol citada hace unas páginas, también suscita un manojo de preguntas y levanta un enjambre de incertidumbres, dilemas y recelos.

A saber…

En julio de 1937, cuando se empezaron a recibir noticias procedentes de la Cruz Roja acerca de la suerte corrida por Monreal y Carreño, mi madre y yo seguíamos en Madrid, y es de suponer que en contacto con Modesto, que no abandonó la ciudad para irse a Valencia en unión de otros tres periodistas hasta el día 11 de noviembre de 1937, o tal es, al menos, lo que con acopio de detalles y singular despliegue de anécdotas cuenta en sus memorias. Y eso plantea, como mínimo, dos interrogantes.

Apunta el primero a la identificación del lugar —Madrid o Valencia— al que tales

noticias llegaron, sobre todo si se considera, porque así, según los papeles póstumos de mi tío, fue, que para esas fechas ya llevaba algún tiempo funcionando en la ciudad del Turia la agencia Febus o, al menos, si no toda, el brazo de la misma que Modesto había transferido a la plaza que lo acogió. Todo es confusión en lo que atañe a este punto, y cunde la misma, en vez de reducirse, cuanto más investigo, pues tampoco acierto a esclarecer si la oficina madrileña de la agencia en cuestión actuaba o no acorde y en paralelo a la valenciana. Es posible que existiera algún tipo de fractura ideológica o empresarial entre ellas y que cada una estuviera haciendo, nunca mejor dicho, la guerra por su cuenta. La zona roja fue siempre, desde el 18 de julio hasta el 1 de abril, de cabo a rabo, de punta a punta, un río revuelto, un viva Cartagena, un hotel de los líos, un avispero de taifas. El padre de los Reverte, Javier y Jorge, en su ya citada obra *Soldado de poca fortuna*, dice que los comunistas confiscaron Febus a poco de iniciarse el conflicto. Y buenos motivos tenía para saberlo, porque fue entonces, como ya conté, cuando lo pusieron de patitas en la calle y empezó su mala racha: la que refleja el título de sus memorias. De ahí que su testimonio vaya, en principio, y mientras nadie ni nada demuestre lo contrario, a misa, como también oficia en ella lo que mi tío Modesto asegura en las suyas —las memorias, digo— a cuento de cómo se puso él, y puso la agencia, al servicio de don Indalecio Prieto nada más llegar, o casi, fugitivo del terror imperante en Madrid (que amenazaba incluso a personas con su filiación ideológica, republicana o izquierdista, pero de orden, a Valencia. ¿Socialistas en ésta y comunistas en la capital que gritaba *¡Viva Stalin!*, alzaba el puño, abría chekas, cerraba iglesias y aspiraba a convertirse —no lo consiguió— en las Sagunto y Numancia de la Celtiberia roja y en emblemática tumba del fascismo? Casa con dos puertas ideológicas —la comunista y la socialista… Perros y gatos— mala, muy mala era entonces, no así ahora (lo estamos viendo), de guardar.

El segundo interrogante planteado por la carta de mi tío importa más a los intereses de mi relato que el primero y reza: ¿llegó o no llegó mi madre a recibir, ya fuese en Madrid, ya —algún tiempo después, cuando pasó por ella. Se verá— en Valencia, la información transmitida por la Cruz Roja? ¿Se enteró de la misma, por el conducto que fuera, antes de viajar a Valladolid y a Burgos en su vano rastreo de las huellas de mi padre, cosa que hizo, como también puntualmente se contará, unos meses más tarde?

Lo pregunto —*me* lo pregunto— porque, caso de haber recibido dicha información, ésta, lógicamente, habría condicionado sus pesquisas encarrilándolas por otros y más productivos derroteros. No parece que fuera así, pero tampoco consta lo contrario. ¿Iba, sencillamente, mi madre sorda, ciega, torpe, atolondrada, apresurada, en la urgente, apremiante búsqueda de mi padre? Razones para ello no le faltaban.

Más barruntos, más cuestiones sin respuesta… Una: ¿quién demonios eran las *personas con valimiento en la España de Franco* que indirectamente atribuían al

periodista Monreal no sólo vida, salud y lozanía, sino *cargos de responsabilidad* en el ámbito de su profesión? ¿Por qué mi madre no me habló nunca, que yo recuerde, de eso, ni tampoco lo hizo mi tío a pesar de que estaba, como lo revela su carta, al tanto de la especie? ¿Olvido, voluntad de ocultación, disección para no abrir heridas ni hurgar en llagas, distracción, misterio?

Y dos: ¿Tampoco Aznar, como aventuré antes, al hablar de la infamia cometida por Pujol, y reitero ahora, a la luz de lo escrito por mi tío, tuvo noticia de lo expresado por mi tío, encontrándose donde se encontraba por aquellas fechas, que si en Zaragoza, que si en Burgos, que si en Valladolid, y moviéndose en las sucesivas como pez en el agua y cronista de Franco en los predios de éste por todas las provincias de Castilla la Vieja y algunas de las del antiguo reino de León? Cuesta trabajo creerlo, pero ya dije antes que cosas aún más absurdas sucedieron en la sopa de menudillos de los días de la ira de las dos Españas… Que matasen, por ejemplo, a mi padre, o que, como decía mi madre y yo, citándola, ya he dicho, que se dejara matar como un cordero, lo que viene a ser lo mismo, aunque mirado al trasluz de otro cristal y de otra óptica, un hombre de tantos recursos.

¡Menudo viacrucis el de la agencia Febus! Que si los Urgoiti, que si mi padre, que si los comunistas, que si los socialistas, que si los tradicionalistas… Y al final, para remate, los franquistas.

Sí, sí, como lo oyen. Fueron ellos los que, al terminar la guerra, irrumpieron como Cristos con pistolas y rinocerontes en tiendas de porcelana china, como cimarrones que regresan al ingenio del que se escaparon, como extraterrestres en la guerra de los mundos, como huestes ibéricas e histéricas del Condestable de Borbón en Roma, como Roma en Cartago, como Cartago en Sagunto, como los bolcheviques en el Palacio de Invierno, como brujos de vudú, como hechiceros de macumba, como almas poseídas por el *amok*, como endemoniados de Dostoievsky, a degüello, a sal y sangre, fuego y lodo, a más ropa que hay poca, perdonen la exageración, pero el asunto, a la vista está, me indigna, me afecta, me toca, qué quieren, no había justificación alguna, como tampoco la hubo en centenares, quizá miles de sucesos análogos, y era, carajo, la obra de toda una corta vida, lo mejor que dejó mi padre, la apuesta en la que se volcó, los ya sólidos cimientos de algo concebido para crecer a lo alto, a lo largo, a lo ancho y a lo hondo, para convertir el presente en futuro y el futuro en presente, y fueron ellos, insisto, los vencedores, la chusma azul, los gilipollas vestidos de niños y los niños vestidos de gilipollas, las viragos del cangrejo en la teta, los requetés de cresta roja, los bandoleros con tricornio de charol, los borrachines de agua bendita, los clerizánganos trabucaires, los catolicones de golpe en el pecho ajeno, los proletarios del sindicalismo vertical que en su aguardentosa cólera y olor a sobaquina barata no desmerecían de sus homónimos del sindicato horizontal, los soldados de los estandartes rojigualdas y, en definitiva, simplemente,

resumiéndolo, los vándalos de Franco, fueron, decía, ellos quienes forzaron el recinto de la agencia Febus en la calle de los Hermanos Álvarez Quintero, y se adueñaron de todo, de las máquinas Underwood, de los ciclostiles, de los teletipos, de los lapiceros, de las gomas de borrar, de los archivos noticiosos y fotográficos, de las cuartillas, de las holandesas, del papel higiénico, de los libros de contabilidad, de las fichas de los colaboradores, de los planillos de la red de corresponsales, del organigrama de la empresa cuidadosamente diseñada por mi padre, y todo lo pusieron patas arriba, y todo les fue útil para hinchar el vientre como lo hacen los sapos, y con todo barrieron hacia su ombligo, y de todo sacaron sebosa y sabrosa tajada, y todo, como en las ollas podridas y en la matanza de los cochinos, lo aprovecharon para dar vida y cuerda al cotarro de la agencia Efe. Sépase, porque es de justicia, o recuérdese, porque ya lo he dicho, que ese nombre, curioso, sin duda, no viene de la inicial de Franco, como muchos piensan, ni de la tercera y más connotadora de la palabra información, como algunos han aventurado, sino de Febus, fundamentalmente y, si acaso, también de Fabra, otra agencia de noticias de largo pedigrí que se fue al limbo por las cloacas de la guerra. Me consta, consta a muchos, indaguen y verán, tengo papeles que lo demuestran, pero no voy a airearlos ni a darme pote con ellos. Ya, ¿para qué? La principal empresa de mi padre es un camposanto en el que nunca se me permitió entrar ni rezar ni poner flores. Una *fabulación*. Una *ficción*. Una *farsa*. Una leyenda familiar. Que cada quien entierre a sus muertos. No están ya, allí, los míos.

Y, sin embargo, duele, da coraje…

Zanjaré el asunto —*zanjaré*, sí. ¡Cuán chocante sincronía! ¿Será, por ventura, un *lapsus linguae*? Una zanja es, en definitiva, una fosa. A mi padre y a Carreño, efectivamente, los *zanjaron* en Estépar— como tales negocios se solventan: con una lápida, con una estela fúnebre, en la que diga que bajo ella yace la agencia Febus, nacida en 1924, por iniciativa de *El Sol* y *La Voz* (que la fundaron «para contrarrestar una Fabra excesivamente dependiente de la Havas»[120]), renacida once años después gracias al buen oficio del periodista Fernando Sánchez Monreal, que la replanteó y reorganizó de arriba abajo, y fallecida de muerte artificial, tras una larga agonía, que duró casi tres años, en 1939.

Yo crecí, por cierto, en una casa —la del número diecinueve, entonces, y veintiuno, ahora, de Lope de Rueda— en la que por todas partes había objetos de la agencia rescatados por mi madre algún tiempo después de que los tres juntos —ella, mi tía Susana y yo— regresáramos de Vigo al terminar la guerra. Lo poco que se consiguió recuperar fue precedido por un prolijo suma y sigue de reclamaciones y contestaciones administrativas, algún eco de las cuales ha llegado, documentalmente, a mi poder. Hubo, incluso, conatos de forcejeo, entre mi madre, que siempre fue peleona, y mi tío Modesto, que no lo era, a cuento de la titularidad (y subsiguiente propiedad) de algunos de los objetos mencionados, pero todo, afortunadamente, se

resolvió de forma amistosa y sin necesidad de pasar a mayores. Las relaciones entre ellos no se enturbiaron a causa de tan irrelevantes tiquismiquis y fueron, en lo sucesivo, tan intensas y cariñosas como lo habían sido en el pasado. Yo, en nombre de mi padre, y también, por supuesto, en el mío, se lo agradecí siempre y se lo agradezco ahora. Una de las bendiciones de mi vida ha sido la feliz y nada usual circunstancia, tal como van los tiempos (y como han ido, según parece, en lo tocante a esto desde que el mundo es mundo), de haber nacido y crecido, y permanecido luego, en el confortable tabernáculo de una familia bien avenida, unida a machamartillo, machihembrada, leal, liberal, frondosa, afectuosa, bondadosa, briosa, risueña, culta, inteligente, sociable, de espíritu aristocrático, pero llana en el trato, y dueña de un estilo propio. ¿Por qué nací entre ellos, por qué tuve esa suerte, por qué recibí esa patente de corso, esa merced, por qué se me asignó, gratuito, espontáneo, congénito, tamaño beneficio? Lo ignoro, pero quienes no lo tengan, y son, a cuanto dicen, muchos, no saben lo que se pierden. La vida, para ellos, será una cuesta empinada. Yo, a pesar de la muerte prematura de mi padre —o quizá por ella. Ya veremos— y de otros contratiempos (cárcel, exilio, rupturas y reveses de varia índole en el ruedo de la lidia conyugal y sentimental, una grave intervención quirúrgica a pecho abierto) más aparentes que reales, todo lo he vivido con suavidad, todo lo he tenido fácil, todo lo he digerido y asimilado, nunca he perdido la sonrisa. Nací entre flores, sobre el césped, en llanura y cuesta abajo, lo que con otra familia —estoy convencido— habría sido imposible. Gracias.

Pensaba, al escribir lo que he escrito, en los Dragó, pero podría extenderlo a los Sánchez, suprimiendo sólo un par de adjetivos y añadiendo otros dos. No eran las gentes de mi tribu paterna de clase tan acomodada, por su origen, excepción hecha de lo relativo a don Modesto Sánchez Ortiz, el que llegó a director de *La Vanguardia* y a gobernador civil, como las de mi familia materna, si bien el alcance de esta afirmación se limite a los primeros años de una posguerra que para ellos, para los Sánchez, con el macho y Gran Manitú de la manada metido en la cárcel y desposeído luego del salvoconducto necesario para ejercer su profesión, resultó particularmente dura. Lo aclaro porque en seguida, a su debido momento, sin prisa y sin pausa, todos —listos, certeros, con empuje y con iniciativa— salieron adelante y se adentraron por los caminos de la razonable prosperidad. Eso, por un lado. Por otro, adolecían los Sánchez, si los comparamos con los Dragó, de un talante, de un modo de ser, de un estilo de vida, de una actitud, ante sí mismos y ante el prójimo, no sé cómo explicarlo, menos elitista, más directa, más abierta, más promiscua, más dicharachera y verbenera, más socialistona, más republicana y democrática… O, sencillamente, más campechana y viva la virgen, lo que nunca me pareció defecto, sino virtud.

Y en cuanto a los dos atributos que, dije, les añadiría, son los siguientes: el de ser maestros en el difícil arte del reparto de hospitalidad a chorro libre, fruto ésta de su extraordinaria cordialidad no exenta de cierto aliño zumbón y criticón, y el descacharrante sentido del humor, que creo haber heredado. Poca —o ninguna—

gente he conocido tan divertida y simpática como los Sánchez. Su trato ha sido siempre, para mí y para todo el mundo, una fiesta. Iba yo a sus casas, cuando mis primos eran niños, y luego también, como si lo hiciera al cine. De personas así, estoy seguro, es, mal que les pese, el reino de los Cielos, en el que casi ninguna de ellas cree.

Más pasmoso aún, dicho sea para anudar con ello todas las ramas del bosque de mi familia, me parece la evidencia de que también mi línea descendente (o ascendente, según se mire. Yo voy ya para abajo) es espiga de trigo limpio. Me refiero a mi prole: un varón —el primogénito— y dos mujeres, los tres de madres distintas, pero tan fraternos entre sí como si sólo tuviesen una. Citaré al respecto lo que hace unos años escribí acerca de mis hijos, «que pese a tanto fuego cruzado y graneado no parecen haber sufrido desperfectos de mayor cuantía y consideración» en un libro titulado *Ser hombre*[121], *«e* incluso podría añadir que he tenido bastante suerte, y la han tenido ellos, pues todos me parecen hasta guapos —¡Qué diantre! No me lo parecen. Lo son— y ninguno me ha salido chungo, tonto, antipático, cabrón, socialista, fascista, judeocristiano, patriota, chupacirios, deshonesto o drogadicto (porros aparte), lo que tal y como van los tiempos no deja de ser, a contrapelo de las estadísticas, una especie de milagro»[122].

Y también, por cierto, decía en ese libro, y es cosa que tiene mucho que ver, por eso la reproduzco, con éste del que ahora me ocupo, lo que sigue:

«La paternidad me venía ancha. Nadie me había explicado en qué consistía, nadie había predicado ante mí con el ejemplo. Se aprende a ser padre siendo hijo. Yo, parentalmente demediado por la vida, nunca lo fui del todo. No hubo en el caldo de cultivo de mi infancia presencias masculinas. Ni tampoco, en puridad, las hubo luego. Nací y crecí entre mujeres: mi madre, mi tía, las criadas… Cosas de la guerra. A mi padre, en sus albores, le helaron el corazón las dos Españas. Fue asesinado en Burgos. No alcancé a conocerlo. Ocho años después, cuando para mí era ya demasiado tarde, corrió mi madre el albur de sus segundas nupcias y entró en mi casa un varón que, de puro caballero, nunca tuvo ni quiso tener autoridad alguna sobre quien, como yo, era hijo de otro hombre. Mi madre seguía enamorada de mi padre, pero mi padre no estaba allí para que yo lo viera y, eventualmente, lo imitara. Carecía de modelo. Tuve que cursar a pecho descubierto, sin enseñanza ni aprendizaje alguno, la asignatura —difícil, ya lo dije— de la paternidad. Soy en eso un autodidacto»[123].

Forzoso será volver más adelante sobre los entresijos y consecuencias de la segunda boda de Elena Dragó.

De los hijos de mis hijos —de mis nietos, ¡vaya! Por ahora sólo hay dos— nada, aún, puedo decir, por hallarse ambos en fase de descascarillamiento, pero no parecen mal encarrilados. Prometen, y con eso, al borde ya de la extinción del mundo, y de mi

muerte, que también, como la ballena blanca, resopla en mi trasero y mi cogote, me conformo. *Nunc dimittis*, como dicen que dijo Simeón al conocer a Jesús. Lo que significa que ya puedo volver al sitio de donde vine —*¿el Ser o la Nada?*— en paz.

En el piso de Lope de Rueda, decía, menudeaban a mi alrededor, por aquí y por allá, dando vida a un variopinto y estrambótico bazar de las sorpresas, y apilados sobre todo, aunque no únicamente, en lo que los inquilinos de la casa llamábamos, con certera expresión, *cuarto de los trastos* (y cuartel, convendría añadir, de buena parte de los juegos de mi infancia), archivadores metálicos repletos de extrañas fichas, armarios rebosantes de resmas de papel con membrete de las agencias Noti-Sport y Alpes, grapadoras de tamaño descomunal, perforadores de hojas de cuadernos anillados, daguerrotipos, moldes de rotulación, libros *mayores* con gruesas tapas de cartón, material disperso de papelería y oficina en muchas de sus pintorescas —a mí, por su aspecto de antiguallas, me lo parecían— variantes, butacones provistos de enormes cojines de plumón, mesas de trabajo con cajones, borrones de tinta y un hueco en forma de cubo para meter las piernas, sillas de espartana hechura con respaldo de abrazadera, sillones giratorios y, especialmente, por su abundancia, por su empaque e indiscutible autoridad, por su marchamo y prestigio *made*, me parece, *in USA*, y por la comprensible e incontenible fascinación que me producían, media docena, más o menos, de máquinas de escribir —todas, invariablemente, de la acreditada marca Underwood— que generaban en mí, como ya he apuntado, una unción rayana en el arrobo y con las que a solas, sin que nadie me empujase a ello, más autodidacto que nunca, pues ésa fue, sin el menor género de duda, la primera vez en mi vida que me enfrenté a un artilugio mecánico, cosa para la que, a decir verdad, ni tenía ni tengo grandes dotes, me puse en seguida a escribir, aporreando teclas, sin necesidad de pluma ni de lapicero, y eché pian pianito, sin saber muy bien lo que hacía, los primeros dientes en el ejercicio de algo que siempre ha sido mi única vocación honda, irrenunciable, congénita y, por todo ello, auténtica: la literaria.

¡Con decir que en el colegio —párvulos, elemental, ingreso, bachillerato… *Y todo el coro infantil / va cantando la lección*— ya hacía los deberes a máquina!

Sigo haciéndolos. No puedo escribir a mano ni atino —burro que soy. Ya lo dije — a hacerlo con ordenador. Éste, en mi caso, carece de utilidad. Mi cerebro, o las zonas, lóbulos y circunvoluciones que en él se ocupan del trajín, tan complejo, tan retorcido, de la literatura, está orgánica, visceralmente conectado a las teclas de mi máquina de escribir, que no es, que no sería nunca, que no puede ser, porque lo he intentado en muchas ocasiones y siempre he tenido que volver grupas, ni eléctrica, ni electrónica, ni…

El tableteo —a menudo, en otras épocas, nocturno o, casi siempre, también ahora, de sol a sol— de mi máquina de escribir es el ruido de fondo de mis casas y, dentro de ellas, doquier estemos —o estuviéramos, ay—, de la vida de mi familia. Mis hijos

ven en él, en ese rumor omnipresente, que a veces se interrumpe, pero que siempre, tras una pausa más o menos larga e intensa, se reanuda, la comprobación de que todo está en orden, de que el centinela no se ha dormido, de que el Gran Jefe *sioux* sigue en su puesto, de que la vida no se detiene, de que el mundo, como insistentemente, con ironía *bona fide* de filósofo del Siglo de las Luces, se repetía a sí mismo, y repetía a todos, panglosianamente, el Cándido de Voltaire, está bien hecho, está bien hecho, está bien hecho, está bien hecho…

Mi hija Ayanta, cuando en su niñez o ya adolescente escuchaba ese ruido por la noche, mientras yo, incesante, velaba para sacar a luz *Gárgoris y Habidis* u otros trabajos más volanderos y de menor trapío, se tranquilizaba sin necesidad de oraciones y conciliaba el sueño. Hoy, al abrigo ya de su propia casa, cabe sus hijos y el padre de uno de ellos, o de una, mejor, porque nació niña, dice que echa de menos aquel barullo, aquel arrullo. Y a mí, ¿debo aclararlo?, también, mientras escribo, me falta su presencia y la conciencia, feliz, de que un poco más allá, cuestión de dos o tres tabiques, pero al alcance del ruido que genero y envuelta por la música del teclado de mi máquina, la hija que tuve con Caterina —descanse en paz, escuchando la Olympia, el alma de ésta— me oye, me alienta y respira acompasadamente.

Aixa, en cambio, sigue haciéndolo, oyéndome, escuchándome, acunándose, respirando al compás de las teclas, aunque sea sólo en ocasiones, cuando estoy en Madrid, porque el dormitorio de su casa da al mismo patio de luces al que se abren las ventanas de mi despacho, y desde ellas hasta las suyas, colándose con suavidad, sin molestarla, sin turbar su sueño, sube el repiqueteo de la Olympia, y también, como le sucedía en otros tiempos a su hermana, lo agradece.

No es, lector, por capricho ni dejándome llevar —costumbre que de verdad detesto, aunque una y otra vez reincida en ella. ¡Quién supiera escribir como Azorín! — por mi condición de enredadera que todo lo coloniza y hacia todas partes, sin consideración alguna al que leyere, se desparrama, por lo que estoy dedicando aquí tantos desvelos, tantos minutos, tantas líneas, tantas palabras, tantas páginas, a la minuciosa, churrigueresca descripción, ponderación y loa de lo que las máquinas de escribir han significado en mi vida. No es por antojo, no, insisto, ni por verborragia ni excesivo celo literario. Esta vez, la profusión, por inútil, inoportuna y arborescente que parezca, no resulta, lo aseguro, injustificada, pues existe un vínculo directo y evidente entre las Underwood y el autor de mis días, entre la ausencia de éste y la presencia de aquéllas, entre el anhelo de sentirme hijo de un varón y la incertidumbre del *noscere me ipsum*. ¿Era, acaso, la percepción inconsciente de la semiorfandad en la que transcurrieron mis años cruciales, los de la infancia, lo que me indujo a tapar, compensar y rellenar a ciegas, de aquel modo, con mi tempranísima y, por ello, incomprensible, desconcertante afición a las máquinas de escribir, el hueco dejado en mi vida y en mi educación sentimental —también, con el correr del tiempo, sería un *handicap* en la profesional— por el patriarca ausente?

Las Underwood me sirvieron, como contaba, para aprender a escribir, para hacer

los deberes del colegio, para traducir a Simenon, para enfrentarme a la ímproba e improbable intentona de dar a luz —¡arre, caballito!— una larga e ininterrumpida serie de obras maestras y, por añadidura, para sanear mi bolsa cuando ésta andaba vacía o a punto de vaciarse, cosa que, como cabe imaginar, sucedía un día sí y al otro también en mi época de estudiante o, más todavía, y peor aún, porque resultaba imperativo pagar la luz y llenar la andorga en mis primeros años de vida independiente y adulta, y —a más, a más— con un conato de familia a cuestas, porque en un absurdo gesto de poeta surrealista había perpetrado el desatino criminal de casarme a los veintiún años en una celda de la cárcel de Carabanchel y de tener mi primer y único hijo varón a los veintitrés.

Me parece que hoy no se estila ya la vieja costumbre goliárdica de acudir en jornadas de penuria al Monte de Piedad (que ni siquiera sé si aún existe) para empeñar en él cualquier cosa, la hebilla del cinturón, el fondillo de los pantalones, la pluma Montblanc, el braguero, la tapa del retrete, la dentadura, la medalla de la Pilarica, el colchón, el traje de novia, el rosario hecho con huesos de aceituna del monte de los Olivos, los libros escolares (si es que no habían acabado en poder de la Felipa o de cualquier otro establecimiento de lance situado en los alrededores de la Casona de San Bernardo), la cubertería de plata que mamá había heredado de los abuelos, el álbum de boda de éstos, el reloj de tente mientras cobro recibido de cualquier pariente adinerado el día de la primera comunión, los recordatorios de la misma o, verbigracia, y en mi caso, las máquinas de escribir de la prestigiosa marca Underwood heredadas de mi padre, con lo que éste, sin habérselo propuesto en su día y sin poder proponérselo ya después de él, hacía por mí algo bastante parecido, en definitiva, pues obras son amores y números son números, a lo que nunca, como ya he dicho, por desgracia para todos, y especialmente para él, pobrecillo, pudo hacer en mis años de crecimiento, formación y aprendizaje: darme la paga de los sábados para que con ella pudiese corretear y marcar territorio por las calles de una villa, la de Madrid, donde aún podían los niños, los adolescentes y no digamos los adultos salir a pasear sin correr el riesgo de acabar cosidos a navajazos por un sacamantecas del Mogreb, un gigantón de Senegal, un narcotraficante colombiano, un chuloputas cubano, un *punki*, un joven nazi, una prostituta croata, un ulema con bonete, un fundamentalista sin birrete, un matarife corso, un albañil en paro, una admiradora de Telma y Luisa, un *hooligan* ahíto de cerveza pasteurizada, un aficionado al fútbol en tarde de final de copa, y de copas, o un galopín anarcomarxista inscrito en la mafia de la antiglobalización.

¡Carape! Caigo ahora en la cuenta de que mi padre se libró de asistir al infernal, demoníaco espectáculo que el mundo de hoy nos brinda. El que no se consuela…

Dije más arriba, hace ya mucho, que la huella digital estampada en el expediente carcelario del héroe de esta libre y verídica historia es lo único verdaderamente vivo, *cuasi biológico,* aduje, que de él ha llegado hasta mí, excepción hecha de esa muela con caries, también citada, que ya no figura entre mis pertenencias.

Pues bien: es falso. También caigo ahora en la cuenta, al hilo de mis elucubraciones sobre las Underwood, que en el teclado de éstas, forzosamente tiene que haber, y a manta, no una sola, como en el documento procesal, sino profusamente, huellas dactilares de mi padre. Rastrearlas, hacerlas visibles, traerlas a la luz del día, será, supongo, tarea, por imposible, vana, pero no lo sería, en cambio, la intentona de averiguar si existe correspondencia, semejanza, analogía, simetría o inclusive paridad, entre la marca que mi padre dejó en el expediente de la cárcel y mis propias huellas. ¿Por qué no? ¡Tantas cosas, de otro orden, he heredado de él que una más, por enigmática que fuese, generaría confirmación y no sorpresa! Voy a pedir un peritaje, voy a cotejar lo uno con lo otro, voy a comprobar si el dibujo de la yema del dedo de mi padre —¿el gordo?, ¿el corazón? Tanto monta. Ya me lo dirá el perito — coincide con el mío. De ser así…

Ronda mi cabeza, desde que descubrí e hice mía la doctrina escatológica de las religiones y filosofías orientales, y de eso ha pasado ya mucho tiempo, por lo que se trata de un interés consolidado y ampliamente verificado, la posibilidad de que Fernando Sánchez Dragó sea fruto de la reencarnación de Fernando Sánchez Monreal.

No hablo en broma. Es hipótesis, lo sé, de casi imposible masticación y deglución para las mandíbulas y tragaderas del monoteísmo y ateísmo imperantes, a modo de corriente alterna, en el mundo occidental (incluyo en éste el islámico), pero avalada —aunque no confirmada. Eso también sería poco menos que imposible— por razones de la razón y no sólo del corazón ni de la magia.

No ha llegado el momento de exponerlas. Lo que acabo de escribir es sólo una alusión, un adelanto, una señal, un anuncio. Supongo que recogeré este cabo suelto en el tercer acto de mi libro.

La peripecia de Febus —tres lustros de vicisitudes estrechamente relacionadas con los bandazos políticos de la nación durante ese período: el que va desde 1924 hasta el Primer Año Triunfal, como lo fue, según la terminología franquista, el de 1939— va llegando a su fin. Resulta, cuando menos, curiosa, sino algo más, la segunda de las cartas remitidas por mi tío Modesto, con membrete de la agencia, a don Manuel Aznar, *Jefe de los Servicios de Prensa de Madrid*. Dice lo siguiente:

«Muy señor mío: a petición de los compañeros que integran la redacción de Febus en esta capital, nos dirigimos a usted para exponerle nuestro caso en busca de la orientación precisa.

»Nosotros, en una gran mayoría redactores desde antes de julio de 1936 al reorganizar la Agencia nuestro Director y amigo de usted Fernando Sánchez Monreal, fuimos sorprendidos en Madrid por el Movimiento y aquí tuvimos que permanecer durante los días amargos de la guerra. Ausente la cabeza directora, nos dedicamos a trabajar de la manera más objetiva posible (con toda la objetividad que las circunstancias permitían) y defendimos el negocio y la propiedad contra los repetidos intentos de entidades diversas que quisieron apoderarse de una organización en marcha. Hemos administrado la Agencia con honradez, pagando los gastos derivados de los servicios y atendiendo a las necesidades del personal, que fue respetado en su totalidad; hemos conservado el material, y ahí está la Agencia en espera de que la empresa propietaria se haga cargo de lo que es suyo. Pero he aquí que nos hemos visto sorprendidos por la presencia de elementos ajenos a la mencionada empresa sin que sepamos cuál es nuestra situación actual. Queremos que usted nos indique el rumbo que debemos tomar en estos momentos: si hemos de presentamos a la empresa de *El Sol* y *La Voz* o si hemos de hacerlo ante quienes hoy ocupan el domicilio social de Febus.

»Nos interesa hacer constar que en Febus nos negamos siempre a constituir Consejo Obrero o Comité de Control y que actuamos colectivamente tan sólo cuando hubimos de defender los intereses de nuestro trabajo contra quienes sin haber trabajado en Febus querían apoderarse del beneficio y utilizar la Agencia para sus propagandas. Y tenemos la satisfacción de haberlo conseguido plenamente.

»Sin más, quedamos en espera de sus indicaciones y nos ofrecemos suyos para cuanto guste.»

La fecha en que se redactó la carta figura al pie de la misma: 2 de abril de 1939. O sea, al día siguiente del primer desfile de la Victoria y setenta y dos horas después, *grosso modo*, del primer escrito enviado por Modesto al mismo figurón, don Manuel Aznar, que al parecer no era aún Jefe de los Servicios de Prensa de Madrid. ¡Hay que ver lo deprisa que se hacía carrera en aquel momento! La misma, sin duda, que hubiera hecho mi padre caso de no haber muerto como murió. Aznar lo habría elevado *ipso facto* a director de la agencia Efe, lo que en realidad equivalía a

mantenerlo en el mismo cargo que ocupaba al estallar la guerra, puesto que el nuevo organismo, como ya se ha señalado, nacía directamente, sin apenas solución de continuidad, de la vagina de Febus.

Es, incluso, posible que ésta, con Fernando Monreal otra vez al pie del cañón de la agencia en Madrid, y respaldado, además, por los previsibles méritos que seguramente, al igual que los hizo su mentor, habría acumulado en las altas esferas informativas de la España nacional durante los años del conflicto, no se hubiese desmantelado ni, en consecuencia, habría cuajado hasta convertirse en el gigante que muy pronto llegaría a ser la institución gemela que la devoró. Me refiero —es obvio— a la agencia Efe.

Ésta tenía sólo dos meses y pico de trayectoria cuando llegó la guerra a su fin, por lo que no pasaba de ser un simple proyecto, entre tantos otros, carente de arraigo alguno. Se había constituido en Burgos, en enero de 1939, «con la participación de antiguos directivos (Luis Amato) y accionistas de Fabra, que fue disuelta, más la absorción, poco después, de la agencia Febus»[124]. No ha lugar a cábalas. Los naipes boca arriba.

¿Algo más en relación a la segunda carta de mi tío?, a cuyo pie, por cierto, aparece, junto a la suya, otra firma: la de un tal José M. Arroyo, desconocido en esta plaza. Ni yo ni nadie que este cura tenga a tiro puede dar ya razón de él.

Pues sí: algo más, en efecto, aunque no mucho… Desdibuja y difumina la verdad, sin llegar a mentir, mi tío Modesto cuando se acoge a una suerte de vago plural mayestático —*tuvimos que*— al referirse a la permanencia de los redactores de Febus en Madrid durante todo el periódico bélico. Cierto es que los locales de Hermanos Álvarez Quintero esquina a San Opropio siguieron en la brecha, haciéndose tirabuzones con los teletipos, y recibiendo y transmitiendo información, mientras tiraban sus bombas los fanfarrones (que al final no lo fueron tanto), pero él, Modesto, salió de la capital, azarosamente y en compañía de otros miembros de la redacción, rumbo a Valencia, el 11 de noviembre de 1936, cuatro días después de que el gobierno, dándoles ejemplo, hiciera exactamente lo mismo ante la generalizada estupefacción de los madrileños, que se sintieron, como es lógico, traicionados y abandonados a su suerte. ¿Fue también la aparente espantada de mi tío una *fuga*, dicho sea en bastardilla, a la que, por otra parte, todo el mundo tenía, en nombre del instinto de conservación y del acicate natural de la defensa propia, legítimo derecho? Sea como fuere, que no soy yo quién para invadir los jardines de la conciencia ajena ni de las recónditas intenciones e inconfesables motivaciones de mi pariente esgrimiendo inoportunos juicios de valor embadurnados de moralina, forzoso es dejar constancia, como ya se cuida de hacerlo, con sinceridad que le honra, el damnificado en sus memorias, de que la decisión de tomar en tan peliaguda circunstancia las de Villadiego le valió cierta aureola de cobardía a los despavoridos y, por ello, suspicaces ojos de los redactores y compañeros laborales que aguantaron en Madrid. Y con algunos, especialmente respondones y enquistados en lo que hoy llamaríamos

núcleo duro de la empresa, que quizá andaban sólo, desaparecido ya el alma de la misma, Fernando Monreal, al abordaje y subsiguiente trepa del tablero de mandos y gobernalle de un negocio que, a todas luces y números en mano, empezaba a serlo, se las tuvo mi tío muy tiesas, aunque los recelos, al fin, se disiparon y las aguas volvieron a su acequia gracia al decidido apoyo, en la primera crisis, porque hubo dos, de la sucursal de Barcelona y, en la segunda, ya en el último tranco de la guerra, de los compañeros de Madrid que no habían perdido del todo el oremus.

De tales incruentas, pero enojosas batallas y, con mayor ahínco, de lo que fueron sus pintorescas y rocambolescas andanzas por varias ciudades —la del Turia y la Condal, mayormente—, por la rebotica, retranca, albañales y pozos negros de los servicios públicos y de los medios privados de información (*El Socialista*, por ejemplo, de cuya edición barcelonesa llegó a ser jefe de redacción, o la agencia España, del Partido Comunista, cuyos gerifaltes quisieron poner, aún no nonata, en manos de mi tío, que rechazó, horrorizado, la oferta, e hizo muy requetebién, pues la vida de dicho organismo, tendencioso al máximo y portavoz en nuestro país de los intereses del *padrecito* Stalin, fue tan precaria e inoperante como corta) y por muy distintos y animados frentes de la guerra mientras duró la misma, da Modesto Monreal cumplida cuenta, como ya anticipé, en las jugosas páginas de sus deshilachadas y desordenadas memorias de un hombre y de una vida rotos por los desmanes de la política, los desmadres de la soldadesca y los desplantes de los demonios de la patria.

Sentó Modesto sus reales (o más bien sus *monreales*. Perdóneseme la broma) y los de Febus en Valencia, donde *todo*, anota, desprendía abundancia, y se topó allí por la acera del Ayuntamiento, en la plaza de Castelar, casualmente, con Indalecio Prieto, cuya autoridad reconocía —«soy prietista más que socialista», dice literalmente en sus memorias[125] (tomen nota mis primos con miras a dirimir el debate anterior, y unilateralmente abierto por mí, acerca de cuál era la verdadera filiación política de su padre), y «donde esté Prieto allí pienso estar yo»—, y a partir de ese momento lo estuvo, ¡vaya si lo estuvo!, plegándose al requerimiento que su jefe de filas le hizo en el curso de su fortuito encuentro. Resultó éste, para el periodista trasterrado y prófugo, no sé si providencial, pues le trajo entonces, y le traería más tarde, no pocos quebraderos de cabeza, de corazón y de espinazo, pero sí determinante.

Lo que *don Inda* le propuso, y así lo cuenta el destinatario de la proposición, fue ni más ni menos que convertirse en vocero noticioso y agente informativo de su postura ideológica, de su estrategia castrense y de su trajín político, así como de su parcela de poder en el ámbito del gobierno de Largo Caballero, que no era manca, pues desempeñaba ya el líder socialista, en aquel momento, la cartera de Marina y Aire, de la que luego, al convertirse en primer ministro don Juan Negrín, pasaría a la de Defensa. Y todo ello, añadió Prieto, sin que mi tío renunciara a sus funciones en la agencia Febus.

El interpelado dijo, por supuesto, que sí, tanto por lealtad a quien se lo proponía

cuanto por no parecerle juicioso hacer ascos en días como aquéllos a semejante oferta, y esa aceptación lo condujo, habida cuenta de la importancia, crucial, del donfigura para el que trabajaba y de las características, no menos cruciales, de los ministerios citados, al azacaneo por los más dispares rincones y entresijos de la España roja que hace poco mencioné. La danza, por cierto, ya metido el periodista en ella, no cesó, sino que siguió e inclusive se acentuó cuando *don Inda* fue apeado del poder, a causa de su comprensible y plausible anticomunismo (que mi tío compartía, como una y otra vez lo pone de manifiesto en sus memorias) y del pesimismo que en lo tocante a la trayectoria y futuro de la guerra sin rebozo alimentaba y sin recato proclamaba. Se quedó entonces Prieto, ya de por vida, sin cartera alguna que llevarse a la boca de su ambición y a los ventrículos y aurículas de su jacobino corazón. Eso sucedió en mayo de 1938. *Sic transit*. El que a tanto aspira… Los monjes arqueros del budismo *zen* hacen gala de una indiferencia glacial —la *ataraxia*, el famoso *desapego*— en lo relativo al punto de llegada de sus flechas y por eso terminan siempre éstas en el centro de los blancos. Las cosas, en contra de lo que escribiera Dashiell Hammett, son por lo general de quien menos las desea.

De modo que Modesto Monreal estuvo, como decía, en Valencia, saltó luego, en seguida, a Barcelona, donde llegó a tiempo de presenciar el multitudinario entierro de Durruti, que describe con encendido tono, pese a la aversión que los anarquistas le inspiraban, regresó a los dominios del Turia, asistió a la entrada en Teruel de las tropas de la República, anduvo por mil sitios, todos ellos peligrosos, como más de media España a la sazón lo era, entre los que cito, a bulto y sin concierto, Albacete, Murcia, Alicante, Cartagena, Almería, Lanjarón, Cartagena, Ciudad Real, Andújar, distintos enclaves del frente extremeño, otra vez Barcelona, que fue, entre idas y venidas, su lugar de residencia desde los primeros días de enero de 1938 hasta mediados del mismo mes de 1939, y en varias ocasiones, naturalmente, Madrid, su ciudad, donde en febrero del último año de la guerra, cuando ya se avizoraba el fin de ésta, recuperó el timón capitalino de la agencia Febus.

Poco duraría en ese puesto. El 14 de marzo volvió a salir de la bombardeada y agujereada urbe para atender a urgencias informativas en tierras almerienses, las despachó como pudo y regresó definitivamente al escenario de los mejores momentos de su vida el 25 del mismo mes. Todo, a su alrededor, y alrededor de los vencidos, como él lo era, se desmoronaba. Tres días después, el 28, un grupo de amigos trató de convencerle para que se uniera a ellos en la tentativa —incontinenti frustrada— de acogerse a la escapatoria del exilio. No atendió a la sugerencia, y acertó, porque los fugitivos —Javier Bueno, Pepe Robledano y Carlitos Pérez— se toparon con la ducha fría y mala nueva de que la quinta columna, exultante, había cortado ya la carretera de Valencia a la altura de Tarancón, tuvieron que volver con el rabo entre las piernas y los salvoconductos, suponiendo que los llevaran, embutidos con la vaselina del miedo en sus esfínteres a la ciudad de la que pocas horas antes habían salido y, una vez en ella, y víctimas hasta el último momento de la mala racha que los perseguía,

tuvieron la absurda ocurrencia, metiendo otra vez la pata hasta el corvejón, de buscar refugio en el territorio supuestamente *off limits* de la embajada de Polonia, país que había cometido la insolencia de no reconocer más gobierno legítimo de España que el de la República, por lo que su legación, que carecía de inmunidad diplomática ante el nuevo Régimen, fue salvaje e impunemente asaltada y tomada por las tropas y las hordas de Franco. No cuesta mucho trabajo imaginar adónde dieron con sus molidas carcasas los tres amigos de Modesto.

Éste, durante los dos años y dos meses y medio en los que permaneció lejos de Madrid, aunque con esporádicos y cortos regresos a la ciudad donde estaba su corazón, y al hilo del asendereado y agitado periplo cuyos principales mojones ya se han plantado y mencionado, telegráficamente, aquí, entró en contacto y trabó relaciones de amistad, de enemistad o de indiferencia y voladiza anécdota, con personajes tan notorios y de tan diferente traza como Martínez Barrios, Zugazagoitia, Irujo, Jesús Hernández, Sánchez Guerra, Álvarez del Vayo, Manuel Altolaguirre, la Pasionaria, el compinche *camarada* (y algo más) de ésta, Antón, los generales Rojo y Miaja, el pintor Siqueiros, al que Pateta haya confundido y acogido en su seno hasta que purgue sus culpas, y Juan Negrín, el de las lentejas, que debía de estar como una cabra si son ciertos los lances que de él cuenta mi tío.

Y con Indalecio Prieto, claro, sobre el que el periodista, a veces con sorna, pero siempre con cariño y respeto se explaya.

Menciono únicamente algunos de los nombres por todos conocidos, pero memorables son los retratos de otros muchos, anónimos para quienes no anduvieron con Modesto Monreal en sus perdidos pasos ni le oyeron narrar sus aventuras, pero entrañables para él, para sus amigos y para los miembros de su familia (yo entre ellos). El autor de las *memorias intrascendentes*, que tenía un acusado instinto de conversación, y no sólo de conservación, supo bosquejarlos con buen pulso, vis cómica, don de perspectiva, sentido del escorzo y, a veces, del trampantojo, ágil pincel y ligera pluma. ¡Lástima que por elementales motivos de economía narrativa, esa que tan mal se me da y cuyos preceptos rara vez tomo en consideración, no tengan aquí cabida!

Los efectivos del general Franco, y de los altos oficiales del ejército que con él compartían las mieles de una victoria que tanto se había hecho esperar, entraron en Madrid el 28 de marzo. Mi tío recibió la sombría noticia a eso de las diez de la mañana siguiente, cuando un compañero de trabajo lo despertó y sacó del catre donde, al arrimo de la agencia y atado aún a su timón, dormía, acunado al parecer por dulces e inconsistentes sueños. Veinticuatro horas después envió su primera carta de náufrago a quien no era todavía —se conoce, pues no figura ese cargo, como ya hice notar, en el encabezamiento—, *Jefe de los Servicios de Prensa de Madrid* y tres días más tarde remitió la segunda a quien ya, de seguro, a dedo, y por birlibirloque, lo era. Para entonces, minutos después de que en los sótanos del Ministerio de Hacienda se llevase a cabo la transición de poderes, cosa que había sucedido —no tengo el dato a

mano— muy pocas fechas atrás (acaso el 29, acaso el 30), ya había irrumpido en los locales de la agencia una caterva en puntas de tradicionalistas vociferantes capitaneada por Manuel Sánchez Cuesta, más conocido por *Mirabal*, que era su nombre de guerras informativas, subdirector de *El Siglo Futuro*, director de la agencia Fides —rival de Febus y de Fabra— y amigo de los Sánchez Monreal. Cuatro chavales de boina roja lo acompañaban. Dice mi tío que el bueno de *Mirabal*, al que dedica palabras elogiosas y con el que no tardó en fundirse *en un apretado y efusivo abrazo*, acababa de salir, maltrecho y envejecido, de la prisión de Porlier.

¡Lo que son las cosas! Diecisiete años después ingresaría yo en la de Carabanchel acompañado por el para mí, y para muchos, inolvidable Jaime Maestro, hijo único de un periodista del citado periódico que murió en Paracuellos, me parece, pero no estoy seguro de ese pormenor, o en cualquier otro punto, patio, esquina, paredón o cheka del Madrid rojo, asesinado por el bandidaje del Frente Popular. Para todos, como se ve, había en el tumulto estopa. Mi padre, el suyo, *Mirabal*, Modesto… ¡Cuánta barbarie! Dice hoy, 24 de agosto, mi amigo Luis García Berlanga en *El Mundo* que la guerra civil la perdimos todos. Razón lleva, aunque algunos señorones, en los dos bandos, la ganaran.

El intruso y mi tío se echaron a llorar amarga y largamente, según relata el segundo, caído el uno en brazos del otro, desfallecido el otro en brazos del uno, en sorprendente y significativo gesto de maridaje de las dos Españas, mientras uno de los galopines de cresta roja que escoltaba a *Mirabal*, encaramado sobre una mesa, destruía con furioso encarnizamiento el retrato de Azaña que presidía la habitación.

No seré yo, por cierto, quien lamente este acto de vandalismo, aunque tampoco me rebaje aprobándolo. La figura de Azaña —corazón tibio y de escaso pulso, hipotenso, demagogo pusilánime, personajillo que hizo de la ambigüedad un torpe estilo de vida y que nunca salió del armario ni, lo que se entiende menos, de su almario, y mediocre escritor, en contra de lo que muchos, inexplicablemente, creen— no me inspira simpatía, aunque sin duda merezca, como todos los muertos, esa *paz*, esa *piedad* y ese *perdón* que él mismo pidió para los derrotados cuando ya era evidente que la guerra se había perdido.

Regresemos al escenario del último suspiro de la agencia Febus. Así lo evoca Modesto Monreal en sus memorias…

«Mirabal me dijo:

»—Recoge todo lo que sea tuyo, todo lo que te interese, y márchate. Yo procuraré ayudarte.

»El admirado y querido amigo Mirabal fallecería la víspera de acudir a testificar a mi favor, como tenía formalmente ofrecido. Estoy seguro de que habría cumplido su palabra de caballero.

»Recogí algunas propiedades y me marché. Había finalizado la existencia de la agencia Febus.»

Lo demás, en lo relativo a ésta, ya lo sabemos. Mi tío regresó al domicilio

familiar en la calle de Hermosilla, frente a lo que hoy es cine Benlliure —me pregunto si sigue en funcionamiento. Ya no voy casi nunca por allí—, y esperó en él, en la hermosa, extensa e intensa casa de muchos balcones en la que tantos lances había vivido y tantas alegrías había conocido, a que su madre, su mujer, sus tres hijos y su hermana llegasen desde Huelva, donde todos, acogidos al óbolo y viático del Auxilio Social, se habían refugiado al desaparecer mi padre de Valladolid, yéndose a la nada o a la gloria, y dejándolos involuntariamente a la intemperie.

No tardaron mucho —apenas dos o tres días después de la agridulce jornada del 1 de abril— en hacer sus deudos acto de presencia. Se reencontraron todos, con el corazón en un puño por la muda presencia del Ausente, y mi tío aún tuvo tiempo de dejar encinta de mi prima Pili a su mujer, la brava Concha, antes de que la policía —¿o fueron los militares?— llamase al timbre de la puerta de su recién reencontrado, y aún no reconstruido hogar, blandiendo una ominosa orden de detención.

Fue a juicio, lo condenaron a muerte, le conmutaron la pena, le aplicaron los beneficios de la redención por trabajo, y tres años y pico después estaba de regreso, sano y salvo, y siempre de buen humor, pero con su vida profesional irreversiblemente desbaratada, en el escenario bullicioso y maravilloso (lo fue siempre para mí. Todo en él era posible) de la casa de la calle de Hermosilla.

Acuda, por cierto, quien desee saber más cosas de ese mundo, el de aquella casa, el de la familia de mi padre y de su hermano, a mi novela *Las fuentes del Nilo*, donde lo desempolvé y evoqué, con infinita nostalgia, admiración rayana en la hipnosis y profundo cariño, muy por lo menudo y acumulando detalles —fruto de la observación, algunos, o de mi invención y afición a la hipérbole, otros— que me valieron unos cuantos divertidos, sorprendidos y siempre benignos rapapolvos por parte de un par de miembros de la vasta prole de aquel fantástico *cronopio* —pido y musito una oración por su alma—, que fue, en vida, y así en la tribulación como en el gozo, en la adversidad como en la dicha, mi tío Modesto.

Ganas me dan de reproducir aquí, como postrer homenaje a su memoria, aquellas páginas, fruto del amor y del dolor, y personalismo recuelo no de todo, pero sí de algo de lo mucho que el tiempo se me llevó. No voy a hacerlo, no voy a engrosar y engrasar esa tentación, no exenta, por mi parte, supongo, de un sí es no es de egolatría, vanidad y autosatisfacción. Son, quizá, lo mejor —o lo menos malo— que hasta ahora ha salido de mi pluma. Tome o no esa decisión —la de rescatarlas, la de leerlas— el libre y soberano albedrío de cada lector. Va a salir ahora, si no lo ha hecho ya, una edición de bolsillo[126].

Aquel día, el de la irrupción de *Mirabal* y sus milites emboinados en el local de la agencia Febus, interrumpió por primera vez en más de sesenta años el limpio historial periodístico —lo que se dice una *saga*, con todo lo que de genesíaco, familiar y heroico contiene esa expresión— de un clan, el de los Sánchez, que había plantado su

bandera, decidido a no arriarla nunca, en el territorio de la libre información mediada la octava década del siglo XIX, cuando mi tío abuelo, don Modesto Clímaco Rafael Sánchez-Romero Ortiz, nacido en Aljaraque, provincia de Huelva, el 3 de marzo de 1857, ingresó, como plumilla de a pie, en la redacción del periódico madrileño *El Nacional*. Desde aquel día hasta el de la incautación de la agencia Febus no hubo una sola jornada en la que el buen hacer profesional de los Sánchez no dejara su impronta inconfundible en el trajín cotidiano de la prensa. Seis de ellos llegaron a estar simultáneamente inscritos en la asociación madrileña que la regentaba.

A partir del 1 de abril de 1939, ni mi abuelo Gerardo, ni su sobrino Modesto Sánchez de los Santos, ni el hijo de éste (que se llamaba como él), ni mi tío, ni mi padre, ni mi primo Tito (quinto Modesto de la dinastía), que también lo intentó, volvieron a pisar la pista de baile de la profesión. Los unos —*uno sólo,* a decir verdad — porque los mataron; los otros, porque fueron desposeídos del *nihil obstat* entonces necesario para desempeñar su oficio; los restantes, porque…

Y hubo que esperar hasta el verano de 1968 para que un retoño del árbol de los Sánchez, nacido en Madrid el 2 de octubre de 1936, recogiese el testigo de su familia paterna, escuchara el reclamo de la voz de la sangre y publicara en un diario español, y madrileño, aunque de alcance nacional, una tanda de nueve artículos enviados desde Tokio, donde a la sazón, exiliado y reclamado por el Tribunal de Orden Público, vivía el joven que de ese modo rompía aguas y que tuvo que acogerse al subterfugio del pseudónimo, pues de no ser así habría intervenido la censura (o eso, al menos, temía el valeroso y caballeroso Manuel Cerezales, recientemente fallecido, que dirigía la publicación) y los reportajes del alevín no hubiesen salido de la piscifactoría. El periódico, por cierto, era *El Alcázar*, lo que podría sorprender a más de uno, desconocedor por su edad o su ignorancia de que la susodicha cabecera apostaba entonces por el deshielo del Régimen de Franco y por la apertura hacia horizontes más despejados, plurales y liberales. No duró mucho esa tentativa, pues los propietarios de la razón social del periódico y depositarios de su legalidad —me refiero, ahí es nada, a los excombatientes de la Hermandad de Alféreces Provisionales— montaron en cólera al percatarse de por dónde iban los tiros, que lo eran sólo de fogueo, y pusieron rápido y contundente silenciador a la escopeta que los disparaba. La antorcha de aquella intentona de relativa libertad de prensa pasó posteriormente a la redacción del *Madrid*, y luego, una vez clausurado éste y escandalosa y estrepitosamente volado, incluso, el edificio que lo albergaba, a la del *Informaciones*; y en tales y tan inciertos pasos andaban los servicios noticiosos del país cuando murió, no inopinadamente, sino en la cama, su Caudillo y empezó la Transición. En dicho periódico, por cierto, terminaría, como es natural, y como corresponsal en Marruecos, donde en 1976 vivía, el autor de los reportajes japoneses.

Liberté, j’ecrit ton nom…

Aquel joven, que en nombre, efectivamente, de ésta escribía (y diciéndolo, no revelo nada, porque es seguro que ya lo han adivinado) era yo, y el pseudónimo por

mí elegido para alzar la voz y proseguir la tarea iniciada por mis antepasados fue, naturalmente, el de mi padre, Fernando Sánchez Monreal, fallecido de muerte violenta en Burgos con cuatro años menos de los que yo tenía al escribir los reportajes. Así, treinta y dos años después de su asesinato, reapareció el nombre completo de mi progenitor, al que ahora estoy dedicando todo un libro, en los escaparates de un mundo, el de la prensa escrita, que injusta y despiadadamente se había visto obligado a abandonar. Por ahí, entre los montones de cartas acumuladas en mis archivos, debe de andar la que en aquellos días, dirigida a mi microscópica casita de papel y tatami en Tokio, barrio de Ikeburo, *Toshima-Ku*, —nunca olvidaré esas señas— me envió mi madre. En ella me decía que ojalá estuviese yo a la altura del pseudónimo elegido y atinase a mantener el nombre que por mi mediación volvía al rugido de las rotativas y al papel impreso tan enhiesto y con tanto sentido del honor como en vida lo mantuvo su propietario.

No soy yo quién para opinar sobre si se ha cumplido o no ese deseo, sobre si he conseguido o no estar a la altura de la petición que mi progenitora formulaba y del desafío que me planteaba, pero obvio, por elemental, es reconocer que me agradaría extraordinariamente —y me consolaría, en parte, por el hueco que en mi vida y en mis sentimientos dejó el hombre al que no conocí— poder contestar afirmativamente a tan comprometedor e imperativo interrogante. Lo he hecho, en todo caso, por tierra, mar, cielo, aire, cuatro continentes, televisión, radio y prensa escrita, lo mejor que he sabido y que he podido. Para más no doy. ¡Ojalá mi padre, y desde hace muchos menos años también mi madre, hagan, dedicándomelo, un gesto de aquiescencia y aprobación dondequiera que estén!

«Vino nuevo en odres viejos», diría Machado. El mío es ya de muy vetusta cosecha, y tampoco le va a la zaga en antigüedad el de mi prima Lourdes Ortiz, pero afrutado y más joven, e incluso, en una de las barricas a la que me refiero, casi lechal, es el que va adquiriendo poso y algún día será, Dios me oiga, añejo y de gran reserva en la labor presente y futura de mi sobrina María del Mar —a la que dio el Sánchez, en calidad de primogénita, mi primo Tito, el mismo que vio en El Espinar cómo saltaba por los aires, hecha trizas, una vaca— y de su nieto (de Tito, digo), también primogénito entre los suyos, que no se llama Modesto, ni Gerardo, ni Fernando, como ordena la tradición periodística de la familia, pero es asimismo un Sánchez (se lo debe a su madre, María Elena… ¡Caramba! Reparo ahora en que lleva el mismo nombre de pila que la mía. ¡Tilín, tilín! ¡Timbrazo de sincronicidad, enésimo *fenómeno de convergencia*! Jodorowsky, buen amigo: ven a mí) aunque a efectos del Registro Civil se inscriba y aparezca ese apellido en segundo lugar, después del de su padre, que es un Semper. ¿Y con eso? Digan lo que digan las leyes, las costumbres y las partidas de nacimiento tanto pesa la mujer como el varón en asuntos de paternidad o de maternidad e idéntica cantidad de sangre, de genes, de cromosomas, de ADN, de

predisposición por carácter y de herencia kármica aporta la una como el otro.

En cuanto a mis propios hijos… El mayor, cuando tenía veinte años, se puso a trabajar conmigo en *Disidencias*, el suplemento de libros de *Diario 16* que fundé y dirigí a comienzos de los ochenta, y allí habría llegado lejos, muy lejos, como Pedro J. Ramírez e Ignacio Amestoy, que inicialmente coordinaba, bajo mi férula, el suplemento y después pasó a codirigirlo, me dijeron en repetidas ocasiones, pero un buen día se plantó, se despidió, marchó, siguiéndome, a Kenia y ya nunca volvió a dejarse embaucar por los cantos de sirena del periodismo. Quería, me consta, matar al padre, y seguir los pasos profesionales de éste no era, evidentemente, la mejor forma de conseguirlo. Salió, pues, de mi territorio, marcó el suyo, orinando, como suele decirse (de ahí, quizá, la expresión, que hoy significa otras cosas), fuera del tiesto, y se puso a navegar por cuenta propia. Yo, ya ven, nunca necesité hacerlo —matar al padre— porque otros se habían tomado esa molestia, y gracias a ellos, que imprevisibles son los caminos del diablo, corrí el riesgo de fundar un periódico autógrafo, sin que el proceso de manifestación y consolidación de mi identidad profunda se resintiese, antes de terminar la enseñanza primaria e ingresar en el bachillerato. *La Nueva España* era su nombre. Conservo un ejemplar y no creo que exagere si digo que de aquellos polvos surgieron estos lodos.

Hablaba de mi hijo Alejandro. Es ahora el turno, por breve, bueno, de mi hija Ayanta, la mayor entre las féminas nacidas de mi sangre, que también, arrastrada, cómo no, por la corriente de ésta, y quizá por los rabiones de la de su madre, a la que la muerte, prematura, truncó en barbecho la cuenta de llegar a ser escritora, ha terminado atrapada en las redes del periodismo y la literatura. Quiso ser actriz, pero el propósito, suicida, no cuajó, de lo que personalmente me congratulo, pues no me agrada ni entiendo la profesión de cómico, aunque a mi hija tampoco le agradará que diga esto, considerando que también lleva ese virus en la sangre. No en la de mi prole, pero sí en el otro cauce, en el materno. Hay en su estirpe italiana parientes cercanos y lejanos que lo son: actores. Sospecho que ser eso es como no ser nada. Pura virtualidad, disfraces, antifaces, máscaras, rostros foráneos y sucesivos, esquizofrenia elevada al cubo, qué digo al cubo, a mil potencias… Y estar siempre, por añadidura, a disposición de la gente, y de tu agente, poniéndole buena cara y sonrisotas de dentífrico a ese monstruo, a esa patulea, a ese calamar gigante, a ese degustador de telebasura y partidos de fútbol, a ese carnívoro hervidero de pirañas que es el público. ¡Y aún lo llaman *respetable*! La vida, Ayanta, es otra cosa.

Periodismo y literatura, decía. Por lo que hace a ésta, y aunque mi hija mayor tiene ya un libro de menor cuantía en su haber[127], todo se andará. Demos carrete al tiempo. Escribir es asunto lento, camino pausado y casi siempre entrecortado, partitura en sordina, futurible. Pero en cambio, por lo que hace a aquél, al periodismo, Ayanta ya figura en esa profesión y procesión con firmeza y éxito similares, aunque todavía en flor, a los de sus antepasados paternos.

A lo que iba: los Sánchez, como se ve, siguen vareando la aceituna del oficio de

sus mayores y pisan el albero con paso firme. Lo avisé: vino nuevo en odres viejos, granos vivos de cereal nilótico en la tumba de Tutankamón. Mataron a mi padre y aventaron su semilla, pero no murió ésta. La aventura iniciada por el primer Modesto de la tribu en el siglo XIX no ha terminado. Vuelvan el refrán del revés: de lo que se cría, se come… En ello andamos.

—Mi querido Dragó: ¿no se olvida usted de nadie? Tengo entendido que tiene otra hija: la menor. ¿Qué hay de ella? ¿Le da también a la pluma? ¿Sale a su progenitor y a sus hermanos? ¿Apunta maneras?

—¿Aixa? Usted lo ha dicho, Oisinoid: es la pequeña y…

—¿Pequeña con doce castañas en cada hombro, por no decir en cada teta…?

—¡Grosero! ¡Enjuáguese la boca!

—A esa edad ya tenía usted un hijo, se había separado de su madre, había escrito una novela, había pasado catorce meses a la sombra y podía presumir de tener el certificado de antecedentes penales lleno de lamparones. ¡Un carrerón, Dragó, lo que se dice un carrerón!

—Confórmese usted, ángel mío, con que le diga que mi hija menor estudia, de momento, arqueología y, luego, ya se verá. Cervantes escribió la primera parte del *Quijote* a los cincuenta y ocho años. Hasta la vista. Ha sido un placer. Páselo bien.

¡Caramba! ¿*Arqueología* he dicho? Ciertos son los toros: la voz de la sangre existe, y sus condicionamientos, también. Siempre, desde que leí la biografía de mi héroe Schliemann escrita por Stefan Zweig, he querido ser arqueólogo. ¿Me brindará mi hija, cuando descubra el tesoro del lago de Nemi y las ruinas de la capital de los atlantes, la oportunidad y posibilidad de llevar a puerto esa ilusión tan largamente acariciada? Lo digo con infinita humildad, a la que la vejez me obliga. Me conformo con unas migajas, me presto a lo que sea… A trabajar de porteador, a acarrear cascotes con espuertas, a fregar las letrinas, a escribir la crónica de las excavaciones, a llevar las cuentas, a ocuparme de los servicios de furrielería, a sobornar funcionarios, a convertirme en ladrón de tumbas (ya lo soy, ¿no? Tal es la tarea que me he impuesto en este libro), a limpiar calaveras con escobillas…

¿Escobillas, calaveras? Con lo uno y con lo otro se topará el lector en el último pasaje de este libro. Llegaremos con él, si mis cuentas salen y la torpeza de mi pluma no lo impide, a la última y apoteósica, expiatoria, bautismal, dionisíaca fase de las tres que componían el esquema iniciático, conceptual y dialéctico de la tragedia clásica: la *catarsis*.

Pero no corramos. Aún no ha llegado el momento de que ésta diga la última palabra de esta obra.

Para un periodista que de verdad lo sea nada importa tanto —mucho más, desde luego, que su ideología, si la tiene— cuanto la independencia, virtud ésta que para ser operativa y no quedarse en mero brindis al sol de cara a la galería exige ser aplicada en un contexto de libertad. Significativo es en lo tocante a ello el último párrafo de la segunda carta de mi tío, en el que categóricamente despeja cualquier posible duda relativa a la politización de Febus. No se constituyó nunca, asevera, en el seno de la misma Consejo Obrero ni Comité de Control, pese a lo que en el Madrid rojo se cocía, y sólo, añade la carta, actuó el personal de la empresa colectivamente cuando fue necesario defender los intereses de quienes allí trabajaban frente a las pretensiones de cuantos, sin haberlo hecho jamás, «querían apoderarse del beneficio y utilizar la agencia para sus propagandas».

Concuerda el contenido de este párrafo con el de otro documento, que también obra en mi poder, fechado el 7 de noviembre de 1932 y relativo a la Junta General celebrada ese día por la Agrupación Profesional de Periodistas para decidir si se incorporaba o no a la misma a la Unión General de Trabajadores, que desdichadamente se salió aquel día con la suya por setenta y dos votos a favor y diecinueve en contra, pero lo que en el citado documento suscita mi atención, me halaga, me complace y me interesa destacar es que en el elenco de quienes se plantaron y dijeron nones figuran tres miembros de la familia Sánchez —mi tío, mi padre y el hijo del primer Modesto— y, para redondear la nómina del pequeño motín en lo que a mis tesis y deseos se refiere, el inevitable y fiel Carreño.

Prietista sería el uno, maurista el otro, liberal el tercero —digo yo, porque lo fue su padre— y visitante de Rusia, según Pujol, el último, pero todos, evidentemente, concedían más importancia a la ética de su profesión que a los intereses de las ideologías.

Vale decir: independencia y libertad, libertad e independencia, por encima de todo… A eso íbamos, ése ha sido, desde 1877 —año arriba, año abajo. No conocemos la fecha exacta en la que don Modesto Sánchez Ortiz puso en el negro sobre blanco de la prensa su primera línea— hasta hoy, 25 de agosto de 2005, el norte, el mote, la consigna y el grito de pelea de mi clan.

Don Modesto… ¡Vaya personaje! Pide a gritos un Alejandro Dumas, un Valle-Inclán, un Pérez Reverte que peche con la aventura de escribir su biografía. Bosquejé yo ésta, muy sucintamente, en uno de los volúmenes de mi *Dragontea*, ya citado[128] y en otra parte de este libro, pero enriquezco ahora la escaleta con otras tres pinceladas recogidas descuidadamente al paso de la lectura de las memorias de mi tío. Éste conoció y trató al que lo era suyo. Yo no tuve esa suerte, porque nací un año antes de que muriera, lo que no impide —¡tanto me habló de él su nieto Modestito y con tanta fogosidad, convencimiento y poder de seducción!— que el donquijote en

cuestión (lo fue) forme hoy parte de mi imaginario e, incluso, tenga ficha propia en el archivo de fotografías estereoscópicas grabadas y almacenadas, como una especie de película de dibujos animados, en las pupilas de los ojos de mi memoria. Hasta hace relativamente pocos años, no más de cinco o seis, cuando un buen día consulté el Espasa y descubrí que don Modesto se había desencarnado (es un decir, porque fue siempre enjuto, afilado, acecinado, ahuesado y desprovisto de chicha) en 1937, creía haberlo conocido al socaire de los saraos que continuamente se montaban en la alegre palestra de la casa de Hermosilla. No pudo, evidentemente, ser así, y bien que lo siento, porque estoy seguro de que habríamos congeniado, de que me habría acogido bajo su generoso manto de mosquetero y de que habría aprendido yo de él, imitándolo, infinitos modos y maneras.

Entre muchos Modestos —él, su hijo, su nieto, mi tío— anda, como se ve, el baile… Habla del primero el último en la fase final de sus memorias, porque a ello le da pie su paso por Murcia, donde vivía su *primica* (sic) Modesta, ¡otra vez, vaya por Dios y cuánto empeño en el culto de ese nombre!, hija única del segundo matrimonio del patriarca aljaraqueño. Y dice de él, literalmente, mi tío cuanto sigue:

«Este autoritario personaje, a quien su jefe político, don José Canalejas, llamaba *el señor que busca piso*, pues acostumbraba a caminar arrogante por el centro de Madrid, que en aquellos días no conocía otro tráfico que el de los sufridos simones, con sus llamativas gafas de carey sujetas por amplia cinta de muaré y mirando al tendido, o sea, a los pisos altos. Había venido desde Aljaraque, su onubense pueblo natal, a estudiar medicina en Madrid; fue íntimo del ex ministro Julio Burell y de una porción de colegas de la facultad que luego resultaron sabios doctores, pero le entró el veneno del periodismo, que iba más a tono con su dartañesco temperamento y… Fue redactor de *El Nacional*, director, después de *El Correo* y en ese cargo estaba cuando, requerido por Godó, saltó a Barcelona para renovar *La Vanguardia*, que hasta entonces había sido un diario de avisos al servicio comercial del puerto, pero que con mi tío y padrino alcanzó popularidad y pasó de ser mero pasquín a periódico propiamente dicho y de rango nacional, con impulso e influencia.

»Tuvo luego que abandonar Barcelona y, con ello, la dirección de su querido periódico a raíz del fallecimiento de don Carlos Godó, que le había ofrecido participación en la propiedad del diario, propósito éste que no llegó a cumplirse, y para evitar enojosos pleitos con los familiares de aquél, mi tío se sumergió en la política, en la que fue gobernador de Oviedo y de Gerona con los gobiernos liberales, y más tarde, con Burell, Director de Primera Enseñanza.

»Cuando se aburrió o asqueó de la política, el hermano mayor de mi padre se encargó de la regencia de una entidad patronal, y en ella hacía feliz al presidente de la misma y ex presidente del Consejo de Ministros, don Joaquín Sánchez de Toca, haciéndole relato de sus aventuras y avatares juveniles en compañía de Rusiñol y otros héroes románticos, en los que la espada o el sable eran destacados protagonistas. Posteriormente, y en reconocimiento de sus servicios al Estado,

ingresó en la Administración y vino a vegetar en Murcia como interventor de la Hacienda Pública. Allí casó a su hija con un acomodado industrial, matrimonio éste que le dio una caterva de nietos.

»Siguiendo la ruta marcada por tan esforzado paladín fueron ingresando en la profesión su hermano Gerardo, mi padre, a quien mi arriesgado pariente hizo viajar de Huelva a Madrid, cuando sólo tenía ocho años, con billete de favor y confiado a un carabinero, que por no atreverse a sostener ante el revisor del tren que su pequeño protegido era un periodista lo trajo escondido debajo del asiento; después, su hijo Modesto Sánchez de los Santos, que, fracasado en los estudios de ingeniero industrial, debutó como periodista en la agencia informativa Sánchez Ortiz, que dirigía mi progenitor, que también era redactor de *La Tribuna* y *La Voz*, y que fue asimismo, más tarde, Tesorero y, posteriormente, Secretario de la Asociación de la Prensa de Madrid; y, completando la nómina y el escalafón, el que traza estas líneas, además de un cuarto Modesto, hijo de mi primo, y de mi infortunado hermano Fernando…»

Hasta aquí, las memorias de mi tío. No volveré a citarlas. No lo haré en lo que atañe a la guerra ni a cualquier otro asunto relacionado con el contenido de este libro. Queda ya suficientemente trazado, en lo esencial, la historia de por qué y cómo llegaron a levantar los Sánchez campamento propio en los cuarteles de la prensa, y también el relato de la suerte profesional que unos y otros corrieron. El resto es futuro y no pertenece, en consecuencia, a la jurisdicción de esta obra, cuyo primer acto se aproxima a su fin. Modesto y Fernando Monreal, anden sus respectivos espíritus por donde anden, y yo, ya lo he dicho, quiero creer, y lo consigo, que *los yunques y crisoles* de las almas, las de todos, como volitivamente expresó en uno de sus mejores poemas Antonio Machado, no «trabajan para el polvo y para el viento», se encuentran, ahora, por fin, en el mismo sitio. Y mi madre, también. ¿Los veré algún día?

¿Verlos? Me bastaría, quizá, con *sentirlos*.

Dios lo quiera.

Un apunte aún, necesario para cuadrar y cerrar el balance de la historia periodística de los míos. No se refiere a quienes, entre ellos, me precedieron ni tampoco a quienes vienen detrás. Soy yo el implicado.

Regresemos a la primavera de 1958, a la cárcel de Carabanchel, a su novena galería… Recuerde el lector lo que escribí hace ya muchísimas páginas, tantas que mejor será, para poner al día su memoria, repetirlo. Estaba yo evocando el episodio de cómo, chocantemente, por el extraño y transversal conducto de un *test* de filiación política incluido en un número atrasado de la revista *Paris Match*, descubrí que no era comunista, como en mi ardor juvenil creía, sino liberal. Esto es lo que entonces dije: «Deriva y se desvía el conciliábulo hacia asuntos más triviales, de menor cuantía

y de diferente índole. No sucede nada, digo, pero más adelante, allí mismo, en la novena galería, sí que sucederá. Estallará entonces mi liberalismo, porque soy, efectivamente, lo era ya entonces, lo he sido siempre, en ello ando, un liberal, despertarán de su letargo los demonios, y…

»No es ese lance ni esa caza de brujas ni ese grito de libertad cosa que deba ser contada en este libro…»

Pues bien: rectifico. Ahora sí que la lógica de mi relato y la andadura de mis reflexiones justifican e incluso exigen, por coherencia, por remachar clavos y cerrar el expediente de los Sánchez en lo que a su manera de entender y practicar el periodismo se refiere, que cuente lo que entonces no conté.

Era, en aquella época, imposible, para quienes morábamos entre rejas, leer periódicos. Había uno, semanal, redactado y confeccionado en los talleres de la penitenciaría de Alcalá de Henares, que se llamaba *Redención* y se repartía gratuitamente entre los presos de todas las cárceles del país, pero no pasaba de ser un a modo de hoja parroquial tan sucinta de extensión como alicorta de intención y menguada en la información. Limitábase ésta a los cotilleos, entresijos e intrascendentes noticias de intramuros, nunca mejor dicho, e ignoraba cuanto sucedía fuera, aunque a veces se comentase y alabase, con entusiasmo previsible, pero perfectamente descriptible, algún que otro logro, efemérides o hazaña del Régimen entonces imperante.

Ejercía éste a la sazón, como es sabido, una férrea censura —prácticamente infranqueable— sobre toda la prensa hablada o escrita, por lo que no era ya absurdo, sino delirante, que se nos prohibiera leer los periódicos puestos a la venta en cualquier quiosco del país, el *ABC*, el *Ya*, el *Arriba*, *El Alcázar*, el *Madrid* de Juan Pujol, el *Informaciones* o el *Pueblo*, pero así estaban las cosas, y punto. El Reglamento Penitenciario era palabra de Dios que a todos los presos sin excepción alguna, comunes o políticos que fuésemos, se nos aplicaba.

Tal era, al menos, la teoría, aunque en la práctica, por poderío y mando en plaza, mano izquierda, gracejo personal, picardía o enchufe, o por arbitrariedad, chapuza o abulia de los funcionarios, gratuita u onerosamente (pues sabido es, como apuntase Orwell, que en la granja de los animales comunistas o fascistas, y democráticos, añadiría yo, todos los internos son iguales, pero algunos lo son en menor o mayor medida que otros), pudiéramos los tristes y cuitados presos hacer un poco el rácano, acogernos a la fuga de la tangente, camuflamos, escaquearnos, arañar la rigidez granítica de las normas o encontrar, inclusive, la manera de burlarlas abiertamente. Pero había, ay, una excepción a tantas excepciones, pues la felicidad nunca es completa, y era —hay que ver qué mala pata— precisamente la que se refería a la prohibición de introducir en la cárcel (y no digamos de difundir, leer y comentar) periódicos o revistas de cualquier laya y sesgo ideológico, así los editase el mismísimo Opus Dei, la Nunciatura de Su Santidad, el Ministerio de la Gobernación, la Hermandad de Flechas y Pelayos o la Secretaría General del Movimiento.

Eso era imposible a rajatabla, a machamartillo, así se hundiese el mundo, se desplomase el catafalco del Valle de los Caídos o estallara otra guerra global, o lo era, al menos, en lo tocante a la galería de presos políticos y a quienes la ocupaban, pues éramos todos sospechosos —y la sospecha, admitámoslo, no carecía de fundamento — de ser agentes al servicio de Moscú, especialistas en técnicas y trucos de la agitación y propaganda, además de virtuosos en el arte de manipular noticias y hacer juegos de prestidigitación con ellas, por lo que no resulta difícil imaginar hasta qué punto andábamos los chicuelos detenidos por ser antifranquistas —gentes todas, además, de estudios y, por ello, y por nuestro natural levantisco, aficionadas a la lectura— ayunos de información, deseosos de recibirla, cualquiera que fuese su origen, y dispuestos casi a vender el alma, si ante nosotros compareciese Mefistófeles, no ya a cambio de Margarita, *gentil entre los olivos* (aunque también habíamos aceptado ese trueque, qué diantre, pues la forzosa y prolongada castidad hacía estragos en forma de obsesiones, fantasías calenturientas, sueños húmedos y onanismo a discreción), sino de un ejemplar atrasado, arrugado y manchado de aceite, café o tomate, o inclusive recortado y mutilado, de cualquier periódico madrileño, barcelonés, nacional, provinciano o pueblerino. Extranjero, no, porque a nadie se le ocurría picar tan alto: hasta la Diabólica Providencia tiene límites. Leer *Le Monde*, *L'Humanité* o el *Mundo Obrero* (o incluso, pese a desconocer por completo la lengua rusa, la *Pravda* o el *Izvestia*), nos habría parecido como ganar el gordo, y eso era algo que sólo sucedía en las películas de propaganda del franquismo, y ni siquiera en todas. Los sueños, en el cajón y bajo siete llaves. ¡Feble revolucionario era quien no tuviese los pies en el suelo y bien que los dirigentes del partido, con el dedo admonitoriamente levantado y adusto gesto en su leninista rostro, se cuidaban de recordárnoslo!

Pero como Dios, dicen, a nadie ahoga, ni tan siquiera a los presos, que teóricamente, por sus malas acciones, lo merecerían más que otros, hete aquí que un buen día, por mi mediación —que de nada hubiera servido sin el valor, la generosidad y la herética y desusada disposición de ánimo de un funcionario de prisiones adscrito a nuestra galería, que era un alma de Dios, murciano por más señas, de Águilas, y amigo de Paco Rabal—, la situación mudó de signo, se invirtió el rumbo del viento y nuestra sed de noticias empezó a verse apagada no, como hubiéramos querido, a diario, pero sí una vez cada setenta y dos horas, pues tal era el turno de trabajo de la persona que hizo posible la mudanza y el milagro, lo que, de momento, achicaba el síndrome de carencia de nuestra adicción informativa y aliviaba visible y considerablemente la sequedad y aspereza de nuestro gaznate.

Al funcionario en cuestión, que era menudo, inteligente y feliz poseedor de un talante risueño, comprensivo, socarrón e irónico, le faltaba una mano, que tenía retrepada, debido seguramente al estallido de una bomba o de algo similar durante la guerra civil, pero le sobraba corazón.

Solía yo bajar a la celda que en la planta baja, junto al rastrillo, le servía de garita

y dormitorio, hablábamos los dos allí, alrededor de una mesa con brasero —lo que en los crudos meses de invierno se agradecía— más de lo humano que de lo divino, y así fue surgiendo y creciendo entre nosotros una amistad benevolente, comprensiva y, pese a las dificultades que de mi situación de preso y de la suya de vigilante se derivaban, sincera, leal y sólida. Y a tanto llegó la misma que un buen día, como dije —y el acuerdo, convinimos, se extendería también, sin límite en el tiempo, a los sucesivos—, accedió el guripa o *boqui* (que era, esto último, el remoquete que la población reclusa aplicaba, con desdén, a sus celadores) a olvidar adrede el periódico que leía y traía —era el *Ya*, seriote, grisáceo y aburrido, pero menos entusiasta respecto del Régimen vigente que los restantes— sobre la mesa de camilla cuando después de cada turno de veinticuatro horas regresaba al hogar para que yo, de rondón, silbando tonadillas, como un descuidero, pasara distraídamente por allí, arramblase con la preciada joya que el destino, benévolo, y la galanura de aquel hombre de bien ponían a mi alcance, la subiese a mi celda, ocultándola bajo la camisa, como si fuese un alijo de herramientas para serrar barrotes, la leyera con fruición, demorándome y embercocándome hasta en el deletreo de los anuncios por palabras, y la pusiera luego, siempre de tapadillo, en circulación para que mis compañeros de cárcel y camaradas de partido pudieran beneficiarse de lo que yo me beneficiaba y disfrutasen cual enanos alfabéticos y letraheridos que eran —algunos. No exageremos— con lo que yo, a escondidas, como Judas con su bolsa de pelucones hebreos, disfrutaba.

Dicho y hecho. Se puso el mecanismo de traspaso del *Ya* en marcha y todo fue sobre ruedas, a pedir de boca de camaradería y de pupilas ávidas, hasta que el comité de dirección del Partido, en el que yo, unos meses antes, oliéndome lo que se avecinaba y lo que se me iba a exigir, me había negado a figurar, se alarmó, me convocó con rostro cejijunto, me explicó que las cosas no podían seguir así, que el periódico no podía pasar alegremente de mano en mano, porque los camaradas —el menor de los cuales tenía más de veinte años y estaba a punto de terminar la carrera— podían desmoralizarse al leer lo que decía la prensa facciosa (seguían utilizando el lenguaje de la guerra civil) y venirse abajo, lo que entrañaba el riesgo de que más de uno cantase la palinodia, con el descrédito para la Causa y el proletariado que de ello se derivaría, y que, en consecuencia, y en uso de sus revolucionarias prerrogativas, habían tomado la decisión de confiscar, en cuanto llegase a mi poder, el periodicucho de marras, aunque yo, en cuanto eslabón imprescindible de la cadena, y en atención, además, al pequeño pero obvio y significativo detalle —lo que, como cabe imaginar, agradecí profundamente. ¡Menudo honor el que me hacían y con cuánta deferencia trataban a mi humilde persona!— de ser yo y nadie más que yo quien conseguía el objeto en litigio, podía leerlo antes de entregarlo al comité, que ya se había cuidado, celoso siempre del buen funcionamiento del Partido, de crear en su propio seno una subcomisión de censura, digo, de selección de las noticias más relevantes y menos inquietantes para la muchachada, con las cuales elaborarían un boletín informativo, y

sería ése, aleluya, el que finalmente se entregaría a los camaradas con el *nihil obstat* y el *imprimatur* de los cabecillas para que lo leyeran, ahora sí, lo comentaran y mantuviesen de ese modo, gracias al favor que se les hacía, el debido y correcto contacto con las condiciones objetivas de la realidad.

Como suena.

Y yo, naturalmente, de un aire, con cara de gaznápiro, hurgando con el dedo índice —¿*Índice*? ¿Sería el de la Iglesia?— en mis pabellones auriculares por si algo de cerumen se había acumulado en ellos y temeroso de que esa tarde se me hubiera ido un poco la mano al reengancharme varias veces —todas las oficialmente establecidas y alguna que otra de matute— a la pintoresca cola que, a eso de las cinco, se formaba en el patio o en la nave central de la galería delante de la mesa con dos barreños —de morapio peleón el uno y de agua el otro para enjuagar los vasos— desde la que generosamente se nos servía al hilo de un triple turno la ración de vino consentida por el reglamento penitenciario.

Pero no. Ni tenían cerumen mis orejas ni arrastraba el torrente de mi sangre el alcohol necesario para que mis vigorosos sentidos de hombre acostumbrado a tales trotes se enturbiaran.

Lo que éstos —no los trotes, sino los sentidos—, por doble vía de audición y de estupefacción, me transmitían, era, por lo tanto, escrupulosamente cierto, puro socialrealismo de generación de la berza no exento de surrealismo. Se me pedía —¡a mí, a un Sánchez, a un sobrino nieto del hombre que por no querer ir a misa llegó a director de *La Vanguardia*, al único hijo de Fernando Monreal!— que admitiera y me implicara en un contubernio concebido para impedir la libre circulación de las noticias, comentarios y opiniones recogidas por la prensa.

Y eso, además, con el agravante —censura sobre censura— de que tan inicua operación de mordaza, orejeras, cristales ahumados y tentetieso se llevaba a cabo con el exclusivo objeto de analizar, seleccionar, recortar y tergiversar un *Corpus* de información que ya había sido previamente tergiversado, recortado, seleccionado y analizado por los criterios, tijeras, afeites y microscopios del neceser de cirujano y botiquín de primeros auxilios de quienes minuciosamente controlaban la prensa al servicio y a mayor gloria del régimen político contra el que luchábamos.

De locos, era cosa de locos o, poniéndome en lo peor y cargando, por ello, las tintas y la suerte, no tanto de lo dicho, de locos, cuanto de cuerdos hideputas que temían y, por ello, odiaban la libertad y que habían ido a la cárcel no para contribuir al advenimiento de ésta, sino para medrar, para mangonear, para dejarse llevar por sus complejos, delirios y neurosis, para dar rienda suelta a su pesimismo antropológico de raíz judeocristiana y para sustituir una dictadura —la de Franco— por otra infinitamente más abyecta, sanguinaria y rapaz: la del proletariado, la del estalinismo, la del fascismo de izquierdas.

¡Por eso y para eso estábamos entre rejas! ¡Por eso y para eso habíamos renunciado en lo más florido de nuestra juventud a las calles, a las novias, a los

estudios, a las familias, a los libros, a los cines, a la contemplación embelesada de las chicas que movían su palmito por la calle, a los amigos, a la luz de los escaparates, a la banda sonora de la ciudad, a los vinos de las tabernas, a las librerías, a los museos, a los veraneos luminosos, al vuelo de los gorriones, al soplo de la primavera, al aire libre y a la posibilidad de adquirir un periódico en el quiosco, aunque llegase a él rasurado por el arte cisoria de los inquisidores del Caudillo, y de leerlo tranquilamente de cabo a rabo sin que nadie nos dijera «esto, sí» y «adelante, chaval», o «esto, no» y «abstente, muchachito»!

Pero lo gordo es que, inicialmente, sólo inicialmente, me avine, antepuse la famosa disciplina del Partido —una apisonadora, camaradas, una apisonadora— al instinto de libertad y a lo que la conciencia me dictaba, humillé la cerviz, bajé, supongo, los ojos, tragué saliva y, con ella, deglutí también, con asco, el trágala de la censura.

¡Yo! ¡Un Sánchez! No hay que creer en espíritus para admitir que ese día, y en ese momento, los huesos de mis antepasados por vía paterna y, sobre todo, los de mi propio padre, se irguieron, coléricos, dolidos, soliviantados, asombrados, espantados, en sus tumbas y me pusiera como no digan dueñas.

Mal de muchos… No es cosa, por supuesto, de aducir en mi descargo —sino, más bien, en mi contra y añadiéndolo al *debe* de mis culpas— el dato, colofón, sofocón y triste evidencia de que mis compañeros de incruentas armas y presidio también aceptaran el *ucase* con sumisa unanimidad, y se prestaran y aprestaran a leer, qué remedio, el inocuo boletín de noticias blancas redactado por los *apparatchik*.

Pero sí puedo y debo alegar, en contrapartida, la circunstancia atenuante, como lo es en casi todos los sistemas jurídicos de Oriente y Occidente el arrepentimiento espontáneo, de que de la nauseabunda operación de liberticidio elitista a la que en un pronto de incomprensible e imperdonable ofuscación me había allanado quedase desactivada muy poco tiempo después debido a mi intervención, pues fui yo quien premeditadamente, con pulso firme y plena conciencia de lo que hacía, traicioné a los bolcheviques, volé el acuerdo, rompí el silencio, puse en evidencia a los culpables de la felonía y salí por los fueros y la revancha de la libertad.

No habría transcurrido ni tan siquiera un mes, aunque hoy resulte ya imposible determinar con exactitud los plazos y las fechas, y tras una serie de vicisitudes tan vertiginosas y disparatadas como novelescas y rocambolescas que no cabe evocar aquí, decidieron nuestros dirigentes, violando los principios más elementales de la lógica, pues no había motivo alguno para ello, organizar una demencial huelga de hambre con el exclusivo y lamentable propósito de entretener el tedio y el obligado ocio de los chicuelos encarcelados —pues sabido es que el aburrimiento y la pereza son según el Vaticano y el Kremlin las madres de todos los vicios— y de mantener alta la moral de quienes por lo endeble de su fe marxista y leninista daban ya inquietantes muestras de abrigar dudas al respecto y de flaquear en ella. Andaba yo a esas alturas bastante quemado ya con la manipulación y la demagogia que a todos,

allí dentro, nos rodeaban y afectaban, y aproveché la oportunidad para plantarme, para decir que ya estaba bien, que hasta ahí, en lo que me concernía, habíamos llegado y que de ningún modo iba a prestarme a intervenir en la carnavalada que nos proponían (y que terminó, por cierto, en el mayor de los ridículos. A las veinticuatro horas de comenzar la huelga ya habían comido a dos mofletes todos los émulos de Gandhi).

La decisión me valió ser fulminantemente expulsado, ¡por fin!, del Partido, noticia ésta que recibí, como cabe suponer, con profunda satisfacción, comprensible orgullo y un inmenso suspiro de alivio, tanto más cuanto que mi desahucio, llamémoslo así, no llevaba aparejada la pérdida de la prerrogativa de leer el *Ya* en su versión auténtica, y no en la autorizada para todos los públicos por el comité de censura del pequeño Kremlin que los marquesones y comisarios políticos de la *nomenklatura* habían montado en el no menos pequeño Moscú de Carabanchel.

Nadie interprete esto como una medida de condescendencia hacia el renegado y, por ello, apestado en el que yo me había convertido, sino como fruto de la dura realidad impuesta por las circunstancias, ya que el amigo del *boqui* murciano, con o sin huelga de hambre, era yo, y nadie más que yo, y sin mí, por lo tanto, no había lectura posible del periódico en cuestión ni tampoco, en consecuencia, cabía redactar el Boletín Oficial del Estado Estalinista en el que tanta ilusión ponían.

Total: que las cosas, en lo relativo a la difusión y control de la prensa, siguieron exactamente como estaban, mientras a la vez, en paralelo y *sotto voce*, se incrementaba y rugía el mar de fondo del descontento de no pocos camaradas del común con las fechorías de sus dirigentes, de las cuales, paso a paso, aunque entre reticencias y con pesadumbre, porque a nadie agrada descubrir que su cónyuge no es lo que parece, iban cobrando conciencia. Y así, tole tole, y uno después de otro, pasaban los días y desgranaba el tiempo su rosario, hasta que a mí —imposible recordar el contenido de la gota que desbordó el vaso y colmó mi paciencia— se me hincharon sin necesidad de orquitis las pelotas, tiré de la manta, confesé a un par de amigos —Julián Marcos, Antonio Ron, quizá algún otro (Javier Muguerza, Alberto Saoner, Manolo Moya)— lo que sucedía, indignáronse los destinatarios de mi desahogo, no sin lógica, al enterarse de que yo, precisamente yo, el prófugo, el maldito, el desterrado, el enviado a las tinieblas exteriores, podía leer lo que a ellos no se les consentía, propagaron la mala nueva entre los restantes compañeros de a pie, cundió entre ellos la cólera, y el guirigay que se produjo terminó en motín, en rebelión de la *Bounty*, en toma de la Bastilla y, por último, en vistoso y ruidoso resquebrajamiento de la monolítica unidad de la Iglesia comunista, pues el Partido que la encarnaba se dividió como una ameba o una lombriz en dos facciones casi equivalentes por lo que hacía al número de sus miembros: ortodoxa, totalitaria, jerárquica, estalinista, la una, y liberal con sesgo de libertaria, la otra, en la que yo ingresé con todos los honores que correspondían a quien había sido adelantado indiscutible de la subversión y del movimiento de ruptura y liberación, además de

víctima propiciatoria y preferente de los desmanes de los verdugos. La revolución, una vez más, devoraba a sus supuestos héroes y arrastraba sus despojos por las calles.

Exagero adrede, porque la literatura en cuyos altares oficio obliga a recurrir a efectos retóricos, pero la verdad es que todos, los comunistas libertarios y los autoritarios, pese a militar en banderías relativamente opuestas, fuimos fieles a las esencias y exigencias de una amistad que, aún hoy, entre muchos de *los de entonces*, se mantiene, y cuando no lo hace es porque sus protagonistas ya no están entre nosotros, porque la vida se los ha tragado o la muerte se los ha llevado. Pero, con exageración o sin ella, y a riesgo —cantado— de pecar otra vez de retórica, estoy también seguro de que ese día y en ese instante, el escogido por mí para poner las cartas boca arriba y mostrar el juego y las vergüenzas de nuestros dirigentes, los huesos de mis antepasados por vía paterna y, sobre todo, los de mi propio padre, se irguieron, orgullosos, complacidos, aliviados, sosegados, encantados, en sus tumbas y volvieron a descansar en paz. El último de los Sánchez —yo lo era, por lo que al historial periodístico de la familia se refería, en aquel momento— acababa de recoger el testigo de la infatigable carrera de relevos iniciada por *el señor que busca piso* cien años atrás y empuñaba de ese modo, con el mismo honor con el que lo habían hecho sus mayores, el banderín de enganche de la libertad de información y de expresión.

Madrugada, supongo, porque la hora no figura en el expediente procesal de mi padre y de Carreño, del 14 de septiembre de 1936: Fernando Monreal está a punto de morir… Y yo, su único hijo, llego ahora al desenlace del primer acto de esta tragedia.

Me he demorado, lo sé. Lo he retrasado una y otra vez. He dado mil vueltas, mil revueltas. Me he perdido por atajos, por cañadas, por valles, cumbres, vados y desfiladeros, por caminos reales, por carreteras comarcales. He transitado, como Borges, por las avenidas, rosaledas, glorietas, veredas y alcorces del jardín de senderos que se bifurcan. He hecho valer mi ambición de enredadera. He trepado por paredes que no eran muros de lo que aquí se cuenta y he colonizado con ramas, zarcillos, hojas y raíces territorios que ni por derecho de sangre —la del protagonista de este libro, que corre por mis venas— ni por libre interpretación y aplicación de las leyes del código de la literatura me pertenecían.

¿Tendrá eso un sentido? ¿Debería buscárselo? ¿Hay un por qué?

Sostiene Naoko, mi mujer, que es mi subconsciente, y no mi carácter ni mi estilo literario, lo que me impide llegar al sitio y al momento en los que muere mi padre. Dice que no quiero matarle, que hay algo en mí que oscuramente se resiste a hacerlo y que ésa es la verdadera razón de que me desparrame, de que me aleje, de que me pierda, de que recurra a subterfugios, de que dé rodeos, de que suelte el hilo del relato y no lo recupere al instante, sino muchas hojas después, de que constantemente

intercale episodios que sólo traídos por los pelos vienen a cuento, de que sea éste no tanto un libro de memoria ajena cuanto de memorias propias y de que, en él, lo tanatológico —la búsqueda de la descripción y experimentación de ese gran orgasmo que es la muerte[129], desenlace natural y preceptivo de todas las obras concebidas a modo de tragedia— se transforme en *coitus interruptus*.

Todas las noches, ya en la cama, antes de dormirme, anuncio triunfalmente a Naoko: *de mañana no pasa, mañana cae, mañana muere mi padre, mañana lo mato…*

Y todos los días, aún en la cama, después de despertarme, corroboro: Hoy lo mato, hoy muere mi padre, hoy cae, de hoy no pasa…

Pero ella, cansada ya de oírme, y de oír cómo todos los días, todas las noches, le confieso que esa muerte aún no ha llegado, que ese parricidio todavía no se ha perpetrado, sonríe, divertida, y vuelve a decirme que no me esfuerce, que no insista, que es mi subconsciente, que no quiero matarlo, que algo dentro de mí, umbrío, silencioso, poderoso, tortuoso, se revuelve, se resiste a hacerlo, que seguiré así, revoloteando alrededor de los últimos minutos de la vida de mi padre, mientras la mía aliente, por los siglos de los siglos, y que jamás terminaré este libro dedicado a su memoria.

Y yo, entonces, también sonrío, cada mañana, cada noche, antes de levantarme, después de acostarme, y le llevo la contraria, le digo que no, que se equivoca, que los *idus* de marzo se acercan, que el puñal parricida ya centellea en mi mano, que de hoy —o del día siguiente— no pasa, que esta vez lo digo de verdad, que ya tengo los pies en los bajíos del Rubicón, que la suerte está echada, que para la hora de la cena, a más tardar, habrá muerto mi progenitor y que vaya, por ello, descorchando la mejor botella de mi cantina para brindar por Némesis, por la guerra civil, por el salvajismo de los españoles, por las Moiras, por Tánatos, por Fernando Monreal…

¿Humor negro? No. Humor a secas, porque ese sustantivo no admite adjetivos y, si lo es, lo es en todas las ocasiones y no se pliega a excepciones. Quien no se ríe de su sombra, no se ríe de nada, pero sabido es que entre el reír y el llorar no hay mucho trecho.

¡Va, pues, por ti, padre mío! ¡A tu eterna salud escatológica! ¡Bebe conmigo! ¡Hagamos nuestro, con el mismo talante con el que Verdi lo compuso, el brindis de *la Traviata*!

Y eso, el cruce de opiniones contrapuestas entre Naoko y yo, se repite desde hace cosa de un mes: el que ahora llevo de retraso.

Discúlpeme el editor.

O sí: *humor negro*, porque se me ocurre ahora, en este preciso instante, otra hipótesis, infinitamente más fúnebre y sardónica, para explicar el porqué de la tardanza y de mis zigzagueos.

Es ésta…

Sostienen los maestros, y algunos de quienes, por ser meramente filósofos, psicólogos o científicos, no llegan a tanto, que la muerte sobreviene cuando al que muere no le queda nada por hacer en este mundo. O lo que, vuelto del revés, viene a ser lo mismo: quien se trae entre manos algo realmente importante no morirá hasta que lo termine.

Este libro, para mí, de seguro, y sospecho que también para otras personas, no muchas (o quizá sí. Ya veremos), lo es: *importante*, vital, esencial… No, ciertamente, por su valor literario, si lo tuviera, sino por consideraciones personales y transpersonales de muy distinta índole.

Son ya bastantes los amigos del alma que, cada cual por su lado, se han dirigido a mí para decirme que no puedo ni debo morir antes de alcanzar el término —la última línea— de lo que ahora escribo y que, por ello, a buen seguro, no lo haré. Morir, digo.

Es curioso, porque también yo, desde hace mucho, coincido con lo que sostienen los maestros y me digo lo que me dicen quienes me quieren: nadie muere antes de tiempo.

Ahí la fúnebre hipótesis: ¿Será, en efecto, el subconsciente lo que me impide llegar a la muerte de mi padre, pero no tanto por posponer ésta cuanto por retrasar la mía? ¿Mareo subliminalmente la perdiz por instinto de conservación?

Tómese en cuenta, porque no es detalle trivial de cara a lo que aquí insinúo, que hace sólo unos meses, en diciembre de 2004, y hoy estamos en septiembre de 2005, sufrí una grave operación de coronarias a pecho abierto en el transcurso de la cual instalaron tres piezas de fontanería en el sistema hidráulico de mi red cardiovascular.

Vale decir: mis ojos han visto muy de cerca los ojos de la muerte, y eso puede repetirse, quizá por última vez, en cualquier momento.

Son las 12 de la mañana. Mediodía. Naoko teclea en su ordenador, que está en el otro extremo de la mesa en la que yo, al mismo tiempo, escribo (a máquina, naturalmente). Interrumpo mi trabajo, interrumpo el suyo, la interpelo y la pongo al tanto de la fumarola o, mejor, fuego fatuo que acaba de encenderse en mi cabeza.

Me mira, me escucha y, en esta ocasión, no sonríe. Una nube de ternura e inquietud alborea y hace nido en el brillante, bruñido, oscurísimo iris de sus ojos. Dice:

—Yo también lo había pensado.

Lo que faltaba…

¡Pues sí que estamos buenos!

Venga en mi socorro, otra vez, el santo sentido del humor.

Vuelvo a la máquina, vuelvo al libro, vuelvo a asirme a lo que quizá sea salvavidas, tablón que flota al garete, chalupa que me rescata —¿momentáneamente?— del naufragio.

La hipótesis, no sé si por ventura o por desdicha, no es descabellada. Lo digo —lo aseguro— porque este libro ya me ha salvado la vida una vez.

Sucedió en septiembre de 2004. Llevaba yo, entonces, algún tiempo —bastante, alrededor, como mínimo, de un par de duros meses de tesonero trajín— metido hasta la coronilla en la redacción de la tragedia que me esfuerzo por reconstruir y, con mejor o peor fortuna y destreza, relatar. Pensé que para darle término y estar literariamente a la altura de la porfía, necesitaba nitidez de pensamiento, claridad de mente, y que nada contribuiría tanto a ello como renunciar de una vez por todas a fumarme, cuando ya el sueño o el sexo se cernían sobre mí, esos dos o tres *porros de las buenas noches* —así los llamaba, y eran, por lo general, tres y no dos— que desde mis años de *hippy* feliz en Katmandú, adonde llegué en 1967, y en otros muchos lugares de Asia, venía enjaretándome prácticamente a diario, sin más excepción que la de las noches pasadas, por exigencias de mi vida errante, a bordo de los aviones que cubren rutas ultraoceánicas y transcontinentales.

Era una decisión que llevaba mucho tiempo acariciando (y, desgraciadamente, retrasando), por aversión al tabaco, no al *cannabis*, y porque el recurso a éste se había convertido en una costumbre, en una rutina, en un gesto mecánico que no me aportaba destellos de iluminación numinosa, con *ene*, ni ebriedad sagrada sino, sólo, compulsión de sexo, atocinamiento de minerva y toxinas letales (¡y legales!) de tabaquismo, organizando una nociva zarabanda de *rock* duro acompañado de laringitis y ronquera por mis pulmones, mis arterias, mi vejiga y el resto de mi organismo, pero, como suele suceder en este tipo de adiciones, lo iba dejando de un día para otro, de un mes para el siguiente, de un año para el sucesivo, y así, cabía suponer, lo pospondría hasta que la muerte interrumpiese tan estúpida cadena y tan capital condena.

Pero se cruzó, como decía, impuesta por la brega de mi libro, la necesidad de tener las circunvoluciones, conexiones, enchufes y alargaderas de mi cerebro tan restallantes y expeditas como en los años de la infancia, y de la noche a la mañana o, mejor dicho, de la mañana a la noche, porque así fue, decidí que se habían acabado los porros para siempre y que nunca volvería a pasar por mi garganta ni a circular por mis venas una sola partícula de humo procedente de la combustión del tabaco, aunque en algunas ocasiones y con tiento engulliría, eso sí, galletas, dulces, yogures (el maravilloso *lassi* de la India) o infusiones elaboradas con maría o con hachís.

Dicho y hecho. Han transcurrido casi doce meses y juro por todos los ángeles y demonios del *ganja*, del *charas*, del *bhang* y del *mahjun* que no he vuelto a dar ni tan siquiera una calada a un porro.

Y eso, entre otras consecuencias, casi todas —menos una[130]— extraordinariamente agradables, me salvó la vida.

Está contado en otros sitios, pero me parece lógico repetirlo telegráficamente, por afán de información, aquí.

Los porros, como a todos sus usuarios, me sedaban, me aletargaban, me ayudaban a conciliar el sueño y a prolongarlo durante más horas de las que, en teoría, una persona de mi edad requiere.

Dejar de fumarlos y verme sumido en el tormento del insomnio fue todo uno. Pero no de un insomnio más o menos razonable, llevadero o pasajero, normal (aunque sea esto, por contradictorio, absurdo) y, dentro de lo que cabe, habitual, sino sencillamente *infernal,* así, subrayado, recalcado, en cursiva, por lo que cualquier otro adjetivo sobra.

Creí que iba a volverme loco. Estuve, palabra, a punto de ello. Luché, forcejeé, aguanté cuanto pude y me resistí a tomar pastillas, pero terminé engulléndolas masivamente y, por añadidura, en formato de cóctel, lo que no me sirvió de nada. Era como echarse al coleto un buche de agua tibia, un trozo de vacío, una bocanada de aire dudosamente fresco.

Me metía en la cama, abría un libro, lo hojeaba, conciliaba el sueño, me despertaba, miraba el reloj, comprobaba —con el desánimo que tales verificaciones generan en quien las vive— que no habían pasado ni dos horas, volvía a apagar la luz, daba vueltas en el rebuño de las sábanas, ahuyentaba pensamientos sombríos, no lo conseguía, apelaba otra vez al veredicto del reloj, eran ya (pongamos) las tres y media de la mañana, optaba por levantarme como un comanche, reptando, pegando el oído al suelo, haciendo todo lo posible para no despertar a Naoko, me iba al salón, me tumbaba en el sofá, me envolvía en una manta, encendía la luz de la cabecera, abría otro libro, lo leía, me demoraba en ello, con agridulce interés, alrededor de una hora, los párpados pesaban, se acercaba como una nube el sueño, me disponía a dormir y, oh, maravilla, lo lograba, pero más me hubiese valido lo contrario, pues comenzaba entonces un período de tortura, breve, según las manecillas del reloj, pero interminable en la cuenta de mis sentidos y habitado por una sucesión de pesadillas que ni Poe, ni Lovecraft, ni Stoker, ni ningún otro maestro del género de terror habrían concebido nunca. Todavía me sube la adrenalina y se me dispara el corazón al recordarlo.

Era como si las tenazas y cucharones de un gigantesco vehículo de volquete recogiese material onírico acumulado, prensado, averiado, fermentado, avinagrado y olvidado desde la noche de los tiempos cósmicos, generales, particulares, preuterinos e infantiles en los depósitos del inconsciente colectivo y del subconsciente individual, para transportarlo hasta la conciencia lúcida, descargándolo allí y transformándola en vertedero de basuras, gusanos, monstruos, pulsiones, situaciones y relaciones que a cualquier persona decente aterrorizarían, enloquecerían y avergonzarían.

Y aun así, dando por buenas en lo que al reposo se refiere ese par de horas mal contadas y peor descritas, no llegaba a las cuatro, como mucho, el balance final del sueño.

Aguanté de ese modo algo menos de dos meses. Tuve que interrumpir el libro, me fui a Formentera para que Jodorowsky planteara y dibujase el *de profundis* de mi árbol genealógico —quédense el resultado y la narración de ese viaje a las más recónditas simas de mi consciencia y de mi experiencia vital para el tercer acto de este drama, pues guarda estrechísima relación con él—, concebí y estrené un nuevo

programa de televisión, dedicado, como casi todos los míos, a ordeñar las rebosantes ubres de la literatura, viajé a Japón, vagabundeé durante quince desvelados y agotadores días por sus umbríos y húmedos paisajes, sobreviví a tifones y terremotos, regresé, di por tierras españolas unas cuantas conferencias y, al cabo, vencido, rendido, desguarnecido, exhausto, desjarretado por los fantasmas y la zurra del insomnio, tiré la toalla del autogobierno de mi vida y acudí a la consulta del doctor Luis Domínguez, que dirige una clínica del sueño en Madrid y demandé árnica.

Eso me salvó la vida. Fue él —infinita es mi gratitud, amigo Luis[131]—quien, tras acogerme en una de las dependencias de su castillo del buen descanso —que estará lleno de bellas durmientes, aunque yo, por desgracia, no las vi, ni tampoco, por otra parte, andaba mi cariacontecido ánimo para meterme en trotes— y de proporcionarme en ella lecho, enfermeras, vigilancia, servicios, aparatos, electrodos, qué se yo, decidió que más valía someterme a los numerosos y minuciosos sondeos, exámenes y mediciones de un chequeo *reglado* —así lo llamó—, y lo obedecí, y me condujo de su mano, como Virgilio a Dante, como Orfeo a Eurídice, por todos los círculos infernales, purgatoriales y celestiales de la medicina, y di positivo en una prueba cardiográfica de esfuerzo, y tuve que someterme a un TAC de coronarias, y reveló el muy cabrón que dos de ellas, cruciales, esenciales, padecían pronunciada estenosis aterogénica —de un setenta y cinco por ciento la una y de un noventa la otra… ¡Qué puñeteras!— capaz de producir en el flujo de irrigación de mi víscera cordial un colapso de los que *incontinenti* te dejan seco, y se me practicó a escape un cateterismo, y dictó el hemodinamista sentencia de intervención quirúrgica como único artificio idóneo para atajar y reparar el daño, y subieron a mi habitación del Ruber los tres cardiocirujanos de su nómina —Rufilanchas, Forteza, Saib… Os digo lo que de los chopos del padre Duero dijese Machado: «¡Conmigo vais, mi corazón [en el estricto significado de la palabra] os lleva!»— para comunicarme, con la cara hasta los pies, parecían las Moiras, que la hecatombe era inminente, cuestión, quizá, de horas o, todo lo más, de pocos días, a tal punto había llegado la angostura de mis arterias, y para convencerme de la conveniencia de entrar cuanto antes —«mañana mismo», dijeron— en el quirófano, y me estremecí, porque no me lo esperaba, y se estremeció Naoko, y se estremecieron mis hijos, y lo discutimos, y convinimos en que no había alternativa, y dieciocho horas después ya estaba yo, como un lechazo, abierto en canal y expuesto con todas las costillas y las criadillas al aire en el escaparate de un mesón segoviano, bajo los mil ojos de mosca de las lámparas cenitales de la mesa de operaciones, y las cosas salieron bien, y… Bueno, aquí estoy, para servirles y para ver si consigo llevar a feliz puerto este buque fantasma, cuya derrota se vio interrumpida por la larga sucesión de noches de Walpurgis desencadenada en torno a mi persona y a los colchones españoles o futones japoneses en los que intentaba conciliar el sueño por la no menos feliz decisión de abandonar para siempre el consumo de porros.

Salta, pues, a la vista la inexorable concatenación de los acontecimientos… Si no

hubiese puesto fin a esa costumbre, no habría tenido insomnio; si no hubiese tenido insomnio, no habría acudido a la consulta del doctor Domínguez; si no hubiese acudido a la consulta del doctor Domínguez, éste no me habría persuadido de la necesidad de someterme a un chequeo *reglado,* si no me hubiese sometido a un chequeo *reglado,* no se habría descubierto la estenosis de mis coronarias; y si no se hubiese descubierto la estenosis de mis coronarias, no me habrían practicado una operación a vida y muerte, *ergo* estaría ahora en las regiones de la última y no en los dominios de la primera[132].

Elemental, amigo Watson.

Pero no fue, en contra de lo que inicialmente dije, este libro lo que me salvó la vida, sino mi padre, como motor, como *deus ex machina*, como causa remota, quien lo hizo, estoy seguro, pues sin él, sin su constante presencia, sin su continuo flujo e influjo sobre mi vida, sin su permanente sombra, llena de luz, no me hubiera puesto yo a escribir lo que en este momento escribo.

¡Curiosa y, seguramente, significativa, ¿no?, la coincidencia o sincronicidad de que el mismo hombre que con su semilla me trajo y atrajo al mundo, se cuide sesenta y ocho años más tarde de que yo pueda seguir en él!

Le debo dos veces la vida, y también, por cierto, si llegara el caso, el dudoso éxito y los posibles derechos de autor que, respectivamente, pueda alcanzar —el uno— y generar —los otros— mi libro. Éste es, en definitiva, la herencia que mi padre no me dejó, porque sus compatriotas no le permitieron juntarla.

O, más bien, el suyo, *su* libro, pues todo lo que hay en él trata de su persona o en ella converge.

¡Peones y subalternos fuera! Empuño la muleta y me voy —único hombre en el ruedo— hacia el toro. No ha lugar ya a pases de adorno. Lo escribí y lo reitero: *última necat*. Recuerden los de mi generación y los más ancianos, porque a mis hijos y a los más jóvenes eso ya no les dice nada, la cantilena que sonaba en nuestros años infantiles y que es para mí sintonía propiciatoria y música de acompañamiento de la muerte: *mi-a-bue-li-to-te-ní-a-un-re-loj-de-pa-red…* Se acerca, inexorable, el momento. Va a salir el cuco, va a sonar el carillón, va a detenerse el péndulo.

¿Por quién doblan las campanas?

No es verdad que doblen por todos. No doblan por mí ni por quienes ahora me leen. Doblan sólo, en estas páginas, por Fernando Monreal, por José Antonio Primo de Rivera, por Federico García Lorca, por Ledesma Ramos, por Ciges Aparicio, por Ramiro de Maeztu, por Muñoz Seca, por Miguel Hernández… Ninguno de ellos murió en el frente.

Por Buenaventura Durruti, de cuya ambigua muerte nada se sabe a ciencia cierta, ya no. Lo acabo de decidir, le he retirado mi confianza[133]. Fue, sobre todo, un pistolero.

Sólo dispongo, para reconstruir los hechos y la atmósfera de los dos últimos días de la vida de mi padre, de lo que la imaginación me dicta, de lo que figura en su expediente procesal —que ya hemos visto— y de las sensaciones e impresiones recogidas durante mis merodeos por los alrededores del edificio en que lo encarcelaron y por el lugar en el que lo fusilaron y enterraron.

Poco puedo decir, si es que puedo decir algo, a propósito del escenario en el que transcurrieron —trunca, una de ellas: la del doce— las dos jornadas postreras de la andadura de mi padre. Allí sigue, donde estaba, la Prisión Central de Hombres: en el cogollo urbano, que quizá lo fuese menos en aquella época, tan tristona, anodina y adocenada como los inmuebles que la rodean. Anduve, sí, por esas calles —empinadas y antipáticas, si no recuerdo mal, y de difícil estacionamiento— y no saqué en limpio nada que merezca ser contado.

Es todo.

Y en lo concerniente a lo segundo, a ese chaparral, a ese monte bajo de las cercanías de un puebluco sin más historia que la de haber servido de matadero en los días de la guerra civil, que se llama Estépar, con nombre que dice mucho, y que está, por la carretera de Valladolid, a catorce kilómetros de Burgos, sí cabe y puedo contar más cosas, bastantes, en realidad, tantas que no voy a hacerlo aquí, sino cuando corresponda, lo que será, Dios mediante, en las últimas escenas del tercer acto del drama.

Tenga paciencia el lector y contenga yo lo contrario: mi impaciencia. Todo se andará, supongo.

Y si no es así, malo, porque estaré muerto. Pero ya he dicho, y lo han dicho mis

amigos, y lo han corroborado los *maestros*, que eso es imposible, que yo no moriré hasta rendir viaje, como mínimo, en el *ite missa est* de esta función de réquiem.

Como mínimo, señores, porque tengo otros libros pendientes.

Naoko: hoy muere mi padre, dentro de unos minutos lo mataré.

Te he llevado muchas veces a los toros y, aunque japonesa, ya sabes lo que sucede en las plazas cuando hay corrida.

Suena el clarín del último tercio. Es la hora de la verdad. Sólo el hombre que está a punto de convertirse en dios y el dios que se dispone a regar con su sangre el albero del mundo pueden pisar la piedra de los sacrificios y arrastrar la cruz —de ésta a la bola, dice una gráfica locución taurina— hasta la cumbre del monte Kailas.

Mi estoque es la pluma y mi muleta, el papel en blanco.

Fernando Sánchez Monreal va a morir, pero es necesario, para que eso suceda, que yo mire de frente —y de poder a poder— sus ojos y me vuelque sobre el hoyo de sus agujas. Brotará entonces su sangre, salpicará mi cuerpo y, por osmosis, por impregnación, por magnetismo, por imperio de la ley de los vasos comunicantes, se unirá a la mía (que en parte es suya), se mezclará con ella, correrá por mis venas, dilatará mis coronarias, las regenerará, disolverá los grumos de ateroma e irrigará, obligándolo a pulsar con garbo, bizarría y nervio, mi corazón, ese que vertebra mi camino y que inspiró mi mejor novela[134], ese que desemboca en mi cerebro y le da ideas y brío, ese que gracias a él empezó a latir hace sesenta y ocho años —casi, ya, sesenta y nueve— y que, ahora, sesenta y ocho años después —casi, ya, sesenta y nueve— sigue haciéndolo también gracias a él. Sabido es, desde que empecé este libro, lo primero; contado queda, hace sólo un par de páginas, lo segundo.

¿Qué sería del torero sin la Fuerza del animal divino —tótem y tabú— que se le opone?

Naoko, ángel de amor, *geisha* de mis noches, luz que todas las mañanas sale por mi oriente, señora de la Casa del Escarabajo, compañera en el último tramo del camino: escucha, calla y mira. Te brindo el toro. Mi padre va a morir.

Castilfrío de la Sierra, Tierras Altas del Llano Numantino, fiesta del pueblo, misa en la iglesia contigua a mi casa, amigos en ésta, tiros largos, ropa que en el arca se vende, autoridades, vicarios del señor obispo del Burgo de Osma, procesión de la Virgen del Carrascal y subasta de sus *banzos* o andas en la ermita, tanguilla y baile en la plaza, 10 de septiembre de 2005, doce del mediodía…

Ricardo, el cura, vestido para oficiar, acoge a los señorones, saluda a los feligreses, ordena que repiquen las campanas.

¿Tiene algo que ver todo esto, este gentío, esta chiquillería, esta bulla, con el tránsito del hombre que va a morir? ¿Coincidencia? ¿Sincronía?

Tengo un ataúd. Es uno de los que antiguamente se utilizaban por estos pueblos no para enterrar a los difuntos, sino para velarlos. Eran, por ello, frágiles, enjutos, agostizos, trémulos, cuatro tablas mal cosidas y peor pulidas, vírgenes de cepillo y de barniz, ásperas, inciertas, movedizas, de tente mientras los familiares y vecinos se despedían del finado o, más bien, de los finados, porque esos féretros pasaban de velatorio en velatorio, de plañidera en plañidera, de zaguán en zaguán, de muerto en muerto…

Peracho, el gigantón celtíbero que trabaja para mí en los predios de Castilfrío, lo encontró en una aldea abandonada, lo limpió, lo recompuso, lo pintó, y ahora se encuentra en mi atalaya de Castilfrío, en el enorme desván —*sobrado*, lo llaman aquí — donde instalé hace cosa de ocho años el obrador del que salen mis libros, cerca de mi mesa de trabajo, como un *memento moris*, al que en modo alguno considero enemigo, sino todo lo contrario: amigo del alma, en el sentido literal de la expresión, y compañero desde que nací en un viaje, al de la vida, del que no parece lógico pensar que concluye con la muerte.

¿Que es retorcido, morboso y de mal fario —me dirán muchos— tener un ataúd al alcance de los ojos como si fuese la jaula de un canario, un pisapapeles, un butacón o la foto de la boda? ¿Que para qué, me preguntarán, lo quiero?

¿Y para qué coño, con perdón, les responderé, quería san Jerónimo su calavera?

¡Pues para meditar, hombres de Dios, y para no olvidarme nunca de que parecemos polvo, pero quizá no lo seamos!

Sí, sí, a veces me meto en él… Resulta confortable, al menos para un agoráfobo, como yo lo soy.

Digo todo esto, acogiéndome una vez más al burladero del humor fúnebre, tan español, porque no sería mala jornada la de hoy, si estuviese de Dios, para morirme. Todo lo tengo a mano: el ataúd, los canónigos, la iglesia e, incluso, el cementerio, que asoma, franciscano, austero, decoroso, a la vera de ésta y a dos voces de mi casa. El que no se organiza…

Quedo a la espera. Dentro de unas horas, no muchas, se sabrá. No es juicioso, y menos a mi edad, ir por delante de los acontecimientos.

Ahora, sí. Ya no puedo aplazarlo.

Matar al padre… ¿No es eso lo que, según los trágicos griegos, según Freud, según tantos otros y según, con matices, mi amigo Jodorowsky, tiene que hacer el varón para llegar a hombre?

De ser, en efecto, así, hoy alcanzo mi edad adulta.

Decíamos ayer —no hace, por consiguiente, mucho— en otra página de este libro, y lo repito ahora, lo que sigue:

«Madrugada, supongo, porque la hora no figura en el expediente procesal de mi padre y de Carreño, del catorce de septiembre de 1936: Fernando Monreal está a punto de morir…»

Y, junto a la mención y certificación sellada de todos los trámites jurídicos y penitenciarios, una sola palabra: *libertad*.

Se descorren las rejas del último rastrillo, se abre a las desiertas calles de la ciudad, entre chirriar de cerrojos, el portón del lúgubre edificio. Monreal y Carreño, cansados, pringosos, con ojeras, pero felices, porque están convencidos de que las aguas se han amansado y vuelven, poco a poco, renuentes al principio, pero cristalinas en el fluir, a su cauce natural, a la lucha por la vida, a la búsqueda de trabajo, al afán por resolver las dificultades económicas, a la compañía acogedora y consoladora de los familiares que se han quedado en Valladolid y, en definitiva, a todo lo que la palabra escrita a mano, con letra de colegio de monjas, en el expediente de la cárcel, significa y encierra.

Libertad.

Esa misma que, según Azaña, hace hombres a los hombres.

No albergan, Monreal y Carreño, el menor atisbo de duda a propósito de su inminencia. Saben —creen— que están a punto de alcanzarla.

No puede ser de otro modo. Han visto cómo el funcionario de turno los ponía al tanto de la decisión tomada y oficialmente comunicada por el Gobernador y por la Autoridad Militar, han visto —es de suponer, y si no, da lo mismo— la palabra en cuestión inscrita en uno de los recuadros de su expediente, han visto el *cumpliméntese lo que la presente ordena* firmado por el Jefe de Servicios, han visto cómo los Guardias de *Rastrillo y Ptª Principal* añadían —de su puño y letra— *cumplimentada*, han visto cómo se les devolvían los objetos personales confiscados al ingresar en prisión, han visto cómo se iban abriendo a su paso, uno tras otro, por arte de hechicería y de mecánica, accionados por un *sésamo* inaudible, todas las cancelas sucesivas y, por último, han visto cómo el portero de la cárcel descorría las trancas y fierros de su poterna de salida, o de entrada, y cómo en el marco de ésta perfileaba, clareaba y emergía una ranura de luz por la que se filtraba y transpiraba, fresco, madrugador, perlado de rocío, vivificante, el aire de la libertad.

Están, insisto, seguros de alcanzarla o de que ella los alcance. ¿Por qué no iban a estarlo? Me consta —lo averigüé mucho más tarde, porque me lo contaron testigos fehacientes del holocausto o hijos y nietos de personas encarceladas, y asesinadas o no, en el mismo lugar por los mismos días— que los internos de la Prisión Central de Hombres de Burgos ignoraban aún, en la fecha de la muerte de mi padre, la dura y tétrica realidad de que no se les liberaba, cuando eso ocurría, para devolverles a la

vida de las calles y de sus casas, sino para arrojarlos como si fueran carroña a las fauces de la muerte a cielo abierto.

De eso se enteraron unos días después, vencido ya el ecuador de septiembre, por boca de un vecino de Estépar que ingresó en la cárcel no como preso político, sino incriminado por delitos comunes, y contó lo que en las cercanías de su pueblo, a pocos centenares de metros de la era, estaba sucediendo.

Hasta ese momento, nadie, al parecer, estaba, intramuros de la cárcel, al tanto de lo que extramuros de ella se cocía. Difícil, empero, resulta admitir que tampoco los funcionarios lo supieran y que, caso de ser así, ninguno entre ellos, con buena o mala intención, se hubiese ido de la lengua.

En seguida, muy poco tiempo después, ya lo sabemos, empuñó el ejército las riendas de la situación, atajó los desmanes de las turbas de supuestos falangistas —los de la última hora, los que se arrimaron por afán de trepa, crueldad y cobardía a pitón pasado— y las metió en cintura, impuso orden, dio, hasta cierto punto, garantías judiciales y acabó con las *sacas* y los *paseos*.

Además, como ya he contado, las chicas y chicos de la Cruz Roja desplegaron sus tingladillos y toldillas de socorro y de control en los patios de la cárcel, y cesó, al menos, la matanza anónima, aunque siguieran, contenidos, represados, encauzados, los procesos y las ejecuciones. Otra cosa, bien distinta, es que éstas se llevaran a cabo y aquéllos se incoaran y articularan ateniéndose a las exigencias del derecho y de todo lo que, desde la Roma imperial (o quizás, incluso, desde la republicana. No tengo el dato a mano), se entendía por *ius gentium*.

Pero ya dije en su momento, y lo reitero ahora, que Fernando Monreal murió muy pocos días antes, poquísimos, de que se reorganizara el mando del ejército y de que entrase en los presidios la Cruz Roja.

Martín Torrent, capellán de la cárcel Modelo de Barcelona, en la que llegaron a hacinarse alrededor de ocho mil presos, publicó en 1942, con pie de imprenta de Alcalá de Henares, un folleto, que cito por boca y pluma de Eduardo de Guzmán[135], en el que a cuento, supongo, de lo que allí, en la Modelo, sucedía en los primeros años de la posguerra, tuvo el curita de marras la caradura y el cuajo de escribir:

¿Cuándo voy a morir? El único hombre que tiene la incomparable fortuna de poder responder a esa pregunta es el condenado a muerte. ¿Es posible conceder una gracia mayor a un alma que atravesó la vida apartada de Dios?

¡Descomunal monumento al cinismo! Es difícil, en lo tocante éste, llegar más lejos. Nada mejor, por lo tanto, para cualquier ser humano, según el pintoresco fraile (que probablemente lo sería, para mayor sarcasmo, de la Merced), que ser condenado a muerte y estar en capilla, pues sólo de esa forma tendrá la certeza de poder confesarse, como lo hizo el emperador Constantino, en el momento más oportuno para morir en gracia de Dios y alcanzar Su gloria. ¡Alabado sea el Señor!

Lo que, por otra parte, nada quita a la evidencia de que para algunas personas bragadas e iluminadas, entre las que me gustaría figurar por lo que ello supone de

conciencia y entereza, sea, efectivamente, *fortuna*, y no susto y desespero, conocer *a priori* el instante exacto de la propia muerte, pues hay incluso —dicen— *maestros*, brujos, chamanes, filósofos, sabios de Grecia o de donde fuere y, en definitiva, sumos sacerdotes del Espíritu, que deciden cuándo y dónde van a morir, y así, en efecto, sucede.

No es, sin embargo, para dar pie a estas reflexiones claramente extemporáneas por lo que he traído a capítulo la cita del capellán, sino para llamar la atención del lector sobre el detalle, menos trivial de lo que parece, de que a mi padre, convencido de que salía en libertad y desconocedor de la suerte —*fortuna,* diría el puñetero fraile — que le aguardaba, ni siquiera le otorgaron sus verdugos el sutil y consolador *privilegio sui generis* al que alude el mercedario.

Todo lo contrario: no sólo ignoraba Fernando Monreal, en el momento de dirigirse con paso alegre hacia la rendija de luz del entreabierto portalón de la cárcel que iba a morir, y que por ello era el pasillo de ésta algo bastante similar al famoso túnel de Raymond Moody, sino que creía que ese recorrido era, por así decir, don de vida suficiente y necesario para que ésta continuase.

Un túnel, el suyo, por cierto, y ahí terminan las semejanzas, a cuyo término no aguardaba ningún Ser de Luz, ángel, *cristo, buda, manitú* o Señor del Karma, sino una partida de fieras con fusiles, cananas y correajes, aliento aguardentoso y mandíbulas de hiena.

Me cuesta ahora trabajo seguir escribiendo. Se me desboca y, a la vez, se me encoge el corazón, me tiembla el pulso, se me aborrasca el mirar y se me enfosca el pensar, desfallece mi albedrío.

Vale decir: me vengo abajo.

Me vengo abajo al intentar ponerme en el sitio de mi padre, meterme en sus zapatos, ir con él hacia el cuchillo de luz, reconstruir la escena, imaginar la mueca de estupor y de horror que, sin duda, desfiguró su semblante jubiloso, ilusionado, al descubrir lo que escondía el portalón y comprobar que, allende éste, enmarcada por el espacioso hueco en que gradualmente se había convertido, al girar los goznes, la rendija de claror, se dibujaba la figura, cochambrosa, de una camioneta, o de lo que fuere, rodeada por el hatajo de hijos de mala madre de los que más arriba se hizo mención, uniformados o no, qué importa, pero armados todos hasta las muelas del juicio que no tenían y dispuestos a maniatarlo entre blasfemias, denuestos y amenazas, a subirlo a la trasera del vehículo, posiblemente a culatazos, y a llevárselo sin decirle adónde ni para qué hacia el último trozo del mundo que iban a ver sus ojos.

Recuerde el lector que ese hombre —ya, sin saberlo, moribundo— acababa de cumplir unas horas antes veintisiete años, que menos de tres semanas más tarde nacería su primer hijo, que andaba por el mundo y por el fulgor de su juventud lleno de proyectos y esperanzas, que era, según no pocos doctores en la materia, el periodista de más brillante porvenir entre todos los de su generación y que, en

Madrid, supuesta capital de la gloria y hervidero de *chekas*, permanentemente asomada al mirador de su hogar por si lo veía aparecer, doblando cualquier esquina de la larga y otrora risueña calle de Lope de Rueda, le esperaba una mujer encinta por obra y gracia de su simiente.

Se querían… Sabedlo.

¿Le vendaron los ojos? ¿Lo humillaron? ¿Le obligaron a tragar una generosa dosis de ricino o un buen trago de gasolina —como hacían, al parecer, a menudo, aquellas alimañas— para que se derrengase y perdiese, entre vómitos, excrementos, retortijones y exudaciones de toda índole, la dignidad, desposeyéndolo incluso de la posibilidad de enfrentarse a la muerte con la cabeza alta y el decoro que siempre mantuvo en vida y que tan trascendente momento exige?

El motor de la camioneta carraspeó, tosió, tableteó, se puso en marcha… Tran, tran: catorce kilómetros de asfalto con viruela y baches, para llegar a Estépar —*En Castilla no hay curvas*, había escrito Ortega a cuento de la perpetua, infinita llanura de pan llevar que *faze los omes e los gasta*— y dos, aproximadamente, de camino de tierra para alcanzar el punto exacto, el primer mojón, el kilómetro cero de su muerte.

¿Fue entonces cuando le vendaron los ojos, si es que lo hicieron, o prefirió mi padre mirar de frente a los ojos de quienes lo asesinaban?

¿Le obligaron a excavar —*a dentelladas secas y calientes*— su propia fosa? Cuentan que también eso, postrer iniquidad, se hacía.

¿Tuvo la *fortuna* de que le ofreciesen, abrevando en las teorías del capellán, un confesor que lo absolviera de sus pecados, si es que los tenía, y bendijera su tránsito a la morada del Espíritu?

Preguntas sin respuesta, pormenores que, ante la enormidad del hecho, carecen de importancia.

¿Fusilaron sólo, aquel día y en aquel lugar, a mi padre y a Carreño o figuraban más piezas —más codornices, más perdices, más conejos— en la *saca* y bolsa de la cacería?

A esta pregunta sí cabría dar respuesta. Bastaría, para ello, con averiguar, telefoneando al bueno de Rilova, si hubo o no más *rojos* puestos en libertad el 14 de septiembre en la cárcel de Burgos. Así de sencillo, pero me parece, aunque ignoro el dato y la curiosidad me pica, que no voy a tomarme esa molestia. ¿Para qué? Se trata de otra minucia. Siempre se muere a solas.

Tampoco voy a describir ahora —lo haré más adelante— el escenario del crimen, la longitud y la latitud exactas del palmo de la geografía del planeta donde mi padre mordió el polvo, la ubicación y aspecto actual de la fosa común a la que lo arrojaron, las hechuras, pergeño y traza del Valle de la Muerte en el que lo enterraron.

Todo eso, insisto, llegará, de todo eso daré minuciosa cuenta, pues minuciosamente lo conozco, y también contaré, descendiendo a detalles, las vueltas y revueltas del largo y tortuoso peregrinar que me condujo hasta allí, pero que no me metan prisa. No es el momento. En Estépar, y en sus inmediaciones, transcurren las

últimas escenas de la tragedia que escribo.

Adelantaré sólo que algunos vecinos del pueblo con los que hace cosa de un año hablé, tirándoles sin recato ni rebozo de la lengua, porque a nadie le gusta allí rememorar aquello, y se entiende, me dijeron que *afusilados* hubo que no morían en el transcurso de las ejecuciones (aunque algunos, malheridos, lo hicieron luego), y que se arrastraban como podían, cuerpo a tierra, como orugas, cuando ya sus verdugos se habían ido, hasta la era, que no andaba demasiado lejos, y pedían allí ayuda al que pasase, pero que muy pocos se la prestaban, pues quienes en aquellos días de oprobio y miedo socorrieran a un presunto culpable de rojerío se exponían a represalias de consideración, tanto que a veces lo eran no sólo de cárcel, sino también de muerte. Y, sin embargo, pese a ello… Aunque pocas, nunca faltan personas de corazón compasivo y valiente en el casi unánime cencerreo de la grey humana.

¿Fue mi padre uno de aquellos que no entregaron el alma en el primer momento y que, malamente, desangrándose, reptando como culebras entre la hojarasca, con el jadeo cada vez más estrangulado y los ojos más vidriados, alcanzaron la cálida y mullida superficie de una era en la que ya no trillaban los labradores ni comadreaban las mujeres, ni jugaban los niños, ni se cortejaban y toqueteaban los mozos y las mozas, ni relinchaban o rebuznaban los animales de carga y tiro, y pidieron, una vez en ella, auxilio por el amor de Dios, y lo recibieron o vieron, por el contrario, cómo se lo negaban? ¿Se aferró mi madre, que siempre fue muy novelera, y más aún, digo yo, lo sería a tan juvenil edad y en aquellas circunstancias, con el país metido en guerra y transformado en un bullebulle de bulos, rumores y leyendas de hazañas y milagros, a tan tenue y frágil asidero de espera y de esperanza?

Lo dudo, porque nunca, que yo sepa, y de no ser así, lo habría sabido, llegó la viuda de Fernando Monreal a Estépar, pero es, en cambio, seguro, y de ello también hablaré más adelante, que siempre, casi hasta el final de sus días, alumbró en ella la mesiánica ilusión de que su marido no había muerto y de que en cualquier instante, doblando cualesquier esquina de la ya no risueña calle de Lope de Rueda, devorada hoy por la lepra de los automóviles, lo vería reaparecer.

Cosas así habían, a veces, sucedido, casos así, según la imaginativa voz del pueblo y la de los corrillos de los cafés, se habían dado… Véase, si no, lo que Javier Cercas narra en su excelente novela *Soldados de Salamina* a cuento de la fallida ejecución de Rafael Sánchez Mazas.

Conque llegó, decía, mi padre al escenario de su último suspiro y, en él, al kilómetro cero de la carretera del más allá, se detuvo la camioneta, lo bajaron, se despidió (o no… Quizá, para ello, les faltó presencia de ánimo) de su amigo y compañero de desventura Luis Carreño, que había compartido con él cuanto en las páginas inmediatamente anteriores a ésta he descrito, y…

Una descarga de fusilería, una sucesión de impactos, un caer de bruces o boca arriba, un cuerpo en forma de garabato, una mancha de sangre que poco a poco empapa y tiñe la camisa, una luz —la del cielo, la del sol, la del mundo— que se

desvanece, un ruido —el de la vida— que enmudece, un apagón general de los sentidos y, tras él, la negrura, el silencio, el todo, la nada, el misterio…

Fernando Monreal había dejado de existir.

¿Sólo de *existir* o, además, de *ser*?

Escribió Antonio Machado:

> Cuando *el Ser que se es* hizo la nada
> y reposó, que bien lo merecía,
> ya tuvo el día noche, y compañía
> tuvo el hombre en la ausencia de la amada.
>
> *¡Fiat umbra!* Brotó el pensar humano.
> Y el huevo universal alzó, vacío,
> ya sin color, desubstanciado y frío,
> lleno de niebla ingrávida, en su mano.
>
> Toma el cero integral, la hueca esfera,
> que has de mirar, si lo has de ver, erguido.
> Hoy que es espalda el lomo de tu fiera,
> y es el milagro del no ser cumplido,
> brinda, poeta, un canto de frontera
> a la muerte, al silencio y al olvido.

No cabe mejor definición de este libro que la contenida en el último verso.

Hoy es, ya, 13 de septiembre de 2005, y martes, por añadidura.

En tal día como el de la fecha nació, en 1909, mi padre y, como ya sabemos, su última jornada completa de paso por la vida cayó también, aunque fuera domingo, en 13 de septiembre.

Juro por la memoria que no es treta literaria, que no es artificio de mercadeo, que no lo he hecho adrede. Juro que ha sucedido, simplemente, así, que he llegado a esta fecha —no podía ser otra— como fluye el agua, escribiendo, andando, rodando, resbalando de palabra en palabra, de línea en línea, de hoja en hoja…

¡Tremenda sincronía!

El misterio —el del Ser, digo, no el de la Nada— alienta, se hace presente, sigue en pie.

No puedo tenderme en el diván de Jung, suponiendo que lo tuviera, pero sí cabe telefonear a Jodorowsky.

Lo hago, le cuento lo de las fechas y se queda como yo lo estoy: estremecido.

Luego dice: «Un ciclo que se cierra.»

Así es.

No me he muerto. Late mi corazón, respiran mis pulmones, digiere mi estómago, corre mi sangre, descansan mis testículos, muge y ruge mi cerebro… Estoy, pues, vivo, y no me extraña, porque aún tengo mucho hilo en el telar, mucha tinta en el tintero, mucha senda por delante. De sobra sabe ya el lector que esta tragedia tiene tres actos y que sólo he escrito, a falta de unas líneas, el primero. No termina aquí la obra y mi vida, por lo tanto, sigue. Ya veremos en qué para su desovillarse.

Me siento obligado, y que el Cielo me perdone, a celebrar en tal día como hoy, en el que se cierra un ciclo y una etapa importante de la brega literaria que me traigo entre manos, nada menos que la muerte de mi padre.

Me lo he ganado, ¿no? ¡Menudo trajín el de estos meses! Se lo digo a Naoko, le digo que bajemos a Soria, que nos tomemos unos vinos en sus tabernas, que busquemos un buen restaurante… El Iruña, por ejemplo, o el Augusto, que son los mejores, dicho sea sin desdoro de los demás.

Lo siento. Es posible que el Cielo no me perdone, pero estoy seguro de que mi padre, desde él, sí que lo hará. Ley de vida y ley de muerte. El vivo, al bollo…

Últimas acotaciones escénicas: hace mutis por el foro Fernando Monreal, sale también Carreño, salgo yo, salen todos los actores, mientras se apagan los focos y las candilejas, se encienden las luces de la sala y cae el telón.

¿Aplausos? No, por favor. Guarden silencio. Con él, y no con las pompas ni la algarabía, se honra de verdad a los difuntos.

Muertes paralelas…
Federico García Lorca. ¡Presente!
Manuel Ciges Aparicio. ¡Presente!
Ramiro de Maeztu. ¡Presente!
Pedro Muñoz Seca. ¡Presente!
Ledesma Ramos. ¡Presente!
José Antonio Primo de Rivera. ¡Presente!
Miguel Hernández. ¡Presente!
Fernando Sánchez Monreal. ¡Presente!
Y, todos ellos, ausentes…

Ese telón —que lo fue, efectivamente, de lo que por otras razones muy distintas he pedido: de silencio— no volvería a levantarse hasta el 18 de julio (enésima sincronía) de 2004, sesenta y ocho años más tarde, los que ahora tengo, pues fue en dicha fecha cuando puse fin al *introito* de este libro y me adentré en sus páginas.

Toque, ahora, de paseo. Váyanse a darlo, si lo desean, los espectadores, pero regresen, por favor, a sus asientos cuando escuchen el timbrazo que anuncia el comienzo de la segunda parte de esta verídica tragedia. La función sigue.

Fin del Primer Acto

~~ SEGUNDO ACTO ~~

LA MADRE

17 de Julio de 1936
a
26 de septiembre de 2001

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo voy
de mi corazón a mis asuntos.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Iban los tres en silencio,
sus pensamientos rumiando,
mientras el destino ciego
los hilos iba tramando.

(Fragmento de una ranchera mejicana)

(Acotación escénica — Para uso exclusivo de quienes intervienen en la representación.

El primer acto ha sido más extenso de lo que pensábamos y de lo que determinan los cánones de la tragedia. Tendremos que apretar el paso y que ceñimos a lo sustancial en el segundo y en el tercero para recuperar el equilibrio, dosificar la acción, respetar la armonía, mantener el ritmo, sostener el voltaje e impedir que los espectadores se levanten, aburridos, y hagan mutis por los vomitorios. Es nuestro deber tomar medidas para que eso no suceda. Os pido a todos, especialmente a los actores, y yo, en cuanto autor del texto, director de escena y máximo responsable de lo que en ella sucede, procuraré atenerme a ello, que seáis concisos, precisos, directos, rápidos, y más fecundos que facundos. Economía de acción, economía de dicción, economía de gesticulación, economía de representación. Enciéndanse las luces, acomódese el apuntador en su concha y los traspuntes entre cajas, manténgase alerta y pronta al quite la regidora, prepárense los actores a salir a escena y suene ya el timbre que anuncia el fin del entreacto.

Regresa el público a sus asientos, sube el telón, avanza el corifeo hacia la línea frontal del proscenio y, una vez en ella, con voz grave, anuncia:

—En la tragedia, tal y como los griegos la inventaron, codificaron y representaron, había tres partes. En la primera de ellas, la protasis, se planteaba el nudo dramático; en la segunda, la epítasis, se tensaban las cuerdas del conflicto y se desarrollaba éste; en la tercera, se producía la catástrofe o desenlace de la acción,

precedida por la anagnorisis o reconocimiento y consiguiente toma de conciencia de los personajes (y, a veces, de los espectadores) y seguida por la catarsis o purgación, purificación y, en ocasiones, sanación de los unos y de los otros. Se trataba de un proceso análogo a lo que hoy se entiende por psicoanálisis. El coro intervenía de vez en cuando y escandía, y anunciaba, aclaraba o recordaba, por medio de melopeas, el curso del argumento y de su trama. Antes de la protasis solía incluir el autor trágico un prólogo al que en esta obra hemos preferido llamar introito. Griego o latín: ¡qué importa! Lenguas sagradas, en ambos casos. Sitúense los honorables espectadores en el lugar oportuno de la estructura que, para su buen entendimiento, acabo de describir y recuerden que al término del primer acto de esta tragedia Orestes Sánchez Monreal, al que acompañaba su amigo Carreño, fue definitivamente alcanzado por las Furias y… ¡Dé comienzo la acción!

Llamadla Nelly. Olvidémonos por ahora, que tiempo habrá para recordarlo, de que su nombre completo, sin diminutivos ni apodos, era Elena Dragó Carratalá. Mi madre.

Así, Nelly, la llamaba, con cariño, con cuido, con ternura, el hombre con el que en 1934, cuando ella contaba veintiséis años de edad y veinticinco él, había contraído matrimonio: Fernando Sánchez Monreal. Mi padre.

Ya sabemos lo que sucedió en la cafetería de las Cortes a la hora de la siesta del 17 de julio de 1936, ya sabemos que ese día se había sublevado contra el gobierno legal —pero dudosamente legítimo, porque la violencia imperante y la parcialidad de sus planteamientos lo deslegitimaban— la guarnición de Melilla, ya sabemos, después de dar infinitas vueltas al asunto, y de incurrir en mil cábalas, y de recibir otras tantas informaciones contradictorias, y de llegar al cabo, escurriéndome por una sinuosa y peligrosa pista de hielo, si se me permite el símil, a conclusiones forzosamente provisionales, que mi padre corrió a su casa, la de Lope de Rueda, en la que yo aún no había nacido, aunque muy pronto lo haría, y comunicó a Nelly su férrea, inamovible decisión de salir cuanto antes rumbo al sur para encontrar, recoger y transmitir noticias en y desde el lugar donde las noticias estuvieran.

Y así, en efecto, lo hizo, pero ni encontró, ni recogió, ni, menos aún, transmitió noticias: se dio, simplemente, de bruces con ellas y se rompió la crisma y el alma.

Conclusiones provisionales, decía… ¡Y tan provisionales! Me entero ahora, ayer mismo, media jornada antes de empezar a escribir lo que en este momento escribo, de que mi padre, en contra de lo que taxativamente, convencido de estar por fin en lo cierto, afirmé en otras páginas —remotas ya— de esta obra, *no* durmió esa noche, la del 17 de julio, con su mujer. Tal es, al menos, lo que con sorprendente firmeza sostuvo anoche, en conversación telefónica entablada, por mi parte, desde Castilfrío, y desde Madrid, por parte de ella, mi tía Susana, de la que, si yo no me he vuelto loco o, por lo menos, tarumba, confundiendo y traspapelando mis fichas, registros y

anotaciones, procede la dispar versión de los hechos a la que acabo de referirme. En ella se asegura —se aseguraba, más bien. Lo retiro— que mi padre y mi madre *sí* durmieron juntos aquella noche, tanto si lo hicieron a la greña como si no, en un tálamo en el que nadie volvería a hacer el amor hasta que Elena —que había dejado de ser Nelly— se casara por segunda vez ocho años más tarde.

Mi tía Susana, que era entonces un monicaco de doce añitos, está *completamente segura*, dice, de que mi padre, después de informar a mi madre de la alocada decisión que había tomado, volvió a irse —supone Susana, y es lógico, que para organizar la estrategia, tanto en la vanguardia como en la retaguardia, de la expedición noticiosa en la que estaba a punto de embarcarse— y ya no reapareció hasta la madrugada del siguiente día.

Puede ser, puede ser… Medio Madrid, o media España, pasó en vela esa noche, aunque no correteando por las calles, sino acobardaditos y arrebujaditos en sus casas, y los chicos de la prensa, más. Ellos sí que se echaron al monte de las aceras, de las ágoras y de los cafés, tan abundantes entonces, tratando de pescar noticias veraces en el proceloso y cenagoso torrente de informaciones confusas, malévolas y contradictorias que anegaba, de cabo a rabo, el país, y no digamos los mentideros, cenáculos, tertulias y trastiendas de la siempre chismosa Villa y Corte. *Leyendas urbanas*, dicen ahora; *bulos*, se decía, más atinadamente, entonces.

Lo que cuenta Susana es, por ello, harto verosímil, y si lo pongo en duda no es sólo porque difiera de lo que hace algo más de un año ella misma me contó, sino también porque la he pillado, casualmente, en otro renuncio. Atañe éste a mi abuelo, el padre de mi madre, que según la relatora, tal como ya quedó especificado, fue quien la envió, desde el piso de arriba, donde los dos vivían, al de abajo, que era el de su yerno y su hija mayor, con objeto de que acompañase a ésta en la difícil situación en la que se encontraba e, incluso, si el tono de la disputa entablada con su marido no lo impedía, de que terciase en ella con la discreción que el caso aconsejaba, a modo de juez de paz, y sosegara, en la medida de lo posible, los ánimos de los contrincantes.

Pues bien, mi querida Susana: no pudo ser así… Lo de mi abuelo, digo, no lo concerniente a la decisión —tomada por ti o por otros— de personarte en el piso de abajo y de pasar en él, acurrucada en el oscuro cuarto que después de las segundas nupcias de mi madre, y durante mucho tiempo, ocuparía yo, aquella noche de generalizado insomnio, sollozos de mi madre, tu hermana, remordimientos de mi padre, tu cuñado, y rechinar, en las calles, de preparativos bélicos.

No te inquietes, Susana. Tus neuronas andan bien… Mejor que bien, añadiría yo, si consideramos tu alta y ya casi divina edad, a la que suave, pero fatalmente, me voy aproximando como quien se desliza por un tobogán. La memoria nos falla a todos, sin excluir a los jóvenes, pues lo hace no por decadencia de su usuario, sino por definición: tiende trampas, recurre a estratagemas, nos confunde, intercala y superpone clichés, baraja los recuerdos a su antojo, desmesura los detalles, disminuye

lo que importa y juega con nosotros como lo hace, según el tango, el gato maula con el mísero ratón.

¡Si lo sabré yo, sobre todo ahora, aunque también lo supiese antes, después de la aventura de rastreo espeleológico por los abismos de la memoria, propia y ajena, en la que me he implicado para escribir este libro!

Los ojos, a cada sorpresa transformada en sobresalto, y casi no hay día en que no se produzca alguna, se me salen de las órbitas. Es como correr una prueba de obstáculos, de oca en oca, de valla en valla, de cepo en cepo, de calabozo en calabozo, de muerte en muerte, y tiro porque me toca.

El abuelo, Susana, no pudo decir en aquel trance oxte ni moxte, a no ser que lo hiciera por teléfono, de lo que dudo, pues no era eso empresa fácil en aquellos años, y menos, supongo, lo sería con el país en armas. Te extrañará, seguramente, el aplomo con que lo digo, pero no me faltan, para él, razones sólidas, de esas que no admiten discusión alguna, pues tengo ahora ante los ojos una carta suya, escrita en papel timbrado por el Hotel Falcón, de Barcelona, y fechada el 11 de julio de 1936, en la que pide, al final, literalmente, que le contestéis *pronto*. ¿Quiénes? Vosotras, tú, Suzy —lo escribe así— y Elena, mi madre, pues ésos son los únicos nombres de pila que figuran en el encabezamiento de la carta.

Don Roger, según se deduce de la lectura de la misma, estaba en Barcelona, enviado allí por la empresa nacional de hidrocarburos en cuya jefatura era un pez gordo, con objeto de *medir tanques*, sic, pero no te asustes, Susanita, porque se trataba de inofensivos contenedores de fuel sin relación alguna con los vehículos blindados del mismo nombre que muy pocos días después, con los cañones en ristre y las torretas avizorantes, iban a machacar el asfalto de las carreteras del país y los adoquines de sus calles, ensordeciendo y atemorizando a los españolitos de izquierdas, a los de derechas y a los que nada querían saber de tales banderías.

Echemos cuentas, Susana… Un par de días, pongamos, para que la carta en cuestión llegase a vuestro poder; otro para responderla, si es que lo hacíais a vuelta de correo, lo que me parece mucho suponer; dos más, calculando por lo bajo, pues algún domingo, lógicamente, se metería en el ínterin por medio, para que el destinatario recibiese la respuesta…

Abreviemos, Susana. Si tu padre, el día 11, pedía que le escribierais, casi forzoso es llegar a la conclusión de que su viaje iba a prolongarse por lo menos una semana, si no más, y eso significaría que el Alzamiento lo sorprendió en Barcelona y no donde vosotras y Fernando Monreal, y yo mismo, al abrigo del vientre de mi madre, nos encontrábamos. El abuelo, ese día, o esa noche, no estaba en su piso de Lope de Rueda, por más que la memoria te diga, Susana, lo contrario.

Hay, incluso, entre las brumas de la mía, algo que corrobora lo que aquí sostengo. Podría tratarse, lo sé, de otra trampa, tendida, en este caso, a mi persona, pero creo recordar, y siempre lo he creído, que mi madre, cuando yo era niño, evocó en mi presencia, y en la de otros interlocutores y testigos, miembros, seguramente, de la

familia o de su entorno, el pintoresco lance relativo a cómo mi abuelo llegó hecho unos zorros a Madrid, desde Barcelona, donde le había pillado la insurrección militar, muy pocos días después de ésta y tras un accidentadísimo viaje ferroviario de no sé cuántas horas o cuántos días que, según mi madre, siempre novelera, dejaba chiquito al que Miguel Strogoff emprendiese a través de todas las Rusias.

¡Pobre abuelo mío, tan pulcro él, que llegaba al extremo de llevar siempre en las camisas cuellos postizos de celuloide duro, rígidos, indeformables, satinados, nacarados y prendidos por medio de unos botoncillos que sólo podían limpiarse, pero no lavarse ni plancharse, en las tintorerías de los barrios altos! ¡Hasta para montar en la bicicleta de sus años mozos, un armatoste de la generación del 98, cosa que en mi adolescencia, pese a su ancianidad, seguía haciendo, se ponía, y no es broma, corbata, traje oscuro y bombín! Era todo un señor. Ya no quedan personas como él, incompatibles con la chusma, inasequibles a la vulgaridad, incorruptibles frente al maremoto, que ya entonces, vivo él aún, se anunciaba. La especie se ha extinguido.

El detalle, a cuento del cual viene todo lo escrito en los últimos párrafos, de si durmió o no durmió Fernando Monreal en Lope de Rueda el 17 de julio carecería, en sí mismo, de importancia, pero hay algo que, a mis ojos de narrador, de investigador y de hijo, se la confiere. Y ese algo, no exento, por mi parte, de cierta inquietud, de un sí es no es de zozobra, de una pizca de desasosiego, absurdo, por lo demás, pero así son las cosas del querer, tiene nombre, nombre propio, nombre de persona, presumiblemente femenina: el de aquella misteriosa *Lorrain* que figuraba en la *hoja de salidas* de la contabilidad de mi padre a la que hice referencia, con minuciosa profusión de datos y alarde de cábalas, en el penúltimo tramo del primer acto de esta tragedia.

Repásese cuanto entonces dije y considérese, para entender mi inquietud, la posibilidad —fantasiosa e improbable, lo admito— de que Fernando Monreal no pasara toda la noche fuera de su domicilio, si es que efectivamente, tal como asegura mi tía, fue así, sólo para preparar con los compañeros de la agencia su inminente viaje y atender, en fecha tan señalada como la de autos, a las exigencias de su oficio, sino también, y Dios sabe si sobre todo, para responder y dar alegre, apasionada, despreocupada y voluptuosa salida a las de la bragueta.

Y únicamente a éstas, me apresuro, en legítima defensa propia, a añadir y subrayar, pues aún más improbable, digo yo, y vejatorio para Nelly sería (lo habría sido) que anduviesen también por medio las razones del corazón.

¿Prefirió, acaso, mi progenitor tener a su vera durante aquella larga noche —la última antes de que todo estallase y cayera, por así decir, el telón del fin del mundo— no a su abatida, enfadada y embarazada esposa, que no le habría dado tregua, sino a su pelandusca?

O incluso, y ya resignado a permitir que corra, desalada y desbocada, la imaginación, ¿tendré yo, unigénito en teoría, un hermano concebido aquella noche o, en cualquier otra anterior, y perdido desde su nacimiento en los meandros y recodos

oscuros de la clandestinidad amorosa y, posteriormente, jurídica?

Es, ésta, hipótesis desconcertante, a decir poco, que se me acaba de ocurrir ahora, en el mismo momento en que lo escribo. ¡Repajolera gracia tendría, la verdad, a estas alturas de mi vejez! Sería, además, ese niño, para colmo, mi coetáneo, con lo que hoy, suponiendo que esté vivo y caso de que llegáramos a conocernos, compartiríamos no sólo sangre, aunque no apellido, sino también ancianidad.

¡Qué cosas, Señor, qué cosas!

¡Y qué sorpresa la mía, tan liberal yo, desde siempre, en cuanto atañe a cuestiones, extravagancias y querellas de sexo o de familia, al descubrir que la conjetura de marras —no tanto la de mi supuesto hermano, que en el fondo me divertiría, cuanto la del lugar donde mi padre pasó la noche— me produce cierta comezón, risueña, eso sí, y más que soportable, no sé, un amago de disgusto, un gusanillo, un cosquilleo del alma, un asomo de preocupación, un ser y no ser, un estar y no estar…! ¡Vaya, que no se gana para sustos y que, como dijo sí sé quién, la paz empieza nunca[136]! Entendería y aceptaría, que conste, sin gran esfuerzo, la primera interpretación, la de la bragueta, pues sabido es que tira lo que contiene mucho más que una carreta, pero reconozco que no quiero ni tan siquiera pensar de soslayo en la otra, en la segunda, en la de que el presunto lío de mi padre obedeciese no sólo a la presión de los cojones, *peccata* siempre *minuta*, sino a las razones del corazón.

Sería, para mí, y para la silueta de mi árbol genealógico y la robustez de su tronco, tal como siento la una y percibo la otra, un resquebrajamiento, un desdibujamiento, un tantarantán, un aviso, una colleja a redropelo… Todo el edificio sentimental levantado por mi madre —y, con él, mis habitaciones más íntimas, el gabinete de mi infancia, el *boudoir* de mi adolescencia, el salón de pasos perdidos de mi juventud— se vendría estrepitosamente abajo, desencuadernando el manual de mi educación emotiva y sepultándome entre sus escombros.

No estoy ya para tales trotes. Sería, un poco, como volver a empezar… ¡Cuántos sudores! Si ha de venir ese revolcón, venga, si ha de ser así, sea, *ecce homo*, pero preferiría, cierto, que no ocurriese, por más que carezca yo de autoridad, lo reconozco, y de la documentación en regla necesaria para opinar en ese asunto, y menos aún para escandalizarme y prodigarme en aspavientos de beguina y alaridos de plañidera, pues nada, a lo largo de mi vida, me ha sido ajeno en lo que toca a los combates librados en lizas de pluma, a los excesos e infortunios de la pasión y a las infidelidades y barbaridades perpetradas en nombre y bajo los efectos de la testosterona y el subsiguiente ceguerón sexual.

Insiste mi tía en que no, en que me deje de historias, en que no dé pábulo ni añada pábilo a fantasías inspiradas por el misterio del apunte dedicado a la tal Lorrain, en que mi padre no tenía ningún otro sedal atado a la pata, en que eso era rotundamente imposible, en que su hermana y él estaban enamoradísimos, en que su felicidad resplandecía y todo el mundo se hacía lenguas sobre ella, en que…

Sí, sí, vale, pero yo, qué quieren ustedes, ladeo un poco la cabeza, frunzo la boca

y sigo entre dudas. Si soy, en tantas, tantísimas cosas, como mi padre era, ¿por qué no iba a ser mi padre, en asuntos y follones de faldas, como yo lo soy?

O, más bien, como lo he sido, pues ya, Fabio, tocan a retreta. De cuantas siempre amé…

Casi todo el mundo, por otra parte, tiene los archivos, roperos y cajones de la vida sexual llenos de cadáveres, desvíos, desvaríos y sorpresas. Rascas un poquito el reverso de la chapa y sale premio. ¿Pudo ser Fernando Monreal una excepción? Sí, sin duda, porque era joven, jovencísimo, y las locuras de las que hablo llegan —o, por lo menos, se recrudecen y alcanzan su clímax— con el correr del tiempo, al filo de la media edad, y se amustian luego poco a poco, a medida que se acerca el remanso de agua dulce, dulcísimo, de la vejez, por el que yo bogo ahora y en el que nunca desaguó el curso de la vida de mi padre, pero aun así…

Sincronías, por enésima vez. Siempre a la greña con ellas. Se me vienen encima por todas partes, sobre todo cuando me aplico a la tarea de escribir un libro. Antonio Ruiz Vega *Watson*, que sólo cree en lo visible, en lo mensurable, en lo razonable, me dice que son coincidencias fantasiosamente interpretadas y volitivamente cargadas de sentido. Yo le respondo que imposible. La bola de la ruleta no puede caer tantas veces en el mismo número. Eso sí que sería, para la razón, absurdo. Mi vida y mi obra, le digo, van desde hace mucho de sincronía en sincronía. Tengo la impresión de que me llevan en andas, de que ni yo ni mis libros seríamos, sin ellas, lo que somos. Sé que es así, y punto. No merece la pena discutirlo.

Hacerlo, en todo caso, sería esta vez particularmente ocioso. Y odioso. Voy a explicar por qué.

Es sábado. Me traen los periódicos del día, los hojeo, interrumpiendo durante unos minutos mi trajín literario en el mismo punto, muy reciente, en el que me sobrevino la duda sobre si pasó o no mi padre su última noche madrileña con la misteriosa Lorrain, y me topo en el suplemento de libros del diario *ABC* con una crítica de *El médico de Ifni*, novela escrita por mi buen amigo Javier Reverte, en uno de cuyos párrafos se lee lo que a continuación reproduzco. Es José María Pozuelo quien lo firma…

«En un determinado momento afirma [el autor] de Clara, la protagonista: No sabía si tenía miedo a vivir y a saber más de lo que aconsejaba la prudencia. Parece que aquí estuviese Tiresias aconsejando a Edipo que se detenga, que no vaya más allá en la búsqueda del padre y de la razón última de su muerte. Clara, como Edipo, no ha conocido a su verdadero padre y toda la novela es esa búsqueda de identidad, un modo de colmarse como persona y una satisfacción de la cruel infancia desposeída de afecto. Javier Reverte ha prendido al lector con su complicidad en esta suerte de pesquisa que habrá de llevar al personaje a crecer más allá de sí mismo, y con el dolor de saber lo que hay detrás del héroe y de los malditos que han arruinado su

existencia, sin ella saber nada.»

Y, para que las cuentas y cabos del sincronismo tornen y se anuden todavía más, es Javier Reverte, precisamente Javier Reverte, hijo, como ya se contó, de un hombre que trabajaba como taquígrafo en la agencia que dirigía mi padre, el autor de la novela que Pozuelo, elogiándola, analiza y enjuicia.

¿Qué dices a eso, amigo *Watson*? Permíteme que raye una muesca en la culata del revólver.

Leer el párrafo transcrito y telefonear como un poseso a Luis Alberto de Cuenca, que de la Hélade lo sabe todo, es secuencia acelerada que no admite solución de continuidad entre sus dos episodios.

¿Estoy labrando mi perdición, me pregunto, mientras los timbrazos de llamada del teléfono percuten una y otra vez sobre mis tímpanos, como lo hizo Edipo cuando corría en pos de la identidad, de la memoria y la historia de su padre con el propósito de esclarecer el arcano de su propio nacimiento y el enigma del origen de su linaje? ¿Surgirá ante mí Tiresias, el vidente ciego, para avisarme de que no siga, de que no me empecine, de que ceje en mi búsqueda, de que no hurgue en la huesa donde mi progenitor yace, de que no tire de ese hilo hasta romperlo, sacando a la luz de la palabra escrita, de la agnición trágica y de mi conciencia lo que hasta ahora, acaso por designio de los dioses y en atención al sentido común, había permanecido oculto y, por ello, desactivado? ¿Rabiaré, si sigo, y atraeré sobre mí, hasta que mi tiempo se consume y la desencarnación se me lleve, la cólera de Zeus, de Layo, de Yocasta, de mis hijos, de la Esfinge, de los ciudadanos de Tebas y de la sangre que aún, a duras penas, irriga mi corazón? ¿Es la muerte de mi padre una caja de Pandora? ¿La provoqué yo desde las tinieblas del útero de mi madre para poder ser esposo de ésta, como en efecto lo fui, aunque sin consumar las nupcias, y ocupar su tálamo, como de hecho lo ocupé hasta la fecha de su segundo matrimonio, en la que fui desalojado y enviado a una habitación oscura[137]? Si Fernando Monreal fue Orestes perseguido por las Furias, ¿seré yo Edipo interpelando a Tiresias, desoyéndolo, apostrofándolo, consultando al oráculo de Delfos, asesinando a mi padre, enfrentándome a la Esfinge, salvando Tebas, copulando incestuosamente con mi madre, engendrando a Eteocles, Polinice, Antífona e Ismene, concitando toda suerte de discordias alrededor de mí y sembrando la incurable desdicha de mi estirpe?

No puede ni debe Luis Alberto de Cuenca responder a esas preguntas, y ni yo se las formulo ni él lo hace, pero sí, cálido, atento y erudito, como siempre, me escucha y me indica, verso a verso, los pasajes de la obra de Sófocles en los que quizás encuentre alimento para mi hambre, datos para mi investigación, leña para el fuego que me devora y bálsamo para mi inquietud.

Se lo agradezco, me despido, corro hacia mi biblioteca, busco el *Edipo Rey* —el de Colono no importa— y…

Juzgue el lector. Esto es lo que escribe Sófocles:

«TIRESIAS.— Ya no aclararé más. Ante esta decisión, si es tu gusto, enfurécete con la irritación más salvaje que haya.

»EDIPO.— Te aseguro que, con la irritación que tengo, no callaré, ¡eso nunca!, nada de lo que intuyo. En efecto, sábete que me das la impresión de que eres incluso tú quien ha urdido el crimen y quien lo ha cometido, sólo que no lo mataste con tus manos. Y si gozaras de la vista, incluso el crimen ese habría afirmado que habría sido sólo cosa tuya.

»TIRESIAS.— ¿De verdad? Puntualizo que tú estás incurso en el mismo bando que proclamaste, y que desde el día de hoy no tienen que dirigirte la palabra ni éstos ni yo, porque eres mancillador sacrílego de este país.

»EDIPO.— ¿Tan desvergonzadamente levantaste este infundio? ¿Y dónde esperas ponerte a salvo de lo que ello comporta?

»TIRESIAS.— A salvo estoy, pues mimo la verdad, que es fuerte.

»EDIPO.— ¿De quién recibiste esta enseñanza? ¡Pues lo que es por tu profesión, no!

»TIRESIAS.— De ti, pues me obligaste a que diera explicaciones en contra de mi voluntad.

»EDIPO.— ¿Qué clase de explicación? Repítelo otra vez para que lo entienda mejor.

»TIRESIAS.— ¿Es que todavía no lo has captado ni lo has sacado por deducción? ¿O es que me estás tentando a que continúe dando más explicaciones?

»EDIPO.— No tanto que llegue a decir que me es conocido. Por eso aclarárselo otra vez.

»TIRESIAS.— Afirmo que eres tú el asesino que andas buscando encontrar.

»EDIPO.— No lo pasarás nada bien si se te ocurre pronunciar otra vez esos ultrajes.

»TIRESIAS.— ¿Diré entonces también otros secretos con que te vas a irritar aún más?

»EDIPO.— Sí, cuantos gustes, porque serán vanas palabras.

»TIRESIAS.— Afirmo que se te oculta que tienes trato, el más infame, con los seres más queridos, y que no te das cuenta de en qué tremenda infamia estás metido.

»EDIPO.— ¿Es que esperas que vas a referir de continuo estas cosas hasta con satisfacción?

»TIRESIAS.— Las referiré, si es que la fuerza de la verdad es algo que valga la pena.»[138]

Y más adelante:

«TIRESIAS.— Me iré una vez que haya dicho aquello por lo que vine, sin miedo a

tu mirada, pues no ha lugar a que tú me mates. Esto es lo que tengo que decirte: el individuo ese al que hace tiempo buscas amenazando y proclamando públicamente como el asesino de Layo, ése está aquí. A juzgar por las explicaciones es extranjero afincado en estas tierras, pero luego se evidenciará que es un tebano indígena, y no se alegrará por esa suerte, pues marchará ciego tras haber visto, y mendigo en vez de rico, a tierra extraña tanteando el suelo con un bastón a medida que va caminando. Y se evidenciará que él es a la vez, pese a tratarse de una sola persona, hermano y padre de sus propios hijos, y de la mujer de la que nació hijo y esposo, y de su padre compañero de fecundación a la vez que su asesino. Y estas afirmaciones ve adentro y medítalas. Y si me sorprendes en una mentira, divulga por ahí que yo ya no capto nada con la adivinación.»[139]

¡Ay, tormentos rabiosos! Ya que así me hostigáis, iluminadme al menos…

Soy un paranoico. Veo visiones. Me persiguen los fantasmas. Me siento señalado. Me doy por aludido. No descarto la posibilidad de que Sófocles, profeta al cabo, como muchas veces lo son los grandes artistas de acentos jeremíacos, escribiera su *Edipo Rey*, hace veinticinco siglos, pensando en mí, apuntándome, mirándome a los ojos. Es, de nuevo, la *anagnórisis*, el cortocircuito de la autoidentificación, el incesante milagro de la tragedia griega.

¿Estoy, por desventura, *mancillando sacrílegamente* mi país, del que —como ya sabe el lector— abomino y de cuya nómina me gustaría borrarme? ¿Tengo o he tenido *trato de infamia* —a todo el mundo se lo atribuye Freud so capa de soterrado remordimiento y subsiguiente sentimiento de culpa— con mis *seres más queridos*? ¿Existen en su trayectoria, y en la mía, *secretos que intensificarán mi irritación*? ¿No soy acaso, a fin de cuentas y por más que me considere *extranjero afincado en estas tierras*, un *tebano indígena*, un jodido españolito, a mi pesar, y lo seguiré siendo por bemoles hasta que la muerte disuelva y me arrebate la nacionalidad? ¿Terminaré mis días en Japón, en la India, en una aldea del alto Nilo, en cualquier lugar *extraño* de esos que hora tras hora, desde hace infinitas lunas e incontables soles, alimentan mi fantasía, pueblan mis sueños y articulan mi esperanza, y lo haré, ciego, como Edipo, como el propio Tiresias, y *tanteando con un bastón* —el de la última edad del enigma de la Esfinge— los guijarros de un suelo en el que no nací y cuyas entrañas rechazarán mis despojos? ¿He sido, además de padre, hermano de mis hijos? ¿A tanto despropósito y a tamaña desmesura me condujo, en otros tiempos por ventura ya desvanecidos, mi acendrada, empecatada y arrogante condición de *eterno ragazzino* (Caterina *dixit*), de inmarchitable Peter Pan, de estúpido *progre*, de alegre *hippy* de la década prodigiosa, de contumaz miembro del grupo de Bloomsbury en versión ibérica, de… ? ¿Fui cónyuge platónico de mi madre y la deseé, callando, cuando en mi infancia dormía junto a ella, y tuve, sin que jamás aflorasen a mi conciencia, celos de mi padrastro, que era un bendito del que sólo guardo buen recuerdo y al que, por

añadidura, debo mi relación con Soria y cuanto Soria me ha aportado? ¿Cabe, entonces, decir de mí, lo que Tiresias, acusándolo, dijo de Edipo? ¿Fui, a diferencia de éste, no después, sino *antes*, oh prodigio, de mi nacimiento, perdido yo entre las frondas de lo que Jodorowsky llama *árbol genealógico*[140], a horcajadas del rayo de lo inconsciente y erguido como un auriga loco sobre el espinazo del tigre de mi destino, *compañero de fecundación* de Fernando Monreal *a la vez que su asesino*? ¿Me engendré y me parí a mí mismo? ¿Soy el padre de mis hermanos?

No hay respuesta. Silencio literalmente sepulcral.

Decía Henry Miller: «Cada vez que se viola un tabú, sucede algo estimulante.»

Sí, pero…

Y repentinamente, como si —a lo lejos— amaneciera, otra sincronía. Dios, esta vez, no ahoga. Al contrario: muda el viento, se engallan los árboles, resplandece la hierba del jardín, el horizonte se abonanza, derivan a translúcidas las sombras.

Dios, sí, o el Espíritu, o el Alma del Mundo, porque las sincronías son Su voz, Su prosodia, Su juego de señales, Su sistema de semáforos… Imprevisibles y secretos, eso sí, ni que decir tiene, y en apariencia, contradiciendo el significado que con razón o sin ella les atribuyo y desmereciendo del papel que les asigno, más casuales que causales, pues es en esta ocasión la azarosa lectura de un libro de Marcos Ricardo Barnatán lo que obra el prodigio. Acaba de salir, se titula, Dos mil y una noches[141] y recoge el diario que su autor llevó, sin fallar una sola jornada, desde el 1 de enero de 2005 hasta el 31 de diciembre del mismo año. Soy un asiduo visitante de este tipo de literatura, altamente personalizada —la de ficción me aburre. No gusto de las novelas —, y por ello, con ánimo de reposar un poco, de desengrasar mi espíritu, de ahuyentar los espectros que lo pueblan y de recuperar el sosiego tras ocho horas de dura brega literaria, me sumerjo en las páginas, siempre interesantes a más de bien escritas, del libro de Barnatán y me doy en una de ellas, casi de soslayo, como si fuese yo el valentón del soneto más célebre de Cervantes, con una referencia al duelo de pistola —en el que afortunadamente no corrió la sangre— que en 1897 mantuvo Marcel Proust, con un tal Jean Lorrain, «escritor amigo —dice Barnatán— de los hampones y los travestis»[142]. También yo, por cierto, lo soy. Me atraen, sexualmente, los segundos y me enriquecen, literariamente, los primeros. Lo que más me interesa en las ciudades es, cuando lo tienen, su barrio chino; y si no lo hay, como sucede ahora en Barcelona, que lo tuvo inigualable, esplendoroso, el mejor de todo el orbe occidental, me aburro.

Pero, a lo que iba… ¿Lorrain, Lorrain? ¡Caramba! Lo exclamo, por supuesto, dándome una palmada en la frente. ¡Pero si es un apellido, y todos los apellidos son, por definición, ambiguos, ambivalentes, ambidiestros! Nada saben de masculinidad

ni de feminidad. ¿Por qué, entonces, me emperré desde el primer momento, desde que cayó en mis manos y cobró vida ante mis ojos el apunte de contabilidad garrapateado por mi padre, en que Lorrain era un nombre de pila femenino y escondía, por ello, sabe Dios qué oscuras, pecaminosas, clandestinas y traicioneras relaciones de entrepierna y adulterio mantenidas de tapadillo por ese espejo de virtudes conyugales que era, al decir de todos, Fernandito Monreal? ¿Sólo por contagio fonético, e irreflexivo, apresurado, con el mujeriego —ése, sí— y sugerente nombre de Lorena? Éste pesó, sin duda, pero también, y más decisivamente, conturbó mi ánimo, ofuscándolo y arrebatándome la claridad de juicio, lo que algunos psicoanalistas llaman *fantasmático*, de *fantasma*, concepto que nada tiene que ver con el de la *fantasía*. Éste es, o puede ser, positivo; aquél es, siempre, negativo y designa ideas, pensamientos o imágenes que no guardan relación alguna con la realidad y que provocan sentimientos de temor u odio, tal como suelen hacerlo, verbigracia, los fantasmas propiamente dichos en los cuentos infantiles y en los relatos o películas de terror[143].

Se hila, sin embargo, derecho con hilvanes torcidos y agujas retorcidas, y así ha sido también, por lo que a mí respecta, en este caso. De él, a su trasluz, he aprendido algunas cosas sobre mí y sobre la relación que mantengo, por debajo de la línea de flotación de la conciencia, con mi padre, aunque no sobre éste. Lecciones no buscadas ni pagadas, pero agradecidas. Bienvenidas sean.

Y lo dicho: escampa. Suspiro de alivio, expresión risueña y no exenta de autoironía, y a otra cosa. Volvamos al balcón de las maldiciones…

Que Fernando Monreal durmiese en Lope de Rueda o que volviese allí al despuntar el día para recoger sus bártulos, despedirse de Nelly, subir al coche y salir zumbando es disyuntiva que en nada altera los términos del escenón tal como a su debido momento se relataron.

Recapitulémoslos… Se cruzó mi madre —según la versión de mi hermana, que habla, naturalmente, de oídas, pues vino al mundo doce años más tarde— en la puerta que daba al rellano de la escalera con el propósito, vano, de impedir que su marido saliese, mientras gritaba: «¡Tú no te vas!, ¡Tú no te vas!», y corrió luego hacia el mirador para asomarse a él —según la versión de mi tía, que la sujetaba por la cintura para que no cayera ni se arrojase al vacío[144]—y maldecir al hombre que tan desconsideradamente huía y la abandonaba.

Todo fue inútil. Subió mi padre al coche que lo aguardaba con el motor carraspeando, lo que lleva a suponer que mi tía tiene razón al asegurar que no durmió en casa, sino que llegó a ella, y el vehículo se puso en marcha, dobló la esquina y desapareció. Sólo entonces dio Nelly la batalla por perdida, se volvió hacia su hermana —esto es lo único que aún, entre los pocos datos por mí recogidos, desconocíamos— y, en un arrebato de incontenible y oscuro profetismo, como si la

Sibila de Cuma, reencarnada en ella, hablase por su boca, sentenció:

—Nunca más volveré a verlo.

Tenía razón. La frase, mil veces escuchada por mí a lo largo de la vida, pasó a formar parte de los anales, efemérides, archivos y leyendas de la familia, y sigue hoy, volando en círculos, como un buitre famélico y avizorante, como un cóndor de ganchudo pico, como un cuervo que nos sacará los ojos, sobre la memoria de quienes, aún vivos, pertenecemos a ella. Comenzaban para mi madre sesenta y cinco años de soledad.

De esa secuencia, de esa escena, de esa frase, de ese instante, despega y remonta el vuelo todo lo que ahora voy a contar, todo lo que ya estoy contando, todo lo que sirve de hilo conductor a la segunda parte de la tragedia y constituye su trama, su argumento principal, su columna vertebral: la odisea vivida por Nelly a partir del momento en que su marido la abandonó.

Corríjase antes de adentrarnos en ella la estrofa de la *Elegía* de Miguel Hernández por mí citada al comienzo de este acto y quede, hasta su término, así:

«Anda [Nelly] sobre rastrojos de difuntos, / y sin calor de nadie y sin consuelo / va de su corazón a sus asuntos.»

Estamos a 18 de julio de 1936. La guerra acaba de empezar.

No sólo la odisea de mi madre, sino también, aunque muy en segundo plano y difuminadas por la penumbra del salón de fondo del escenario, la de su hermana Susi y la de su hijo Nano, que soy, para servirles, yo. Así, con ese diminutivo de vitola alicantina me llamaban entonces, y siguen haciéndolo hoy, los miembros de mi familia y los amigos de la infancia y primera juventud.

Aparecerán también en este segundo acto, fugazmente, vistos y no vistos, otros personajes secundarios, muy secundarios, más bien meros comparsas en el curso de la acción y en el desarrollo de la función, no porque en sí mismos lo fueran, sino porque no son los titulares —protagonistas y antagonistas— de este relato, que trata de otras gentes. A algunos de ellos ya los conocemos; a otros, no. Aludo, sobre todo, aunque no únicamente, a los miembros de mi familia paterna, a mi tío Jorge y su mujer, Elisa, a mi padrastro y a los dos hijos, y hermanos de madre míos, que nacieron por el cauce del segundo matrimonio de Nelly.

Éstas son, en lo esencial, las *dramatis personae* del segundo acto de la tragedia.

Dos cabos quedaron sueltos al terminar el primero. Uno de ellos, el de mi madre, ya se ha anudado. El otro es el de las mujeres, niños y criadas de las tres familias —los Sánchez, los Díaz Carreño y los Gutiérrez de Miguel— a los que mi padre y su

amigo Luis encontraron en la casa del barbero de Vegas de Matute, rescataron y trasladaron a Valladolid.

De los últimos, nada sé, porque mi primo Gerardo tampoco sabe nada.

De los segundos, poco, muy poco puedo decir… Parece ser que, tras la brusca e inexplicable desaparición de su paterfamilias, partieron hacia el norte, y ahí, en ese punto, se pierde su pista.

En cuanto a los terceros…

No cuesta mucho trabajo imaginar la terrible, indescriptible, casi apocalíptica situación en la que quedaron. Repentinamente, de la noche a la mañana, tragado por el viento de la guerra y de la maldad de sus semejantes, aunque de este último factor nada, aún, sabían los damnificados, se esfumó su protector: el hijo de mi abuela Mercedes, el hermano de mi tía Alicia, el tío de mis primos Tito, Manino y Cuca, el cuñado de mi tía Concha… Mi padre.

Todos, menos él, que estaba a buen recaudo y pasó en seguida al reino de las sombras, se quedaron a la intemperie, nudos y crudos, sin dinero, sin hatillo, sin profesión, sin documentación (supongo), sin perspectiva, sin horizonte, sin meta, agobiados por las deudas, acosados por los acreedores, atribulados por la incertidumbre, hostigados por la agresividad reinante…

Sólo dispongo, para reconstruir y narrar las vicisitudes de aquel naufragio y para dar cuenta de cómo, a la desesperada, se las apañaron para salir de apuros, de los tenues, apenas perceptibles recuerdos que de tamaña aventura quedaron inscritos en la memoria —forzosamente, por infantil, confusa y frágil— de mi primo Gerardo.

Es de suponer que mi abuela, por aturdida que estuviese, hiciera en el primer momento, porque otros no hubo, con el frenesí que cabe suponer, febriles gestiones relativas a la desaparición de mi padre, y también, digo yo, las haría, en lo concerniente a su marido, la mujer de Carreño. Mi primo, como es natural, poco sabe de esa cara del asunto. Mis tías Concha y Alicia, que sí, seguro, la recordarían, murieron sin decirme, *motu proprio*, nada y sin que yo, distraído aún por las cosas de la vida, las interpelase. Lo que sí sé, de cierto, es que tales gestiones, cualesquiera que fuesen, no sirvieron de nada en lo tocante a averiguar el paradero ni la suerte corrida por los dos deudos detenidos; y lo que, en todo caso, no se entiende es la razón de que las pesquisas no dieran resultado alguno teniendo allí, al alcance de la voz y de los ojos, agarraderas tan influyentes y robustas como la del comandante de la plaza, la de los colegas del *Diario Regional* y *El Norte de Castilla* y la del amigo —suponiendo que aún lo fuese— Rienzi, que en 1937, más o menos, porque en la edición no consta la fecha, publicaría allí mismo, en Valladolid, un libro —titulado *¡Guerra!*[145]— en el que nada dice acerca de lo que aquí nos importa.

Lo cierto, cuenta mi primo zanjando el asunto, es que todos los Sánchez, pero

nada más que los Sánchez, incluyendo en la comitiva a la fiel criada Juaneta[146], optaron por acogerse al derecho de asilo que, previsiblemente, y así fue, les brindarían los miembros de la rama de la familia avecindada en Aljaraque, al ladito de la capital de Huelva, y allá que se fueron, a lo loco, con lo puesto, a la buena o a la mala de Dios, a lo que saliese, embarcándose en una aventura colosal, que duró cinco días, de tren en tren, de tercerola en tercerola, de vagón en vagón, de estación en estación, de apeadero en apeadero, de andén en andén, de cantina en cantina, y que mi primo, con los ojos temerarios y risueños de la infancia espejeándole y electrizándole el rostro, evoca con aliento y acento épicos.

De ese modo llegaron los tres hijos de mi tío Modesto, pastoreados por la fortaleza y la firmeza de tres mujeres adultas, aunque una de ellas —Alicia— lo fuese sólo por los pelos, al lugar en el que habían nacido o del que procedían todos sus mayores por vía paterna y en el que hoy, sin otro mérito por mi parte que el de ser sobrino nieto del prócer que llegó a dirigir *La Vanguardia*, existe una amplísima plaza de airoso formato a la que han puesto mi nombre. Se agradece el generoso detalle municipal que, es para mí, un honor genealógico.

Los Sánchez aljaraqueños acogieron, ¡faltaría más!, y agasajaron, en la medida de sus modestas posibilidades y de lo que las privaciones de la guerra permitían, a los Sánchez capitalinos, pero éstos, a los pocos días, pues tampoco era cosa de abusar, especialmente en jornadas tan difíciles para todos como lo eran aquéllas, se mudaron a la cercana ciudad de Huelva, donde las dependencias locales del Auxilio Social rápida y eficazmente organizado por la Falange en las zonas arrebatadas al control de la República se encargaron de ellos, los instalaron en un chalet de hermosa traza, que todavía existe, aunque destinado a otros usos, y los proveyeron, día tras día, hasta que terminó la guerra y regresaron a Madrid, de todo lo necesario para su sustento.

¿Chollos de la época y de las circunstancias? Pues sí. Aún había, evidentemente, caridad —la misma, más o menos, que en la otra zona organizó, verbigracia, el Socorro Rojo—, lo que demuestra que en ninguna de las dos facciones fueron todos tan rematadamente malos como la propaganda de uno u otro signo y las opuestas banderías, recíprocamente, de bulo en bulo, de exageración en exageración, barriendo cada uno para dentro y cargando con cainismo y cinismo ibéricos la suerte, los pintaban.

Dejemos, momentáneamente, ahí, en El Conquero, que era el nombre del promontorio y barrio de Huelva donde despuntaba y despunta el chalet, a mis parientes paternos y volvamos, para seguir bogando desde allí por el curso principal de esta verídica historia, a la casa madrileña de la que mi padre se había ido y en la que, por aquellos mismos días, estaba yo, huérfano en agraz, viniendo al mundo.

Tocaban a rebato. Salió de escena Fernando Monreal, regresó a ella desde Barcelona, como pudo, el patriarca don Roger, deflagró la guerra, se escondió mi tía

Luisa —la cuñada del delator Enrique Ruiz Vernacci— con su hijo Josín (de corta edad, aunque no tanto como la mía) en el piso abandonado por mi padre, buscaron y hallaron refugio en él —y también, y sobre todo, en el de mi abuelo— otras tías y primas de mi madre, y ésta, con la ayuda de su hermana y de Paquita, niñera, primero, y señora de compañía y de confianza, después, y durante muchos años, de la familia, organizó y capitaneó todo lo necesario para el buen funcionamiento de la convivencia entre los miembros de aquella calidoscópica república de mujeres asediadas y zarandeadas por el desbarajuste, traqueteo y tableteo del estado de guerra en la que el único varón adulto era mi abuelo, que sólo salía de su cubil del cuarto piso, sin bajar nunca al tercero (lo asegura mi tía), para pelar la pava con Matilde, su novia.

Lo hizo —tuvo que hacerlo— mi madre a trancas y a barrancas, a empellones, sin medios económicos, con la despensa vacía y los vasares surtidos de duelos y quebrantos, exhausta la fresquera, exprimiendo la nada, haciendo día tras día el milagro de los panes y los peces, conteniendo la angustia, manteniendo la sonrisa, rezando por las noches en el lecho vacío, renunciando sin dar en quejas ni en reproches a todos y cada uno de sus antiguos privilegios de niña bien, llevándome en su vientre cada vez más abultado, sintiéndome dar saltos de potrillo en él y subiéndose las mangas de las blusas de tela fina para meter sin dengues los brazos hasta los codos en las faenas serviles del gobierno de la casa. Seguro que no le resultó fácil, por más que apuntase ya maneras de leona de Castilla, o de Alicante, pero lo hizo, y punto, porque así son las cosas, así es la vida y así fue la guerra.

Sobra, en todo caso, describirlo, pues cualquiera, sin mucho esfuerzo, puede reconstruir la escena, pero daré, pese a ello, algún detalle aislado, media docena de pinceladas entre impresionistas y expresionistas que ayuden a imaginar, palpar y olisquear la atmósfera tragicómica imperante en aquel gallinero.

Don Roger, el especialista en hidrocarburos, el alto directivo de una de las empresas más importantes del país, el descendiente del médico de Napoleón, el caballero de elevada estatura, elegante seriedad y acrisolada dignidad que montaba en bicicleta con bombín, camisa de cuello de celuloide y traje oscuro, se había enamorado de Matilde, una joven secretaria de la empresa, con la que muy poco antes de que terminara la guerra contraería impaciente y repentino matrimonio, y esa imprevista pasión de madurez, casi de ancianidad, añadió leña al fuego del barullo de aquella casa antaño burguesa y hogaño convertida en remedo del hotel de los líos de los hermanos Marx. Podía mi abuelo, a causa de sus ideas, de su posición social y de su porte señorial, ser blanco de las iras y pasto del apetito de la chusma miliciana en cualquier momento, por lo que más le valía quedarse chapado en casa y no asomar a la calle ni tan siquiera el ala del bombín o la siempre lustrosa punta de sus impecables zapatos de charol, pero íbase el hombre, pese a ello, y desmintiendo así su bien ganada reputación de cobardica, a pelar la pava con su novia todos los días a la hora del aperitivo vespertino; y en una de esas valerosas excursiones por el Madrid en

armas, cerca, creo, de lo que hoy llamamos Tirso de Molina y era entonces plaza de Progreso, lo alcanzó de refilón, en la barriga, un racimo de metralla, cayó herido, levemente, y tuvo que acudir en demanda de apósitos y mercurocromo o de lo que fuere al servicio de urgencias del ambulatorio de la calle de O'Donnell, situado a tres manzanas de su domicilio. El susto debió de ser morrocotudo, pero nadie, por fortuna, lo reconoció, y pudo volver a casa sin grilletes y por su propio pie. Sería ésa una de las mayores aventuras en la vida de quien siempre, antes y después de ella, se las apañó para no sufrir nunca más sobresalto grave que el aquí descrito.

El día 2 de octubre, fecha en la que muchos años atrás había nacido el *mahatma* Gandhi, apóstol mayor del pacifismo, y con toda España en guerra, y Madrid no digamos, mi madre tuvo un antojo: el de zamparse un plato descomunal, según mi tía, de pimientos con tomate. Lo hizo, y le sentó como cabe imaginar. Penosa fue la digestión del frangollo, semejante a la de la boa *constrictor* tras engullir un cervato, y en el epicentro de tamaño maremoto estomacal e intestinal, aunque no sé si a causa de él o, simplemente, porque la hora del parto era llegada, comenzaron los dolores y estertores del mismo, se avisó a la comadre y al médico, rompió la parturienta aguas y, entre obuses y zambombazos, nací yo. Todo fue razonablemente bien. Pesé casi cinco kilos, lo que a la luz de las privaciones que nos rodeaban y que todo el país sufría, era, casi, una invitación al canibalismo y resultaba, supongo, ligeramente insultante. Me amorré, además, desde el primer momento y con singular ahínco a los pezones de la autora de mis días, y a tanto llegó mi afán de leche materna que hasta dos años después no permití que me destetaran, viendo en ello una maniobra de perversa furrielería a la que me opuse con todos los medios a mi alcance, de índole acústica, mayormente, que no eran pocos. Mis rabietas se hicieron famosas. Fue, incluso, necesario que la exhausta Nelly, exprimida ya hasta el tuétano por mi voracidad de mamoncillo y magramente alimentada por la estricta dieta que el rifirrafe bélico imponía, recurriese a procedimientos disuasorios tan expeditivos como el de untar con acíbar sus achuchados y chupeteados pezones —lo que no sirvió absolutamente para nada— y el de teñir de negro, mediante un corcho ahumado, las dos ubérrimas mamas objeto de mi concupiscencia, lo que por fin me puso en llorosa e irreversible fuga. Pero todo esto sucedió, como ya he dicho, mucho más tarde, y fue, además, contado por lo menudo en mi novela *Las fuentes del Nilo*, a la que puede acudir en busca de más detalles el lector que los requiera. Yo vuelvo al otoño de 1936, al guirigay de la casa de Lope de Rueda y al relato de alguno de los lances que lo salpicaban, animaban y amenizaban.

La agresión artillera sufrida por don Roger —que, reconozcámoslo, se la ganó a pulso. Las pasiones amorosas, a su edad, acarrean al usuario toda suerte de percances — fue, sin duda, uno de los episodios más llamativos y, por ello, comentados, y pasó a formar parte, con buena lógica, del historial de hechos heroicos de la familia, pero no le fue a la zaga, en la misma línea y tradición marcial, el suceso protagonizado por mi madre el día en que una bala suelta atravesó el cristal del mirador de su alcoba,

precedida por un coquetón gabinete, atravesó éste, sobrevoló la cama, franqueó la puerta que remataba la *suite* y la ponía en comunicación con el oscuro pasillo conducente a las habitaciones traseras de la casa y siguió por él hasta perderse en la *res nullius* de la penumbra que lo envolvía.

El fragor fue, al decir de Susi, que andaba con el resto de los refugiados en la otra punta de la vivienda, de los que hielan hasta los últimos glóbulos de la sangre que circula, cantarina, por los más ínfimos y remotos vasos capilares del sistema cardiovascular. Acudieron todos, al oírlo, al lugar del que el pavoroso estrépito procedía y, una vez en él, y más concretamente en el cuarto de estar, contiguo a la alcoba de marras y unida a ella por una puerta acristalada de doble batiente, se toparon con mi madre tendida cuan larga era, boca abajo, en el suelo, sujetándose las tripas con las manos —no sé cómo, la verdad, porque la posición no lo favorecía—, dando alaridos y asegurando que estaba muerta.

No era, afortunadamente, así, ni podía, tampoco, serlo, pues la trayectoria del disparo, que sorprendió a la falsa moribunda hablando por teléfono, lo descartaba, pero el susto, que lo fue de aúpa, convenció a mi madre —ilesa, aunque contusa y confusa— de que la casa en la que todos vivíamos con discreta holgura era algo así como el Alcázar de Toledo, asediado hasta muy pocos días antes por los cafres de las tribus rojas, y que más valía que nos trasladásemos todos, sin parar barras en el amontonamiento que de ello se derivaría, a las habitaciones interiores, clausurando las que daban a la calle, y especialmente a las del servicio, cocina y despensa incluidas, que eran, a distancia, las menos expuestas al fuego graneado de los unos y de los otros. A mí, para mayor seguridad, se me envolvía en un grueso colchón capitoné de grenchas de borra, capaces, según Nelly, de frenar la acometida no ya de una simple bala de fusil, sino de cualquier obús o peladilla de a puño disparada desde los nidos y nichos artilleros de la serranía o de la Ciudad Universitaria. Fue mi madre, en cierto modo, una de las primeras personas que barruntó, entre temores, amores y novelerías, lo que con el correr del tiempo serían los misiles. Fabricaba ya Hitler, en secreto, sus *uve dos*, y debía de parecer yo, en el ínterin, una larva de gusano de seda envuelto en su capullo y a punto de convertirse en ninfa.

Durante muchos años, hasta que mi madre, si la memoria no me falla, contrajo segundas nupcias, se mantuvo el agujero dejado por la bala en el cristal del montante del mirador sin que nadie se tomara la molestia de sustituir la pieza rota y yo, niño hechizado por él, alcancé no sólo a verlo, sino también a grabarlo con impronta de hazaña bélica y de fotograma épico en la cera virgen de mi imaginación infantil y de la sedienta y precoz esperanza, que nunca oculté, de llegar a ser algún día un aventurero en toda regla. No tuve necesidad alguna de leer a Hemingway, y ni siquiera, tampoco, de conocer su existencia, para soñar con parecerme a él. Siempre nadaron leones marinos por mi sangre. Parecía un ojo, y parecíanme pestañas las grietas, estrías y fracturas que formando un círculo lo arropaban, aquel agujero originado por una bala anónima en el ventanal del mismo mirador al que se asomó mi

madre cuando mi padre huía. Lamenté, en su día, que arreglaran el estropicio y sigo, hoy, recordándolo con emoción y nostalgia. No siempre los objetos son inanimados.

Pintoresca resultó también, y con ello pongo fin a mi tentativa de recoger y sugerir con tres brochazos caprichosos la peculiar atmósfera existente en el piso donde nací durante los meses que siguieron a la desaparición de Fernando Monreal, la inopinada presencia en el hogar de éste de un matrimonio de refugiados de edad madura y baja extracción social a los que nadie, en el seno de mi familia ni en el resto del vecindario, tenía el gusto de conocer. Se trataba de gentes sin techo a las que forzosamente hubo que dar acogida, no sin cierto disculpable repelús, porque así lo decidieron e impusieron, con inexorabilidad castrense, las autoridades de la bombardeada y martirizada urbe en la que todos, los ricos y los pobres, pugnaban por encontrar un hueco en el que, a duras penas, sobrevivir. No sé, porque mi tía no lo recuerda[147], dónde dormían los intrusos —quizá los instalaron, nescientes los dos del peligro que corrían, en las habitaciones de respeto que los Dragó y sus adláteres habían evacuado a raíz del suceso del proyectil perdido—, pero sí me consta que llevaban vida aparte, que no se mezclaban con los miembros de las clases altas de aquel improvisado campamento de zíngaros, que jamás salían a la calle, que iban siempre —los dos— en chancletas y con bata, y ella con rulos, y que cocinaban tristonamente su magro sustento en un infiernillo de alcohol apoyado en el suelo del retrete de las criadas. Lo hacían allí no por discriminación, que los Dragó —y, menos aún, los Sánchez— nunca practicaron, sino para evitar incendios, lo que no dejaba de resultar chusco, por exceso de precaución, en medio de tanto bombardeo.

Lo dicho: cosas de la guerra, adaptadas a los usos, costumbres y carácter de los míos. Diversión, como se ve, no faltaba; sustos y miedo, tampoco; dinero, el justito, y sacado, por así decir, de entre las costuras del colchón; privaciones, penurias y agobios, cuantos quepa imaginar; y, sobre todo, mucho sentido del humor, que siempre fue moneda abundante en las dos ramas de mi familia, para tapar ausencias, sobrellevar contrariedades, aliviar el luto, entretener la hambruna e ir convirtiendo, minuto a minuto, la tragedia en comedia, las lágrimas en sonrisas y, a veces, en abiertas carcajadas, y en momentos felices, uno a uno, todos los infinitos desastres de la guerra.

Así fuimos sobreviviendo —dejemos a los demás: a mi abuelo, a los Ruiz Vernacci, a Paquita y a la extraña pareja que formaban los dos refugiados— Nelly, Susi y yo hasta que los tres juntos, en el otoño de 1937, salimos por las bravas de Madrid en busca de mi padre.

Pero, entre tanto, sucedieron otras cosas y otros crímenes a los que forzosamente debo dar cabida en mi relato.

Veinte de noviembre del treinta y seis: fusilan en Alicante a José Antonio Primo de Rivera. La abyección colectiva y el encanallamiento individual de la pinturera

fauna —toreros, toros y público— de lo que Valle-Inclán ya había bautizado con el expresivo remoquete de *ruedo ibérico* alcanza su punto cenital y, simultáneamente, toca, por sus dos extremos, fondo. Los políticos, avergonzados, disimulan, miran hacia otra parte y cambian de conversación. Un sordo y ciego oleaje de oscura culpabilidad se estrella contra las quillas del inconsciente del país, pero los españoles de la zona controlada por los rebeldes no se enterarán oficialmente de lo sucedido, aunque los rumores cundiesen, hasta un año después. Una letra escarlata —el sello de Caín— aparece impresa, como un estigma bíblico, en la frente de los Hunos y de los Hotros, de los rojos y de los azules, de los tirios y de los troyanos, de los militantes de las dos facciones que, arrogándose, cada una de ellas, la representación de la España buena y atribuyéndose el derecho de castigar a la que consideran mala, andan a la greña. Se forja un mito, se borda una bandera, nace un héroe. Su muerte es la más significativa, junto a la de Lorca, de todas las que, en la retaguardia, corrieron paralelas al asesinato de mi padre.

Sorprenderá a algunos, seguramente, que diga esto. La inquina hacia la Falange, pues falangistas de chichinabo y truculento cartón piedra fueron, probablemente, los facinerosos responsables de mi orfandad, se me supone. El rencor, el sectarismo, el victimismo y la sed de venganza se dan, en el país donde tuve la mala suerte de venir al mundo, por descontados. Pero ya he dicho, una y mil veces, y mil y una veces volveré, si es necesario, a decirlo, que no me siento español, que no lo soy, que nadie puede ni debe obligarme a serlo, que me he borrado de esa lista, que me he exorcizado, que me autoabsuelvo de ese pecado original, que he expulsado de mis genes, de mis cromosomas y de mi conciencia todos los innumerables y vomitivos demonios de la patria.

Será, seguramente, inútil, pues sabido es que nada oye quien no quiere oír, pero intentaré, pese a ello, explicar por qué me parece José Antonio el espíritu más noble, la figura más limpia y el político más interesante y prometedor de cuantos por aquellos años —los de la República y el comienzo de la guerra— repicaban en la vida pública del país.

Así, después de no pocas cábalas, altibajos, lecturas, conversaciones, reflexiones e interpretaciones, lo pienso, y así, en consecuencia, lo digo. Soy, al hacerlo, consciente del sofión que se me viene encima. Paciencia, y *ecce homo*. Correré, sobra añadirlo, con todos los gastos que mi incorrección política genere y pecharé con las consecuencias que del ejercicio de la libertad de pensamiento se deriven en el ámbito de una sociedad en la que nunca —ni ayer, ni hoy— ha habido librepensadores, por más que muchos, en otros tiempos, en éstos ni siquiera, se despacharan por tales.

Cargarán contra mí, creo y deseo, porque será eso señal de que mi postura y mi andadura son correctas, los franquistas y los antifranquistas… Por cierto, no deja de ser chusca, pero es lo que hay y así nos va, la constatación de que esas dos etiquetas antagónicas siguen estando hoy tan vigentes como lo estaban, con buen motivo, el 1 de abril de 1939 y el 20 de noviembre de 1975. No aprendemos, no tenemos remedio,

no escarmentamos. Es como si en Florencia o Roma siguieran aún a palos los güelfos y los gibelinos, en la Granada nazarí los zegríes y los abencerrajes o en el Helesponto los aqueos y los troyanos. Siempre damos la nota. *Spain is different*, y no precisamente para mejorar lo ajeno.

Arremeterán, decía, los del 18 de julio y los del 14 de abril, y lo harán porque he escrito más arriba, y lo reitero, que la responsabilidad y abyección del magnicidio incumbe, aunque no por igual, a las dos partes.

Sí, sí, también —por consciente y voluntaria omisión de socorro— al ominoso Caudillo que aún no lo era y que, de seguro, nunca habría llegado a serlo si el Ausente hubiese seguido estando Presente. *Cui prodest?*, se preguntan los policías a la hora de buscar a un asesino y los jueces a la de emitir sentencia. ¿A quién benefició, me pregunto yo y se preguntan muchos, la muerte de José Antonio sino al hombre que no hizo nada para sacarlo del atolladero, que se negó al canje propuesto por el gobierno de la República[148] y que hizo, gracias a ese óbito y a los de Sanjurjo y Mola, y a la astuta desactivación del huracán Queipo de Llano, una fulgurante carrera que nadie, fuera de él, deseaba ni había previsto?

A quienes, desde luego, no benefició la muerte de José Antonio fue a sus compatriotas. A usted, lector, o a mí. Otro gallo —ni rojo, ni negro, mi querido y difunto Chicho[149]—nos habría cantado a todos si el fundador de la Falange hubiera seguido dando la cara al sol en vez en entregar el pecho, acribillado, a las sombras.

Este libro lleva el título de *Muertes paralelas* —ya se explicó, en su Introito y en otros pasajes, por qué— y en su portada, por mí concebida y sugerida al editor, campean, también paralelos, pero verticales ambos en su inicuo descenso a la tierra que los acogió y devoró dos rostros: el de Fernando Monreal, joven periodista paseado en Burgos por sedicentes miembros de la Falange y demás ralea el 14 de noviembre de 1936, y el de José Antonio Primo de Rivera, joven político ejecutado en Alicante por la gentuza del Frente Popular el 20 de noviembre del mismo año.

Dos meses y seis días, pues, entre los dos crímenes. Reitero y recalco lo de *ralea*, atribuido a los de la *rive droite*, y lo de *gentuza*, asignado a los de la *gauche*. Plebe, zupia, chusma, populacho, canalla, marranalla, patulea… Infinitos sinónimos para un mismo, antiguo, moderno, eterno y despreciable concepto: el de *hez de la sociedad*. En España, hoy como ayer, abundan sus representantes, acrecidos ahora por el flujo de la inmigración laboral, en la que poco es el trigo y mucha la paja. Envidia, odio, vulgaridad, incultura, parasitismo, limosnerismo, gorronería, gorrinería: eso es algo de lo que, entre otras muchas lindezas, la define. Fue, en los dos bandos, la verdadera (aunque no única) protagonista de la guerra civil.

Tómese, por cierto, con pinzas la afirmación de que José Antonio era un político. Más bien quiso ser, y fue, lo contrario. Hoy lo calificaríamos de líder *antisistema*, aunque ni por ello se mezclaría ni compadrearía con los mentecatos de la antiglobalización.

Muertes paralelas, sí, las de ambas víctimas, y vidas, las suyas, incompletas.

En cuanto a lo primero, quede rotunda constancia de que la voz de la sangre no me aturde y de que conservo, por ello, la ecuanimidad necesaria para aceptar la evidencia de que las cabezas de mi padre y José Antonio podrían haberse trocado, de que sus respectivas suertes podrían haberse intercambiado, de que podría haberle sucedido al uno en Burgos lo que al otro le pasó en Alicante y de que lo que pasó en Alicante al uno podría haberle pasado en Burgos al otro.

Y no sólo porque así sean las guerras y así fuese nuestra guerra, sino también, y sobre todo, porque ni mi padre era de izquierdas ni José Antonio era de derechas.

Sirva, como botón de muestra de lo segundo, pues lo de Fernando Monreal ya se explicó hace mucho, y sin meternos en otros laberintos de compleja trama y difícil salida, lo que por *causualidad* y sincronicidad acabo de leer —lo hice anteanoche— en un interesante libro[150] cuyo autor, del que nada, fuera de lo que dice la solapa, sé, ha tenido la gentileza de enviarme (y yo la de leerlo). Su testimonio reza así:

«Cuando José Antonio aclara la doctrina de la Falange Española de las JONS para espeluzne de la derecha toda, gana dos cosas: la felicidad de haber encontrado el camino y un salvoconducto para el más allá convenientemente sellado en alguna oficina con nombre de terciopelo. “En 1935 formula un cuádruple planteamiento: reforma agraria, lucha contra los monopolios, reforma fiscal y estatalización de la Banca. Repásese la prensa de finales de 1935 y principios de 1936, y se verá de dónde y cómo surge el aislamiento de José Antonio. Se negó a ser fascista. Por eso la firme resolución de que fueran borrados del mapa él y los suyos. Es el profeta que va a ser destruido.” ¡Qué bien lo resume Velarde! Son las balas de plata. El mismo José Antonio lo vislumbra, se lo va diciendo a quien lo quiera oír, se lo dice a Sánchez Albornoz cuando éste lo avisa de que con discursos como el de la reforma agraria en el Parlamento sus amigos de la derecha le van a dar la espalda, y le replica: *Ya me la han dado, Albornoz, ya me la han dado*. Se lo dice a Prieto, se lo dice a Azaña, se lo dice a las gentes en los mítines y se lo dice de una forma terrible a Calvo Sotelo cuando el político derechista acude a la Modelo y José Antonio lo ignora. Ya en Alicante asume de tal manera que es objeto de una encerrona, que no se abstiene de reiterarlo en el juicio. El proceso habría sido en Burgos, asegura María Teresa León, si la República hubiera tenido la astucia de dejar libre a José Antonio. Pero no lo liberó. Cinco comunistas y cinco anarquistas aniquilaron la esperanza contra la pared en un rincón de la cárcel de Alicante. De madrugada»[151].

Estoy de acuerdo con el parecer de mi vieja amiga —hoy difunta— María Teresa León, a la que traté mucho durante mis años de exilio en Roma, pese a ser ella, por aquel entonces, comunista sin fisuras a las órdenes de Moscú, como lo era su marido, Rafael Alberti, y a ser yo, ya, anticomunista renegado y, por ello, traidor y réprobo puesto en el punto de mira de mis antiguos camaradas. A José Antonio, efectivamente, lo habrían fusilado en Burgos, como a punto estuvieron de fusilar a Hedilla, pero sólo en el caso —improbable, aunque no imposible— de que el Caudillo hubiera seguido siéndolo en esa circunstancia. Es esto, por mi parte,

conjetura, y no certeza, apoyada en la lógica conclusión y subsiguiente convicción de que habría sido José Antonio, si vivo y si libre, y no Franco, la persona encargada de capitanear la guerra, en la facción rebelde, y de traer la paz. Su estrella, que terminó, ¡malhaya!, transformándose en fugaz, estaba a la sazón en alza. Había llegado su momento. *Soufflé* que el viento en el aire levanta, espuma que sube y todo lo envuelve, agua de río que al océano llega. La España nacional se habría ido entera, casi unánime, tras él. La gente —el pueblo— lo habría aupado. Era un terremoto, un clamor, un oleaje incontenible. Nada puede detener ni contener las grandes líneas de fuerza de la historia ni a quienes, vigorosos, invencibles, las cabalgan.

Su amigo Federico García Lorca, en el ámbito de la literatura, no en el de la política, habría (y había) representado y protagonizado otra. Paralela fue también su muerte, aunque no por ello se torne verdad el tópico de que siempre, y sólo, mueren los mejores. También lo hicieron, entre 1936 y 1939, y aún después, los malos, sin que la Parca les diese tregua ni tiempo para corregirse. Disparaban los españoles, en su guerra, a bulto. Es, entre ellos, porque a mí que me registren, una costumbre y una maldición. Goya la pintó.

¿Su amigo? Pues sí: su amigo. Gabriel Celaya, por ejemplo, que era tan comunista, por lo menos, como María Teresa León, dijo y escribió antes de dejar de serlo que allá por 1936, en los meses que precedieron a la guerra civil y la anunciaron, el poeta granadino cenaba todas las semanas con el fundador de la Falange[152].

Y Pepín Bello, un hombre por encima de toda sospecha, que aún, mientras escribo estas líneas, vive, y ojalá siga así por mucho tiempo, aseguró el 9 de octubre de 2003, en su casa de la calle de Santa Hortensia, en Madrid, delante de cuatro testigos, que los rumores y habladurías relativos a la amistad entre José Antonio y García Lorca eran ciertos, y explicó que se habían conocido en el café Lyon D'Or, al que acudían los escritores del grupo de la *Resi* y los de la tertulia falangista de la Ballena Alegre, y que de aquellos encuentros inicialmente casuales y superficiales fue naciendo una amistad que poco a poco llegó a ser, literalmente, *entrañable*. Al bueno de Pepín no le consta, como algunos han dicho, que el poeta y el revolucionario cenasen cara a cara, y a solas, todos los viernes, pero está seguro, a cuanto parece, de que, con o sin platos y copas por medio, se veían a menudo[153]. Eso corroboraría o, por lo menos, impediría dar carpetazo —por malintencionada o absurda— a la especie, de la que ya me hice eco, de que el autor del *Romancero gitano* estaba escribiendo y quizá, también, componiendo cara al sol en el momento de su captura *chez* la familia Rosales un nuevo himno para uso sin abuso de la Falange. Cosas más raras y cohabitaciones (diríamos ahora) no menos inverosímiles, duraderas o no, hubo en aquellos días. Conste, de todas formas, que yo descarto el supuesto; y si lo menciono es porque me parece chocante, estimulante y chistoso.

Y, ya metidos en chismes de telebasura, tertulianos, conserjes, peluqueros y azafatas, aunque sin concederles, ¡faltaría más!, crédito alguno, también cabría

añadir, y así, en algunas ocasiones se ha hecho, la leña de las *liaisons dangereuses* y contra natura ideológica entre Federico y José Antonio al fuego de la supuesta y jamás probada homosexualidad platónica y latente del segundo. ¡Ay, España, España! Todos, en ella, cuando por cualquier motivo se hacen célebres, pasan indefectiblemente a ser, según el prójimo, maricones escondidos en su armario, agentes inconfesos de la CIA o socios de número del Opus Dei. *La calumnia,* —tarareaba a pleno pulmón Basilio en *El barbero de Sevilla*— *e'un venticello*. Y en España, aunque Rossini no lo dijo, un huracán. ¡Vaya si lo es! Puedo, por la parte que me toca, ¿y quién no?, dar fe de ello.

Hasta el mismísimo Franco, que era hombre poco o nada dado a fantasías, se tragó, de entrada, aunque con la ayuda, supongo, de la vaselina de su *wishful thinking*, la monumental, disparatada e inverosímil trola de que José Antonio no había muerto en Alicante, sino que fue entregado a los rusos y que allí, con ellos, en la Unión Soviética, andaba, para diversión y regodeo del padrecito Stalin, aunque metamorfoseado, mediante una rigurosa y minuciosa operación quirúrgica y emasculadora, en eunuco de atiplada voz, dengues de damisela y melindres de efebo ático[154].

Carlos Rojas, en sus *Memorias inéditas de José Antonio Primo de Rivera*[155], recoge y redondea tan espurio lance evocando con ironía (o tal se le supone) la imagen del héroe condenado por los verdugos frentepopulistas, sustituido en el último minuto por un sosias y entregado a las huestes de la Lubyanka. Los sicarios de ésta lo enchiqueran en una mazmorra moscovita durante varias semanas y después lo conducen al Kremlin para que allí se entreviste con Stalin. Añade Carlos Rojas, como perejil de tan pintoresco plato, la especie (o especia) de que el preso entretuvo la espera y rellenó las horas muertas pasadas en el calabozo componiendo mentalmente, pues carecía de papel y pluma, versos escritos en francés a la manera de Ronsard[156]. *Vero*, ciertamente, no es, pero nadie osará negar a estas ocurrencias la condición de *ben trovato*.

Fernando Díaz Plaja se hace, asimismo, eco de la truculenta historia relativa a la castración de José Antonio en su *Anecdotario de la guerra civil*. Explica que al Caudillo nunca le cayó bien el fundador de la Falange, con el que tuvo muy breve trato, y aduce que esa falta de sintonía se desbocó hasta transformarse en abierta irritación a partir del momento en que los falangistas, tras el astuto, voraz e inicuo —los adjetivos son de mi cosecha, no de la de mi tocayo— Decreto de Unificación, que llegó cuando José Antonio llevaba cinco meses menos un día pudriéndose en la huesa, pasaron a estar bajo su directo control. Cita Díaz Plaja al respecto un gracioso comentario del siempre agudo y certero Agustín de Foxá, que encontraba lógica la actitud del Caudillo, pues a nadie le agrada contraer matrimonio con una viuda —la Falange, en este caso— y descubrir que su mujer se pasa todas las horas del día hablando de su primer marido —el Ausente— y deshaciéndose en elogios sobre él[157].

Por lo cual, y en función de la antipatía no sólo ideológica, sino también psicológica, que se profesaban, pues malamente podían congeniar un pez frío e hipotenso, como a todas luces lo era el Generalísimo, y un hombre tan entusiasta, tan desbordante, tan expresivo y tan activo como José Antonio, resulta chusca, como poco, por no decir sarcástica y grotesca, la chirriante paradoja de que los dos hayan pasado juntos al mismo casillero de la historia y estén, incluso, y para más befa, sepultados ataúd con ataúd en un panteón común, promiscuo y bivalvo[158]. Más adelante reproduciré lo que hace ya una pila de años escribí y publiqué a cuento de tan injusto, cavernícola e ibérico despropósito.

Lorca, Pepín Bello, María Teresa León, Gabriel Celaya… Rojos o rojillos todos, al menos en teoría, además de republicanos fervientes, por lo que no se cierne sospecha alguna de sectarismo ni de consanguinidad ideológica sobre sus testimonios, por mí escogidos al azar entre los muchos que la historia del país, y de su literatura, aporta sin la más mínima pretensión de agotar la cosecha y su venero. Tampoco lo son, sospechosas, las restantes opiniones —sólo tres— que a renglón seguido voy a recoger, para curarme en salud, como lo hice con las otras, y evitar, en la medida de lo posible, que los bienpensantes de izquierdas me crucifiquen por atreverme a hablar bien de José Antonio. Empecemos por las del ex falangista y luego medio socialistón (aunque con retranca gallega) Torrente Ballester y el siempre imprevisible comunista católico Pepe Bergamín, que al final de su vida, y fiel a su vocación de zigzagueo jacobino y numantino, dio en proetarra. Aseguraba don Gonzalo, que en gloria esté, allá por 1986, en una emisora de radio, que a nadie, ni siquiera a sus correligionarios, había oído hablar tan elogiosamente de José Antonio como al bueno de Bergamín[159].

Mucho antes de eso, pero mucho después de su paso por la Falange, cuando ya era no sólo disidente de ésta, sino militante antifranquista, el gran Dionisio Ridruejo —claro varón de España con el que tuve la fortuna de compartir cárcel, clandestinidad y amistad— escribió, con su habitual elocuencia, capacidad de seducción y poder de convicción, lo que sigue:

«En 1935 conocí personalmente, fuera de los círculos falangistas, a José Antonio Primo de Rivera, un hombre sugestivo, inteligente, de gran elegancia dialéctica, gallardía y segura honradez personal, que a esas gracias añadía la de un punto de timidez delicada y deferente, enormemente atractiva. Me impresionó como no me ha impresionado ningún hombre y me pareció ver en él el modelo que el joven busca instintivamente para seguirle o imitarle: algo así como el amigo mayor que siempre orienta el despegue rebelde de los adolescentes cuando sienten la necesidad de romper con lo más inmediato e impuesto…

»Nunca he dejado ni dejaré de sentir por la figura de José Antonio el gran respeto y vivo afecto que me inspiró entonces, aunque muchos de sus pensamientos me parezcan hoy inmaduros y otros contradictorios y equivocados. Creo aún en su buena fe con tanto vigor acreditada por las actitudes humanísimas que antecedieron a su

muerte. En verdad, José Antonio no tenía aquella seguridad histriónica de los jefes fascistas —e incluso no fascistas— y parecía estar siempre en actitud crítica frente a sí mismo, buscando lo que no acababa de encontrar. En conversación particular —aun con una persona muy joven que tenía ante él la actitud contenida de la admiración incondicional— no ocultaba sus dudas sobre la calidad de la pequeña masa que le acompañaba. Trataba de distinguir su movimiento de los modelos fascistas y no renunciaba a la esperanza de tener audiencia entre los hombres de izquierda para que ellos hicieran innecesario su propio partido tomando la dirección que a él le interesaba. Creía en la amenaza de la revolución comunista, pero no temía menos que el país cayera en manos de la derecha tradicional, medio el más seguro para que la revolución fuera, al final, irremediable»[160].

Cualquier apostilla —me parece— sobra, por venir estas líneas de quien vienen: de un grande de España, de un prócer de la honradez, de un hidalgo de lanza en astillero… O, si acaso, añadir sólo que de él, de Dionisio, del hombre que, por cierto, dedicó un hermoso poema a la madre de mi primo Chipi Ruiz Vernacci (sobrino carnal del hideputa) cuando su cuerpo exangüe volvió de las trincheras de la División Azul[161], podría decir casi lo mismo, eliminando las coordenadas de ideología, historia, espacio y tiempo, que él dice de José Antonio en los párrafos recién transcritos. Pocos, muy pocos hombres, aunque alguno hubo y, a lo mejor, habrá, me han impresionado tan favorable, arrebatadoramente, en el curso de mi agitada vida como me impresionó Dionisio el día en que, por primera vez, lo vi. La escena sigue en mis pupilas. Estábamos los dos, y otros amigos y compañeros de armas y de letras, en la novena galería (¿o era, por aquel entonces, la séptima? ¡Ay, la memoria y sus zancadillas!) de la Prisión Provincial de Hombres de Carabanchel. Fue, como ya sabe el lector, en el febrerillo loco y revoltoso de 1956: un *mayo francés* en Madrid. Buenos tiempos, aquéllos: mejores, casi imposible. La cárcel no importaba. Al contrario: alimentaba. Todo era descubrimiento, centella, aventura, esperanza y amistad. Estábamos pasando, o tal creíamos, y así, en efecto, fue, a los anales del país, y nuestra historia personal se hacía una, grande y libre con la historia nacional y aun con la universal. Cuadratura del círculo, suprema dicha, rompimiento de gloria. *Dionisíaco* soy, de Grecia, sí, pero también del Burgo de Osma[162], y algún día tendré que componer y cantar, y contar, el elogio de Dionisio Ridruejo que todavía no he escrito y que tampoco voy a incluir aquí, porque no ha lugar a ello. Es una deuda. Pido tiempo al tiempo que ya, concluido el suyo, el del poeta que estuvo en Rusia, recorrió Castilla y tradujo a Pla[163], se escurre por mis venas. ¡Ojalá Cronos, desprendido, comprensivo, generoso, me lo otorgue!

Adiós, Dionisio.

Bueno… Adiós, no, porque lo prometido —mi elogio— es deuda. Volveré a ver o, por lo menos, a evocar y pintar tu cara. Saldrás favorecido. Eras, incluso, como los

hijos de los dioses, guapo. Que se sepa. Y gracias, en el ínterin, hasta que mi canto fúnebre te alcance, por tu testimonio sobre el Ausente. Tú también lo eres, tú también me faltas y nos faltas, tú también faltaste, no por voluntad propia, sino por destino amargo, a tu cita con el país que amabas. Moriste poco antes de que lo hiciera el Caudillo y, con él, su Régimen, al que tanto te opusiste. Las cosas, en España, habrían sido distintas, pienso, y quizás acierte, si hubieras seguido entre nosotros.

Hablé, en la segunda tanda, de tres testimonios, y sólo llevamos dos: el de Bergamín, avalado por Torrente, y el de Ridruejo. Hora es de aportar el último.

Falangista era, quién lo duda, aunque del ramo rabiosamente anarquistón de tan contradictoria, desconcertante, calumniada y nunca bien entendida formación política, el pródigo y prodigioso periodista Eugenio Suárez, que dijo de José Antonio lo que sigue: «Le vi un día, durante un minuto y medio, pero jamás, nunca, he admirado tanto a un hombre, y por él, y por la actitud que ante él tuvo Franco, y por su final, y por su memoria, me hice visceral y profundamente antifranquista»[164].

Recuerdo a los lectores, por si alguno de ellos se sintiera sorprendido por la condición de *anarquistona* que acabo de atribuir, y me ratifico en ello, a un sector —el más genuino, el más abnegado, el más peleón, el más representativo y vigoroso, aunque el menos poderoso— de la Falange, que muchos llamaban a ésta, así antes del 18 de julio como después de él, y también en la posguerra, *failange*, con retruécano alusivo a la Federación Anarquista Ibérica, y *failangistas* a sus militantes.

No es, por supuesto, casual, sino exactamente lo contrario, la ocurrencia —típica de la persona a la que se le atribuye. Fue, a cuanto se dice, Ernesto Giménez-Caballero, uno de los seres más anarcoides, en el mejor sentido de la palabra, que yo he conocido— de añadir el yugo y las flechas a la bandera del anarquismo. Y quienquiera que haya tratado —como yo lo hice, en los densos, tensos e intensos años del alborear de la lucha universitaria, con el franquismo, y seguí, después, haciéndolo, hasta el día de la fecha, después de la muerte de quien lo encarnaba— a los falangistas, a los de verdad, digo, y no a los de la sopa boba y el sueldo puntual a fin de mes, sabe hasta qué punto fueron y son anarquistas su talante, su carácter, sus modales, su ideario y su forma de actuar. Ahí queda eso, y quien venga detrás… Ande yo valiente y duélase la gente. ¿No ha de haber un espíritu animoso? Lo soy, siempre lo fui, y punto. Paz y gloria. La modestia, mía o de otros, es una impostura.

Me gustaría, sin embargo, no sólo aclarar al respecto sino también subrayar que no me mueve, en lo que atañe a este apresurado y, quizás, inesperado elogio sentimental de José Antonio, ninguna concomitancia, paralelismo, convergencia o connivencia ideológica. No es ése, ni por asomo, el punto de origen de la simpatía que siento hacia él ni del avasallador y agradabilísimo estado de embrujo en el que su figura me sumerge. Dije hace muy pocas páginas que *el hombre al que Kipling dijo sí* no era de derechas y cargo ahora la suerte añadiendo que más bien era de izquierdas, cosa que yo, a rajatabla, no soy. Repásese, en ese mismo punto de este libro, lo que José Antonio, en el terreno de la política, por no decir en el de la abierta revolución a

mil por hora, proponía, con arrojo digno de más razonable causa, y se entenderá hasta qué punto yo, que soy un liberal de corte clásico y un conservador opuesto a todas las revoluciones, discrepo de su programa. Considero éste, con alguna salvedad que no hace al caso, socialista hasta las corvas, y sólo con eso, en lo que me concierne, queda dicho todo. ¡Claro que también lo era —socialista— Mussolini, y si el lector me apura, cosa que seguramente no hará a poco que me estime, podría llegar yo al extremo de insinuar que también lo fue, a su manera, y en tantas cosas, el propio Franco! En fin… Dejémoslo. No es aconsejable, en estos tiempos, caer en el anticuado vicio de llamar a las cosas por su nombre.

No, no… Ni habría sido yo falangista, desde mi óptica actual, en los años de la República y la guerra, caso de poder, por edad, serlo, ni tampoco existe posibilidad alguna de que lo sea ahora, pese a las buenas relaciones que mantengo con los chicos de la llamada Falange Auténtica, formación política ésta cargada de dignidad y entereza, aunque excesivamente progresista para mis gustos de filósofo diogénico, gatopardo sin haberes ni linaje y caballero reaccionario, que debería correr mejor suerte electoral en el futuro de la que hasta ahora, en la girándula de los votos, le ha correspondido.

Pero, desengañaos, amigos joseantonianos: no os corresponderá… España, como cuando los del 98 hicieron oír su voz, se encuentra en estado de coma probablemente irreversible. Pesadilla mil veces reiterada. El Desastre fue y sigue siendo nuestro Día de la Marmota. Bradicardia. Vámonos, si os parece, como los madrileños hicieron entonces, a los toros —que también, por designio de los progres, los beatos de las órdenes mendicantes de la corrección política, los neofranciscanos émulos de Noé, los fundamentalistas de los nacionalismos excéntricos (en todos los sentidos de la palabra), los necios que desprecian cuanto ignoran y demás patulea liberticida van para abajo— y luego, con resignación y senequismo, tomémonos en ninguna parte una horchata sin pasteurizar de las que ya no quedan.

Dos textos aclaratorios sobre mis relaciones posfranquistas con la Falange Auténtica (y, como todo lo auténtico, residual en la España de hoy), a las que, muy de pasada, acabo de aludir.

El primero…

A finales de 1989, y bajo el título de *Se necesita un hombre para un discurso*, escribí:

«¿Y qué discurso sería ése? Pues el Cuarto Discurso de la Comedia, señores míos.

»El primero lo pronunció Angel Pestaña en la segunda o la tercera década del siglo (no tengo el *Larousse* a mano), y a partir de ese momento el anarcosindicalismo se reencarnó en el cenetismo y habitó entre nosotros.

»El segundo lo pronunció don José Ortega y Gasset, y fue nada menos que la República.

»El tercero, y último hasta la fecha, lo pronunció José Antonio, y fue… Fue el acabóse, pero no sólo por culpa de los falangistas.

»Y el cuarto, con la venia del Anticristo (que, según las profecías nació precisamente en 1936. No se lo tomen a broma), significaría —caso de producirse— la Nueva Era, la Edad de Acuario, la Ruptura con triple erre que erre, el Desguace del Sistema, el Salto a Otra Dimensión y a lo Desconocido, la Definitiva Derrota de la Usura y la Expulsión de los Mercaderes en el Templo, y…

Y entonces me desperté.»[165]

No pensaba hacerlo, no contaba con él, no lo recordaba, pero me topo, intercalado entre este texto y el segundo que iba (y voy) a reproducir, con otro trabajillo volandero de mi descarada pluma que —más sincronías— viene, pintiparado, a cuento de cuanto aquí, en estas páginas de mi libro, estoy exponiendo. Será, pues, cosa de alargarlas un poco, ya metidos en gastos y parranda, para hacerle un hueco…

«Volvamos a la noche del jueves en *El mundo por montera*[166]. Nos habíamos reunido seis contertulios y este servidor en una de las cavidades del bajo vientre del Pirulí para charlar un ratillo sobre la Revolución francesa, y —como era de esperar— se armó. Imposible meter en el mismo saco a Fernando Savater y a Ricardo de la Cierva sin que las cañas se tornen lanzas. Manolo Vázquez Montalbán, que ya no es tan tímido como antes, se incorporó animosamente a la jarana, mientras Vintila Horia, Isidro Palacios y el buen Campillo daban ejemplo de moderación, de imaginación y de educación. Momentos hubo en los que creí que iba a estallar en la tertulia un conato de miniguerra civil. Las dos Españas, siempre las dos Españas, y —en el fondo— menos mal que aún colean, porque de otra forma este país, que anda ya bajo de tensión arterial, se quedaría tan corto de pulso y tan mortecino de sístole y diástole como lo estaba, según don Manuel Silvela, el día del año de 1898 en el que se difundió la noticia del Desastre de Cuba. En todo caso, para bien o para mal (yo diría que para lo segundo), la Revolución francesa sigue levantando ronchas y polémicas interminables entre los que se dedican a la fúnebre, pero necesaria aritmética de contar los muertos. Los muertos de, desde y por la derecha, los muertos de, desde y por la izquierda… ¡Señor, Señor! ¿No son todos, por desventura, muertos en sentido único? Dan las dos y cuarto, termina el palique y yo salgo del estudio con un par de conclusiones en el bolsillo: la de que los presuntos intelectuales *de la rabia y de la idea* siguen siendo hoy, como lo eran en el otoño ruso de 1917, infinitamente más intolerantes, fanáticos y estalinistas que los presuntos intelectuales *de Frascuelo y de María*, por una parte, y —por otra— la de que el año de 1789 debería llevar orla de luto en los calendarios y en los índices cronológicos por ser, a todas luces, la fecha más macabra y asesina de la historia universal. Sin Robespierre no hubiera existido Lenin. Sin el Terror y sin el genocidio de la Vendée no hubiera sido necesario derribar el muro de Berlín por la sencilla razón de que jamás se habría levantado. El colonialismo, el ateísmo, el economicismo, el terrorismo de Estado, el internacionalismo sedicioso y codicioso, y la Declaración del Derecho de Pisotear Todos los Derechos y Deberes Humanos nacieron en la Revolución francesa. Arrinconémosla ya, y que Dios *no* la tenga en su gloria.»[167]

El último texto es de noviembre de 1988, y dice:

«*Los falangistas* auténticos —*que nada tienen en común con el acartonado*

pseudofalangismo piñarista y franquistoide— se reúnen el próximo domingo en el Valle de los Caídos y me piden unas líneas de adhesión. Accedo con gusto, y a quemarropa, sin pensármelo dos veces, les dicto por teléfono el siguiente mensaje: en nombre de la libertad, de la acracia, de la independencia y de la utopía, un saludo fraterno y platónico a los últimos depositarios de la sagrada verdad del Cid, de los mozárabes, de Ortega, de José Antonio, de Ernesto Giménez-Caballero, y de otros grandes de España. Todo lo que no es tradición, es plagio. Defendamos la soberanía nacional frente a las multinacionales, el estatalismo y el totalitarismo. España ni se compra ni se vende. Las bases, a referéndum. El Mercado Común, a referéndum. Solidaridad con el pueblo saharaui. Solidaridad con el pueblo guineano. Solidaridad con Iberoamérica frente a los soviéticos y los yanquis. Hay Pirineos. ¡Viva el iberismo!»

«¿Vale, cuela (al menos) o es mejor que me exilie otra vez?»

«Permanezco a la escucha»[168].

Y sigo, eliminando lo del iberismo, con el que ya no comulgo (o sólo lo hago con extrema circunspección y cautelosa precaución) y cuanto de él se deriva, en ella. A otra cosa.

O no… Un momento aún.

¿Cabe objetar, me pregunto, desde una óptica izquierdista, algo —algo serio, demasías retóricas aparte— al contenido del suelto que acabo de reproducir?

Lo analizo con toda la ecuanimidad de la que soy capaz y llego a la conclusión, acaso ingenua, de que no, de que ningún progre, por cerril y cejijunto que sea, podría ni debería formular impugnaciones de peso ideológico al fondo de lo que mi salutación joseantoniana dice, aunque doy por hecho que no le gustarán nada las calurosas alusiones al fundador de la Falange y a su secuaz, y amigo mío, pues lo fue, Giménez-Caballero. Quítelas, entonces, y también la del Cid, si tal es su antojo, porque nada, en definitiva, añaden a un texto que cualquier devoto de la corrección política y usuario de la democracia posfranquista estaría, me parece, dispuesto a firmar. Son, los citados, meros nominalismos, sin mayor importancia filosófica que la que en nombre de la simpatía o de la antipatía personal quieran darle a los unos o a los otros.

¿O no es así?

Pues bien: no lo fue, efectivamente, para uno de los más destacados y aguerridos miembros de lo que suelo llamar brigadilla, Ku Klux Klan o sanedrín —Santa Inquisición, otras veces— de la corrección política, y si lo cito, y cito el lance que a continuación referiré, es porque el torquemadilla de marras, que ya murió, mas no por ello le ahorraré el varapalo, así como sus oficios de delator, policía, fiscal, juez y verdugo, guardan curiosa aunque no dudosa relación con la génesis de este libro o, por lo menos, con su título, portada, doctrina fúnebre (si la hubiere) y estructura.

Ya sabe, por lo demás, el lector que me agrada sobremanera —es uno de los preceptos de mi librillo de maestrillo novelista— revelar cuanto sucede entre los bastidores de lo que escribo. Mis colegas, menos desvergonzados o más artificiosos, no suelen hacerlo.

Salga ya de una vez, aunque su mención provoque urticaria, el nombre del convicto: estoy hablando del historiador Javier Tusell.

Me la tenía jurada este personajillo desde que en 1979, cuando él era Director General de Bellas Artes o algo parecido, que no soy experto en tales cosas, me erguí, numantino, frente a la disparatada intención ministerial de destruir la *curva de ballesta / que traza el Duero en torno a Soria* con una alevosa y pavorosa carretera de circunvalación que sobrevolaría y emascularía uno de los parajes más hermosos del país, y más cargados de emoción lírica, cultural o histórica, capitaneé la revuelta popular que entre mis convecinos y paisanos originó el proyecto, y vapuleé dialécticamente —sin ningún mérito. La razón me asistía y daba alas— al *tonto intonso* (así solía llamarle el genial Campany, e intenso, añadiría yo) en un debate de televisión. El atentado urbanístico y paisajístico no llegó, por fortuna, a perpetrarse, pero a partir de ese momento porfió y porfió su valedor —el ínclito Tusell— en la embestida y acoso hacia mi persona, que lo ignoraba, obsequiándome con un patético lanzamiento de dardos, insultos y descalificaciones de toda laya que yo, torerísimo, recibía siempre con una sonrisa cordobesa a puerta gayola y desviaba suavemente hacia el vacío de la displicencia demostrada por el respetable con la socarrona ayuda del capote del silencio.

Pues bien (y a lo que iba); en el otoño de 2003, año en el que se cumplía el primer centenario del nacimiento de José Antonio, dediqué a éste —a su figura, a su personalidad, al papel histórico que representó, a sus ideas y, sobre todo, a los entresijos de la corte literaria[169] que antes de su muerte lo rodeó y después de ella lo prosiguió, prolongó y ensanchó— dos entregas del programa de televisión *Negro sobre blanco*, concerniente al mundo de los libros, que en aquellos tiempos, anteriores al masivo desembarco culturicida de los francotiradores clandestinos del actual gobierno, aún dirigía y presentaba quien esto escribe.

Lo hice, entre otras cosas, y aunque era de rigor, lo que convierte en superfluo cuanto ahora voy a decir, porque el periodista y falangista Enrique de Aguinaga —hombre ancianísimo y honorabilísimo por todos respetado, de impecable trayectoria profesional y moral, y decano del cuerpo de cronistas de la Villa de Madrid— me envió el texto, editado, de una conferencia sobre José Antonio por él dictada no recuerdo dónde, con una dedicatoria de su puño y letra en la que, invocando la libertad de expresión (e, implícitamente, las de investigación y reflexión), me pedía ayuda para romper el fragor del inaudito trágala de silencio que envolvía, asfixiaba y enviaba al limbo cualquier recordatorio analítico, crítico o meramente evocador de un hombre sin el cual, y cualesquiera que sea la opinión que nos merece, no cabe entender la historia de España comprendida entre la proclamación de la República y

el fallecimiento del Caudillo.

Así, entre la estrategia del avestruz practicada por los poderes públicos —detentados a la sazón por la derecha— y la proverbial cobardía de nuestras gentes de pensamiento y pluma, andábamos entonces, y así, peor que nunca, pues el sectarismo y el guerracivilismo no han hecho sino exacerbarse desde que la izquierda se instaló en la Moncloa y regiones aledañas, andamos ahora.

¿Avestruz, dije? Sí, pero con patas de cangrejo, porque camina hacia atrás y, en consecuencia, como asegurase Juan Goytisolo en un artículo célebre que levantó ronchas, vamos —los españoles— a menos.

Sabido es —y, si alguien no lo sabía, sépalo ahora— que a mí, hijo de un Sánchez y nieto, sobrino o primo de otros Sánchez, periodistas todos, cuando se reclama mi presencia agitando el banderín de enganche de la libertad de expresión y de la neutralidad y ecuanimidad de juicio, se me encuentra. Aguinaga, que me conoce, lo hizo, y no escurrí el bulto. Al contrario. Concebí y organicé a escape los dos programas de televisión a los que ya me he referido, invité a participar en ellos a personas solventes y decentes, de derechas las unas, de izquierdas las otras, y sin ideario partidista las restantes, llegué, incluso, a recabar —me parece. No estoy del todo seguro— la colaboración del propio Tusell, que declinó mi oferta, aceptaron los demás, llevé a bonancible puerto la iniciativa y leí a pantalla abierta, como preámbulo del primer episodio, que fue el dedicado, íntegramente, a la corte literaria falangista (Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez-Caballero, Pedro Mourlane Michelena, José María Alfaro, Luys Santa Marina, Samuel Ros, Jacinto Miquelarena, Dionisio Ridruejo, Gonzalo Torrente Ballester, Antonio Tovar, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, Luis Rosales, Pedro Laín Entralgo, Rafael García Serrano y tantísimos otros. ¡Casi nada!), lo que sigue:

«Llamadas así —me refería a la dedicatoria de don Enrique, que también, inmediatamente antes, había leído— no se desoyen, y en ese programa, menos. Es cierto que los neoinquisidores de la corrección política —eufemismo que designa, disfraza y encubre lo que el régimen de Franco llamaba *limitaciones expresivas* y el hombre de la calle, bajo él y por las buenas, simplemente, *censura*— impiden hoy referirse en público a alguien que, como José Antonio, forma parte visceral, inextirpable, querámoslo o no, de la historia de la España contemporánea y de los horrendos sucesos que culminaron en la guerra civil. Yo mismo puedo dar fe de esa censura, ejercida en un supuesto *régimen de libertades* como el que ahora, en teoría, se vive. En dos ocasiones he sido invitado a participar en sendos ciclos de conferencias dedicadas, con créditos para los asistentes, al estudio académico e historiográfico, y no, en modo alguno, hagiográfico, de la figura de José Antonio, y en las dos ocasiones se me llamó muy poco antes —veinticuatro horas, más o menos — de que empezaran las sesiones para comunicarme que el Rectorado había decidido prohibirlas. Una de esas universidades, y que cada palo aguante su vela, fue la de Salamanca. La otra era de Barcelona, aunque no recuerdo cuál. Sin comentarios, o,

mejor dicho, con un solo comentario… ¿Qué diablos está sucediendo aquí, en la España democrática, para que no se pueda prestar atención histórica ni analizar críticamente, ya sea a favor de él, ya en su contra, a un personaje de la envergadura, del peso y calibre político que tanto en vida como después de su muerte, para bien o para mal, llegó a tener José Antonio? *Negro sobre blanco* concede hoy, a requerimiento de Enrique de Aguinaga, asilo político al fundador de la Falange, análogo al que en otras ocasiones hemos concedido a personas de signo ideológico opuesto también demonizadas, e inicia, en coincidencia con el primer centenario del nacimiento del primogénito del dictador Primo de Rivera, una miniserie de dos programas dedicados al análisis de su vida, de su ideología, de su actividad y de las consecuencias que todo ello trajo…»

El resto, amigos, cabe imaginarlo; y si no cupiera, poco importa. Pero vuelvo a lo que decía y reitero la pregunta que ingenuamente proponía al comenzar este apartado de mi libro: ¿Se puede objetar algo, desde el punto de vista de la izquierda o, más sencillamente, en nombre del catecismo de la democracia, a lo que acabo de exponer?

Pues sí, se puede, y fue Tuselillo quien con su venenosa baba habitual se encargó de ello.

Y de ese modo, gracias a él y a sus malos oficios, ya ven qué cosas, rompí finalmente aguas en lo tocante a un libro, éste, que había empezado a concebir cuarenta y siete años antes, cuando el agente Conesa me reveló la identidad ideológica y la militancia de los asesinos de mi padre, pero al que las tentaciones y distracciones de la vida, que es como es, y somos los humanos como somos, me habían impedido atender con la decisión, concentración y plena dedicación que la tarea merecía y exigía.

Voy a explicarlo…

Restalló en el aire espeso de la prensa partidista y dependiente el látigo de los censores mojigatos, salieron a la jaula y subieron a sus plintos de oropel los tigres domesticados por la virtud de la chequera y espoleados por la vanidad de vanidades de las letras de molde, sonó el tachuntachún de la charanga circense e insidiosa, y Tuselillo, rabigacho, beatucón, obsequioso y obediente a la voz de sus amos, se apresuró a publicar un recuadro en el periódico que le servía de tribuna llamando al arma contra el turco, que era yo, rasgándose las togas académicas, descomponiendo su doncellil melenilla de paje trepador, dando en gesticulaciones de plañidera escandalosa y poniéndome, mediante citas y notas sacadas de razón y de contexto, de facha para arriba, de gilipuertas para abajo y de persona indigna de tener programa propio —y, además, de libros— en la televisión del Reino.

No sé dónde andará el recorte de lo que dijo. Da igual, pues se trataba de material perecedero, y bien traspapelado esté, pero no lo da referir lo que sucedió aquella misma mañana, a eso del mediodía, recién leído el periódico al que aludo, y con su plomífera digestión, aún cruzada y atragantada en la boca de la cabeza, por el hombre, y amigo, que sobre la marcha, subiéndose al pescante del sentido de la

oportunidad, me telefoneó y me sugirió la idea de ponerme a escribir sin tardanza un libro sobre José Antonio. Y fueron sus palabras como si me hubiera propinado un sonoro bofetón en las mejillas de la pluma. Me quedé sin aire, le dije que lo pensaría, pues no figuraba ese proyecto en la agenda de mi futuro ni encajaba, *a priori*, en la trayectoria de mi quehacer literario, y…

De ese modo, tan singular, nació este libro, para mí, y en el conjunto de mi obra, determinante, si bien ande aún su calidad por ver y el juicio de los lectores por determinar. Secretos son los caminos de la literatura.

Desde entonces, aunque aún no había muerto (ni yo se lo deseaba), incluyo a Tusell en mis oraciones. Falta, seguramente, le hacen.

Me tomé veinticuatro horas para calibrar el alcance de la propuesta de mi amigo, que quiere permanecer en el anonimato, pero del que no renuncio a decir que es un lince en la espesura, un lebrel que corre a campo abierto, y decidí, como digo, y como salta a la vista, aceptar el reto, pero modificándolo de arriba abajo. Escribiría, sí, un libro *sui generis* —no se trataba aún, en mi intención, tal como entonces lo veía, de una novela, sino de un revoltijo de géneros—, pero trazaría en él, a la manera del maestro Plutarco, la intrahistoria, por así decir, de dos *muertes paralelas*: una sería, ¡por fin!, la de mi padre, y la otra, sobrevolándola y extrayéndole, en la medida de lo posible y de mis fuerzas, el jugo literario y el néctar filosófico, la del héroe inicuamente ejecutado en Alicante.

Me puse en marcha, fuese el libro sobre ésta —pues así es la literatura— transformándose en narración donde todo, menos algo que ya llegará, es cierto, y en ese trajín, amerito que soy, ando, y a veces me pierdo, con ganas ya de alcanzar la meta.

Será o no será beneficiosa para mí, y para quienes gasten conmigo la merced de leerme, tan longa caminata, pero sin Tusell, de seguro, no la hubiera emprendido cuando la emprendí ni la habría concebido como la concebí. Al mal tiempo, señores, buena cara. Así la pone siempre el guerrero a su adversario, de cuya energía se nutre, y dé yo aquí sentida y conmovida fe de mi sincera gratitud. Los enemigos nos engrandecen.

Sirvan las consideraciones expuestas para cerrar el excurso que hace ya un rimero de folios inicié con la exclusiva intención de esclarecer y, acaso, justificar el paralelismo (y la posterior convergencia de sus líneas en la infinitud) que se da, según mi entender, entre la muerte del derechista —*sui generis*— Fernando Monreal a manos de los fascistas y la del izquierdista —no menos *sui generis*— José Antonio Primo de Rivera a manos de los antifascistas. Tal es, guste o no guste a quienes en lo que atañe a nuestra guerra civil tengan o tomen partido, la geometría antieuclidiana

que confiere esqueleto, carcasa y estructura a mi novela. Respétese mi voluntad, aunque no se compartan las conclusiones que la justifiquen y mueven, pues no hay más hijo de mi padre que quien así lo manifiesta, y punto.

Abramos ahora otro capitulillo, mucho más breve, sobre lo que también entonces, en la misma página a la que acabo de aludir, dije a cuento no de las *muertes paralelas* de mis personajes, sino, por antífrasis histórica, de sus *vidas incompletas*. Ambas, ciertamente, lo fueron, y no sólo por razón de edad.

Sé que esto último puede resultar, como mínimo, enigmático y, en cuanto tal, confuso, si no abiertamente incomprensible, mas doy por hecho, y no es la primera vez que menciono semejante convicción, que abundan en la especie humana los que nacen sin llegar nunca a saber para qué han nacido, ignaros contumaces de la propia condición y ajenos del todo al sabio imperativo universal del *nosce te ipsum*, por lo que no cabe atribuir a las vidas de esos seres —más cercanos a la animalidad que a la personalidad— el calificativo de incompletas. Se interrumpen, sí, y en ocasiones con lamentable, sin duda, precocidad, pero no, atiéndase al matiz, *prematuramente*, pues no cabe, *stricto sensu*, interrupción de nada en lo que carece de proyecto, de sentido, de búsqueda, de apuesta, de coraje, de dinámica interior, de finalidad, de teleologismo y es, en definitiva, casi materia inerte. *Sorry*.

Ya sé, ya sé que la afirmación no casa con la prédica, hoy prácticamente universal, del moralismo igualitarista. Pues bien: que no case. Nietzscheano soy, y pienso seguir, pese a quien pese, siéndolo. La ancianidad, que ya bordeo, si es que no estoy del todo en ella, me da descaro y me torna invulnerable.

Vuelvo a los protagonistas de la tragedia… Los dos, qué duda cabe, vivían para algo, no como marmolillos que pasan por el mundo tangible, imponderable y denso —el de su encarnación— como cantos rodados que los elementos de la naturaleza arrastran sin lucidez, facultad de decisión ni rumbo. Los dos tenían carácter, personalidad definida, estructura vital, proyecto existencial, propósito esencial, destino cierto… *Cierto*, sí, y precisamente por ello, por esa certidumbre, no sólo interrumpido antes de lo que según la ciencia sin lógica de las estadísticas sobre la duración de la vida cabe esperar, sino desviado, desactivado, desarbolado, desorientado, desguarnecido, impedido de llegar a puerto.

Alivio de luto y triste consolación de filósofo estoico, aunque consolación al cabo, sería la de respirar a fondo, mirar al infinito y aceptar el horror de la violencia que truncó la trayectoria de los dos hombres cuya muerte evoco, pero sólo, aun eso, a condición de que sus respectivos proyectos vitales —político y monástico el uno, profesional y familiar el otro, y psicológicos, espirituales y sentimentales ambos— hubieran, breves o duraderos, extensos o intensos que fuesen, llegado a su culminación, y no sucedió así. Las cosas transcurrieron de modo muy distinto. Lo que el viento de la guerra, en ambos casos, se llevó, no fue sólo, con ser mucho, las vidas desnudas y mondas de quienes así las perdieron, sino algo más: el *sentido* —la férrea vocación— que las animaba.

Y si es, también, verdad que los dos cayeron como en la antigua Roma caían los héroes —jóvenes, guapos, pletóricos, con la frente levantada, recta la columna vertebral, los músculos pujantes, el falo erecto y cara al sol— no lo es menos la evidencia de que no fue ese simple y mecánico factor, el de la juventud y la belleza, sino el otro —el de la falta de cumplimiento, el de la injusticia, frustración y angustia de lo inconcluso, el de la inutilidad del esfuerzo— lo que multiplicó entonces el alcance de la tragedia y agrava hoy el dolor, transformándolo en indignación, ira, asombro e impotencia.

Morir no es malo, ni siquiera cuando la muerte llega de modo violento, porque ese fenómeno es siempre, por definición, natural y nunca, por más que lo parezca y así se diga, accidental… Lo malo —lo grave— es morir a destiempo, inoportunamente, antes de que el difunto haya hecho en la vida lo que la vida esperaba de él, lo que a la vida, desde el mismo instante de su nacimiento, por ley de *karma* o de lo que sea, le debía.

¿*Nacimiento*, he dicho? No, no, ni mi padre ni José Antonio, en puridad, nacieron, pues es aborto, se agosta en barbecho y no lo hace quien no alcanza desarrollo y plenitud. De esa paradoja —la de, naciendo, no nacer, la de nacer sin haber nacido— se hablará, y mucho, con la tensión que tal hecho, paradójico, sin duda, pero no inverosímil, merece en el tercer acto de la tragedia. A él, ahora, me remito.

¡Ay, José Antonio, José Antonio! No es ya éste, a pesar de cuanto he dicho a propósito de la intervención genesíaca del amigo que aquella mañana, la del artículo de Tusell, me telefoneó, el coprotagonista de mi libro, que poco a poco, en el curso de su redacción, se ha transustanciado y apartado del planteamiento inicial, pero está presente en su origen, en su concepción, en el empujón que me llevó a la mesa y me atornilló en la silla, y me siento, literariamente, en deuda con él.

Mal asunto, me digo, porque me tengo por buen pagador y, sin embargo, no voy a poder saldar aquí —ni, ya, en ninguna otra parte— ese débito, que lo es de gratitud, estima, respeto y honor. El toro me viene grande, y no quiero ni debo lidiarlo en esta corrida, pues ni pisa él ni piso yo el terreno en el que los dos podríamos acoplarnos. Exigencias de la tauromaquia y de sus cánones. Estoy, valga la expresión, fuera de cacho. Ya dije a mi amigo, en su momento, cuando acepté la apuesta, que no iba a ponerme a escribir, a estas alturas de mi historia personal y de la de España, una enésima biografía de José Antonio —las hay a cientos— ni un ensayo, pues los hay a miles, de todos los colores y para todos los gustos o disgustos, sobre lo que su personalidad y sus ideas representaron y aportaron a un país que fue el suyo, pero no es el mío. La bibliografía generada por el fundador de la Falange apabulla al más pintado, y yo, para ese asunto, que me excede, ni siquiera lo soy.

¡Y aunque lo fuese! ¿Quién, politólogo o no, historiador profesional o simple escritor, sería capaz de añadir algo nuevo —otro paso de tuerca, otra gota de agua— a

los mares de tinta que desde el momento de su muerte han corrido sobre la memoria, a menudo encenagándola y, siempre, anegándola, del héroe martirizado?

Yo, desde luego, no pienso verter ni una pizca más de líquido en el recipiente al que aludo, que se desborda ya copiosamente como cuantiosamente, y por lo mismo, desbordan también mi mesa, mis cajones, mis armarios y mis estanterías las decenas y decenas de libros dedicados a José Antonio o a su obra que en los dos últimos años he leído sin encontrar en ellos más luz de la que ya tenía. Si acaso, lo que de poco me sirve, algunos pormenores pintorescos, coloristas, llamativos, divertidos, anecdóticos y, en cuanto tales, de parvo fundamento, inútil novedad y escasa chicha. Bienvenidos, de todos modos, sean, y hágales yo hueco en mi aljaba con miras a futuras porfías que de este libro, una vez publicado, despiezado y criticado, pudieran derivarse. Ahora no los necesito. Lo que estoy escribiendo es, sólo, y sin más pretensión que la de dar salida sentimental a algo que me parece justo, una loa, un epinicio, un *de profundis*, una oración fúnebre… Sigamos con ella.

Estuve, a finales de noviembre o comienzos de diciembre de 2004, en la otrora cárcel alicantina y hoy colegio mayor o residencia de no sé qué donde recluyeron y ejecutaron a José Antonio. Lo hice para intervenir en una sesión de homenaje a su figura, organizada por las buenas gentes de la Falange buena, pues hubo otra —quizá siga existiendo e insistiendo— que no lo fue, y bochornosamente silenciada por los medios de comunicación. Nada nuevo, esto último, porque así, esclerotizado y acogotado entre la incompetencia, el conformismo, la pusilanimidad y la inopia, poniendo siempre el cazo bajo el grifo del agua que más calienta y amorrándose a la ubre de lo que está de moda, andan hoy los periodistas. ¡Si mi padre levantara la cabeza! Eso sí: lo pagarán. Al tiempo.

Fue aquel acto, el de la antigua prisión con paredón adjunto, no sólo, por su osadía, extravagante, sino también, por la limpieza, franqueza, generosidad y altura de miras que de principio a fin lo presidió, emocionante; y yo, sin recato alguno, acorde con el *dolorido sentir* garcilasiano de quienes tomaron la palabra (o, simplemente, la escucharon) en el curso de aquel inusual cónclave de réquiem tardío, también di rienda suelta a las razones del corazón. No duele reconocerlo ni confesar que llegué, incluso, públicamente, al llanto. Brotó éste, incontenible, al narrar, resumida y anticipando algunas de las cosas que ahora cuento, la odisea que vivió mi padre, sin ocultar, por supuesto, la más que probable filiación ideológica —falangistas serían. Ya lo sabemos— de los malhechores que lo asesinaron.

No era la primera vez que algo así me sucedía. También había llorado, en circunstancias muy parecidas, aunque no tan cordiales o, incluso, ligeramente hostiles, alrededor de un año antes, el 1 de diciembre de 2003, cuando pronuncié una conferencia en la sesión inaugural del congreso celebrado en Madrid para conmemorar el centenario del nacimiento de José Antonio. Dije en él,

sustancialmente, lo mismo que doce meses después repetiría en Alicante y que, caso de venir a cuento, y viene, volvería a repetir hoy. Cedo la palabra, por afán de concisión y como garantía de imparcialidad, a otros y transcribo al pie de la letra lo que Falange Auténtica, que acudió al acto, pero que no lo organizaba, colgó al respecto en el *dazibao* de su web. Sobra añadir, porque si fuera de otro modo no lo reproduciría, que respaldo al ciento por ciento lo que en ella, todavía hoy, puede leerse…

«El escritor Fernando Sánchez Dragó fue, sin duda, el principal protagonista de la primera jornada del Congreso Internacional sobre José Antonio que se celebra en Madrid bajo la organización de la *Plataforma 2003*, dedicada a conmemorar el Centenario del nacimiento del fundador de la Falange.

»Sánchez Dragó llegaba al Congreso con la fuerza moral de haber roto el cerco de silencio oficial sobre José Antonio con dos interesantes programas de *Negro sobre blanco*, en la Dos de TVE, que abordaron su figura desde la perspectiva de lo político y desde la de lo intelectual y literario, al hilo de las novedades editoriales que el Centenario ha deparado. Con versos de Quevedo, reafirmó el valor de la libertad de expresión frente a las imposiciones, criticó la petición de censura hacia su programa que Tusell formuló desde *El País* y recordó las prohibiciones de las que fueron objeto dos cursos sobre José Antonio en las universidades de Salamanca y Barcelona.

»Pero Sánchez Dragó no hizo en absoluto un discurso complaciente y avisó a su auditorio de que diría cosas duras, que a muchos de los presentes no les iban a agradar. Atípico, independiente, siempre polémico, el escritor ejerció así esa misma libertad de expresión que él ha posibilitado en su espacio en torno a José Antonio y exigió, ante todo, respeto para sus opiniones. “Un valor, éste del respeto —aseguró— que se hace necesario reclamar hoy, frente a ese otro concepto, tan equívoco, de la tolerancia con el que pretenden sustituirlo.” El autor de *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España* afirmó que *siempre ha habido dos Falanges*, y explicó que una de ellas —*el falangismo auténtico*— le merece muy buena opinión, mientras que la otra —lo que llamó *el pseudofalangismo piñarista y franquista*— le merece, por el contrario, muy mala opinión.

»Con el machadiano título de *Españolito que vienes al mundo,* un Dragó emocionado puso inteligencia y corazón en sus palabras, y trazó el sugestivo relato de lo que llamó dos *muertes paralelas*: por un lado, la de su propio padre, periodista asesinado por el bando nacional tras una injusta delación, en una dramática peripecia que él ignoró durante años y que sólo muy recientemente ha podido conocer de forma íntegra; y por otro, la de José Antonio, asesinado en Alicante por defender sus ideas políticas.

»Para Sánchez Dragó, la muerte del fundador de la Falange fue, ciertamente, *un asesinato*, puesto que el jurado popular tenía composición marcadamente política y carecía de la mínima neutralidad que un verdadero juicio requiere. Sin embargo, culpabilizó al régimen franquista de la condena *a muerte política* de José Antonio.

“El jurado popular de Alicante estaba formado por socialistas, comunistas, anarquistas, sí, pero en ese jurado estaba también, de alguna forma, Francisco Franco, y vosotros lo sabéis.”

»El escritor leyó algunos de sus artículos de temática joseantoniana y falangista. Entre ellos, su controvertido *Viaje al fin de la noche*, publicado en 1985, en *Diario 16*, en el que contraponía la *misa blanca* organizada el 20 de noviembre por Falange en recuerdo de José Antonio y la que calificó de *misa negra* promovida ese mismo día por los seguidores de Franco. También recordó el mensaje que, bajo el título *Contra el Discurso Dominante*, envió en 1988 al Primer Congreso Ideológico de FE-JONS, a petición de varios militantes de la línea más renovadora de dicho partido, precisamente algunos de los promotores de Falange Auténtica. Otro de los textos objeto de referencia fue el que publicó en la revista *Época*, planteando la necesidad de *un cuarto discurso del teatro de la Comedia*, tras el que en ese mismo lugar pronunciaron el dirigente anarcosindicalista Ángel Pestaña, el filósofo José Ortega y Gasset y el fundador de la Falange. Finalizó con su *políticamente incorrecta* reivindicación de la División Azul, una *gesta española anticomunista* a la que, a su juicio, la historia *vino luego a dar la razón*.

»En un relato muy bien trabado, con un trasfondo de ideas literarias y de referencias vitales, Fernando entrelazó su propio camino personal, de *permanente búsqueda de la verdad*, y la historia personal de sus padres, detallando que, en varios momentos claves de su vida, aparecieron y tuvieron decisiva intervención personas falangistas, de las que subrayó en todos los casos su calidad humana. Al término de su alocución, Sánchez Dragó recibió la ovación más larga que ha registrado este Congreso.»

Y así, efectivamente, fue, tal como lo relata esta sobria y correctísima reseña de mi participación en un congreso en el que todos los demás intervinientes eran, creo, falangistas de una u otra camada y de mejor o peor cosecha, pero también hubo espectadores —mayormente ancianos y de inconfundible vitola franquista— que se abstuvieron de aplaudir, aunque tampoco, en ningún momento, me abuchearan, y que, fuera ya del local en el que dicté la conferencia, me reprocharon con educada y contenida acritud lo que en ella había dicho. Lo entiendo, que conste, y no se lo echo en cara. Son excombatientes, han apostado lo mejor de sus vidas a un naipe que ya no es figura de la baraja. Nunca, en ella, tuvieron rey, aunque sí sota y caballo, porque en la escabechina y guillotina de Alicante rodó la cabeza sin corona de quien, desprovisto de sangre azul, pero con camisa nueva —y vieja— de ese color, inmediatamente desteñida y tinta en rojo, podría haber llegado a serlo. Respétese su frustración, discúlpese su confusión, perdónese su belicosidad, compréndase que, viejos y vencidos ahora, y triunfadores antes, no arríen las banderas tras las que marcharon cuando eran jóvenes. Se agarran, no sólo ellos, también sus adversarios, a

los cangilones de la cansina noria de la guerra civil porque ya sólo tienen muerte detrás, alrededor y por delante. Con su animosidad, forzada, y su marcialidad, histriónica, buscan el divino tesoro de la juventud perdida. Absuélvalos la historia, sonríales yo con afabilidad y Dios los guarde.

Veinte de noviembre de 1985, décimo aniversario de la muerte del Caudillo y cuadragésimo nono de la del fundador de la Falange: Pedro J. Ramírez, director de *Diario 16*, me envía a la basílica de Cuelgamuros, en el llamado Valle de los Caídos, para que dé cuenta por escrito de lo que allí se cuece. Recupero ahora, veinte años después, la *controvertida* narración ya citada, de aquel *Viaje al fin de la noche* que ocupó, cuatro días más tarde, dos planas enteras del periódico en cuestión…

Llevaba, el reportaje, un prologuillo que también salía de mi pluma. Me sorprende, releído ahora, su ingenuidad.

«Estas páginas quieren ser la crónica subjetiva y neutral de un viaje al fondo de la España negra (que no mágica), al infartado corazón del Bosque de Nuestros Últimos Demonios Familiares, al postrer apeadero —sin fonda y ya en vía muerta— de los espadones y adláteres que se pronunciaron el dieciocho de julio del treinta y seis, y al despuntar de la gongorina, camiloceliana y aún dudosa luz del día siguiente a la noche más larga de nuestra historia. Sólo quiero contar, en la medida de lo posible, lo que vi, lo que escuché y lo que hice a lo largo de la mañana del miércoles 20 de noviembre en el valle de Keops y Cuelgamuros, pero —como ya he apuntado— que nadie me pida objetividad psicológica. Todos los españoles fuimos *sujetos* (en el doble sentido de la palabra) a lo ancho de ese interminable medio siglo que el miércoles, en mi opinión, llegó a su definitivo punto final[170]. No hay espacio para quienes se encogen de hombros ni para la sangre de horchata tibia en mi hoja de ruta ni entre los ruidos, las voces y las imágenes que ahora, dos días después de la efemérides y de mi experiencia retroactiva a bordo de la máquina del tiempo, se acumulan en el *software* de la memoria de mis sentidos. Dejo a éstos y a aquélla la pluma y la responsabilidad de la palabra…»

Hasta aquí, la entradilla; a partir de aquí, la crónica…

«La de irse a tomar churros a San Ginés será (o casi, que ya ni Sancho madruga hoy como madrugaba don Quijote) cuando me calzo la ropa de *sherpa* y pongo el hocico del automóvil rumbo a la cúpula del monasterio de El Escorial. *Sacros, altos, dorados capiteles que a las nubes borráis sus arreboles…* Pero no, no hay nube alguna que empañe la velazqueña claridad del éter del Guadarrama en esta mañanita del ecuador del otoño que parece fabricada por Dios pensando en las canciones del rey David y no en los rebuznos marciales, los taconazos castrenses y los *gritos de ritual*. En todo caso —pienso, mientras conduzco— lo del *cara al sol* no será esta vez metáfora, ni purga, ni consigna, ni aullido de Tarzán, sino simple y estimulante cortocircuito provocado por el cruce de lo anatómico con lo meteorológico. Algo es

algo, y por ahí se empieza. Ecología social: la *historia* reciente, como un retrovirus benigno, muda ya de sustancia y se transforma en *naturaleza*. Esto es: en normalidad. La misma que don Adolfo[171] encontró en la calle y supo meter en el Parlamento. Ahí sigue. Y que dure.»[172]

«No viajo solo. Mi compañera[173], mi hija mayor y su actual príncipe azul vienen conmigo. Curiosidad, por su parte, y por la mía, sosegada, incruenta y cariñosa medida de precaución. Nunca hubo caballero con mejores y más fieles guardaespaldas.

»Y, ya que están aquí, traseros o contiguos, tonto sería no aprovechar su presencia. Eduardo, el príncipe con zapatillas de jugador de baloncesto, tiene 17 años. Era, pues, un niño sin edad ni saber ni gobierno cuando el Generalísimo renunció por consejo de la Parca a la bicoca de su magistratura vitalicia. ¿Cómo ven hoy al Caudillo quienes —felices ellos— no se percataron de su presencia? ¿Entró ya el Gran Manitú, a sus ojos, en la calma chicha de la historia o sigue interpretando aún la danza de la muerte sobre la cresta de la actualidad?

»Indago y escucho.

»—¿Franco? —me responde a la gallega—. Yo no tengo nada contra él, pero sí contra su culto.

»Eduardo (que es de los que se niegan a llevar la cola a mi hija en los carnavales pretorianos contra la OTAN, el desarme y Reagan financiados desde las torretas de los tanques de Praga con el oro de Moscú) tiene razón. Que los vivos entierren a sus muertos sin pretender que los muertos resuciten y vuelvan al trono. Basta de exorcismos, de vudú, de hibernación, de necrofilia. Y conste que lo digo pensando en los unos y en los otros, en los rojos (desteñidos) y en los azules (revenidos), en los vascones y en los castellanos, en todas las Españas posibles e imposibles… En quienes, por ejemplo, pugnan aún por arrimar el ascua del cadáver de Machado a su sardina electoral y desencadenan mascaradas cerúleas *in memoriam* de García Lorca y de Miguel Hernández por todos los asendereados rincones del país. Los poetas no necesitan retórica de réquiem ni gorgoritos de cartón pintado, sino lectores de buena y libre voluntad. El resto es bisutería, mundo, demonio, carne y monólogo de Crispín.

»Estalla, inevitable, la querella europeísta. Mi consorte, que es francesa, aunque se considere vasca de Biarritz, apostilla a propósito del monasterio escurialense, cuya silueta se empina ya sobre el horizonte…

»—Es indignante que algunos se atrevan a comparar *eso* con el palacio de Versalles.

»—¿Y quién puñetas lo compara? —salto—. Sería, en efecto, indignante confundir el surrealismo con la geometría.

»Pequeño *casus belli*. Más tarde, ya en las barbas de la basílica, un simpático cachorro de la nueva Falange me felicitará por mi postura radicalmente contraria a la

segunda invasión de Iberia por los cien mil hijos de Metternich y de San Luis[174]. En la trastienda del falangismo conviven la *furia de Amberes* de Unamuno y el refinado europeísmo (o quizá, simplemente, cosmopolitismo) de Ortega. José Antonio, guste o no guste al lector, forma parte de la *tradición* cultural española, en el sentido d'orsiano de la palabra, mientras el Caudillo —guste o no guste al lector— es puro *plagio* de Hitler, de Salazar, de Mussolini, de[175]… Un pegote, un barbarismo, un paréntesis, un hachazo en el talón de Aquiles de las esencias patrias.

»Y la contradicción se palpará, flagrante, al bies de una mañana en cuyo ámbito van a celebrarse dos misas de signo muy diferente: *blanca* la primera, alrededor de la tumba de José Antonio (un hombre al que Mercedes Fórmica, Rosa Chacel y Francisco Ayala me han enseñado a respetar), y *negra* la segunda, en torno al esqueleto fosforescente del generalito que unos meses después del comienzo de *su* guerra civil asesinó por poderes y personas interpuestas al fundador de la Falange, arrinconándolo contra una tapia alicantina.

»O el cainismo que no cesa.

»Ni Alberti estuvo nunca en Granada antes de volver del exilio ni yo había pisado jamás las veredas de este valle faraónico que ya se me viene encima, me acosa, me acorrala, me arrebuja…

»Son las nueve y media. Un solitario policía municipal dirige en el último cruce del camino un tráfico casi inexistente. O están todos dentro —me digo— o aquí, por la razón que sea, no ha comparecido ni el corcel de don Santiago Matamoros. ¡Ah de la nostalgia olvidadiza! Aparcamos con urgencia y con urgencia subimos por la escalinata. Cinco carabineros con tricornio de película de Pilar Miró montan soñolienta guardia ante el vacío. Mi gente se queda atrás. Yo me adentro en la cripta, troto por los intestinos del hipogeo. ¡Qué barbaridad, qué *delirium tremens*, qué gazpacho de cicuta con tropezones de tocino! La pseudohistoria del arte, servida en bandeja de adoquines, se me atora como un polvorón en las pupilas: un pellizco de Bizancio, una bofetada de Ramsés, un musculoso toque de culturista Miguel Ángel, una viñeta de tebeo gobelino, un *certain parfum* de las posaderas de Luis XIV… ¿Es esto España?, me pregunto. Pues sí, por desdicha lo es.

»Pero no sólo…

»Algunos falangistas han venido a pie y con antorchas, aunque sin entorchados, desde Madrid. Otros, menos marciales y más comodones o reumáticos, sobre ruedas. Y todos —alrededor de mil *personas* (lo subrayo por lo que en seguida sabremos)— rezan o sueñan ya con los ojos clavados en la tumba de su héroe genesíaco. Son, en su mayor parte, jóvenes. Muy jóvenes. Es mi primer motivo de asombro. O quizá no. Veremos. En el ínterin voy abriéndome paso hacia la aguja del tifón en cuyo ojo un hierofante egipcio celebra la misa de réquiem por el alma de José Antonio. Y ahí mi segunda sorpresa. Se han organizado, como ya anticipé, dos ceremonias separadas y perfectamente delimitadas por las manecillas del reloj. Ni juntos, ni revueltos. Los hombres y las mujeres de Diego Márquez[176] —lo iré comprobando al hilo de las

jomadas sucesivas— no quieren saber nada del Tirano Banderas que durante ocho lustros capitalizó *pro domo sua* la autoridad y la herencia del Fundador. El primer sacrificio se ha convocado a las nueve y media de la mañana, hora de Dios y del pueblo. El segundo, a las doce, hora de duquesitas marbellíes, de crápulas, de terratenientes y de señores con mayordomo de librea. Ojeada a ojeada —maniqueo que es uno— voy reparando en las diferencias, en los matices, en las distancias. No cedamos a la sórdida tentación de freír en la misma sartén, para aprovechar el aceite, a los revolucionarios del nacionalsindicalismo y a los reaccionarios del franquismoleninismo. Los primeros, verbigracia, me miran ahora —mientras poco a poco sigo avanzando por entre sus filas— con un destello de explicable sorpresa, pero sin hostilidad; los segundos, dos horas más tarde, me crucificarán con las pupilas, susurrarán insultos que los míos —rezagados— me irán transmitiendo y formarán un compacto muro de Berlín en torno a la que fue primera dama y al sepulcro de su marido para que los periodistas[177] no contaminemos ni al muerto en el hoyo ni a la vivales en el bollo con las bacterias de la libertad de observación, expresión y opinión. Tomo nota. La aventura está resultando mucho más instructiva de lo que esperaba.

»Transcurre la misa. El cura, no sé si por casualidad o por fatalidad, lee un fragmento del Apocalipsis. La Escolanía nos arropa con la frágil hermosura de la música sacra y de las voces vírgenes. Respetuoso silencio. La parafernalia ocultista del falangismo de Franco brilla por su ausencia. Sólo unas flores sobre la tumba, un comedido piquete de muchachos con uniforme alrededor de ella, dos o tres coronas fúnebres y algunas chicas de recia estructura y vistoso aspecto con el brazo en alto. Todas —ignoro la razón— lucen ojos de gacelas asustadas y algunas se ciñen el pelo con diminutos lazos de cinta rojigualda. Es el *punk* de estilo patriótico. Imposible reprimir esa forma de tortura gozosa a la que los confesores de mi adolescencia llamaban *malos pensamientos*. No es de hoy, sino de la época en que brotó el mito de las amazonas, el soplo y renombre de sexualidad que rodea a las mujeres disfrazadas de soldados. ¡Ay, valquirias, dinamiteras y pasionarias! Desvío los ojos, apartándolos de la tentación, para concentrarme en la atención. Algo sucede en el altar, se escuchan unos latinajos bisbiseantes y mi vecina de la izquierda —una señora de avanzada edad a la que no tengo el gusto de conocer— me tiende la mano. Apuro y desconcierto en mi semblante. Hago todo lo posible por estar a la altura de las circunstancias y estrecho calurosamente lo que calurosamente se me brinda.

»—Encantado —digo (y no es broma).

»Mi hija, tragándose las carcajadas y escupiéndolas por los ojos, me sopla al oído la lección…

»—¡Pero papá, que es la paz!

»Despiste lógico. La última vez que estuve en misa fue después de aprobar, en junio de 1953, el examen de estado. Y todo era, entonces, muy diferente. ¡Grave error el de modificar la liturgia! Asuntos así no se tocan: la religión es misterio o no es

nada… Y, de paso, justo castigo a mi perversidad. ¿Con que no quiero arroz? ¡Pues dos misas mayores en menos de tres horas! Confío en que me ayuden a acumular las indulgencias necesarias para no volver a sufrir nunca el purgatorio del franquismo[178].

»*Ite missa est*. La gente hace mutis sin apreturas y forma piña en el antuzano. Un ama de casa, afectuosamente, me dice:

»—Aquí se encontrará usted a gusto. Bienvenido. Entre nosotros hay muchos anarquistas, ¿sabe?

»Sí, lo sé.

»Y ya el jefe Diego Márquez ha tomado la palabra, ya vibran sus latiguillos en el aire, ya huyen sus aristas y sus ecos hacia las estribaciones de los altos riscos.

»Escucho su alocución entrecortadamente, atosigado por las preguntas, la pasión, la cordialidad y las interpelaciones de cuantos me rodean. Márquez dice:

»—¡Aquí sobran los folclóricos, los arribistas, los romeros, los provocadores!

»El *Cara al sol* cantado con cordura y sin agresividad. El centelleo de la juventud en las miradas y su ebúrnea firmeza en los perfiles. El cielo altísimo, azulísimo, como una camisa nueva (y va con intención) recién planchada. Los bosques, las laderas y la felina dentadura de las montañas dibujando y encerrando uno de los paisajes más hermosos y belicosos de la tierra. Imposible evitarlo. Se nos pone —a mi hija, a mí, al principito, a mi cónyuge, a quienes nada tenemos que ver con la Falange— la piel de gallina y el corazón en la garganta. Confesarlo es de bien nacidos. Y se entiende, se entiende, porque la épica se está transformando en lírica a pocos centímetros de nuestras narices. Crisálidas en la metamorfosis. Concluye el *Cara al sol*, llegan y pasan los gritos de *una, grande y libre*, se escucha el tantas veces escuchado *¡José Antonio! ¡Presente! ¡Arriba España!*…

»Y entonces, al fondo, con voz de ratero de esquina, un patoso añade:

»—¡Francisco Franco!

»Pero de bote y voleo, mucho antes de que el metepatas acierte a rematar la faena con el estribillo de rigor, un coro de voces casi blancas y unánimemente burlonas lo apabulla:

»—¡No ha venido!

»Y alguien me explica.

»—Son los de siempre. La chusma de Fuerza Nueva…

»Vivir para oír y para hacerse cruces. Seré un inocente, pero lo cierto es que voy de asombro en asombro, como una pelota de *ping-pong* chino, y me agrada.

»Entre misa y misa, un par de carajillos bien requemados y cargados con bala para fortalecer y sofreír el ánimo en la cafetería del recinto. Droga dura, que todos los expedicionarios hacemos por digerir a fuerza de mediasnoches. Y, ya, a esperar en el antepecho de la basílica la aparición de la comitiva de fantasmones. Frío y sol. Junto a mí, recostadas en el paredón del monumento, un grupo de señoras parlotea, gorgojea y marujea. Me arrimo con disimulo, azuzo los tímpanos y me entero de que

la conversación trata del famoso *Libro de cocina* editado en los lustros del hambre por las hacendosas y excesivamente virtuosas muchachas de la Sección Femenina. Fue, en la época de Franco, como diríamos ahora, en estos tiempos de barbarismos y anglolalia, un *boom*, un *crack*, un *bestseller* permanente. Una de las comadres, sandunguerísimas y cardadísimas todas, se ensaña:

»—Hemos decidido —dice— enviarles un ejemplar a las mujeres de los capitostes socialistas para que se enteren de lo que vale una perola y aprendan a hacer guisotes.

»—¿Te parece poco guisote el que están haciendo sus maridos? —tercia otra.

»—Empezando por el sinvergüenza de Felipito Tacatún…

»Las señoras me rodean, me preguntan, me acosan en el buen sentido de la palabra (mejor me habría parecido el malo) y me explican que no piensan irse de allí, de Cuelgamuros, hasta que lleguen los *traidores* —sic— de la segunda tanda. Quieren verlos, saber cómo y quiénes son, mirarlos a los ojos.

»—Nosotras, las de Falange Auténtica, nada tenemos que ver con esa gentuza —dicen, y las creo—. Lo único que intentamos es volver al punto de partida en el que nos dejó José Antonio y limpiar, en la España democrática, un pasado que muchos nos atribuyen, pero que no es el nuestro.

»Y ya, entre bromas y veras de la culebreante tertulia, empiezan a aparecer los susodichos traidores, severamente enfundados en sus haigas de cabritilla.

»—Ahí está el mamonazo de Utrera Molina —estalla una de mis interlocutoras.

»Y, tras él, otros muchos, cuyas gracias ni siquiera voy a mencionar, porque me traen mal fario y sobre todo, porque son los de siempre: zombis, fiambres de supermercado, muertos en vida que —a contrapelo del Tenorio— *no* gozan de buena salud. *¡Franco, Franco, Franco!* Archivo de la palabra, museo de figuras de cera, *kermesse* dudosamente heroica, desfile de los horrores. Parecen la estantigua, la Santa Compaña. E, inevitablemente, la memoria se me llena con la pregunta lapidaria que Valle-Inclán pusiera un día en boca del energúmeno que sirve de protagonista (o de quicio) a su drama *Romance de lobos*.

»—¿Sois almas en pena o sois hijos de puta?

»No, no son lo segundo. Quizá lo fueron, pero el paso vacilante de la edad los ha redimido. Ahora sólo son pecadores inconfesos, muebles de almoneda barata, donguindos disfrazados de nazarenos, gentes que llevan en su marchito rostro el dibujo solanesco de la apolillada calavera. Cristiano soy[179]. Y budista. Y taoísta. Sólo puedo desear que los dioses y los Señores del Karma olviden su trayectoria, encerrándola, eso sí, en un callejón sin salida. Yo ya lo hice. *Ego vos absolvo*. Misa blanca, misa negra, sí, y bien está, pero a condición de que los asistentes a la segunda no vuelvan a cazar ratones.

»Entramos de nuevo en la cripta. Todo, de repente, cambia de color y de sonido, y se vuelve torvo, pugnaz, estirado, amenazador, ridículo, insultante. Pienso en Carlos II, que para deshacer el supuesto hechizo de su esterilidad se encerró en el

pozo negro escurialense acompañado por su dulce princesita consorte importada de París, ordenó que se desenterraran los despojos del autor de sus días —al que, niño aún, se había negado a besar en el lecho de muerte por miedo a la momia de San Isidro que, como postrer recurso de la ciencia médica, habían metido en el tálamo del monarca agonizante— y con dos cojones depositó un necrofílico ósculo en la frente de ceniza y polvo del cadáver (luego, por cierto, se cepilló allí mismo, *incontinenti* —e incontinente— a su madamilla, que por decisión e imposición real solía ir *sans culottes*, para ver si la preñaba, y ni por ésas).

»Pienso, también, a rastras de la cecina del santo patrón de la capital del Reino, en la mojama del brazo de santa Teresa, que en cierta ocasión, sometida como cualquier producto agropecuario procedente del extranjero a las compactas normas aduaneras estadounidenses, tuvo que colarse de rondón en el país para figurar y repicar en no sé qué ceremonia litúrgica de la Santa Madre encasillada bajo el epígrafe fiscal de *salazones y conservas*.

»Y pienso… Bueno, pienso sencillamente en España, porque así —grotescos, absurdos, desgarrados— somos, así nos hicieron y así nos trajeron antes de romper el molde…»

Entre otras cosas…

«Fue en 1960. Servía yo entonces a la patria como soldado raso en el Regimiento de Zapadores de la guarnición de Madrid y estaba destinado en *mayoría* con la misión de sentarme en la posición del loto y mirar de hito en hito el vacío. Así era la *mili*, o así fue, al menos, la mía: una etapa de retiro espiritual e iluminación budista. Faltaba sólo el incienso y, de vez en cuando, un golpe de gong, sustituido por el ulular de las cornetas.

»En la mesa contigua a la mía, tan aletargado y aburrido como yo, soldadeaba y, a su modo, mataba las horas, de por sí ya muertas, un chaval falangista que se despachaba, además, por vehementemente antifranquista. Era un buen chico. Me tiraba con tesón, que a mí se me antojaba sospechoso, de la lengua, y yo, tomándolo por un espía, desviaba una y otra vez sus preguntas con idéntica obstinación. Pero un día —era el 21 de noviembre— llegué en mala hora al cuartel, que estaba en el barrio de Campamento, y supe, mudo de horror y acribillado por los agudos alfileres del remordimiento, que el presunto soplón se había juramentado con los restantes noventa y nueve miembros de su centuria para acudir al Valle de los Caídos el día de la víspera y gritar al unísono en el momento de la consagración de la solemne misa celebrada en memoria de José Antonio:

»—¡Franco, eres un traidor!

»Y así lo hizo mi compañero de *mili*, mientras todos sus conmilitones —repentinamente acobardados— guardaban silencio. Sólo su voz se alzó y resonó en la cripta del monumental, cavernoso, cavernícola sepulcro como si los mil y un reyes

enterrados en el pudridero de El Escorial, allí mismito, salieran de sus tumbas áulicas para increpar con cortesana altivez al plebeyo Caudillo. Lo escucharon los representantes de la diplomacia extranjera, todos los caciques del Régimen y los millones de españolitos de a pie que tenían, en aquel momento, la radio puesta. Nunca volví a ver a aquel valiente[180], aunque me tocó la triste y peliaguda papeleta de facilitar sus datos y papeles al Juzgado de Instrucción presidido por el coronel Eymar. La sentencia fue de doce años, aunque cumplió, por lo que se me alcanza, muchos menos. Te pille donde te pille este desahogo, si es que te pilla, ahí va mi abrazo, desaparecido compañero del alma.»

«El marqués, la Señora, Carmencita (aún guapa), dos nietos del Generalísimo… Todos, repantigados en la fila cero cero del patio de butacas, escuchan con un rictus de desdén las palabras del monje que desgrana ante ellos, cansinamente, una misa sacrílega. ¿O no es, acaso, sacrilegio afirmar en un sermón, al repaire del tabernáculo, que "quienes conocimos la guerra civil guardamos un profundo respeto hacia el que fue nuestro salvador?"[181]

»Polaco Wojtyla que estás en Roma: ¿No merece semejante salvajada, a estas alturas, una exclaustración a perpetuidad[182]?

»Que baje Dios y decida.»

«Ya salen, ya van a esconderse en sus coches de pompas fúnebres para regresar tristes y oscuros a los latifundios de sus extremaduras. Pero antes —faltaría más— repiten, esta vez en clave de *poltergeist*, el bonito número del *cara al sol*, los brazos en alto y los mugidos de ritual. Una acémila relincha:

»—¡Muera el rey, que es un cabrón, que es un Borbón, que es un francés!

»Y los estafermos le jalean, le corean, le aplauden, le ríen las gracias. Ahora ya no es Dios el que debe bajar y decidir, sino los números de la Benemérita, que no lo hacen[183].

»Mejor, en el fondo, así. Mejor no meneallos ni zarandeallos. *Que se vayan, se vayan, se vayan, que se vayan y no vuelvan más*. Sobra aclarar a quiénes me refiero.

»Es hora de volver a casa. Lo hacemos meditabundos, silenciosos, impresionados. No hay incidentes.

»Dije que nunca hasta ahora, hasta el último miércoles, había visitado el Valle de los Caídos. Espero, y con esa rubeniana *salutación del optimista* pongo fin al reportaje, que ninguna razón (o sinrazón) del futuro histórico o político me obligue a regresar a él. Misión cumplida para siempre.

»¿Para siempre? En otras manos, que no son mías, está la respuesta.»

¿Dos Falanges? No. Me desdigo. En realidad hubo tres, aunque sólo una de ellas, la mejor, sobreviva y apueste con anhelo que se me antoja, por desgracia, utópico y ucrónico a presencia y poderío en el futuro. Es dudoso, por no decir imposible, que lo alcance, y bien que lo lamento. Sería, me parece, positivo para todos.

No lo pensaba, cierto, entonces, cuando en 1985 escribí lo que con algunas enmiendas y apostillas a pie de página (las que la edad y el paso y peso del tiempo me sugieren o me imponen) acabo de reproducir, ni tampoco, igual de cierto, lo pensaba hace dos o tres años, cuando empecé a recoger, ordenar, consultar, analizar y ensamblar la documentación que ahora, acertada o desatinadamente, vierto en este libro.

Es ahora, y sólo ahora, cuando lo pienso, cuando de verdad, sin medias tintas, se me impone la evidencia de que hubo tres Falanges y un solo José Antonio verdadero. Misterio trinitario. A él se debe la confusión ideológica que rodea —desde el mismo instante en el que se echó a andar, por las calumnias de las que en sus primeros años de existencia fue objeto, pero sobre todo desde el 18 de julio de 1936— la formación política de la que hablo. Cometen quienes caen en ella, en la confusión de ideas y, por lo tanto, de juicio a la que más arriba hice referencia, en el error de ignorar (u olvidar, si es que alguna vez lo supieron) que una cosa es ser falangista y otra es ser joseantoniano. No siempre coinciden, aunque puedan —y deberían— hacerlo esas dos filiaciones. Conviene, además, subrayar que no en todos los casos, aunque sí en muchos, obedece la divergencia o, incluso, tajante incompatibilidad entre la una y la otra a discrepancias de contenido doctrinal. Pesó también, decisivamente, la diferencia de talante —de actitud— entre quienes tiraban de aceite de ricino o de culata de pistola y quienes no lo hacían: distintas y opuestas maneras de llevar a la práctica lo que el Ausente propuso… Vencer o convencer, vengarse o admitir, entender y perdonar. Cuenta, en política, y más cuando se mete por medio toda una guerra con la represión y represalias que de ella se derivan, no tanto lo que se cree y dice cuanto lo que se es y lo que se hace. Carácter es destino, *teoría* no siempre es *praxis*. Ya en 1933, y nada menos que en el discurso de fundación de la Falange, el mismísimo José Antonio había avisado de que la ideología de la nueva tribu política no era sólo una forma de pensar, sino también de ser[184].

O, como veinte años después, y en el mismo día del año, a 29 de octubre, repitiera y reafirmara el entonces ministro Raimundo Fernández-Cuesta en su solemne discurso de conmemoración de la efemérides fundadora, «el falangismo, más que un programa concreto […] es una actitud y una manera de entender la vida»[185].

Actitud: también yo hace unas líneas recurría a esa palabra.

Y, desde luego, no la entendían igual —la vida y, por ende, la muerte— los que asesinaron a mi padre y a tantos otros mientras duró la guerra, los que chuparon del bote y participaron con regodeo y saña en la represión de la posguerra, y los que

dieron el pecho en el frente, soñaron desde él con una España mejor y lucharon posteriormente contra el franquismo —yo lo vi, yo estaba con ellos, nadie podrá negármelo— desde los pupitres de la universidad, los escenarios de la cultura y otras trincheras oficiales u oficiosas.

Estábamos en lo de las tres Falanges…

Una, la primera, la genuina, fue, obviamente, la que José Antonio fundara y su muerte descabezase, la que se tragaron las arenas movedizas del ignominioso Decreto de Unificación, la que acabó siendo sombra de sí misma, fuego fatuo, jirón de un sueño, la que el vendaval de la guerra civil falsificó, contaminó, redujo poco a poco al chasis, a la carcasa, convirtiéndola en *flatus vocis* y, en definitiva, pulverizó.

De la segunda Falange —la oficial, la franquista, la promiscua, la que se diluyó y suicidó al contraer matrimonio morganático con una formación tan ajena a su modo de ser, de sentir y de pensar como la representada por el carlismo tradicionalista y fundamentalista de los requetés, la que predominó, acaparó la atención de todos, rojos o azules que fuesen, y gozó de un sinfín de prebendas, bicocas, ministerios, órganos de información y mando en plaza, en muchas plazas, durante los seis lustros largos que duró la posguerra— poco puedo decir sin caer, lo que ya, a estas alturas, sobraría, en la descalificación, la indignación, el menosprecio o, inclusive, lo que no me agrada ni es mi estilo, en el insulto a palo seco.

Lo único que a cuento de esa segunda Falange cabría añadir sin resultar ofensivo, y no, por supuesto en su descargo, sino para hacer justicia a los padres fundadores y legítimos propietarios de las siglas, símbolos, nomenclatura e ideas que la patulea formada por los oportunistas, estraperlistas, caraduras, hominicacos y pescadores de toda laya en el río revuelto de la guerra civil, con la bendición de Franco, usurpó, es que no era ni llegó a ser nunca, en puridad, falangista.

O, por lo menos, joseantoniana.

¡Qué iba a serlo! Y nadie mire con lupa esta exclamación, poniéndola así en tela de juicio, ni pierda yo un instante de mi valioso tiempo analizando lo que la sustenta, pues no hay, me parece, a la luz de lo por mí leído, que es bastante, ningún historiador o investigador, cualesquiera que sea su postura y, caso de existir, sus simpatías o inclinaciones ideológicas, que no comparta y respalde con datos la opinión expuesta.

Obras, pues, y no amores —números, controvertidos[186], en mano— son las que se derivan de la evidencia del inusitado, asombroso crecimiento de militancia que se produjo tanto en el seno y órganos vitales de la Falange como en su red capilar y zonas aledañas durante los primeros días de la guerra civil, posteriormente, a lo largo de ella, por no decir nada de lo sucedido en la rebatiña que siguió al Día de la

Victoria, cuando todos los vivales de un país en el que la picaresca, lejos de ser un delito, constituye un mérito y es condecoración la sinvergonzonería, se lanzaron en tromba a cantar con el brazo extendido y el cangrejo en la pechera el *Cara al sol* que más calentaba entonces. Son, por cierto, los mismos que en los días posteriores al fallecimiento de Franco desfilaron ante su cadáver con expresión compungida y que a la vuelta de unos meses, puño en alto y papeleta en ristre, aunque sin urna aún donde meterla, alardearían de haber sido izquierdistas desde que estaban en el moisés y, por supuesto, tan demócratas a machamartillo, si no más, como quienes el día de la defenestración de Alfonso XIII votaron por la república. En ese zoo y madriguera de bípedos implumes e invertebrados es donde ahora buscan y cosechan votos suficientes para, desgobernándolo, gobernar el país los chiquilicuatres que en ello andan. *God save Spain!*

Aunque, por mí, que la zurzan. No derramaré más lágrimas por lo que no tiene remedio.

Escribió, una entre mil, y citada sólo a guisa de casual ejemplo, Mercedes Fórmica:

«En las semanas entre el 18 de julio y finales de agosto, Falange abrió de par en par brazos y puertas, en un gesto mal entendido y peor utilizado. La ausencia de los mejores, la falta de sentido político de algunos, permitió que se infiltrasen en las filas del partido joseantoniano gentecillas a la deriva: los que nunca se habían metido en nada, los que se habían metido sin arriesgar el pellejo, tirando la piedra y escondiendo la mano, los que tenían mucho que ocultar, los saboteadores, de ideas políticas contrarias. Esta leva corrompió la esencia de la Falange y los pocos idealistas que aún sobrevivían fueron arrollados.»[187]

Mercedes Fórmica, a la que conocí pocos meses antes de que muriese Franco y traté en los años sucesivos no con la intensidad que yo hubiera deseado, pero sí lo suficiente para percatarme de que era, por su inteligencia, idealismo, cultura y honradez, persona digna de toda confianza, entró muy joven en la Falange y llegó a desempeñar puestos de mando en su admirable Sección Femenina, por lo que su testimonio, aunque merecedor, como ya he dicho, de crédito, lo es también, sin duda, de parte.

Y sólo por eso, para ser ecuánime, para aportar a la tesis —por todos, insisto, sustentada— que aquí defiendo una opinión coincidente con la de Mercedes Fórmica, pero procedente de un escritor ocasional y militante en el bando opuesto, cuyo nombre, por razones —absurdas—, no puedo revelar[188], es por lo que incluyo a continuación esta larga e interesante cita:

«El crecimiento de Falange fue debido, en gran parte, al fácil acceso que prestó a los elementos populares; el obrero y el campesino, dominados por el terror, amenazados por el cacique acudieron a la Falange como puerto de salvación contra la tiranía de éste. Falange no exigía la virginidad de origen; en sus filas entraron miles de izquierdistas y marxistas, a los que el régimen de terror colocaba en la opción de la

camisa azul o la muerte.

»Este auge de la Falange desató prontamente la envidia y recelo de las fuerzas reaccionarias; éstas, que sólo ven como solución del problema social el exterminio del proletariado sindicado, no transigen con su vigorización al calor de la Falange. Enfrentados los *camisas azules* con los caciques reaccionarios, hubieran vencido aquéllos en la lucha, si la dirección extranjera, percatándose de la importancia de este movimiento nacional y difícilmente dominable, no hubiera exigido a Franco la disolución y fusión de Falange con otros partidos y tendencias antagónicas bajo su mando único y directo.

»Por este Decreto de Unificación, el hecho más trascendente de la rebelión, internamente, hasta el punto de que divide en dos períodos aquélla, se amalgamaron artificiosamente la Falange, de espíritu moderno y visión futura e innovadora, con el Requeté, vieja fuerza tradicional, rutinaria y arcaica, desapareciendo todas las demás milicias o fuerzas auxiliares.»

Testimonio éste no sólo interesante, como ya dije que me lo parecía, en lo que concierne al punto de origen y proceso de formación de la *segunda* Falange —la franquista y oficial— entre las tres a las que desde hace unas cuantas páginas me estoy refiriendo, sino verdaderamente novedoso, por no decir asombroso, al menos en lo que me alcanza, al sugerir la posibilidad —no exenta de lógica, aunque desconozco si existen datos fehacientes que la apoyen— de que el Decreto de Unificación obedeciera a factores exógenos, hitlerianos o mussolinianos, o ambas cosas, y no, como suele pensarse, a la astucia, clarividencia y estrategia de dominio del codicioso Franco.

Quede así, en pie, pero nada más, la hipótesis, sin que yo la apure, y recojan otros, si tal es su gusto y aún no lo han hecho, el desafío de verificarla. Yo me zafo del asunto, y hago bien, pues su rastreo me llevaría a territorios de vasta superficie e hirsuto follaje situados extramuros de la demarcación que este libro —el mío, el de mi padre, el de mi madre— abarca.

Hasta aquí, sin más, pero también sin menos, cuanto quería decir, sin dar en saña, sobre la segunda Falange: la de la chusma guerracivilista, la de los caínes, la que yo —niño del treinta y seis, quinta del cincuenta y siete— conocí y mamé, la hoy extinta, la que la prole de los años de democracia no ha podido conocer ni mamar, la que aún saca figuras de cera, momias ambulantes y pendones criofilizados el 20 de noviembre, la que asesinó a Fernando Monreal, a Luis Carreño, a Federico García Lorca, a…

Y vamos ya con la tercera, pero no sin abrir antes un paréntesis para hablar en él de la fama, acaso injusta, de violencia que siempre acompañó a las tres. Ya saben: me refiero a su leyenda negra, a su letra escarlata, a su marca de Caín, a su tatuaje —indeleble, al parecer. Calumnia, que algo queda— de iniquidad, a la frase hecha, y

difícil, muy difícil, de deshacer, que los propios falangistas acuñaron y grabaron a recio, combativo, masculino, musculoso golpe de cincel en la piedra viva de la memoria de todo un pueblo y que nos remite al ejercicio y oficio de una infame *dialéctica* basada en los *puños* y en las *pistolas*…

¿Alguien dijo, de verdad, esa frase? ¿Alguien se atrevió, de verdad, a proponer a sus compañeros de lucha política, como estrategia, acción y programa, esa execrable y sombría (aunque literalmente hermosa) metáfora?

Pues sí, la dijo —y le costó cara— el propio José Antonio en el discurso de la fundación de la Falange, pero no lo hizo como se dice que lo hizo, sino en un contexto general —el de la época— en el que todos esgrimían latiguillos de igual corte y dentro de una frase que siempre, manipulando así su forma y su fondo, se cita incompleta.

Reproduzcámosla, pues, y ante todo, en su integridad o, mejor dicho, en la del párrafo que la contiene. Bastará con eso, como en seguida ha de verse, para que se desdibuje y quede en nada, o en muy poco, la siniestra aureola que la rodea…

«Queremos, por último, que si esto[189] ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. Porque ¿quién ha dicho —al hablar de *todo menos la violencia*— que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad? ¿Quién ha dicho que cuando insultan nuestros sentimientos, antes de reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación, pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la patria.»

Suena diferente, ¿no? ¿Tiene alguien algo que objetar? Quizá los pacifistas a ultranza, los frailes franciscanos, los seguidores acérrimos de Gandhi (y yo, aunque sin hacer del *mahatma* una herramienta de combate, lo soy. Ya he dicho que los dos nacimos, bajo Libra, en el segundo día del mes de octubre), las monjitas con quepis y cartucheras sin balas de lo que fueron tercios de Flandes y hoy es castrado y contrito ejército español o los que tengan algo en contra del concepto de *justicia* —seguro estoy de que, al menos de dientes afuera, nadie lo tendrá— o de la noción de *patria*. Yo mismo, por ejemplo, soy de estos últimos, pero tampoco habrá muchos, me malicio, que se apunten a esa lista.

Y en cuanto al contexto general —*el de la época*, dije— predominante en la España de los tres años anteriores al estallido de la guerra civil, que son, desde el 29 de octubre de 1933, los únicos en los que la Falange, que hasta esa fecha no existía, aunque ya —*in pectore*— acezaba y amagaba, tuvo y sostuvo directa intervención política en la vida pública del país, no estaría de más que escucháramos o leyéramos algo de lo que muy poco después del discurso de la Comedia andaban diciendo o escribiendo los valedores de la izquierda, la República, la revolución y todas esas

vainas.

Aquí van… Son sólo una muestra.

Indalecio Prieto, Valladolid, campaña electoral, misma fecha (la ya citada del 29 de octubre):

«A vencer, el día 19 (de noviembre) en las urnas. Y, si somos derrotados, a vencer el día 20 en las calles al grito de ¡Viva la revolución social!)»

¡Cáspita!

¡Huy, lo que he dicho!

Otro botón…

Largo Caballero, pocos días después (pero antes, aún, de las elecciones, y de cara a éstas), Don Benito, Badajoz…

«Vamos hacia la revolución social. Y yo digo que la burguesía no aceptará una expropiación legal. Habrá que expropiarla por la violencia… Vamos a echar abajo el régimen de propiedad privada. Se dirá: *¡Ah, ésa es la dictadura del proletariado!* Pero ¿es que vivimos en alguna democracia? Pues ¿qué hay hoy más que una dictadura burguesa? La clase obrera debe prepararse bien para todos los acontecimientos que ocurran y, el día en que nos decidamos a la acción, que sea para algo definitivo que nos garantice el triunfo sobre la burguesía. Estamos en plena guerra civil. Lo que pasa es que esta guerra no ha tomado aún los caracteres cruentos que, por fortuna o por desgracia, tendrá inexorablemente que tomar. Tenemos que luchar, como sea, hasta que en las torres y en los edificios oficiales ondee no la bandera tricolor de la República burguesa, sino la bandera roja de la Revolución socialista.»

¡Qué barbaridad!, ¿no? «*Estamos* —dijo aquella mala bestia dos años y medio antes de que llegara el 18 de julio— *en plena guerra civil*». ¿Quién, pues, declaró y empezó ésta? Razón llevaba, desgraciadamente, el líder socialista que jamás estuvo a la altura de su segundo apellido. Ni del primero, pues era corto de mente, de miras y de decencia. Un año después, cumpliendo así su deseo y verificándose su profecía, se desató la vesania en Asturias. Sobra cualquier comentario. Allí, en Oviedo, empezó a morir mi padre.

Más testimonios… Doce de febrero de 1934, *Decálogo del joven socialista,* publicado en el número ciento treinta de la revista *Renovación*:

«La única idea que hoy debe tener grabada el joven socialista en su cerebro es que el socialismo solamente puede imponerse por la violencia y que aquel compañero que propugne lo contrario, que tenga todavía sueños democráticos, no pasa de ser un traidor, consciente o inconscientemente. Cada día un esfuerzo nuevo, en la creencia de que al día siguiente puede sonar la hora de la revolución. Y, sobre todo, esto: armarse. Como sea, donde sea y por los procedimientos que sean. Armarse. Consigna: ármate tú y, al concluir, arma si puedes al vecino, mientras haces todo lo posible para desarmar a un enemigo.»

¡Viva la Pepa! ¡Anda, jaleo, jaleo! No, no es el guión de una película del Oeste,

como a primera vista pudiera parecer.

¿Y a quiénes, por cierto, apuntaría —en la literalidad de la expresión— el nefasto Indalecio Prieto —sí, otra vez él. Es la última— cuando dijo, en su discurso del madrileño cine Pardiñas, a 14 de febrero de 1934, que el proletariado debía hacerse cargo del poder para llevar España adonde España se merece? «*A tal fin* —añadió—, *no hay que dudar, y si tiene que correr la sangre, que corra*».

¡Vaya si corrió, don Indalecio, aunque la suya de usted siguiese en sus venas! Alguien de mucho peso, quizá Eugenio d'Ors, pero no estoy seguro, pues oí citar la frase nada menos que a Julián Marías, cuando yo era un arrapiezo, en la Dehesa soriana, dijo aquello —tan hermoso y tan horrible— de que «en las guerras siempre mueren los mismos». Don Indalecio no pertenecía a ese grupo; mi padre, verbigracia, y sin necesidad de ir más lejos, sí.

Todos los testimonios de cargo esgrimidos hasta ahora en este capitulillo sobre la titularidad de la violencia —con o sin puños y pistolas, pues no eran éstas las únicas armas disponibles en el formidable arsenal de los partidos y sindicatos— entre 1933 y 1936 acusan al partido socialista, del que proceden, y facilísimo sería extenderlos, buceando en sus declaraciones de propósitos, a los comunistas y anarquistas, pero también cabe aportar pruebas de la misma barbarie —la de incitar a la violencia política— procedente de la derecha. Decía, por ejemplo, José María Gil Robles en el cine Monumental de Madrid, con fecha de 4 de febrero de 1934, las siguientes lindezas:

«Queremos una patria totalitaria […] ¡Qué importa que nos cueste hasta derramar sangre! Necesitamos el poder íntegro y eso es lo que pedimos. La democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista del Estado nuevo. Llegado el momento, o se someten las Cortes o las hacemos desaparecer.»[190]

El momento llegó, como anunciaba el Jefe, cuando surgió Franco, y las Cortes, efectivamente, se sometieron. No fue necesario hacerlas desaparecer.

Todos iguales: socialistas, comunistas, anarquistas, cedistas y también, por supuesto, aunque sin tirar nunca en aquellos años la primera piedra, pero sí, y siempre en defensa propia, la segunda, los falangistas. Lo que, sin embargo, no impidió a éstos cargar a solas con el mochuelo y llevar la fama casi exclusiva de la dialéctica de los puños y las pistolas mientras se iban, mayormente, de rositas quienes con más ahínco cardaban la lana.

Eso se sabe y, en consecuencia, lo doy por sabido. Está más que demostrado, está profusamente documentado.

Incluso una persona tan nítidamente opuesta a la Falange y a cuanto el falangismo representó como el escritor Heleno Saña, cuyo apellido no es apodo, aunque en ocasiones lo parezca, reconoce y expone, con ecuanimidad que lo honra, cuanto sigue:

«Lo que quería José Antonio era convencer, de ninguna manera imponer, como ocurría con una gran parte de sus correligionarios y seguidores. En sus raíces era un

seductor, no un dictador. Él creía en la dialéctica de los puños y las pistolas como recurso supremo, pero estas bravuconadas hay que entenderlas como concesiones a la época y no como manifestaciones esenciales de un modo de ser. La violencia y el pistolerismo eran un instrumento común en su tiempo, empleado por todos los partidos radicales, no sólo por la Falange. En rigor, José Antonio se opuso siempre a la violencia que en España habían introducido las bandas del Sindicato Libre, los pistoleros anarcosindicalistas, los albiñanistas y los mismos estudiantes ultras de la FUE. Antes de organizar ella misma sus cuadros represivos, la Falange fue víctima de represalias físicas de la extrema izquierda. Todo el que no tenga en cuenta ese hecho decisivo se descalifica a sí mismo para enjuiciar con honestidad el proceso evolutivo. Fue la moderada actitud de José Antonio ante las eliminaciones de varios militares y falangistas lo que motivó en el seno de la Falange el surgimiento de un grupo que exigía el terror contra la izquierda […] José Antonio demoró cuanto pudo estos métodos vindicativos: el terror practicado por los ultraizquierdistas no favoreció la inicial templanza joseantoniana. Las turbias escuadras de la Falange de la Sangre fueron aceptadas al final por José Antonio como pura necesidad pragmática, pero no por convicciones interiores.»[191]

O sea: más de lo mismo… Todo lo que leo, todo lo que escucho, todo lo que hilvano, todo lo que cito contribuye a reforzar mi convicción, ya expuesta, de que hubo falangistas, y no pocos, a los que no cabe aplicar la condición de joseantonianos. Y sí cabía, en cambio, la posibilidad de ser o sentirse lo segundo sin militar en la Falange ni acercarse, de un modo u otro, a ella.

Yo, por ejemplo, lo hice —acercarme física y afectivamente a ese antipartido y grupo de acción, y no por ser joseantoniano, sino comunista— en mis años de alborotador político, como lo hicieron, forzosamente, por ley de acción y reacción, por hegeliana dialéctica de tesis, antítesis y síntesis, por promiscuidad en los frentes de combate, por estrategia de aqueos ante las murallas de Ilión y también, a menudo, y aunque cueste creerlo, por coincidencia de propósitos revolucionarios, casi todos mis compañeros de lucha. Y siempre, incluso cuando nos enfrentábamos e increpábamos, me llevé bien —no hay contradicción en ello, pues si al enemigo, como asegura una frase hecha, ni agua, al adversario, en cambio, de todo, porque nos da razón de ser e imprime sentido y vigor a nuestras vidas— con las bravas y buenas gentes de la Falange, casi todas de nobles armas tomar (¡y vaya si las tomaron!).

O, lo que tanto monta, y principalmente, con los chavales del SEU, que eran quienes teníamos entonces, en la universidad, más a mano.

Me refiero, naturalmente (¡y por fin, en mi discurso, llega!) a la tercera Falange, a la que nunca tuvo relación directa —porque nació mucho después de la muerte de

José Antonio— con el hombre que la había fundado, a la que no intervino ni para bien ni para mal en la *kermesse* heroica, estrafalaria y homicida de la guerra civil, a la que poco a poco fue dejando de ser vagamente franquista, si es que alguna vez lo fue, a la que con mesura (y, a veces, sin ella) evolucionó al paso alegre o indignado de la paz y dio origen a lo que hoy se llama, y de eso sí que ya he hablado, Falange Auténtica…

La misma con la que me topé, para entendernos, el 20 de noviembre de 1985 en la catacumba del Valle de los Caídos (70). La que no podía ser aún, pero —caso de existir ya entonces— habría sido, sin duda, el habitáculo natural del soldadito del Regimiento de Zapadores que había gritado otro 20 de noviembre, veinticinco años atrás y en el mismo sitio, lo de «¡Franco, eres un traidor!». La que en el tardío otoño de 2004 —*inasequible*, efectivamente, *al desaliento* del trágala y desencanto democráticos— organizó en lo que fuese cárcel de Alicante y escenario del magnicidio la función cultural de homenaje a José Antonio en la que intervine y de la que he dado apasionada (aunque muy abreviada) cuenta en otro lugar de este libro. La que…

Y esa Falange, o su embrión, como ya he sugerido, nunca, en mis años mozos, me fue enemiga, por más que en muchas ocasiones fuese mi adversaria. No es éste el momento adecuado para hablar de ello ni para evocar y contar las bullangas y marimorenas antifranquistas en los que tantas veces, de joven, me vi envuelto, pero sí es, por el contrario, el de reconocer en público y por escrito que fueron los mandos y gentes de a pie del SEU, y algunos otros falangistas o ex falangistas de mayor enjundia y trapío, como don Manuel Torres López[192], don Pedro Laín Entralgo[193] y mi tío Joaquín Ruiz-Giménez[194], por citar sólo tres de los ases que más y mejor pintaban en aquella baraja naipes marcados, quienes hicieron posible y hasta plausible, en la segunda mitad de los años cincuenta y buena parte de los sesenta, la larga marcha de la resistencia estudiantil al franquismo que culminó en los sonoros sucesos del fin de esa década. Y no soy sólo yo, que desde la primavera de 1955, hasta el primer día de agosto de 1964, fecha en la que me fui al exilio, estuve en la primera línea de aquellos frentes y puedo, en consecuencia, dar fe directa de lo sucedido, quien lo dice, sino la práctica totalidad de los historiadores, politólogos, sociólogos, reporteros, novelistas y ensayistas en general, y son ya muchos[195], y en su mayor parte, por cierto, de izquierdas y alérgicos a cuanto el régimen de Franco significó, que han dedicado esfuerzos, estudios y libros al asunto.

En pocas palabras: sin la convocatoria y financiación de lo que iba a ser (y nunca llegó a celebrarse, porque la Brigada Político social se cruzó en el camino) Congreso Universitario de Escritores Jóvenes, iniciativa ésta amparada, bendecida y pagada por el Rectorado y el Ministerio de Educación, no se hubiera producido el fermento cultural e ideológico que condujo al decisivo motín de febrero de 1956, y sin éste, por muy problemático que resulte siempre imaginar, en el territorio de la historia, lo que no entró en ella, habría sido harto diferente —y, quizá, inexistente— mucho de lo que

a partir de ese momento sucedió en el ámbito de la universidad de Madrid y, por reflejo, en las del resto de España.

Es, sólo, un ejemplo. No aportaré otros. Búsquelos quien los ambicione en los libros de los autores citados (o no citados. Ya he dicho que los hay) y en el follaje de las hemerotecas, pero quede aquí nítida constancia, para disipar malentendidos y devolver su lustre a honorabilidades empañadas por las calumnias del sectarismo, de que fueron los falangistas de verdad —los joseantonianos, los que a renglón seguido evolucionarían hacia posturas de izquierda o, incluso, en bastantes casos, engrosarían las filas de los partidos, grupos y grupúsculos de la clandestinidad, los que sirvieron de potente levadura a lo que con el correr del tiempo, ya muerto Franco y advenida la democracia, llegaría a ser Falange Auténtica— quienes no sólo permitieron, sino también alentaron a los jóvenes levantiscos de la época a subvertir la cultura oficial, salir por los fueros del entonces incipiente antifranquismo, orear las aulas y los pasillos de las universidades, que olían a tigre, aunque no faltasen en ella los maestros que ahora, en cambio, brillan por su ausencia, y a aventar en sus surcos, besanas y barbechos las semillas del futuro.

Así fue. De personas decentes y bien nacidas, es, ahora, en tiempos de cobardía, embustes interesados, y no menos interesada y, en su raíz, falseada *recuperación de la memoria histórica*, reconocerlo. Dicho y hecho.

Catorce de junio de 1936: José Antonio, acusado de asociación ilegal (de lo mismo me acusaría a mí, muchos años más tarde, la justicia de Franco) y acosado por el fanatismo, la intransigencia y el cinismo del Frente Popular, ingresa en la cárcel Modelo de Madrid, de siniestra memoria. La República es ya, a la sazón, por sus infinitas y, a menudo, cruentas arbitrariedades, enemiga de sí misma y reincide, torpe, ciega, en el empeño de cavar su propia fosa. La sublevación, que José Antonio atiza desde su celda, es ya horizonte seguro, futuro inaplazable.

Seis de junio, noche aún: el fundador de la Falange y su hermano Miguel, que salvará el pellejo en la refriega, son trasladados a la prisión de Alicante. Se cierne ya la sombra de la guadaña sobre sus torres, patios, galerías y garitas. Arranca la cuenta atrás.

Dieciséis de agosto: el director de la cárcel, se supone que obedeciendo órdenes llegadas del exterior, decide incomunicar a José Antonio. Esa ley de silencio, cartujana, rigurosa, sólo se quiebra una vez, cuando el periodista norteamericano Jay Alien, simpatizante de la República, consigue autorización para entrevistar al detenido. José Antonio, en ese momento, desconoce —o, al menos, eso dice— lo que está sucediendo extramuros, pero no oculta el escaso respeto que le merece el futuro Caudillo ni las dudas sobre sus intenciones. Luego, al leer la entrevista, dirá Diego donde su interlocutor dice que dijo digo, y matizará, suavizará y, en parte, rectificará oralmente el contenido y alcance de lo que el periodista pone en su boca.

Dieciséis de noviembre: comienza, en la sala de justicia de la cárcel, el juicio de quien muy pronto será ya, por antonomasia, el Ausente, de su hermano y de su cuñada (y esposa de este último). Se les acusa de rebelión militar. José Antonio se declara inocente —lo que resulta verosímil, pues estaba entre rejas cuando los generales del 18 de julio se echaron al monte— y rechaza una por una todas las imputaciones. El fiscal, entre otras pruebas acusatorias de endeble fuste, esgrime un manojo de supuestas entrevistas, que nunca, al parecer, se celebraron, entre el reo y Adolf Hitler.

Diecisiete de junio por la noche: concluye el juicio. Visto para sentencia. El jurado se retira a deliberar.

Dos y media de la mañana del día 18: veredicto. Lo es de muerte para quien aquí nos interesa y de prisión para sus dos familiares y compañeros de infortunio. La suerte está, casi, echada, aunque todavía, *in extremis*, el gobernador de la ciudad, que es comunista, pero al que no se le oculta la arbitrariedad jurídica en la que se está incurriendo, pues la legislación vigente exige que el gobierno —trasladado ya a Valencia— confirme la pena capital impuesta por el jurado antes de que se ejecute, ni tampoco, quizá menos aún, la barbaridad política, cuestiones morales aparte, que se está perpetrando, intenta aplazar el fusilamiento, pero no lo consigue. Se cierra así el paso, por añadidura, a la posibilidad de que el presidente Azaña conceda el indulto

reclamado por Miguel en una carta escrita el 19 y conmute la sentencia.

Dos días después se ejecuta ésta en el patio de la cárcel. Muere un hombre, nace un mito. Seis soldados del Quinto Regimiento, bajo control del Partido Comunista, y otros seis de la Federación Anarquista Ibérica integran el pelotón y aprietan los gatillos. Eso es, al menos, lo que por lo general se cree, pero no faltan investigadores convencidos de que fueron guardias de asalto, a las órdenes del teniente Juan González, quienes corrieron con el papelón de dar muerte a los reos. El detalle, jurídicamente, tiene su importancia, pero no modifica los hechos, ni su alcance, ni su calificación moral, ni sus consecuencias.

José Antonio, aunque tampoco esto importe mucho, pues siempre se muere a solas, cae junto a dos camaradas falangistas y otros tantos compañeros carlistas. Su amigo García Lorca lleva ya, para entonces, más de tres meses en el hoyo, y mi padre, más de dos. Son todas ellas muertes emblemáticas, además de *paralelas*, convergentes y absurdas, aunque la última lo sea sólo para mí. Está muriendo España, si es que alguna vez estuvo viva, pero lo hace matando y no precisamente para descansar en paz. Queda mucha guerra, casi toda, por delante. Madrid, abandonado por su gobierno, resiste. Franco, una y otra vez, titubea. La infamia de los unos y de los otros se enquista. La mayor parte de los muertos está aún por llegar.

Poco antes, en agosto de ese mismo año, don Miguel de Unamuno había escrito una carta al periodista bonaerense Lisardo de la Torre en la que decía, refiriéndose a José Antonio, lo que sigue:

«Apenas si se sabe nada de su suerte. Imagínese mi zozobra. Ahora, que nos da por arrasar la inteligencia, no es lícito que aguardemos con demasiado optimismo lo que la contienda pueda depararle. Lo he seguido con atención y puedo asegurarle que se trata de un cerebro privilegiado. Tal vez, el más prometedor de la Europa contemporánea.»[196]

Los asesinos de José Antonio, ¿verdad, maestro Unamuno?, vencían en lo tocante a él y a su formación, momentáneamente, pero tampoco, como quienes luchaban en el otro bando, convencían.

El país, si don Miguel estaba en lo cierto, quedaba descabezado.

No conocía yo esta opinión de Unamuno cuando en abril de 1991 escribí:

«El españolito con más gancho, con más misterio, con más duende, con más ángel, de esta terrible centuria que ya se acerca a su fin, se llamaba, y se llama, José Antonio Primo de Rivera. Urge sacar del olvido a ese personaje, a ese heredero de Hércules y de Ruy Díaz de Vivar, a ese sumo sacerdote de la religión del iberismo. Quizá su ejemplo nos pueda dar una pauta y una llave para abrir la oscura puerta del futuro. José Antonio Primo de Rivera es el español más interesante (y más

desaprovechado) de esta terrible centuria que ya se acerca a su fin.»[197]

¿Sacarlo del olvido? Bueno. Es lo que ahora, tres lustros después, sigo —con pundonor, aunque no sé si con pareja eficacia— intentando. Me alegra coincidir, en esto, y en tantas otras cosas, con Unamuno, del que, sin embargo, también discrepo en muchas cosas.

No sólo con él. Enrique de Aguinaga recoge en su libro[198] una gavilla de opiniones elogiosas procedentes de personas —tirias o troyanas por lo opuesto de su sentir político— cuyo peso y autoridad nadie pone en duda…

Pedro Laín Entralgo: «prodigio de armonía».

Azorín: «inefable».

Pío Baroja: «intérprete y realizador de la doctrina de Ortega».

Camilo José Cela: «señalado por Dios».

Salvador de Madariaga: «quizás hubiera podido cambiar la historia de España».

Gregorio Marañón: «generosa cordialidad frente a los que no pensaban como él».

Indalecio Prieto: «víctima inenarrable».

Luis Rosales: «la verdad de España duradera».

Antonio Garrigues Walker: «hijo de la luz».

Et caetera.

Únanse estas opiniones —relativas todas a José Antonio— a las ya aportadas por mí y dese carpetazo al expediente.

¿Qué pensaba, acerca de él, Machado, el de Sevilla, el de Soria, el de Baeza, el de Segovia, el de Madrid, el de Collioure, el de *si mi pluma valiera tu pistola*, el de las dos Españas?

Ignoro si dijo o escribió algo al respecto, pero me gustaría, caso de que así fuera, enterarme de lo que escribió o dijo.

Permanezco a la escucha.

Me pregunto también, y pido y espero que alguien solvente mi duda, si José Antonio, en el momento de morir, y en los días y semanas anteriores, mes de julio, mes de agosto, mes de septiembre, mes de octubre, mes de noviembre, sabía lo que, en lo relativo a la Falange, estaba sucediendo.

El número de quienes militaban en ella el 18 de julio de 1936, era, diríamos ahora, meramente testimonial: no llegaba a dos mil. Notorio es, por otra parte, el estrepitoso revés sufrido por la Falange en la única consulta electoral a la que se sometió. Fue un naufragio, un cataclismo. No consiguieron en ella ni un solo representante en Cortes, pues no bastaban para eso los cuarenta y cinco mil tristes votos obtenidos. Seis meses más tarde —que el 20 de noviembre se elevaban ya a nueve con un estrambote de cuatro días, porque las citadas elecciones (que lo fueron

generales, y últimas de este tipo antes de que los políticos de la Transición, en 1978, llamaran nuevamente a ellas) se habían celebrado con fecha de 16 de febrero— los militantes falangistas eran legión, alud, avalancha, corrimiento de tierras, oleaje incontenible, inundaban las calles de la España nacional, se multiplicaban por las conejeras, albañales y sifones de la quinta columna en todos los centros urbanos y rurales de la zona roja, daban el pecho en las trincheras, montes, bosques y descampados de los frentes bélicos, intervenían con exceso de celo digno de mejor causa —díganselo a mi padre— en las operaciones de limpieza ideológica, fusilaban a troche y moche sin pararse a preguntar antes de disparar y se contaban por decenas de miles, y conste que no sé muy bien si al esgrimir, vagamente, esa cifra, me estoy quedando corto.

Insisto: ¿tendría José Antonio, cuando le alcanzó la muerte, conocimiento cabal —o, por lo menos, a bulto— de que había cambiado el sentido del viento de la historia, de que soplaba éste, por fin, a su favor y de que el minúsculo grupo por él, utópicamente, fundado cuesta arriba se había convertido (o se estaba convirtiendo) en la principal corriente ideológica, tropa de choque, y línea de fuerza política de la España rebelde? ¿Estaba también al tanto de las atrocidades que cometían, escudándose cobardemente tras el chaleco antibalas de la camisa azul y la coraza protectora del yugo y las flechas, algunos —muchos— de sus sedicentes correligionarios? ¿Le alegró la vida y alivió la muerte lo primero, el éxito que cosechaba su criatura, y endureció —aún más— la muerte y le amargó la vida lo segundo, la barbarie e innecesaria crueldad de sus espurios vástagos, en las jornadas postreras y en los últimos minutos?

No he encontrado hasta ahora, en mis pesquisas, lecturas y rastreos, aunque quizá la haya, respuesta para tan ingrato interrogante. Sigo, también en eso, a la escucha.

No voy a entrar al trapo, porque no me compete, de las disputas historiográficas entabladas acerca de las razones por las que el gobierno del Frente Popular, en contra de la opinión de Prieto, Largo Caballero, Azaña, Giral, Zugazagoitia —que también, *infelice* él, terminaría, más adelante, en el paredón. Otra estúpida muerte paralela— y de algunos destacados líderes anarquistas, optó por desembarazarse cruentamente y sin contar hasta diez, a quemarropa, aquí te pillo y aquí te mato, so cabrón, de José Antonio, convirtiéndolo de esa forma en héroe nimbado por el martirio, airoso banderín de enganche y poderoso señuelo de militancia, en vez de atenerse a lo propuesto por el primer fiscal del sumario, que sólo apreciaba indicios de un delito leve de conspiración en la conducta del procesado, y de mantenerlo, simplemente, y durante todo el tiempo que fuera necesario, donde estaba, a la sombra y bajo siete llaves, sin llegar a mayores.

Hay quien atribuye el cambio de opinión, y la brusca y apresurada decisión de que él —a contrapelo de lo que aconsejaban la lógica, la inteligencia política, la

estrategia militar y la más elemental astucia— se derivó, a tres factores concurrentes: el vertiginoso avance hacia Madrid de las tropas sublevadas, que el 4 de noviembre se encontraban ya a tan sólo trece kilómetros de los arrabales sureños de la ciudad (Villaviciosa, Móstoles, Fuenlabrada, Pinto, Alcorcón, Leganés, Getafe…) o, según el *ABC* de Sevilla, a cuatro pesetas con sesenta céntimos de taxi de la Puerta del Sol[199], el cambio de gobierno que ese mismo día, sobre la marcha, se produjo; la presencia en él de cuatro ministros anarquistas (curiosa contradicción *in terminis*. ¡Ministros y anarquistas! Si Kropotkin y Bakunin hubiesen levantado la cabeza…), con el ambiguo y zigzagueante García Oliver a cargo de la cartera de Justicia y el traslado de ese mismo gobierno, setenta y dos horas después, a la *aurea mediocritas* y relativo *dolce far niente*, por contraposición al heroísmo y a las terribles privaciones imperantes en Madrid, de la siempre risueña, ubérrima y hospitalaria Valencia, que por aquel entonces aún parecía más alegre y confiada; y, por último, el hecho —realmente aciago, en el más rotundo sentido de la palabra— de que Alicante hubiera sido bombardeada por primera vez muy pocos días antes del comienzo de la vista oral del juicio de José Antonio, concretamente el 5 de noviembre.

Y además, junto a todo lo expuesto, la estúpida fanfarronería cuartelera y chulería chusquera de la que hicieron gala durante esos días algunas de las cabezas más visibles y temibles del alzamiento. Mola aseguró que el día 12 de octubre, fiesta de la Hispanidad y de la Raza, se tomaría un café bien cargado —¿por qué no, ya puesto, un carajillo de coñac y pólvora?— en la Gran Vía y Franco, siempre más cauteloso, astuto y beatucón, anunció que el 7 de noviembre oiría misa en Madrid. Los dos se equivocaron, pero es evidente que tales y tan tontas e innecesarias profecías añadieron leña al fuego del rencor y de la vengatividad que, de por sí, ardía en el pecho de quienes estaban en el machito del mando de la República.

Factores, todos ellos, categóricos y anecdóticos que pesaron, sin duda, en el talante y en la voluntad de quienes podían (aunque, por respeto a Montesquieu, no debían) decidir, así como en el platillo acusatorio de la balanza de la justicia, cuyo fiel osciló hacia los números rojos de la escala numérica y se detuvo en el extremo de ésta. *Moriturus* habíamos: el pulgar del emperador, que —acorralado y rodeado por su guardia pretoriana— se había hecho fuerte en Valencia, apuntaba hacia abajo. Lo demás fue *dura lex* o, según se mire, lo contrario de lo que por tal se entiende.

Dura, sí, y —además— obtusa: los nacionales ya tenían un símbolo —un mito— para contrarrestar el de García Lorca. José Antonio se convirtió, a partir de ese momento, para la España supuestamente leal y legal, en un traspiés, en una flagrante violación de las normas jurídicas y en un error de idéntico calibre al que supuso, para los sublevados y quienes los seguían, el crimen de Granada.

La pena capital impuesta al líder falangista fue, desde luego, moralmente lamentable e imperdonable, pero no, habida cuenta de la situación en la que el gobierno de la República —acogotado, enrocado y, a la vez, en abierta e inútil fuga hacia delante— se encontraba, incomprensible. Humanos eran quienes en tamaña

encerrona y con el corazón en vilo decidieron jugar la carta del fusilamiento, y no la de la equidad e independencia de juicio que a la justicia se le supone, renunciando de ese modo a su honorabilidad y sometiéndose al sordo dictado y a los ciegos mecanismos y automatismos del instinto de conservación. Empezaban ya a pintar muy severos, amenazadores e inminentes bastos para los asesinos de José Antonio y el futuro de la causa que defendían en el implacable juego de tute —toma y daca— de la guerra civil.

¿Pudo salvarse y salir relativamente indemne de su quema el fundador de la Falange? Yo, si me obligaran a responder, diría que sí, que la pelota anduvo en el tejado hasta el último momento y la sentencia, o su ejecución, en un tris, pero quizá me equivoque y, en todo caso, poco interesa eso a un novelista, aunque sí importe y ocupe lógicamente, a los historiadores. Cayó José Antonio, y ya está. Otro desastre goyesco de la guerra ibérica. Cosa y caso, según algunos, del zodíaco o de la *causualidad* del *karma* y, según otros, de la pura y mera casualidad, que no gira a gusto de todos en la ruleta de la vida y, acaso menos aún, en la de la muerte o definitivo *rien ne va plus* del *croupier* que, según Einstein, «nunca juega a los dados». Al futuro Ausente, en los dieciséis días anteriores a su ejecución, el mundo se le puso en contra y el horizonte cuesta arriba. Le falló y le faltó lo que fuese —¿por qué no la *baraka*, que en español da *baraja*?— y ni corrió la suerte que por su lealtad, generosidad, valor, limpieza y nobleza merecía, ni alcanzó el destino que tantos, en función de su ejecutoria y trayectoria, le auguraban. Ya lo dije: también en eso irían paralelas, si mi metáfora resultase exacta, su muerte y la muerte de mi padre. Arboles truncos los dos, rematados no por frondas secas de olmos viejos con alguna que otra rama verdecida, sino por mochos, por tocones, por muñones, por amputaciones…

No son, amigo Delibes, las guerras de nuestros antepasados. Son también, las de ahora mismo y serán algún día las de nuestros descendientes. ¡Maldita Iberia!

Humano era, también, José Antonio, como ya he dicho que lo eran sus asesinos, y bien pudo, en cuanto tal, y tal como se cuenta, venirse abajo, derrumbarse psicológica y moralmente, cuando se le notificó la sentencia. Tampoco voy a entrar en eso. Chismes de comadres y de casinos provincianos. Telebasura. ¡Figurémonos! ¡Si ni siquiera lo hice, a fondo, aunque en algún momento lo mencioné y me lo plantee en lo referente a mi padre! Un bajón, en esas circunstancias, lo tiene cualquiera. La dignidad es otra cosa. La dignidad no se pierde por caer, sino por no levantarse. Es más: se multiplica cuando eso, lo último, sucede, cuando el caído saca fuerzas de flaqueza, respira hondo, alza la mirada, rechaza la mano que alguien le tiende y, por sí solo, se pone en pie. No sé si mi padre cayó e ignoro, por lo tanto, si, una vez caído, se irguió. Pero sí sé, porque se sabe y consta, y me alegra que conste y se sepa, que José Antonio lo hizo.

Dignidad es decir, verbigracia, en su testamento —escrito de su puño y letra el 18

de noviembre, *a las cinco de la tarde* (¿de qué me sonará esa hora?) del mismo día en el que a las dos y media de la mañana el tribunal había sentenciado el caso— que ojalá fuese su sangre *la última que se vertía en discordias civiles*. Literalmente. Y el eco, y el dolor y la furia, de oído en oído, de boca en boca, de llanto en llanto, llevó esa frase —hoy celebérrima— hasta los últimos rincones, salones, mentideros, ágoras, entresijos, conciencias y tumbas del país. ¿Quién, luego, se atrevió a propalar la especie de que la Falange era, en su concepción, violenta e hija, por ello, de la ira de su fundador?

En ese mismo testamento, un poco más arriba, se lee:

«El aislamiento absoluto de toda comunicación en que vivo desde poco después de iniciarse los sucesos sólo fue roto por un periodista norteamericano que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primero de octubre. Hasta que hace cinco o seis días conocí el sumario instruido contra mí no he tenido noticia de las declaraciones que se me achacaban, porque ni los periódicos que las trajeron ni ningún otro me eran asequibles. Al leerlas ahora, declaro que entre los distintos párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles en la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas al cooperar con el movimiento insurreccional "*con mercenarios traídos de fuera*". Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamente ante el Tribunal aunque el declararlo no me favoreciese. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en África heroicos servicios. Ni puedo desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignoro si están ahora sabia o erróneamente dirigidos, pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrina de siempre. *Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange*.»

La cursiva de las tres últimas líneas es mía. Huelga aclarar su porqué.

Y, en cuanto al testamento, lo dicho: dignidad, suprema dignidad.

Cuentan que Hemingway, durante la guerra española, escribió en una de las crónicas que enviaba a Estados Unidos, y yo, sin necesidad de verificarlo, lo creo, porque seguramente sucedía así, y porque está en su estilo, que «en los dos bandos hay muchos valientes, pero los falangistas saben morir mejor»[200].

No pudo decirlo, es de suponer, pensando en José Antonio, porque él y el mundo desconocían, mientras no se demuestre lo contrario, los pormenores de su fusilamiento, pero es seguro que lo dijo después de comprobar cómo morían, en el frente, quienes lo reverenciaban y, de igual modo que a Cristo los cristianos, lo imitaban.

También sobra comentar lo que dijo Hemingway, pero quizá no esté de más añadir a su frase la coletilla del conocido —y ya citado por mí— verso de Petrarca:

un bel morir tutta una vita onora.

Es curioso…

Es curioso, digo, que en el segundo apartado de la cuarta y última cláusula del testamento en cuestión se estipule lo siguiente: «Que revisen mis papeles privados y destruyan todos los de carácter personalísimo, *los que contengan trabajos meramente literarios y los que sean simples esbozos y proyectos en período de elaboración*, así como cualesquiera libros prohibidos por la Iglesia o de perniciosa lectura que pudiera hallarse entre los míos.»

El subrayado vuelve a correr por mi cuenta, y lo que en él —no así en lo restante — me parece curioso es la sensación que transmite (o que yo, al menos, percibo) de que las palabras puestas en bastardilla son más propias de un escritor que de un abogado o un político. Abrigo yo la sospecha, y la abrigan otros que no viene al caso citar, pero que lo conocieron y trataron, de que José Antonio era, por encima de cualquier otra vocación, tentación o profesión, eso, escritor o —más exactamente— poeta, y que por ahí y hacia ahí, quizá, le habría conducido la vida si no la hubiese perdido.

Lo cual, entre otras cosas, explicaría sus constantes e intensos —casi obsesivos y compulsivos— devaneos literarios, la corte de escritores[201] que siempre, vivo, lo acompañó y que prosiguió su andadura después de la guerra, las relaciones con Unamuno, la amistad con García Lorca, la admiración por Ortega, las tertulias que fundó y en las que activamente participó, y muchos de los aspectos en sombra o en claroscuro que ofrece su compleja y misteriosa personalidad. Más misteriosa hoy, por cierto, que nunca, pues la pátina del tiempo todo, desdibujándolo, oscureciéndolo, lo exagera y acrece.

¿Escritor? ¿Poeta? ¿Perentoria orden de quemar o destruir de cualquier otro modo la propia obra? Bastantes literatos —*literatos*, no plumíferos de vuelo corto— así lo han hecho, por afán de perfección, por espíritu de contradicción con ellos mismos, por pudor, por desdén, por remordimientos morales o ideológicos, por desconfianza, por escepticismo generalizado, por tendencias depresivas, por atracción del abismo e inclinación al suicidio, por humildad, por desapego budista, por estoicismo helénico, por *ataraxia*, por capricho, por trastorno bipolar o por locura abierta, o han estipulado que sus editores, sus agentes, sus albaceas o sus herederos lo hagan.

Bastantes, he dicho, pero con citar un nombre —el más significativo— sobra. La adivinanza es fácil. Me refiero a Kafka.

¿Se creía o sentía José Antonio crisálida de pluma y tinta a punto de echarse a volar y a escribir, y en fase, lance y trance, por ello, de *metamorfosis*, cuando una descarga de fusilería acribilló el capullo de desorientación vital y vocacional que aún lo envolvía y le arrancó las alas que, en brote, pero ya tangibles, anunciaban y posibilitaban su transformación? ¿Cabría, entonces, y puestos a fantasear, decir a

cuento de su asesinato lo mismo que en idéntica circunstancia dicen que dijo, aunque en realidad no lo dijese, el calumniado, ilustrado y, para casi todos, benéfico emperador Nerón?

No es —lo que aquí afirmo de éste— broma, no son ganas de provocar. La historiografía merecedora de crédito así lo demuestra o, por lo menos, no demuestra lo contrario. Suetonio, que fue un cotilla cargado de talento, escribía de oídas, basándose exclusivamente en menudencias y maledicencias, y mucho tiempo después. Léase al respecto la excelente novela neroniana que hace unos años publicó mi prima Lourdes Ortiz[202],

—No viene, este excurso, a cuento.

—Sí que viene. No es excurso, sino incurso. Hablábamos de la muerte de José Antonio y me planteaba yo, dando alas a la fantasía, que para batirlas las tiene, la posibilidad de que el mundo hubiera perdido aquel vigésimo día del mes de noviembre de 1936 no sólo un claro varón de España, sino también un poeta.

Un poeta bueno, regular o malo… Eso ya se habría visto, y es, además, lo de menos.

Ni yo ni nadie podemos asegurar que fue así, pero negarlo, a la luz o en función de los indicios que poseemos, sería temeridad o sectarismo. Quede esa puerta entornada.

Llovía, en todo caso, sobre mojado, y más aún llovería.

Lo digo, añadiendo al nombre de García Lorca el de Miguel Hernández, que murió de muerte natural, sí, y después de la guerra, pero que seguramente, de no mediar ésta, se habría salvado. ¡Ojalá los señores del Karma los hayan acogido y guiado, benévolos, por la selva del más allá y nos los reenvíen, pluma sin capuchón, adarga antigua y versos en bandolera, en cualquier momento del futuro por vía de literaria reencarnación!

¿O estarán ya aquí?

Amén.

Escribió, hace ya tiempo, mi amigo (al que nunca, desgraciadamente, veo. ¿Seguirá vivo?) Eduardo Adsuara que España es, para Unamuno, *poema* o dificultad que existe *dentro de nosotros*, para Ortega, *problema* o dificultad que exige solución *fuera de nosotros*; y para José Antonio, misterio o dificultad que se plantea *por encima de nosotros*.

Ingeniosa es, sin duda, la triple comparanza, y por eso la cito con gusto y con amistosa lealtad, pero…

¿Poema, problema, misterio? ¡Literatura, palabrería, tropos y nada más que tropos, *ben trovati*, eso sí, mi querido Eduardo! Me quedo con lo que, en la amargura de su exilio, escribió otra víctima del país, de sus habitantes y de sí mismo, pues españolito de corazón helado, a su pesar o no, era. Me refiero a Luis Cernuda…

—¿España? —dijo—. Un nombre. España ha muerto.

Si es, añado, que alguna vez existió.

Ni misterio, ni problema, ni poema. Todo eso son historias. Busquemos otra palabra… ¿Qué tal *maldición*?

Miré los muros de la patria mía, escribió siglos atrás otro gran poeta, y fueron esos muros, para Fernando Monreal, periodista, los de la cárcel de Burgos, y para José Antonio Primo de Rivera, activista político, acaso escritor en agraz, los de la prisión de Alicante.

Y no halló cosa Quevedo, ni la hallaron ellos, ni la halló García Lorca, ni la halló Miguel Hernández, ni al escribir este libro la hallé yo, *que no fuera recuerdo de la muerte*.

Todos, ay, en ella paralelos, menos uno: yo, que vivo aún y con vocación y misión de aeda, acampado frente a las ruinas de Iberia (*cadáver es la que ostentó murallas*), cuento lo sucedido y canto la misa de réquiem por los desaparecidos.

Dicen —y niegan otros. Los detalles varían de versión en versión— que su hermano fue a verle a la celda, donde José Antonio estaba ya en capilla, acompañado por Sempere Payá, director de la cárcel, y por varios milicianos. Dicen que uno de ellos le metió prisa y que el reo demandó calma, *porque morir* —explicó— *es algo que sólo se hace una vez*. Dicen que luego pidió ayuda a Miguel, su hermano, para enfrentarse al momento del último suspiro con dignidad, y que el interpelado atendió su súplica con una jaculatoria improvisada: *José Antonio, ruega por nosotros.* Dicen que se dirigió entonces, después de que su pariente saliera, a Sempere Payá y que se disculpó por las molestias que pudiera haber causado. Dicen que, ya frente al paredón o acercándose a él, se encaró con los verdugos, a los que no consideraba —manifestó— sus enemigos, y los perdonó. Dicen que llevaba en la mano un crucifijo y que éste, con el *rigor mortis*, quedó para siempre aprisionado entre sus dedos. Dicen que en el último momento se desprendió del gabán de espiguilla y buen paño inglés que llevaba y lo entregó a uno de los milicianos, explicándole que lo iba a necesitar más que él. Dice uno de los miembros del pelotón —Guillermo Toscazo Rodríguez— que José Antonio gritó *¡Arriba España!*, cuando ya las balas se dirigían hacia él, y asegura otro fusilero —Diego Molina— que no fue así, que fue un *¡venga!* decidido e imperioso lo último que salió de la boca de quien caía[203].

A saber…

Pero el mejor epitafio posible para el fundador de la Falange había sido escrito varias décadas atrás por su poeta favorito: Rudyard Kipling. Se sabe que José Antonio tenía el *If* enmarcado —como lo tengo yo y como lo tienen tantas otras personas del ancho mundo— y colgado de una de las paredes de su estudio de la calle de los Madrazo: *Si a sesenta segundos de distancia / el minuto alejáis de odio y reproche*, / *vuestra es la tierra con cuanto contiene / y lo que es más, oh, hijos: seréis hombres*.

Tal cual.

José Antonio no se limitó a redactar su testamento treinta y ocho horas antes de morir. Dejó también escrito, y apareció entre sus papeles póstumos, un interesante (y sorprendente) análisis político de lo que estaba sucediendo, redactado cuando aún no conocía y, probablemente, ni siquiera imaginaba la suerte que su persona iba a correr, y rematado por lo que tampoco imaginaba que serían —de hecho, no de derecho— sus últimas voluntades concernientes a la solución del conflicto bélico desencadenado por y a partir del 18 de julio.

El documento fue a parar a manos de Indalecio Prieto y terminó en los archivos del PSOE[204]. Supongo que seguirá ahí.

Conviene, a pesar de su extensión, reproducirlo, pues lo que en él se dice ayuda, y no poco, a entender, por encima de las partes, por debajo de las leyendas, en medio del fragor de la literatura y entre las líneas de las manipulaciones ideológicas de uno u otro signo, lo que realmente pensaba, quería y proponía José Antonio. Léalo quien me lee y llegue por su propio pie, sin injerencias de partidarios ni de adversarios, a las conclusiones que estime oportunas…

«Situación: no tengo datos de quién lleva la mejor parte. Por lo tanto, pura síntesis moral:

»A. Si gana el gobierno: 1.º fusilamientos; 2.º predominio de los partidos obreros (de clase, de guerra); 3.º consolidación de las castas de españoles (funcionarios cesantes, republicanización, etc.); se dirá: el gobierno no tiene la culpa. Los que se han sublevado son *los otros*.

»No: una rebelión (sobre todo tan extensa) no se produce sin un profundo motivo.

»¿Reaccionarismo social?

»¿Nostalgia monárquica?

»No: este alzamiento es, sobre todo, de clase media. (Hasta geográficamente, las regiones en que se ha arraigado más —Castilla, León, Aragón— son regiones de *tono* pequeñoburgués.)

»El motivo determinante ha sido la insufrible política de Casares Quiroga…

»No se puede aumentar indefinidamente la presión de una caldera. La cosa tenía que estallar. Y estalló. Pero ahora:

»B. ¿Qué va a ocurrir si ganan los sublevados?

»Un grupo de generales de honrada intención pero de desoladora mediocridad política. Puros tópicos elementales (orden, pacificación de los espíritus…).

»Detrás: 1) El viejo carlismo intransigente, cerril, antipático.

»2) Las clases conservadoras, interesadas, cortas de vista, perezosas.

»3) El capitalismo agrario y financiero, es decir, la clausura en unos años de toda posibilidad de edificación de la España moderna. La falta de todo sentido nacional de largo alcance.

»Y a la vuelta de unos años, como reacción, otra vez la revolución negativa.

»Salida única:

»La deposición de las hostilidades y el arranque de una época de reconstrucción política y económica nacional sin persecuciones, sin ánimo de represalia que haga de España un país *tranquilo, libre y atareado*.

»Mi ofrecimiento:

1. Amnistía general.
2. Reposición de los funcionarios declarados cesantes a partir del 18 de julio.
3. Disolución y desarme de todas las milicias…
4. Alzamiento del estado de alarma y de prevención. (Si por razones de orden público no se considera esto posible, modificación de la ley de O. P. en el sentido: 1) de que la prisión gubernativa no pueda durar más de quince días, ni ser impuesta más de dos veces en seis meses; 2) que las clausuras de centros políticos se sujeten a las mismas normas; 3) que las multas gubernativas se hayan de imponer por resolución fundada y no siendo impuestas en aplicación de preceptos fiscales y no se hagan efectivas hasta después de agotados los recursos legales.)
5. Revisión de las incautaciones realizadas durante el período anormal, en orden a acomodarlas a los preceptos vigentes antes del 18 de julio.
6. Declaración de inamovilidad de todos los funcionarios públicos, salvo lo que dispusieran los reglamentos orgánicos de los distintos cuerpos vigentes el 18 de julio.
7. Supresión de toda intervención política en la administración de justicia. Ésta dependerá del Tribunal Supremo, constituido tal como ésta y se regirá por las leyes vigentes antes del 16 de febrero último.
8. Implantación inmediata de la ley de Reforma Agraria.
9. Autorización de la enseñanza religiosa, sometida a la inspección técnica del Estado.
10. Formación de un gobierno presidido por don Diego Martínez Barrio, del que formen parte los señores Álvarez (don Melquíades), Portela, Sánchez Román, Ventosa, Maura (don Miguel), Ortega y Gasset y Marañón.
11. Redacción de un programa de política nacional reconstructiva y pacificadora.
12. Clausura de las Cortes durante seis meses y autorización al gobierno para legislar dentro de las líneas del programa aprobado.

Presidencia: Martínez Barrio.
Estado: Sánchez Román.
Justicia: Álvarez (don M.).
Guerra: El Presidente.
Marina: Maura (don M.).

Gobernación: Portela.
Agricultura: Ruiz Funes.
Hacienda Pública: Ortega y Gasset.
Obras Públicas: Prieto.
Industria y Comercio: Visuales.
Comunicaciones: (sic).
Trabajo y Sanidad: Marañón.[205]

Insisto: juzgue el lector. Yo no tengo nada que añadir. Era precisamente Ortega, maestro, musa y numen de José Antonio, quien decía (y creo que yo también lo he dicho ya en algún otro pasaje de este libro) que donde las cosas están, sobra repetirlas o comentarlas.

¿Alegraba y envalentonaba o, más bien, entristecía y sobrecogía a Franco la posibilidad de que un hombre con semejantes ideas y propósitos volviese a disponer de libertad de movimientos en el ámbito de la España que, bajo su férula castrense, se había echado a andar y a guerrear el 18 de julio? No es preciso ser un lince ni un experto politólogo para responder a esa pregunta. Se comprende de sobra, al trasluz del documento transcrito, por qué todas las tentativas de canjear a José Antonio —dos, que yo conozca: las concernientes al hijo de Largo Caballero, que estaba en Sevilla, y a la de la esposa y descendencia del general Miaja, mujeres todas, a las que la guerra sorprendió en Melilla— terminaron en nada y por qué se frustró, entre otras intentonas fallidas, la operación de rescate del prisionero organizada por un grupo de falangistas que contaban con el apoyo del cónsul alemán para conseguir la ayuda logística, y *sine qua non*, del torpedero *Iltis*, de la flota hitleriana. El prestigioso historiador Anthony Beevor se hace eco en su reciente y ya muy difundida y reconocida obra de conjunto sobre nuestra guerra civil —en la que no todo, a mi juicio, va a misa, ni mucho menos. Conviene cogerla con pinzas, respetuosas, pero bien desinfectadas. Beevor, por lo visto, no sabe español y habla, si es así, de oídas o de traducidas— de la especie que atribuye a la directa intervención de Franco y a la presión ejercida por éste sobre las autoridades alemanas el fracaso del rocambolesco complot[206].

Tampoco debió de gustar nada, lo que se dice nada, al rechoncho y timorato Caudillo —que aún, oficialmente, no lo era, pero que en su fuero interno, de seguro, y en su aún incipiente y prudente estrategia, ya apostaba a serlo— lo que José Antonio dijo (o escribió. No puedo especificarlo) en Alicante a poco de producirse la monumental cuartelada. Fue lo que sigue…

«Sólo sé que si este movimiento gana y resulta ser una simple reacción, retiraré mi Falange y […] volveré a estar, probablemente, en esta misma cárcel o en otra similar dentro de pocos meses.»[207]

¿Habría sido así? Todo lleva, en mi opinión, a responder afirmativamente. José

Antonio, vivo, pujante, vibrante, coleando y nadando a favor de las aguas de la poderosísima corriente y línea de fuerza de la historia que en torno a su figura se había generado, habría sido un conmilitón no sólo levantisco, chinchorrero, inoportuno e ingobernable, sino realmente peligroso, muy peligroso, y no, por añadidura, *ad kalendas Graecas*, sino a cortísimo plazo: lo que se dice una amenaza tangible, visible y vistosa para los sueños hegemónicos del Generalísimo, que en ese caso, seguramente, se habría quedado en general a secas, y ya con eso iba bien servido.

Contamos, además, con una indicación nítida, rotunda, acerca de lo que habría podido suceder si el Ausente se hubiera hecho presente: lo que ocurrió a su sucesor, el desdichado Hedilla, que con excusas palaciegas de cartón pintado y vodevil de bulevar, y por mezquinos juegos y maniobras de lucha por el poder que mal casaban con el ideario falangista, a pique estuvo de terminar como su jefe, frente a un pelotón, y dio, en todo caso, con sus molidos huesos en las húmedas, arrecidas y no precisamente confortables dependencias de una presión militar. Salvó, por conmutación de pena, la vida, cierto, pero pasó, como Groucho, de la nada a la más absoluta miseria y nunca más, de él, en lo concerniente a la *real* política, se supo. Su hijo estaba en el acto de Alicante en el que participé, y del que ya di cuenta, y se acercó, afectuosamente, a saludarme.

Lo que sí jugaba claramente a favor de los designios de Franco era la situación de ambigüedad que hasta dos años más tarde rodearía, en la zona liberada, los sucesos alicantinos del 20 de noviembre de 1936. La noticia de la ejecución de José Antonio se dio a conocer, pública y oficialmente, en la España roja el mismo día en que se produjo o, todo lo más, en los inmediatamente sucesivos, por lo que cabe suponer que también habría llegado por los mil y un conductos y emisoras unipersonales de las radios macuteras, de los cruces de fuego y de bulos, y de la red de corriente alterna que desde el alba del *homo ibericus* circula entre los labios y las orejas —así sean éstas y aquéllos nacionales o republicanos— a la España sujeta al control de los facciosos. Hubo, sin embargo, entre los últimos, tantos y tan tajantes desmentidos de la muerte de José Antonio que el rumor nunca llegó a convertirse en noticia y terminó diluyéndose en el limbo del silencio y desaguando en el mar de la esperanza. Cuesta trabajo creer, pero es notorio, que las autoridades del gobierno de Burgos no admitieron y confirmaron oficialmente el paso a mejor vida del Fundador hasta que se cumplió, puntualísimo, el segundo aniversario del fusilamiento. Corría, efectivamente, cuando se supo de éste, la jornada del 20 de noviembre de 1938.

¡Qué manía, por cierto, la de la historia de España con dicha fecha! En tal día como ése, y una vez más en 1936, falleció accidentalmente en Madrid, de madrugada, prácticamente a la misma hora en que lo hacía el Fundador, nada menos que Buenaventura Durruti, el legendario y barojiano Robin Hood de los bosques del Sherwood anarquista que estaba a punto de entrar en la Falange, según decían los militantes de ésta, o de hacerlo en el Partido Comunista, de ser cierto lo que sus

miembros —voceros todos de los servicios de *agitprop* de Stalin— afirmaban[208]. Y fue, también, en día 20 de noviembre de distinto año, cuando expiró —¿también de madrugada? No lo recuerdo. Andaba yo, como lo hago a menudo, en Japón— Francisco Franco. Tres coincidencias luctuosas de alto voltaje político en treinta y nueve años son muchas, y dan que pensar. ¿Serán, como gusto yo de decir, *causualidades*? ¿Tendrá la numerología altamente esotérica de la Cábala sinrazones que las razones de las ciencias de la estadística, las matemáticas y el cálculo de probabilidades no conocen ni contemplan?

Lo mejor para Franco era un José Antonio muerto, sí, pero al que sus seguidores y admiradores creyeran vivo, y eso es justamente lo que sucedió, por espontáneo azar o por calculado designio, durante la mayor parte de la guerra. Una vez terminada ésta, con el conflicto mundial en ciernes, que todo lo condicionaba y congelaba, y con el trasero del Caudillo sólidamente atornillado a la máxima poltrona del Régimen vitalicio que a la chita callando fundó, ya daba igual.

Y de ese modo, pian pianito, minuto a minuto, silencio a silencio, despiste a despiste, olvido a olvido, por convergencia entre la célebre *baraka* magrebí del Caudillo y la zigzagueante y contradictoria balumba informativa —hoy sí pero no, mañana no pero sí— que caracterizó aquellos días, aquellas semanas, aquellos meses y aquellos años, que sólo eran dos, pero que parecían doscientos, fue fraguando la leyenda, misterio, sacramento, constante palingenesia e incorruptible mito del Ausente.

Verdad es, sin embargo, que José Antonio hizo suya (e incluso se la recordó al propio Franco)[209] la frase de Spengler en la que éste sostenía que «la civilización, en el último momento, siempre ha sido salvada por un pelotón de soldados». Cierto, certísimo, y quién si no, pero convendría añadir a esa opinión y a esa receta, y Spengler, que yo recuerde, no lo hizo, ni José Antonio tampoco, la apostilla de que es también otro pelotón de soldados opuestos, porque de no ser así no hay peligro real ni posible pugna, quien en último término amenaza siempre (y sólo, al menos a corto plazo) el futuro de las civilizaciones.

Otra cosa es el proceso de decadencia cultural, moral y social que indefectiblemente precede a las agresiones e invasiones, y sin el cual no pueden éstas llegar a puerto durable y seguro, y ahí anda y andaba ya entonces el mundo occidental, como lo anda de nuevo ahora, metido sin posible retorno, en mi opinión, hasta el pescuezo. Y no digamos, con República o sin ella, con Movimiento Nacional o sin él, con Falange o sin Falange, esa Itálica famosa, ese zombi, ese tullido con mal de Alzheimer, que es España. Hoy, por cierto, más que nunca. Estamos en caída libre. El batacazo va a ser morrocotudo, y casi nadie, ni en Europa ni entre nosotros, parece darse mucha cuenta. Vale. Por mí, que vengan los chinos, y mejor aún si fuesen los japoneses.

Exabruptos. Soy un gruñón.

¿Lo era también, acaso, Eugenio d'Ors, admiradísimo por mí, y por muchos olvidadísimo, cuando escribió aquello de: *A la aurora, ya el Ángel derribado, / Cedía el vencedor su propio nombre / Y José Antonio se llamaba España*?

La naturaleza imita el arte o, mejor dicho, lo imitaba hasta que el arte dejó de buscar, proponer y, a veces, alcanzar lo sublime, que es por definición su único norte legítimo. Lo digo, o lo recuerdo, porque en esa génesis y danza de inmortales paradigmas, dechados de perfección y símbolos que es o debería ser la alta literatura, a cada personaje de la historia, cuando sale de ésta para entrar en el de la mitología, se le asigna, con el correr del tiempo, un arquetipo.

O varios, superpuestos o sucesivos, y a veces, ¿por qué no?, contradictorios entre sí, pues depende eso —el pedestal al que la gente te encarama, la hornacina en la que te embuchan, la aureola que te ponen y el epitafio en el que te encierran o la fosa en la que te entierran— del discurso de valores dominantes, y éstos giran, caprichosos, casquivanos, como giran las veletas, según por donde sople el viento.

A Franco, verbigracia, lo apean ahora de su efigie ecuestre, borran su nombre de las calles que lo llevaban, cubren de ignominia todo lo que en su quehacer y su persona fue esplendor y lustre mientras estuvo vivo, y a José Antonio, también. Inútiles, pueriles exorcismos.

Eppur…

Del segundo se dijo que era como Cristo y como Alejandro Magno, pues los tres murieron con la misma edad, y en los dos —José Antonio y Franco, Franco y José Antonio— hubo quien quiso ver, aviniéndolos, bifronte imagen del dios Jano o, contraponiéndolos, encarnaciones respectivas de don Quijote y Sancho.

Lo dije: *arquetipos,* que para esto, entre otros cometidos, están: para encasquetárselos a alguien como quien regala un sombrero. Y en España, posiblemente, más aún que en el restante mundo, porque tienen mis compatriotas —y cualquiera que despunte en algo, yo mismo, bien lo sabe y lo padece— la muy puñetera y palurda manía de encasillar al prójimo y de negarle *a priori,* y a machamartillo, toda posibilidad de sacar los pies del plato y de transitar por caminos diferentes, aunque no por fuerza opuestos, a los que les tienen asignados.

No se le ocurra a nadie, aquí, entre nosotros, ponerse a escribir novelas si ha sido dramaturgo o salir al ruedo de Las Ventas si antes ha saltado al césped del Bernabéu. ¡Pobre de él! Lo ningunearían o, de no ser así, peor aún, se cachondearían y lo despedazarían.

Ahora bien: reconozcamos, una vez formulada —con las debidas y bien medidas gotas de angostura que todo cóctel ibérico requiere— esta salvedad, que lo de don Quijote y Sancho calza a la perfección, como un guante de cabritilla, y no sólo por la silueta de sus figuras, sino también por su respectivo genio, a José Antonio, en el

papel del piadoso hidalgo de lanza o flecha en ristre, y al Caudillo, en el de panzón y cazurro escudero. Idealista el uno, y cazador de molinos, vilanos y villanos; y cínico, utilitarista, socarrón, tripero, prudente, marisabidillo, avispado, interesado, truhán y eterno aspirante a gobernar ínsulas o lo que buena o malamente se tercie, el otro.

Ganó el segundo. Casi siempre es así.

Hablé antes de que España, al morir José Antonio por violencia de sus paisanos, se vio bruscamente descabezada, lo que, para colmo de males, se unía a su secular condición —según Ortega— de *invertebrada*, y me estremezco ahora al caer en la cuenta de que la decapitación fue triple, prácticamente absoluta, en lo que concernía a la zona nacional o, inclusive, cuádruple, si la extendemos a la republicana.

No hablo, no, de Sanjurjo, ni de Mola, ni de Goded, porque ninguno de ellos era líder de nadie e ideólogo de nada, sino militares sublevados, y punto, sino de Onésimo, que murió de muerte imprevista, improvisada y absurda en los primerísimos días de la guerra, y al hilo de una tonta escaramuza librada por azar y traída por los pelos en una de las estribaciones de la serranía segoviana, y de Ledesma Ramos, aguerrido fundador de las JONS, inicuamente *paseado* en Madrid, junto a Ramiro de Maeztu y otras veintinueve personas, ilegalmente *sacadas* todas ellas de la cárcel de Las Ventas, a finales del mes de octubre de 1936, cuando aún imperaba y hacía de las suyas en la capital del antiguo reino de España, a la sazón república de trabajadores, el régimen de terror, que luego, ya en 1937, dejó paso a lo que el gobierno y sus voceros llamarían, con espantoso cinismo que habla por sí solo, *violencia legal*[210].

Onésimo, Ledesma (que había sido previamente expulsado de la Falange y de sus círculos concéntricos a causa de la virulencia de sus planteamientos) y José Antonio: los tres, uno tras otro, y por ese orden, cayeron en los cuatro primeros meses de la guerra. Quedaba así, como decíamos, drástica e irreversiblemente descabezado el supuesto fascismo español. ¿Mala suerte? Sin duda. El idealismo, a partir de ese instante, bien o mal orientado que estuviera, desapareció del liderazgo de la zona nacional. Sobrevivió, sí, entre los militantes de base y las gentes de pie, pero eso no bastaba. Ya todo fue, en la España que iba a ganar la guerra y a regir el futuro, estilo de vida y horizonte castrense. Una calamidad, una catástrofe.

Y además, por si dicho descabezamiento de cuanto fuese entre unos idealismo moral y novedad de ideas no resultara suficiente, murió también, en el otro bando, Buenaventura Durruti.

Cuádruple descabezamiento del idealismo civil, apunté… *Consummation est.* Con lo de Durruti cuadra la cuenta.

No incluyo, sin embargo, esa enésima muerte, como tampoco he incluido la de

Onésimo, en el concepto y capítulo de las que fueron (o me lo parecen) paralelas. La de este último, porque ocurrió en el frente, aunque al soslayo del mismo, y es condición necesaria para figurar en tan selecta y siniestra lista la de que el asesinado muriese, como García Lorca, como mi padre, como José Antonio, como Maeztu, como el de Orihuela, en la retaguardia; y la de Durruti, por dos motivos. A saber…

Porque su figura, como ya dije, ha dejado de parecerme trigo limpio y de caerme simpática, y porque además, aunque con lo dicho bastase para excluirlo, tampoco es seguro que don Buenaventura, al morir, lo hiciese en la retaguardia, por mucho que lo pareciera, pues exhaló su último suspiro en una postinera *suite* (es de suponer que lo fuese, y lo digo con retranca, pero no me consta) del aristocrático hotel Ritz. Accidental dije antes que fue su muerte, y eso es, en efecto, lo más probable, a causa de un gatillo —el de su propio fusil— que se enganchó en algo mientras el trabucaire feroche, valentón de pistola al cinto y líder libertario subía, en la Ciudad Universitaria de Madrid, a su coche, y en tal caso sí que habría sido *paralela* su muerte a la de las otras víctimas que la expresión abarca, pero existe la sospecha —esgrimida por muchos y descartada por otros tantos— de que el disparo homicida no fue casual, sino causal y procedente del arma de un comunista a las órdenes de Stalin o de algún compañero cabreado de su famosa columna que, por lo que fuera, se la tenía jurada. Durruti, de ser eso cierto, no habría fallecido en la retaguardia, sino en el frente. *In dubbio* aplico, esta vez, la fórmula de Poncio Pilato.

Escribo *a contraespaña*, lo sé, y así se llamará, posiblemente, el libelo que tengo casi ultimado y que aparecerá después de que lo haga este libro, con el que guarda no poca relación.

No he escatimado en lo que va de obra, descalificaciones dirigidas a la sórdida patria en que nací, pero de la que no me siento parte. Y las sostengo todas, ¡faltaría más!, y en todas me ratifico y hago fuerte, lo que, sin embargo, no me impide, sino que me impulsa a aclarar que mi ojeriza vale, cierto, para España, pero no para el español, para su idioma, para la lengua en la que escribo y contra la que no disparo ni podría, nunca, disparar, y de la que, en consecuencia, no abjuro ni podría, nunca, abjurar. Quede claro, por si no lo estuviere, que no soy un escritor *español*, pero que sí soy, y moriré siéndolo, y por defender ese atributo iría a la guerra civil, incivil o, inclusive, mundial, hombre sin ninguna otra etiqueta —Nemo, como lo fue Ulises frente al Cíclope— que escribe en *lengua española*. ¿Vale?

Mis razones para ello son las mismas que adujese en su ya remoto día de mi maestro, y profesor en estudios y lances universitarios, Dámaso Alonso en el magnífico soneto, titulado *Una voz de España*, que a continuación —será un placer— transcribo…

Desde el caos inicial, una mañana

Desperté. Los colores rebullían.
Mas tiernos monstruos ruidos me decían:
mamá, tata, guauguau, Carlitos, Ana.

Todo —*vivir, amar*— frente a mi gana,
Como un orden que vínculos prendían.
Y hombre fui. ¿Dios? Las cosas me servían;
yo hice el mundo en mi lengua castellana.

Crear, hablar, pensar, todo es un mismo
mundo anhelado, en el que, una a una,
fluctúan las palabras como olas.

Cae la tarde, y vislumbro ya el abismo.
Adiós, mundo, palabras de mi cuna;
adiós, mis dulces voces españolas.

Yo soy más optimista que el bueno de Dámaso. Vislumbro sí, el abismo, pero no digo aún adiós a las palabras que me hicieron —en el sentido que Kipling confirió al concepto en la última línea de su *If*— hombre.

¿Lengua *española*? Si Hemingway sostuvo que los falangistas, en la vanguardia y en la retaguardia de la guerra, sabían morir mejor, yo añado —por más que la afirmación sorprenda a los necios *progres* que desprecian cuanto ignoran y a quienes enjuician a los escritores no por sus obras, que no han leído, sino por sus actos o por sus ideas— que los miembros de la corte literaria de José Antonio, y sus epígonos (como, verbigracia, Rafael García Serrano, Jaime Campmany, Salvador Jiménez y, entre otros, los demás chicos del *Arriba*) manejaban mucho mejor nuestro idioma, por lo general, que sus colegas del exilio y, horror de horrores, de la socialrealista y costumbrista *generación de la berza*.

Resulta tópico decir que la verdadera patria de un escritor es su lengua, pero a pesar de ello lo digo. Ya ven: no soy tan apátrida como ustedes y yo pensábamos. Escribo, mejor o peor, en castellano, y no reniego de éste. Al contrario: es un honor, lo tengo a gala.

Diez días que conmovieron al mundo: el proceso de elevación a los altares de José Antonio llega a su cota más alta y a su grado más intenso cuando, a poco de terminar la guerra, sus camaradas, llevándolo sobre los hombros y turnándose en tan descomunal fatiga, trasladan sus despojos, de día y de noche, sin cejar un instante en el esfuerzo, desde su antepenúltima morada alicantina hasta el pavimento marmóreo de la basílica de El Escorial que lo acogió provisionalmente en su aterido seno hasta rendir definitivo (por ahora) viaje en el regazo de Cuelgamuros. La puesta en escena

de semejante procesión mortuoria constituye una de las más conseguidas y sobrecogedoras manifestaciones del indiscutible y universalmente reconocido talento teatral del pueblo español. La *ošte antica*, la *estantigua*, la Santa Compaña. Almas en pena que de camino en camino, de cruce en cruce y de calvero en calvero asustan, aleccionan, iluminan y consuelan al viandante. Inciertas luces de camposanto, antorchas que con su bisturí de fuego rasgan en fértil y cruenta operación cesárea el vientre preñado de la noche. Auto sacramental que eleva a eucaristía por andas de toreros espontáneos transportada la postrera representación del gran teatro del mundo. Juana la Loca, en abierto, poderoso, desatado, desalado delirio de amor por su marido muerto, y sólo ella, porque nadie, nunca, llegó tan lejos y tan hondo en su dolor de viuda, ni mi madre siquiera, emprendió siglos atrás un desfile parejo al que en su último viaje acompañó el cadáver del faraón Ausente. Y a él, como si fuera Osiris, y el Nilo, España, y el poeta, Sinuhé, se dirigió Agustín de Foxá, entre la corte y la cheka, entre el duelo y la esperanza, entre el plañir del luto y la alegría del que sabe que nada sucede en vano, cuando escribió: «Los cielos de estos campos, que pudieron ser de Asia, vuelven a ser católicos; caminas entre la empolvada Falange de la tierra y la luminosa Falange de tus luceros; y diez amaneceres campesinos han rosado el ataúd de aquel que presintió el amanecer de España».

Se equivocaba Foxá. No despuntó el alba, siguió el crepúsculo, en él, sin apuesta ni posibilidad de claror, andamos.

¿Cómo es posible, me pregunto, que nadie haya escrito una imponente novela o haya filmado un majestuoso peliculón con tales mimbres? ¿Cómo entender, sino como una muestra de cobardía, bajura y falta de talento colectivos, que la vida, la muerte y la suerte póstuma de José Antonio no hayan entrado por derecho, volcadas sobre el morrillo del difunto, por el hoyo de las agujas de la Puerta del Príncipe de la historia de la gran literatura? ¿Dónde un Esquilo, o un Sófocles, o un Racine, o un Shakespeare, o un Lope, o un Calderón, o —siquiera— un Buero capaz de convertir al Ausente en lo que la tragedia griega convirtió a sus héroes?

Silencio. Cae el telón. Salgamos del teatro y de la cripta.

Otro paseo fúnebre: no el de los falangistas con el cadáver de su jefe a cuestas, sino el mío, sesenta y cinco años después, por las incoloras, indoloras, insípidas y desangeladas dependencias de lo que fue cárcel alicantina y escenario del magnicidio, y hoy es Residencia Juvenil La Florida, financiada por la Generalidad. Me pregunto, con malicia, si se habrá optado por ese nombre como sentido homenaje a los crisantemos de los camposantos o a las cinco rosas prendidas en las flechas del haz que se mencionan en el *Cara al sol*.

Lo di —el paseo— cuando estuve, por primera y, hasta ahora, única vez, en ese

sitio para intervenir en el acto de homenaje al Ausente del que ya, en varias ocasiones, he dado noticia, y fue, aunque en muy diferente contexto, lance parecido al que acabo de evocar, pues si bien es cierto que ni llevaba ni podía llevar el cuerpo exhumado de José Antonio encima, también lo es que caminaba, perdido, por las rotondas y galerías de lo que fuese cárcel y última Thule que sus ojos vieran con el recuerdo y la invisible presencia del mártir metida hasta la empuñadura en la piel, el entrecejo, el corazón y el alma.

Lo hice, como por cosas de contrariado amor escribiese Miguel Hernández, *umbrío por la pena, casi bruno* y cercano, muy cercano, sin saberlo aún, al borde de mi propia muerte. Pero de eso hablaré más adelante, cuando escriba el tercer acto de la tragedia. No seguía allí, a mi alrededor, nada, prácticamente nada, en pie, de lo que hubo, pero la estructura interior del edificio delataba su origen y las exigencias de la función que en otros tiempos, más duros, pero no forzosamente peores, le fue asignada. Todas las cárceles, me digo mientras deambulo, se parecen entre sí, desprenden un tufillo similar, son análogas, equivalentes, si no iguales, y responden a un mismo modelo arquitectónico. Hablo, me parece, con incontestable autoridad, porque he visitado, para dar charlas a los presos, más de una y, sobre todo, porque pasé en la de Madrid, que lo era de Carabanchel, hoy cerrada y devastada, algo más de quince estimulantes meses distribuidos en cuatro tandas distintas.

Duró sólo, el paseo, unos minutos: los suficientes para percibir, sutil y vigoroso, el perfume del *genius loci* o, mejor dicho, del *genius hominis* —José Antonio— que allí flotaba, gravitaba, palpitaba y todo lo envolvía e impregnaba.

Musité una oración y regresé lentamente, cabizbajo, al lugar en el que muy poco tiempo después —entre sollozos que me avergonzaron, pero que no pude contener, porque allí también me envolvía, y palpitaba, y gravitaba, y flotaba o, mejor, levitaba, la memoria, incólume, a pesar de todo, de mi padre, y la de mi madre, que ya, también, había muerto— iba a tomar la palabra.

Los asistentes al acto, y sus organizadores, expectantes, me aguardaban. Dije…

Ya lo he dicho.

Coda de mi sinfonía joseantoniana…

María del Pilar Amparo Pérez García, *Pituca*, a la que no conozco de *visu*, pero sí telefónicamente, me envió hace algún tiempo, poco después de que se emitieran los dos programas de televisión dedicados por mí al análisis de la figura y corte literaria del fundador de la Falange, el suelto por ella publicado en una revista —*La Nación*, número 342, 9 a 22 de mayo de 2001— de la que ninguna referencia tengo… No será, supongo, el periódico que bajo esa misma cabecera sale todos los días, desde hace muchísimos años, en Argentina.

Lo que *Pituca* me hizo llegar reza así:

> «Soy una chica de doce años que ha ganado el primer premio literario Eugenio Montes con un cuento sobre José Antonio Primo de Rivera. Lo han leído muchísimos chicos de mi edad y de mi entorno, y me he quedado helada porque el noventa por ciento, más o menos, no sabían quién era José Antonio. Muchos lo confundían con su padre, Miguel; otros no habían oído hablar nunca de él; a algunos les sonaba como *facha*, pero nada más, y hasta me llegaron a decir que José Antonio era el primo de un tal Rivera, que debía ser el importante.
>
> »Todo esto no me hace ni pizca de gracia, y me he dado cuenta de que la historia que actualmente estudiamos no tiene nada que ver con la verdadera: más que historia parece antihistoria de España.
>
> »José Antonio es una persona a la que admiro mucho, y me gusta saber cosas de él. Me da pena que los chicos de mi edad no lo conozcan, porque estoy segura de que, si supiesen quién es, pensarían como yo. Me gustaría que se escribieran libros atractivos para mis coetáneos, con dibujos, fáciles de leer y económicamente asequibles a todo el mundo, explicando la vida y la doctrina de José Antonio, y que se vendieran en la Feria del Libro, por ejemplo, y en lugares donde vaya mucha gente y, sobre todo, niños.
>
> »Por favor: haced un esfuerzo para que los chicos de mi edad estén informados. Pensadlo bien, porque el asunto no es como para cruzarse de brazos, sino una obligación. En mi entorno me preguntan a menudo sobre el fundador de la Falange, y yo hago lo que puedo para informarles con lo poquito que sé. A mis amigos les gusta, pero es sólo un grano de arena. Se necesita mucho más para que de una vez por todas demos a conocer a José Antonio y no caiga su memoria en el olvido.»

Bueno, Pituca… Es lo que yo, en la medida de mis fuerzas, estoy haciendo, ¿no? Y tú, ¿qué crees? ¿Que me lo agradecerán o que lo pagaré?

Vino nuevo, el de esta niña, hoy adolescente, *en odres viejos*. Son palabras, las

que van en cursiva, de Antonio Machado. Éste también escribió, con distinto y, a la vez, similar propósito, que «así el maestro —Giner de los Ríos— soñaba un nuevo amanecer de España».

No llegó, *Pituca…* Ni el del uno ni el del otro, que en realidad eran ilusiones idénticas, aunque políticamente, y por dudoso arte de banderías, enfrentadas. Tus compatriotas, niña mía, andan siempre de pelea con su sombra. ¿Te han hablado alguna vez, en el colegio o donde sea, de las dos Españas? ¡Ojalá ninguna de ellas llegue a helarte el corazón como se lo heló al gran hombre cuya memoria te inspira!

Tendrás ahora, *Pituca*, en el momento en que te escribo, dieciséis o diecisiete guapas primaveras. ¿Sigues pensando y sintiendo lo mismo, con los talones firmemente plantados en tus trece, *inasequible al desaliento* o ya, como con atrevida metáfora de escaso gusto decís lo de tu edad, entendida ésta *grosso modo*, te han comido los profesores, y los curitas progres, y la prensa, y la tele, y el cine, y los escritores (menos algunos —despistados, extraviados— como yo), y los cantantes, y los amigos, y la sociedad, el coco?

Me gustaría saber de ti, *Pituca*, pero no sé de qué forma ni por dónde. Si estas líneas te alcanzasen, respóndeme a Planeta. El editor me remitirá lo que le envíes. Gracias, en todo caso, por tu significativa y valiente carta, y que Dios, si existe, y el yugo y las flechas —que por ahí, todavía, aunque un poco *fanés*, andan— te guarden.

¡Presente!

Es lo último que, en relación a José Antonio, digo. La deuda por mí contraída con él al tomarme la libertad de poner, *paralelo*, en la portada de este libro su noble rostro junto al rostro, también noble, e inundado por la vida, de mi padre está saldada.

En paz, amigo.

Es hora de regresar al Madrid sitiado y a la doble leonera de la casa de Lope de Rueda. Dejé allí a mi abuelo, a la tía Engracia y sus hijos, a algunos de los Ruiz Vernacci, a Paquita, a los dos fantasmagóricos refugiados cuya identidad nadie, entre nosotros, conocía, a mi tía Susi y, sobre todo, a Nelly, mi desventurada madre, que es ahora, aquí, en este pasaje de mi libro (literariamente muerto, ya, mi padre y recién nacido, aún, yo, y por ello, de momento, en segundo plano) la única protagonista legítima —por *ley* de exclusión, por *ley* de muerte, por *ley* de viudedad y luto— de esta histórica tragedia.

Fueron pasando minuto a minuto —tortura de gota china— los últimos meses de 1936, llegaron las sombrías fiestas de Navidad y la noche del año entrante, que para nadie iba a ser —entre los inexistentes muros de aquella ciudad ni alegre ni confiada, sino todo lo contrario— precisamente próspero, como reza la socorrida fórmula que así lo augura, y en su undécimo mes, decíamos, Nelly, y Susi y quien suscribe (al que

sus familiares llamaban, y siguen haciéndolo, Nano) «*salimos por las bravas de Madrid en busca de mi padre…*».

No chafo, ciertamente, el desenlace de esta audaz, desesperada y ciega intentona —que resultó ser, como en seguida ha de verse, tremebunda peripecia— al lector, que está en lo concerniente a ello al cabo, ya, de la calle, si adelanto que el objetivo primordial de tan temeraria expedición no se alcanzó ni por asomo, puesto que ni vivo ni muerto encontraría en su transcurso mi madre a Fernando Monreal. El rastro de éste, sencillamente, se había desvanecido, aunque no a partir del instante en que salió de Valladolid, sino del momento en que llegó a Burgos, como se contará, y nuestro viaje, desde ese punto de vista, lo fue hacia ningún sitio, si bien pasara por muchos, como asimismo veremos, y parase e hiciera austera fonda en media España.

Explica Susi, a la que continuamente, ¡pobrecita mía!, acoso con preguntas de difícil —si no imposible— respuesta, que su hermana, voluntariosa y testaruda siempre, no parecía tener ningún otro propósito en la vida, durante aquellos meses de tribulación general y miríadas de minúsculos o mayúsculos problemas cotidianos, que el de reunirse con su marido, y que por eso y sólo por eso, contra el sentir y el decir de todos, se empeñó en abandonar el nido y agarró un buen día el portante llevándosenos a mí, como su celo de ex gallina clueca y de madre reciente y novata le exigía, y a ella, la linda y casi impúber (a saber, tenía trece años) Susana, para que la ayudase en el duro e ingrato trajín de incesante atención que los niños de tan corta edad como la del que con ellas iba requieren. Y más aún, es de suponer, se requeriría tal cuidado en plena guerra, de viaje, sin chachas ni lacayos, sin un duro, o con muy pocos, en la desmirriada faltriquera.

Pasillo abierto para salir de la ciudad sólo había, por aquel entonces, en noviembre de 1937, uno, el conducente a Valencia, y es el que tomaron. Decisión, ésta, lógica, además de inevitable, porque allí, en la riente capital levantina, al otro extremo del mencionado punto y curso de fuga, había ido a parar también mi tío Modesto, que no tardó, con la bendición y amparo de su protector Indalecio Prieto, en reanudar sus tareas informativas con o sin la marca de fábrica de la agencia Febus —todo esto ya se ha contado— y en sentar allí los reales de su forzosamente provisional tingladillo, que no llegó a campamento, de otoño. En seguida, o poco después, la profesión y las incidencias, los cambios de humor o de viento y la movediza geografía del trantrán bélico lo llevaron de aquí para allá, y mayormente a Barcelona, pero siempre intramuros de la España aún no sometida a Franco.

Lo de pasillo *abierto* es una forma de hablar, ya que sólo lo estaba en teoría y hasta cierto punto. Había, al parecer (y aunque no lo pareciese, porque es noticia de aplastante sentido común dentro de lo que el desbarajuste inherente a toda guerra permite), decenas o, según algunos testimonios, que juzgo exagerados, incluso centenares de puestos de control militar, ideológico, policiaco, político o meramente

administrativo, o todo ello a la vez, instalados de trecho en trecho y casi sin apreciable solución de continuidad al hilo de la angosta carretera. Tengo, por inverosímil que el dato resulte (y, desde luego, lo resulta), la cifra de ciento treinta y seis parones e interrogatorios sufridos por un desdichado transeúnte al que se le ocurrió, en mala hora, la peregrina —nunca mejor dicho— idea de ir de Madrid a Valencia (o de Valencia a Madrid) en aquellos días anotada en una de las fichas del aparato de documentación que vertebra y acompaña mi libro.

De ser exacta esa cifra, y no desorbitado fruto del delirio de la época o del explicable furor del transeúnte de marras, tendríamos que llegar a la pasmosa conclusión de que había un retén de control cada dos kilómetros y novecientos cuarenta y dos metros con diecisiete centímetros, lo que convertiría al trayecto en cuestión, relativamente corto, en una agonía comparable a la de Cristo en la cruz.

Pero, sin necesidad de dar por buena —aunque fuese rebajándola en mucho— tan descabellada hipérbole, fácil resulta imaginar el suplicio (que mi tía, sin embargo, no recuerda por mor, supongo, de su divina juventud de entonces y senectud de hoy) que para aquellas dos gráciles mujeres de clase alta, a las que nunca, antes, habría osado pedir documentación ni razón alguna un patán de la secreta o un guripa de uniforme, tuvo que suponer el viaje en autobús, pues así lo hicieron, hasta Valencia. Yo, en cambio, iría, imagino, con el pezón de mi madre o la tetilla del biberón entre los labios, tan feliz, tan rechulo y tan ajeno a todo como el hijo de Miguel Hernández, mi coetáneo, en la nana que éste le dedicó… *Vuela, niño, en la doble / luna del pecho: / él, triste de cebolla, / tú, satisfecho. / No te derrumbes, / no sepas lo que pasa / ni lo que ocurre*.

Y así, efectivamente, sucedió. No lo supe —lo que de verdad había ocurrido— hasta que dieciocho años y tres meses después, en una oficinilla de la Dirección General de Seguridad, me lo reveló a quemarropa el comisario Roberto Conesa.

Pero, con todo y con eso, con lo dicho y con lo que —por aligerar la narración y ahorrar detalles enojosos a los lectores— silencio, con lo que cabe imaginar y con lo que a toda imaginación excedería, llegamos los tres, incólumes, a Valencia. Tengo papeles, pocos, tangenciales, maltratados, esquinados y de escasa significación, pero que en su parvedad, superficialidad y arbitrariedad, más que suficientes, así lo demuestran.

Demuestran, por ejemplo, que no tardamos más de un día en alcanzar nuestro punto de destino, que Modesto Sánchez Monreal nos recibió, nos acogió y, tal como mi madre había previsto, se echó al quite y achicó apuros. Si lo hizo con generosidad y valentía o no, y si la ayuda fue débil, porque las circunstancias así lo exigían, o vigorosa, es algo que no puedo especificar, porque mi tía no lo recuerda, si es que llegó a enterarse, ni había nadie ya, cuando empecé a escribir mi libro, capaz de hacerlo.

Demuestran también los mencionados papeles que estuvimos algunos días allí, en Valencia, alojados en cualquier pensión de mala muerte y palacio de las ratas, digo yo, aunque esto no lo digan —tampoco lo contrario— los papeles, pero que ese ínterin, ese paréntesis, esa especie de etapa de descanso en la carrera emprendida, duró poco, poquísimo, pues mi madre se hizo, a saber cómo en medio de aquel guirigay de sálvese quien pueda y fuego cruzado de regulaciones, prohibiciones y continuas verificaciones, con unos pasajes para ir por vía marítima y en barco no sé si mercante y de carga o de línea regular desde Alicante, la ciudad en la que las dos, Nelly y Susi, habían nacido, hasta el puerto argelino de Orán, donde residía y regentaba una farmacia, entre otros quehaceres laborales y personales, un brazo perdido de la familia Dragó, o no tan perdido, pues era tío carnal de mi abuelo y tío bisabuelo mío, al que nunca volvería a ver quién lo encabezaba, y allá que nos fuimos todos. Su nombre era Henri.

El viaje a Orán fue mi primera travesía transcontinental, aventura náutica —por más que éstas, como he dicho, no figuren entre mis especialidades— y derrotero ultramarino. Tenía, como ya se ha dicho, trece meses. Discúlpeseme, en gracia a ellos, la pequeña ufanía, si la hay, de mencionar otra vez, a este propósito, la vaina del destino, de la vocación congénita y de la sincronicidad. ¿Es tener humos y ponerse moños, jugando con un verso de Miguel Hernández, que «*temprano levantó mi vida el vuelo*»? ¡Pues lo digo, ea, y que ladren en mis talones!

Muchos, muchísimos años después, en el de 1960, creo, o quizá 1961, fui yo con mi madre al cine Rex, en Soria, donde ponían una película mejicana, racial, iracunda y truculenta, pero de buena hechura, cuya acción transcurría, desmelenándose y exacerbándose, en los días y contra el telón de fondo de la gloriosa barbarie del ejército de Pancho Villa. Su título era *La cucaracha*[211], pero de ese pormenor no estoy seguro. Sí lo estoy de que en algún momento del relato, para intensificar el dramatismo de lo que sucedía, se escuchaba *en off* una ranchera a la que pertenece la estrofa que he utilizado, como segunda cita inicial, en el encabezamiento y obertura del segundo acto de este libro. Recuérdela el lector o acuda a ella. Decía: *Iban los tres en silencio, / sus pensamientos rumiando, / mientras el destino ciego / los hilos iba tramando*.[76]

Recuerdo con sorprendente claridad y aplastante autoridad, y por eso meto en danza la estrofa, que aquel día, allí, en la oscuridad del cine y con Nelly a mi lado, pensé que de ese modo, en silencio, rumiando ideas, temores, esperanzas y sentimientos, debimos de ir también nosotros, camino de Valencia, camino de Alicante, camino de Orán, mientras el destino ciego, o quizá, sólo, miope, sentenciaba, desplegaba e inscribía en su papel pautado lo que a partir de ese instante y de ese viaje iba a ser el rumbo de nuestras vidas.

Pensarlo era absurdo, no se me oculta, al menos en lo tocante a mí, puesto que no

sabía hablar, y quien no habla no puede pensar, porque el pensamiento es lenguaje y el lenguaje es pensamiento, pero…

Quizá *sentía*, quizá padecía, quizá intuía, quizá metabolizaba lo que intuían, padecían, temían, deseaban, esperaban e imaginaban mis dos acompañantes.

Sea como fuere, pensé aquel día lo que he dicho que pensé. De eso estoy seguro, y por algo, qué caramba, sería…

Hablaba antes de *papeles*, en plural, relativos a nuestro paso por Valencia, pero lo cierto es que exageraba: sólo obra en mi poder *uno*, y es una carta escrita y dirigida a Nelly, desde la citada ciudad y con fecha 23 de octubre de 1937.

Dice así…

«Querida hermana Elena: a estas fechas no sé si has llegado a ésa. Lo supongo y en la esperanza te escribo para que me contestes pronto y quedarme tranquilo. El pasado miércoles, en vista de que no sabía de ti, llamé por la noche al hotel y me dijeron que ya no estabais. Al día siguiente hablamos con Lillo, y éste nos explicó que habíais conseguido plaza en el avión[212] el día anterior y que él no había dicho nada, porque tú quedaste en telegrafiar a la llegada. Tal despacho no ha llegado a mi poder, si es que lo has puesto. Comprenderás la impaciencia con que yo y todos esperamos tus noticias.

»Paso a darte cuenta de los gastos efectuados durante nuestra estancia en Alicante. Al realizar mis cálculos he visto que el dinero que tú tenías no eran 2725 pts., como me dijiste, sino 100 pts. más, o sea, 2825, pues aquéllas a mí me sobraban. Tus gastos han sido:

3/5 de la factura del hotel que importó 236,20 pts. (tu parte, la de Susana y la del chófer, a 47,25 pts. c/uno)	141,75 pts.
Propina al chófer	50,00 pts.
Propina a la camarera	10,00 pts.
Telegrama anunciando tu llegada a Orán	19,50 pts.
50% almuerzo Santa Pola 67,10	33,55 pts.
T O T A L	254,80 pts.

»Dado que me diste 2825 y te devolví 2500 más 100, anteriormente, para los gastos de Susana, había 225 para cubrir ese déficit. Me debes, por tanto, la diferencia entre esa cantidad y el total de gastos, o sea, 29,80, que me reintegraré en el primer sueldo, según convinimos.

»Yo no remito nota de gastos a tu padre, ya que tú tendrás que hacerle mayor cuenta. Supongo entregarás a Lillo el dinero restante para que lo girara a Madrid. Tú, a tu hermana, del hotel pagado por mí, has de anotarle las 47,25

que yo te cargo en cuenta.

»Y acabado el tema financiero, siempre molesto, y más para mi querida Elena, que tanto detesta las cuentas, espero tus noticias y te envío muchos besos para el nene, recuerdos a Susana y a ti, un fuerte abrazo.»

Algunas observaciones. Son necesarias…

Conocemos así, sin posibilidad de incertidumbre alguna, la fecha en la que avistamos desde arriba Orán y descendimos a él: fue el miércoles inmediatamente anterior al día en el que Modesto escribió su carta. No es menester averiguar, moviendo cielo, infierno y tierra, el ordinal del mes de octubre que corresponde a esa jornada, pero cabría, evidentemente, hacerlo. Yo no voy a tomarme ese trabajo[213]. A mi madre, como bien dice mi tío, no le gustaban las cuentas, ni a mí tampoco. De tal palo…

También demuestra la carta, y es dato que me llama la atención por lo que en seguida explicaré, que pasamos por lo menos una noche, si no varias, en un hotel de Alicante. Y durmieron en él, además, lo que también me sorprende, cinco personas, puesto que mi tío cargó en sus cuentas tres quintas partes de los gastos correspondientes al alojamiento. ¿Por qué dividió así la factura relativa a éste? ¿Y por qué, ya puestos a apurar las cosas y a indagar en minucias que quizá no lo sean, pechó él, Modesto, y no mi madre, con el costo de la pernocta del intruso, o, por lo menos, caso de que no lo fuera, misterioso desconocido?

Forzoso es, aunque se trate, obviamente, de un mero brindis al sol, que yo me pregunte ahora por su identidad. Veamos: mi tío, Nelly, Susi, el chófer, también nuevo en esta plaza (la de mi relato), y… ¿Y quién? ¿Yo? ¿Un monicaco, un rorro, un mamoncillo? ¡Venga ya! ¡Pero si ni siquiera me habían destetado! ¿Iban a ser tan tacaños, tan miserables, tan malquedas, los propietarios del hotel como para cobrar —y menos en aquellos años, no tan mercantilistas como los de ahora— una cama hecha, derecha y deshecha a quien aún dormía, caso de no hacerlo, como Dios mandaba, a la vera o en el regazo de su madre, en moisés y con chupete, sonajero y pañales?

No me cuadra.

No me cuadra, no, y tampoco lo hace —de ahí el sentimiento de sorpresa expresado más arriba— el absurdo de que Nelly y Susi se metiesen, conmigo a cuestas, en un hotel, que barato no sería, pues nada lo era en la peliaguda situación que vivían aquellas dos mujeres, andando como andaban en apuros económicos y teniendo como tenían no sólo casa propia en la ciudad donde habían nacido y, una de ellas, mi madre, largamente vivido, sino, también, infinidad de puertas de domicilios de familiares o gente amiga a las que llaman.

¿No hubiera sido mucho más lógico, desde cualquier punto de vista que lo

consideremos (sin excluir el de la conveniencia de no ir dejando por aquí y por allá, en tiempos tan tormentosos como los que corrían, demasiadas huellas visibles de su paso, o, meramente, el de administrar con más tiento los menguados fondos de los que las expedicionarias disponían), acogerse a la hospitalidad que nadie, entre las personas afines a ellas por razón de consanguinidad, amistad, gratitud u obligaciones previamente contraídas, les habría negado?

Eliminemos lo de la casa propia —un hermoso chalet emboscado entre jazmines, buganvillas y pinos… En él transcurrió buena parte del mejor tramo de mi vida— del elenco de los hospedajes disponibles, pues un grupo de hotentotes pertenecientes a la horda miliciana se había aposentado en la heredad, devastándola, y dejarse ver por ella habría sido suicida, pero quedaba, ya lo he dicho, un sinfín de tíos y de primos, quedaban los colegas de mi abuelo y sus amigos de siempre, quedaban las compañeras de colegio de mi madre, quedaban… ¿O es que todos, por ser, seguramente, de derechas o, cuando menos, de nivel de vida acomodado, andaban huidos, escondidos, perseguidos o, de no ser así, vencidos simplemente por el miedo a las represalias? —excesivo, sin duda… ¿Por qué iba a haberlas?— e incapaces, en nombre de él, de brindar refugio a una madre primeriza, una adolescente ingenua y un bebé de pelo rizado?

Me resisto a creerlo, pero puede que fuera así. ¿Cosas de la guerra? Sí y no. Cosas, en todo caso, de la condición humana. El hombre, que nace indefenso, es animal cobarde. Ya sé que, gracias a Dios, hay excepciones, y con algunas me he topado a lo ancho de la vida, pero esa evidencia no nos redime, como tampoco Lot redimió a Sodoma. Seré antipático, lo admito, pero yo no daría a mis semejantes el emocionado abrazo, *qué más da, emocionado, emocionado,* que les dio César Vallejo. Lo mío es el *dolorido sentir de* Garcilaso. Hombre soy, y como tal, casi todo lo humano me es indiferente.

Otro de los enigmas que plantea la carta de mi tío es la brusca aparición, en ella, de un individuo que se llama Lillo…

¿Lillo? Se impone llamar a mi tía. Lo hago, rebusca en sus neuronas y dice que el nombre le suena. «*¿A qué o de qué?*» insisto con cabezonería no exenta de delicadeza, y me responde que acaso fuese un empleado de mi padre. ¡Estúpido de mí! ¡Pues claro que lo era! ¡Un corresponsal de Febus! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Los fragmentos del rompecabezas van, poco a poco, encajando… Valencia, una noche allí o las que fueren, eso no importa, consiguen, entre mi madre y mi tío, un par de billetes para ir en avión[214]—y no en barco, como hasta hace unas horas creía— desde Alicante hasta Orán, alquilan un coche con conductor o recurren al de un amigo, al de cualquier colega de Modesto, al de la propia agencia Febus, suponiendo que lo tuviera, o qué sé yo, pero tampoco es detalle significativo, se ponen en marcha, curvas y más curvas, bocinazos, yo berreo, mi tío dormita, mi tía se aburre, mi madre piensa en su marido, llegamos a la ciudad en la que fue feliz, hermosos recuerdos afloran a su conciencia, colores, olores, sabores, sinestesia,

nostalgia, incertidumbre, aprensión, ilusión, la Cantera que servía de sede a la CAMPSA y de fortín y regazo a la vivienda familiar, el Benacantil, el Postiguet, sus dos balnearios con hechuras de espigón y palafito, la Explanada, las palmeras, sus inmensos racimos de dátiles, el hotel, Lillo acogiéndonos —obsequioso, amistoso— en su vestíbulo, dormir, despertarse, desayunar, un paseo matutino por los alrededores o por los escenarios de la infancia y adolescencia de Nelly, de las correrías de su hermano Jorge, del primer vagido de Susi, de la inesperada y prematura muerte de la madre de los tres, quizás alguna visita, algún encuentro fortuito por la Rambla o la calle Mayor, un trozo de coca hojaldrada en el horno de San Nicolás, un ramito de jazmines, una horchata de chufas con rosquillas de hinojo en Carbonell o de almendras en un aguaducho de la plaza de abastos, y hale, a comer frente al mar en Santa Pola (dato seguro, éste, porque figura en las cuentas de mi tío), que pillaba a un paso de lo que entonces era —me figuro— aeródromo y hoy es bullicioso aeropuerto de El Altet, una ración de langostinos, otra de carabineros, media docena de bogas fritas, unas aceitunas de recio aliño, algo de salazón, tomate, lechuga, cebolla, huevo duro, escabeche, un buen arroz abanda y de postre, como en el cuadro de Murillo, un manojo de uva moscatel y una raja de melón, un cafelito, una copa —los varones— de coñac, yo agarrado a la teta, Modesto y el chófer que vuelven a Valencia, Lillo que nos acompaña hasta el magro mostrador de facturación y forcejea con los responsables del vuelo para conseguir dos asientos de lona en él, objetivo alcanzado, pista de despegue copada por los cazas de la aviación republicana, adioses, escalerilla, boca y vientre del fuselaje, ronco ruido de motores, hélices como aspas de molino de viento que con el aire se funden, la línea del mar, la tierra allá abajo, el buche del cielo, y agua, agua, agua, agua, agua…

En Orán, a pie de avión, nos esperan y acogen Henri y otros miembros de la frondosa rama francoargelina del árbol de los Dragó.

Pudo ser así. Pudo no ser, exactamente, así. Pero seguro que, fuera como fuese, muy distinto no fue. Estoy fantaseando, es verdad, lo que me resta, en teoría, crédito, pero la evidencia de que las fantasías pueden ser (y son a menudo) no sólo diferentes, sino incluso opuestas a la realidad, o a lo que por ésta entendemos, no significa que nunca, por definición apodíctica o decisión divina, la reflejen. Al contrario: lo hacen en infinidad de ocasiones y a veces, no contentas con eso, la ensanchan, la alargan, la ahondan, la enriquecen o, como mínimo, y eso ya es mucho, la tamizan, la matizan, la depuran y nos la devuelven más luminosa, menos incierta y mejor perfilada.

Si la literatura no sirve para eso, ¿para qué sirve?

Vale, vale, pero ¿qué hago yo ahora?

Sí, yo, escritor contento de serlo, que muy poco antes de encontrar, traspapelada en una carpeta y a punto de pasarle inadvertida, la carta —en copia al carbón— de su tío, dio en presumir, con bochornosa petulancia y regodeo, de que había corrido su

primera, precocísima y audaz *aventura náutica*. Ya sabemos que no lo fue. Íbamos en avión.

¡Ave María purísima! ¿Quién iba a imaginar que en octubre de 1936, oh, témpora, y con lo cerquita que Orán está de Alicante, a unas pocas brazadas, como quien dice, y la profusión de barcos de línea que siempre, desde que yo tengo uso de razón, y también entonces, supongo, han cubierto la distancia entre esas dos ciudades, iba a tener mi santa madre la ocurrencia de tomar un avión?

Pero sea… No me vencerán. Vuelvo en mí, me levanto, me recompongo, me atuso el bigote, saco pecho y digo —escribo— que corrí en tan alta ocasión, con trece meses de edad mal cumplidos, mi primera, precocísima y audaz aventura *aérea*.

Aún más mérito, ¿no?

Y si no lo hubiere, paz y gloria.

Gajes, en todo caso, de mi empeño en hacer camino al andar o, lo que es lo mismo, al escribir. Hablo de sucesos que ocurrieron hace mucho, tanto dentro como fuera de mí, y que yo ignoraba. Siempre quise ser arqueólogo y ahora, en cierto modo, excavando, escarbando en mí y en quienes con su yin y *yang* —madre y padre — me hicieron posible, lo soy. La pluma es piqueta. Manejándola, desciendo como un topo, como una lombriz, como la vieja cobra de Mowgli que guardaba el tesoro y el *ankus* del rey, al fondo de las más remotas e inconcebibles simas de mi conciencia. Arqueología, sí, pero del Ser, no, meramente, de la Historia: la que responde al imperativo del *nosce te ipsum*. Trato, padre, madre, hijos míos, de averiguar, como en otros tiempos lo intentara Edipo, quién soy y, también, quiénes sois vosotros, los difuntos y los vivos, porque los vivos venís de mí y yo vengo de los difuntos. ¡Qué osadía, cuán alto desafío! El del Árbol de la Ciencia, el de Gilgamesh, el de Ulises. ¡Averiguar quién soy y, averiguándome, conoceros! O viceversa… La mayor aventura que la vida permite a los humanos. Y por eso, sólo por eso, sin cejar, sin desfallecer, abriendo fosas, violando tumbas, forzando sarcófagos, buscando calaveras, investigando *a dentelladas secas y calientes*, equivocándome, enmendándome, rectificando mis palabras sin borrar lo escrito, deambulo a tientas por entre los sepulcros de esta obra con hechuras de camposanto, y me pierdo en ella, y me reencuentro, y me reoriento, y salgo del trance gracias al hilo de Ariadna que me tiende Fernando Monreal y al filo de la espada de Teseo que me entrega Nelly, y sé que los dos, mi padre y mi madre, son caminos abiertos, aunque tortuosos y erizados de peligros, que me llevan a mí, a mi centro, a mi punto de engaste y de encaje, al oriente de mi perla, y sé que si persevero y llego al desenlace de la tragedia que escribo, sin dar cuartel al miedo ni tregua al esfuerzo, alcanzaré el más remoto sustrato de las siete ciudades de Troya, y sacaré de la tierra la corona de Príamo, y ya no habrá minotauros, y se hará la luz, y sabré por fin quién es el autor de este libro.

También me entero ahora —o, mejor dicho, lo descubro, porque lo supe y lo

había olvidado— de que don Roger Dragó, siempre tan suyo, abandonó la casa de Lope de Rueda en el verano de 1937, se refugió —invocando el derecho de sangre y la doble nacionalidad que poseía— en la embajada francesa, intentó que brindasen idéntico asilo a Matilde, su novia, que era madrileña, le dijeron que nones y volvió en seguida, mohíno, al hogar. La escapada duró cosa de siete días y, tras ellos, todo volvió a su cauce —cuyo flujo, en realidad, nunca se había interrumpido. Eran las mujeres allí reunidas, y no don Roger, quienes lo alimentaban y regulaban— hasta que a Nelly le dio la ventolera de salir a la intemperie en busca de su marido.

Ni que decir tiene que su padre —mi abuelo—, que era persona de buen sentido, poco dada a excesos de cualquier índole y no precisamente un dechado de valor, hizo cuanto pudo por disuadirla, según refiere Susi, pero no hubo modo. Siguió mi madre enrocada y…

¿Por qué, pusilanimidad aparte, no la acompañó en la aventura el autor de sus días? Hubiera sido eso, digo yo, lo más indicado, sobre todo si se considera que nada pintaba —laboralmente hablando— don Roger en Madrid, con la CAMPSA en manos de lo que a su juicio era, en lo moral, un grupo de facinerosos y, en lo profesional, una pandilla de indocumentados, y con sus tres hijos en abierta desbandada: Jorge, el único varón, en Galicia y recién casado, aunque cabe la posibilidad de que no se supiese aún en Madrid ni lo uno ni lo otro (tendré que preguntárselo a mi tía), y Nelly y Susi —niña, esta última, de sus ojos— disponiéndose a salir de estampida tras las huellas de un fantasma.

Y si no lo hizo, fue, a cuanto parece —lo que no deja de asombrarme, como luego explicaré—, porque andaba enamorado hasta la raíz de las cejas de su hacendosa Matildita (o quizá, cualquiera sabe, encoñado como un cadete que acabara de descubrir lo que las doñas esconden entre los muslos) y ni a palos ni a tiros, los que en el Madrid del *no pasarán* menudeaban a su alrededor, quería separarse de ella.

Eso es, al menos, lo que mi tía asegura, y debe de llevar razón (aunque a mí, insisto y lo aclaro, me cuesta creerlo en personas tan sosegadas, morigeradas, razonables y circunspectas como en todas las ocasiones de la vida lo eran, cuando yo las conocí y traté, mi abuelo y mi abuelastra), habida cuenta de que, tal como el segundo sustantivo de parentesco indica, su pasión dio fruto y desembocó en vínculos matrimoniales, que sólo la muerte rompería. Los dos tortolitos se casaron con un par, deprisa y corriendo, y sin poner en antecedentes a ninguno de los hijos del esposo, aunque en seguida se lo comunicasen en carta que poseo, siete semanas y dos o tres días antes —¿era bisiesto aquel año?— de que las tropas del Caudillo entraran en Madrid. Y si lo hicieron, como dije unas líneas más arriba recurriendo a un casticismo chulapón de dudoso gusto literario, *con un par*, fue porque veinticuatro horas antes de formalizar su matrimonio en el juzgado dieron de tapadillo el sí en la vicaría[215]. No era, pues, mi abuelo tan cobarde como sus deudos creían y como yo mismo, en más de una ocasión, he dado a entender, si bien cabe la sospecha de que el gesto de jugársela yendo a la parroquia para dar testimonio de su fe, no obedeciese

tanto al coraje y vocación de martirio cuanto a las presiones de Matilde, que era de natural beato, y más aún, por lo que suele decirse a propósito de las tetas y las carretas, al deseo de consumar de una puñetera vez la coyunda. Dudo mucho, a tenor de cómo se las gastaba la contrayente, quizá nueva Lisístrata, y conociendo la firmeza de su virtud y la reciedumbre de su carácter, de que al fornicio ya se hubiera perpetrado. No sé si llegarían a once mil, pero seguro que hubo vírgenes en el Madrid de la horda marxista y anarquista que interpretaron a su modo lo del *no pasarán* y llegaron al 1 de abril tan enteras de himen como lo estaban el 18 de julio. Así son —así eran. Ahora, putitas todas, y que no se enmienden ni por mí quede— las modistillas, manolas y tarascas de la Villa y Corte.

Aunque vaya usted, don Hilarión, a saber si la novia habría podido ir al altar vestida de blanco, cosa que evidentemente, con lo que pasaba alrededor, no hizo. No me atrevería yo nunca a poner la mano sobre el fuego de las entrepiernas. Tienen el coño y la verga poderosas razones que la virtud ofuscan. En lo que atañe al asunto que no tiene enmienda, por lo que yo sé, casi todos los armarios están llenos de cadáveres.

Y conste, si bien recurra al sarcasmo y utilice el tonillo jocoso al que mi naturaleza me empuja, que nada tengo ni tuve nunca contra Matilde, excelente persona y agradabilísima de trato, que siempre se portó bien con todo el mundo. Mi madre, en cambio, tardó mucho en aceptarla y amigarse con ella, pero por fin lo hizo, y yo lo celebro. Son, en tales cosas, las mujeres como son: difíciles, esquinadas, muy suyas…

La única ayuda que prestó don Roger a las dos desertoras de los cuarteles familiares fue la de dar algo de dinero a Nelly —no mucho, cabe suponer, porque era de condición tacaña. Lo digo afectuosamente— con objeto de que la hija mayor atendiera sin perder el norte y el sentido común a las necesidades de la menor, adolescente aún y, por ello, todavía caprichosa, y la de suministrar a las dos —lo que en aquellas circunstancias era verdadero oro molido— sendos pasaportes franceses, cosa que yo, hasta hace unos minutos, ignoraba. Es mi tía, como de costumbre, quien me pone al tanto de este detalle crucial. Ahora entiendo cómo pudimos llegar a Valencia, por entre las sirtes de los innumerables cepos y rastrillos de control gubernamental o espontáneamente miliciano, sin sufrir percances de mayor cuantía y cómo nos las apañamos para salir de España sin que las autoridades aduaneras, cejijuntas y hostiles, nos cerraran el paso. Supongo que mi angelical presencia en las filas de la expedición también contribuyó a ello. Es difícil detener a una madre que viaja en compañía de un niño de tan corta edad. Eso desarma al más feroche y abre infinidad de puertas.

Mi abuelo, por último, puso un telegrama o —según otras versiones— envió una carta a su tío Henri avisándole de que sus dos sobrinas y este cura íbamos hacia Orán. A partir de ese instante, y hasta que terminó la guerra, ninguno de los tres volvimos a verlo, aunque sí supimos, con cierta regularidad, de él mediante cartas remitidas a

Huelva, Vigo y El Ferrol por el conducto de Henri. En seguida sabremos por qué incorporo a la danza esas tres ciudades. De una de ellas, a decir verdad, ya lo sabemos.

Ignoro ahora si don Roger, al que tanto quise —sin que él, probablemente lo advirtiera— y del que tanto, sin que él lo supiese, aprendí, volverá a aparecer en este libro. Quede, de momento, en el Madrid sitiado con su novia y con Dios. En el reino de Éste anda, por lo demás, ahora. Murió el 23 de diciembre —nochemala— de 1969. Yo recibí la noticia en un convento secularizado, cerca de Roma, donde a la sazón vivía. Matilde lo hizo —morir— diecisiete años más tarde. Su muerte me pilló en la India. Casi siempre es así: se me van todos —muchos— cuando no estoy. ¿Vuelven a juntarse las familias en el más allá? Hasta la vista, abuelo. Ya me voy acercando.

Y también lo hace, hacia otro punto de destino y, enfilando la línea de la costa, el morro del avión… Africa, Argelia, Camus, *La peste*: Orán. Presumo de haber estado allí cuando ni siquiera sabía andar. Llegué, pues, gateando o, todo lo más, en tacataca. Es lógico que la hazaña me enorgullezca. Olvidémonos, por favor, de los brazos y las rodillas de mi madre y de la linda Susi. Los escritores, y no digamos los viajeros y aventureros, pueden y hasta deben adornar con detalles moderadamente románticos sus *curricula*. Así, por ejemplo, evoqué yo nuestra llegada a Orán en mi novela *Las fuentes del Nilo…*

«En cuanto amaneció, las dos mujeres miraron por la ventanilla y dieron un suspiro de alivio al comprobar que estaban planeando sobre el Magreb, tierra *nacional*, por ósmosis, y amistosa, desde cuya superficie nos encañonaba, y encañonaban al niño, centenares de fusiles, espingardas y mosquetes esgrimidos por hombres enchilabados. El piloto, al percatarse, sacó y agitó furiosamente una bandera roja y gualda, mientras la morisma prorrumpía en vítores. La escena se repitió muchas veces antes de que el avión aterrizara sano y salvo en el aeródromo de Orán. El bebé —¡para bautismos estaban las cosas en Madrid!— carecía oficialmente de nombre cristiano. Se lo pusieron a la vuelta de unos días en la parroquia local, intitulada al Espíritu Santo. Así empezó, y terminó, la primera aventura corrida por Dionisio en tierra exótica, aunque nuestro héroe no pudo disfrutar de ella hasta mucho después, cuando —cautivo y desarmado el ejército rojo, sin lumbre en los hogares ni pan en la alacena de los españoles— la escuchó una y mil veces de labios de su madre alrededor de la mesa de camilla donde los suyos y parte del vecindario se congregaban para matar el tiempo en aquellas tediosas tardes de restricciones eléctricas, tufos en el brasero, quinqués de petróleo, pocillos de malta con achicoria y pan con aceite y sal.»[216]

Licencias literarias. Inventé yo, en el arranque de esa novela estrictamente autobiográfica, pero tamizada, una vez más, por el cedazo de los visillos de la fantasía, que mi madre, mi tía y Dionisio, que soy yo, salieron de Madrid en

diciembre de 1937, con nocturnidad y sin papel alguno, *«en una avioneta falangista que volaba a ras del suelo.»*[217] De ahí el párrafo recién transcrito. Decía, como muchos saben, don Antonio Machado que también «*la verdad se inventa*».

Lo de los moros apuntándonos con las espingardas es rigurosamente cierto, pero sucedió más tarde. Ya lo contaré. Y también es cierto lo de mi bautismo. En Madrid, a poco de nacer, se habían limitado a cristianarme de *ocultis*, vulgo a hurtadillas, con lo que llamaban *agua de socorro*. Me la echó, creo, el padre Patricio, un franciscano de la iglesia sita —ahí sigue— en la esquina de Antonio Acuña con Lope de Rueda. Ese santo varón, al que luego, en mi infancia y adolescencia, traté bastante, era el confesor y el confidente de Nelly, y lo fue también, a rachas, mío. El templo oranés del Espíritu Santo existía, pero se quemó. Carezco, en consecuencia, de partida de bautismo. La cabra ya tiraba al monte. Siempre he andado a la greña con los papeles del Registro Civil e instituciones similares. Llevo a gala haber sido, durante mucho tiempo, un indocumentado.

También carezco de noticias —ciertas o inciertas— que arrojen algo de luz sobre cómo fueron o dejaron de ser los días vividos en Orán. Lo único que Susi, al respecto, recuerda es que salía frecuentemente a chicolear por los paseos, bulevares y avenidas de aquella airosa y alegre ciudad mediterránea a más no poder, en compañía de una prima de la misma o parecida edad. Dudo de que también lo hiciera por sus alcazabas, medinas, arrabales y zocos. No estaría bien visto. También dice mi tía, y todo lo demás es opaco telón de olvido, que le sorprendía la libertad para entrar y salir casi a su antojo, sin las restricciones de horario que en España le imponían, de la que dispuso mientras estuvimos allí, y de la que, naturalmente, o más aún, también disponía su compañera de andanzas. Descubrió así mi tía, por paradójico que el hallazgo —encontrándose donde se encontraba— resulte, la vieja verdad europea de que Africa empieza en los Pirineos. Argelia, entonces, y Orán en su seno, era provincia, a todos los efectos, francesa.

Permanecimos en aquella ciudad dos meses largos: los que le llevó, supongo, a mi madre la ardua tarea de regresar no a la España que a finales de octubre había abandonado, y que la horrorizaba, sino a la otra, la suya, la de siempre, la de su familia, la de su clase social, la de su religión, la de su entorno, la de su vida entera… Inútil es decir que me refiero a la que Franco controlaba: a la *nacional*, a la única, en su opinión, decente… En ella, por añadidura, debía de andar su marido, si es que aún vivía o, en todo caso, poniéndose en lo peor, cabía recabar noticias de su paradero y de su suerte, admitiendo que ésta le hubiese sido contraria. Pero eso —su posible o, incluso, tal como estaba el país, su más que probable fallecimiento— era cosa que, según mi tía, Nelly, ciega de amor, ebria de esperanza, consumida por la espera y con los pies, el alma y el corazón atrincherados en su espléndido coraje, ni siquiera se planteaba.

Por fin, el día 29 de diciembre del Segundo Año Triunfal (no es coña. Así lo define el documento que en este mismo instante, al lado de la máquina de escribir,

tengo bajo los ojos), se salió con la suya. ¿Cómo? Pues metiéndonos a los tres, ella incluida, en la avioneta que sacaría yo a relucir, cuarenta y nueve años más tarde, en la novela *Las fuentes del Nilo* y de la que hace apenas un par de páginas di cumplida y oportuna —como ahora se comprueba— referencia.

Volaba, sí, ese cacharro aspirante al desguace, tal como en dicho libro apunté, a ras de suelo, pues carecía de brío para picar más alto, pero no era, en puridad, *falangista*, condición ésta que también le atribuí, aunque poco, muy poco, le faltaba para serlo. En seguida llegaremos a ese punto de mi relato, pero pido, antes, unas líneas de paciencia…

Las necesarias para intercalar lo relativo a otro descubrimiento de última hora: la carta, llena de datos sorprendentes o, cuando menos, chocantes, que mi madre escribió el día 30 de noviembre en el Centro Cultural Español de Sidi-Bel-Abbés —topónimo de resonancia novelesca— y envió a su hermano Jorge, que teóricamente estaba en Vigo, aunque eso no lo especifica el texto —pulcramente fotocopiado y milagrosamente llegado a mis archivos por encima de las asechanzas de la historia y de las distancias de la geografía—, al que ahora estoy haciendo referencia. Dice así:

> «Queridísimo Jorge: voy a ver si por fin consigo encontrarte. Estamos aquí ya hace un mes, en casa del tío Enrique, Susana, mi niño (un sol) y yo. A papá le hemos tenido que dejar en Madrid, con el consiguiente disgusto, pero no hay medio de que le den el pasaporte. Yo voy a tratar, desde aquí, de conseguirlo. ¿Puedes ayudarme en algo? Por otra parte, estoy sin ninguna noticia de mi Fernan desde el comienzo de la guerra.
>
> »Comprenderás mi desesperación. Tú, Ponchín mío, vas a hacer los imposibles por enviarme noticias, ¿verdad? Su madre, Alicia, Concha y los niños están en Huelva, y viven en *Villa María*, Barrio de la Morna. Les he escrito, pero dicen que no saben nada de él.
>
> »No te imaginas, hermanito, las ganas que tengo de abrazarte, y me parece un sueño volverte a ver. Me dicen que te has casado. ¿Es cierto? Si es así, escríbeme largo y dame muchos detalles sobre mi cuñadita. Hazlo en seguida, ¿eh?, pues te aseguro que me muero de ganas de saber de ti.
>
> »Hoy he venido a Bel-Abbés a ver si sabía algo de ti y creo que por fin lo voy a conseguir. Inútil decirte los millones de besos que te enviamos Suzy, mi Nanín y tu hermana que te quiere muchísimo.
>
> »Mil besos a Matildín y familia, Rafael, su mujer y demás amigos. Fernando Guillén, bien.
>
> *Elena*»

La transcripción es literal. Debajo de la fecha de la carta, a modo de remite, se lee: *Monsieur* (en abreviatura) *Henry Dragó — 19, rue Nancy — Orán*. Y encima, con otra letra, también picuda, femenina y de colegio de monjas, una anotación: *recibida el día 10-12-37*. Fue, seguramente, mi tía Elisa —la misteriosa *cuñadita* a la que, sin conocernos aún, se refiere mi madre— quien la añadió, pues la carta procede de los papeles que Jorge dejó al morir y que su hija, *Currula*, y prima mía se ha encargado de ordenar y de enviarme.

Me hago cruces. Recapitulemos…

In primis: Don Roger no se quedó en Madrid porque estuviese enamorado, sino porque no tenía pasaporte, y tampoco lo hizo encantado de la vida por quedarse con Matilde, sino a regañadientes. ¡Caramba! Es cosa de rascarse la cabeza, ladearla y fruncir el morro en triple gesto de perplejidad, y así lo hago, porque si a él no le extendían en la embajada de uno de sus países oficiales el citado documento, ¿cómo diantre pudo conseguírselo, tal como mi dulce y, acaso, despistadísima tía Susana jura y perjura, a sus dos gráciles, valerosas y desamparadas hijas? El mundo al revés, patas arriba, parece eso, y más aún tratándose de Francia, que es donde nació Descartes —y con él el espíritu cartesiano— y donde en 1789 se otorgó a la Razón el título de diosa.

Imposible. Y, por ello, opino ahora —y aportaré a renglón casi seguido un dato que con absoluta certidumbre lo demuestra— que Nelly y Susi no salieron de España con pasaporte francés, sino español. Se verá. Sigamos y terminemos con la carta.

In secundis: ¿es verosímil, cabe en cabeza humana el absurdo de que los Sánchez refugiados en Huelva —la abuela Mercedes, su hija Alicia, la mujer de mi tío Modesto— dijeran a mi madre que no sabían nada acerca de Fernando Monreal? *¿Nada?* ¡Por la memoria de mis muertos! Algo tenían que saber —me refiero a cosas que la demandante, Nelly, desconocía—, puesto que habían pasado con él, con mi padre, en Valladolid, los últimos días inmediatamente anteriores al momento en que la policía de esa ciudad lo detuvo y lo envió, a morir, a Burgos. Esas líneas de la carta de mi madre me exasperan, me encocoran, me sacan de mis casillas, me joden, ¡vaya!, perdón por la salida de tono, y lo hacen no tanto porque su contenido me parezca absurdo, que me lo parece, y repugne por ello a *mi* razón, no sé a la del prójimo, cuanto por la imposibilidad —evidente y patética— de meterme a esas alturas en pesquisas que arrojen luz, deshagan el malentendido y enderecen el entuerto.

En fin… Quede la duda en pie y el asunto tal como ahora está, que tampoco es cosa de henchir mis venas de mala sangre dándome inútiles cabezazos contra la pared.

Más preguntas referentes a la carta en cuestión.

¿Por qué creía mi madre que en Sidi-Bel-Abbés le darían noticia de su hermano?

Orán era, y es, en comparación, ciudad mucho más grande y españolizada, y cabe suponer, en función de lo uno y de lo otro, que también existiría en ella un centro cultural análogo al que Nelly menciona en su carta. Y en todo caso, de no ser así, ¿no hubiese sido mucho más lógico recibir noticias de Jorge enviadas directamente por éste al domicilio de su tío abuelo Henri que ir a buscarlas en territorio institucional, burocrático y ajeno? ¿No andaba, además, mi tío, como ya conté, en zona nacional casi desde el comienzo de la guerra? ¿Por qué, entonces, era tan difícil comunicarse con él como su hermana sugiere?

Matildín, por cierto, era la novia (y futura cónyuge) de Fernando Guillén, primo de Nelly y de Susi, a quien también se cita, y Rafael, que se apellidaba Mengual, era el único hijo varón del mejor amigo de mi abuelo —don Gonzalo, ex alcalde de Alicante— y amigo íntimo, a su vez, de mi tío Jorge y, por empatía, de sus dos hermanas.

No ha hecho sino despuntar el día y despega ya del suelo de Orán —o del de Sidi-Bel-Abbés— la avioneta que no era falangista, pero que lo parecía. Escucho desde esta página el tableteo de su motor, almacenado en las sentinas de la memoria infantil y en los pozos negros del subconsciente. Es natural. Iba yo a bordo de aquella cafetera con herrumbre y tornillos sueltos, y mi madre preparaba para mí —o eso me dijo ella, aunque mi tía no lo recuerda— gachas de fosfatina con la ayuda de un infiernillo apoyado en el tembloroso suelo de la inconsistente y ridicula aeronave. Pilotaban y tripulaban ésta dos agentes de lo que Susi califica hoy de *fuerzas patrióticas*, o algo así, aludiendo noveleramente a los servicios de apoyo a la causa *nacional* y a los cruces de fuego organizados en Francia —no sólo en la metrópolis… También en la ultramarina, por quienes comulgaban con el ideario de los rebeldes. No hubo sólo, durante la guerra española, *brigadas internacionales* a las órdenes de Moscú en las trincheras de la República. También se produjo — espontáneo y civil. No me refiero a las tropas enviadas por Mussolini ni a la ayuda logística y armamentística de Hitler— un movimiento de solidaridad de signo contrario en la derecha de otros países, fascista o no que fuese.

Y de ese modo, volando —ya lo dije— a ras de tierra, agitando, lo agrego ahora, banderas rojigualdas para evitar que la morisma fiel a Franco nos tomara por lo que no éramos —fuerzas de bombardeo enemigas— y apretase el gatillo de los mosquetones con los que nos apuntaba, salimos de Argelia y regresamos heroicamente a la madre patria. Lo era, puesto que el norte de Marruecos, sometido al Protectorado, aún nos pertenecía.

Volví a Orán, ya por mi cuenta, infinitos años más tarde, en el verano de 1969, pasé allí tan sólo una noche —en una de las habitaciones de más ínfimo rango del célebre Hotel Martínez— y no hice esfuerzo alguno, tonto de mí, y bien que lo lamento ahora, cuando todo ya se ha ido al garete, por localizar a los últimos

miembros de la rama oranesa de mi familia, con la que jamás he mantenido contacto de ningún tipo, ni por echar al menos una ojeada distraída a escenarios —el portal decimonono (y también, imagino, decimonónico) de la rue Nancy, la farmacia, el parque público por los que transcurrió una breve parte de mi primerísima infancia. Así de estúpida es la juventud. Tenía yo, entonces, treinta y dos años… Pocos, poquísimos, vistos desde el hoy, aunque en tan lejano ayer me pareciesen muchos. Un idiota.

Visité, eso sí, y qué menos, los barrios céntricos de lo que otrora había sido uno de los enclaves más placenteros y acogedores del Mediterráneo, y era a la sazón un muladar, y mi paseo, y el de quienes me acompañaban, llegó a su cota de máximo repeluzno y angustia cuando tuvimos la malhadada ocurrencia de dirigir nuestros pasos hacia el interior de la catedral —profanada, saqueada y devastada con vomitivo encono por las turbas de la independencia ante la permisividad si no complacencia y aplauso de las autoridades— y descubrimos que allí, entre las desnudas y mohosas paredes agrietadas del templo, los orines y deposiciones del populacho, y los cristales de las hermosas vidrieras esparcidos por el suelo, los únicos seres animados eran las ratas.

Las ratas, sí… Decenas y decenas de ellas, y casi todas de a puño.

Abandonamos aquella cámara de los horrores, como cabe imaginar, escopeteados, en cuestión de segundos y cual almas que el flautista de Hamelin conduce, y fuera ya del recinto, sobre uno de los peldaños de la escalinata que conducía hasta su puerta principal, nos dimos de frente con la figura de un arrapiezo —una especie de *scugnizzo* napolitano, de golfillo de la Chanca almeriense, de Lazarillo de Tormes— que allí, sentado, rodeado de inmundicia y cariacontecido, mataba o, simplemente, veía pasar el tiempo. Lo abordamos, inquirimos la razón, o sinrazón de su insólita presencia en aquel campo de exterminio, alzó la cabeza, nos miró con chispeantes ojos en cuyas pupilas revoloteaban dos escarabajillos voladores, sonrió, nos explicó que había nacido y vivido hasta el apocalipsis de la descolonización en ese barrio, y que lo echaba de menos, y que volvía a menudo por allí para recuperar la infancia que sus compatriotas le habían arrebatado, y que… Lo interrumpimos con bondad, lo compadecimos, le dimos unas monedas y, antes de regresar al coche y de sacudirnos para siempre el polvo de las alpargatas recogido en Orán, le preguntamos por qué había tal cantidad de roedores de la peor y más agresiva y dañina especie posible pululando por el interior de la catedral como si hubieran solicitado inverecundo asilo en ella y estuviesen, por así decir, acogiéndose a sagrado. Se borró entonces, al instante, la sonrisa de su rostro, dejaron de revolotear las luciérnagas de sus pupilas, miró melancólicamente hacia un punto invisible situado en la tierra de nadie de un horizonte sin futuro y dijo, como si fuese la reencarnación de Albert Camus, que ya había muerto, pero que había ambientado en Orán, sin mencionarla, la acción de una de sus dos novelas más famosas, una frase que, por su hondura y por su intención profética, nos sorprendió y conmovió a todos…

—Sí —dijo—. Algún día llegará la peste a Argelia.

Tenía razón. Están en ello.

Es, lo que acabo de evocar, sólo una estampa. Nos fuimos. Y yo me pregunto ahora, muy distante en el tiempo, muy alejado en el espacio, qué habrá sido de aquel niño…

Aterrizó la avioneta en Nador, a dos pasos de Melilla, y allí, en los Servicios de Intervención regional, obtuvo Nelly un curioso salvoconducto —es el documento, fechado el 29 de diciembre del Segundo Año Triunfal, que ya conocemos— en cuyo margen izquierdo se lee, entrecomillado y escrito a máquina con una erre voladiza, «*Saludo a Franco* y *Arriba España*», y en cuyo texto, debidamente sellado, firmado y rubricado, don José Montero, Teniente coronel Interventor, autorizaba a «Doña Elena Carratalá, con pasaporte n.º 9977, y a su hermana Susana, con pasaporte 9976, para que puedan entrar en Melilla, en donde efectuarán su presentación en la Jefatura de Orden Público. La presente autorización —añade el documento— es valedera por una sola vez».

He aquí, pues, la prueba fehaciente —ya anticipada por mí— de que mi madre y mi tía, en contra de lo que ésta asegura, viajaban con pasaportes españoles y, además, de numeración consecutiva, lo que demuestra que se habían solicitado al mismo tiempo y, probablemente, con miras a hacer posible el viaje emprendido, y sólo él, pues nunca, antes, que yo sepa, habían salido juntas de España sus respectivas titulares. ¿Es, acaso, verosímil, la posibilidad de que tuvieran también, ambas, documentación francesa pedida sólo, contra toda lógica, para abandonar España y no, además, para regresar a ella? No, no lo es, y menos en plena guerra civil, con espías de los unos y de los otros, de Salamanca y de Madrid, de Burgos y de Valencia, de Moscú y de Berlín, de París, de Roma y de Londres, bullendo, gusaneando e incordiando por todas partes. Se habrían convertido *incontinenti* a los ojos de las autoridades de los dos países aquellas inocentes criaturas, caso de que las cacheasen, lo que entraba dentro de lo posible, en aviesas mataharis de pistola en liga, cuaderno de apuntes entre los pechos y pluma de tinta simpática en el estuche del lápiz de labios.

Cábalas y más cábalas… Sea como fuere, algo es seguro: dos días antes de tomar las uvas y de que con ellas entrara un año que para nadie iba a ser feliz, Nelly, Susi y Nano entraban *triunfalmente* en Melilla.

Allí —se abre otro capítulo— ejercía de práctico en el puerto un noble varón alicantino que se llamaba Paco Pérez, lo que no quita, y era, además de progenitor de la Matildín citada por mí (o por mi madre) unos folios atrás, antiguo y sólido amigo de nuestra familia. Dios no ahoga, y sabido es, por lo demás, que en España, por

influjo de los moros muzas y del peculiar salero del terruño, todos los paisanos son, entre ellos, primos, lo que en la práctica funciona o funcionaba entonces (en un país donde ninguna otra cosa lo hace) como eficacísimo sistema de primaria seguridad social.

El amigo Pérez —de una de cuyas nietas, Julita, aún nonata, o quizá, por los pelos, sí, me enamoraría yo, muy fugazmente, a los catorce años en una tarde panteísta, *viva y quieta*, que diría Machado, transcurrida al socaire (calor y viento) de la playa de San Juan. *A ti esta nostalgia mía*— nos abrió los brazos, nos protegió, nos dio techo, lecho y mesa, avisó telegráficamente a Jorge el día 31 —ya en la linde del *año triunfal* que expiraba— de que Nelly, Susi y yo estábamos con él, en Melilla, sanos y salvos, y de que en cuanto se presentara la ocasión en forma de buque de guerra o de barco mercante nos enviaría a su casa, en Cádiz, y así, efectivamente, lo hizo, o, cuando menos, lo organizó.

Digo esto último porque a finales del mes siguiente —imposible precisar la fecha pero sería, seguro, antes del día 25— fue el hombre y, para mayor enredo y burla de todo y de todos, también de su familia, que le acompañaba, y no sólo de la mía y de mí mismo, se murió.

Así, como suena. El vuelo de la Parca iba en pos de nuestros talones. Parece increíble —llover de tal forma y con tanta saña— sobre mojado, pero sucedió. ¡Y luego dicen que las bombas no caen nunca en el mismo agujero! Estaba don Paco Pérez tan tranquilo como el señor don Gato de la coplilla infantil a bordo de no sé qué embarcación recién llegada a puerto, o quizás en la cabina de su propia lancha, cuando un ataque de corazón —todavía no se llamaban esos arrechuchos infartos de miocardio— lo dejó seco.

Se produjo el fúnebre lance después del 5 de enero y antes, ya lo dije, del 25, tal como se pone de manifiesto en los dos telegramas rescatados de los cajones del arpa de Bécquer por la mano de nieve de mi prima Currula, enviados por mi madre, desde Melilla el uno y el otro desde Cádiz, a su padre, que estaba en El Ferrol, y desplegados ahora, al alcance de mi vista, sobre la mesa en la que escribo.

En el primero, con fecha del día 5, avisa Nelly a Jorge Dragó de que le enviará otro despacho apenas llegue —o lleguemos los tres— a la Tacita de Plata y añade que espera, literalmente, «*conformidad ir Cádiz recogemos telegrafía domicilio contesta corporación prácticos*».

No hay *stops*, por voluntad, seguramente, de ahorro, que no por falta de sintaxis o sindéresis. Un galimatías, a primera vista, que cobra sentido en la segunda, aunque no del todo. Lo de pedir las señas de mi tío, que a la sazón era segundo oficial de la CAMPSA (y es a las instalaciones de ésta en La Coruña adonde se le enviará el segundo cable) es petición lógica por dos motivos: porque Nelly quería que nos reuniéramos con su hermano, en El Ferrol o en Vigo, lo antes posible y porque acababa de casarse él con una galleguita que lo cazó al vuelo durante una escala de su barco, por lo que ni mi madre ni ningún otro miembro de la familia estaba al tanto de su paradero. Y

es, asimismo, lógico indicar al destinatario del telegrama que dirija su respuesta a la corporación de prácticos del puerto de Cádiz, puesto que tal era el oficio —y, en Melilla, el cargo— del hombre a cuya hospitalidad, en las dos ciudades, nos habíamos acogido o íbamos, en el caso de la segunda, a hacerlo.

Ahora bien: el busilis no resuelto del telegrama se plantea en lo tocante a la interpretación, capciosa, de la ambigua y críptica frase con la que Nelly reclama *conformidad* (de mi tío, se supone) para *ir a Cádiz* a *recogernos*. Las seis palabras que no van en cursiva son —sobra aclararlo— de mi cosecha.

Pero… ¿Quién demontre tenía que pechar con ese trajín? El de *recogernos*, digo, ¿Jorge en persona? ¿Y cómo, rediós, iba a hacerlo si estaba en la otra punta del país? ¿Trasladándose en una alfombra de cuento de Sherezade desde la coruñesa Torre de Hércules hasta las legendarias e inexistentes columnas de igual nombre en la bahía gaditana?

Misterio de menor cuantía y carente de significación que ya nunca, nadie, resolverá.

Mencioné dos telegramas. El segundo, que llegó a La Coruña el día 25 y desde ella fue reenviado por alguien —de las oficinas de la CAMPSA, imagino a Jorge Dragó, calle Real, n.º 25, 4.º piso, El Ferrol (ése era, a todas luces y en ese momento, su domicilio, situado en la vía más céntrica de la ciudad), rezaba: «*Acabamos llegar Cádiz por fallecimiento Pérez escribí ayer detalles abrazos Elena*».

¡Caramba! Y lo dicho: el bombazo… Pero lo más sorprendente e incomprensible de este enésimo embrollo y golpe de efecto es que, en el telegrama, a su término y después del nombre de mi madre, figura también, separado por un doble guión, como si cofirmara o confirmara el mensaje, otro nombre de pila: el de Paco.

¿El de *Paco*? Un momento. Que no cunda el nerviosismo. A ver, a ver… Si nuestro protector —el amigo Pérez— se llamaba, desde que le aplicaron el sacramento del bautismo, así, y si estaba muerto, ¿qué carajo significa la inclusión o, más bien, irrupción de ese nombre en el puñetero telegrama?

¿Había, por ventura, otro Paco metido, para confundirme, en la misma danza? ¿Alguien, además, que no se encontraba, cuando mi madre cablegrafió, en Melilla, sino en Cádiz? ¿Quizá el único hijo varón del difunto y padre a su vez, por cierto, de mi añorada Julita, que, si no recuerdo mal, me llevaba unos meses y ya debía haber nacido? ¿Conocí y traté, aunque fuese sólo durante unas horas o unos días al futuro objeto —sujeto— de mi efímero *raptus* de amor mientras estuve en Cádiz? ¿Tuve allí, a gatas, babeando, profiriendo sonidos guturales, haciéndome pis encima, mi primer *breve encuentro* romántico?

No ya meras preguntas, éstas, inservibles, por carecer de interlocutor a quien dirigirlas, sino adivinanzas planteadas a Edipo por la Esfinge que no acierto a resolver. Tendré que interrogar otra vez a mi paciente tía, lo que, presumo, no sólo no me sacará de dudas, sino que las acentuará. Pero no hay alternativa.

La telefoneo y… Atiné: no lo entiende, no lo recuerda o, peor aún, recuerda sólo

hechos —de los que ya, en infinitas ocasiones, me había puesto al tanto— que ni con la ayuda de la palanqueta de Arsenio Lupin casan con lo que le pregunto. Insiste, y eso es todo, en que a poco de llegar a Melilla, nos fuimos desde ella rumbo al puerto onubense, y no al gaditano, como en realidad hicimos, en un buque de guerra bombardeado durante el trayecto por la aviación republicana. Siguen, pues, mis precoces aventuras infantiles, mis prometedoras aventuras bélicas, mi carrerón de futuro Indiana Jones.

Lo segundo —lo del acoso aéreo al barco que nos llevaba— es, probablemente, cierto, porque también me lo contó mi madre, pero lo otro, lo de llegar a Huelva, de fijo que no lo es, porque el telegrama analizado lo desmiente y va, por ser documento escrito y oficial, a misa.

Desde Cádiz, eso sí, y ante la evidente imposibilidad de que mi tío o quien lo sustituyese nos recogiera, dirigimos nuestros pasos a Huelva y allí, después de tanto y tan agitado zascandileo por medio mundo, Madrid, Valencia, Alicante, Santa Pola, Orán, Sidi-Bel-Abbés, Nador, Melilla, el estrecho, Cádiz, nos reunimos con las mujeres y niños de la familia de mi padre en el chalet del barrio de El Conquero del que ya se ha dado en este libro puntual y cumplida referencia y, una vez en él, recuperamos el aliento, aunque no sé si también la cordura. Mi madre, como se verá, siguió metida en ella.

El chalet se llamaba Villa María y estaba en un lugar conocido como La Morna. Eso es, al menos, lo que dice Nelly en otro de sus telegramas: el que envió con fecha 3 de febrero a Jorge, que ya no vivía en la ferrolana calle Real, sino en el número sesenta y seis de la de Sagasta, comunicándole el lugar (y sus señas) en el que andábamos. ¡Cuánta fatiga, la de entonces, para todos y, sólo en mi caso, la de ahora! Palizón. Estoy, lo confieso, *umbrío por la pena* y un poco harto, pero aguantaré. Ya va faltando menos para que termine la guerra. ¡Sus! Sigamos…

Huelva, febrero de 1938: carta que escribe y envía Nelly a Jorge, su hermano, y a Elisa su cuñada. Ya incluye a ésta, a la que todavía no conoce, en el encabezamiento. Debajo de la fecha, en la que no se especifica el día del mes, se lee: *«¡Arriba España! ¡Viva Franco!»* Y, a continuación, el texto, dice…

»Queridísimos hermanos:

»Recibo vuestro telegrama, que me da mucha alegría, pero que me intriga. ¿De qué niño hablas en él? ¿Del mío o…?

»No te contesto telegráficamente, como tú, porque mi bolsa disminuye en proporciones alarmantes, pero enviaré esta carta urgente, para que veáis. En vista de que no hay medio de que vengas tú, Jorge, sintiendo mucho retrasar el ir a verte, así como a Elisa, pienso irme, Dios mediante, a fines de semana, a Valladolid y Burgos a cumplir el encargo de papá[218] e intentar encontrar a

Fernando. Mercedes[219] me acompañará y luego regresaremos aquí a recoger a Suzy y Nanucho e iremos para ahí.

»Inútil deciros las ganazas que tengo de veros, y creo que comprenderéis fácilmente que sólo estaremos de viaje los días indispensables.

»Aquí vivimos en un chalet muy grande, en pleno campo, y falta me hacía, pues me había quedado como una gamba viuda.

»Termino, preciosos, pues me están esperando para ir a una ermita que hay por aquí cerca.

»Escribid, ¿eh? Muy largo.

»Mil besos de Susa, Nano y de vuestra hermana.

Elena»

Y debajo, otra vez: «*¡Arriba España!*»

Hay, además, unas líneas de mi tía…

«Queridísimos hermanos: sólo tengo dos letras para deciros que os quiero más cada día y que tengo unas ganas locas de veros a los dos juntos, pues debéis hacer una pareja formidable de guapos y de simpáticos. Me despido de vosotros con un abrazo muy fuerte.

Susi»

De los días —menos de un mes— de nuestro paso por Huelva no queda más rastro en la memoria de mi tía y de mis primos que el de un puñado de anécdotas.

Echémosles una ojeada…

Ante todo, dramática escasez de alimentos, propia de la época. Alguien —solía ser Susi, mientras estuvo allí— acudía diariamente a un cuartel vecino para pedir unos cuantos chuscos de pan de munición. Llegaba también, a la hora del almuerzo, una tarterilla de rancho preparada, regalada y enviada por las gentes del Auxilio Social. El resto consistía en apañarse como Dios dijera y el ingenio de los refugiados propusiera. Pero la llamada ley de Murphy —se dice así, ¿no?—, según la cual toda situación es susceptible de empeoramiento, funcionaba también en lo relativo al hambre. Cuando mi tía Angustias llegó por fin a Huelva, después de la caída de Barcelona y ya en las últimas semanas del conflicto, y se incorporó a la tribu de El Conquero, tenía tanto apetito atrasado que, según me cuenta Manino, dio cuenta en muy pocos días de las copiosas reservas de latas de sardinas en escabeche que las tres doñas del cotarro —Mercedes, Concha y Alicia— habían conseguido almacenar. Para ello, dice mi primo, se escapaba Angustias, que era tan bondadosa como asustadiza, a cierto monte cercano y allí, al abrigo de miradas indiscretas y de tentativas

depredadoras, se zampaba lo conseguido en sus inocentes —y por todos consentidas y jaleadas— maniobras de pillaje.

Fueron, también, y se entiende por lo precario de la alimentación y demás penurias, baqueteos y engorros derivados de la guerra, jornadas de salud dudosa. Mi tía Alicia padecía dolencias pulmonares (y por eso, en parte, creo recordar, habían escogido San Rafael, ese año, como robustecedor lugar de veraneo. La sierra de Madrid gozaba de renombre salutífero), Susana padeció fiebres altísimas que en algún momento la llevaron al delirio y yo, a pesar de las generosas dosis de leche de teta que mi madre, eucarísticamente, me suministraba, estuve a punto de morir por algo que si no difteria —hubo y hay al respecto, en mi familia, división de opiniones— cerca le anduvo. Todos, sin embargo, con mayor o menor prontitud, nos repusimos sin secuelas, a la corta, perceptibles. A la larga… ¿Quién sabe? Alicia no llegó a vieja. Susana y yo ya lo somos.

El delirio febril de mi tía —aclarémoslo, puesto que ha salido, de refilón, a escena— consistió, mayormente, en reiteradas, apasionadas y visionarias materializaciones ante sus vidriosas y turulatas pupilas del famoso teniente Benito, que acudía a socorrerla en tan apurado trance respondiendo por don de telepatía y telecinesis a sus angustiosas llamadas. Lo hacía, al decir de la enferma, a lomos de un piafante y caracoleante caballo blanco, envuelto en una vistosa túnica de apasionado color rojo y con el sable al cinto.

No, no era Gary Cooper interpretando a *Beau Geste* en la novela y película del mismo nombre o a uno de los *Tres lanceros bengalíes*, iconos, ambos, más propios de mi filmografía e imaginario infantil que de la suya, pues sospecho que ninguno de esos dos títulos había llegado por aquel entonces a las carteleras[220]. El teniente Benito existía, aunque no consta ni parece lógico que visitase a la enferma en su dormitorio, pues mal casa eso con los pudibundos usos y costumbres de la época, y el caballo blanco y la túnica, también. No sé la espada, pero lo que sí sé, hasta la extenuación narrativa, porque he escuchado mil veces, en otras tantas veladas de infancia y adolescencia, la versión del episodio que —infatigables, entre carcajadas dignas del león de la Metro y con el recochineo que cabe imaginar— transmitían quienes lo presenciaron, es que el tal Benito, teniente, en efecto, de regulares y un sí es no es menorero, digo yo, por lo que en seguida se verá, tiraba los tejos a mi grácil y núbil tía, de catorce añitos mal contados, y solía pasearse ante ella, frente a los balcones del chalet, gallardamente encaramado a su cuadrúpedo y arrebujado en su apabullante túnica, que flameaba al viento como un géiser de sangre carmesí procedente de un corazón apasionado.

Pues bien (y a lo que íbamos): un mal día, y en el momento culminante de la no por cotidiana menos teatral exhibición, se encampanó más de la cuenta, y de lo que el equilibrio entre la horizontal y la vertical aconsejaba, el noble y brioso bruto, y allá

que se fue el pobre Benito de cabeza, de bruces y de rabadilla a un lodazal hecho de fango, detritus de toda índole y, sobre todo, mierda de gallina, con el resultado que no voy a describir, por respeto al buen gusto y a mis lectores, pero que cualquiera de éstos puede, con la ayuda de la imaginación y de la razón, conjeturar.

¿Terminaron ahí, y así, de por vida, los requiebros, aspiraciones sentimentales y carnales esperanzas de amor y boda —dos conceptos, el de la una y el del otro, indisolublemente unidos por las férreas normas morales de la época— del tenientillo pintón? ¡Qué va! Siguió el hombre en sus trece o más bien en sus estribos, entregó la túnica a su asistente, que sería, supongo, un morito del Protectorado, y se permitió, incluso, volver a la carga —que lo sería, digo yo, a juzgar por sus costumbres y modales, de la brigada ligera— y a requerir de amores a mi tía, ya los dos en Madrid después del fin de la guerra.

Y si la cosa no cuajó, que no lo hizo, y pasó a mayores (ni tampoco, en definitiva, a menores) no fue, desde luego, porque Susi, desdeñosa, arrugase la nariz y se encastillara en el interior de su domicilio y de su virtud, como lo demuestran algunas cartas suyas que poseo y en las que se hace lenguas sobre lo mucho que el pretendiente de marras la atraía. Prestigio, quizá, más alto entonces que nunca, de los arreos castrenses y, en todo caso, fetichista gusto de la gentil muchacha por los uniformes, lo que le llevó, más tarde, pero aún muy joven, a contraer el único (y no del todo feliz) matrimonio de su vida con un apuesto aviador: mi tío Fernando, bonísima persona. Pero no basta la bondad para, entre una mujer y un hombre, alcanzar la dicha.

El teniente Benito caló, pues, el chapeo, envainó su sable, hizo mutis, se perdió en el Foro, y no hubo nada. *Sic transit.* Hoy, probablemente, lo habrían procesado por pedófilo. El puritanismo cabalga de nuevo. Antonio Machado, de vivir ahora, estaría en la cárcel, ningún escritor se atrevería a escribir *Dafnis y Cloe*, Dante no osaría posar sus ojos sobre la afiligranada y primorosa figura de Beatriz cruzando, etérea, *tanto gentil e tanto onesta pare*, el *Ponte Vecchio*, y un ceñudo gendarme impediría entrar a Alicia, acompañada por su *chevalier servant* Lewis Carroll[221], en el país de las maravillas. Adiós a cuanto quedaba, que no era mucho, de paganismo. La flauta del dios Pan ha enmudecido definitivamente. Vamos, en todo, a menos.

He escogido esta anécdota —la del teniente Benito hundido hasta el quepis en la basura del gallinero— no sólo porque resulte pintoresca, además de simpática, o por aliviar la tensión del relato, sino porque escenifica a la perfección, y eso es, me parece, importante y nunca está de más recordarlo, la evidente y simplona verdad de Perogrullo de que la vida, por definición, no se extingue en ninguna circunstancia, así sea en un campo de exterminio o bajo las bombas y entre los escombros y los mil desastres de la peor de las guerras, y vuelve siempre a brotar y a correr, risueña, ágil, entre bromas, gestos de amistad o de ternura y latidos de esperanza, por las breñas y

los riscos y las nieves del tiempo, que jamás se detiene.

Y Benito, chapoteando en la mierda de gallina, y Susi, indultándolo, olvidándolo y dándole —nunca mejor dicho— cuartelillo, lo demuestran.

Hubo, sin embargo, en los días onubenses, otra anécdota, más novelesca y significativa, que me siento obligado a recoger aquí. Es la última que anoto antes de que mi madre, en compañía de su suegra, tire hacia el norte en busca de mi padre, y de que nosotros, los tres, después de su regreso, pongamos rumbo, por mar, a Vigo.

O mejor dicho: no *antes*, sino *durante*, porque el episodio al que aludo se produjo mientras Nelly andaba lejos, por Sevilla, Valladolid y Burgos, y no se habría producido si hubiese seguido allí, junto a su hijo y su hermana, en el chalet de El Conquero.

Acababan de iniciar las dos —mi madre y mi abuela— esa postrer intentona de rastreo del desaparecido y aún no habían dejado atrás el Guadalquivir, a su paso por Sevilla, primera etapa del periplo, cuando recordó la autora de mis días que en el suelo del balcón central del susodicho chalet faltaba una baldosa, a modo de hueco dejado en la dentadura por una muela mellada, y que por tal boquete, correteando, podía colarme yo, precipitarme al vacío y romperme la crisma contra el pavimento del antuzano.

El sofocón, conociendo a mi madre, tuvo que ser de aúpa. Tanto como para salir de estampida, nada más percatarse del peligro, hacia la primera estafeta de telégrafos que se le puso a tiro —ya sabemos que era persona agradecida a Morse y aficionada a servirse del sistema de mensajería que éste inventó— y enviar un telegrama a *Villa María*, La Morna, el Conquero, Huelva, conminando a las mujeres adultas que lo habitaban a adoptar perentorias medidas conducentes a conjurar la amenaza y salvarme, así, la vida, impidiendo de paso —aunque eso aún no lo sabía y se negaba incluso a admitirlo a título de mera hipótesis— que conociera yo, por fin, a mi padre, en ultratumba, sin necesidad de esperar el momento en el que el triunfo de Franco y el fin de la guerra lo hiciesen posible en este valle de lágrimas.

Debió de ser, sin embargo, Susi, y no Alicia ni Concha, la destinataria oficial del aviso, pese a su menor edad y por razón, imagino, de proximidad de sangre, pues fue sólo ella quien pagó el pato entero, sufragó los vidrios rotos y sufrió las tragicómicas consecuencias del telegrama.

Decía el texto de éste: «*Cuidado Nano balcón roto*». Y una firma: «*Elena*».

Hasta ahí, se me dirá, todo bien, y no seré yo quien lo refute, pero el Maligno, como cualquiera sabe, nunca baja la guardia, está siempre al acecho en su torva garita y ceba con firme pulso las armas que el destino o la mala suerte de los seres humanos ponen a su alcance. Y así sucedió, una vez más, en esta ocasión.

El telegrama, recibido como un obús en Huelva, no fue el mismo, punto por punto, que se había cursado en Sevilla. Metiéronse en él por medio, picaruelos, los famosos duendecillos burlones de las erratas, y su texto, metamorfoseado, por no decir hermoseado, pues tales y tan fortuitos deslices mejoran a veces, mudándose en

causuales, el original, pasó a ser el que sigue: «*Cuidado mano halcón roto*».

O sea: una *eme* de nada, en lugar de la *ene* inicial del diminutivo por el que *urbi et orbi*, cariñosamente, se me conocía, y una *hache* muda en vez de una *be* de burro, pero el daño estaba hecho.

Tan enigmática frase, en tiempos de guerra, y aunque no lo hubiesen sido, olía a chamusquina y sonaba a contraseña, a mensaje cifrado a instrucciones en clave y mucho más a avieso criptograma que a inocuo telegrama, y eso es lo que, no sin lógica, despertó las sospechas de los mortadelos y filemones de los militarizados servicios de inteligencia, maliciosos siempre y proclives, para justificar el sueldo, a ponerse en lo peor y convertir en huéspedes incómodos los dedos, y…

Total: que la pobre Susi, incapaz de ver explicación a aquello y de suministrársela a los de la secreta, fue interrogada, detenida y conducida a un lóbrego calabozo, en el que pasó una noche entera hasta que por fin, ya por la mañana, se dio un golpe en la frente con la punta de los dedos de la diestra, ahogó una exclamación, rompió a reír y cayó en la cuenta de que mi madre no hablaba de ninguna mano, sino de su hijo Nano, y aceptaron los cachimbos tal versión, y se deshicieron en disculpas —o no, cualquiera sabe, ¡pero era tan linda, joven e ingenua, además de bien educada, mi tía!— y permitieron que la sospechosa recuperase la libertad, regresara al chalet de El Conquero en compañía de Alicia, que había ido a buscarla y, posiblemente, a llevarle un termo de malta con leche, pues café no tendrían, y unos churros, y volviera a hacerse cargo del mocoso y buena pieza causante, por pasiva, del desaguisado[222].

Golpe de pecho. Ya empezaba yo, con tan corta edad, a meter en líos, problemas y sobresaltos a mi familia. Dios me haya perdonado. Y Osiris, con su balanza, también.

En febrero de 1938, y al parecer en fin de semana, tal como apunta Nelly en la carta que hace poco reproduje, aunque no precisamente para ir de *picnic*, mi madre y la madre de mi padre salieron hacia el norte del país, pasaron por Sevilla, donde se entrevistaron, seguramente, con el Visir del Estrecho y general en jefe del ejército del Sur —Queipo de Llano. Recuérdese cuanto a cuento de él y de su relación con mi padre se dijo— o, como mínimo, con alguien de su gabinete, vinieron así a saber o, mejor dicho, a confirmar que el fugitivo había pasado por allí, llegaron a la penúltima ciudad —la del Pisuerga— en la que estuvo vivo, se instalaron en el piso que servía a la sazón de residencia a mi tío abuelo político Luis Pérez Bueno, a su esposa (y hermana de la madre de Nelly) Enriqueta, que andaba ya la buena mujer en la fase terminal del tumor que poco después se la llevaría al hoyo, y a mi primo Mario Ruiz Vernacci, hijo de mi tía Luisa, sobrino del felón que denunció a mi padre y arrapiezo que aún calzaba pantalón corto, y desde esa cabeza de puente, que nunca llegó, por su brevedad, a convertirse en el tercer campamento de aquel invierno, tiró la viuda que se negaba a aceptar tal condición de todos los hilos, que debieron de ser muchos,

puestos a su alcance tratando de averiguar dónde estaba su marido o, si es que no estaba en parte alguna, cuál había sido su misteriosa, desconocida y malhadada suerte.

Todo fue inútil. Las pesquisas, por más que yo ahora, a la luz de lo que sé, no me lo explique, resultaron absoluta y descorazonadoramente infructuosas. Cero. *Horror vacui*. Lo único que Nelly sacó en limpio de aquella intentona fue la certidumbre, porque así se lo garantizó el jefe de la policía de Valladolid, de que el reo había llegado a Burgos, conducido hasta esa ciudad por sabuesos de su propia escolta y, por ello, de su plena confianza. A partir de ese traslado, añadió, ninguna noticia o rumor concerniente a Monreal y Carreño había llegado a sus oídos y, menos aún, a su escritorio.

Mi madre tenía, sin duda, agarraderas en las dos ciudades y don Luis Pérez Bueno, que era un prócer de la cultura conservadora, más aún, pero ni las unas ni las otras sirvieron, al parecer, de nada. Incomprensible. Me hago, por enésima vez, cruces, me tiro de los pelos, me devano la sesera e insisto: ¿Cómo entenderlo? ¿Estaban de verdad *in albis*, completamente *in albis*, los colegas, en Valladolid, del *Diario Regional* y *El Norte de Castilla* o, por miedo o por lo que fuese, se negaron a soltar prenda? ¿Y Rienzi? ¿Vio mi madre a Rienzi, íntimo amigo, como sabemos, de mi padre o también se escaqueó aquel compañero de tantísimas andanzas, se escondió como una rata temerosa en su albañal o se salió por la tangente vestido de Poncio Pilato? ¿No pidió audiencia Nelly, ya en Burgos, como la lógica sugería y reclamaba, al poderoso Juan Pujol? Se la negó, por las buenas, impertérrito, con rostro de granito y frialdad de jugador de póquer, aquel hijo de la gran puta, caso de que así lo hiciera. ¿No acudió, llorosa, desconsolada, a las puertas de la Prisión Central[223], y a las del Alto Estado Mayor, y a las del Gobierno Civil y el Militar, y a las de la Jefatura de Falange, y a las de cualquier otra dependencia, estamento o institución con mando en plaza, lo que habría sido medida elemental, de cajón, que cualquiera, en tales circunstancias, habría aplicado de oficio, por así decir? ¿Se aturulló, se obnubiló, se confundió, se acoquinó, se vino abajo, dejó de comerse el mundo y de crecerse en la adversidad aquella leona de firmísima musculatura mental, nervadura moral y estructura corporal?

Toque de silencio. No hay contestación. No la hubo entonces. No la habrá nunca.

Nelly y la abuela Mercedes regresaron tras dos semanas de ausencia a El Conquero, contritas, supongo, pero no, aún, derrotadas, porque mi madre siguió indagando en la *terra incógnita* del *res nullius*, rastreando las huellas de quien, como un tigre de Bengala en el fulgor esmeraldino de la selva, no las había dejado tras de sí y haciendo cuanto estaba a su alcance en la inútil tentativa de quebrar la férrea ley del silencio administrativo y la cerúlea quietud del coro de las voces enmudecidas por el miedo durante el resto de la guerra y los tres primeros lustros de la posguerra. Se hablará, aquí, de ello, pero la actualidad, siempre apremiante y mandona, me obliga a posponerlo. Últimas noticias. Tengo que interrumpir, otra vez, mi relato…

Con las guerras, ya se sabe: en cualquier lugar, en cualquier momento, cuando y donde menos se la espera, salta en forma de estallido de metralla la liebre de un castañazo.

Lo es, esto que voy a mencionar, de seguro, para mí, lo será para Susi, cuando la ponga al tanto, y lo habría sido también para Nelly, caso de no estar muerta, pero parecerá, sospecho, a quien me lea apenas nada más que una minucia. Consiéntaseme, con todo, y en nombre del respeto que la emotividad merece, trasladar la pólvora, el hierro y el eco de esa bomba aquí.

Soy de quienes opinan —rara especie— que cualquier palabra vale por un millón de imágenes, pues no sería, si no lo creyera así, escritor, sino otra cosa o, acaso, nada, pero esta vez me acojo al refugio y subterfugio de la socorrida excepción que, al decir de tantos, confirma las reglas.

Porque se trata, sí, la bomba a la que me refiero, y no es imposible que el lector ya lo haya adivinado, de una fotografía. Veámosla.

Me llegó ayer, sin previo aviso, espontáneamente remitida a mi buzón electrónico por el amigo —Felipe Hernández Cava. No creo que le moleste que cite su nombre— de un amigo mío: el excelente escultor y pintor Alfredo García Revuelta. Dará en la diana, por cierto, quien adquiera o, simplemente, mire o admire una o varias de sus obras. No importa cuál o cuáles. Todas son buenas.

Ayer, decía, y no por emular a fray Luis. Hoy, mientras escribo, estamos a finales de enero de 2006, Felipe Hernández Cava, con el que coincidí en unas inolvidables sanjuaneras de Soria, recién muerto el Caudillo, y en una sesión de homenaje póstumo al padre Llanos, que hubiera podido y merecido ser santo del Pozo[224] o de Lumbini[225], me hizo llegar, ya digo, la reproducción de una fotografía que le entregó antes de morir un tal José Robledano Piqueras, taquígrafo, de la agencia Febus, como también lo fue, y ya se le ha citado en este libro, el *soldado de poca fortuna*, que engendró a los escritores Jorge y Javier Martínez Reverte. ¡Carajo! Me maldigo. Murió también ese hombre, que seguramente vio salir a mi padre el 18 de julio de 1936 rumbo a Samarra y a su perdición, y yo, como de costumbre, papando moscas por los cerros del País de Nunca Jamás y los caminos de baldosas amarillas que *no* llevan a Oz.

En la primera y más significativa de las fotos —fueron, en realidad, dos las enviadas, inicialmente, por el buen Felipe, a las que veinticuatro horas después, tras bucear en sus archivos, añadió otras dos— vemos lo que debió de ser un banquete de bodas o algo parecido y en él, alrededor de una mesa de forma rectangular, abierta por uno de sus lados y bien abastecida de loza, cristalería y cubertería, pero no de alimentos, a cinco personas sentadas en sillas con respaldo de abrazadera: veintiséis erguidas, una inclinada, otra encorvada y un niño de mofletes gordezuelos, ojos como platos, boca de piñón y flequillo hasta media frente en brazos de una mujer joven y

guapa en cuyo rostro amaga sin llegar a término el esbozo de una sonrisa de través que casi parece rictus.

La criatura soy yo. La persona que me sostiene es —*era*— mi madre.

Y hay, junto a ella, una *ragazza* pimpante, y a su lado, un hombre ya mayor, con poco pelo, si es que alguno tiene, y gafas de cristales enormes, redondos y anticuados.

La adolescente es mi tía Susi. El viejo, que —siéndolo— no llega todavía a anciano, es mi abuelo: el padre de mi padre. Se llamaba, supongo que ya lo dije, como su nieto *Manino*: Gerardo.

Y un poco más allá, de pie, pegada a mí, otro rostro conocido y largamente añorado… El de un ángel, y no es metáfora, sino definición: mi tía Angustias, hermana soltera, entonces, y solterona, luego, de Fernando Monreal. La de las latas de sardinas.

Pestañeo, acuso el impacto, noto un bulto y un nudo en el estómago, sube mi tensión arterial, se confunden mis ideas. Allí está Dionisio, mi *alter ego*, el futuro protagonista de casi todas mis novelas; allí está Oisinoid, su reverso, *daimon* y espíritu custodio; allí está Jai, mi ángel de la guarda…

Dejémonos de historias: allí estoy yo.

Y yo, ahora, el mismo, pero diferente, por fuera y por dentro, extramuros e intramuros, me asomo, gracias a Felipe Hernández Cava, a Alfredo García Revuelta, a José Robledano y a la convergencia y portentosa sincronía de los hilos de esa tela de araña que es la secreta urdimbre del universo, a mi imagen congelada, aunque viva, en el azogue de las aguas del estanque del tiempo.

Sólo existe, que yo conozca, una foto de aquel niño anterior a ésta. Es de las que llaman *de estudio*. Aparece en ella únicamente mi cara, sin cuello en el que apoyarse, mofletuda, muy sonriente, coronado por un césped de rizos. Estuvo siempre, hasta que murió mi madre, sobre una repisa de la biblioteca del salón de la casa de Lope de Rueda, llegó luego a una pared de mi dormitorio en el desván de la guarida palaciega del Caballero del Escarabajo en Castilfrío, y allí, debidamente enmarcada, tal como la heredé y la heredarán Naoko y mis hijos, sigue. Será, cuando yo muera, y fotografíen mi rostro exangüe en el ataúd, el punto de enganche al que se abrochará, cerrándolo, la última presilla —machihembrada a partir de ese instante— del ciclo de mi vida. ¿Cabe más exacta, idónea y reveladora mascarilla fúnebre que la sacada al nacer?

No hay ninguna otra huella icónica, ningún otro vestigio figurativo y visible de mi persona en los años de la guerra. O, si lo hay, no ha llegado, de momento, hasta a mí. De esa foto, de la segunda, de la que Felipe, ayer, tuvo el olfato y la gentileza de enviarme, salta la efigie del que en la infancia fui a los primeros e imprecisos años del comienzo de la posguerra.

¿Me anima, al escribir estos párrafos, al acelerarse —viendo la foto, escudriñándola, devorándola— el ritmo de mi corazón y el flujo de mi sangre y de mi linfa, lo que en su fábula movió a Narciso? Podría ser, a qué engañarse, pero no lo

creo. Estoy, por el contrario, y en mi fatal locura, casi seguro de que me empuja otro propósito: el mismo, ya citado por mí con insistencia y con vehemencia en más de un pasaje de este libro, que en la Hélade y entre las brumas de su alma impulsó a Edipo —loco también y también enfermo del mismo mal de las entrañas de la conciencia que yo padezco— a rastrear, exhumar, recomponer y, acaso, momificar la extinta y verdadera historia de su padre y de su madre.

Vuelvo a mirar y a remirar la foto, escruto otra vez —y son ya muchas— en ella el rostro inmóvil de Nelly, el de Susi y el de Nano, y resuenan de nuevo en mí las terribles palabras con las que Tiresias, inútilmente, avisó al hijo de Layo y de Yocasta, al padre y hermano de Antígona, al audaz viajero que desafió, desenmascaró y apuntilló a la Esfinge, al hombre de Tebas, del peligro al que se exponía y hacia cuyo talud, desalado, espoleado por la tentación oscura que llevó la Serpiente al Paraíso y condujo a Adán a su lóbrega morada en el este del Edén, corría.

«*¿Adónde vas que no vayas tu perdición a buscar?*» Estalla también el grito de Sófocles —la exhortación de Tiresias— en los versos de Miguel Hernández, que murió, en definitiva, de modo parecido, aunque no cruento, al modo en que murió Fernando Monreal y por cosas, al fin y al cabo, similares en su raíz o, mejor dicho, equivalentes, a las que transformaron en tragedia una aventura: fueron, los dos, víctimas de la testarudez de su carácter. España no perdona.

Y así, alígero, terco, voluntarioso, valeroso, inmune al desaliento y el cansancio, sigo yo en la faena de escardar con rastrillos de palabras una necrópolis de progenitores y parientes en la que todo mi árbol genealógico yace ya, con contadas excepciones[226], en las tumbas. Un vidente ciego me conmina a interrumpir la búsqueda, a sellar de nuevo los sepulcros, a emprender la fuga, a intentar salvarme, pero es inútil, no lo escucho, de nada serviría que lo hiciese, he invertido mucho dolor y mucho tiempo, he llegado a donde nunca pensé que pudiera llegar, no hay retorno posible, es demasiado tarde, una calavera me aguarda, sus órbitas vacías claman por ser cuencas de mis propios ojos, no cejaré, mantendré la apuesta y, si de morir se trata, sea, morderé yo también a dentelladas la tierra del cementerio que recorro.

Miro la fotografía. Asegura su remitente que se sacó durante una fiesta celebrada por miembros de la agencia Febus, pero abrigo yo la sospecha —que poco a poco, a medida que repaso las caras y busco, encontrándola o no, la identidad de sus propietarios, se transforma en certidumbre— de que Felipe Hernández Cava, bienintencionadamente, se equivoca. No puede ser. Lo de la agencia, digo, porque fiesta, seguramente nupcial, aunque la posible novia, sentada en el centro de la mesa, no vaya de blanco, lo es sin ningún género de dudas. Hay, amigo Felipe, entre los asistentes, demasiados miembros de la familia Sánchez que ninguna relación guardaban entonces ni guardaron nunca con el mundillo de la prensa y que, por lo

tanto, nada hubiesen pintado en una celebración como la que tú supones. No, no… Lo que la foto refleja es otra cosa, no sabría decirte cuál[227], ni tampoco, Felipe, me importa mucho eso, pero lo que sí te digo es que en ella están absolutamente todas las personas de la rama paterna de mi ascendencia: Carmela, Lola, Lugui, un Modesto, otro Modesto, Manolo… Todas, digo, las que en aquel momento —primeras semanas del otoño de 1937. Ya ves: la fecho con relativa exactitud (lo hice antes de averiguar lo que la última nota a pie de página refiere) y sorprendente aplomo, por más que no nos suministre pista alguna cronológica ni en su anverso ni en su reverso. En seguida sabrás por qué estoy tan seguro— seguían en Madrid.

No es cosa de transcribir, uno por uno, los nombres de esas personas, aparte de los ya citados, porque a ninguna de ellas corresponde papel alguno, ni siquiera como simples corifeos, en el reparto de la tragedia. A mí, por supuesto, me impresiona y me conmueve ver cómo sus caras, llenas de vida, vuelven del pasado y de la tierra de los muertos, me miran —yo también las miro a ellas— y sonríen, pero eso es asunto mío que nada importa al lector. En cuanto a lo de sonreír, por cierto, debo aclarar que hay sólo una, entre las que reconozco, que no lo hace: la de mi lejano tío Manolo, linotipista y, luego, minervista, cuya expresión es adusta. ¿Adivinaba, acaso, su destino? No me concedió éste la oportunidad de tratarlo ni de apreciarlo: murió pronto, aunque no antes de que terminase la guerra. De tuberculosis, creo. ¿Como Miguel Hernández? ¿De resultas y por culatazo del conflicto? ¿Otra víctima? ¿Otra muerte, entre los míos, y a su modo, paralela? De ser así. ¿Cuántas van[228]?

Tampoco sonríen, pero ellos sí que cuentan en la trama de mi relato, Susi, Nelly —ya dije que su gesto, forzado, parece un rictus y no transmite, aunque lo intente, la alegría que los demás comensales, mayormente, manifiestan— y mi abuelo Gerardo.

¿Y yo? Bueno, yo soy un niño y estoy serio, se nota que lo miro todo, que en todo me fijo, que todo me interesa, que me trago el mundo… Lo contrario ya lo dije, pedía a su hijo, en las *Nanas de la cebolla*, Miguel Hernández.

Hay otra foto, que también me envía, adjunta a la otra, el solícito Felipe, en la que se ve reunido al personal de Febus. En esta ocasión sí que lo es. En ella —único rostro conocido— asoma, arriba, el cuarto por la izquierda, mi tío Modesto. Se parece —absurda asociación de ideas, o de rostros, que me mueve a sonreír— al crítico literario Juan Ángel Juristo. Se lo diré. Seguro que también él, al saberlo, sonreirá.

Vamos con lo de la fecha… La primera y más significativa foto tuvo que sacarse con anterioridad al momento, a mediados del mes de octubre de 1937, en que Nelly, Susi y yo abandonamos Madrid camino de Valencia, pero después de que casi un año antes, en noviembre de 1936, al salir por la puerta de atrás y poner tierra por medio el gobierno de la República, hubiese emprendido Modesto la misma ruta. ¿Qué por qué estoy tan seguro? La respuesta es de cajón. Lo estoy porque a la fiesta que la foto recoge asistieron, como ya he dicho, todos los Sánchez, incluido el abuelo, pero no lo hizo, puesto que no aparece en ella, mi tío, que era en aquel momento, sin lugar a dudas, y ausente por defunción no comprobada mi padre, el palo mayor, la proa, la

cofa, la bandera, la sala de máquinas, el castillo de mando y el gobernalle del buque de la familia. Inconcebible, conociéndolo y conociendo el talante de ésta, habría sido su ausencia caso de que siguiese, al pie del timón, oteando el horizonte, cerveceando y derramando bonhomía, por las calles y cafés del Foro.

—¿Y si estaba enfermo?

—Muy grave hubiera tenido que ser su dolencia, y de alta fiebre, para no acudir al festejo. Le pirraban esas celebraciones y, en líneas generales, todo lo que sirviera para convocar y reunir a la familia.

—¿Y si mediaba cualquier otra causa de fuerza mayor?

—Ninguna podía serlo, a sus ojos, en comparación con la que comento.

—¿Y si…?

—¡A hacer puñetas, don Incordio!

Pero aún cabe afinar más en lo de ponerle pie de fecha a la foto. El niño —servidor— que en ella exhibe su cara gordinflona lo es, sin duda, niño, y de muy corta edad, pero no recién llegado al mundo, sino dueño ya de una anatomía relativamente consolidada. No soy yo muy ducho que digamos en cosas de bebé ni en cábalas de pediatría, pero calculo con ojo de mal cubero que el mocosillo de la imagen tendría cuando se sacó la foto alrededor de un año o quizás unos meses menos, no muchos, lo que significaría, si mi hipótesis se corroborara, que el documento en cuestión nos reproduce —a mi madre, a mi tía y a mí— tal como éramos en el mismo momento, o casi, en que dio inicio nuestra cabalgata manchega, levantina, argelina, melillense y andaluza. Me impresiona, no lo puedo evitar mientras miro esas caras, la posibilidad de que esté en lo cierto y reconozco, contrito, humilde, que hay, a veces, imágenes que sí valen por mil palabras, las que sin éxito pugno yo ahora por encontrar.

Un postrer detalle: dije que la foto carece de indicaciones cronológicas, pero no podría decir lo mismo a cuento de las geográficas. Sé que en el original de la misma, aunque no en la copia que poseo, porque así me lo asegura Felipe Cava, aparece un sello que remite al establecimiento —*Fotos Ruiz*— sito en la calle de Fray Luis de León, número dieciocho. ¿Estarán sus archivos en alguna parte y habrá en ellos alguna noticia útil para la investigación en la que ando metido? Mi fatiga es inmensa y amenaza ya con transformarse en tedio, pero tendré, uf, que tirar de ese hilo y agotar esa pista.

¿He dicho que en la segunda foto —la de mi tío Modesto— aparece también, acompañado por su padre, en cuyo hombro se apoya, José Robledano Piqueras, donante, a título póstumo, de los documentos gráficos que han dado pie a este paréntesis? Pues lo digo, ea, cierro el excurso, formulo el deseo de que no vuelva a verse turbada mi narración ni mi tranquilidad por nuevos sobresaltos y recupero la segunda y el hilo de la primera.

Decía que…

Nota escrita a lápiz al pie de un telegrama fechado el 27 —u otro día muy cercano. El sello de acuse de recibo de la estafeta a la que llegó no se lee bien— de febrero de 1938 «*Recibimos carta tuya y telegrama Jorge manifestando avisarás llegada Vigo donde os esperará Elisa. Saludos. Carro*».

Y luego: «*Elena Dragó, Villa María, "La Morna", Huelva*».

Elisa, ya lo sabemos, es la mujer de Jorge. Carro, su apellido, es la firma utilizada por quien envió el cable, cuyo texto reproduce la nota manuscrita y alude, es obvio, al padre o a alguno de los hermanos de la recién casada. El apunte no lleva fecha ni falta que nos hace, pues ya figura una —forzosamente próxima y, lógicamente, anterior— en el mensaje telegrafiado, y enviado por Jorge, desde El Ferrol, a su mujer, a las ocho y media de la mañana, cuyo contenido aún no conocemos. Es el que sigue:

«Elena avisará llegada Vigo sal recibirlas necesitas salvoconducto caso lleguen tarde llévalas hotel corriente saliendo para Ferrol autobús tres madrugada llegaré Coruña principio semana abrazos Jorge.»

Lío de lugares, lío de ubicación de las personas, lío de puntos de partida y arribada, lío de itinerarios, de hojas de ruta, de idas y venidas, de medios de transporte, de alojamientos, de… Es igual. No lo descifremos. No nos traería cuenta ni iluminaría el cuento. Lo que en éste, llegados a tal punto, importa es la evidencia de que la escapada de Nelly, Susi y Nano está acercándose a su fin, a su última etapa, al remanso que más pronto o más tarde, en toda aventura, se produce. Llaman a ese desenlace, a menudo sólo momentáneo, reposo del guerrero. O, en este caso, de la guerrera. Había una, y nada más que una, en aquel cuerpo expedicionario: mi madre. Susi, demasiado joven y sin un varón apuesto por el que luchar y padecer, aún no guerreaba: su función era la que en los libros de caballería se atribuye al escudero. Y en cuanto a mí, ya lo he dicho: ¿cómo iba a guerrear si estaba, aún, en la fase de descubrir el mundo? No había llegado mi hora. Todo se andaría. En este trance, de hecho, estoy. Mi relato trata de tres guerras, la de 1936, la que los españoles —esos idiotas— emprenden una y otra vez, a lo largo de los siglos, con su propia sombra y la que, a rastras de las dos y de mí mismo, libro yo ahora con los espectros de mi linaje y la urgente e imperiosa necesidad de saber quién soy.

Un buen día —bueno, sí… Seguro que ése, como mínimo, lo fue— entre los últimos de febrero o, más verosímilmente, los primerísimos de marzo, Nelly, Susi y yo, con la venia y el aliento de mi tío Jorge, que lo había organizado todo, subimos —en Huelva, acaso en Cádiz… Las noticias son confusas— a bordo de un mercante que lo sería, supongo, petrolero y de la CAMPSA, y, costeando Portugal, pusimos proa a Galicia…

Adiós a El Conquero. Nunca, después de cuanto acabo de narrar, volví a verlo, pero lo hago ahora, aunque no en *visu*, sino virtualmente, gracias a la foto que mi

viejo amigo Antonio Cabezas, onubense y asentado después de ocho lustros de vida japonesa en la ciudad que le vio nacer, ha encontrado en no sé qué archivos municipales y, atento siempre a las necesidades de mi obra y de mi vida, me ha enviado. Hermosísimo, espacioso, luminoso, bien construido, bien plantado, señorial, profuso en torres, balcones, balconadas, azoteas, ventanales de arcos de herradura, miradores y vegetación, lo que se dice un chalet de lujo y de tiros largos, era y es, porque aún existe, aunque restaurado y, quizá, remodelado, el edificio en el que mi abuela Mercedes, mis tías Concha y Alicia, y mis tres primos mayores vivieron, mal que bien, con mil apuros, hasta que terminó la guerra. Y lo que ahora me pregunto, asombrado, al ver la foto, es la razón, si la hubo y no fue la cosa involuntario fruto de la ruleta de la casualidad, de que los camaradas falangistas o las autoridades castrenses —no sé muy bien cómo funcionaba ese negociado— del Auxilio Social actuasen con tamaña esplendidez a la hora de alojar a los parientes prófugos de un periodista republicano que tiraba a rojillo y trabajaba *ad majorem gloriam* del socialista Prieto. ¿Caridad cristiana, contradicciones del sistema, confusión bélica, típico desbarajuste español? Quizá no conocían la filiación ideológica de los Sánchez ni estaban al tanto de la detención contra natura de su jefe de filas en Valladolid y, menos aún, de su posterior fusilamiento.

Me explica también Antonio Cabezas, en nota adjunta a su envío, que el edificio del famoso balcón de la baldosa mellada es el de la izquierda, pues aparecen dos en la foto, que hubo allí —no sé si antes o después de la guerra, pues no lo especifica— un centro de asistencia sanitaria (sic), que se instaló luego (y ahí sigue) la Delegación de Empleo y Tecnología, que los onubenses llaman *cabezos* a los alcores de esa zona, que desde ella se ve la ría de Aljaraque —tierra de mis mayores— hasta el término de Gibraleón, que han talado los árboles, tupidos, frondosos, majestuosos, patriarcales, que allí crecían para levantar, cómo no, bloques de apartamentos y que, a pesar de tanta barbarie y adoración del Áureo Cornúpeta, el barrio sigue siendo, por su señorío, el Beverly Hills de la ciudad.

Regresé a Huelva —venía yo en barco desde Senegal— en junio o julio de 1973, me metí en juerga larga de alcohol, flamenco, putas, travestidos y marinería, pasé toda la noche en vela, almorcé en La Rábida y me fui esa misma tarde sin tomarme la molestia, que habría sido doloroso placer, de echar un vistazo a Villa María, a La Morna, a El Conquero y a uno de los escenarios más significativos de mi primera y muy asendereada niñez. Bien que lo lamento ahora. Andaba mi corazón en otros pagos y faenaba mi razón en muy distantes y distintos caladeros.

Seis veces más, que yo recuerde, y hasta es posible que me quede corto, he vuelto allí, a Huelva, y lo mismo: nada de nada, indolencia, desidia, distracción, anécdotas frente a categorías… Lo de siempre en casi todos: hágase lo accidental y quédese para nunca lo importante. Ahora, en cuanto termine el libro, visitaré por fin El Conquero, estoy seguro, pero será a destiempo, de perfil y fuera de cacho. «*Señor* —dijo Francisco de Aldana al rey don Sebastián en medio del fragor y de la derrota de

la batalla de Alcazarquivir—, *ya sólo es hora de entregar el alma, aunque sea a pie*».

¿A pie? En ello estoy, hacia eso ando.

Quiero ver a mi padre y quiero que, frente a mí, a su lado, esté mi madre, su Nelly, que tanto lo quiso y a la que quiso tanto. *Nosotros, que nos*… Póngase a mi voto música de bolero.

Cuenta mi tía que la navegación fue tempestuosa, que hizo mal tiempo, que Neptuno nos zarandeaba, que vomitamos y que así llegamos a Vigo y en Vigo permanecimos, con Elisa, y a ratos, cuando sus obligaciones de oficial náutico y se lo permitían, con mi tío Jorge, su marido, hasta el final de la guerra, según la versión de Susi, o hasta que nos trasladamos a El Ferrol, si atiendo a lo que algunos telegramas —pocos— y un puñado de cartas bastante posteriores en el tiempo me sugieren.

Habla toda esa documentación, que no voy a detallar, de idas y venidas entre las dos ciudades, de salvoconductos, de autobuses, de citas, de trasnochadas, madrugadas y arribadas, o partidas, y algo, a su trasluz, se hace evidente: Nelly, Susi y yo estuvimos yendo del coro de El Ferrol al caño de Vigo y del coro de Vigo al caño de El Ferrol hasta el mes de junio de 1939, que es cuando regresamos a la ciudad, y al barrio, y a la casa, y al mundo que habíamos abandonado veinte meses atrás para ir en pos de una quimera. Considerados desde la atalaya del día en que, casi setenta años después, lo escribo, no parecen muchos, pero vistos entonces, en paralelo, mientras se desgranaban los minutos y las horas como las cuentas de un rosario interminable, debieron de antojársenos una eternidad. O de antojárseles, mejor… A mi madre y a mi tía, digo, y a mi abuelo, que siguió hasta el comienzo de la paz en Madrid y luego fue trasladado por motivos laborales a Burgos; a mí, seguro que no, bueno estaría, porque los niños, hasta que los llevamos a la escuela y su educación —la de verdad, la de la *persona*, no la de la sociedad, la del rebaño— se interrumpe, viven en el espacio, sí, pero fuera del tiempo que escanden los calendarios y los relojes.

Ahora bien: en ese mundo, en esa ciudad, en ese barrio, en esa casa, en el lecho de su alcoba principal y en el mirador de ésta había, lo mismo que en el suelo del balcón del chalet de Huelva, un hueco lo suficientemente grande como para que yo, al ir creciendo, sintiendo y entendiendo, pudiera precipitarme en el vacío. Faltaba Fernando Monreal, faltaba el hombre de la casa, faltaba el varón, faltaba el esposo, faltaba mi padre.

Todo, con serena lentitud, la que el advenimiento de la paz y la recuperación de la cordura exigían, fue volviendo a su cauce. Llegará también, a éste, y lo hará en seguida, el curso de mi relato, pero debo, antes, volver, muy brevemente, atrás, a los días africanos, a los almuédanos, los morabitos, las mezquitas y las babuchas, a la

vivienda ultramarina de la rama *pied noir* de los Dragó, a Orán…

Y si lo hago así, quebrando una vez más el orden natural de la cronología, no es por capricho, sino porque las tres cartas a las que ahora voy a aludir se escribieron y se enviaron entre el 1 o el 2 de febrero de 1939 y los primeros días del mes siguiente.

Reconstruyamos la historia de este mínimo e incruento zafarrancho epistolar, pues la tiene, y es curiosa y, posiblemente, significativa —por eso la menciono— en lo tocante a detectar latidos extrasistólicos (y sin mayor importancia. Son arritmias casi inaudibles) que nos ayuden a trazar el cardiograma de algunos de los personajes, principales o secundarios, de la tragedia que escribo y a entender el parsimonioso cambio de talante que en ellos, y en España, e incluso en las zonas y países aledaños, iba paulatinamente produciéndose. Crujidos, en definitiva, de deshielo bajo la superficie del estanque azul y rojo congelado por el rigor de la guerra, polen, mariposillas, vilanos, susurros de riachuelo en la montaña, incipiente y aún tímido temblor de los músculos adormecidos, un estar y no estar, *une certain sourire…* Cumplíase por fin, al paso alegre (no, ciertamente, para todos) de la paz, lo que había anunciado, antes de ausentarse, José Antonio: *Volverá a reír la primavera…*

Y ésta, insisto y lo subrayo, se manifestaba también, aunque fuese a contrapelo y a disgusto, en la bioquímica de los vencidos y de los encarcelados; no, seguramente, en la de los exiliados (cuyo viacrucis comenzaba en ese mismo momento). El país, quisiéralo o no, admitiérase o no, exhalaba, y lo hacía en su totalidad, un inmenso suspiro de alivio. La paz, llegue por donde llegue, tráigala quien la traiga, afecta siempre a todos, incluso a quienes la reciben renegando, volviéndole la espalda y haciendo votos para que cuanto antes vuelva a romperse.

Las tres cartas en cuestión, escritas con letra muy apretada, llegaron a poder de Nelly y Susi, que eran sus únicas destinatarias, embutidas con esfuerzo —aprovechando horizontal y verticalmente todos y cada uno de los centímetros disponibles— en un endeble folio de color tostado, no sé, esto último, si por la pátina del tiempo o porque con esa desteñida pigmentación salió de fábrica.

A la derecha, en el rincón superior, asoma la huella de un sello de tinta azul cuyo contenido reza: «*¡Viva España! N.º 109*». ¡Qué cosa más chocante!

En la otra esquina de la página, y a la misma altura, alguien ha escrito, a lápiz y en francés, lo que sigue: «*Timbrée 2/2-39*» y, debajo, «*reçue le 3 de mars 39*».

Apunte valiosísimo para el investigador. No es preciso ser comisario jefe de Scotland Yard para deducir que las primeras cartas —escrita, la una, por mi abuelo, y la otra, por Matilde, que aún no era madrastra de Nelly y Susi, y de Jorge, ni abuelastra de nadie— se cursaron el 2 de febrero, pues el *timbrée* alude inequívocamente a la fecha inscrita en el matasellos del sobre, y se recibieron no en Vigo ni El Ferrol, ni tampoco en Huelva, sino en Orán, por lo que en seguida diré, el 3 de marzo, lo que significa que el envío se demoró treinta días, que ya es tardar, incluso en tiempos de guerra. Aquel año, el de la victoria del Caudillo, no fue bisiesto, pero seguro que se lo pareció a los republicanos.

Reproduzco la carta de mi abuelo, utilísima para recabar datos concernientes al estado de salud, a los movimientos, la ubicación, al estado de ánimo y a las intenciones de los Dragó retenidos en Madrid o residentes en Orán. Decía así…

«Queridas hijas: por fin, y cuando ya desesperaba de que os acordarais de mí, recibo vuestra carta en la que me decís que tanto vosotras como esa bondadosa familia estáis bien. Ya podéis suponer la gran alegría que es para mí saberos buenas y contentas al lado de Nanín, que cada día debe hacer una gracia nueva y estar más mono. Inútil deciros cuántas ganas tengo de abrazarlo y de jugar con él.

»Aquí poco de nuevo. Recibí carta de Angustias, siempre muy cariñosa y simpática. Sigue con décimas, pero dice que no les hace caso. Su padre y hermano, bien. Paquita, que se ha repuesto completamente, escribe a menudo y siempre da muchos recuerdos para vosotras.

»La familia, bien, aunque con la pena que podéis suponer por el fallecimiento de la pobre Enriqueta. Me ha dado una tristeza muy grande, pues la quería como una verdadera hermana. No le he dicho aún nada a Engracia y Quetita.

»Estos días pasados he estado con gripe, pero ya me encuentro bien. A pesar de que hubiera querido contar con una situación antes, como se nos acabó la paciencia tanto a Matilde como a mí, hemos decidido casarnos lo antes posible, es decir, en este mismo mes. Ya supondréis cuánto nos hubiera gustado teneros a nuestro lado en esta ocasión, pero es una contrariedad más que hay que sufrir con paciencia. Probablemente subiremos arriba, a nuestro piso, y Engracia bajará aquí. Nada más por hoy, sino mis afectuosos abrazos a toda la familia y para vosotras el cariño de vuestro padre.

Roger»

Sigue, al margen y en el reverso del folio, la segunda carta, escrita por Matilde, que corrobora la primera sin añadirle nada sustancial, y aparece luego la tercera, muy curiosa, firmada por mi tío bisabuelo Henri y redactada en francés. La traduzco a vuelapluma.

«Me complace, mis queridas pequeñuelas, haceros llegar la carta adjunta. Tenía, por otra parte, la intención de escribiros en estos días para enviaros los recortes de prensa, que también incluyo, de *L'Echo d'Oran*, en los que se da cuenta de las inolvidables jornadas vividas al producirse el reconocimiento *de iure* de Franco por parte del gobierno francés. Mi país vuelve de ese modo a ser el que era en lo concerniente a la fraterna nación española. Yo, vuestro anciano tío abuelo, no escondo el júbilo que tal acontecimiento me produce. Confío en que la censura del gran Franco permitirá que os lleguen esos recortes para que vosotras, que conocéis un

poco Orán, podáis verlo libre de los perfectos [viene aquí una palabra ilegible, al menos para mis entendederas] *¿Gounaris?* [Eso no existe, que yo sepa, en francés. Lo miro en el tumbaburros, y nada. Ni siquiera viene en el *Dictionaire des mots sauvages*, de Maurice Rheims. ¿Será un arabismo o un localismo? ¿Significará *cabrones*, o algo similar, aplicado a los representantes del gobierno de la república? ¿Una palabra de la jerga castrense o diplomática? Se lo preguntaré a mi tía, que me mirará con sus guapos ojos muy abiertos y no me dará razón. Sigo]. Aquí todos esperamos que la España grande y libre se extienda al país entero, lo que nos permitirá reunir *muy pronto* a *todos* los miembros de la familia en Clairefontaine, donde tanto se aburría la pobre Suzy, y quizá tú también, mi querida Héléne, aunque quizá no se aburriera en la misma medida el bueno de Nani, que además tendría ahora como compañeros de juego a sus primos Henri-Roger Olivier y Philippon Saramegna. La abuelita me sugiere que te pregunte si tienes noticias de Fernando. Recibid los cinco, a la espera de que llegue el día en que todos podamos reunirnos aquí, un inmenso abrazo de vuestro tío abuelo.»

Repasemos las cartas, anotemos lo que en ellas chirría, sorprende o llama, por lo que sea la atención, y recapitulemos…

Por lo pronto, la cronología. Cuando don Roger, a comienzos de febrero, escribe su carta, faltan dos meses para que termine la guerra. Su hermano la recibe treinta días después y la reexpide a sus destinatarias, que se habían ido a Orán a finales de diciembre.

Lo que dije: todo chirría en esta concatenación de fechas. ¿Creía mi abuelo que Nelly, Susi y yo seguíamos, dos años y mucho pico después de haber tomado las de Villadiego en Orán, e ignoraba, en consecuencia, que desde allí nos habíamos ido a Huelva y que llevábamos ya, en el momento en que escribió la carta, la friolera de once meses acogidos a la calidísima hospitalidad de su hijo Jorge y de su nuera Elisa? ¿No hubo, durante toda la guerra, comunicación alguna entre los miembros de la familia avecindados a la buena de Dios, y a la mala del rojerío, en Madrid, y los que, felices y a salvo de casi todo, menos del dolor de la ausencia, se encontraban en Galicia? Si don Roger se carteaba con su tío Henri, seguramente a través de la embajada francesa, ¿no le puso éste al tanto de las andanzas vividas ni de los procelosos mares (y tierras) surcados por sus dos hijas y único nieto? ¿Tampoco sabían nada de su padre ni del resto de la familia, refugiada en Lope de Rueda, las dos mujeres errantes?

Difícil, todo ello, de creer, pero… Está escrito.

Mi abuelo Gerardo y mis tíos Angustias y Modesto pasaron en Barcelona buena parte de la guerra, aunque no su término. Y no había, supongo, motivo alguno para que se interrumpiesen antes de que la paz llegara los normales servicios de correos entre la capital de Cataluña y la del Madrid republicano. Quizá tuviesen que pasar las cartas por Valencia a partir de un determinado momento, pero eso sería todo. Las alusiones de don Roger a su consuegro y a dos de sus hijos son, por ello, lógicas y de

ordinaria administración. No plantean ningún misterio logístico.

A Paquita, ama de llaves y señora de absoluta confianza, que para Nelly, Jorge y Susi había sido tanto o más que una madre, ya la conocíamos. Estaba a la sazón en la ciudad en la que había nacido, Valencia, adonde había regresado, por motivos de salud, azar y cabezonería, en algún impreciso momento de la guerra. Nunca más volvió a vivir con nosotros, aunque sé que una, por lo menos, de sus tres criaturas adoptivas —fue Susi, después de casarse— lo intentó en vano.

Engracia y Quetita (más conocida por Tití) eran, respectivamente, tía y prima de mi madre, y hermana, la última, de Luisa, cuñada, como ya sabemos, del delator Enrique Ruiz Vernacci. La primera (y no sé si también la segunda) se había acogido con sus cinco hijas y uno de sus hijos, después de que fuese bombardeado el edificio de la Unión y el Fénix, sito en la confluencia de la Gran Vía con la calle de Alcalá, en el que vivían, al asilo que mi abuelo y mi madre le brindaron en una de las dos plantas disponibles del sufrido inmueble de Lope de Rueda. Ese exceso de población convenía, por otra parte, a sus legítimos inquilinos, ya que se reducía el riesgo de que las autoridades los obligaran a cobijar a gentes a las que no conocían. Y con todo y con eso, como ya se explicó en otro pasaje de este libro, les colaron *manu militari* un par de ellos. «*¡Más madera que es la guerra!*», habrían pedido los hermanos Marx. ¡Y vaya si, en efecto, literalmente, lo era! Aquel batiburrillo de tócame Roque, más ropa que hay poca y tú la llevas parecía, sin por ello perder su condición de apocalipsis y colosal tragedia, una película descacharrante por ellos protagonizada.

Enriqueta, a la que ya conocemos, murió en Valladolid, adonde había ido a parar, desde Burgos, a finales de 1936 en compañía de su sobrino Mario y de su marido. Fue en esa casa, como ya dije, donde Nelly y mi abuela Mercedes encontraron cariño, comida y techo durante cosa de quince días en su escapada al norte desde Huelva. Andaba ya entonces la pobre tía Enriqueta, a la que, evidentemente, no pude conocer en mi primer año de vida madrileña, porque el 18 de julio la había pillado de veraneo en un pueblecito de la provincia de Burgos, a punto de abandonar la carne y la tierra entre horribles hemorragias y trastornos de toda índole, a los que mi madre se refirió en alguna de sus cartas.

Políticamente incorrectas, muy incorrectas, parecerían hoy las opiniones que mi tío bisabuelo Henri vierte a propósito de Franco y los entusiastas elogios que le dedica. Son, no cabe duda, sinceros, espontáneos y, desde su punto de vista, razonables y, probablemente, razonados, y constituyen, y eso es lo único que en ellos podría interesar a quienes no lleven el apellido Dragó, un significativo testimonio sobre la manera en que reaccionaron algunos franceses —bastantes, parece ser— y parte de la opinión pública (y publicada) de su país al difundirse las noticias referentes a la victoria de Franco. No todo había sido en la nación vecina brigadas internacionales, *komintern*, vocerío proletario, escritores al servicio de la República y socorro rojo.

Estábamos ya al tanto del matrimonio entre mi abuelo y Matilde. Diéronse los

contrayentes el ansiado sí —también se dijo— a finales de febrero. En la carta recién transcrita declaran por primera vez sus intenciones. Quien avisa… Dicen, aunque sea falso, que el amor no tiene edad.

¿Clairefontaine? No sé. ¿Una finca o segunda residencia de los Dragó ultramarinos situada en los alrededores de Orán o Sidi-Bel-Abbés? Seguramente[229], Susi, en plena edad del pavo, se aburriría, efectivamente, en ella, si es que —como sospecho— se encontraba en pleno campo, y yo, en cambio, me divertiría a escape libre, y más si había primos con los que jugar, correr, hacer burradas y desfogarme.

En cuanto a los *gounaris*, ¿serían *gudaris*? Tendría guasa la cosa, pero no me imagino yo a los patriotas vascones levantando piedras, rebanando troncos de árbol a golpes de hacha, contando chistes de bilbaínos con boina y acento en la *a*, bailando el *aurrescu* y fanfarroneando bonachonamente por los secarrales de Berbería.

No, abuelita, no… Nelly no tenía más noticia de Fernando que la concerniente a su desaparición. Infructuosas habían resultado todas sus tentativas de resolver la charada. Tampoco mi tío Jorge, que por vía de impecable y respetable falangismo —el que le suministraba la familia de su mujer— recabó explicaciones del manitú (y asesino) Juan Pujol, tuvo éxito en la intentona. Quedó —ésta— documentada. Ya di cuenta de ello.

Envía mi tío bisabuelo Henri un patriarcal y colosal abrazo de oso viejo para *los cinco*. ¿Qué cinco? Echemos cuentas: Nelly, Susi, Jorge, Elisa y yo. Ya está. Mi primo Cuchi, que en el Registro Civil llevaría (y lleva. Es marino, como su padre, pero militar y de batiscafos) el nombre de pila de quien lo engendró, aún no había nacido. Lo haría en 1939.

El número de personas a las que el abrazo alude es demostración fehaciente, aunque el dato no figure en la carta, de que su autor la envió a Galicia, y no a Melilla ni a Huelva. Sabía, pues, en qué y dónde había parado la aventura iniciada en Orán al salir el sol de un día de finales de diciembre.

Y nunca, por último, se reunieron todas las hojas de las dos ramas del árbol genesíaco del clan de los Dragó —la española y la argelina— en Clairefontaine. No hubo, supongo, en los escuálidos tiempos del arranque de la posguerra guita suficiente en el arca de los ahorros familiares para acometer la empresa, y, estalló luego, en seguida, la otra guerra, la mundial, y… ¡Pero caramba! ¡Estaba Alicante, donde ya habíamos recuperado el chalet y puntualmente veraneábamos, tan cerca de Orán! No sé, no sé. Poco o nada se me dijo en mis años de crecimiento y aprendizaje acerca de los parientes de la otra orilla. No volví a verlos ni tampoco, distraído, atraído por otras personas y menesteres, me interesé por ellos. ¿Dónde —lo que quede, disperso, de ese trozo de mi estirpe, de ese afluente del río de mi sangre— andará? A saber. Nunca he entendido, pese a verme yo varias veces implicado con dureza en ello, por qué, y cómo, y en qué, se disuelve tan a menudo y con tanta facilidad el colapiscis que aglutina a una familia. Pero sí sé que, ahora, cercano yo también a disolverme en otro misterio, el del más allá, si lo hay, duele esa carencia,

esa ausencia, esa ignorancia y remuerde la parte de responsabilidad que no en su origen, pero sí en su desarrollo, me toca.

Quedan, con ello, hilvanados todos los cabos sueltos de la carta una y trina que don Roger, Matilde y Henri Dragó nos escribieron y enviaron a Orán y a Vigo cuando ya los días de la ira azul y roja se acercaban a su fin.

Hay, sin embargo, una segunda misiva de mi abuelo, que descubro ahora o, mejor dicho, que había descartado por no parecerme relevante, en la que se acusa recibo de otra carta enviada por Nelly y Susi el día 1 de mayo, y no puede ser esta fecha, como inicialmente supuse, posterior al término de la guerra, por la sencilla razón —en la que no había reparado— de que el siempre puntilloso, solícito y exactísimo don Roger asegura en uno de sus párrafos que las noticias referentes a la tía Enriqueta «*son buenas*».

Quiere eso decir que sí había contactos, en contra de lo que hace muy poco, a cuento de la otra carta, afirmé, entre los habitantes de la casa de Lope de Rueda y los asilados en Galicia, si bien tenía que hacer escala, forzosamente, el epistolario así nacido en la estafeta familiar de la orilla africana. Lo que, en cambio, sigue sorprendiéndome es la evidencia —«*¿Trabajáis mucho? Decidme cómo están los tíos y toda la familia de esa que tan buenos y cariñosos han sido para vosotras*»— de que el abuelo creyese aún que no nos habíamos movido de Orán, como por partida doble lo demuestra la alusión a los tíos, pues no los había ni en Vigo ni en El Ferrol, ni en ningún otro punto de la geografía nacional, excepción hecha de Valladolid, y el hecho de que no aluda a don Roger en ninguna de sus cartas, como hubiera sido natural, a su hijo Jorge y a su nuera Elisa.

Tenía a la sazón mi abuelo, incluso, una foto mía, que había suscitado, según añade, gran expectación. «*Todo el mundo* —comenta— *se ha entusiasmado con su cara de pillo y lo hermoso que está el chico*».

Vale, señor ingeniero de la CAMPSA. Doy por bueno el piropo. No me amargan los dulces.

Telegramas que se cruzan mientras lo poquito que sobrevive, a finales del mes de marzo de 1939, de lo que en 1931 habría sido Niña Bonita[230], se desmorona. El penúltimo día de dicho mes, a las diez y media de la noche, mi tío Jorge envía a Toledo, desde la factoría de la CAMPSA en Vigo, el siguiente mensaje: «*Os abrazamos así como Elena y Susi escribid pronto.*» Las comunicaciones entre la zona nacional y Madrid aún no se habían restablecido, supongo, aunque era sólo cuestión de horas la entrada del ejército victorioso en la ciudad, pero sí cabía, a todas luces, trasladarse desde el barrio de Salamanca hasta la capital del Tajo. ¿Qué pintaría mi abuelo en ella?

Lo ignoro, pero sé que muy pocos días después, ya con la paz en marcha, fue trasladado a Burgos, adonde llegó en compañía de su mujer, Matilde, anduvo por allí dos o tres meses y regresó luego a las oficinas madrileñas de la CAMPSA y al piso de Lope de Rueda.

Obran en mi poder algunas cartas remitidas a Galicia desde Burgos en las que mi abuelo y mi abuelastra dan divertida y minuciosa cuenta de lo que hacían y de cómo se las apañaban por allí. No hay en ellas nada que yo deba añadir a mi relato. Son tangenciales a éste.

Hicieron los dos, en ese ínterin, una escapada a Vigo, donde por fin pudo ver y abrazar mi abuelo a toda su descendencia, incluido yo, y conocer a la galleguita que con buenas artes y dulces armas de mujer había cazado a su hijo, aquel trueno, y lo había metido en vereda. Fueron los dos felicísimos —lo que se dice un matrimonio ejemplar, de los que no abundan ni ahora quedan— hasta que un infarto se llevó, relativamente joven aún, aunque ya sesentona, a mi tía Elisa.

Ultimo telegrama que reproduzco. Ya no habrá, en el cupo de esta historia y tragedia interminable, ninguno más, aunque sí tendré que citar todavía algunas cartas antes de que caiga el telón sobre el desenlace de su segundo acto. No lo demoremos.

De Nelly, sin lugar de remite, sin fecha y dirigida a Jorge, el que llama Popó. Fui yo quien en mis balbuceos infantiles le puse ese apodo, fonéticamente muy significativo. Buscaba, es evidente, un padre, y asigné esa función, ese papel y esa responsabilidad a mi tío. ¿Qué hubiera dicho Freud al respecto? Nunca, ni entonces ni luego, pude referirme o dirigirme a alguien llamándolo *papá*. Un vacío en mi vida, una frustración que parecerá, acaso, insignificante, de escasísimo calibre, a quien no la tenga, pero que es de a puño. La aparición de mi padrastro, bondadosísima persona de la que luego hablaré, no vino a remediarla: siempre lo llamé Guillermo, que era su nombre de pila y el que, cuando yo tenía ya nueve años, muy cerca de los diez, impusieron a su hijo mayor y hermano mío.

De Nelly, decía…

> «Queridísimo Popó: tus cartitas me gustan mucho y son las únicas que recibo, pues todos se han vuelto muy ingratos.
>
> »Le he escrito a papá por medio de Modesto que, ahora escribe bastante a su familia. Veremos si contesta, pues no duermo pensando en lo que le pasará.
>
> »Te esperamos con impaciencia, pues el “Consejo de familia” tiene muchas cosas que deliberar sobre la ida a Vigo, adonde es inútil que te diga las ganísimas que tengo de volver. Además, hijo, aquí diluvia y está tan triste que todo lo que se diga es poco. Mi única ilusión es la higuera, que ya tiene hijos maduros, pero Paca, que madruga más que yo, se zampa los mejores.
>
> »Ayer terminé de leer Oro, que me ha entusiasmado. Hace tiempo que no

caía en mis manos un libro que me interesase hasta tal punto. Si encuentras alguna obra de Wast, cómprala. Son una cosa seria.

»Te vas a encontrar con una sorpresa: la de que Nano habla de corrido. Un buen día se soltó… y ya está, como un papagayo. ¿Y mi maleta? ¿No llega? Bueno, sol, envíame uno de tus rayos para secar nuestro húmedo paisaje, y a cambio yo te envío mil besos.

Tu hermana Elena.»

Comentaros sinópticos a pie de carta…

Se escribió ésta en *La Furada*, lo sé por lo de los higos, pequeña (y preciosa) finca de veraneo —*segunda residencia*, y no precisamente de Neruda, dirían ahora los cursis, los nuevos ricos y los inspectores fiscales— que la familia de la mujer de *Popó* tenía en el puebluco de Neda, a dos pasos de El Ferrol.

Y, si había higos maduros, cabe deducir que la carta se escribió a finales del verano de 1938, porque en la Galicia de entonces —no sé en la transgénica de ahora — llegaba ese fruto tarde. Ya tenemos, pues, el lugar y la fecha, aproximada, que mi madre no anotó. Mala costumbre ésa, que después, ya de regreso en Madrid, corregiría.

De modo que rompí a hablar alrededor de uno o dos meses antes de que cumpliese mi segundo año de vida. Bueno, para mí, es saberlo. Se me tiene —sin razón, porque yo, puertas adentro de la intimidad y de mi casa, apenas abro la boca— por hombre de excesiva facundia.

Cuestión zanjada (la que, respecto a lo que sigue, me planteé hace poco): Nelly escribía a su padre enviando las cartas a Huelva, desde donde se las remitían a Modesto, que a su vez las reexpedía a don Roger, o quizá ni siquiera era necesario que pasaran por la estación intermedia de El Conquero. Vale. Así, de uno de esos modos se hacía, y acaso también lo harían en sentido inverso, de mi abuelo a mi madre, y no es cosa de darle más vueltas, puesto que taxativamente lo afirma la autora de la carta, pero me pregunto cómo diablos podía llegar el correo desde la zona frentepopulista, en la que se encontraba mi tío Modesto, hasta la nacional donde vegetaban —lo que no era poco— todos los demás parientes implicados en aquel laberíntico flujo de correspondencia, menos don Roger, que seguía en Madrid, y viceversa. ¿A través de la Cruz Roja, por ejemplo? Ya, pero en ese caso… Bueno, bueno, dejémoslo.

Jorge trabajaba en Vigo, yendo y viniendo por la ría y sus alrededores al mando de una gabarra, mientras los miembros del *consejo de familia* citado por mi madre —ella, Elisa y Susi. No podía figurar en él nadie más. Carecía yo de voto, aunque no, ya, como hemos visto, de voz— se disponían a regresar de El Ferrol, o de Neda, a Vigo, o tal era, por lo menos, su deseo.

Hugo Wast, hoy escritor olvidado, era entonces novelista muy de moda, y lo

siguió siendo durante el resto de mi infancia y parte de mi adolescencia. Me pica la curiosidad: cualquier día de éstos leeré *Oro*. Debe de andar aún por las estanterías de Lope de Rueda, donde —a solas ya— sobrevive sesgadamente mi hermano. Matilde, por cierto, lo que contribuye a atizar la comezón a la que acabo de hacer referencia, dirá más adelante, en una carta enviada a Jorge y Elisa, desde Burgos, el 3 de mayo de 1939:

> «Aquí no hay muchas diversiones. Solamente el paseo (hay sitios muy bonitos) y el cine, aunque sólo hay tres salas, incluyendo entre ellas el Teatro Principal. Las películas son bastante anticuadas, pero para personas respetables y seriecitas, como vuestro padre y yo, nos basta con eso. Somos los dos animalitos de costumbres y casi todos los días hacemos lo mismo, es decir, salir de la oficina por la tarde e irnos a dar una vuelta por los alrededores. Eso sí: cambiamos de sitios, pues nos gusta conocerlo todo. Después nos tomamos alguna cosita de merendola y luego, muchos días, nos vamos al cine. ¿Sabéis la película que vimos ayer tarde? Pues, *Oro*. ¿La habéis visto vosotros? Es alemana y está muy bien hecha desde el punto de vista científico. Se basa en la obra de Wast que nos dejásteis[231]. Claro que no con la hondura de los problemas que en el libro se plantean, pues una película, naturalmente, no puede abarcar tanto, pero en síntesis el fondo es el mismo y viene a demostrarse cómo la superabundancia de oro originaría un trastorno horrible en las Naciones. Estaba bien hecha y nos acordamos mucho de vosotros, pues sabemos cuánto os gustó la novela.»

Lo dicho: habrá que echarle, como mínimo, un cariñoso y bien dispuesto vistazo. Mi madre era una lectora empedernida y tenía bastante buen gusto, no exento de ese toque de inocencia que la literatura, para ser correctamente paladeada, exige. Sólo nos marca de por vida, como un sello de indeleble y flamígero lacre lo que leíamos en la niñez. El resto es frufrú de hojarasca seca y hueca.

¿Algo más en mis notas? Sólo una minucia (excúseme el lector. Todo lo anudo. Soy así: de tipo A, en la clasificación con la que los cardiólogos, ya lo dije, calculan el riesgo de sufrir un infarto o de acabar, con o sin él, en el quirófano. Fue mi caso). La Paca que mi madre menciona era, creo, una criada muy querida por todos. También, supongo, por mí.

De Nelly, sin lugar de remite ni mención de fecha, pero escrita esta carta, evidentemente, en el mismo lugar que la anterior y tan sólo unos días después. Seguíamos en *La Furada…*

«Encantador hermanito:

»Para que veas que no te olvido y que siempre te escribo lo hago hoy, día en que el calor se acuerda de nosotros. Esto se ha convertido en una sucursal de Andalucía. ¡Por fin! Pero eso, el calor, es tan extraño aquí que no parece que la cosa vaya en serio, y de un momento a otro aparecerán las bienhechoras nubes y recuperarán la alegría los buenos gallegos que ahora más que nunca tiemblan por sus patatas. ¡Figúrate! ¡A punto de recogerlas! Inútil decirte que las nuestras están hechas una birria.

»Estoy deseando recibir tu carta para ver si ahí te encontraste con alguna de papá, pues estoy muy intranquila.

»Tu sobrino, tan guapo como siempre. Ese niño es excepcional.

»Esta mañana, el tío Pepe nos cogió in fraganti con la cazuela de macarrones en la mesa. ¿Por qué a veces no se nos tragará la tierra?

»Bueno, adorado hermano, besos de todos, incluso de las *pitas pitas*, y un fuerte abrazo de tu *sister*.

Elena»

¿Observaciones? Muy pocas. Seguimos con incidencias y detalles, mínimos, pero cargados de vida (y de ganas de vivir), de sentimiento y de ternura y, por eso, sólo por eso, tan significativos como los de mayor cuantía. O, a veces, más.

Mi madre, alicantina hasta el final, y con el alicantinismo, hasta el día de su muerte, por bandera, detestaba el frío y cuanto con lo que el frío se relacionase o de él se derivara. ¡Y fue, la pobre, a elegir como segundo marido a un soriano! Todos los miembros de mi familia materna son, como los *parsis* iraníes e hindúes, heliólatras y adoradores del fuego. Hasta el agua del mar de El Postiguet, siendo de allí, nos parece fría.

¿Soy *excepcional*? ¿Lo era entonces? ¡Menos lobos, Fernandito! El testimonio no es de fiar. Casi todas las madres creen eso de sus hijos.

¿Quién sería el tío Pepe? Algún familiar de Elisa, supongo, más bien famélico, el hombre, y tirando, digo yo, a gorrón. Estampas y picardías de la guerra. Y del país y su paisanaje. Sólo el paisaje se salva en este gacho apéndice caudal de Europa.

Pitas, pitas llamaba yo, en mi jerga infantil, con acento agudo e improcedente, y yendo tras ellas, a las gallinas. En *La Furada*, como entonces era usual, las había, y también, al parecer, patatas. Ni a las unas ni a las otras, aunque fuese en crudo, haría nadie ascos en aquellas circunstancias, y el tío Pepe, menos.

Lo de pasarse por *sister*, broma a la que Nelly también recurre en otras cartas, indica que su hermano —marino, por lo general, de altura, si bien en aquellos días lo fuese de bajura con su gabarra de corto recorrido— surcaba a menudo mares remotos y visitaba puertos norteamericanos. Gracias a tales singladuras, que yo admiraba y envidiaba como si fueran relatos de Salgari, hubo, aunque sólo a rachas, en Lope de

Rueda, durante los primeros y muy mal surtidos, casi desnudos años de la posguerra, medias finas de cristal, carmín de labios hecho como Dios manda, chocolate de categoría sin mezcla de sucedáneo alguno, otras pasajeras exquisiteces de las que dábamos inmediata cuenta e, incluso, lo que ya era el acabóse, una aerodinámica y ruidosísima aspiradora de marca Electrolux. Lo nunca visto. Es posible que la carcasa de ese artefacto y los herrumbrosos restos de sus engranajes reposen todavía, como máquina de guerra que hasta el día de su jubilación fue, en cualquier trastero, camaranchón o sentina del edificio de Lope de Rueda.

Carta de don Roger a Elena y Suzy, desde Madrid y hacia Galicia en septiembre, sin precisar el día, de 1938…

> «Ayer tuve conocimiento de una carta dirigida por Alicia a su familia y con el disgusto y sentimiento que podréis suponer me entero de lo malito que había estado Nano cuando estuvisteis con ellas y también de que había sufrido otra enfermedad últimamente. Os ruego que a vuelta de correo me digáis cómo se encuentra ahora, y si es posible me enviéis una foto suya y otras de vosotras.
>
> »Contadme todas las gracias que haga. Ya debe de hablar, pues el mes próximo cumplirá dos añazos. ¡Qué ilusión me haría verlo correteando por toda la casa y haciendo preguntas por todo y para todo! Dadle en mi nombre muchos besos y no dejéis de enseñarle a menudo mi retrato para que me recuerde un poco.»

Interrumpo la transcripción. Lo demás no importa, aunque de mi abuelo sabrosos detalles sobre Gerardo, Angustias, Tití, Nini y otros miembros de las dos familias.

Detalle, muy suyo, de don Roger, que me enternece: al final de la carta, y debajo de la firma, anota su peso. Era éste de setenta y seis kilos y medio. No mucho, aunque lo parezca, porque era hombre de elevadísima estatura. Engordar fue siempre una de sus obsesiones, que también lo era de la época. Matilde, en su nutrida, esmerada y bien intencionada e informada correspondencia, alude frecuentemente, con pelos, comas, señales y decimales, a lo que su marido, en cada momento, pesaba.

Lo de mi primera enfermedad, pues de la segunda nada sé, atañe a la difteria —o amago de la misma— que padecí en el chalet de El Conquero. Todas las leyendas familiares van así, poco a poco, encontrando fundamento, sustancia y punto de referencia. No hay rumor que no esconda en su alacena una noticia.

Y, por fin, acabada ya la guerra, aunque por muy pocos días, don Roger, su flamante esposa, sus tres hijos, su cuñada (a la que el suegro no conocía) y este cura,

que ni a monaguillo llegaba entonces, decidieron verse, tocarse y abrazarse.

Terminó ese ansiado encuentro que se prolongó durante varias jornadas, el 21 de abril, fecha en la que Matilde y el abuelo así lo especifican en otra de sus cartas, escrita ya en Burgos, pero no sabemos cuándo, exactamente, empezó. Después del desfile de la victoria, seguro, y —con toda probabilidad— no muchos días antes del que le puso fin. Don Roger estaba ya a la sazón en el tajo, y no era, desde luego, hombre que abusara, escaqueándose, permitiéndose vacaciones, extravíos y holganza, de los privilegios de su alto cargo.

Dice Matilde…

«Mis queridos chicos:

Mil perdones por la incorrección que supone escribir a máquina, pero dispongo de poco tiempo y no quiero dejar de contaros muchas cosas. ¿Perdonada? Pues adelante. Llegamos a ésta ayer a las once de la mañana, después de un viaje bastante feliz dentro de las circunstancias actuales, es decir, sentados, que es todo lo que ahora puede pedirse. Fuimos hasta Venta de Baños, donde llegamos a las ocho y cuarto, y cinco minutos después salía de allí el tren para Burgos. No tuvimos desde nuestra llegada más que el tiempo preciso para asearnos, comer y en seguida nos vinimos a la oficina. ¿Somos o no somos trabajadores?

»De momento, estamos acoplados. Vuestro padre, como Jefe del Departamento de Explotación, y yo, en la secretaría de Dirección, es decir, donde estaba antes de la guerra. No sabemos aún fijo cuándo irá a la Central a Madrid, pero ayer hicimos todas las averiguaciones posibles y parece ser que tienen pensamiento de que vayamos dentro de unas tres semanas. Os tendremos al corriente sobre el particular, en la medida de lo posible, para que vosotras, Elena y Susi, arregléis también vuestro viaje.»

Silencio lo restante. Mi abuelo, a pie de folio, agrega…

«Como os dice Matilde, y después de un viaje bastante penoso, aunque no tanto como el de ida a ésa, ya estamos de nuevo aquí, en donde echamos mucho de menos el espléndido yantar a que nos habíais acostumbrado durante nuestra permanencia a vuestro lado. Probablemente tardaremos aún un mes en efectuar nuestro traslado a Madrid, aunque no hay todavía ninguna orientación concreta respecto a ello.

»Creo que os dije haber telegrafiado a Elier Manero para que se ocupara de recuperar el chalet. He recibido de él un telegrama en que me dice: “Cuídome con Gonzalo chalet, edificio bien, abrazos.” De lo que precede se deduce que todo lo amueblado ha desaparecido durante el período rojo, como

era de esperar. Ya veremos si se puede recuperar algo, aunque lo dudo.»

El chalet al que mi abuelo se refiere es, sobra aclararlo, el de Alicante. Y volvió, sí, faltaría más, a nuestras manos, como ya se dijo, pero con tan pocos y tan deteriorados enseres en sus devastadas habitaciones como si por ellas, en tropel y con los costales bien abiertos y dispuestos, hubiesen pasado todos los traperos, quincalleros, chamarileros, vándalos y golfos apandadores de la provincia. Más muelas hay en la boca de un viejo reviejo que muebles había al concluir la guerra en el interior del hermoso solar de mis mayores. Y no se los habían llevado, no, como mi abuelo suponía, en cuyo caso, al menos, habrían sido de alguna utilidad para los depredadores y sus familias, sino que los habían hecho astillas, los muy cafres, después de talar a lo bestia, convirtiendo las ramas en tocones, todos y cada uno de los esbeltos pinos del jardín, para caldear el ambiente de la casa, socarrar sus malditas posaderas y purgar a fuego lento los pecados de sus almas. ¿Tanto frío hace en Alicante?, el alma que seguramente no tenían. ¡UHP! ¡En pie los parias de la tierra! ¿Qué habría sido del país si semejante gentuza se hubiese llevado el gato de la victoria militar al agua?

Lo siento. Sé que en la otra bandería de la guerra se perpetraron atrocidades análogas, pero no con las casas y las cosas de los míos. ¿Acaso no es lógico salir por los fueros de mi gente? Es la voz de la sangre la que aquí habla por mi boca.

Respetemos la primera y cerremos la segunda.

Detalles, decía, insistiendo en que nunca, nada, tampoco una guerra atroz, interrumpe el flujo de la vida, pero zanjémoslos ya, en el nombre de ésta, y vayamos pensando en hacer el equipaje —que no abultará gran cosa— y en regresar todos, Nelly, Susi y este servidor, don Roger, Matilde, los refugiados de Huelva, también ustedes, a la ciudad de la que, cada uno por su lado, habíamos salido veinte meses antes. La guerra, al fin y al cabo, aunque no para todos, pues otra, mucho más extensa y no menos intensa, estaba a punto de empezar, había, de momento, terminado.

Un paso atrás en el calendario de las cartas hasta aquí reproducidas… *Espinosa de los Monteros, 3 de abril de 1939*. Un amigo y colega de mi abuelo, Jaime G. Solana, al que yo no tardaría en conocer, escribe a Jorge en los siguientes términos:

> «Por mi compañero Paco Maluenda, a quien dejé en Burgos el encargo de ponerte unas letras, sabrás ya que tu padre contrajo matrimonio hace mes y medio con Matilde, y el mismo sábado [se refiere al 1 de abril. El autor de la carta ha aludido, en las primeras líneas de ésta, a ese día] *tuvieron la*

> *desagradable noticia de lo de Fernando*. Ya puedes imaginarte el terrible disgusto que, pensando en Elena, hemos tenido todos, y especialmente tu padre.
>
> »Esperamos volver a Madrid la semana que viene.
>
> »Saluda a los tuyos, particularmente a Elena, a quien confío que entre todos daremos ánimos para sobrellevar la pena, y con muchos besos para Nano.»

La cursiva, por supuesto, es mía.

Primera pregunta suscitada por el texto que acabo de transcribir: si don Roger no se enteró de la muerte de mi padre hasta el mismo día en que terminó la guerra, ¿cuándo y de qué modo lo supo, a ciencia cierta, rotundamente, mi madre? ¿Fue ésta la que puso a mi abuelo en antecedentes de lo sucedido o llegó a Madrid y a Lope de Rueda, la triste noticia por diferente conducto? Y, de ser así, y habida cuenta de que entre los Dragó de El Ferrol y el patriarca de la tribu, que antes de marchar a Burgos, aún seguía en Madrid se cruzaban, como sabemos, cartas, ¿fue, acaso, el último quien asumió la responsabilidad y cargó metafórica y literalmente, con el muerto de revelar a Nelly la suerte corrida por su marido?

Segunda cuestión: ¿cómo es posible, a la luz de lo expuesto, que mi madre siguiera después, durante tantos años —ya lo veremos—, absolutamente convencida de que Fernando Sánchez Monreal estaba vivo y negándose, en consecuencia, a aceptar su condición de viuda?

«*¡Estará en América!*», dice mi tía que su hermana decía, empecinándose, emperrándose, atrincherándose, sorda al clamor de la evidencia, a quien quisiese escucharla.

O en Rusia, añado yo, por lo que en seguida se contará… Un poco de paciencia.

Burgos, 11 de mayo de 1939. Año de la Victoria (sic)… *De Roger para Jorge, Elisa y Suzy*. Omito lo que figura en la primera carilla de la carta y paso sin más a su reverso:

> «Respecto a lo de Elena, veréis por la que escribo hoy que es probable que para primeros de junio estemos ya en Madrid y que dejo a su elección el marchar en seguida o esperar a entonces para regresar definitivamente con Nano y Suzy.
>
> »Todo lo que indicas sobre el particular me parece bien, pero estimo sin embargo que no debe aún dejar su piso, pues de hacerlo tendrá que pagar un guardamuebles por muy poco menos de lo que paga hoy de casa, sin tener en

cambio la comodidad y la independencia que le da éste y sin que pueda vigilar por sí mismo la conservación de sus cosas. De todos modos puede tantear los gastos y ver qué economía podrá tener.»

Una sola pregunta, un solo comentario: ¿Por qué escribió mi abuelo ese día una carta *aparte*, que no poseo ni he leído, a su hija en lugar de incluir a ésta, como de costumbre, en la que envió al resto de la familia? ¿Fue, acaso, en ella donde le comunicó, si esta hipótesis se confirmara, la muerte de su marido, gran amor y único hombre de su vida? ¿Demoró, en tal caso, nada menos que cuarenta y un días —los comprendidos entre el 1 de abril y el 11 de mayo— la transmisión de la trágica noticia? Y si fue, en efecto, así, ya lo hiciese por delicadeza, ya por no querer convertirse a su pesar en pregonero de la Parca, ¿tampoco informó del lúgubre suceso a los cuñados del difunto?

A preguntas sin respuesta, ¿cómo voy a responder?

Burgos, mismo día…

«Por lo que respecta al salvoconducto de Elena para Madrid, aquí ya se han cansado de extenderlos, y con razón, pues era una plaga y ni siquiera los dan ya a los empleados, así que, puesto que según dices lo ha solicitado ahí, sigo creyendo es preferible espere en ésa a que se lo despachen, aun privándome de la satisfacción de verla por estas dulces tierras sin llevar a cuestas al horroroso cabezota. ¡El dinero que podría ganar exhibiéndolo como fenómeno!

»En cuanto a ti, aunque me aseguran estás ya hecho una personita juiciosa, me resisto a creerlo desde el momento en que has cometido la locura de casarte. ¡En menudo lío te has metido! Seguramente no contabas con que se iba a suprimir el divorcio, y te vas a ver negro. ¡Qué disparate!

»Afectuosos saludos a toda esa familia, y a Susi dale un coscorrón si te estropea el bote, pues por lo visto sigue creciendo espantosamente y está más gorda que Fatty, y un bólido así es catastrófico. ¡Qué horror!

»Tuyo buen amigo que te abraza.»

El destinatario era Jorge; el remitente, Maluenda, inspector de la Shell y amigo íntimo, además de compañero de trabajo, que ya había salido fugazmente a relucir en la carta, transcrita aquí, hace poco, del otro gran amigo de mi abuelo: Solana.

El *horroroso cabezota* de no ser yo, sería, obviamente, mi tío, que siempre fue hombre de notable y muy despejado molondro. Su bote no era tarro para guardar cosas ni caja donde recoger propinas, sino barquichuela de remos, roma popa y suelo

chato en la que bogaba por la ría. El mar —o *la* mar, como según Hemingway lo llaman quienes lo quieren— tiraba con fuerza de él, de su colosal estatura, de su hercúlea musculatura y de su legendaria envergadura. Era, mi tío Jorge, un gigantón de nobilísima pasta. Lo adoré en vida y lo añoro ahora. Murió por fumar, y por lo mismo se me fue también el Modesto recién casado —o, mejor, pues así se le llamó siempre en el seno de la familia, *Modestito*— de la foto en la que aparezco yo, junto a mi tía y en brazos de mi madre. También lo adoro y lo añoro, como él adoraba y añoraba a su guía y maestro: mi padre. ¡Me habría contado tantas cosas de él, utilísimas para este libro, y habría disfrutado tanto con la gestación, lectura y locura de éste! Los dos murieron casi en las mismas fechas. Detesto el tabaquismo.

Fragmentos de la carta —*Burgos, 28 de mayo de 1939. Año de la Victoria— enviada por Matilde, desde Burgos, a* «Mis queridos chicos», *en Vigo…*

> «Ya veréis por lo que os dice vuestro padre que nuestra estancia en ésta se va prolongando hasta el mes de septiembre u octubre. Está, por cierto, mucho mejor y ha llegado a pesar ochenta kilos. Yo, contentísima de este aumento de peso y deseando llegue al que tenía antes de la guerra. Dios quiera que sea pronto; de todas formas, está desconocido.
>
> […]
>
> «Querida Susi, un parrafito aparte para ti […]. En vista de que Elena ha de ir a Madrid y de nuestro retraso en regresar a casa, lo que hubiéramos querido realizar pronto para haber acompañado a Elena en esos primeros momentos penosos, hemos pensado si tú preferirás, mejor que quedarte en Vigo o ir a Madrid con Elena, venirte con nosotros a Burgos. Por lo demás, durante nuestra estancia en Madrid con motivo del Desfile, que estuvo muy bien, nos ocupamos de dejarte el cuartito pequeño, que fue el que tú me dijiste preferías, como estaba antes de la guerra, es decir, con tus mueblecitos, y sólo me quedó por poner las cortinas, pues pensaba haberte hecho unas de verano, pensando en que iríamos allí en pleno calor. Ahora parece que no podrás usarlo tan pronto, pero si piensas que aquí no te has de aburrir demasiado, dínoslo enseguida, y te vienes con nosotros, bien aprovechando el viaje de Elena, para que no vengas sola, o combinando el venir en día de fiesta o sábado, para que te saliéramos a buscar a Venta de Baños o donde pudiéramos.
>
> […]
>
> »Ya ves, Elena, las explicaciones que doy a Susi, y te repito nuestro deseo de haberte consolado en los primeros momentos de tu ida a Madrid, que ya sé ha de suponerte un sufrimiento. Pero las cosas han ido por otro lado y comprendemos que quizá no puedas demorar tus asuntos. Procura llevarte

leche para Nano. En Madrid parece que la hay fresca, pero muy poca, y ni allí ni en Burgos se encuentra condensada. No vayas sin vacunar al niño, y a ti misma, de viruela y tifus, porque, según dicen, las condiciones de salubridad de Madrid, aunque ya muy mejoradas, no ofrecen todavía absoluta seguridad.»

Ultima carta que, fragmentariamente, reproduzco. La escribe, ya desde Madrid, y con un tremendo «¡¡*Arriba España!!*» entre doble signo de admiración plantado junto a la fecha, mi tía Susi, que refiere, entre otras cosas que no voy a transcribir, a algunos pintorescos pormenores de nuestro viaje de regreso a Madrid. Debió de ser el mismo, a juzgar por cómo lo cuenta, no sé muy bien si trágico, cómico, épico o todo ello, y me quedo corto, al mismo tiempo…

«Queridos Jorge y Elisa:

»Me tenéis que perdonar por no haber escrito antes, pero es que me fue imposible. Os aseguro que el viaje fue trágico. Cuando nos fuimos de Vigo, la inevitable perra de los tres compañeros, que duró siete u ocho estaciones, casi nada, y luego el pis del niño, y todo por ese estilo. Ya os podéis figurar lo mal que lo pasé, pues yo no sirvo para nada de eso, y lo más divertido es que a Elena se le metió en la cabeza que yo tenía que desayunar, y yo no quería, pues si no ya sabía que tenía que ir a… Y no fui ni una sola vez, así que me porté muy bien gracias a Dios.

»Cuando llegamos a Madrid estaban Angustias y Lutgarda en la estación, y os aseguro que formamos una caravana que parecía de “Petelos”, el caballo me tocó llevarlo a mí, y después de estar queriendo coger un coche durante cerca de media horita, nos tuvimos que ir como los buenos al metro. Allí, ya os podéis figurar la escena. Lutgarda (con muchas pieles que la adornaban por todas partes) chillaba y abriéndose paso entre todo el mundo, el niño diciendo que quería irse a casa, pues si no armaba la perra… En fin, fue, como os decía, trágico. Y cuando, después de todo eso, llegamos a casa, la encontramos desarregladísima y rotas la mitad de las cosas. Para postre, se le antojó a Elena cambiar todos los muebles de la alcoba al comedor y viceversa. Total: que llevamos muchos días sin parar de trabajar, pero ya he visto a toda la familia y…»

Lutgarda era una de las cuatro hijas —junto a Pilar, Maruja y Angustias, a la que ya conocemos— que mi abuelo Gerardo había tenido de su primer matrimonio. Iba siempre, en efecto, y así la recuerdo yo, envuelta en pieles, ínfulas y ademanes de gran señora. Apenas la traté.

Ignoro a qué se refiere Susi con lo de la caravana de Petelos, y no creo, aunque se

lo preguntaré, que lo recuerde. Cosas, juegos, ídolos y mitologías de la época, supongo. ¿Una película, un tebeo, un programa de radio? El tiempo se lo llevó.

El caballito, porque de tamaño natural no sería, con el que tuvo que cargar la autora de esa carta era, sin duda, de juguete, de cartón y del único niño de la caravana. ¡Menudo embolado! Quien con criaturas se va de viaje…

Pero de lo que se trataba era de llegar, en las condiciones que fuesen, pues así es el desbarajuste de las posguerras, al hogar abandonado, poniendo de ese modo punto y aparte a un ciclo de las respectivas existencias de los tres expedicionarios, y entre bromas y veras, sonrisas y lágrimas, insomnios, sobresaltos y tazas de aguachirle y achicoria bebidas en fonduchos de estaciones, lo consiguieron.

«Conque burla burlando terminó la guerra y los tres fugitivos pudieron regresar a Madrid, donde las cosas no habían cambiado tanto —exilios, ejecuciones y cautiverios aparte— como los vencidos temían y los vencedores esperaban. Bastantes edificios seguían lujosa o cochambrosamente en pie, los mismos borrachines continuaban bebiendo el mismo tintorro en las mismas tabernas y los verduleros de siempre voceaban lechugas idénticas a las de toda la vida en lugares de costumbre. Fue, paradójicamente, en la paz cuando los edificios se tambalearon, el vino derivó a matarratas y las lechugas renunciaron a su sabor habitual. Pero antes de que estos acontecimientos se produjeran, y aún en el período de interinidad o receso —casi unas vacaciones— que suele seguir a los armisticios, fue recomponiéndose poco a poco un *modus vivendi* urbano que los más consideraban imprescriptible, o por lo menos crónico, y reaparecieron entre el alivio general las antiguas rutinas. Eso sí: en la confortable vivienda de Dionisio, que Dionisio no recordaba y cuyo único desperfecto (o, según se mire, blasón) consistía en el agujero dejado por una bala tonta en el vidrio del ventano lateral del mirador, faltaba alguien —o quizás algo, una entidad o presencia indefinible— que el niño tampoco podía recordar ni, en consecuencia, echar de menos. Su padre había desaparecido —fúnebre perífrasis judicial al uso de los tiempos— recién empezada la guerra, *paseado* o simplemente fusilado por la nuca en las proximidades de una ciudad castellana de difícil fonética cuyo nombre no conseguía repetir Dionisio. Éste creció y se educó a partir de entonces en el exclusivo y algo exclusivista seno de la familia de la madre y supuso, aunque nunca se lo dijeran ni insinuaran, que a su progenitor —ese telón de fondo, esa nube confusa— se lo habían vendimiado traicioneramente, y quiénes si no, los *malos* o (como los llamaban en la prensa, en la radio y en las clases del colegio de alto copete al que iba Dionisio) los *rojos*, que además —y bien les estaba— habían perdido contra pronóstico la guerra entre cuescos, rebuznos, pendones, volterianismos y coñas.»

Así, tal y como acabo de transcribirlo, evocaría la criatura del caballo de cartón, cuarenta y dos años después, su regreso a la ciudad en la que había nacido y a la casa de la que, no por voluntad propia, había emigrado para irse a Levante, saltar a África, volver a España y conocer el mundo[232].

Dionisio era mi nombre de guerra o, por lo menos, de literatura. Todas las novelas que he escrito son autobiográficas —lo son, en realidad, incluso mis ensayos— y sólo una, la primera[233], no está protagonizada por ese *alter ego*. Seguirán estándolo, si las musas no me retiran su apoyo ni la muerte o la locura se me llevan, las restantes. La que ahora escribo es, hasta ahora por razones obvias, excepción a la regla, pero dejará de serlo en el tercer acto.

Suma, multiplica y sigue… Restar o dividir, nunca.

Nelly convirtió la necesidad en valentía, dio un paso hacia delante, pisó fuerte y salió a flote. Desgranar aquí los pormenores del resto de la andadura de su vida estaría fuera de lugar, aunque cabría escribir, y quizá lo haga alguna vez, otra novela sobre ello, diferente a ésta. Basten aquí, y por ahora, unas pinceladas de pintor impresionista.

Lo primero que hizo, tras resolver las faenas pendientes en la casa, fue buscar trabajos, inventos, mixtificaciones y travesuras que le permitieran pagar sus deudas, salir de apuros, convertirme en hombre de provecho y hacer frente a todo lo que se le venía encima.

No renunció al uso del tercer piso de Lope de Rueda, contraviniendo así sus propósitos iniciales, a los que alude mi abuelo en una de sus cartas. Lo mantuvo, e hizo, sin duda, bien. No era cosa de rebajar su rango, el de su familia, el mío. Cuestión no sólo de honor y de palmito, como a primera vista pudiese parecer, sino de cálculo, de estrategia, de sentido común. Malamente habría enderezado mi madre su vida si desde el primer momento se hubiera avenido a bajar la guardia, a encogerse, a partir de cero y a dar por buena su derrota. No, no. Había que engallar el tipo, mantener —al menos hacia fuera— el mismo tren de vida, seguir viviendo en el barrio de Salamanca, llevarme al mejor colegio de la ciudad, veranear largamente en Alicante y codearse con lo más granado de la sociedad, y eso es lo que, contra viento y marea, punto por punto; hizo. Le salió bien. *Fortuna iuvat*.

Sabía hablar francés. Era ese idioma, después del español, su segunda lengua madre. Lo había aprendido, de labios de sus abuelos, durante los correteos, brincos y retozos infantiles en la casona patriarcal de la Cantera alicantina, con todo el mar de Ulises por delante. Y fue, lo dicho, su tabla de salvación; también la mía. Se puso a dar clases, a troche y moche, a destajo, pero con buen criterio y escogido auditorio, de francés, y consiguió que la contrataran como profesora de esa lengua, que era entonces escolarmente preceptiva, tanto como hoy pueda serlo el inglés, en el colegio de Jesús y María, pijo, pijísimo, distinguidísimo, y también la contrataron para lo mismo, para dar clases de francés a las madres ociosas y a sus polluelos, las mejores familias de la ciudad, los marqueses de Vega de Anzo, los de Argüelles, los March, y puso también, no contenta con lo dicho, y asociándose para ello con su primo, Joaquín Ruiz-Giménez, y con otros prestigiosos abogados, la gestoría Ultreya, cuya

sede —que yo convertiría más tarde en picadero juvenil, laboratorio de incipiente literatura y foco de conspiraciones carbonarias— se encontraba en la calle de Preciados, a un tiro de la Puerta del Sol, y…

Todo el mundo la ayudaba. ¿Cómo no iban a hacerlo? ¿Cómo dar con la puerta en las narices respingonas a aquella viudita rubia, de melena corta, dulce, expresiva, risueña, culta, primorosamente educada, maltratada por el destino, víctima de una guerra entre hermanos que a todos avergonzaba y madre de un niño sin padre y de cortísima edad al que, por encima de todo, a contrapelo del mundo y de sus pompas, tenía que criar, desasnar y sacar adelante?

¡Claro que la ayudaban! Lo hizo, incluso, pese a su proverbial tacañería, el bueno de don Roger, su padre, que no nadaba ya, tampoco, en la antigua opulencia, pues eran tiempos difíciles para todos y tenía que mantener a su segunda esposa y a Susi, pero que le asignó una pequeña subvención mensual. Cuatrocientas pesetas me parece que le daba. Y de ese modo, algo de aquí, algo de allá, sumando ingresos y reduciendo gastos con gentil talante de hormiguita ahorradora, fuimos Nelly y yo saliendo del atolladero en el que la guerra nos había enjaulado y abandonado.

El abuelo y Matilde regresaron en seguida a Madrid. Susi volvió a su cuartito de siempre en el piso de arriba, dejó atrás la adolescencia y llegó a ser una de las mujeres más guapas de la ciudad, lo que no le granjeó, a lo largo de su vida, felicidad alguna, sino, más bien lo contrario. Fue una trampa. Suele pasar. Sabido es que la suerte de la fea…

¿Jorge y Elisa? Se instalaron definitivamente en El Ferrol, nació su primer hijo —*Cuchi*— en 1939, vinieron luego otros cuatro, de los que sólo uno —*Jose*— ha muerto (era simpatiquísimo, un encanto de hombre, tan vital, tan efusivo y tan generoso como su padre) y… Ya sabemos en qué pararon: ley de vida y de desencarnación. Pero los dos fueron, hasta que prematuramente (en el caso de Elisa) se detuvo la primera, tan felices, aunque sin muchas perdices, como sólo lo son, a partir de la última línea de los cuentos para niños, los príncipes azules y sus princesas consortes.

Las mujeres y los niños de Huelva también volvieron a la casa de los mil balcones en la madrileña calle de Hermosilla horas después de que la guerra, oficialmente, terminase y campo a través de un país de corazón helado en el que las pobres gentes y la soldadesca en desbandada rustían y recomponían sus ateridos huesos en hogueras fantasmales. Así lo recuerda *Manino*.

Mi abuelo Gerardo, cada vez más excéntrico, indiferente y extravagante, se jubiló de todo, se atrincheró en la lectura y se emparedó tras una granítica muralla de sordera. Mi abuela Mercedes, aplastada por el peso y agarrotada por el fórceps de la enfermedad de Parkinson, fue encorvándose hasta llegar a ser un garabato y encogiendo la voz hasta el susurro, mientras yo, con la alegre crueldad y cantarina despreocupación de los niños, la rehuía. Seguro que Dios, Osiris o los Señores del Karma me la tendrán guardada y lo habrán cargado en mi cuenta de ultratumba.

Angustias siguió soltera. Siempre le tuve especial cariño, y ella lo correspondía.

Alicia, madre de Lourdes Ortiz, la otra escritora de la familia, contrajo matrimonio con mi tío Daniel, fotógrafo falangista e hijo de fotógrafo falangista, que derivaría después hacia la izquierda y que aún, lúcido, vive. No así su mujer, ni tampoco Angustias. Ni casi nadie, ay, Señor. ¡Qué escabechina!

Mi tía Concha —la de San Rafael, la de Vegas de Matute, la de Valladolid, la de El Conquero— fue la última, de todo aquel grupo, que dejó la tierra.

Ya conté, hace mucho, que Modesto Sánchez Monreal, hermano mayor de mi padre, fue encarcelado en Madrid a poco de terminar la guerra, lo condenaron a muerte, lo indultaron, tuvo otras dos hijas —Pili y Maribel— y nunca, bajo el Régimen del Caudillo, volvió a ejercer, represaliado, su profesión de periodista. Murió en la cama, de repente, cuando su mujer estaba a punto de subirle el desayuno y antes de que el dictador lo hiciera.

Triste consuelo, acaso, el que ahora voy a expresar, pero estoy seguro, porque la limpieza y nobleza de sus vidas me lo avala, de que todos mis muertos descansan, por fin, en paz.

¿*Viudita*, dije antes a propósito de Nelly?

También dije, más atrás, que nunca aceptó ni se aplicó ese término.

Buscó a su marido, claro, en los primeros días, semanas, meses y años de la posguerra. Removió tierra y cielo, infierno y gloria, cárceles, cuarteles, cementerios, covachuelas y archivos, y nada. Ya lo había escrito, mucho antes, Bécquer: «*¡Qué solos se quedan los muertos!*»

De semejante trantrán, rescatados del polvo y el comején sabe Dios por qué entresijos, únicamente quedan, y es milagro, unos pocos documentos. Están ahora delante de mí. El más antiguo, fechado en Madrid a 3 de abril de 1940 y firmado por don Cándido García Caamaño, «secretario accidental del Juzgado de Primera Instancia número tres de esta capital», da fe y cuenta de la solicitud de «declaración de herederos *abintestato* por fallecimiento de su esposo don Fernando Sánchez Monreal» cursada por doña Elena Dragó Carratalá, así como de la resolución dictada al respecto por dicho juzgado, en virtud de la cual se me designa único beneficiario de la magra herencia —alrededor de veinticinco mil pesetas— dejada por mi padre, «con reserva a la cónyuge viuda de la cuota legal usufructuaria que a su favor establece el artículo 834 del Código Civil». Todo, pues, normal, de oficio y de ordinaria administración, pero quizá no lo sea tanto el hecho de que en el antepenúltimo renglón del primer folio del pliego se mencione taxativamente el 8 de noviembre de 1939 como fecha de la defunción de mi padre; y lo mismo, por cierto, se asegura en la instancia que mi madre dirigió el 2 de octubre de 1942 —día de mi sexto cumpleaños— al presidente del Montepío de Periodistas Asociados de Madrid en demanda del reconocimiento de la pensión de viudedad que en justicia le correspondía. Ignoro si se la concedieron, habida cuenta de que su marido, al fin y al cabo, había muerto, oficialmente, por ser, en teoría, rojo, pero tuvo, en todo caso, que renunciar a ella, si es que la recibía, al contraer su segundo matrimonio. Muchos años después, ya en mi adolescencia, mi tío Modesto se las apañó para que la Asociación de la Prensa me asignara la cantidad, no tan exigua como hoy pudiese parecer, de ochenta duros mensuales en concepto de pensión por orfandad. Mi padre seguía, así, presente, pero de forma tangible, fungible, material, y no sólo espiritual, psicológica e invisible, en mi vida. Y créaseme si digo que eso, por insignificante que ahora se nos antoje, fue para mí, rapaz sin una mano de varón que me guiase y apretase la mía, adolescente sin modelo viril, muchacho a la deriva, veleta sin espigón, barco sin mástil, brújula sin norte, muy importante, aunque en aquel momento no me apercibiese de la relevancia del suceso. Me dio éste fuste, quilla, eslora y navegabilidad. Me inculcó firmeza. Me tranquilizó. Me conmovió. Me enorgulleció. Y lo agradecí.

Era, todo ello, natural, comprensible, pues a partir de ese instante ya no fue sólo mi padrastro quien llevaba dinero a casa. También yo lo hacía, aunque fuera de modo

simbólico, virtual, pues los ochenta duros recibidos se destinaban íntegra y escrupulosamente, hasta su último céntimo, al cuidado de mi persona y no al parcial alivio de los gastos de la familia; y lo hacía, y ése era el intríngulis, porque mi progenitor, personándose, *personificándose* y retratándose, me lo daba, dejando así de estar ausente. Era no sólo una aparición, sino —casi— una resurrección.

Y en cuanto a lo del 8 de noviembre —mes de los muertos— de 1939, año del triunfal Desfile de la Muerte, y de la Victoria, por las calles de Madrid, bien está, vale, no lo removamos ni le busquemos vueltas a las covachuelas, los ministerios, los juzgados, la burocracia y el papeleo. Se trata, a todas luces, y tengo, además, pruebas escritas de ello, de la fecha en la que, meramente, se dio por buena, se inscribió y se certificó la defunción de quien había fallecido de muerte violenta tres años, un mes y veinticinco días antes. Cosas, una vez más, de la jodida guerra, que todo lo desbarajustaba, lo ponía patas por alto y no respetaba ni tan siquiera la cronología, el fuero y el huevo del último suspiro.

Más papeles, más documentos, más protocolos y, reflejadas en ellos, escaramuzas de poca monta entre mi madre y su cuñado Modesto. Recuérdese cuán profusamente expuse en el primer acto a propósito de las máquinas de escribir que menudeaban por mi casa cuando yo era, en ella, niño. Pues bien: ya está aquí otra vez su tableteo…

> «Reunidos en Madrid a 23 de junio de 1942, y ante don Joaquín Ruiz-Giménez Cortés.
>
> »De una parte, doña Elena Dragó Carratalá, viuda de Sánchez Monreal, en su propio nombre y en el de su hijo menor de edad Fernando Sánchez Dragó.
>
> »Y de otra, don Modesto Sánchez Monreal, en su propio nombre.
>
> »Manifiestan:
>
> »Primero.— Que habiendo existido entre ambos discrepancias sobre la propiedad de los muebles, máquinas de escribir y demás accesorios que constituyeron la Agencia Noti-Sport, han mantenido las conversaciones necesarias para llegar a una solución amistosa en este asunto.
>
> »Segundo.— Que como resultado de estas gestiones han decidido transigir en sus puntos de vista y convenido las siguientes estipulaciones.
>
> »Primera.— Doña Elena Dragó Carratalá, en la representación que ostenta, se obliga a entregar a don Modesto Sánchez Monreal, contra recibo de éste, el siguiente material de escritorio:»— Una máquina de escribir marca Underwood, n.º 3579224-5.
>
> »—Una mesita para máquina de escribir con cajones.
>
> »—Una mesa de despacho grande, de color caoba, con cajones.
>
> »—Un armario metálico de tamaño grande.
>
> »Segunda.— Don Modesto Sánchez Monreal recibe en plena propiedad el

material reseñado en la estipulación anterior, dándose por satisfecho en sus derechos.

»Tercera.— Ambas partes dan por resueltas con la firma del presente convenio todas las cuestiones que entre ellos existían con motivo de la liquidación de la Agencia Noti-Sport, obligándose recíprocamente a no instarse reclamaciones ulteriores por este concepto.

»Y cuarta.— El presente convenio podrá ser elevado a escritura pública a voluntad de cualquiera de las partes, siendo en tal caso de su cuenta los gastos que por este motivo se originen.»

Siguen las firmas de mi madre y de mi tío.

Éste, en un escrito anterior, había manifestado, entre otras cosas, las que a continuación, por parecerme significativas en la trama de mi relato, reproduzco fragmentariamente:

«Que pretender quedarse con todo es, en mi opinión, un despojo y un aprovechamiento de las circunstancias por falta de materia escrita y ser ella depositaria, circunstancia que —no podrá negarlo— halló en mí toda clase de facilidades para que así fuese. Recuerde cómo habían estado las máquinas distribuidas durante la guerra en diferentes casas y se procuró su recuperación y concentración.

»Que por mi parte y en la esperanza de poder en alguna ocasión reanudar aquel u otro negocio, no hay inconveniente en que ella continúe como depositaria, de momento, o que se vaya al reparto equitativo entre todos los propietarios, si lo prefiere.

»Que es para mí muy triste ahora que tengo que empezar a enfrentarme nuevamente con la vida, y que puedo hallar medio en que ganarme el sustento en los trabajos mecanografiados hasta que logre cosa mejor, no disponer ni de UNA MÁQUINA (aunque sea en calidad de depósito) cuando hay SIETE sobre parte de las cuales tengo derecho y que están inusadas, mientras que he de ir mendigando a otros sitios para que me las faciliten.

»Que para mí es obligación moral y fuerte deseo poder seguir considerándola como la mujer de mi hermano, al que, como a ella misma, tengo dadas muchas pruebas de cariño y consideración, y aunque no está en mi ánimo recordar los favores hechos, porque nunca los hice con la intención de que me los agradecieran, sino por considerarme moralmente obligado, puede ella recordar cuánto hice desde Valencia, durante la guerra, para que no le faltase comida como a otros familiares, cómo fui a despedirla a Alicante cuando salió de España y los arbitrios que utilicé para que dispusiese de dinero en francos, unos cinco mil, que por diversas circunstancias, pero todas extrañas a mí, no he recuperado.»

Escribió Borges a propósito del tango: «Una canción de gesta se ha perdido en sórdidas noticias policiales».

O, en este caso, judiciales, que tanto montan.

Hay también una carta remitida por don Roger a Jorge el 1 de julio de 1939 —muy poco después, por lo tanto, de que Nelly, Susi y yo llegáramos a Madrid— en la que mi abuelo alude, sin entrar en detalle, a un «*posible enfriamiento de la amistad entre Angus y su familia*», por una parte, y —por la otra— *Elena*. Sería, es de suponer, por cosas parecidas a las que el acuerdo jurídico que acabo de transcribir refleja al trasluz.

Pero, ya para entonces, en un día del mes de junio de 1939 que no se precisa, mi madre había incluido en otra carta, cuyos destinatarios eran Jorge y Elisa —«*queridos hermanitos*», dice su encabezamiento—, el siguiente párrafo:

«Mis asuntos se van solucionando y con Modes no puedo pelearme ahora, porque está delicado. En cambio, con su mujer el día menos pensado se va a armar. ¡Es terrible, y yo que no tengo ganas de reñir!»

Angus era, obviamente, mi tía Angustias, un pedazo de pan bendito, y *Modes*, su hermano de padre, como de ella también lo había sido, más joven, el periodista asesinado en Burgos.

Estrecheces económicas, miserias familiares, trastornos de la guerra, reajustes de la posguerra… Yo, niño aún, nunca —ni antes, ni después— supe absolutamente nada acerca de tan nimios, y estúpidos, altercados. Los descubro ahora, y duelen. Desvaneciéronse, eso sí, sus consecuencias en seguida y todo volvió a su cauce. ¡Qué familia, en sus dos ramas, tan discreta!

¿He dicho ya que Joaquín Ruiz-Giménez era primo de mi madre? Sí, lo he dicho. Y juez de paz, por añadidura, como se ve. Luego, en los años difíciles, aunque divertidos, de mis encarcelamientos, sería, a veces, mi abogado. Muchas gracias, tío Joaquín.

De todo el rifirrafe me quedo, literariamente hablando, con la estampa, patética, de aquel periodista otrora bien situado y aún joven —mi tío Modesto— que al salir de la cárcel, y hasta que pudo levantar cabeza como oficinista de una empresa del ramo de la minería, no tuvo más remedio ni encontró mejor recurso que el de ganarse la vida como humilde mecanógrafo. Impresiona que utilice el verbo *mendigar*, aunque lo haga en otro contexto. De tales apuros tampoco se me dijo, nunca, nada.

Tengo ahora frente a mí, en una esquina del escritorio, parte de la parva, casi inexistente herencia que me dejó mi padre…

Es una bala de considerable tamaño, a la que quizá —no lo recuerdo— me haya referido alguna vez en estas páginas. Todo un símbolo, que siempre, de casa en casa, de mudanza en mudanza, viene conmigo y encuentra inmediato acomodo al alcance de mi vista.

¿Una bala? No, bala, lo que se dice bala, hablando con propiedad, seguro que no lo es. Tendrá otro nombre, más exacto, más idóneo, pero yo no atino a ponérselo. Lo ignoro casi todo acerca de las artes artilleras. Fui, en la *mili*, zapador. Jugué poco de niño, apenas nada, pese al éxito que tenían y a la atención y expectación que entre mis coetáneos suscitaba, con los célebres soldaditos de plomo, baratísimos entonces y hoy, por su precio, inalcanzables. Me despacho por guerrero, cierto es, pero lo soy de caballería y arma blanca. Dese por seguro que, si me viese constreñido a la defensa propia, de mi gente o de alguna doncella desvalida, recurriría únicamente a la *katana* del *ronin* o samurai errante, sin señor, sin clan, sin causa y sin tierra. Soy, pues, en todo lo relativo a lo castrense, la estrategia, el polvorín, la fusilería, la balística y, en general, la panoplia, un absoluto analfabeto. Quizá Ruiz Vega *Watson*, que sabe mucho más que yo de todo eso, me saque mañana de dudas. Se lo preguntaré. Hoy es domingo, y no anda ese cuate por aquí.

Debe de ser la dichosa bala, por su envergadura —notable, ya lo dije—, su calibre y su forma, aerodinámica, además de muy pulida y muy bruñida, un proyectil de esos a los que llaman obuses y de los obuses salen.

No sé si alguna vez se disparó, aunque de mentirijillas desde luego, no es, pero me consta, porque mil y una veces me lo explicó mi madre, que mi padre nunca se separaba, igual que yo lo hago ahora, de tan curioso objeto. Era su talismán, su escapulario, su fetiche, aunque no su *detente bala*, pues murió por ellas, y yo, cuando lo contemplo y lo toco o, más bien, lo acaricio, cosas —las dos— que hago a menudo, es como si estuviese contemplando y acariciando al hombre que me lo legó.

Heredé, además, su cama de soltero —que jugará un papel en esta historia—, el crucifijo que la presidía, unas viriles ligas de calcetín y una muela, que también aparecerán más adelante[234], así como la ropa de alta montaña que adquirió para irse de viaje de novios con Nelly a las olimpiadas de invierno de Garmisch-Partenkirchen. Fue esa luna de miel, seguramente, por lo que una y otra vez oí decir a mi madre, con ojos encendidos y turbadora insistencia, hasta casi el final de sus días, el momento más feliz de su existencia.

Aquella ropa —equipo completo de esquí de la mejor calidad, una chaqueta de espiguilla de buen paño con refuerzos de piel en los codos, unos pantalones de grueso *tweed* y unas convincentes botas claveteadas *made in Germany*— ya no existe. La desgasté yo, hijo de quien apenas pudo utilizarla, en mis años de universidad. Duró mucho. Era un atuendo, para aquel lugar, y para la época, extravagante. Me gustaba. Creía, incluso, y sin fundamento, supongo, que las chicas lo admiraban y mis compañeros lo envidiaban.

Me quedan también algunas fotos, algún objeto de oficina, algunos documentos —en su mayor parte ya citados aquí— y, sobre todo, porque y lo que más me importa y me consuela, una viejísima máquina de escribir de marca Underwood, lo que se dice un dinosaurio, un armatoste, que aún, cuando lo requiero, cosa que a veces hago, cumple, obediente, impertérrito, pedernalino, con su deber. Ya he dicho que en sus

teclas siguen —tiene que ser, forzosamente, así— las huellas dactilares, mezcladas con las mías, del periodista Fernando Monreal[235].

¿Y su ADN?

Veremos.

Es todo, sí. Acaricio la bala —el obús—, y el obús —la bala— me lo confirma. No es un objeto inanimado.

Nelly, cuando ya no necesitaba de ayudas ni de recursos ajenos para hacer frente a sus gastos y a los míos, porque su trabajo de profesora de francés prosperaba, era sólido y tenía ante sí un horizonte despejado, se casó repentinamente, tras una larga relación de amistad que no fue ni pareció noviazgo, con un perito mercantil e interventor del Ministerio de Hacienda, entre otros cargos, y hombre de posibles, que carecía de atractivo físico e intelectual, aunque no de virtudes morales, tenía cuarenta y tres años, era agradabilísima persona de la que sólo guardo buen recuerdo y procedía, lo que de seguro no fue óbice, sino aliciente, a una de las dos o tres mejores familias de la ciudad de Soria.

No lo hizo —la esposanda— por amor ni creo que su segundo marido, hombre extraordinariamente razonable y con los pies bien plantados en la tierra, se lo tuviera, en el sentido que la mitología de la pasión confiere a esa palabra, ni se lo demandase.

Lo hizo, estoy seguro, y lo están (y lo estuvieron entonces) todos, por mí. Y si, al optar por esa solución y vía de salida, que no era ya, como he dicho, estrictamente necesaria, acertó o se equivocó en lo relativo a mi futuro, es cosa que no cabe por ningún medio elucidar, pues los condicionales y los futuribles pueden ser, ocasionalmente, vectores que no carezcan, por definición, de fundamento, pero que, incluso cuando lo tienen, siguen siendo irreales y son, por ello, aunque tentadores y, a menudo, halagadores, inútiles brindis al sol. La historia se adivina, a veces, pero nunca se reescribe.

Suelen llegar, por otra parte, a mejores puertos los matrimonios de razón que los inspirados por la pasión. Tenía Nelly treinta y seis melosas y mimosas primaveras, bien llevadas, cuando por segunda y última vez en su vida —y con sobrio y elegante traje de chaqueta, que yo recuerdo negro y que, desde luego, fuese del color que fuese, blanco no era— acudió al altar de la parroquia que le correspondía, y todo, en sus segundas nupcias, transcurrió, a partir de ese instante y hasta que la muerte de mi padrastro, acaecida treinta y nueve años después, truncó la racha, viento en popa a media vela.

A media, digo, modificando el verso, porque faltaban, como ya expliqué, para hacerlo a todo el ruido y la furia, las risas y las lágrimas, el tormento y el éxtasis de la pasión.

Tuvieron —Guillermo y Elena— dos hijos… Mis hermanos: Billy y Marilén. Al primero le saco poco menos de una década; a la segunda, trece años. Más adelante

tendré que hablar de ellos o, mejor dicho, sólo de él, de Billy, pues también figura éste, de rebote y carambola, en la lista de los efectos secundarios y colisiones tangenciales originadas por la desaparición criminal del primer marido de su madre.

Los dos viven, y nuestras relaciones son y han sido siempre lo que el susodicho grado de parentesco implica: *fraternales,* amistosas, sosegadas y cargadas de recíproco afecto y de prudente intensidad.

El día 12 de abril de 1954 —tengo ahora ante mí el ejemplar del periódico *ABC* que da puntual cuenta de ello en su portada, en sus páginas de huecograbado y en las de la sección de política nacional— el buque *Semíramis,* fletado por la Cruz Roja, cargado de españoles que venían de Rusia y procedente de Odesa, rindió viaje en uno de los muelles del puerto de Barcelona. El barco rayó en la bocana de éste a las cinco en punto de la tarde y fue recibido, al decir del ABC, «por una inmensa multitud que tributó a los ex prisioneros, entre un estruendo inenarrable de vítores, saludos, aclamaciones, estallar de cohetes y ulular de sirenas, la acogida más entusiasta y admirable que recuerda la historia de la generosa y nobilísima Ciudad Condal». Eran, quienes venían a bordo, tripulación aparte, repatriados que regresaban a su país tras haberse acogido a la dura hospitalidad estalinista de la Unión Soviética en los no menos duros años de la guerra civil y, sobre todo, al término de la misma. Acababa así, para ellos y para sus familiares y amigos, la pesadilla, maldición dantesca e infernal aventura de un exilio liberticida que los había llevado de la Guatemala de nuestra guerra al Guatepeor del padrecito Stalin.

El pie de una de las fotos reproducidas por el *ABC* en sus páginas interiores decía, literalmente, cuanto sigue: «Un cartero, con su cinta que le declaraba viejo y afortunado "divisionario", entrega a los ex cautivos las cartas de la madre, de la mujer, de la novia que esperó trece años la llegada del prometido.»

Y, en torno a ese mensajero y portador, se supone, de recados de bienvenida y esperanza, aunque también los habría, imagino, de fúnebre y doliente desespero, un arco de cabezas con rostros expectantes se inclinaba sobre el manojo de sobres que el cartero iba, poco a poco, desgranando, descifrando y entregando a los titulares de los nombres y apellidos que en ellos aparecían.

Pues bien: el propietario de la más visible de esas caras, cogida de perfil por quien sacó la foto al sesgo, sí, pero desde un ángulo y con un escorzo casi frontal, se parecía extraordinariamente, que ni calcado, vaya, al primer marido de Nelly.

Y ésta, al verlo, enloqueció.

No cabe otra palabra ni era, tampoco, para menos. Estoy viendo ahora, mientras escribo, la foto en cuestión, y forzoso es reconocer que impresiona.

Impresiona y emociona. No era el hombre de la foto, sobra decirlo, mi padre, pero se le parecía tanto, tanto, tanto, que…

Lo he contado ya. Lo hice en mi novela *Las fuentes del Nilo*, y superfluo sería

volver a hacerlo. Introduzco y reproduzco aquí, tal cual, el fragmento que dediqué, en ese libro, al episodio de momentánea locura de amor protagonizado por mi madre. Fue para mí, entonces, y quizá lo siga siendo ahora, turbador, muy turbador, y por ello, a la vez, un momento estelar, insoslayable, inolvidable, de mi existencia.

Modifíquense algunos pormenores del relato, y está hecho. No era yo, aún, un niño, como se dice en él, sino un mozuelo ya, de diecisiete años, muy leído, poco corrido y algo confuso, y no tenía, por supuesto, el sarampión, me lo impedía la edad, sino una pleuritis que derivó a infiltrado y se eternizó. Valencia es Barcelona. El *Escipión* es el *Semíramis*, que nunca fue buque de guerra, sino de lo contrario; y la foto del *ABC* mostraba su cubierta, no su borda ni su escalerilla. Cristina es Nelly, que no estaba, a la sazón, embarazada: había dado ya a luz, tiempo atrás, a los dos hijos de su segundo matrimonio. Ernesto es Modesto. Maruja es Susi. Irene es invención. Bermúdez era un amigo influyente de los Sánchez Monreal y se llamaba, efectivamente, así. Santiago es mi padre. Dionisio soy yo.

El relato…

«La segunda experiencia amorosa del niño fue más grave, casi una sobredosis letal, aunque el asunto no lo concerniera directamente o quizás a causa de ello, porque sólo pudo asistir al lance desde cerca, sin intervenir en él ni padecerlo ni disfrutarlo ni compartirlo. Ocurrió —las primeras revelaciones de su vida se produjeron casi siempre en convergencia o coincidencia con alguna enfermedad— estando en cama con sarampión. Sobremesa de un día laborable: su padrastro en la oficina, pegajoso calor de calefacción, fiebre y penumbra, bombillas envueltas en celofán colorado, entornadas las contras del mirador del dormitorio principal —que Dionisio sólo recuperaba (y aun eso en horas diurnas) por causa de alifafe o indisposición— y cuchicheos entre su madre, recasada un par de años antes, y el tío Ernesto, sentados los dos en sendas butacas de caoba, tapicería floreal y estilo rococó. El enfermo, aparentemente adormilado por la digestión, los piramidones, la debilidad y la fiebre, no lo estaba del todo. Y a retazos, en detonaciones y oleadas sucesivas, parte de la conversación le llegó a los tímpanos y a la conciencia hilvanándose con el borroso atisbo —las ve aún hoy, nunca dejará de verlas— de dos imágenes: la de la mujer, agitada, sin maquillar, tensa, casi llorosa, y la del hombre, que mira desconcertado un periódico —el sempiterno *ABC*— y hace por calmar a su interlocutora.

»—No te precipites, Cristina. Cuenta hasta diez y piénsalo dos veces. Yo no digo que no sea, no excluyo la posibilidad, pero hay que comprobarlo. No te puedes fiar así como así de una fotografía. Reconozco que a primera vista se parece a mi hermano…

»—No se parece: *es* —apoyaba todo el gesto y las cuerdas vocales en el monosílabo— tu hermano en persona, idéntico a cuando se fue. Estoy absolutamente segura. Míralo bien: el mismo pelo, la misma cara, los mismos ojos… Sólo hay un hombre en el mundo que tenga los ojos así. O, mejor dicho, dos —se interrumpió para mirar a Dionisio, que en el acto cerró los suyos y se puso a respirar acompasadamente—, pero el otro está ahí y es su hijo…

»—Cristina…

»Imposible frenarla. Siguió hablando con vehemencia, entrecortadamente.

»—Y, además, el gesto… ¿No reconoces el gesto? Es Santiago, te digo que es Santiago. Lo sabía, lo sabía… Sabía que no estaba muerto, que no podía estarlo. Y ahora, ahí lo tienes…

»—Cálmate, Cristina. Siempre has sido muy novelera. Esas cosas sólo pasan en las películas. ¿Cómo vas a fiarte de una foto sacada al buen tuntún, con gente por todas partes y borrosa? España está llena de tipos así, morenos, ni altos ni bajos, vestidos de esa forma…

»—¿Crees que no voy a conocer al padre de mi hijo, al único hombre que he amado en mi vida? Te digo que es él, no le des más vueltas… Pierdes el tiempo. Y ahora mismo cojo el primer tren para Valencia.

»—Me parece una decisión muy sensata… ¿Y qué explicación vas a darle a tu marido, si es que se me permite preguntarlo?

»—No es mi marido. Ahora ya no es mi marido.

»—Lo es, y tú lo sabes, mientras no se demuestre lo contrario.

»—Lo contrario se demostrará inmediatamente. Mi segundo matrimonio no puede ser válido si yo no soy viuda. Y no lo soy, ya no lo soy, no lo he sido nunca. Santi estaba vivo, lo ha estado todo el tiempo.

»—¿Sin molestarse en escribirte?

»—No le dejaban. No tenemos relaciones diplomáticas con Rusia.

»—¿Qué tiene que ver la diplomacia con el correo?

»—Mucho. En este caso, mucho.

»—Sabes de sobra que tu prima Irene recibe todas las semanas carta de Moscú.

»—Sí, pero a través de la Cruz Roja.

»—Muy bien… ¿Y por qué Santiago no utilizaba el mismo sistema?

»—¡Qué sé yo! Estaría castigado. Ya lo conoces: siempre ha sido incapaz de callarse… O a lo mejor tiene amnesia. En las guerras y en los cataclismos abundan los casos de amnesia.

»—¡Y dale con las novelerías!

»—Puedes pensar lo que quieras, pero no vas a convencerme. Ahora ya no es como antes, ya no es cuestión de corazonadas ni de cabezonadas, sino de mirar las cosas con los ojos abiertos. ¿No ves que está ahí, en la foto, que ni

pintado, tal cual, el mismo de siempre, mi Santi, tan vivito y coleando como la tarde[236] en que se marchó?

»—Ten un poco de paciencia… De paciencia y de prudencia. ¿De qué sirve embalarse? Llevas más de diez años esperando este momento. ¿Se va a caer el mundo si resistes aún unos días? Hazlo por el bien de Dioni, aunque sólo sea por él, por tu hijo… Te prometo que me informaré, que moveré cielo y tierra, que meteré en danza a todas las amistades. Ahora mismo, si quieres, llamo a Bermúdez. Bueno, ahora no, no serviría de nada. Le llamaré esta noche. Ya verás cómo en seguida averigua algo. Tiene que haber listas de nombres en alguna parte, en la Cruz Roja, en el ayuntamiento de Valencia, en Gobernación…

»—No me importan los nombres. Puede habérselo cambiado. Me fío de lo que veo. Y de lo que siento, de lo que *sé*…

»Volvió a apoyarse, entera, en la palabra. Y siguió:

»—Precisamente por eso, porque llevo más de diez años esperando, no estoy dispuesta a seguir haciéndolo. La suerte se coge al pasar. Y si no la coges así, se te escapa. Me voy a Atocha con lo puesto. Algún tren habrá, ¿no? Aunque sea un mercancías. Con tal de llegar a Valencia mañana por la mañana…

»Parecía a punto de levantarse. Ernesto volvió a la carga por la línea de menor resistencia:

»—¿Y Dioni?

»—Mi hermana Maruja se ocupará de él. Ahora mismo la telefoneo.

»—Espera. Te lo pido por última vez. Ya verás cómo luego te alegras de haberme hecho caso. Dame un día, un solo día. No lo tires todo en un momento a cambio de nada. Tienes un marido, que hoy por hoy es legítimo, y para colmo estás embarazada. ¿O es que todo eso no cuenta para ti? ¿No merece lo que llevas ahí dentro un día de plazo, ni siquiera un día de plazo?

»—De plazo en plazo se me está yendo la vida, Ernesto. Tú no sabes lo que es esperar y desesperar un año detrás de otro, con el corazón en vilo cada vez que llaman al timbre, o que suena el teléfono, o que llega una carta… ¡Y me pides un día, un día más, después de miles y miles de días vividos así! No puedo. Mi paciencia se ha agotado. Te lo aseguro. Estoy seca de tanto esperar. Ahora mismo cojo el portante y me largo a Valencia como sea. Como sea… —recalcó—. Si no hay trenes, puedo irme en taxi, o en autobús, o incluso parar un camión. No sería la primera vez…

»—Chsss… Dioni nos está escuchando.

»Silencio. Tictac de un reloj. Dos lágrimas sigilosas y patéticas corrieron por las mejillas de la madre. La acción sustituyó a las voces. El hombre y la mujer se levantaron y salieron sin hacer ruido de la habitación, dejando el *ABC* en la butaca. Dionisio esperó a que sus pasos se perdieran en el fondo

del pasillo y fue, de puntillas, hasta el periódico. Le temblaban las piernas. Se lo llevó a la cama —no era cosa de que lo sorprendieran fuera de ella— y empezó a hojearlo con nerviosismo, buscando la cara del Ausente y el nudo de la cuestión. No tardó mucho en encontrarlo, y en encontrarla, a pesar de la penumbra rojiza y de sus ojos debilitados por la enfermedad. La fotografía estaba en la sección de huecograbado: un rostro casi infantil, o por lo menos de estudiante, perdido entre otros muchos a lo largo de la escalerilla y de la borda de un buque de guerra. ¿Tan joven seguía siendo su padre? Dionisio lo buscó —se buscó— por entre las facciones correctas, alborotadas y vivaces de aquel individuo sin nombre. Después, con ágiles dedos de lector empedernido, localizó rápidamente las páginas de información nacional y leyó, en la primera, un grueso titular a tres columnas que decía: "Llegada a Valencia del *Escipión* con el primer grupo de repatriados españoles procedentes de Rusia".

»Entonces —como un trallazo, con un dolor muy parecido al de aquella vez en que, en el recreo, le machacaron las partes a conciencia con una pelota de cuero de mastodonte chutada a bocajarro— lo entendió todo: la conversación, rota en susurros y en chispas, y las lágrimas de su madre. Entendió el misterio y el sigilo. Y, por primera vez en su vida, entendió —sintió— eso, absurdo, escurridizo e inexplicable, que los mayores llamaban angustia.

»También tuvo miedo, vencido en seguida por el aldabonazo de la curiosidad. Volvió, pues, a la foto —aquel estanque de Narciso que le manchaba los dedos de tinta— y la escrutó sin atreverse a parpadear hasta que todas las caras, superponiéndose, se confundieron. Fue entonces cuando recordó, sin saber por qué, la frase trivial e inútil de su tío: "Esas cosas sólo pasan en las películas." Y al mismo tiempo, bruscamente, como si un golpe de aire le cerrara la puerta, el niño perdió la noción de su identidad.

»Fue sólo eso: un instante minúsculo y fugitivo. Luego, sin traumas, olvidó la pérdida y tardó nada menos que veintisiete años en recordarla y en recobrar, de paso, lo perdido. Pero cada historia en su momento.»

Conclusión… Sólo cabe una, la del tango: *veinte años no es nada*. Habían transcurrido dieciocho desde que mi padre salió, al estallar la guerra, rumbo al sur, y su viuda seguía tan enamorada de él como lo estaba el día en que lo hizo.

Reanudo el relato…

«Aquella noche, otra vez en el cuarto —en *su* cuarto (y en la cama de su padre)— del fondo del pasillo, con la habitación nupcial nuevamente ocupada o invadida por quien quizá no pudiera seguir haciéndolo veinticuatro horas más tarde —el plazo pedido y, evidentemente, obtenido por Ernesto—, Dionisio pensó y soñó y trasnochó como sólo en otra encrucijada estelar (y

ejemplar) de su breve existencia lo había hecho. E igual que entonces, atrapado en el círculo del eterno retomo, con claridad e intensidad cegadoramente desconocidas, oyó por segunda y última vez la respiración jadeante y rítmica —casi un corazón latiendo— del primer propietario de aquella lustrosa cama de bronce heredada por derecho de sangre. Y fue otra vez el reloj de péndulo, y fueron los crujidos de la madera, el bulto de los muebles, los inexplicables portazos y el concierto de las cañerías. Y así, vaivén del sueño y del insomnio, hasta que —de bruces en éste y en sus propias y crecederas contradicciones— Dionisio encendió la luz de la mesilla, se dejó ir al llanto, comprobó que las lágrimas disolvían la angustia y rezó pidiendo simultáneamente dos dones incompatibles. Uno: que el desconocido de la fotografía fuera, de verdad, su padre. Y otro: que su madre no huyese como una loca a Valencia tirándolo todo en un momento y a cambio de nada […].

»A media plegaria —milagros (o lo dicho: misterios) de la fe— la respiración de su padre, aunque no su representación incolora, se desvaneció para nunca más volver y Dionisio recuperó la dulzura y la firmeza del sueño con la naturalidad que suele tener la calma después de las tempestades.

»Al día siguiente —se despertó después de las doce— las aguas estaban tranquilas. Su madre, silenciosa y con ojeras, le trajo el desayuno, lo arropó, le puso el termómetro, le hizo un lavoteo de gato con colonia *Añeja* y le preguntó casi sin voz que cómo iba. Dionisio dijo que *bien, mucho mejor, gracias*, y ya nunca supo cuál fue el desenlace, si desenlace hubo, de aquel episodio incierto o pesadilla febril que sin embargo, y a pesar de su doble filo, llevó a cuestas durante toda su vida y siempre —por más esfuerzos que hiciera para conjugarlo en pretérito (y en pretérito lo más *indefinido* posible) — recordándolo en riguroso y neurasténico omnipresente de indicativo: *sobremesa de un día laborable, pegajoso calor de calefacción, fiebre y penumbra, bombillas envueltas en celofán colorado, entornadas las contras del mirador del dormitorio principal, cuchicheos entre su madre* y…[237]

En el tercer acto de la tragedia, que está al caer, entenderemos —entenderá el lector— por qué Dionisio habla de una *segunda y última vez,* a cuento de aquella noche madrileña de Walpurgis y del Jedi, en el texto que acabo de transcribir.

Cada cosa, efectivamente, a su tiempo.

En agosto de 1952, casi tres años antes del episodio del *Semíramis*, Nelly y su segundo marido invitaron al hijo del primero, a modo de recompensa por haber puesto fin a su bachillerato consiguiendo notas más que aceptables en el fatídico examen de estado, a una excursión de seis o siete días por tierras de Zaragoza y

Burgos. Encontrándose ya los expedicionarios a buen cobijo —el del Hotel España, sito en el paseo del Espolón— de la última de las dos ciudades citadas y a la hora de la siesta, que para mi padrastro era de las de orinal, pijama, padrenuestro y despertador, dio Nelly en aprovechar el letargo de su segundo marido y la ausencia de su primogénito, yo, que andaba al garete —pirateando, curioseando, metiendo las narices y las pupilas en todo lo que le salía al paso— por las calles de la ciudad, para darse un garbeo entre las tumbas y osarios del cementerio con el propósito de comprobar si quedaba allí alguna huella del periodista desaparecido en los últimos días del verano de 1936.

Acudamos una vez más al abrevadero literario de mi novela *Las fuentes del Nilo* para dar fe de lo que en ese curioso lance, con mucho de trance, sucedió…

> «Simular. Decir que prefiere tomar una taza de café con sol a dormir estúpida e inútilmente la siesta en una adocenada habitación de hotel. Dar esquinazo a la familia. Aguardar con sonriente impaciencia a que su primer hijo y su segundo esposo desaparezcan tragados por el vórtice de la puerta giratoria del imponente edificio. Irse entonces, desalada, a buscar un taxi. Mencionar lacónicamente su punto de destino: al cementerio… Sentir en lo más hondo, en lo más duro, en lo más vivo, la palpitante presencia (disfrazada de ausencia) de un hombre sin posible sustituto. Saber a grito abierto que lo han matado allí o muy cerca de allí. Averiguar algo. Tantear. Olfatear la vida con hocicos de perro de detective. Restaurar el borroso y, sin embargo, imborrable dibujo de un crimen sin castigo. Rastrear huellas de seres impalpables. Solicitar inexistentes certificados de defunción. Hojear registros de entradas y salidas. Interrogar a los sepultureros. Cavar en sagrado con los dientes del alma. Detener la vida. Devanarse las manos y retorcerse la sesera. Atisbar por el parabrisas del taxi las tapias, blasones y cipreses del cementerio. Pagar. Apearse sin recoger la vuelta. Confundir el propio cuerpo con el de un autómata articulado. Buscar y no encontrar en el archivo (España, España) las cagarrutas contables de los buitres del pudridero. Mascullar algo. Insultar. Desesperarse. Reportarse. Enderezarse. Renunciar a los papeles, a los libros, a las fechas, a las ventanillas. Salir en pos de lo tangible, de lo olfateable, del despojo ausente, de la herida abierta, del dolor antiguo, del *memento mori*. Lanzarse como un pájaro azorado por las vueltas y revueltas —zanjas, arroyos, pasadizos, avenidas, glorietas *in excelsis Deo*, bocacalles— apretadamente salpicadas de tumbas, de epitafios, de fosas sin nombre, de quioscos fúnebres, de mármoles sombríos, de repolludos panteones… Sentirse como un fuego fatuo y de San Telmo en días de difuntos y de naufragios, vellocinos, américas o navegaciones. Verse a sí misma —piadosa o encolerizadamente— bajo las hechuras de un zombi en Haití, de una nubecilla de vapor frío enganchada a las viñetas del tebeo de la muerte, de

un ectoplasma sin fósforo, de un crisantemo despeinado, de una calavera de monólogo de Hamlet, de un rastrillo de ala dulce y homicida, de un fantasmón, de… Como absolutamente nada en el mundo. Tropezar, resbalar, aturdirse, confundirse, enredarse en yuyos y cizañas, desorientarse, perderse, dar tumbos al tuntún entre las tumbas, escrutar el vacío con los ojos en blanco, rezar, imprecar, confiar, esperar, recuperar bruscamente el hilo de un itinerario escatológico, avanzar hacia ninguna parte, retroceder, orzar, bogar, barloventear, oír voces de varón como las que aturdían a Juana de Arco, comprender que se encuentra en el mojón terminal del cementerio y casi de bruces en los baldíos de la aventura del Cid, tocar la nada, volverse a babor y a estribor, oler la nada, reprimir un doble y disculpable gesto de impaciencia e impotencia, flotar, nadar sobre la nada, ahogarse, salvarse *in extremis*, apañárselas para que milagrosamente se encarame sobre su nervio óptico por entre el salitre de las lágrimas la excéntrica figura de un niño mugriento y desharrapado, gritar, trotar, acercarse a él, empezar a decirle "oye, ¿no sabrás tú en qué sitio…?" y tener que interrumpirse quieras que no porque el rapaz de entre diez o doce trigueños y picaros años ya le enjareta de frente y a quemarropa, como si el mismísimo Verbo trinitario o el zascandil de Oisinoid lo habitaran y estuvieran en ese momento rasgueando con sorna sus cuerdas vocales, la sorprendente y encanallada respuesta de *no es necesario decirlo, señora. Quizá se encuentre allí lo que está buscando* y el angelito señalaba con la uña de luto del dedo índice una especie de hondonada sin cultivar ni roturar, *allí* —insistió— *en lo que algunos llaman rincón de los afusilados*. Y decir *no*. Y repetirlo una vez. Y otra. Y otra. Y taparse los oídos. Y enloquecer, enloquecer, enloquecer, para luego, en el acto, irse al toro y al bulto de estampida y de embestida. Llegar a borbotones hasta la boca de aquel círculo de Dante, de aquella gruta de cíclope, de aquella dársena de Caronte, de aquella plutonía y finisterre, de aquella inclusa para amamantar y alojar cadáveres expósitos y sin documento nacional de identidad. Y entonces, una vez allí, de repente, rodeada de guijarros y de arbustos, de desolación y de abandono, de ortigas y lívido verdor alimentado con estiércol de presunto *rojo* y con jarabe de cadaverina, sentir que la visión se le nubla, que el cielo se le emploma, que la madre tierra se le escapa bajo los pies, que el horizonte se ofusca, que el aire se empaña, que los insectos detienen su zumbido rasante, que las ideas se derriten, que el cacumen se convierte en engrudo de hamburguesa, que la sangre se cuaja, que los músculos se funden, que el calor la acosa, que la solana la estrangula, que el viento la persigue, y pensar exasperadamente que está a punto de desmayarse como una damisela clorótica y sin desflorar sobre todo lo que en el universo y en España queda de un hombre sin posible sustituto, pensar que va a morder el mismo polvo que ese hombre mordió en su último jadeo, y que va a tascar la misma yerba que

él regara con su postrer hilillo de saliva, y que hasta cierto punto y de cualquier modo va a caer en sus brazos tan irremisiblemente como lo hizo durante su noche de bodas sin futuro celebrada alrededor de veinte años atrás… Y no, decir que no, saber que no, comprender que no, que no puede abandonarse, que no está a la altura de tamaña apuesta, que el tiempo no fluye gratis, que la vida sigue mientras la muerte pasa, que los sueños sueños son y que está localocalocalocalo… Reaccionar, reaccionar y agarrarse a algo, hincar los talones en el suelo y agarrarse a algo, a algo, a la naturaleza, por ejemplo, sí, a la naturaleza, a la naturaleza, que es tangible y a la vez sensible, el único asidero del hombre simultáneamente material y espiritual, sólido y elástico, rígido y flexible, permanentemente e inestable, vertebrado e invertebrado, rectilíneo y sinuoso, y tomar vertiginosa conciencia psicotrópica de que también eso es imposible, de que incluso esa última Thule, ese fronterizo cinturón de seguridad la traiciona a ella, sí, a ella, Cristina, mujer de un solo hombre, sin posible sustituto, soplo y deidad del sur, el sur, el sur, el sur, Alicante, venirse abajo, buscar un punto de apoyo y venirse abajo, clamar al cielo y venirse abajo, pedir auxilio al sur y venirse abajo, contar hasta diez y venirse abajo, apoyarse en el quicio de la naturaleza y venirse abajo, abrazarse a su eje y sentir que la creación *ex nihilo* se desprende de las manos de Jehová o de la desembocadura del Tigris o de la cumbre del Olimpo con el firme propósito de aplastar sin misericordia su frágil cuerpo mediterráneo de exiliada levantina, el sur, ay el sur, el sol, el sur, el sur, Alicante, los yerbajos, la naturaleza, aquel hombre sin posible sustituto, Dioni, un marido, el sucedáneo de un marido, el café del Espolón, la calígine, amar, amar sin descanso, ni olvido, ni consuelo, ni recorte, ni tregua, venirse abajo, buscar un punto de apoyo no para mover el mundo como Arquímedes, sino para detenerlo, y venirse abajo, venirse abajo, hundirse, caerse, despeñarse, precipitarse, rodar, rodar, rodar, venirse abajo, definitivamente abajo, abajo, abajo, abaaaaajo, abaaaaaaa…»[238]

Conclusión: la misma a la que llegué antes. Dieciséis años tampoco son nada. En 1952, viuda, casada en segundas nupcias y madre de tres hijos, de los cuales sólo uno procedía de su primer matrimonio, Nelly seguía tan enamorada de Fernando Monreal como lo estaba, furiosa, furiosísima, tanto como el héroe que inventara Ariosto el 17 y el 18 de julio de 1936.

No volveré a citar en este segundo acto de la tragedia, aunque sí lo haré, una sola vez, o quizá dos, en el tercero, ningún otro pasaje de *Las fuentes del Nilo*.

Pero éste —el río de la vida— siguió fluyendo…

En lo concerniente a la mía —la vida, digo—, porque la de Nelly, a partir del

escenón del cementerio de Burgos, se remansó, al menos en apariencia, y ni Dionisio ni yo volvimos a detectar en ella hasta el día de su muerte, a cuento de lo vivido y perdido con mi padre, sobresalto alguno de mayor cuantía.

Quien, en cambio, por absurdo que parezca, sí que lo sufrió, y no sólo de mayor cuantía, sino de largo, larguísimo alcance y obligada mención, fue —ya quedó apuntado— Billy. Dediquémosle un par de páginas, pues el asunto, aunque al tresbolillo y fuera de cacho, lo merece por ser vívida ilustración y demostración irrefragable de cómo las consecuencias y círculos concéntricos generados por una guerra civil del calibre de la española afectan a todo, absolutamente todo cuanto el país contiene y se transmiten —efecto mariposa, fichas de dominó, osmosis, cadena, avalancha— a los hijos y nietos, como mínimo, de quienes la entablaron o padecieron.

No voy a extenderme. Es sólo, en esta obra ajena por completo a Billy y dedicada a otros, un capítulo mestizo, sesgado y a pie de página. Lo bosquejé ya en un libro anterior —de memorias: *La del alba sería*—,[239]y a él, citándolo, me remito. Dice el fragmento en cuestión, así:

> «A partir de aquel momento, de aquella primera noche pasada en la soledad de lo que hasta el día de mi boda en la cárcel de Carabanchel seguiría siendo mi habitación, la invisible (pero sensible) presencia de mi padre flotó y gravitó siempre sobre la atmósfera de la casa y del trajín de la familia que vivía en ella —absolutamente normales y triviales, la familia y la casa, en todo lo demás— sin que mi padrastro, al menos en apariencia, se percatara de lo que sucedía a su alrededor.
>
> »Y ello hasta el punto de que cuando, veintiocho o veintinueve años después, mi único hermano varón —de madre, por supuesto— empezó a sufrir gravísimas alteraciones de estabilidad y de conducta, y se puso, con ánimo de corregirlas y de ahuyentar al espectro de una depresión que desgraciadamente terminó haciéndose crónica, en manos de un psiquiatra del Gregorio Marañón, éste, boquiabierto, escuchó de sus labios, y yo también la oí, la delirante y folletinesca historia de cómo él, mi hermano, fantaseaba de pequeño con la idea de que mi padre era su verdadero padre, siendo el segundo marido de mi madre, a efectos de paternidad, y por así decir, un simple cero a la izquierda, y tan absurda y dislocada posibilidad no sólo no le parecía odiosa, inadmisible y reprobable, sino que merecía su respaldo y le agradaba.
>
> »Pasmoso ¿no? Al menos para mí, para nuestra hermana y para nuestra madre. Mi padrastro, que yo sepa, nunca se enteró. La piedad y la lógica mandaban ocultárselo.

»Quizá no me he explicado bien. Es un galimatías. Quise decir, y lo repito, que a mi hermano le gustaba pensar —y a menudo, durante su infancia, lo hacía— que no era hijo de su padre, sino del mío. ¿Queda claro?

»¿Cómo, contra natura, descabelladamente, pudo nacer y cuajar en la mente de mi hermano —sólida y cultivada, por lo demás, y muy bien amueblada— tamaño disparate? Sólo se me ocurre, y sólo se me ocurrió entonces, una respuesta satisfactoria. A saber: algo, en el fondo, le decía que mi madre no estaba enamorada de su padre —lo que, por otra parte, era evidente y a nadie se nos ocultaba—, sino del mío, y que por ello, aunque hubiese muerto, era en realidad él, mi padre, quien desde el más allá —por partida interpuesta (recordemos *La semilla del diablo,* de Polansky) o lo que fuere— había fecundado el vientre de la mujer que veintiocho o veintinueve años atrás lo había parido.

»Y lo grave del enredo —su busilis, su intríngulis, su tuétano— no radicaba en que mi hermano *pensase* o, incluso, *admitiese* lo que acabo de contar, sino en que lo *deseara*. Diciéndolo de otra forma: quería ser hijo del amor, no del desamor, como en la triste realidad lo era, y bailando en ese alambre enloqueció.

»Rematemos en tablas la faena: si la presencia invisible de mi padre era tan poderosa como para que mi hermano, que nació muchas lunas después y ni siquiera llevaba su sangre, lo viese (es un decir) por doquier y creyese que se había introducido platónicamente en la vagina de su madre, ¿a santo de qué, en nombre de cuál arraigado tabú y rústica cerrazón no voy a creer yo que durante aquella primera noche pasada en soledad también sentí su cercanía, oí su respiración y noté su esencia y existencia?»

Recitará Dionisio en el tercer y último acto de la tragedia el monólogo —digno del *Hamlet*, aunque no, obviamente, por su valor literario, sino por el paralelismo de las situaciones, de su argumento y de su nudo dramático— en el que narra, siguiendo el curso de *Las fuentes del Nilo*, lo que sucedió en la, acaso, no tan solitaria noche a la que el texto reproducido hace referencia. Lo veremos.

Mi hermano Billy no volvió a pisar fuerte ni a levantar cabeza, pero aprendió poco a poco, entre psiquiatras, psicoanalistas, farmacopeas, comprimidos, sedantes, lecturas de toda índole y forcejeos del alma, a dar cabida en su mundo a la depresión y a ir tirando, aúpa, en el minutaje de la vida cotidiana con ella a cuestas. Digamos que aceptó su destino —su carácter, los troqueles de su infancia— y que firmó una paz duradera con los fantasmas de su cerebro, con los condicionamientos que sus mayores (y, a su vez, los condicionamientos recibidos por éstos) le imponían y con los pájaros de aturdido revoloteo que anidaban en las frondas de su árbol genealógico

y, en esta ocasión, tirando, más bien, a ginecológico. Ahora vive a solas en el viejo piso, donde nací yo y murió mi madre, de la no menos vieja casa —eterna— de la calle de Lope de Rueda. No trabaja, no viaja (excepto para ir a veces, en julio o agosto, a otro escenario también, para nosotros, viejo, además de irreconocible por las fechorías del urbanismo: Alicante), ve a poca gente, rara vez sale de su cubil, fuma mucho, lee, oye la radio, contempla con desgana la televisión, recorre como un animal enjaulado el oscuro pasillo de la casa, hace lacónico, casi silencioso acto de presencia en las celebraciones familiares y, como Quevedo, como yo mismo, con muchos —*doctos* o indoctos— *libros juntos*, vive *en conversación con los difuntos* y escucha *con sus ojos a los muertos.* Una asistenta —la misma que atiende a nuestra tía Susana y que hasta el momento de su muerte atendió a mi madre. Va pues, asimismo, para vieja esa amable y fiel servidora, que llegó a nuestra familia cuando era poco más que adolescente— saca del fuego a Billy los apuros, problemas y obligaciones del quehacer de cada día.

¿Será nuestra guerra civil maldición bíblica que recaiga sobre setenta veces siete generaciones? ¿Por qué sufre mi hermano, hijo de un hombre que no murió en ella, de rebote y carambola, como dije, las consecuencias originadas, a modo de círculos concéntricos, por el asesinato de quien *sí* lo hizo?

No parece —esa cadena perpetua— veredicto justo, como tampoco lo sería, si existiera, el *pecado original* del cristianismo, pero… No sé, no sé. Seguro que tienen los dioses razones que los humanos no entendemos ni podemos entender. Cuestión será, cavilo, de intención, planificación y perspectiva. *Teleologismo* decían los griegos. Discúlpese el palabro.

Sea como fuere, tan *incompleta* es —lo está siendo. Aún no ha terminado— la vida de Billy por culpa y causa, remota, de aquella guerra, como en otro pasaje de este libro dije que lo fueron las de mi padre y José Antonio. Recuérdelo el lector: paradoja de quien, habiendo nacido, no llega, en puridad, a nacer…

Y con el agravante, en lo que a mi hermano se refiere, de que su vida ha sido mucho más larga —tiene ya, a falta de pocos meses, sesenta años en la faltriquera— de lo que lo fueron las de sus predecesores en la dolencia que describo. Será, supongo, más dolorosa la agonía generada por el sentimiento de frustración que la muerte casi repentina.

O quizá no… ¡Qué sabe nadie!

Me callo.

Está a punto de caer el telón. Termina el segundo acto de la tragedia y mandan los cánones de ese género literario que los protagonistas mueran en el transcurso o al término de la representación. No seré yo, amigo siempre de las tradiciones y obediente a su mandato —el de la entrega del testigo, el de la *aurea catena*—, quien conculque tan alta preceptiva.

Mi padre ya lo hizo, morir, a su debido momento: el de la secuencia final del primer acto. Era eso lo que, ateniéndonos a lo establecido en el reparto de papeles de la obra, le correspondía.

Es, ahora, el turno de Nelly. Voló, se nos fue, regresó a lo alto —el lector ya lo sabe— en septiembre de 2001, sesenta y cinco años después de que lo hiciera su primer marido. Tenía noventa y tres, y yo, sesenta y cuatro. Sobra contar su muerte, porque ya lo hice y no es cosa de recrearse en tal materia ni de repetir la suerte.

¿Fue también, la suya, una vida *incompleta*, como lo habían sido las de Fernando Monreal y José Antonio o como lo estaba siendo la de Billy, debido a la desaparición del hombre que amaba?

No, no lo fue. Al contrario. Supo hacer que la fuerza de la razón prevaleciese sobre las sinrazones de la pasión y apostó, ya que no podía ser esposa, por ser madre. Se volcó en nosotros: en mí, en Billy, en Marilén. Vivió como una gallina clueca, y le gustaba. No hizo, nunca, daño a nadie. Repartió sonrisas e impartió benevolencia. Dio a su segundo marido lo único que podía darle: tranquilidad, serenidad, orden, adecuado gobierno de la casa y fidelidad. ¿No son, acaso, ésos, junto a la buena salud y una economía saneada, hilos imprescindibles, aunque no, quizá, suficientes, para tejer, retejer, zurcir y rezurcir sin desmayo la tela —suave, ligera, translúcida— de la felicidad?

No lo afirmo, sólo lo pregunto, pues ignoro la respuesta.

Tampoco sé si Billy, Marilén y yo le dimos lo que ella, de nosotros, esperaba. Probablemente, no, pero eso es peaje obligatorio que la vida impone a cuantos tienen hijos: nunca devuelven éstos, a sus padres, casi nada, por mucho que de ellos hayan recibido. Una vez más, teniendo en cuenta que hablamos de una de las principales manifestaciones del amor sin mácula, *quien lo probó, lo sabe*.

Pero me consta, porque nosotros y el resto del mundo lo veíamos, y porque ella, lejos de ocultarlo o, siquiera, disimularlo, lo proclamaba, que Nelly fue feliz siempre que nos tuvo, a los tres juntos, a pares o de a uno, a su lado, en la casa de Madrid, en la de Alicante, en la de Soria, y eso sucedió en infinidad de ocasiones.

Billy vivió con ella hasta el día de su muerte; Marilén lo hizo durante mucho tiempo y se instaló luego, ya casi cuarentona, en piso propio, pero situado a muy corta distancia, apenas cinco minutos, del número veintiuno de la calle de Lope de Rueda; y en cuanto a mí… Bueno, yo correteaba, viajaba, me exiliaba, me iba lejos, lejísimos, una y otra vez, como un camellero, como un ave migratoria, como un salmón que remonta la corriente, pero siempre volvía, a desovar, o a lo que fuere, a Madrid, a Soria, a Alicante, al campamento, al nido, a la cama turca del cuarto de estar de Lope de Rueda en la que ella —Nelly, Elena, Penélope Dragó, mi madre— aguardaba, inquieta, sí, pero sin perder nunca la ilusión de la esperanza, mi regreso.

Sabía que era yo como mi padre, y lo aceptaba.

Cuando murió, de hecho, no falté a esa cita, quebrando así la maldición de no haber visto morir a mi padre, ni a mi abuelo Roger, ni a mi abuela Mercedes, ni

siquiera a Matilde, mi madrastra… Estuve allí, besé su frente, velé su féretro, fui tras ella al camposanto, que nunca he vuelto a visitar, porque el polvo sólo es polvo, pronuncié su oración fúnebre y le pedí, en voz alta, que volase y, en voz baja, que allí, en el cielo, en el aire, en el soplo del Espíritu, en la otra dimensión, en el nirvana, se reuniera con él.

Con mi padre.

¿Lo habrá hecho? No lo excluyo.

Estuvieron también en esa cita, besando su frente, velando su ataúd, acompañándola al cementerio, Marilén y Billy, y Susana, y Totó, y Alejandro, y Ayanta, y Aixa, y los primos de El Ferrol, y tantos otros.

El sueño de su vida se cumplió una vez más, y de ese modo, en la hora de su muerte. Entiéndase que insista: Billy, Marilén y yo, lo repito, estábamos allí, con ella, junto a ella, en torno a ella, como si de su cama turca, y no de féretro, responso y sepulcro, se tratase.

Murió, pues, Nelly, aunque su conciencia, por el imperativo de la senilidad, ya no anduviese entre nosotros, y ahí, en esa muerte, en ese punto —incierto— de inflexión, en ese instante de desencarnación de lo que no debería ni, acaso, puede morir, en ese umbral, en ese —dicen algunos, y yo lo espero— amanecer, en ese salto de pértiga metafísica a otra dimensión, tendría que poner ahora el punto final del segundo acto de la tragedia, tal como anuncié y la lógica sugiere, pero algo, sutil, me obliga a diferir —o a suspender a media altura— la caída del telón. Serán, sólo, unos minutos. Pido licencia, y me la otorgo, para añadir un estrambote fantasmal, un remate escatológico, una coda de ultratumba.

Es ésta…

Castilfrío, verano de 2003, sanjuanada del solsticio en la cercana Soria…

Ando yo metido ya en el trajín preparatorio de este libro y viene una amiga mía —Marta Ruescas— a visitarme. Es persona, la citada, de muchos y muy cantarines pájaros en la cabeza, y se entretiene a la sazón en fructuosas —asegura ella— búsquedas de psicofonías en lugares del más acá animados por la banda sonora del más allá.

Lo de siempre… Copla mil veces oída: espiritismo, voces de los muertos, ectoplasmas y ámbitos de sedicente (y sediciosa) parapsicología a cuento de cuya verosimilitud, siempre puesta en tela de juicio, no voy a pronunciarme ahora ni, menos aún, teniendo en cuenta algunos antecedentes de cosecha propia que en su momento se referirán, tiraré yo, pecador, la primera piedra.

La casona del Caballero del Escarabajo en Castilfrío —cuyo nombre, el de la casona, no el del escarabajo ni el del caballero, es *Kokoro*[240]— se levanta junto a una imponente iglesia de impecable hechura medieval. Verla Marta y caer, ante ella, en éxtasis es todo uno. Me pide que le permita recoger psicofonías —aunque no sea

yo, réprobo casi excomulgado, quién para extender esa patente— al arrimo y, sobre todo, en el interior de la mencionada iglesia con la ayuda de la grabadora que, ex profeso, siempre lleva en su bolso.

Accedo, divertido, encargo al buen Peracho —ya lo conocemos— que busque la llave en el Ayuntamiento y sirva de Virgilio a la investigadora en su incursión por los círculos, no sé aún si infernales, purgatoriales o celestiales, del más allá, y se van los dos derechitos hacia el lugar de autos, aunque no precisamente, puntualizo, hombro con hombro, pues el gigantón y capataz del santuario de Castilfrío saca muchos kilos de peso y palmos de estatura a su acompañante —parecen Pulgarcito y el Ogro—, mientras yo, diligente, me quedo, rodeado de notas, fotografías y papeles, en el desván de la casona.

Sepa ahora el lector, antes de seguir con mi cuento, que Marta no está al tanto de nada que guarde relación con mi padre o con mi madre y desconoce, por ello, incluso sus nombres de pila, y no digamos los apelativos y diminutivos cariñosos que entre sí, y en la intimidad, se cruzaban.

Transcurre un par de horas y vuelven, excitadísima ella, los parapsicólogos.

—¿Cómo ha ido? —pregunto.

—Espectacular —responde Marta—. No te lo imaginas. La iglesia está llena de voces. No daba abasto. ¿Quieres oírlas?

—¡Faltaría más! —asiento.

—Escucha…

Nos sentamos en un diván, pone en marcha la grabadora y sale de ella un confuso guirigay de ruidos, músicas, carraspeos, disonancias, interferencias y voces que se cruzan, se engarbullan y se superponen. *Ininteligible*. Eso digo. Pero lo es sólo, como en seguida comprobaré, para el profano.

—Siempre, al principio, es así —dice Marta—. Hay que acostumbrar el oído. Luego, ya verás…

—Tradúcelo.

—Vale.

Lo va haciendo. Son hombres y mujeres que hablan, con naturalidad, entre sí. La conversación, aunque en ella se aluda constantemente a cosas y casos del más allá, no reviste mucho interés. ¡Parece mentira, encontrándose donde se encuentran! Son comadreos, naderías, tontunas. Las almas en pena —se supone que lo son, puesto que siguen varadas y embarrancadas en lo que los doctores de las ciencias escatológicas y los bachilleres del ocultismo llaman el *bajo astral*— parlotean sin rebozo sobre las mismas idioteces de las que hablaban, en el mundo denso, y acaso frente a la tele o en la taberna de la esquina, antes de estirar la pata. ¿Es que no tiene, por Belcebú, remedio —ni siquiera allá arriba— la condición humana? ¿Todo sigue tal y como aquí abajo era?

Bueno… Conocí una vez a un tipo de esos que aseguran estar en comunicación constante con el reino de los cielos y disponer de tarjeta de investigador perpetuo

renovable *ad infinitum* en la biblioteca de los registros *akáshicos* —váyanse a Salamanca o, mejor aún, al Tíbet quienes no sepan lo que éstos son— que me dijo, acreditando y revalidando así, con admirable y contundente autoridad, su título de cantamañanas, que los huéspedes del Empíreo viven en urbanizaciones de chalés pareados con piscina, pista de *paddel*, club social y otros servicios comunes. ¡Pues sí que estamos apañados! ¿Serán las horteradas virtudes indelebles del espíritu? ¿Llevarán los ángeles calcetines de ejecutivo y maletines de samsonita? ¿Enseñarán las arcangelesas el ombligo y la cinturilla de las bragas meneando el trasero sobre zapatos de plataforma?

—Perdóname, Marta. Ya sabes lo guasón que soy.

—Te perdono, Dionisio, y también ellos, las almas en pena, te lo perdonarán.

Sonrío, y en eso, bien me está, el coro de psicofonías descarga, inmisericorde, brutal, su derechazo. Pestañeo, me tambaleo y…

—¿Has oído tú lo que yo acabo de oír?

—¿No decías que la grabación es indescifrable?

—Lo era, Marta, lo era. Pero ya no me lo parece. Le he cogido el tranquillo.

—¿Ves?

—Veo. A todo se hace uno.

—¿Y se puede saber lo que has oído?

—Lo mismo que tú, supongo, porque se entendía perfectamente. Vuelve a ponerlo.

Rebobina mi interlocutora la casete con tiento, apenas nada, quince o veinte centímetros de cinta, y vuelve a salir de ella, nítido, sorprendente, desconcertante, rotundo, el comentario que ha removido los cimientos de la razón en mi caletre, me ha sacado de mis cómodas pantuflas y me ha noqueado.

Alguien, una voz de varón, dice desde las tripas de la grabadora, dirigiéndose al nutrido grupo de espectros que fosforescean a su alrededor, lo que, palabra por palabra, sin añadir una tilde ni desplazar una coma, voy a transcribir…

—Nelly no ha venido hoy.

Tal cual.

¿Lo repito?

Sí, y lo subrayo.

—Nelly no ha venido hoy.

A Marta le sorprende mi sorpresa.

—¿Y bien? —dice.

Se lo aclaro. Le explico quién es Nelly. La llevo hasta la foto de mi padre colgada en una de las paredes del desván —y reproducida en la portada de este libro— y le enseño la dedicatoria que campea, escrita de través en la esquina inferior de su borde derecho, al pie de la imagen. La firma *Fernando*, tiene fecha holgada y flexible —*14 a 18 de abril de 1933*— y reza: «*A Nelly, después de nuestro primer disgusto, más unidos que nunca*».

Ni Marta conocía, ya lo dije, ese apodo —tampoco, insisto, el nombre de pila del que se derivaba: Elena—, ni nadie, en la familia o fuera de ella, aparte de quien escribió con apremio de aprensión y prieta caligrafía la dedicatoria, llamaba así a mi madre.

Yo mismo, con el correr del tiempo, lo había olvidado y sólo lo recordé al buscar y rescatar, de cara a la preparación de este libro y muy pocos días antes de la escena que estoy describiendo, la foto a la que aludo.

Misterios. Tengo la cinta, y la pongo a disposición de quien quiera escucharla y descifrarla. Marta, si es requerida para ello, no tendrá inconveniente en atestiguar que lo contado es cierto.

Y un *addendum*, en forma de hilera de preguntas, a este episodio, que sobrepasa los límites de mi razón: ¿Cabe dentro de lo celestialmente posible que Nelly, fallecida algo menos de dos años antes, anduviera revoloteando por el recinto de la poderosa iglesia de Castilfrío?

¿Y por qué, si tal hace, precisamente allí? ¿Porque en ese pueblo y en la misma casa que ahora es la mía, nació su segundo marido o porque yo, única carne del hombre amado que aún sigue viva, resido hoy —y residía ya cuando ella murió— en esa casa, en ese pueblo y a dos pasos de esa iglesia?

Podría ser (si es que es) por lo uno, podría ser por lo otro, podría ser por ambas cosas y podría ser por ninguna de ellas, «*que todo en la vida es sueño y los sueños, sueños son*».

Pronúnciese al respecto Segismundo o quien sepa y quiera hacerlo. No es mi caso.

Y además, por la parte que me toca y que me duele, otro respingo de desazón e incertidumbre: ¿Será mi madre un alma en pena? ¿Andará todavía —o andaba entonces, cuando Marta vino a visitarme y registró en su grabadora la frase que me atormenta— atrapada en ese purgatorio y tierra, en definitiva, de nadie que es el bajo astral, enganchada aún a las cosas de este mundo, el mío, el de quien lee, y negándose a remontar el vuelo?

Tal es —dicen, y no sería inverosímil— el destino, casi siempre pasajero, de las almas de los difuntos que, por demasía en el apego a lo que dejaron atrás, se niegan a seguir hacia delante.

¿Desobedeció Nelly, gallina clueca, como dije, por exceso de amor a sus hijos, el mandato —«*Y ahora, ¡vuela*!»— que le impartí, bajo la oquedad de su nicho en la Almudena y frente a todos sus deudos, el día en que la enterramos?

Apego… *He ahí el problema*, oh, Príncipe de Dinamarca. Hace hincapié el budismo, y con él coinciden todos los maestros paganos y orientales, en que no existe rémora peor ni mayor *handicap*, ni lastre de más peso que este, en el devenir, ya sea terrenal, ya celestial, de los seres humanos. ¿*Volar*, madre? Sólo sube, dirigiéndose hacia el Verbo, hacia la Casa del Ser, hacia el océano de la plenitud, hacia la última y única patria, de la que todos venimos, aquel que, como el Fabio de la *Epístola moral*,

se desliga de sus ataduras, burla la emboscada del deseo, renuncia a cualquier tipo de concupiscencia material o sentimental y rompe, de cuanto siempre, y simple, amó, todos los lazos.

Apego, repito… Mi madre, desde el día en que aceptó, al cabo de muchas lunas solitarias y soles sin luz, la evidencia e irreversibilidad de la muerte de mi padre, sólo sintió y manifestó amor *fou* —dependencia, concupiscencia, ataduras, *apego*— hacia nosotros, sus hijos. ¿Seremos, en tal caso, e involuntariamente, por pasiva, responsables los tres —Marilén, Billy y yo— de ese último desvarío pasional de quien siempre encauzó su vida por los canales del sentimiento?

Sería injusto, pero… Me horroriza la idea, no me resigno a aceptarla ni tan siquiera a título de hipótesis fantasmagórica, me niego a descargar sobre mis hombros y sobre los hombros de mis hermanos tan extravagante responsabilidad.

Recapacitemos. ¿Sería, en todo caso, ésta de los tres, en idéntica medida, o tendríamos que repartir de modo más equitativo el peso de esa culpa según las características, muy diferentes entre sí, del tipo de relación que cada uno de nosotros mantuvo, en vida, con su madre?

Hagámoslo, a riesgo de que se me acuse de querer escurrir el bulto.

Nelly nunca pensó que yo la necesitaba, y lo dijo a menudo. Era consciente de mi autonomía, sabía que volaba solo.

Me lavo, pues, las manos. Me voy, en lo que a esto se refiere, de rositas.

Marilén, que tiene y siempre tuvo fuerza de voluntad, se ganaba bien la vida y era del todo y en todo independiente cuando falleció su madre. Salga, pues, de este asunto también ilesa.

Y en cuanto a Billy…

¡Ay, Billy, hermanito del alma a quien tanto aprecio! Perdóname, por favor, lo que voy a sugerir, sólo a sugerir, con infinita cautela y temor de Dios, ahora. Entiéndelo. Sé que lo harás, porque eres persona razonable. Con eso, con que lo entiendas, me doy por contento, aplaco el resquemor que en mí deja tan descabellada conjetura, y respiro con alivio, porque —como dijese el clásico— entender es perdonar.

Lo sabes… Sabes —lo sabemos todos: Susana, Marilén, la asistenta, yo— que tú siempre, siempre, necesitaste, para la organización y gestión de tu vida, a mamá, y sabes también —todos lo sabemos— que mamá sabía lo que tú sabes, lo que sabemos todos.

No, no es un trabalenguas ni un retruécano, por más que a ambas cosas se asemeje.

Mamá sabía —o creía, y al creerlo, acertaba— que te era imprescindible, que no podías ni querías vivir sin ella, sin su constante y solícito apoyo, sin su capote, sin sus quites, sin sus servicios de administración, higiene, sanidad, vestuario y furrielería, sin su dinero, sin su brega, su inquietud, su atención y su compañía.

Y por eso, y sólo por eso, permanecía ella siempre, desde que murió Guillermo, tu padre, mi padrastro (con una sola excepción, que en seguida mencionaré) en la vieja

—*eterna*. Vuelvo a decirlo— casa de Lope de Rueda, adscrita como un esclavo a su gleba, negándose a abandonarla, negándose a veranear ya fuese en Soria, que tan poco le gustaba, ya en su Alicante de siempre, y de los mejores años de su vida, que tan desesperadamente, con tanta entrega, nostalgia, ternura, precisión y fidelidad, amaba…

La excepción a la que he hecho referencia era, estacional y tan puntual, en su llegada, como el vuelo de las ocas: una vez al año, en febrero, y sólo durante una alegre y, para mí, y para todos, inolvidable semana, se venía conmigo y con algunos de los míos —Martine, luego Bea, Aixa, Ayanta, Arancha, que ahora es mi secretaria y la coordinadora de mis incursiones en el inframundo de la televisión… Alejandro, por sus compromisos laborales, nunca— al paraíso, devastado hoy por las muchedumbres festivas y deportivas, de Sierra Nevada.

Todo eso —tanto lo último cuanto su dedicación, exhaustiva, a la asistencia y custodia de tu persona— terminó, ya mediada la década de los noventa, y no de golpe, sino tras un suave, largo y progresivo declive físico y mental, cuando perdió la cabeza por completo y se sumió en la *terra incognita* —lo es para quienes desde fuera, atónitos, impotentes, desesperados, la contemplan— de la más abrupta y blindada senilidad.

Tardó, cierto, cuatro o cinco años más en morir del todo, y durante ellos ya no se ocupaba de ti ni por ti se preocupaba —al contrario: se volvieron las tornas y eras tú, fundamentalmente tú, por la cercanía, además de Marilén, quien cuidabas de ella. Lo hiciste muy bien—, pero de eso, de tu gratitud, de tu generosidad, de tu denuedo, de cómo supiste apechugar, contra todo pronóstico, con una tarea, durísima, que te venía ancha por los cuatro costados, ella, Nelly, tu madre, la de tu hermana, la mía, nunca, desdichadamente, se enteró. ¡Con lo que le habría gustado! Ya ves tú… Burlas, paradojas, cortes de manga de ese desvivir en que a veces consiste la vida.

Y por eso, Billy, aunque ya no fueses así, aunque le hubieras demostrado con creces que podías vivir sin su ayuda, tal como ahora lo haces, sin mayores problemas, para asombro de cuantos te queremos, ella, que murió cinco años antes de morir, se fue al *bardo* de los lamas, a la vida después de la vida, al tribunal y balanza de Osiris, al edificio de la Audiencia de los Señores del Karma, al ámbito y jurisdicción de lo sutil, a las comarcas de ultratumba o, supuestamente, al bajo astral, o dondequiera que esté, convencida aún de que tú no eras ni, por lo tanto, eres capaz de vivir sin sus desvelos.

Y ésa sería la razón principal, pues otra más convincente no se me ocurre, de que se haya negado a cumplir, si así ha sido, con el deber de altura, ingravidez y vuelo al que están obligados, por ley de luz y fuerza, los difuntos.

A eso iba, hermano mío, eso quería decirte, eso quería pedirte: que deshagas el equívoco, que te dirijas a ella con el arma —eficacísima. No te imaginas cuánto— de la oración, que la invoques y le expliques, clavando tus ojos vivos en los ojos, azulísimos, hermosísimos, recuérdalos, de nuestra madre, que ella, aquí, ya no pinta

nada, que estás y estamos en paz, que no la necesitas, que has crecido, que se vaya sin más demora a donde tenga que ir.

Hazlo. Es todo.

No, no lo es. Queda —resuelto así lo de Billy, pero en torno a lo mismo, a la supuesta ubicación y retención de Nelly en el bajo astral, a su no menos supuesta y, al parecer, habitual comparecencia en el escenario de esa encerrona y a lo que alguien dijo de ella en el éter de la iglesia de Castilfrío— un cabo por atar o, más propiamente, otro nudo gordiano —recuérdese que mi papel en esta tragedia es análogo al que Edipo representó en la suya, tan atroz para mí, si no más, como lo fueron los anteriores.

Lo expreso…

¿Sigue Nelly ahí, perdida en el purgatorio, que quizá sea limbo, por culpa de mi padre? ¿Está, acaso, el hombre de su vida —que, de resultar cierto lo que ahora voy a decir, lo sería también de su muerte— en ese mismo y enojoso lugar, porque, privado, como dije, de una vida *completa* y brusca, imprevisiblemente asesinado en plena juventud, con infinitos proyectos por delante y a la espera, inminente, de su primer hijo, e incapaz, por todo ello, de comprender y resignarse a tanta pérdida, se convirtió por mor de *apego* en alma en pena y siguió, desde entonces, desde la madrugada del 14 de septiembre de 1936, engañado por un espejismo, agarrado a la nada, inmerso en la realidad ilusoria de la carne y girando, girando, girando en la rueda, fanfarria, fuego fatuo y purga de ese lúgubre tiovivo?

¿Se negó también él, como quizá lo hizo mi madre, a volar, a subir de cielo en cielo, a utilizar la muerte como trampolín, plinto y rampa de su conciencia?

¿Fue, incluso, su voz, y no la de un desconocido, la que comentó que Nelly, ese día, no se había personado en el oscuro cónclave? Téngase en cuenta, al respecto, que yo, de ser así, no habría podido reconocerla, la voz, puesto que nunca —a no ser que hubiera llegado hasta mí filtrada por las paredes del abdomen y útero de mi madre, de mi propia placenta y de su líquido amniótico— la había escuchado antes.

Sé que estoy abusando de la credulidad y rizando el rizo de la irracionalidad, pero debe el buen detective —¿no, amigo Ruiz Vega *Watson*?— seguir todas las pistas, por absurdas que parezcan, y no descartar ningún hilo del tapiz que teje.

¿Se negó, pues, Nelly, resumiendo la hipótesis, a volar, como yo le dije (¡y aunque no lo hubiera dicho!) porque se había reencontrado con su primer marido? —¿y el segundo? ¿Dónde estaba, y está, el segundo? ¿En otro sitio? ¿Más arriba?— en el viscoso bajo astral y no quería volver a perderlo?

Marta recogió las psicofonías hace cosa de tres años… De entonces acá, ¿habrán salido mis progenitores del atasco? ¿Lo habrá hecho ella —*Nelly no ha venido hoy*— por su cuenta y a solas? ¿Será eso, la soledad de amor, su sino, incluso en las regiones de ultratumba?

Exclamo otra vez de nuevo: ¡qué sabe nadie!

Pero, por si acaso, también te repito, padre, lo que en el cementerio dije a tu mujer: «*¡Vuela, por favor, vuela!*». Cógela de la mano, si es que aún anda por ahí, y si no, da lo mismo, hazlo sin ella, que ya, si está de Dios que eso ocurra, os reuniréis donde sea, y olvídate de todo —de la agencia Febus, de Franco, de Maura, de don Manuel Aznar, de la guerra, de Enrique Ruiz Vernacci, de tu muerte, de mí— y…

Descansa, padre, en paz.

¡Quién fue a decirlo!

Lo de vivir en paz…

¡Yo, precisamente yo, que desde hace tantas páginas, y tantos días, y tantos meses, y tantas muertes, me torturo con vuestra historia y vuestra memoria, con la memoria y la historia de mi árbol genealógico, y me busco en tu ausencia, padre, y en la tuya, madre, y vago, también, como vagasteis vosotros, ladrón de tumbas, peregrino de la geografía que tras ellas se extiende, topógrafo del Hades, cartógrafo de arcanos, tan funesto como Edipo, tan incierto como Hamlet, por el vientre de las sombras de la guerra! ¡Yo, que bailo, ahíto de horror, ebrio de mi propia sangre y caníbal de quienes me la dieron, sobre el filo de las *katanas* de todos los demonios que la desataron!

Considérese lo escrito a propósito de la psicofonía que Marta recogió en la iglesia de Castilfrío salazón, cecina, fruto sin pulpa de un cerebro —el mío— agotado y ofuscado por la brega de la campaña que me ha conducido hasta aquí.

Me amotino… Alto tribunal del *karma*: no quiero hoy acatar tus leyes.

Y en cualquier caso y de todos modos, entre tanta quimera y extravío, lo que aquella alma en pena, sea quien fuere, dijo, es cierto: «*Nelly tampoco ha venido hoy*», no la oigo, no la veo, no puedo tocarla ni besarla, no está frente a mí, en su butacón, ni en ningún otro sitio de la casa de Alicante que fue suya y en la que ahora, a muy pocos kilómetros, nueve o diez, de la Cantera en la que nació, con todo el mar —*su* mar— delante, escribo. No ha venido —Nelly— hoy, y ya nunca lo hará.

Telón.

Fin del Segundo acto

~~ TERCER ACTO ~~

EL HIJO

2 de octubre de 1936 a…

(Acotación escénica — Para uso exclusivo de los miembros de esta *troupe* de cómicos en la que todos los papeles son trágicos.

Casi todo está ya dicho. El protagonista de la obra —Fernando Sánchez Monreal — murió en el transcurso del primer acto. Su principal antagonista —Elena Dragó, Nelly—, lo hizo al terminar el segundo.

¿Antagonista? *Pues sí, antagonista, por ser la persona que de modo más directo y persistente sufrió las consecuencias del crimen*.

Sigue, aún, vivo el narrador de la tragedia y esencial personaje secundario de la misma, Fernando Sánchez Dragó, único hijo del periodista asesinado, a quien los acontecimientos convierten ahora en héroe, a su pesar, de la función.

El segundo acto —en el que se escenificó otra muerte paralela y sustancial: la de José Antonio— también ha sido más largo, como lo fue el primero, de lo que se preveía. Tendrán que ser ahora lacónicos los parlamentos y los actores, concisos, sin ceder nunca, por apetitosas que les parezcan, a la tentación de las improvisaciones.

La coreografía será escueta, el escenario estará desnudo y no habrá efectos de luz ni música de fondo. Considérese que el país, a diferencia de lo que sucedía en los dos actos anteriores, ya no está en guerra, aunque en pie de ella siga el maquis, y toda Europa, detrás. No hay fogonazos ni bombardeos. En el escenario, recortándose contra el cortinaje rojigualda y azul con flechas, sólo ondea la bandera tricolor de la oscuridad, la soledad y el dolor de los vencidos. Campo de cadáveres y de represalias, tiempo de esperanza y de desespero. ¿Banda sonora? La de los sepulcros.

El alboroto, pues, ha terminado y la luz de las candilejas y los focos es apenas perceptible. No hay coros, no hay orquesta.

Chitón. Penumbra, susurro, sigilo, mordaza. Guarden silencio los espectadores, reine la nada en el anfiteatro, salga a escena el actor principal, dé comienzo a su monólogo…

Arriba el telón).

> Vine a Comala porque me dijeron que acá
> vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre
> me lo dijo y yo le prometí que vendría a verlo
> en cuanto ella muriera.
>
> JUAN RULFO, comienzo de *Pedro Páramo*

> Quiero escarbar la tierra con los dientes,
> quiero apartar la tierra parte a parte
> a dentelladas secas y calientes.
>
> Quiero minar la tierra hasta encontrarte
> y besarte la noble calavera
> y desamordazarte y regresarte.
>
> MIGUEL HERNÁNDEZ, *Elegía*

Hablaré de mí —Nano, Nanucho, Nanín… Dragó— en tercera persona, me llamaré Dionisio…

El día 24 de junio de 1936, Fernando Monreal escribió una carta a su único hijo, que nacería cien días más tarde. Está ahora sobre su mesa, lleva membrete del Victoria Hotel (Elordi), de Alicante, y dice así:

> «Querido nenín: te escribo para que seas buenecito y no te aproveches de mi ausencia para hacer rabiar a tu mamá. Ten en cuenta que la pobre es muy chiquitina y cariñosa, y que, como ahora le falto yo, es preciso que tú le hagas mimos y [*palabra ilegible… ¿Michiniguitos?*], y sobre todo que seas bueno, porque si no te voy a dar unos azotes y te llamaré feíto y pifante.
>
> »Después de la carta que ayer escribí a tu mamá apenas si ha habido novedades. Estuve viendo los buques de la escuadra y subí a visitar mi distrito y a tomar unas copas por las casas de los honrados vecinos. Luego hablé con Madrid, porque me habían puesto un telegrama, y cené. Después estuve con

Lillo y su Sra. en los fuegos, y a las once y pico me acosté.

»Hoy hay más animación. Tomé el aperitivo con las *bellezas* y comí con ellas y la Comisión, que me invitó a un banquete en el Alhambra. Ahora iré al fútbol, luego cenaré y a media noche saldré para Valencia.

»Las florecitas de tu mamá están ya muy muertas.

»Neno, nenito, sé buenecito. Dale muchos besines a tu mamá y quiere mucho a tu

Papá

Escríbeme.»

Viene, luego, una especie de posdata…

«Querida Nela: por la carta del nene sabrás que estoy bueno. No tengo nada que contarte salvo que te quiero mucho, y recomendarte me cuides a mi nene. A él le recomiendo que te cuide a ti, y a los dos juntos, os cuidaré yo.

»¿A mí quién me cuidará?

»Besos a mi madre y a todos. Para ti muchos, muchos de tu

Fernan»

Era el día de San Juan: fiestas mayores y *fogueres* en Alicante. Eso explica lo del *distrito* que lo era, según explica en otra carta, de La Carolina, barrio contiguo al del chalet de los Dragó, y lo de las *copas*, las *bellezas*, la *Comisión* y el banquete en el balneario Alhambra, reconvertido ahora en parte del Hotel Meliá.

Sale a relucir, por cierto, aclarándose así el enigma, aquel misterioso Lillo que recibió a Nelly, Susi y Nano, siempre en Alicante, cuando iban camino de Orán, y les consiguió plaza en el avión que los condujo allí. Era, pues, el tal Lillo, como atinadamente se aventuró, corresponsal de Febus en la *millor terreta del món*. Todos los cabos se anudan.

De las *florecitas de tu mamá* se da cuenta en una carta anterior, fechada el 23 de junio… «*Querida Nelita: conservo tu ramito de flores, al que le di vida con un poquito de este agua lamentable que os gastáis por Alicante, un poco menos lamentable que los festejos, a los que voy a perder de vista como las balas.*»

Y después, en el reverso del segundo folio de la misma carta, casi al final: «y tus florecicas en un vaso de agua. Les he dado besines, pues me gustó mucho el ver la ternura con que me preparaste las maletas.»

Detalles.

¿Quién cuidaba a Fernan? Su Nelly, que con tanto mimo le hacía el equipaje. Pero veinticuatro días después a partir de la mañana del 18 de julio, ya no pudo seguir

haciéndolo.

La carta transcrita, única que Dionisio recibió de su padre, daría pie, cincuenta y ocho años más tarde, a una confusión de fechas y a un *quid pro quo* de gravísimas consecuencias en las investigaciones abiertas por el huérfano para reconstruir el drama vivido por Fernando Monreal y poder escribir este libro. Ya se llegará, en sus páginas, a eso.

Dionisio no era, en realidad, hijo primogénito. Hubo, antes de que él llegara al mundo, otro nacimiento, fruto del mismo matrimonio: el de una niña, *guapísima*, según Susana, que dio su primer vagido (y casi, a la vez, el último) en lo que luego, a raíz de la segunda boda de la madre, sería el dormitorio y estudio de su hermano menor —Dioni— y, más adelante, también el de Billy, y que sobrevivió, más o menos, una hora. La mató lo que se llamaba entonces *enfermedad azul*, que hoy es de facilísima solución, pero que hasta hace cosa de medio siglo no lo era.

El autor de esta tragedia ignora cuál es el nombre científico de dicha dolencia —que engloba, al parecer, a varios, y muy distintos entre sí, procesos patológicos—, y no considera necesario para el curso de su libro meterse en enojosas averiguaciones, pero sabe que los *niños azules* mueren (o morían) por el mal funcionamiento de una especie de ojal o valvulilla del organismo que se cierra, o debería cerrarse, al respirar para impedir que la sangre venosa inunde las arterias y se incorpore, adulterándose, a la que circula por ellas. Esa mescolanza patológica, que mientras el feto está en el útero es normal, provoca la muerte por asfixia cuando ocurre fuera de él.

De ahí la tonalidad azul que se da en todos los procesos de cianosis.

De lo mismo, por cierto, moriría diez años después el primer hijo del segundo matrimonio de Nelly. Se convirtió dicha enfermedad, para ésta, en una pesadilla recurrente que ensombrecía sus embarazos.

El disgusto, al decir de Susana, fue en ambos casos *horroroso*.

Pasó el tiempo, nació y creció Dioni, llegó éste, ya adulto, a la India, tuvo una iluminación —no una revelación. Es cosa bien distinta— en Benarés, se adentró a partir de entonces por los senderos de la espiritualidad, el budismo, el sivaísmo, el taoísmo, el *tantra* y los estados alterados de conciencia, y dio poco a poco en ir fantaseando con la posibilidad de que su hermanita mayor, muerta en agraz, se hubiera reencarnado en él, nacido menos de un año más tarde.

También, como es natural, acarició Dionisio la idea de que fuese su padre, y no la niña, quien desde el mundo sutil del *bardo* o lugar sin longitud ni latitud en el que transcurre, según el chamanismo y el budismo tibetano, la *vida entre las vidas* había

descendido hasta su cuerpo para reiniciar en él —crisálida con capullo nuevo— la andadura de su alma, bruscamente interrumpida por la guerra, en el ámbito del mundo denso.

Le parecía, incluso, lógico —dentro de lo supuestamente irreal de dicha perspectiva, que resultará de imposible digestión para muchos lectores occidentales, pero que es para los orientales de ordinaria administración— ese planteamiento, habida cuenta de las notables semejanzas físicas y de idiosincrasia existentes entre el padre y el hijo, así como de las respectivas trayectorias profesionales y órbitas vitales seguidas por el uno y por el otro.

Sostienen, además, los cánones de la teoría de la reencarnación y el *karma* que el proceso de renacimiento material suele producirse el cabo de unas cinco décadas, y en algunos casos mucho más, excepto si la desencarnación de quien otra vez se encarna —vale decir: su muerte— le llegó de modo repentino, inesperado, prematuro, violento y accidental.

Cuando eso sucede, aseguran los estudiosos del fenómeno, el así finado, como finó el periodista Monreal, vuelve a la tierra mucho antes o incluso, en ocasiones, inmediatamente después de su defunción y tránsito escatológico.

Recuerde el lector que entre el nacimiento de Dionisio y la muerte de su padre mediaron tan sólo dos semanas y cuatro días. La hipótesis, pues, era, por lo menos, verosímil, si no concluyente, y Dioni, además, no sólo la aceptaba, sino que la deseaba —Edipo feliz, felicísimo… ¡Ser, él, su propio padre y, por ello, sin incurrir en incesto, el marido de su madre, cuya alcoba y cama había compartido hasta los ocho años!—, pero pese a ello la descartó, no sin fastidio, refunfuñando, a contrapelo… ¿Por qué, entonces, si las cuentas cuadraban y su albedrío lo anhelaba, renunció a la idea, la congeló durante treinta años y la trasladó a su hermana?

Lo hizo, precisamente, por esa confusión de fechas en torno a la carta escrita por el padre al hijo, aún nonato, de la que ya se ha dado referencia. No es, aún, el momento de explicar el malentendido por tal enredo originado, pero sí es cosa —porque la trama del relato lo exige— de adelantar sus abscisas y ordenadas.

Fue culpable del lío, como de tantos otros, la memoria, gatazo tontiastuto y herramienta que hay que manejar con tiento, pues gasta bromas, cuenta cuentos, tiende trampas a sus usuarios y los induce, a menudo, a resbalar y a romperse la crisma contra el suelo de lo que en realidad no sucedió o lo hizo de otro modo.

Nelly habló de la carta a Dioni (y acaso le permitió leerla, pero no se la entregaría hasta mucho tiempo después) cuando éste era poco más que un niño, y ese mozo, al que no se le pasó por la cabeza en los años de la adolescencia ni en los sucesivos la posibilidad —a sus ojos absurda— de que su padre la hubiera escrito *antes* de venir él al mundo, llegó motu propio y sólo para su coleto, sin molestarse en verificar el dato, a la conclusión de que el periodista había sido fusilado *después* del 2 de octubre, día en que vio la luz quien ya era huérfano, y esa falsa idea quedó grabada —troquelada— en la conciencia del niño hasta que al morir su madre, Nelly, medio siglo después,

volvió a salir la carta en cuestión a flote y cayó su destinatario, tirándose de los pelos por lo que a su debido tiempo se dirá, en el inconcebible error de datación en el que muy a su pesar había incurrido.

Obvio es decir que si Fernando Monreal aún vivía cuando Dionisio nació, mal podía ser éste la reencarnación de aquél.

Y desechó la hipótesis con gesto adusto, centrándose a partir de ese instante en la posibilidad —no menos novelera, aunque más abrupta y subversiva— de que fuese la hermana muerta, como digo, la que hubiese pillado al vuelo su segunda (o quizás enésima) oportunidad de hacerse carne entre nosotros, los humanos.

¿Sería Dioni, de resultar cierta la especie, una mujer que no llegó a serlo rebrotada en un cuerpo de varón?

¿Explicaría eso, incluso, la atracción —irresistible y, a veces, fatal— que a lo largo de toda su vida, así en la infancia, precozmente, como en la adolescencia, la juventud, la madurez y, tardíamente, la senectud, inspiró en Dionisio cuanto concernía al sexo opuesto?

Anda ahora nuestro héroe, que nunca ha ocultado su presunción de ser, literalmente, *el hombre más femenino del país*, por su séptima relación conyugal. Imaginen los lectores cuántas han sido, entre ellas, las aventurillas, ligues, amoríos, escapadas, ceguerones, encoñamientos y encuentros o encontronazos de una sola noche. No es cosa de detallarlos. Hay constancia escrita de muchos de ellos. Y también la hay —el *alter ego* de Dionisio es un grafómano y, por añadidura, un deslenguado. Ha construido su vida como la de un personaje de novela y recurre a él constantemente— de lo relativo a la posible reencarnación de su hermana. Veamos, por ejemplo, lo que a propósito de ésta se lee en *La del alba sería*:

> «¿Y si ahora, por ejemplo, les dijera —cambiando el tercio, pero sin devolver el toro ni abandonar la plaza— que tengo motivos abundantes, convincentes y más que suficientes para sospechar que en mí se reencarnó la efímera criatura de sexo femenino —cuentan que era un bombón— parida por mi madre un año antes de que me pariese a mí y muerta de no sé qué a los dos días de su nacimiento? Pensarían, sin duda, que el desvarío es de familia y que también, como mi hermano, me he vuelto rematadamente loco. Mejor será dejarlo. No es, por fortuna, asunto que guarde relación directa y determinante con las manifestaciones de lo invisible, sino con otros aspectos de mi personalidad y de mi quehacer vital, y no me siento, en consecuencia, obligado a exponer y analizar aquí tan espinosa y escabrosa hipótesis. *Stop. Danger*. Territorio *off limits*. La jungla en armas. Alto secreto.»[241]

Bueno, bueno… No tan alto. ¡Menos monos, menos ínfulas! Considerablemente

explícito resulta, al respecto de lo mismo, este extenso e intenso pasaje de la novela *Las fuentes del Nilo*:

»¡Ay, Wendy! Ardua cuestión… Lo de la moralidad e inmoralidad —eso lo aprendió Dionisio después, pero no mucho más tarde— parecía ir estrechamente ligado a los problemas del sexo, sobre los cuales nunca se pronunciaban los mayores —para bien o para mal— ni falta que hacía, porque el niño lo llevaba (y *sabía* que lo llevaba) entre las piernas, en la sangre, en los ojos, en los oídos, en la punta de los dedos, en la cabeza —sobre todo en la cabeza— y continuamente lo veía danzar a su alrededor en ambos mundos: el irreal del angosto triángulo madrileño[242] y el real, harto real, de su ilimitada fantasía.

»Pero ¿cómo abordarlo, cómo resolverlo? Era —y Dionisio también lo sabía, más por intuición que por aprendizaje— asunto, por lo menos, de dos, y de dos que no fueran iguales, que no hubieran nacido hechos de la misma forma, sino hombre y mujer, chico y chica, con órganos y gustos y manera de crecer (o de evolucionar) muy diferentes, aunque en apariencia complementarios.

»¿Y con eso? Mujeres, chicas, niñas, Wendy… ¿Dónde estaban? ¿Cómo eran? ¿De qué forma se hacía? ¿En qué lugar sondearlas y, llegado el caso, tentarlas? Tentarlas en el doble sentido de la expresión, naturalmente, pero… ¿cuándo? ¿Con qué, por qué, para qué?

»Su primera y muy prolongada solución fue masturbarse. Su primer refugio. Encontraba estímulo para ello en algunas lecturas —no, aún, en *Los cursos* ni en el *Ars Amandi*… Demasiado pronto. Empezó, que él recordara, a eso de los cinco, de los seis, de los siete años… A los ocho era un profesional —, en algunas fugaces visiones sicalípticas (muslos de criada descuidadamente expuestos —como un garabato— al fregar, en las *fotografías* —en jerga infantil— que a veces y sin querer enseñaban o hacían las niñas en sus bruscos movimientos, en el casto y casi pictórico desnudo de Montmartre —una *prova d'artista*— esbozado por su madre cada noche), en algunas carteleras de cine (*La madonna de las siete lunas, La condesa descalza, Escuela de sirenas*), en algunas ambiguas bromas gastadas al sesgo por sus amigos del arroyo, en las desconcertantes preguntas acerca de *malos* —¿por qué?— deseos y tocamientos que los sacerdotes le formulaban en el curso de la confesión… Pero todo eso no le bastaba ni podía bastarle, porque era asunto (activo) de uno, aunque pasivamente pudiese serlo de dos. Siempre faltaba lo principal: la mujer. Y una mujer tangible, que existiese de verdad —ruidosa, olorosa, sudorosa—, al alcance de *su* mano y de *sus* cinco sentidos, y no pintada ni contada ni atisbada ni robada ni brindada…

»Y Dionisio reaccionó como de costumbre: fantasiosamente. Es decir: la

inventó.

»Pero no fue fácil, porque aquella invención tenía que ser, en efecto, tangible —ruidosa, olorosa, sudorosa—, a diferencia de las que destinadas a otros ámbitos y menesteres producía —incesante— su cabeza, y lo único verdaderamente *corporal* que Dionisio podía llevarse a los magines para apuntalarlos y convertir las formas en materia era él mismo, su tangibilidad, su carne, sus olores y sudores, su ruido interior y exterior, su acribillado, torturado y soliviantado cuerpo de varón.

»Y aunque, incomprensiblemente (porque jamás le había sucedido), algo oscuro se le rebelaba dentro, y no sin lucha, un buen día del mes de abril —una mañana quieta, henchida de polen, deseos y fragancia— aquel niño de ocho años —justo ya, consecuente e implacable— dijo por fin: *sea* (como un dios bifronte y esférico antes del génesis). Y transformó su cuerpo en un cuerpo de mujer, lo descostilló para completarse y acabarse, para encontrar el polo femenino por el que brutalmente clamaba, solitario, el imán de su sexo masculino.

»Soñó que era mujer, sintió que era mujer. Se acariciaba el cuerpo, y era un cuerpo de mujer. Lo acicalaba, lo adornaba, lo vestía —con la imaginación— como se visten y adornan las mujeres, y después cohabitaba con él o, mejor dicho, con ella. O bien, otras veces, más sereno y accesible, lo sacaba a la calle —felino, retador, lustroso (faldas al viento) sobre sus altos tacones—, o lo invitaba al cine —brusco candor y esplendor de una rodilla en la penumbra—, o lo sentaba en cualquier parte —un banco del Retiro, un sofá de marquesa, un taburete de bar, una terraza de café— cruzándole las piernas con elástico chasquido, o lo ponía a trabajar en trajines y agobios de mujer, de criada, de madre, de enfermera, de puta, de esposa… Y todo, inundándose de claridad, lo fue aprendiendo por el cauce de los cinco sentidos, que se le multiplicaban. Su cuerpo, repentinamente adulto, sabía a mujer, sudaba, y hablaba, y taconeaba, y se movía —jodía— como el de una mujer. Era su propia, ensimismada, autista y perfecta amante, su *complementario* y perfectos —absolutos— eran sus coitos. Dionisio conoció entonces, y así, la fanática felicidad del amor correspondido. Aquel cuerpo de hembra prolongaba su cuerpo de hombre obligándole a reconocerse e identificarse como tal, lo ceñía y avasallaba fundiéndose con él y, al mismo tiempo, separándose de él para mejor reunirse con él, lo obedecía, lo provocaba, se adelantaba a sus más furtivos imposibles deseos, haciéndose carne y placer de su placer y su carne. Era Venus brotando de las aguas y Aldebarán —o Marte— trepando fuego arriba. Era un bautismo, un nacimiento, una resurrección, una agonía, una muerte en olor de lujuria y desvergüenza. Helos ahí, a la postre, los *malos tocamientos* de que le hablaba el cura. Cuadrando el círculo, mordiéndose la cola: su cuerpo de varón era el suyo de mujer. Complicado, sí,

pero Dionisio lo entendía. ¡Y qué le importaba el mundo! Tener en un solo cuerpo dos cuerpos iguales y distintos. Éxtasis. Hipóstasis. Comunión. Felicidad.

»Ministerio trinitario.

»Y después, poco a poco, con precaución, pero sin miedo, que no era Dionisio hombre —o galopín— para quedarse en teorías, tolvaneras o palabras sin pasar temprano o tarde a los hechos, fue fatalmente a más, a mucho más, al grano, al toro… Y citándolo de frente.

»Dejó de soñar y de imaginar, aunque no de sentir. Se vistió realmente, *tangiblemente*, de mujer. Robó trapos —cendales, satenes, puntillas, organdíes, sedas— a la criada o a su madre. Se encerró con ellos en el baño y probó —bien o mal, como podía, recortando longitudes, acotando anchuras, arrugando superficies— a calzarse una media, a ponerse un sostén rellenándolo con algodones, a estirar un liguero, a abotonarse (y desabotonarse) una blusa con descoco, a elegir una falda, a ceñirse la cintura, a colocar plantillas o topes en zapatos de buido tacón y afilada punta para que el pie no le bailase en ellos.

»Y cogió —allí, en el armarito del baño, en las repisas de éste y entre los objetos de la consola— potingues de mujer —los había por docenas— y, audaz, riéndose del ridículo, se pintó los labios en forma de corazón, se almendró y alargó los ojos con lápices de colores, puso vida y rubor en sus mejillas, y negrura de rímeles en la comba de las pestañas, y señaló o inventó lunares, y transformó sus uñas en fulgor escarlata; y luego, en seguida, revolvió estuches y cajones buscando aderezos —un alfiler, una gargantilla, un par de pendientes, un dije, un grisgrís de azabache, un guardapelo—, y añadió perfumes o colonias, y en todo se equivocó una y mil veces, y rectificó, y volvió a equivocarse, y al cabo —casi de repente— fue mujer. Mas no por ello dejaba de ser hombre.

»Felicidad. Misterio trinitario.

»Femenino e hirsuto, cabal, viril, coqueta e íntegro, sentado —sentada— delante de un espejo de luna, con rostro de mujer, y traje de mujer, y gesto de mujer, y alma de hombre, se le iban las horas masturbándose dulce, pausada, remisa, perezosa, húmeda, incansablemente.

»Dionisio —a la vez protagonista y antagonista— miraba, admiraba, deseaba y conquistaba a su doble del espejo, y hacía el amor con ella —con él —, y se abandonaba y aflojaba, pero no había allí —que nadie lo buscase— ni estéril complacencia de Narciso (porque eran dos), ni desgarradora tentativa de homosexualidad (porque copulaban un hombre y una mujer), ni tan siquiera onanismo (porque el varón se derramaba en el surco de la hembra y recíprocamente se satisfacían).

»Era aquello, en realidad, contundente y concluyente consagración del

mandamiento bíblico, apoteosis de la heterosexualidad y paroxismo de la guerra de los sexos.

»Y certidumbre de lo trinitario.»[243]

Es toda una confesión, casi general, y sola se alaba. Cabría, pese a ello, intercalar aquí sabrosos comentarios, pero estarían de más, porque lo relativo a la reencarnación de la niña azul en el cuerpo de su hermano es asunto tangencial, por completo, al que en este libro es sustancial: el asesinato del padre de Dionisio en la guerra civil y sus repercusiones en éste y en Nelly. Lo de la hija (o hermana) muerta al nacer sucedió antes de las cinco de la tarde del 17 de julio de 1936, momento inicial de la tragedia.

Pero se impone una coletilla, sólo una, al fragmento recién transcrito… ¿*Alma de hombre*, tal y como se dice en uno de sus últimos párrafos? Mal casa eso, en principio, con la hipótesis de la reencarnación fraterna. Habría que preguntar, si es que los ángeles, como afirman los teólogos, carecen, en verdad, de sexo, qué diablos sucede con las almas. ¿Cabe atribuir a éstas rasgos, propiedades y funciones unilateralmente masculinas o femeninas? ¿Serán ambidiestras, serán andróginas, serán hermafroditas, serán todas y cada una de esas cosas sucesivamente o no serán, por el contrario, nada?

Discútanlo, en Roma, en Jerusalén, en La Meca o en el Potala, pero no aquí, los padres de la Iglesia, los rabinos, los ulemas y los lamas mientras el Turco los rodea. No estamos ya en Constantinopla, sino en la Eurabia infeliz. El libro —la tragedia— sigue…

En una carta escrita el 5 de mayo de 1935 —tres meses y veinticinco días después de la fecha de la boda de Fernando y Nelly— en papel timbrado del Avenida Palace Hotel de Lisboa y enviada por el periodista a su mujer, encinta a la sazón del primer fruto de su matrimonio, se alude dos veces (subrayada una de ellas) a la niña que ha de venir… A la *niña*, digo, literalmente, en femenino, y no, como manda la gramática y aconseja la costumbre cuando no hay determinación de género, al niño, en masculino.

Recuérdese, y por eso, sólo por eso, cumple aquí citar el caso, que en aquella época no era aún posible, como lo es ahora por vía de ecograma, conocer de antemano, a ciencia cabal, el sexo de los nascituros. Había, sí, supersticiones tan pintorescas como la de colgar un anillo de un hilo, agarrar por la punta éste y suspenderlo sobre el ombligo de la embarazada, llegando a conclusiones diferentes según el sentido en que ese improvisado péndulo de rabdomante metido a comadrona girara, pero no parece, en principio, lógico pensar, conociéndolo, que el director de la agencia Febus, hombre —aunque intrépido— sensato y de firmísima arboladura mental, diera crédito a tales y tan provincianas engañifas.

Pero ¿por qué, en ese caso, hablaba de una niña y lo subrayaba? ¿Por volición,

quizá, suya o de la madre, y esperanza de que así fuere?

Es curioso, porque en todas las cartas posteriores al segundo embarazo de Nelly, y se conservan muchas, alude una y otra vez, no sin cursilería de padre primerizo, al niño, con *o* de minúsculo varón, que la mujer llevaba en su seno.

Y ese niño, que no nació *azul*, aunque tal fuera luego (y lo siga siendo, cada vez más) su color favorito, fue Dioni…

La última carta escrita por su padre, entre las que llegaron a su poder tras la muerte de Nelly, y postrera, seguramente, de las que escribió antes del 18 de julio, lleva fecha del 25 de junio —se viene encima, está a punto de sobrevenir la catástrofe — e historiado membrete del *Hotel Internacional (antes Nacional), Valencia, Bailen 8 — Teléfono 14565,* y en ella se alude a la que veinticuatro horas antes había enviado a su futuro hijo.

> «¿Le gustó a mi niño —dice— la carta que le escribí o el muy sinvergüenza la ha leído y no te ha dicho nada? Dale un besín.»

Y ya no hubo más. Fin de la correspondencia, de las noticias (por ahora) y de la documentación y el expediente relativos a Fernando Sánchez Monreal.

Dioni, en su infancia y en su adolescencia, no pensó casi nunca en su padre. No lo echó en falta. No lamentó su desaparición. No sintió el vacío ni el peso de su ausencia. Era lógico. No lo había conocido. Había nacido en un mundo, en un país y en una casa en los que él no existía.

Le dijeron lo natural, en tales casos, y lo justito, sólo lo justito: que había muerto en la guerra, que estaba en el cielo, que era muy buena persona, que todo el mundo lo quería, que habría llegado muy lejos, que rezase por él…

Y se lo decían con una constante, monocorde, machacona música de fondo: la de lo mucho que él, Dioni, se le parecía. Y eso, la verdad, le irritaba un poco, sólo un poco, porque el huérfano, que nunca, en la niñez, se sintió tal, quería ser único e irrepetible.

También le explicaron que era periodista, y el niño creyó que serlo consistía en tener o regentar un quiosco de prensa, y —egoísta, como lo son todos los cachorros del animal humano— pensó que qué lástima, que qué rabia, que qué mala pata, porque si su progenitor —aquel gran hombre, aquel dechado de virtudes y perfecciones, aquel modelo que debía imitar, aquel espejo en cuyo azogue debía mirarse— viviera, él, Dionisio, lector contumaz desde que a los tres años aprendiese a leer, tendría a su disposición, sin soltar un céntimo, todos los tebeos del mercado. Y eran, entonces, muchos. Las penurias de la posguerra los habían puesto de moda.

Eso fue, prácticamente, lo único que su padre le inspiró durante los primeros años de su vida, su único sentimiento en relación con él, el único pensamiento provisto de consistencia, grosor e intensidad que le dedicó.

Los niños son así.

O Dioni, en todo caso, lo era: duro, firme, directo, estanco, inmune a las circunstancias y siempre incólume.

Así también era —lo supo luego— su padre, pero de nada sirvió a éste todo eso cuando estalló la guerra, movió la muerte su dama en el tablero de ajedrez del destino y dio la hora fatal en su reloj el cuco.

(Y, sin embargo, al hacerse hombre y echarse a volar por su cuenta, Dionisio, poco a poco, sin que nada ni nadie pudiera impedirlo, llegó a ser periodista. Y sus primeros artículos —ya se ha contado— aparecieron en la prensa de la España franquista bajo pseudónimo: el de Fernando Sánchez Monreal. No hay deuda en la vida que no se pague ni puede cantar el pájaro en árbol que no sea el suyo.)

Tal estado de estupefaciente imperturbabilidad y autonomía se mantuvo hasta que Dionisio cumplió ocho años, dos meses y un par de semanas. Fue entonces cuando su madre corrió el albur de las segundas nupcias. La llegada y celebración de éstas no supuso trauma alguno para Dionisio, que siguió, como era su costumbre, impertérrito. Pero esa quietud e inocente beatitud, rayana en el cinismo, no duró mucho. Quince días después, al regresar los recién casados del viaje de novios, que discurrió sin sobresaltos por tierras andaluzas y mallorquinas, las aguas del estanque de la conciencia del niño se agitaron por primera vez, aunque en seguida volvieron a remansarse.

Así, mucho tiempo después, evocaría aquellos sucesos su *alter ego* y hermano de horóscopo —Dragó— en *Las Fuentes del Nilo*…

> «Hasta entonces, por inusual o inclusive escandaloso que parezca, el niño dormía con su madre, que se desnudaba sin azoramiento ni remilgos en su presencia (aunque conminándolo a no mirar, orden que Dionisio obedecía con el ojo izquierdo y desobedecía con el derecho), y ambos se repartían amistosamente, sin rezongos, ni resuellos, ni codazos, como cónyuges bien avenidos —o revenidos— y ya decantados por el tiempo, la inmensa cama de caoba que en vida compartiera su padre y sobre la que presumiblemente sembró en el sitio donde tales frutos se siembran la semilla germinadora del propio Dionisio. Huelga decir que éste se vio desposeído del seminupcial privilegio —casi un derecho platónico de pernada— a raíz de la segunda boda de su madre y confinado para dormir, y para todo lo que de noche o a la hora

de la siesta se terciara, en un cuartucho situado pasillo adelante donde escaseaban los muebles, la luz, el espacio, la ventilación y, naturalmente, el calor humano, aunque no la soledad ni el silencio. Lo curioso es que también allí le esperaba a Dionisio una yacija con sabor a padre, pues la única disponible era la que su progenitor había utilizado de niño en casa de los suyos y de soltero en la propia, trasladándola después de casarse a su nuevo domicilio y arrinconándola en aquella habitación de desahogo, como eventual cobijo de huéspedes, en tanto le llegaba descendencia.

»Pero tampoco esta noticia —la de su forzosa mudanza— impresionó a Dionisio. Por una parte, le parecía natural que allí, en su casa, sucediera por fin lo que, según leía en los libros, veía en las películas y oía en las conversaciones de sus amigos era moneda corriente en las demás casas. Por otra, habiendo aprendido en la escuela lo de que no hay en el vasto mundo mal que por bien no venga, y creyéndolo a machamartillo, comprendió en seguida que con aquel cambio ganaba en independencia y libertad mucho más de lo que perdía en protección, cucamonas y consuelo. Así que se encogió de hombros, lió sus escasos bártulos —juguetes, libros, algún que otro trabajo escolar… De la ropa se encargó su madre—, lo que por añadidura resultó bastante divertido, y emigró con paso firme hacia las relativamente lóbregas comarcas del fondo del pasillo.

»La primera noche fue dura. Crujía todo el maderamen de la casa, especialmente la tarima del interminable corredor, y Dionisio tardó una eternidad en dormirse. Hasta él llegaban borborigmos de cañería, toses de fumador, frufrúes indefinibles, golpes de chuzos de sereno y chirridos de bisagras sin engrasar. Los portazos, inexplicables, se sucedían. Oyó dar la una en el reloj de péndulo del comedor, y las dos, y luego una media solitaria —a saber cuál—, y más tarde, mucho más tarde, después de un paréntesis ciego, las cuatro, majestuosas, altivas, inapelables, y por fin nada, nada de nada, como si el flujo de las horas o el mismísimo tiempo se hubieran atollado, hasta que Isabel —criada para todo y nesciente protagonista de sus *malos pensamientos,* tal y como los definía el misal— encendió de sopetón la luz de su cabecera, lo espabiló alborotándole el flequillo y le comunicó que era más de las ocho y hora, por lo tanto, de despegarse de las sábanas para ir al colegio.

»Lo significativo de la noche, sin embargo, lo que para bien o para mal la dejó grabada de por vida en la memoria de Dionisio, no fueron los aldabonazos del reloj, ni la sinfonía urbana de música concreta, ni las lúgubres cavilaciones del insomnio, ni la amenazadora y opaca silueta de los muebles en la oscuridad, sino el jadeo, la inspiración y espiración, el acezar cada vez más nítido, cercano y conminatorio de un ser que evidentemente ya no pertenecía al mundo de la tangibilidad, pero que estaba en él. Dionisio

supo desde el primer momento quién era, de qué boca y de qué nariz salía aquella respiración, y lo aceptó, qué remedio, quizás algo impresionado, pero no —*stricto sensu*— atemorizado, pues un padre lo sigue siendo más allá de la muerte y venga por donde venga, y como venga, así lo haga disfrazado de ectoplasma o diplodocus, y, además, en cualquier caso, la filiación no se elige, sino que se sobrelleva con gozo o con pesadumbre. El suceso, por otra parte, aunque sorprendente en sí, tampoco sorprendió a Dionisio, a quien días antes había contado Isabel —la apetitosa, juvenil y gordezuela mucama de muslos fugazmente atisbados al sentarse o inclinarse e inmediatamente eclipsados al levantarse o enderezarse— un episodio similar que ocurrió en su pueblo, sólo que allí el fantasma era marido, que no padre, y su síndrome de exteriorización no consistía en ir y venir de oxígeno hacia o desde los pulmones, sino en perentoria y malhumorada reclamación verbal de la *asaura* que su amante y desconsolada esposa, en un momento de famélica necesidad, le había birlado de la sepultura.

»Lo cierto es que Dionisio, sea como fuere, aquella noche conoció a su padre.

»Y mientras apresuradamente, cartera al hombro, bocadillo en ristre y algo renqueante por las tribulaciones nocturnas, tiraba Mola abajo y Castelló arriba hacia el colegio de chocarrera y endomingada arquitectura neogótica, el niño iba pensando: *vivimos, efectivamente, en un mundo donde todo sucede para mejor. ¿Hubiera yo recuperado a mi padre sin el entrometimiento de mi padrastro?*»[244]

Addendum: recuerde el lector que de los sucesos de esa primera noche vivida (y dormida) por Dionisio a solas en su cuartucho, que a decir verdad no lo era tanto, y al rebujo de la cama de soltero de su padre, ya se hizo mención y anuncio, a cuento de la crisis depresiva de su hermano Billy, en otro pasaje de este libro.

(Acotación escénica — *Tiene ahora Dionisio ante sus ojos, y es documento que despierta vivo interés en él y que le trae recuerdos dulces y, a la vez, amargos, el presupuesto relativo al mobiliario de la alcoba de sus padres: la misma a la que se alude en el pasaje de Las Fuentes del Nilo que acaba de transcribirse*.

Está escrito a mano, con letra clara y picuda; dice su membrete: «Muebles de estilo - A. de la Mata - Ebanista - Tapicería - Talla - Pilar de Zaragoza, 73 - teléfono 50845»; lleva fecha del 14 de noviembre de 1934, y está dirigido a Dragó, Lista, sin número.

En él se lee:

«Presupuesto de un alcoba exterior e interior de estilo Olandés (*sic*),

compuesta de dos armarios pequeños con luna visel (*sic*), en las puertas interiores, una cama grande con colchón tapizado, dos mesillas, una cómoda con marco de espejo visel (*sic*) para la misma, un silloncito y silla de asiento y respaldo tapizado, barnizado a muñeca exterior e interior, según dibujo de modelo visto sin ningún motivo de pintura. Convenido. Total: 3500,00.»

Y una firma con rúbrica: Andrés de la Mata.

Ése es, con minuciosa precisión, el entorno de ebanistería que perdió Dionisio al casarse Nelly. Todos los muebles citados siguen donde estaban, prácticamente ilesos e inmunes a la acción del tiempo. Debía de ser el amigo de De la Mata, pese a sus faltas de ortografía, que en lo manual y artesanal no importan, un excelente carpintero. Y, por añadidura, rápido en el quehacer de su oficio, porque Fernando y Nelly se dieron el sí cincuenta y siete días después de la fecha que figura en el presupuesto, y es de suponer que para ese día, tan sonado, tan esperado y de tanto relumbrón, ya estuvieran los muebles en su sitio. Hoy habrían tardado meses, serían de pésima calidad, andarían cojos y, por supuesto, no estarían barnizados a muñeca.

Los Dragó, soltera aún Nelly, vivían entonces, en noviembre de 1934, en la calle de Lista, hoy Ortega y Gasset. Luego se trasladaron —cada quien en su olivo y en su piso— a la casa de Lope de Rueda. El contrato del apartamento en el que nació Dioni es del 15 de diciembre de ese año. Fue, evidentemente, el padre de la novia —don Roger— quien abonó la cuenta del ebanista. Tal era, en lo relativo al mobiliario del dormitorio de quienes se casaban, la costumbre de la época. También eso se ha perdido.

Fin de la acotación escénica.)

Vendría ahora, por riguroso orden cronológico, el episodio del *Semíramis*, y luego, ya en el verano de 1953, el del cementerio de Burgos. Los dos están contados.

Y, por fin, abrochando el bucle abierto en el *introito* de esta histórica tragedia, llega el relato al punto en el que comenzó…

Febrero de 1956, Madrid, Puerta del Sol, oficinas de la Brigada Político-Social, un joven de diecinueve años detenido por su destacada participación en los sucesos antifranquistas de la universidad, dos inspectores que lo interrogan y pasan a limpio su declaración, irrumpe en el despacho y sufre un ataque de cólera el comisario Conesa…

—¡Resentido, más que resentido! ¡Estás aquí porque matamos a tu padre!

Dionisio descubre de golpe que el periodista Fernando Monreal no había muerto,

como hasta entonces creía, a manos de los rojos, sino de los nacionales.

Erupción y terremoto de conciencia. Su orfandad cambia de signo. Muévense las frondas de su árbol genealógico y se oscurecen, aún más, las sombras que sus ramas proyectan. Dionisio ya no sabe quién es. Vuelve a olvidarlo, como el día del *Escipión* o del *Semíramis,* y nace en él, nesciente de ello y aún sin forma, la necesidad y la decisión de escribir este libro. La semilla tardará sesenta años en dar fruto.

Marzo o, quizás, abril de 1976. El Caudillo, que, desde lejos, abrió la fosa sin lápida en la que cayó Fernando Monreal y meció la cuna sin padre en la que nació su hijo, ha muerto en la cama pocos meses atrás. Dionisio, que al saberlo ha regresado de Japón, donde le pilló esa muerte por tantos esperada y siempre diferida, y se dispone a establecerse, momentáneamente, en España, asiste a un festejo literario en uno de los salones del hotel Palace y se topa, al subir la breve escalera que media entre la recepción y el vestíbulo del citado establecimiento, con un desconocido de edad provecta —cercana a los setenta años— que lo mira fijamente, esboza un gesto de sorpresa, lo aborda, pone una mano en su hombro y exclama:

—¡Fernando!

Dioni se para en seco, también sorprendido, y su interlocutor, rehaciéndose, parpadeando, volviendo en sí, como quien despierta de un sueño y espanta una idea, añade:

—¡Qué tontería! Perdona. Te he confundido con un amigo que murió en la guerra y que hoy tendrá mi edad. Eres su vivo retrato.

Dioni, sonriente, educado y curioso, pregunta:

—¿Quién era?

—Un periodista. Lo mataron en Burgos. Fuimos compañeros. Se llamaba Sánchez Monreal.

Gesto adusto en quien lo escucha. Se apaga su sonrisa y, con gravedad, dice:

—Era mi padre.

—¡No es posible!

Se cruzan, los dos, unas frases. El desconocido estrecha la mano del huérfano y se aleja. Dioni no hace nada por retenerle. Ni siquiera le pide el nombre. Menos, aún, el teléfono. En seguida lo lamentará, pero, de momento, sigue distraído, sordo a lo importante, atento a lo insignificante. Tiene treinta y nueve años, y ni de lejos los representa. La vida lo aturde, lo tienta, lo encela, lo engaña: es demasiado joven. Tardará aún en crecer, en llegar a adulto, y mucho más en envejecer.

Pero ha pasado un ángel —un destello, una sombra— por aquel lugar y el hijo del periodista asesinado, al que tanto se parece, ha oído el batir de sus alas, ha columbrado una ráfaga de luz y se ha entristecido, apenas un instante, al escuchar el nombre del ausente.

La semilla sembrada veinte años atrás por el comisario Conesa, instrumento del

destino, no se ha agostado. Algo, en ella, palpita, se mueve como un polluelo en el cascarón, pugna por romper la cáscara, y Dionisio lo percibe.

Luego, encogiéndose de hombros, cruza el vestíbulo del hotel y se incorpora a la fiesta.

Febrero de 1984, quizás 1985, Sierra Nevada, Dionisio, Ayanta, Aixa, la madre de ésta y Nelly. Es la última vez que la familia del huérfano se reúne, dichosa, bulliciosa, casi al completo —falta sólo Alejandro—, antes de que nuestro héroe, emulando esta vez, como su padre, a Orestes perseguido por las Furias y no, como de costumbre, a Edipo, y cegado, nuevamente, por los demonios del sexo, y la maldición de la lujuria, que es su único pecado capital, se encoñe con una mujer —la sexta esposa de su vida — y vuele todos los puentes de la felicidad. Pero eso ya se ha contado, parcialmente, en otro libro[245] y nada tiene que ver con éste.

Larga, larguísima conversación entre Dionisio y Nelly. Hay una grabadora entre ellos. Está funcionando. El huérfano, por fin, se ha puesto en marcha, como el magnetófono, y ha encendido el motor de la obra que debe a su padre. La semilla sembrada por Conesa parece a punto de dar brote. Todo —su edad, el entorno, la familia tan felizmente reunida, la presencia de su madre— tira de él. Tiene ya Dionisio casi cincuenta años. ¡Ay, la vida! ¡Qué pendiente tan empinada! Le ha costado crecer, pero…

¿Es ya un adulto?

Sólo cuando lo sea podrá escribir, siempre propuesto, siempre pospuesto, ese maldito libro.

Larga conversación, decía. Quiere, necesita saber Dionisio cómo fue todo, y sólo Nelly, que aún tiene y tendrá durante mucho tiempo la cabeza nítida, sin jirones de bruma, puede contárselo.

La interroga, blando con las espigas, duro con las espuelas, a fondo, como Truman Capote había interrogado cinco lustros antes, sin piedad, *a sangre fría* al protagonista de su mejor novela, y Nelly, con dulzura, con serenidad, con resignación, *las nieves del tiempo blanquearon su sien*, pero sin que en ningún momento se apague la luz del amor en sus ojos ni se empañe el esplendor de la hierba en su memoria, se deja zarandear, permite que le hurguen en la herida, consiente el acoso de su hijo, al que todo, siempre, se lo perdona, y habla, responde, confiesa, vuelve atrás, se remonta al principio, a aquel día del ascensor del Palacio de la Prensa en que un apuesto desconocido la encontró y la miró, y ella, con rubor y disimulo, le devolvió la mirada, «*hoy la tierra y los cielos* les *sonríen / hoy llega al fondo de* su *alma el sol*», todo —incluso el resto— estaba escrito, y la siguió hasta la calle de Lista, y paseó él, testarudo, decidido, bajo su balcón, y se asomaba ella —princesa altiva y esquiva— de reojo entre los visillos, y pavoneábase el varón, y alzó el celo su reclamo, y tendió sus redes el caballero andante, y cayó la doncella, encendida, en su

trama, y ya fueron los bombones y las lilas a puñados, los billetes de amor, los cines, los aguaduchos de Rosales y la Castellana, los salones de baile recatado, la declaración, el deshojar de la margarita, el sí pero no, el no pero sí, el recíproco *siempre te querré* y el no menos recíproco, y aprensivo, cauteloso, *y tú, ¿me querrás siempre?*, y el noviazgo, y la petición, y el buscar piso, y los muebles de la alcoba, y…

Y la guerra.

Duró la conversación muchas horas, varios días, y Dionisio preguntaba y preguntaba, y su madre respondía y respondía, y giraba y giraba la grabadora, y todo lo registró ésta, todo, digo, lo de la noche del 17 de julio, lo de Valladolid, y San Rafael, y Burgos, y el irse de la capital sitiada y bombardeada hacia Alicante, hacia Orán, hacia Melilla, hacia Huelva, hacia Vigo, y lo del *Semíramis*, y lo de la búsqueda en el cementerio y el desmayo de Nelly, y terminó la estancia de la familia feliz en la sierra granadina, y Dionisio se llevó a sus campamentos de invierno en Madrid, con el cuidado con el que se transporta el fruto de un saqueo, una obra de arte, una bomba de relojería, un tósigo mortífero o el botiquín que puede salvar una vida, las cintas destinadas a convertirse en venero principal de su libro.

Las cosas, sin embargo, por más que esa vez la suerte pareciese estar echada y no se vieran nubes, sino sol radiante y deshielo de primavera en el horizonte, volvieron a torcerse.

¿Por qué, cómo, en qué sentido?

Es hora de responder con saña a la pregunta que más arriba quedó en el aire: Dionisio, que había nacido —subráyese de nuevo— casi cincuenta años atrás, no era, aún, una persona verdaderamente adulta.

O lo que es lo mismo: no calculaba el riesgo, no medía las consecuencias de sus actos, no tanteaba el terreno, anteponía el querer al deber sin reparar en que, a partir de un determinado momento —el de la edad de la razón que escucha las razones del corazón y no sólo los desatinos de la entrepierna— la sabiduría desbarata esa antinomia y la felicidad consiste en querer lo que se debe y en hacer lo que se quiere… Voluntad, libertad, responsabilidad aunadas.

Dionisio era, pues, seguía siendo, como lo había sido siempre, igualito a su padre, a aquel gran hombre que antepuso el deseo —vanidoso, egoísta— de brillar en su profesión a la obligación —altruista, generosa— de velar por la mujer que había elegido, por la madre que había fecundado y por el hijo que había engendrado.

Se parecían tanto, pero tanto, tanto, tanto…

Quienes de niño se lo hicieron saber, se lo dijeron una y mil veces, se lo recalcaron con insistencia, como una música de fondo —*monocorde, machacona,* regañona— que le sorprendía e *irritaba un poco, sólo un poco*, ignoraban que estaban troquelándolo, encarrilándolo, arrebatándole la ingenuidad, espontaneidad y libertad a las que todo nacido tiene derecho, y marcándole un destino que caería también, como el de Fernando Monreal, sobre las cabezas de sus descendientes.

La maldición de la lujuria, los demonios del sexo…

Apareció esa mujer —la sexta de su vida— y todo saltó por los aires.

Ya se dijo: está contado. O, por lo menos, apuntado.

En ese vendaval, el de su nuevo matrimonio, y en el de la ruptura del anterior, las cintas, que Dionisio había guardado con el cuido que se reserva a las escrituras notariales en uno de los cajones de su escritorio madrileño, mudanza va, mudanza viene, gorrioncillos en la tormenta, desaparecieron. Cómo, no lo sabe, pues durante varios años vigiló su presencia y comprobó que seguían donde las había puesto, pero el día —más de tres lustros después. Había vuelto a distraerse— en que de verdad las necesitó para acometer la tarea de escribir este libro y las buscó en el cajón y, luego, maldiciendo su estampa y revolviendo el mundo, por todas partes, no pudo encontrarlas.

Perdidas, hasta hoy, siguen. Si reaparecen, demostrándose una vez más que anda por los rincones cuanto no se llevan los ladrones, será demasiado tarde. El libro está, prácticamente, escrito. Se acerca ya su desenlace.

¡Triste consuelo el de exclamar, con el dedo índice admonitoriamente levantado, que su autor lo tenía merecido, pero así es!

No hay deuda, en efecto, que no se pague ni puede cantar el pájaro en árbol que no sea el suyo.

Gracias, Jodorowsky[246]. Te las da Dionisio. Escribir esta obra es para él —y para su *alter ego*— un acto y una cura de psicomagia.

Se entenderá mejor lo que los dos te dicen a la vuelta de unas páginas.

El hijo mayor de Nelly no pagó esa deuda, haciendo honor al tópico de Churchill que tal exige, con sangre ni con lágrimas, pero sí con torrenciales ríos de sudor: el de verse obligado a reconstruir a pulso, casi desde la nada, sin materiales, con paciencia infinita e infinitos desvelos, superando con tesón hercúleo dificultades inconcebibles para quien no haya pasado por ellas, recorriendo España, limpiando el polvo de medio siglo en sus reboticas y trasteros, indagando en archivos, hablando con decenas y decenas de personas próximas o lejanas, volcando cajones de propios y extraños, vareando estación tras estación árboles, arbustos y zarzas de su bosque genealógico, suponiendo, deduciendo, hilvanando, fantaseando, pero jamás inventando, y teniendo que tirar, y tirar, y tirar, como Teseo en su dédalo y frente al Minotauro, del hilo del ovillo que Nelly le entregó, que la grabadora registró y qué él, Dionisio, por su mala cabeza, por su lujuria, por su desidia, por su envenenado don de eterna juventud, perdió.

¡Todo le habría resultado tan fácil, tan hacedero, tan llevadero, si hubiese podido escuchar y transcribir esas cintas!

La memoria, a la que continuamente ha tenido que recurrir sin fiarse de ella, verificando hasta la extenuación todos y cada uno de los cabos —o trampas— que le tendía, es siempre, nadie lo ignora, un laberinto de verbena barata, una sesión de fuegos artificiales, un polvorín, un campo de minas, pero lo es aún más en asuntos como de los que en este libro se trata. Y Dionisio, pisando con suma cautela, moviéndose con la destreza del felino en la jungla, ha tenido que sortearlas.

Y sin embargo…

La adversidad es, para el guerrero, y también para el escritor, un beneficio. Sin ella, sin todo lo que hace unas líneas se ha dicho, sin tanto tropezar y batallar, con menos zambombazos, emboscadas e insidias, con lo mucho que Nelly, en Sierra Nevada, contó y el magnetófono grabó puesto al alcance del oído y de la pluma de Dioni, este libro no sería el que es ni su autor, acogotado y, simultáneamente, espoleado por la desaparición de las cintas, sabría ahora sobre su padre, sobre su madre, sobre sus hijos, sobre sus antepasados y sobre su propia persona lo que ya sabe.

Insh'hallah!

El huérfano, antes de distraerse y desviarse otra vez a causa de las vicisitudes de su nuevo matrimonio, cuando aún era amante, sólo amante, y si acaso novio, sólo novio, adulterino, eso sí, de su sexta mujer, dio otro paso, extravagante, sin duda, y conducente, en teoría, aunque de poco, en realidad, iba a servirle, a localizar el sitio donde yacían, anónimos, los huesos de su padre.

Excéntrico, como lo era, y dado siempre a recorrer y apurar hasta su última gota todos los cauces —lógicos y parapsicológicos, racionales y pasionales, científicos y mágicos— de las indagaciones en las que por cualquier motivo se embarcaba, decidió pasar una noche lúgubre de poeta con chalina, en el cementerio de Burgos, si es que los celadores del mismo se lo permitían, armado con la grabadora —una Sony sensibilísima por él comprada, con distinto fin, en Tokio— que ya conocemos, con la muela (que también conocemos y que se perdió, por cierto, cuando lo hicieron las cintas) de su padre, con una foto y un par de ligas de éste, con un péndulo de rabdomante utilizado hasta que llegó a manos de Dionisio por un detective de Scotland Yard y con las instrucciones que unos días antes había impartido al aprendiz de ladrón de tumbas un jesuita amigo suyo y hombre de bien ganada reputación en todo lo que a los estudios, investigaciones y prácticas parapsicológicas se refería[247].

Cabe tomar este episodio a chacota, y libre de hacerlo será quien así lo decida, pero sucedió, y no es quién el historiador —ni tampoco el novelista— para silenciarlo.

Cosas de Dionisio.

Respetémoslas, y repasemos la lista que se ha adjuntado: grabadora, muela, foto, ligas, péndulo y, naturalmente, una cinta virgen de magnetofonía. Parecía tan pintoresco bagaje el maletín de un brujo, el ajuar litúrgico (y teúrgico) de una sesión de vudú, macumba o candomblé, la carreta de un trapero o la manta de un charlatán.

Llegó el rastreador (con algo de forense y arqueólogo) a la ciudad de Burgos una tarde de verano. Iba a bordo de un Land Rover con litera de matrimonio en la carlinga —término éste no tan inapropiado como pudiese parecer, pues Dioni utilizaba el vehículo en cuestión como una especie de bólido más o menos aeronáutico para explorar tierras, polos y mares— y lo acompañaba la mujer, guapísima y jovencísima, con la que en un cercano futuro iba a contraer su enésimo matrimonio.

Vini, vidi y… La entrada fue triunfal. Buscaron y encontraron en seguida los tortolitos el camposanto de la ciudad, acudió Dioni a la persona que atendía al público en el mostrador de su vestíbulo, solicitó y obtuvo permiso para echar un vistazo al registro de entrada de difuntos correspondiente a los años de la guerra, no encontró en él nada que le fuera de utilidad, regresó al punto de partida, habló de nuevo con el encargado de los servicios de recepción e información, tocó madera (la había, y no sólo en los ataúdes), se encomendó a los buenos oficios de san Pascual Bailón, de Raskayú y santa Ana, patrona de la Buena Muerte, y planteó al estupefacto funcionario —que era un jovencito rubicundo y casi imberbe— la delirante pretensión que lo había conducido hasta allí.

Tragó saliva el muchacho, tartamudeó, explicó como mejor pudo que pernoctar en un cementerio era iniciativa vedada por la ley, porfió Dionisio, expuso los motivos por los que quería acampar de noche con el Land Rover, la doble litera de éste y el bombón que lo acompañaba entre las tumbas, se cerró en banda el encargado, dio Dionisio la batalla por perdida, se despidió de Caronte, renunció a su barca, se dispuso a tomar puerta y, en eso, cuando ya casi franqueaba el umbral de la misma, lo llamó perentoriamente el pipiolo e inquirió:

—Oiga… ¿Es usted el de los libros en la tele?

Hace ésta, como se verá, milagros. Dionisio dijo que sí, y el otro, al escucharlo y convertir su sospecha en certidumbre, le pidió que se acercara nuevamente al mostrador y, una vez en él —esperanzado— el huérfano, comentó a éste:

—Vale, vale. Puede usted pasar la noche aquí. Voy a permitírselo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que no se entere el párroco.

—Descuide.

—Tiene que meter el coche antes de las ocho de esta tarde, que es cuando se va, y salir antes de las nueve de la mañana, que es cuando vuelve.

—Así lo haré.

—¿Prometido?

—Prometido.

—Confío en usted. Si no cumple, me meterá en un buen lío.

—Cumpliré. Y gracias. Me ha hecho usted un gran favor. No lo olvidaré.

Se fue Dionisio hacia la salida y, ya en ella, lo detuvo otra vez, apremiante, la voz del encargado…

—¡Oiga, oiga!

—Diga…

—¿Y si cuando está ahí dentro le da un siroco?

Ésa —*siroco*— fue la palabra que empleó. Pasmosa es la capacidad metafórica del pueblo llano.

Dionisio sonrió:

—No hay riesgo. Esté tranquilo.

Dieron las ocho. Se atuvo el huérfano a las instrucciones recibidas. Entró con su vehículo y su novia en el cementerio, aparcó discretamente en una calle lateral, alejada de las avenidas principales y ensombrecida por el surtidor oscuro de los troncos y el ramaje de los cipreses, dejó a su chica encerrada en la alcoba semoviente del Land Rover, pues lo que se disponía a hacer sólo puede intentarse a solas, y buscó por entre la geometría cuadriculada del entramado de tumbas la fosa común a la que en su indebido momento, algunos años atrás, se habían arrojado los despojos de las gentes paseadas en los primeros meses de la guerra civil y enterradas sin más orden que el del azar o el capricho, a la buena de Dios (es ironía), en los desmontes, las tierras comunales o sin dueño y los rastrojos de las cercanías.

Había, contigua, otra gran fosa común, dedicada a los caídos sin nombre del lado nacional, pero Dionisio no se detuvo en ella ni desplegó en su superficie los bártulos, pues sabía que el esqueleto de su padre, caso de estar allí, yacería entre los rojos.

Había llegado la hora. No cabía posponerla. Entró el hijo de Fernando Monreal en el paraje, yermo, yerto, descuidado, olvidado por la caridad cristiana, de la segunda fosa, colocó la Sony en el suelo, la puso en marcha, distribuyó alrededor de ella con cariño, esmero, sacramentalidad y temor de Dios los exvotos de su neceser de brujo, y se fue.

Durante una hora, justa, medida por el reloj de su muñeca, vagó sin rumbo por las avenidas del cementerio. No fue agradable. Oía pasos, adivinaba sombras, sentía presencias, mugía el viento, movíanse las ramas y las copas de los cipreses, y era todo, alrededor del viandante, chisporrotear de fuegos fatuos que parecían lenguas de luz sobre las tumbas.

Un Pentecostés.

Y así, como se dijo, transcurrieron sesenta minutos cargados de tensión y de aprensión, volvió nuestro héroe —émulo de Ulises— al altarcillo, recogió sus enseres, corrió hacia el Land Rover, entró en él, echó el pestillo, lió unos porros, los fumó a medias con su chica e hicieron, largamente, el amor.

No quiso escuchar aquella noche, en caliente, el resultado acústico —la banda sonora de una película de terror— de sus gestiones en el negociado de ultratumba.

Apartó la grabadora, contuvo la curiosidad, se obligó a olvidar momentáneamente lo acaecido, aplazó la pesquisa, concilió, en tan absurda circunstancia, el sueño y durmió como un mamoncillo.

No sólo la tele; también follar obra milagros.

Al día siguiente, fuera ya del cementerio, activó la Sony y aguzó el oído. Llegaron hasta él franjas de silencio, correr del aire entre las frondas, toses, músicas lejanas y vagamente psiquedélicas, como las de la película *2001: una Odisea del espacio* —pensó— y pasos… Los mismos, seguramente, que le habían perseguido durante la hora interminable en que anduvo, de noche y por el cementerio, a solas.

Ninguna señal del difunto, nada que pudiera ser significativo o parecérselo.

Sólo la música grabada llamó la atención de Dionisio, pues no había ni podía haber entonces —lo comprobó más tarde, como buen detective que era o jugaba ser — ninguna discoteca por las cercanías. El cementerio burgalés estaba a la sazón, quizá no lo esté ahora, lejos de la ciudad, en pleno campo.

Pero, y con eso, ¿qué?

La cinta fue a parar al cajón del escritorio madrileño de Dionisio y se perdió junto a todo lo demás: la confesión de Nelly, la muela de su padre, su foto, sus ligas…

Juguetes rotos.

Y empezaron, muy poco tiempo después, apenas un par de meses, los años de dolor, furor, desamor y desconsuelo. *Dies irae*. Dionisio tampoco escribió durante ellos el libro sobre la muerte del periodista asesinado, pero acudió a él, al padre que no había conocido, al eterno Ausente, en busca de refugio, de amparo y de lenitivo para su angustia.

¿Cómo? Valga aquí un apunte, escueto, y acuda quien quiera saber más al libro[248], ya citado varias veces, en el que se describe con minuciosidad ese recurso desesperado.

Aprendió Dionisio a convocar todas las mañanas, inmediatamente después de despertarse y antes de levantarse, cuando la actividad de su cerebro, aún adormecido, estaba en alfa, a los siete miembros de lo que el huérfano, sin sorna alguna, llamaba, y aún lo hace, su *consejo asesor*. Figuran en él Fernando Monreal, Nelly, Caterina (tercera esposa del convocante y madre de su hija mayor), el padre Llanos, dos amigos muertos[249] y Jai, ángel de la guarda de Dionisio y de su *alter ego*, que desempeña un papel importante en *Las fuentes del Nilo*.

Todos ellos, verdad o ficción que sean, acuden a esa cita matinal por los caminos de la visualización, la libre asociación de ideas y el descenso —espontáneo, pero controlado y azuzado— de la actividad eléctrica del cerebro. Dionisio los consulta, expone sus problemas, despacha con ellos, atiende, sopesa y agradece lo que dicen, y salta luego, tranquilizado, aleccionado, de la cama, y dispuesto a comerse el mundo.

No siempre, claro está, lo hace.

¿Difícil de creer? Pues sí, pero eso, a Dionisio, le trae sin cuidado.

Y es que, ya sea real, ya fantástico, y placebo o no, lo que funciona, funciona, y punto.

De ese modo, en sordina, con extrema lentitud y sin que nadie —tampoco él, Dioni— se percatara de ello, un hombre que no alcanzó a conocer, Fernando Monreal, y a cuya memoria vivió, en no escasa medida, ajeno por completo durante muchos años, llegó a ser el personaje de más importancia, sustancia y trascendencia en la vida de su hijo.

Pero de eso no se dio cuenta éste (o no, al menos, del todo) hasta que ya en su vejez, dejándose el alma a zarpazos y la salud a tiras en la empresa, se puso a escribir este libro —esta tragedia en tres actos— que ya se aproxima a su fin.

El nuevo compás de espera impuesto por la debacle familiar de Dionisio duró hasta el mes de junio de 1994. Fue entonces, y de seguro en sábado o domingo, aunque sea imposible precisar la fecha, cuando un desconocido —Manuel Gurrea—

que en seguida dejó de serlo se plantó a bocajarro ante la caseta de la Feria del Libro de Madrid en la que el huérfano, que ya no era sólo periodista, como lo había sido su padre, sino también escritor de cierto renombre, firmaba ejemplares de sus obras.

El individuo en cuestión, que tendría —pensó Dionisio— entre treinta y cuarenta años, no perdió el tiempo, fue derecho, derechísimo, al grano y entró en materia, sin preámbulo alguno, del siguiente modo:

—Parece ser que mi padre pasó con el suyo la última noche de la vida de éste.

El escritor, que andaba con la cabeza en otras cosas y no estaba, ni por asomo, psicológicamente preparado para encajar en aquel momento una revelación de ese calibre, acusó el impacto, estiró el cuello, engalló la frente y dijo:

—¿Cómo?

Habrá que perdonar su laconismo. No cabía, seguramente, otra reacción.

Manuel Gurrea, que aún no se había identificado, obviamente, como tal, cargó de nuevo su revólver con la misma bala, lo amartilló y apretó por segunda vez, y casi en iguales términos, el gatillo:

—Mi padre, maestro republicano, pasó la última noche de la vida del suyo con él.

—¡No es posible! ¿De dónde saca eso? ¿Quién es usted?

—Un don nadie, Dionisio… Pero soy hijo de la persona que he mencionado y a la que he oído contar lo mismo que yo quiero contarle.

—Hágalo. Le escucho.

Se impone una aclaración: el huérfano, un par de semanas antes, encontrándose en Burgos, había evocado la historia del fusilamiento de su progenitor en esa ciudad ante un periodista que lo entrevistaba, y sus declaraciones habían aparecido, casi al pie de la letra, cosa rara, en un diario local.

El padre de Manuel Gurrea las había leído y, tras hacerlo, había caído, pensativamente, con la mirada perdida, en la cuenta de que…

Septiembre de 1936: detenciones a troche y moche, justificadas o no. Una de ellas —de las segundas, de las que carecen de cualquier fundamento ideológico, militar o político— se abate sobre la inocente cabeza de aquel maestro rural, avecindado en un villorrio de La Bureba, cuyo único delito estriba en ser, como lo son muchos millones de compatriotas, republicano a secas, sin ninguna otra filiación.

Lo llevan —esposado, se supone, y entre fusiles *mauser*— a una de las dos cárceles existentes en la capital de la provincia y lo enchiqueran durante algunos días, pocos, porque el malentendido no tarda en aclararse, en la misma celda, o sala común, o galería, a la que llegarán, el 12 de ese mes, los periodistas Fernando Monreal y Luis Carreño.

Es suficiente. Dionisio pide a su interlocutor las señas de su padre, don Julián Gurrea Romo, le dice que ponga, por favor, en conocimiento de éste su propósito de visitarlo, si por su parte no hay inconveniente, tal día y a tal hora, y así, hombre de palabra —es escritor—, lo hace.

Iba nuestro héroe camino de Quintanilla, en La Bureba, provincia de Burgos, a bordo de un enorme y destartalado coche de torero antiguo, y lo hacía con el ánimo en suspenso, alertas los nervios y la tensión al límite.

Lo acompañaban un amigo —el músico Luis Paniagua— y la mujer, joven, inteligente, culta, simpática, y muy hermosa, con la que andaba, una vez más, perdido en amores problemáticos, aunque extremadamente placenteros, de muy alto voltaje, voluptuosidad e incertidumbre.

Bromas y risas a lo largo del trayecto. Dramática belleza de un paisaje sorprendente. Campos absortos, aves migratorias, brochazos tenebristas, ausencia de colores vivos, negro sobre blanco, aldeas deshabitadas, cumbres borrascosas, premoniciones, sensación de peligro.

Falsa, ésta… No lo hubo. Todo iba a transcurrir sin sobresaltos.

Sin sobresaltos y sin revelaciones de mayor cuantía, por desgracia, pero no por culpa, lo último, del maestro republicano, sino de Dionisio.

Llegó éste a su meta, fueron los expedicionarios calurosamente acogidos, cruzáronse presentaciones y fórmulas de cortesía, entraron todos en la casa, aldeana, aseada, de habitaciones minúsculas y techos bajísimos, un refresco, unas galletas, unas aceitunas, ejercicios verbales de estiramiento y precalentamiento antes de saltar al césped y, por fin, el interrogatorio.

Era, por cierto, aquel abuelillo —tan menudo de cuerpo como su vivienda— un hombre cabal, honrado, ilustrado, bondadoso, vivísimo de mente, ecuánime y cordial. De los que ya no quedan, ¡vaya!, y Dionisio, desde el primer momento, se sintió a sus anchas, apreció el rico y pulcro, correctísimo castellano que salía de su boca y no tuvo empacho ni tropezó con dificultad alguna en lo concerniente a tirar de la lengua de quien con tanta destreza y exactitud la manejaba. Para eso, y sólo para eso, al fin y al cabo, había venido, y se notaba, además, que su anfitrión quería serle útil, estaba a gusto y andaba deseoso de soltar zahorra y aliviar su lastre.

Sabido es: batallas, pertinaces, de la guerra civil. Quienes la vivieron, sin perecer en ella, gustan de evocarlas. Se comprende.

Contó el anciano muchas cosas a lo largo de aquella tarde, mientras el sol, lentamente, declinaba e iba llegando la penumbra a la habitación, y todas eran interesantes, y así se lo parecieron al escritor, al músico y a la mujer hermosa, pero sólo se mencionarán aquí las que guarden relación directa con el encarcelamiento, ficticia liberación y penosa, aleve, traicionera muerte de los dos periodistas.

—Llegaron éstos —comenzó el señor Gurrea— cuando ya era noche entrada, y venían, los hombres, agotados…

—¿Qué día fue eso? —le interrumpió Dionisio.

—El doce, quizá el trece de septiembre.

—Imposible —zanjó el huérfano—. No era mi padre.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque las fechas no encajan.

—Pero…

—Perdóneme si le llevo la contraria. ¡Ojalá estuviera usted en lo cierto! Pero le digo que es imposible. Serían, quienes llegaron, otros. Hubo mucha gente, aquellos días, en circunstancias similares. Usted lo sabe mejor que yo. Mire… A mi padre lo mataron en noviembre, creo, aunque podría haber sido en octubre, pero nunca antes del dos de ese mes, que es la fecha de mi nacimiento. Él, antes de morir, me escribió una carta. La tengo. Está en Soria. Me la dio mi madre.

Rechinar de dientes. Puños apretados. ¡Otra vez la maldita confusión de la que no hace mucho, ya se dio cumplida referencia!

Haga memoria el lector y precisemos un poco más lo que entonces se dijo: Dioni oyó hablar de la carta de su padre cuando era casi, aún, un niño o, en todo caso, un adolescente, la leyó, cabe pensar, entonces (o quizá lo hizo mucho tiempo después, ya con más de treinta años, al recibirla de su madre y llevársela a Soria, pero también mucho antes de ponerse a escribir este libro) y llegó, acuñando y atesorando indeleblemente esa falacia en el zaquizamí de los recuerdos, a la conclusión de que había sido escrita con posterioridad al día del nacimiento de quien iba a recibirla. Era lógico, sin duda, pensarlo así, pero la realidad salta a menudo por encima de todo lo preconcebido y razonablemente codificado.

Y así quedó la cosa hasta que Dionisio, después de la muerte de Nelly, heredó todos los papeles de su padre y juntó a ellos, con miras a poner orden en la documentación que le permitiría escribir su libro, los pocos que ya tenía en su primer domicilio soriano.

Gravísimas fueron, en verdad, las consecuencias de ese estúpido error. De una de ellas, la relativa a la hipótesis de que Fernando Monreal se hubiera encarnado en Dionisio, ya se habló. De la otra, porque sólo eran dos, se habla ahora. Fue el huérfano único culpable del embrollo y, transformándose en su víctima, lo pagó caro.

¿Cómo?

Estábamos en ello: quedó en vía muerta, aunque siguiesen charlando de otras cosas, todo lo que el simpático abueluco de Quintanilla habría podido revelar al huérfano sobre las últimas horas de su padre, caso de que la conversación, o esa parte de la misma, no se hubiera visto bruscamente truncada por decisión de Dionisio.

Éste, al escuchar de labios de su interlocutor la fecha en la que había sido encarcelado, renunció a preguntarle por quienes muy pronto, recién llegados y aún desorientados y con la lengua fuera, iban a morir, y encarriló la consulta por otros derroteros.

Quedó, por ejemplo, suspendida ya para siempre en el aire de lo incierto la cuestión de si sabían o no los dos periodistas, cuando el funcionario de turno les comunicó que enrollaran el petate y la manta porque iban a ser puestos en libertad, que ésta era un señuelo —*una ficción, una sombra, una ilusión*—, y una befa vil, un

engaño cruel, lo que les anunciaban.

¿Manta y petate, por cierto? ¡A saber si les habían entregado el uno y la otra en días de tanta penuria, vesania y cicatería! Quizá dormían todos, no sólo los periodistas, y también Gurrea, en el duro suelo embaldosado de la prisión. Era aún tiempo de verano, sí, pero en la meseta castellana son las noches de mediados de septiembre puro gris, tan fresco ya como la hoja de un cuchillo. ¡Otro detalle que el informador de Dioni podía haberle revelado!

¿Por qué no le preguntó el huérfano por el talante y compostura con que abandonaron los reos la galería? ¿Lo hicieron altos de moral? ¿Llevaban la cabeza erguida y decorosa, estaban resignados, seguían enteros, gimoteaban, arrastraban los pies, durmieron aquella noche, la última, como Dios manda o la pasaron en vela, insomnes, nerviosos, agitados, temiéndose ya lo peor?

¿Y la penúltima? ¿Qué pasó en la penúltima? Porque también, verosímilmente, la compartieron con Gurrea.

¿Y qué acerca de las horas diurnas del siguiente día, también penúltimo y que cayó, con recochineo, en trece? ¿Cómo las utilizaron? ¿Dieron, a lo largo de ellas, en confesar secretos, en destapar intimidades, en desgranar pormenores de la trayectoria por ellos seguida a partir del momento de su detención? ¿Impartieron a Gurrea, o a cualquier otro camarada de infortunio, instrucciones concernientes, por ejemplo, a los familiares rescatados días atrás en Vegas de Matute, o a Nelly, o al hijo que estaba a punto de nacer, o inclusive —periodista profesional hasta el fin el padre de Dionisio — al futuro de la agencia Febus? ¿Dictaron a alguien —o, por lo menos, bosquejaron, apuntaron— con o sin lágrimas en los ojos sus postreras voluntades?

Elipsis. De nada de eso hablaron ya, en la única ocasión en que cupo hacerlo, el maestro republicano y su visitante. Contó aquél, sí, y ya se ha hecho mención de ello, que aún no se conocía entonces, dentro de la cárcel, lo que extramuros de la misma sucedía, las patrullas del amanecer, las *sacas* y los *paseos*, las zanjas a cielo abierto, las fosas comunes, los sacerdotes cínicos, los fusilamientos indiscriminados, las operaciones de exterminio, el expolio de los cadáveres, el silencio cómplice de la magistratura civil y castrense, la posibilidad —ancha, efectivamente, era a la sazón Castilla— de que cualquier chisgarabís, cualquier pelafustán, cualquier analfabeto, se tomara la justicia por su mano, pero poco más, muy poco más, escuchó Dionisio de boca de Gurrea, y apenas nada que afectase al desarrollo de su libro.

Fue otra ocasión tontamente perdida… Y cuando el huérfano, al morir Nelly siete años después, se dio cuenta del error que había cometido, y corrió —convulso— al teléfono, y marcó el número de Manuel Gurrea, el de la Feria del Libro, y se puso el burgalés, y solicitó de él una segunda oportunidad, otra cita con el adorable, delicioso, informadísimo maestro republicano en la reserva, supo Dionisio que llegaba tarde, que la mano de la fortuna sólo golpea la aldaba una vez, que el tiempo no vuelve atrás y que ya nunca, nunca, podría enterarse de cómo fueron los dos últimos días de la breve vida infeliz de Fernando Monreal.

—¿Mi padre? —se extrañó Gurrea.

Hizo una pausa y añadió:

—Mi padre ha muerto.

Acotación narrativa, no meramente escénica…

Una vez aclarado el error, aunque no saneadas ni desactivadas sus consecuencias, lo que habría sido imposible, llegó el huérfano a la conclusión —incontestable, inevitable— de que Fernando Monreal, por la fecha en que murió, no sólo *podía* haberse reencarnado en él, Dionisio, sino que *lo había hecho*.

Nadie crea, sin embargo, que esa convicción casi absoluta, de la que nuestro fantasioso héroe no se ha apeado, lo condujo a descartar por completo la *otra* hipótesis esgrimida cuando aún andaba sumido en el error tantas veces citado: la de que era su hermana, y no su padre, quien por vía de transmigración y reencarnación de almas se había metido en su cuerpo.

¿Pueden confluir y convivir dos seres humanos —yin el uno y yang el otro, por lo que hace a este peregrino caso— en una sola envoltura carnal? ¿Unión, ésta, hipostática, como la de la humanidad y divinidad de Jesús?

¿Por qué no? —diría Dionisio si estuviese aquí—. Afirmar lo contrario sería como sostener, y yo lo niego, que no es posible lo imposible.

Punto redondo.

O cuadrado.

Y amén.

Otra acotación narrativa…

Leyó el huérfano en una revista[250], mientras andaba su *alter ego* escribiendo este libro, y no, seguramente, por simple casualidad, lo que sigue:

> «El delegado de la Policía Científica de Paraná en Brasil, Joao Alberto Fiorini, ha desarrollado en los últimos cuatro años un nuevo método para investigar y comprobar casos de reencarnación basado en las huellas dactilares. En su opinión, cuando el período entre el deceso y la nueva existencia es corto mantenemos intactas las huellas digitales de nuestra vida anterior.»

Y más abajo:

> «Las huellas dactilares de personas que acreditan recordar sus vidas anteriores presentan inquietantes similitudes con las de los difuntos a los que aluden. Dicho en otras palabras: al reencarnarnos, supuestamente, en otro cuerpo heredamos sus huellas digitales.»

No, no puede ser así. Sería un sinsentido. No casa la última frase con lo anterior. Querrá decir el articulista que es el propietario del *otro cuerpo* quien hereda las huellas que tuvo en su vida anterior el reencarnado. Desliz sin importancia.

Sigue…

> «Los especialistas en dactiloscopia saben que no hay dos seres humanos con las mismas impresiones digitales. El patrón de las huellas no cambia nunca. Aumenta de tamaño a medida que crecemos, pero sigue siendo el mismo. Tampoco pueden destruirse, a menos que se produzca un daño grave en las capas más profundas de la epidermis […]. Lo curioso —explica Fiorini — es que existe en Estados Unidos un servicio de identificación de personas con cincuenta millones de individuos registrados y clasificados por sus respectivas huellas dactilares. Pues bien —continúa— siempre que se da una repetición de impresiones digitales, una de las personas envueltas en el episodio ha fallecido. Nunca se repite una huella en persona vivas.»

Y aún más abajo:

> «Para la policía norteamericana es tan sólo una coincidencia, pero Fiorini, espiritista desde los veinte años, hace otra lectura, bien distinta, de este asunto: *Cuando el período entre las reencarnaciones es largo, las impresiones digitales acaban por sufrir la influencia genética de los padres del reencarnado, pero si la reencarnación tiene lugar poco tiempo después de la muerte, las posibilidades del periespíritu de mantener las huellas digitales inalteradas son bastante altas*. ¿Es posible que nuestra información genética viaje de cuerpo en cuerpo, de existencia en existencia, sin la necesidad de un soporte celular?»

Por último:

> «En algunas tradiciones, cuando un niño muere, los padres amputan algunos de sus miembros o le ocasionan una herida profunda. Consideran que los niños muertos prematuramente encarnarán dentro de la misma familia. Cuando eso suceda, vendrán a la vida con esas amputaciones o con otras cicatrices y podrán reconocerles. Es el caso de Ulewkele, un niño que nació con el dedo meñique amputado dos años después de que la familia enterrara a otro pequeño al que le habían cortado el mismo dedo.»

¡Carape!, pensó Dionisio. E inmediatamente, mientras se preguntaba por qué demonios no habían cercenado la falangeta del meñique izquierdo —que no sirve

para mucho— al cadáver de su hermana mayor, corrió hacia la vieja máquina de escribir —la Underwood… Recuérdela el lector— que aún estaba a su alcance en Soria, la alzó en vilo, la sopesó y calculó cuánto podría salirle la broma de enviarla al Departamento de Policía Científica de Paraná, en el lejano Brasil, para que revisaran las huellas existentes en sus teclas y elaborasen un informe sobre el asunto.

No lo hizo. Siempre fue Dioni, como buen *hippy* de la vieja guardia de Katmandú, un poco roña. Pesaba el armatoste demasiado kilos.

El anciano de Quintanilla, antes de que el músico, la mujer hermosa y el huérfano subieran al coche de torero antiguo, en cuyo estribo ya estaban, corrió hacia el grupo, reclamó la atención de quien lo capitaneaba y dijo:

—Ve a Estépar, Dionisio. Está a catorce kilómetros de Burgos, saliendo por la carretera de Valladolid. Es posible que allá te den razón de tu padre y encuentres lo que queda de él.

Y fue, claro… ¡No iba a ir!

Visitó ese lugar con la misma disposición de ánimo con la que, según Rulfo, llegó Pedro Páramo a Comala.

Estépar, como tantos otros pueblos similares, yacía bajo el horror del urbanismo y desarrollismo posfranquistas. Fernando Monreal, si de verdad fue fusilado allí y, antes, alcanzó a verlo, caso de resucitar y regresar al escenario de su muerte no lo habría reconocido. No volvería allí a crecer la hierba. Todo se había tornado adocenada arquitectura de nuevos ricos, concejales horteras, subvenciones concedidas a amiguetes y estado del bienestar. Sobre los terrenos por los que un día anduvieron los trillos tirados por mulas con cascabeles, corretearon los crios de los labradores, bisbisearon sus madres y tonteó el mocerío antes de que la vida abandonara el agro, y a los que, malheridos, arrastrándose, con los codos en carne viva y escupiendo el alma, a punto ya de morir (aunque no siempre lo hiciesen) y con ella casi en pena, pidiendo por caridad un amparo que no siempre les concedían, llegaban los rojos —o los que por tal tenían las autoridades— que por algún capricho extraño del azar, por algún pronto de éste, sobrevivían a su fusilamiento, allí, digo, sobre la era de Estépar, habían levantado los políticos cazadores de votos, para colmo de males y populismos, un piscinón municipal de pésimo gusto, aparatosa arquitectura y estridente y verbenero fondo musical.

Dionisio se pateó el pueblo, que por la casi total ausencia de vecinos en sus calles parecía, en efecto, el de Comala, y consiguió, tras mucho porfiar, que una viandante despistada lo encaminase hacia el emplazamiento de una lápida puesta en memoria de los caídos sobre el lugar en el que, mayormente, aunque no a todos, se les fusilaba.

Hacía *una* calor, como dicen quienes en el pueblo llano, a pie enjuto y de obra, la

padecen, de las que levantan hervores en la sesera. Dionisio dirigió el morro de su coche hacia el lugar de autos. Se encontraba éste a unos dos kilómetros de la aldea por senderos y trochas vecinales de pedrizo y grava, en monte bajo y al abrigo de un bosquecillo de encinas, coscojas y robles.

Tardó en encontrarlo. Dio vueltas y más vueltas, tuvo que regresar al pueblo, pedir de nuevo instrucciones topográficas a la misma y muy servicial vecina, que aún andaba por las desiertas calles, rehízo la ruta y, al cabo, dio con lo que buscaba.

Era para Dionisio todo aquello, y así lo contó más tarde y lo recuerda ahora, una sudorosa pesadilla, una estación sin fonda en el infierno, una incursión en territorios de extramuros por los que jamás se aventura un caballero, una ingesta de mala droga, un pésimo viaje como los que en alguna ocasión, rara, había sufrido durante sus correrías psiquedélicas.

Existía, en efecto, y merodeando, hociqueando, tambaleándose, terminó por encontrarla, una lápida de sucinto texto, redactado éste como homenaje a las víctimas y recordatorio de su calvario, y sobre ella, escritas con brocha gorda o inscritas a golpe de rudo escoplo, tiznando de infamia su superficie, había *graffiti* de muy diversa y contradictoria índole, insultos de carretero, elogios de lameculos, interjecciones, vivas y mueras, dibujos obscenos y símbolos —flechas y yugos, martillos y hoces— de partidas de bandoleros y matuteros ideológicos que andaban en guerra con el mundo, con el prójimo y entre sí desde que sus semejantes, los monos de Gibraltar, habían descendido de los árboles, atravesado el Estrecho y poblado España.

Un país —el suyo, del que una vez más, pensó Dionisio, abjuraba— hecho de escupitajos como los que allí se veían. *Hispanus Hispano lupus*. Los fachas, los rojos, los rojos, los fachas, y en derredor, balando, cabeceando, topando, obedeciendo, tolón, tolón, los borregos, los zoquetes, los acomodadizos, los Poncio Pilato.

¿España? No, no… *Las dos* Españas: una nación de bobos parricidas peleándose siempre con su sombra.

Dionisio desvió la mirada y, con asco, se alejó de la lápida tras comprobar que la guerra civil no había, ni mucho menos, terminado, que seguía allí, con la segur levantada y el gatillo amartillado, sobre y bajo aquella piedra renegrida, mancillada, y supo, se reafirmó en la idea de que su país no tenía solución y de que España era sólo, por los siglos de los siglos, lo que en aquel instante y en aquel mojón de Caronte, en aquella puerta del averno, en aquella avanzadilla de ultratumba, en aquella tronera del bajo astral, en aquel siniestro valle de la muerte, tenía ante los ojos y a sus pies.

España, sí.

Volvió Dionisio al coche, transformado por la calígine del mediodía en horno crematorio, se metió en él, aferró, crispado, el volante y emprendió la fuga.

Sabía, sin embargo, que el hilo de las investigaciones, más pronto o más tarde, tiraría de él obligándolo a volver allí. La viandante despistada también le había dicho que quedaban en el pueblo dos abueletes de ochenta y cinco años y una señora de

noventa. Tenía ésta el cerebro perdido, pero los ancianos aún podían hacer memoria y describir la matanza. No era, incluso, del todo imposible que recordaran a su padre.

Lo que acabo de contar sucedió en pleno mes de agosto, mientras los bosques del país ardían, pero no del año en que Dionisio visitó a Gurrea, sino de 2004, cuando llevaba ya el huérfano, por fin, dos o tres meses metido en la faena de esta obra.

Había vuelto, en el ínterin, a distraerse, se había ido a vivir a Japón, se había separado de su mujer, había mantenido fogosas y voluptuosas relaciones de amor fatal con el materializado y personificado sueño de muchas noches de primavera que lo acompañó a Quintanilla, había conocido, en Kioto, a otra, y… Luego, ya de vuelta, había tenido la desfachatez de dedicar dos programas de televisión a la figura de José Antonio, había montado en cólera el inquisidor Tuselillo, le había llamado por teléfono un amigo tentador, y de ese modo —imprevisibles son los manejos del destino— se había activado definitivamente en la conciencia del huérfano el engranaje del reloj de mecanismo remolón al que el superagente Conesa había dado cuerda cuarenta y muchos años atrás…

Ráfagas.

Dionisio en el desván de la Casona de Castilfrío, con montones y montones de cartas y cartas —de su padre, de su madre, de su abuelo Roger, alguna, incluso, antigua, de él mismo— por todas partes. Y fotos. Y las memorias de su tío Modesto. Y libros, muchos libros, que tratan, invariablemente, de la guerra civil. Y periódicos, y revistas, y recortes, y fotocopias, y casetes, y documentos: los que ha espigado en los cajones, los que ha heredado de Nelly…

Dionisio por las calles de Madrid, por la de Fernanflor, cerquita de las Cortes, por la de los Hermanos Álvarez Quintero y San Opropio, donde estuvo la agencia Febus, por la antigua Lista, por Jorge Juan, por Lope de Rueda, por Bailén (donde vivió, de soltero, su padre), por Hermosilla, por el ascensor y los últimos pisos del Palacio de la Prensa, por todos los escenarios de la vida de Nelly y de Fernando Monreal.

Dionisio en los archivos y las hemerotecas.

Dionisio merodeando, a lomos y en la barriga de cachalote de Jonás de su cascajo de torero antiguo, por las estribaciones, cumbres y valles de la serranía madrileña y segoviana: San Rafael, el Alto del León, El Espinar, Vegas de Matute… Pueblos, casas, paisajes, gentes, conversaciones.

Dionisio en Valladolid —la última foto de su padre en el *Diario Regional*, los emplazamientos de las pensiones y hoteles por los que vivaqueó el fugitivo— y en Burgos: la cárcel, allí, donde pasó sus dos últimos días.

Dionisio con su tía Susana y con sus primos por parte de padre: Tito, Manino, Cuca, Pili, Maribel, Lourdes, Raquel, Félix…

Dionisio en Córdoba, en Granada, en Sevilla, en Huelva, en Aljaraque, en Alicante.

Dionisio, otra vez, en Quintanilla, con su amigo Manuel y los demás miembros de la familia Gurrea. Sólo falta el maestro republicano. Veinticuatro horas antes, de improviso, y quizá por mano de hombre, si bien sea aquel estío uno de los más calurosos que se recuerdan, han empezado a arder los bosques que rodeaban —ya no lo hacen— el pueblo. Todos los vecinos de éste —¿habrá entre ellos un pirómano?— han pasado la noche en vilo y en pugna con las llamas. Andan aún estremecidos y están agotados. Dionisio piensa —¿quién no lo haría?— que ha tenido la desgracia de nacer en un país de incendiarios y entiende lo sucedido como una amenaza, como una advertencia, como una premonición.

Dionisio hace noche en Burgos y visita, al día siguiente, Estépar. Ya estuvimos allí con él.

Dionisio frente a su máquina de escribir, en Castilfrío. Va y viene por España, pero regresa siempre, entre viaje y viaje, a su cubil.

Dionisio en su mesa de trabajo, horas y horas, días y días, escrutando papeles, devanándose los sesos, aporreando su Olympia, mientras Antonio Ruiz Vega *Watson* explora y desbroza la selva de Internet.

Dionisio con Totó.

Dionisio…

Ráfagas. Como hojas de almanaque van pasado y cayendo las páginas de su libro.

Ese mismo verano aparecen en Castilfrío un profesor de la Universidad de Salamanca y una amiga suya, enfermera y, al parecer, vidente. Eso, al menos, asegura su acompañante. Vienen para echar una mano, en sus búsquedas, a Dionisio.

Se encierra éste con la brujita, y con el misal, el crucifijo y una foto de su padre, en uno de los dormitorios, desocupado, de la casona.

La muchacha, de por sí muy tímida, e intimidada, además, por encontrarse ante un escritor conocido, tiene los nervios en tensión, titubea, balbucea y no da, en definitiva, pie con bola.

Dice que hay, por así decir, interferencias, que todo lo ve oscuro —será más bien, piensa, burlón, Dionisio, que no ve nada, pero sigue a la escucha. Quiere apurar las cosas, por inútiles que sean, hasta su hez— y que algo o alguien embota su sensibilidad y neutraliza su condición de médium.

—Insiste —sugiere Dionisio, armado de paciencia.

Así lo hace la vidente, desmoralizada, agotada, al borde de la rendición y deshaciéndose en excusas, hasta que…

—Bueno. Ahora me llega algo, pero no sé si debo decírselo.

—Estás aquí para eso, ¿no?

—Es posible que le haga daño.

—No importa.

Cede ella, y cuenta —insinúa— que quizá, cuando el periodista se fue de casa aquel 18 de julio, las cosas no andaban entre él y Nelly tan bien como Dionisio, y Susana, y todos, suponían.

—¿Qué quieres decir?

—Que nada era ya como al principio, que no se entendían, que habían surgido, entre ellos, problemas…

¿Los viajes, continuos, del periodista trotamundos?

No se había topado aún Dionisio, en aquella fecha, con la sombra de Lorrain… Quedó luego, en todo caso, ahuyentada.

—¿Estás dando a entender que mi padre no se fue sólo, aquel día, por la guerra y porque su profesión le obligaba a ello, sino porque quería alejarse de mi madre?

—Algo así.

—Permíteme que lo dude. No me parece eso muy convincente. Choca con todo lo que sé, con todo lo que siempre me han contado, con todo lo que dicen las cartas que antes, en el desván, te enseñé, escritas de puño y letra de los dos. Te recuerdo que las últimas son de finales del mes de junio, cuando faltaban muy pocos días para que estallase la guerra.

—Ya. Yo le cuento lo que veo. Decida usted.

—Tendré que hacerlo. Y, en cualquier caso, gracias.

Fin de la sesión de brujería. El profesor y la vidente se marchan. Dionisio se pone a repasar la correspondencia cruzada entre Fernando Monreal y Nelly.

Algunos meses antes, sabedor del libro que Dionisio proyectaba y del que ya se habían hecho eco algunos medios de información, entre ellos el periódico de Burgos que más arriba saliera a relucir y que indujo a Manuel Gurrea a personarse en la Feria del Libro de Madrid, un miembro de la llamada Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica —¿acaso no es histórica, siempre, la memoria?— se puso en contacto telefónico con el huérfano. Se llamaba ese desconocido José Ignacio Casado Ovejero y residía, dijo, en la localidad madrileña de Tres Cantos. Dionisio y él convinieron una cita, que se celebró muy pocos días después en el domicilio del primero, al que el autor del telefonazo tuvo la gentileza de acudir. El hielo inicial se rompió en seguida, y fue para ello factor decisivo, en lo tocante a Dioni, la asombrosa semejanza física existente entre su interlocutor y su primo Gerardo, al que también conocemos por *Manino*. Igual viveza, iguales gestos, mismo óvalo de la cara, misma frente, mismos ojos, misma nariz…

Explicó Juan Ignacio lo que en la Asociación estaban haciendo, le contó Dionisio lo suyo, y ahí, quedando en verse y en colaborar, paró la cosa, con un compromiso en el aire: el de reencontrarse en cuanto surgiese la ocasión al borde de la primera fosa que los miembros de la agrupación se dispusieran a abrir (o a cerrar) con todo el

ceremonial y requisitos que la legislación vigente impone en tales casos.

Y así lo hicieron. Unos meses después, mediado el mes de julio de 2004, cuando ya andaba Dioni metido hasta el gañote en los trajines de la composición de su libro, sonó el teléfono de la casona y sacó, con un respingo, al escritor, del enfrascamiento en el que a todas las horas diurnas y algunas de las nocturnas, prácticamente, vivía y también, en cierto modo, a causa de la obsesiva y minuciosa recreación de la historia de su padre, moría línea a línea, dato a dato, poco a poco.

Descolgó. Le comunicaban que a la vuelta de unos días, el 3 de agosto, concretamente, iba a darse carpetazo de exhumación en la localidad burgalesa de Villamayor de los Montes, a dos pasos de la muy noble villa de Lerma, a una fosa común en la que se habían localizado cuarenta y cinco cuerpos de personas civiles fusiladas en los primeros días del mes de septiembre de 1936.

Dionisio, acompañado por Naoko, estuvo allí y presenció de cabo a rabo la inconcebible escena, el *sabbat*, el viaje a los infiernos que se desarrolló ante sus despavoridos ojos.

Lo presenciaron también otras personas… Entre treinta y cuarenta. Había miembros de la Asociación, expertos, estudiosos, arqueólogos forenses, obreros de pico y pala, periodistas españoles y extranjeros, vecinos de los pueblos cercanos y algún que otro curioso procedente de la capital o del resto de la provincia.

Fue por la mañana. Los cadáveres estaban cuidadosamente alineados codo a codo. *Muertes* literal, geométricamente, *paralelas*, pensó Dionisio, encontrando razón así para el título de su novela. En uno de los huesos de la mano de uno de los esqueletos brillaba una sortija. No se la habían quitado. Había también casquillos de balas, relojes, peines y otros objetos personales. Algunos, supo luego, llevaban encima papel, lápiz y espejo, lo que demuestra que desconocían la suerte que iban a correr. Creían que los trasladaban a otra cárcel.

Se prolongó la danza de la muerte, el baile de los malditos, cosa de un par de horas. Durante ellas habría podido oírse el batir de las alas de una mariposa alrededor de la huesa. El silencio era tupido, grasiento, dramático, rotundo.

Se disolvió después el cortejo, se dispersaron quienes con visible e inevitable religiosidad, ya fueran creyentes, agnósticos o ateos, habían oficiado en la fúnebre función o, simplemente, como Dionisio, la habían presenciado, y el huérfano, en compañía de su mujer, de un investigador de Soria —Luis Castro— que ultimaba y se disponía a publicar un libro sobre lo que había sucedido en Burgos —*asesinatos paralelos*— al hilo de la guerra[251] y de alguien más, cuya identidad no recuerda, se dirigió por segunda vez a Estépar.

Subió, una vez allí, al lugar de la lápida, lo revisaron a fondo, contó Luis Castro lo que al respecto de aquella zona conocía, otearon el horizonte, cruzaron la hondonada que se interponía entre su punto de mira y él, y llegaron a una elevación

del terreno, una especie de túmulo, de extensa superficie y zigzagueante, abrupta y sinusoide orografía, entre cuyos mondongos, según el soriano, podía haber varias fosas —individuales o comunes— escondidas.

El escenario era, de por sí, siniestro, pero esa condición se veía acrecentada por la fúnebre coincidencia —cadáver llama a cadáver— de que los lugareños hubiesen convertido el lugar en osario de animales muertos, cuyos cráneos, carcasas, articulaciones y piezas molares andaban por aquí y por allá, desordenados, arracimados, depositados sin concierto sobre las jorobas y oquedades del montículo, dando entre todos ellos macabra vida a una involuntaria composición de naturaleza muerta que cualquier artista de vanguardia virtuoso del feísmo, escatología y necrofilia posmodernos podría haber pintado.

Miró entonces el amigo de Soria a la llanura, cóncava, deprimida, que empezaba bajo los pies de los allí reunidos y terminaba sabe el diablo dónde, y dijo:

—¿Veis, a ras de tierra, todos esos montoncillos que salpican el valle?

Pausa de contemplación y expectación. Sí, los veían.

—Pues cada uno de ellos es, probablemente, una tumba.

Guardaron todos silencio. Pasó, sí, como suele decirse, un ángel, pero era el Caído.

Se fueron. Dionisio, en su coche de torero antiguo, con Naoko sentada a su lado, pensaba, mientras conducía, en la orilla izquierda del Nilo, a su paso por Luxor.

Fragmentos de informes obtenidos aquel día, el de la apertura de la fosa de Villamayor, por Dionisio. Se los facilitó José Ignacio Casado…

> «Inútil es encarecer la enorme dificultad que entraña la averiguación exacta de en qué lugar fue enterrado cada grupo, sobre todo si consideramos que el número de las personas asesinadas crece día a día y sobrepasa en mucho al de las primeras estimaciones realizadas. Todas las fechas que se nos han aportado o que hemos podido rastrear en los archivos coinciden: septiembre de 1936. Los grupos de cadáveres están formados siempre por vecinos de los pueblos cercanos, aunque en algún caso aislado viviese el difunto a más de sesenta kilómetros del lugar donde ha aparecido. Sobre todos ellos gravita la sombra siniestra de quien ordenó, dirigió y ejecutó su muerte: Enrique García Lasierra, capitán de la Guardia Civil y nativo de Aranda de Duero, que en 1977 fue nombrado hijo predilecto de la ciudad.
>
> »A estos grupos, que fueron sacados de las prisiones de Burgos hay que unir otro, posible, de cuatro personas que no ingresaron en ninguna cárcel y que fueron conducidas para ser asesinadas en este lugar desde la población de Villamayor de los Montes.
>
> »Son:

»—Benjamín González, Julián (49 años, labrador, Alcalde)
»—Zacarías Diez Ontañón (60 años, labrador, Alcalde)
»—Vicente Díaz Villaverde (30 años, labrador, Alcalde)
»—Félix Azofra García (33 años, labrador, Concejal)

»Fecha de su asesinato: 12 de septiembre de 1936.» Faltaban, pues, menos de cuarenta y ocho horas para que muriese Fernando Monreal.

«Estos datos proceden del Archivo Histórico Nacional de Madrid y concretamente de los legajos correspondientes a la Causa General abierta en los años cuarenta para demostrar las maldades de las *hordas rojas* y silenciar las propias. Los cuatro individuos de los que se hace mención, junto con otras cuatro personas que también procedían de Villamayor de los Montes (Avelino Gil Díez, Antonio Lara Díez, Manuel Julián Lara y Gregorio Usión Maté) y que fueron asesinadas en la población de Estépar en compañía de otras cincuenta y dos personas trasladadas desde distintas poblaciones burgalesas (Mahamud, Melgar de Fernamental, Urbel del Castillo, Sasamón…) el día 7 de octubre de 1936, figuran en la documentación enviada el 4 de noviembre de 1941 al fiscal encargado de la Causa General como muertos violentamente en dicho municipio durante la "dominación roja" y han engrosado la lista de "caídos por Dios y por España", pese a que a quien les asesinó fue una partida formada por falangistas y miembros de la Guardia Civil del bando llamado *nacional*. Dato, éste, incontestable, al que hay que unir la anécdota de que en el documento se estampa la firma del alcalde del pueblo en ese momento —1941— y el sello del municipio con el símbolo del Águila franquista y la leyenda *Ayuntamiento* CONSTITUCIONAL *de Villamayor de los Montes. SIN PALABRAS.*»

Las mayúsculas proceden de quien redactó el informe.

El volumen —gigantesco— intitulado, por los vencedores, *Causa general,* fue el que Conesa echó, iracundo, sobre las rodillas de Dionisio el día en que éste llegó, a su modo, a las puertas de Damasco, descubrió la identidad ideológica de los asesinos de su padre y concibió la idea de escribir este libro.

«A tales grupos hay que unir la presencia de un cadáver que estuvo tirado en la orilla de la carretera nacional número 1 por las mismas fechas, aproximadamente, con evidencias claras de muerte por arma de fuego, y que pudiera corresponder a Alejandro Montes Monje, vecino de Gumiel de Marceado, que volvía de realizar la temporada de siega a su pueblo natal y que fue interceptado por falangistas de su propia aldea y asesinado in situ. Se tenían datos sobre la presencia de su cadáver en dicho lugar —a unos sesenta kilómetros del municipio en cuyo término había nacido— por lo que contaron

las personas que lo acompañaban en ese momento y que pudieron llegar, sanas y salvas, a Gumiel y por el testimonio de un vendedor ambulante de quesos, que lo reconoció.

»[…]

»“Saca” de la Prisión Central de Burgos del día 13 de septiembre de 1936

»(trece personas)

»—Vicente García Moneo (o Moreno… El pajarito, Lerma, 30 años)

»—José Fernández González (Lerma, 23 años)

»—Julián Lorenzo Aires (trabajaba en el ferrocarril de Lerma y era natural de Salamanca, 34 años)

»—Gregorio Nebreda Calvo (maestro, Lerma, 25 años)

»—Adolfo Nebreda Calvo (de Lerma, hermano del anterior. En un grupo distinto fue asesinado otro hermano, Zoilo, que presumiblemente se encuentra en la fosa del monte Andaya, junto a la población citada. Se les conocía con el sobrenombre de los Braulios)

»—Andrés Martínez Gutiérrez (alias el Basilis, Lerma, 36 años)

»—Paulino Pérez González (Lerma, 22 años)

»—Hermógenes Arauzo del Pozo (alias el Cartagena, de Lerma. Tenía una cicatriz en la cara, 27 años)

»—Pedro Peña Álvaro (el Peñita, de Lerma. Abuelo de quien hasta hace poco era alcalde, por el Partido Popular, de ese ayuntamiento)

»—Claudio Nebreda Arnáiz (natural de Rabé, pedanía de Lerma, 27 años)

»—Lázaro de La Fuente Rejas (Lerma. Dato importante: tenía 82 años)

»—Cesáreo Santamaría González (natural de Villalmanzo, población cercana a Lerma, 24 años)

»—y Gregorio García Alonso (de Villalmanzo, 42 años).»

Muertes, todas las citadas, *paralelas* y, por añadidura, anónimas.

Obsérvese la fecha y el lugar del último fragmento citado: 13 de septiembre de 1936, Prisión Central de Burgos… De ella serían *sacados* al día siguiente Monreal y Carreño.

José Ignacio Casado nació en Gumiel, cerca de Aranda de Duero, y asegura que viven allí, aún, por lo menos tres personas —*¿personas?*— que participaron en las *sacas*.

Comentarios desordenadamente recogidos por Dioni el día de la exhumación de los cuarenta y cinco cadáveres de la fosa de Villamayor de los Montes en las

cercanías de la misma:

A algunos de los fusilados se les obligaba a beber ricino o gasolina. Eso deja para el arrastre al más pintado.

Algunos iban atados, pero no todos.

En muy raras ocasiones hacía acto de presencia algún militar.

Siempre iba por lo menos un número de la Guardia Civil con los ejecutores.

En todos los pueblos se mataba el mismo día. Había órdenes venidas de la capital que así lo establecían.

Los remataban ya en la fosa.

Hubo muchos testigos presenciales. Esto era tierra de bosques y ganados. Por todas partes había cabreros, leñadores y gentes así.

Las sacas empezaron entre el dos y el tres de agosto, inmediatamente después del parón de Somosierra, cuando los nacionales se dieron cuenta de que el golpe militar había fracasado.

No todos eran falangistas, aunque muchos se enfundaban la camisa azul.

Agapito, que tiene ochenta y nueve años y vive en Villalmanzo. Lo vio todo, lo sabe todo.

También queda una mujer que llevaba entonces una fonda en Lerma. Allí se reunían los conjurados.

Y está Fermín, el cura.

Se cuenta que uno, cuando le tendieron el crucifijo para que lo besara, le dio un ostión.

Aquí cerca mataron a cuatro personas, y en el último momento añadieron otra: un cornudo. Fue el abad de los dominicos de Caleruela quien hizo la lista. Luego, el sacristán, que era el padre de la adúltera, agregó el nombre del cabrón. La viuda de éste vivió el resto de su vida, hasta hace cuatro años, con su amante.

Lindezas, *delicias turcas* de España.

Cuanto antecede es transcripción literal de las notas tomadas al vuelo, y de oído, por Dioni.

Las garabateó en el reverso de una foto sacada aquel mismo día, cuando ya estaba en marcha el proceso de exhumación de los cadáveres. Se ve en ella a un joven de pantalón corto que esgrime un bolígrafo en la mano derecha y sujeta con la otra un cuaderno. Está acuclillado junto a uno de los esqueletos, fija la mirada en él y se dispone a escribir algo. Hay una cinta métrica de color azul y un papel o folleto, con formato de tríptico, cerca del cadáver. Al, fondo, los pies y las piernas de cuatro personas erguidas.

El muerto está boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho y una de sus extremidades inferiores —la única que sobresale de la tierra pardusca, grumosa— doblada por la rodilla. Las cuencas de sus ojos, vacías, miran el cielo. Está desnarigado. Su mandíbula, abierta, y sus piezas dentarias, blancuzcas, dan vida a un último gesto, sardónico, que parece una carcajada.

El joven del pantalón corto guarda un extraño parecido con el príncipe Felipe.

Y Dioni, al ver —o volver a ver— más tarde, por la noche, ya de regreso en Castilfrío, la foto, pensó: ¿Habré visto el esqueleto de mi padre?

Repasa el huérfano al día siguiente el libro, que ya se ha citado aquí, *Las fosas del silencio*, y encuentra en él dos párrafos consecutivos y una nota a pie de página, que dicen:

> *«Yo creo que abrir la fosa tiene una función terapéutica bastante importante. Aquí, estos días, han venido muchos familiares de desaparecidos, gente que ha tenido que renunciar a esa parte de su biografía y la ha mantenido como en una olla a presión, sin querer verla. Esto era su secreto y, de alguna forma, deja de serlo, porque es como un delito público, y como tal se debe saber y se debe conocer… Esta gente tiene miedo todavía. Nadie les ha enseñado a dejar de tenerlo. La transición que se hizo en este país, en ese sentido, fue un abandono: un abandono de los familiares y un abandono de estos hombres que, a fin de cuentas, construyeron nuestra primera democracia. Las víctimas y sus familiares han visto cómo el falangista que disparó a veinte de su pueblo sigue en su banquito tomando el sol, y no sólo no lo han juzgado, sino que ni tan sólo nadie le ha dicho nada. El otro día, en la excavación, había un hombre que estaba asustado porque tenía miedo que viniera la Falange y nos matara a todos. ¡En pleno 2002! Él decía "¡todo lo que brota, lo cortan!", porque realmente cortaron lo que brotó entonces, y él sigue pensando que los mismos van a cortar lo que brota ahora.*
>
> *»En las excavaciones se viven momentos de mucha tensión, de muchas emociones. Emilio ya ha vivido más de una de esas situaciones y sabe que,*

para los familiares, es uno de los momentos más delicados de su vida: "Algunas veces hemos pensado en la posibilidad de contactar con un psicólogo, porque lo que ocurre ahí es algo muy trágico, porque esa persona, ese hijo, es la primera vez que ve a su padre muerto, y lo ve con un agujero en la cabeza… y todo lo que remueve eso. Pero a la vez tiene una función muy terapéutica, porque llegan los vecinos, los amigos, le dan el pésame, ven el muerto: todo el ritual de la muerte que normalmente vivimos en un funeral y que no se pudo hacer en su momento."»

Y la nota:

«En Guatemala, donde la abertura de fosas comunes y la búsqueda de los desaparecidos de la guerra civil está dirigida por el gobierno, la presencia de un equipo de psicólogos se considera imprescindible para prestar asistencia a los familiares de las víctimas. En 1998, mientras rodábamos en aquel país el reportaje *Tortura, més enllá del dolor*, presenciamos la abertura de una fosa cerca de Antigua. Los psicólogos guatemaltecos nos explicaron que el familiar, para recuperarse del trauma de la desaparición del ser querido, necesita "cerrar el duelo", y eso sólo se consigue recuperando los restos del familiar desaparecido y dándole una sepultura digna.»[252]

Dionisio, aunque no sabe si está o no de acuerdo con lo que la nota dice que opinan los psicólogos de Guatemala y pospone su decisión sobre ese asunto, se da en todo lo restante por aludido.

Quedaba un nudo por atar, una persona de peso a la que ver, una conversación crucial, insoslayable, por mantener…

El huérfano no había hablado aún con el único familiar vivo, aparte de Susana, que podía contarle algo sólido, quizá decisivo para el desarrollo del libro que estaba escribiendo, acerca del hombre que denunció a su padre.

Y esa persona, sobrina del delator y, además, ahijada suya, era uno de los cinco hermanos menores de los dos primos segundos de Dionisio que habían muerto en la División Azul. Se llamaba Mario Ruiz Vernacci.

No es la primera vez que se cita su nombre en esta obra. Apareció ya, de refilón, en su segundo acto. Es aquel niño de calzón corto que estaba en Valladolid, en compañía de sus abuelos —la moribunda tía Enriqueta y el historiador del arte don Luis Pérez Bueno—, cuando Nelly y su suegra pasaron por allí, diecinueve meses después del Alzamiento, en pos del borroso, casi desvanecido rastro del periodista tragado por la tierra.

Mario, que se enfrenta a la fase terminal de una leucemia aguda, pero que no ha perdido ni una sola brizna de su legendario sentido del humor y arrollador empuje, vive, retirado del mundo y de sus fructíferos negocios de compraventa y restauración de obras de arte, en una aldea navarra, hermosísima, donde ha reconstruido, acondicionado y amueblado soberbiamente, con certero gusto de especialista en la materia, una casona medieval de ahidalgado porte. Purina, su mujer, lo acompaña. Dios, como suele decirse, no le ha dado ningún hijo, pero sí una caterva de sobrinos que confían en heredar, cuanto más tarde, mejor, la selecta colección de pinturas y esculturas de autentificado mérito que su tío posee.

Recibe éste, al hilo de las fiestas de la Virgen de agosto de 2004, una llamada telefónica de Dionisio y le abre, caluroso, generoso, como siempre, las puertas de su casa y de sus recuerdos.

—Vente por aquí —dice con su grueso vozarrón—, pero hazlo cuanto antes, no vaya a ser que me encuentres entre cirios.

Dionisio, que ese día ha dado una conferencia en Jaca, hace noche allí y al día siguiente, de buena mañana, obedece a su primo, aplica a pie juntillas sus instrucciones topográficas y sobrevuela, copilotado por Naoko y en alas de la mole de su cascajo de torero antiguo, los campos jacobeos —vieira, bastón y calabaza— rumbo a la heredad del ahijado de quien apadrinó no sólo a su sobrino, sino también —y no tanto, seguramente, por malignidad, cuanto por irreflexión y ligereza— el fusilamiento de Fernando Monreal.

Llegan, los abrazan, los conducen al jardín, hay amigos, se sientan en torno a un ancho velador, descorchan botellas de marca de lujo y de excelente añada, corren la conversación y el vino, y las anécdotas, y las bromas, y las risas, y las cosas y casos de un ayer que ya no tiene mañana, se van los visitantes, pasan los anfitriones y sus huéspedes al comedor, se suceden las vituallas, dan todos, con apetito y salud unánimes, pues nada en Mario denota su enfermedad, cumplida cuenta de ellas, traen café, sirven en copa panzuda de cristal tallado rancio *brandy* de piratas, que no en balde fueron marinos de singular arrojo, bien ganada autoridad y timón firme, en remotos y mejores tiempos, los Vernacci, y da, al cabo, inicio la conversación que el huérfano pretende.

Un par de butacas de oreja, y entre ellas, sobre una mesita de madera con vitola de larga antigüedad y elegante estilo, la Sony…

Mario es hombre hablador y no traiciona ese halo, pero entre todo lo que cuenta, que es mucho, y que aquí, por no venir a cuento de la trama, no se va a trasladar, apenas hay datos que aporten un poco de luz a lo que Dionisio busca.

Se entera, por ejemplo, el huérfano de que el prócer y antepasado suyo don Luis Pérez Bueno, con el que algún trato había tenido —de *junior* a *senior*— después de la guerra en su chalet de El Viso, dirigió en los años bélicos, los de Valladolid, donde acogió a mi madre y a mi abuela, el Archivo General de Simancas y llegó a ser, por razones de su cargo y de su adscripción y lealtad a la causa y doctrina de la España

nueva, teniente coronel honorario.

Antes de todo eso había sido, por cierto, el prócer alcalde de su ciudad natal: Alicante.

¿Y ni aun así, piensa entonces Dionisio, contando con tan buen valedor, pudo averiguar Nelly nada, lo que se dice nada, acerca de la némesis que abatió a su esposo?

Pregunta ésta, por lo demás, que ya en infinitas ocasiones —mencionadas algunas en lo que va de libro— se había planteado.

Y siempre sin encontrar respuesta.

Narra también Mario —explayándose… Percibe Dioni, con afecto, que se siente cómodo su primo en tal asunto— curiosos y belicosos lances de honor y armas vividos por sus mayores italianos en Florencia, donde aún disponen los Vernacci de blasonado cementerio propio, y de la que tuvieron que salir por pies, allá cuando las luchas entre los güelfos y gibelinos, refugiándose en Cádiz, españolizándose, profesando de marinos e interviniendo en calidad de tales, y desde el puente de mando de uno o de varios bajeles, en la famosa expedición de Malatesta.

Interesante, se dice, rezongón, Dionisio, admirado por tan antigua y briosa, frondosa, pujante ramificación de su árbol genealógico, pero… ¿y el tío Enrique? ¿Cuándo sale a escena?

—Mi padrino —explica por fin Mario— nació en Cuba, andaba siempre de allá para acá, cruzando el charco, se casó cinco veces, la última con una negra a la que le había tocado el premio gordo de la lotería, consiguió la nacionalidad panameña, llegó a ser allí profesor de literatura y escritor de cierta notoriedad, le dieron, incluso, el Premio Nacional de Narrativa, se vio después envuelto en un escándalo de cierta magnitud, al demostrarse que había plagiado de arriba abajo, trasladando al pie de la letra su totalidad y apropiándose de su autoría, un relato de Oscar Wilde, y…

Vale, vale, pero…

—¿Cómo era? ¿Qué tipo de personalidad tenía? ¿Qué pensaba? ¿Cómo se tomaba y se planteaba la vida? ¿Por qué hizo lo que hizo? ¿A qué motivaciones respondía su conducta?

—No sé qué decirte. Yo era un adolescente y lo veía poco, y sólo a rachas, cuando venía de América. Me hacía, eso sí, regalos principescos. Estaba gordo, muy gordo, y lo único que en la vida le importaba era el dinero. No tenía más preocupación que ésa. Era el rasgo principal de su carácter y lo único que recuerdo de él. Iba siempre con fajos de billetes en el bolsillo, y se jactaba de ellos, los exhibía, a todas horas. Presumía, además, de coches deportivos, de mujeres de lujo y de cosas así. Un golfo, Dioni, un golfo redomado. Es todo lo que puedo decirte. Dinero, dinero, dinero. A eso se reducía su mundo, lo único que en la vida le interesaba y le motivaba. Lo siento, Dioni. Sé que todo esto no te sirve de mucho, pero…

—¿Te dijo alguna vez algo de mi padre? ¿Se refirió delante de ti a él?

—No, que yo recuerde.

—Perdona que insista, Mario, pero las cosas tienen siempre un porqué. No se denuncia a otro, y menos a un familiar y a un hombre que te ha ayudado, sin un motivo de peso.

—Tratándose del tío Enrique, Dioni, puedes estar seguro de que lo hizo por dinero. Todo lo que hacía, lo hacía por dinero. Ya te he dicho que era un golfo.

—¿Por dinero? ¿En este caso?

—En ése y en todos los casos. No le des más vueltas. Dalo por cierto.

—No cuadra, primo. Carece de lógica.

—Pues la tiene, aunque tú no la veas. No te olvides de que mi tío se pasó la guerra sacando a gente de Madrid, personas escondidas o refugiadas en edificios diplomáticos que corrían peligro, llevándoselas a Burgos o a otras partes y cobrándoles un pastón. Lo hizo, por ejemplo, con Joaquín Ruiz-Giménez y su madre. Ganó así muchísimo dinero.

—Pero había controles de milicianos por todas partes, y en el alto de Somosierra, ni te cuento… ¿Cómo lo hacía? ¿Por el monte, campo a través, jugándosela?

—No, no… ¡Figúrate! Era un cobardica.

—¿Entonces?

—Les conseguía pasaportes panameños y salvoconductos diplomáticos.

—¿Colaban?

—Colaban. Los de la República siempre fueron muy respetuosos con esas cosas. No querían líos internacionales. Y a los milicianos, que eran medio analfabetos cuando no analfabetos del todo, los papeles les imponían. Veían un sello y se echaban a temblar.

—Sigo, de todos modos, sin entenderlo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Lo del dinero, en el caso de mi padre. ¿Quién iba a dárselo por denunciar a un periodista que nunca se había significado políticamente?

—Eso ya no lo sé. Pero sí sé, y me juego lo que quieras, que sacó tajada.

—¿Pujol? ¿Quieres decir que fue Juan Pujol quien le dio dinero?

—Probablemente.

—¿Por qué? ¿Para salvaguardarse, para hacer méritos, para ponerse moños, para demostrar su eficacia, para trepar?

—Por lo que fuese, Dioni. Pero le dio dinero.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Fue pasando, línea a línea, hoja a hoja, lo que quedaba de verano. Dionisio escribía, escribía, escribía, obsesiva e incisamente. Su libro iba creciendo y, poco a poco, lo que había nacido como ensayo totalizador, narrativo y reflexivo, de reconstrucción histórica general, familiar y personal, se transformaba en novela, y la

novela derivaba a tragedia.

Llegó septiembre y tomó el émulo, a su pesar, de Sófocles una decisión que sería determinante para su vida o, mejor dicho, para la defensa, regeneración y conservación de ella: la de renunciar al uso fumado —no por vía oral— del *cannabis*.

El proceso, sinuoso, que lo condujo desde la pista de despegue de esa renuncia hasta el quirófano en el que tres meses más tarde salvó la vida está minuciosamente contado en *Kokoro*; y también, aunque sólo a grandes rasgos, pues serían superfluos sus detalles sacados de contexto, se ha aludido a él en este libro.

Dioni tomó esa decisión, extrema, para enfrentarse con mayor soltura mental, energía corporal y nitidez visual al desafío que la redacción de la tragedia planteaba. Fue por eso, en definitiva, ya se dijo, por lo que su padre, desde el ámbito de lo invisible, le dio por segunda vez la vida.

Para entonces, fumándose aún su ración diaria —nocturna y previa al sueño— de *cannabis*, el huérfano ya había ido a la isla de Formentera (lo hizo el 13 de septiembre), en la que pasaba unos días de descanso su amigo, y mucho más, Alejandro Jodorowsky, para que éste lo sometiera a una durísima sesión de búsqueda —descenso y ascenso, ascenso y descenso— por el tronco, las ramas, las hojas, las raíces y el aura de su árbol genealógico. Pero ese episodio, decisivo tanto en lo concerniente al desarrollo literario de esta obra como a la trayectoria vital de quien la escribe, merece ser contado en capítulo aparte.

Llegar a Formentera no fue fácil. Naoko lo hizo pasando por Madrid —seguían los dos en Castilfrío— y Dionisio por Barcelona, donde tenía que intervenir en un enojoso programa de televisión. Se encontraron en el aeropuerto de Ibiza y se embarcaron después en uno de los lanchones de alta velocidad que desde esa isla mayor cubren el trayecto hasta el puertecillo —franciscano aún, aunque infestado de turistas— del referido islote.

Jodorowsky los esperaba allí, en el muelle, y los condujo al chalet que durante un par de meses había alquilado. Disponían de poco tiempo, apenas veinticuatro horas mal contadas, e inmediatamente, en consecuencia, pusieron manos a la obra. Lo del árbol genealógico, como Dionisio no tardaría en comprobar, es experiencia cercana al psicoanálisis chamánico y rayana en el éxtasis eleusino que exige paciencia, dedicación, habilidad, profundidad y tiempo.

Se lo tomaron. No hicieron otra cosa, fuera de almorzar ligeramente en la terraza de un chiringuito y de zamparse luego, ya por la noche, un buen bife a la argentina, a lo largo de toda la jornada.

Lo primero fue dibujar el árbol. Eso, en apariencia tan sencillo, les llevó muchas horas: las de la mañana. Preguntaba, y levantaba planos sobre folios vírgenes,

Jodorowsky, mientras Dionisio iba, en la medida de lo posible, resolviendo las cuestiones que el psicomago y tarotólogo le planteaba.

No todas eran de respuesta fácil. El huérfano se veía obligado una y otra vez por su ignorancia y por el acoso de su amigo a descolgar el teléfono y evacuar consultas con sus familiares. ¡Y eso disponiendo, como disponía, y tenía ante sus ojos, desplegado sobre la mesa, del tupido, casi lujuriante árbol genealógico —relativo sólo al linaje paterno— que su primo Tito, e hijo mayor de Modesto, sumido ahora en la desmemoria y telúrico silencio de una enfermedad neurodegenerativa a la que no sabían los médicos poner nombre, había diseñado con meritorio escrúpulo a lo largo de su vida adulta!

Pero era tal la acumulación de primos, de segundas nupcias y barraganías, de enlaces transversos, de maternidades y paternidades, de padrastros y madrastras, de bastardías, de nacimientos y defunciones, de desapariciones, y de cruces endógamos de los unos con los otros, que…

La familia de la madre, aunque más convencional, menos frondosa y de ramajes no tan retorcidos, tampoco era en su número, nómina y arboladura, manca.

Jodorowsky iba poniendo orden en todo aquello, señalaba semejanzas, subrayaba coincidencias, establecía paralelismos, anudaba cabos aparentemente sueltos, desbrozaba espesuras, podaba yuyos, rellenaba huecos y, mientras tanto, sin disimular su alborozo ni el contento que todo aquello le producía, exclamaba:

—¡Qué gusto! ¡Trabajar así es un placer! Tienes un árbol extraordinario, Dioni, de los que ya no quedan. Ahora, tal como va el mundo, con la vaina de las madres solteras, de las adopciones, de las uniones monoparentales, de las cesáreas sin justificación, de los hijos únicos o casi únicos, de la renuncia a la lactancia y de todas esas cosas, las familias se extinguen, se desangran, son callejones sin salida, vías muertas, páramos sin mantillo vegetal ni movimiento animal. Estamos metidos hasta la coronilla en un proceso demoníaco de tala, combustión y deforestación de todos los bosques genealógicos.

—¿Pájaros ya, los hombres, que no tienen árboles en los que cantar?

Aludía Dionisio al título de una de las novelas, citada más de una vez aquí, de Jodorowsky.

Y asentía, cabeceando resignada y melancólicamente, aunque siempre risueño, su interlocutor.

—Así es, Dionisio, así es.

Comprobó el huérfano, a lo largo de aquella sesión matinal en la que sí cantaban, por todas partes, alrededor de Naoko y de los dos amigos, y dentro de ellos, infinidad de pájaros, que entre las vidas de sus familiares, ya fueran éstos ascendientes, ya descendientes, existían no pocas similitudes y convergencias, se producían continuos entrecruzamientos y desdoblamientos, se repetían idénticos patrones de conducta o, incluso, contraían matrimonio los unos y las otras con mujeres o varones que se llamaban igual o de forma muy parecida.

Y fue todo aquello, sin duda, para Dioni, no sólo una sorpresa, sino también un cortocircuito de revelación e iluminación, un descubrimiento capaz de mover el mundo bajo sus pies y de llevarlo a conclusiones sobre los suyos y sobre sí mismo, y sobre su situación y papel en el seno de la familia, y sobre el modo de relacionarse con ella, y con sus propios hijos y esposas, radicalmente distintas a las que hasta un momento antes manejaba.

Respiró hondo el huérfano, se rió Jodorowsky, guardó silencio Naoko, y se fueron los tres a almorzar.

No hubo, aquel día, alcohol que acompañase el condumio ni siesta que ayudara a digerirlo. Regresaron, con el estómago ligero, a la casa y dio comienzo la función.

—Siéntate ahí, en esa mecedora —dijo el psicomago—, balancéate y regresa al útero de tu madre, a su vagina, a la luz que asoma en su extremo y al instante de tu nacimiento.

—¿Cómo?

—Ya sé que no es fácil, pero no te desesperes, no fuerces las cosas, no te rompas la cabeza. Balancéate, fluye y ve diciendo todo lo que ves, todo lo que se te ocurre.

Dionisio se balanceó, fluyó y…

—No veo nada ni se me ocurre nada.

—Eso es imposible. La mente, en estado de vigilia, no se detiene nunca.

—Por desgracia.

—Pues sí, por desgracia, pero eso, ahora, nos viene bien, nos sirve de ayuda, nos da pistas e hilos de los que tirar. ¡Venga! ¡Mécete y fluye!

—Lo estoy haciendo.

—Abandónate. No te empeñes en dirigir la orquesta. No has venido aquí para eso.

—Vale.

—Habla. Di cualquier cosa que se te pase por la cabeza.

Y Dionisio obedeció, no cejó en su balanceo, fluyó, fluyó, fluyó, empezó a ver cosas, a sentirlas, a recordarlas y, por fin, rompió a hablar…

Lo primero que Jodorowsky había hecho ese mismo día por la mañana, cuando empezó a interrogar a Dionisio sobre su árbol genealógico, fue dibujar someramente eso, un árbol, similar al que habría dibujado un niño, delinear y habilitar una especie de rectángulo hueco bajo él y decir a su amigo y, en esta ocasión, paciente o, por lo menos, consultante:

—Esto es la base de la columna, la plataforma de la que surge tu árbol. Tienes que grabar en él, en la corteza de esa peana, una inscripción. Es preceptivo. Se lo pido a todos.

—¿Qué clase de inscripción?

—Algo que explique lo que es, lo que ha sido y lo que va a ser la finalidad de tu vida. No lo pienses mucho. Di lo primero que se te venga a la cabeza.

—¿Lo más importante para mí, el norte de mi conducta, aquello de lo que, pase lo que pase, no puedo ni quiero prescindir?

—Eso, exactamente eso.

Dionisio se rascó la cabeza, esbozó un gesto de circunstancias, como si pidiera disculpas por ponerse tan filosófico, y dijo:

—Entender los misterios del universo. Ya sabes: la eterna copla del adónde vamos y de dónde venimos.

—¡Fantástico! —exclamó Jodorowsky—. Casi todo el mundo dice cosas como *ser feliz, hacerme rico, encontrar pareja, tener salud*, y tú te descuelgas con eso. ¿Quieres añadir algo o te basta esa frase?

—Bueno… También me mueve, como a cualquier ser humano, sépalo o no, la necesidad de conocerme a mí mismo, de averiguar quién soy, pero supongo que eso forma parte de lo otro. Lo general y lo particular, el Todo y el Uno.

—¿Lo ponemos?

—Adelante.

—Hecho.

Volvamos a la mecedora. Fue mucho lo que, en ella, Dionisio sintió y vio, fueron muchas las confesiones que se le escaparon y las consideraciones que se le ocurrieron, fue mucho lo que dijo, y lo que silenció, y también fue mucho lo que Jodorowsky, al hilo de aquel reguero de confidencias, iba comentando, analizando, preguntando y dictaminando. Sólo él sabe si, además, como lo hizo, aunque no adrede, el niño de sesenta y ocho años que aquel día volvió a nacer del vientre de una mecedora cuyo balanceo reproducía en el estanque de la memoria de su inconsciente genealógico los círculos concéntricos y convulsos de los dolores del parto, también silenció cosas que juzgaba preferible no destapar.

No cabe, en todo caso, transcribir aquí íntegramente, ce por be, ni el diálogo ni los monólogos que lo escandían. Sumados éstos y aquéllos darían pie por su extensión, intención y alcance, a otro libro, que acaso, con independencia de éste, aunque no sin complementariedad, llegue algún día. ¿Por qué no? Pero serían, en él, los protagonistas no tanto Dionisio y Dragó, Dragó y Dionisio, cuanto sus hijos y sus abuelos, y los hijos y las mujeres o maridos de éstos, y… Los pájaros de las ramas de su común árbol genealógico.

Y es que, aquel día, el de la ceremonia concelebrada por los dos amigos en Formentera, Dionisio y Dragó, Dragó y Dionisio, vieron bajo una luz completamente nueva la personalidad de todos sus deudos, así como la relación que con ellos —muertos, algunos; vivos, otros— habían mantenido, y la modificaron. Ya nada volvería, para el autor de este libro, a ser igual.

Corrimiento de tierras, *tsunami*, devastación, regeneración, transubstanciación… Sacramento, acaso *dionisíaco* y, sea como fuere, eucarístico, que induce en quien lo recibe un estado de gracia y cancela todas las deudas pendientes en el balance del libro mayor de su *karma*.

Pero ni siquiera de eso estaba seguro Dionisio. Sí lo estaba, en cambio, de que, momentáneamente, al menos, y no sabía si también a la larga, sus labios, como los del filósofo Solón en la ciudad egipcia de Sais, quedaban sellados por el secreto iniciático.

Otro libro, en efecto… Ya se verá.

O no.

Dionisio, cuando alrededor de un año y pico después, cercano ya el fin de la brega de la elaboración de esta obra, leyó —cosa que hasta entonces no había hecho— la transcripción mecanográfica del contenido oral de las dos sesiones de su paso por Formentera, se quedó sobrecogido, llegó a las conclusiones recogidas en los últimos párrafos aquí incluidos, modificó sus planes literarios, cambió la estructura del tercer acto de la tragedia que escribía, admitió que no tenía derecho —por motivos morales y de delicadeza hacia otras personas— a revelar lo que en aquellos folios, que superaban la cifra de cien, se decía, los metió en una carpeta después de tomar un puñado de notas —las que aquí se exponen— y guardó todo el legajo en un caja fuerte de la que sólo él tenía la llave.

Luego pidió cita al notario, acudió a ella y añadió una cláusula a su testamento estipulando que…

La mecedora, la tarde que va cayendo, Naoko, que no dirá nada, Jodorowsky y Dionisio.

Fragmento de la transcripción mecanográfica puesta a recaudo en la caja fuerte, donde sigue…

> *—Hay dos personajes principales con los que debes entrar en contacto: tu madre y tu padre. Establece un diálogo con ellos. Eres un feto. Estás dentro del vientre que te va a alumbrar. Es el momento en el que él se va de Madrid. Ella, desde el balcón, lo increpa. Pregúntate qué le dices tú, que le dice el feto, en ese instante.*
>
> *—Pero…*
>
> *—Ya, ya. No importa que lo inventes. Utiliza tu oficio. Eres escritor.*
>
> *—No te preocupes, mamá. No va a pasar nada. Son cosas de la vida. Entiéndelas. Para una mujer es más importante el amor que el trabajo; para un hombre, no. Los términos, en su caso, se invierten. Date cuenta de que es*

la oportunidad de su vida. Siempre se dice que la fortuna ayuda a los audaces. Déjale ser audaz. Dentro de un par de días regresará, sano y salvo, de Melilla y volverá a estar contigo.

—Mientes. Estás mintiendo a tu madre y te estás mintiendo a ti. Partimos de la base de que el inconsciente lo sabe todo y tú, por ello, sabes también lo que va a pasar. Sé honrado. Métete en tu papel. No repitas a tu madre lo que, con toda probabilidad, le dijo tu padre. Eres tú quien habla, no él, y tienes que referirte a ti, a lo que a ti te va a suceder, y no a lo que les sucederá a ellos.

—Mamá, acepta, por favor, la evidencia de que el paso que está dando papá es más grave para mí que para ti. Al fin y al cabo, tu vida, en gran parte, ya está hecha; la mía, no. Aunque te parezca lo contrario, tengo yo más necesidad de un padre que tú de un marido. Si él desaparece ahora de mi vida, todo en ella será distinto. Su ausencia repercutirá en mi vida profesional y también en la familiar. Sin su ejemplo no aprenderé a ser padre y eso afectará a mis hijos y a mis nietos, y provocará un descabalamiento general en toda mi descendencia.

—Muy bien, Dioni. Ese es el tono. Ahora te has metido en el papel. Sigue.

—Y si yo, como sospecho, voy a ser periodista, o escritor, o algo parecido, tropezaré, caso de que mi padre desaparezca, con dificultades que, de estar él presente, no se plantearían, con puertas cerradas que de otro modo tendría abiertas de par en par. No entraré en mi profesión pisando fuerte. Todo será para mí más confuso, más duro, más difícil. Así que, te lo pido por favor, cobra conciencia de que la parte más perjudicada por la fuga de tu marido soy yo, y no tú, y no hagas, encima, tonterías como la de tirarte al vacío, porque haciendo eso no sólo te matas tú, sino que me matas a mí. ¡Bonito modo de resolver las cosas!

—Ahora, Dionisio, apáñatelas para que tu madre, por una vez en la vida, no te mienta. Oblígale a decir la verdad.

—¿Por una vez en la vida? ¿A qué viene eso, Alejandro? ¿Quieres decir que mi madre me mintió siempre? ¿Cómo lo sabes? ¿En qué te basas?

—Te mintió, por ejemplo, acerca de quiénes habían matado a tu padre.

—Por omisión, en todo caso. No lo aclaró, pero tampoco inculpó a los otros.

—Es lo mismo. También miente quien oculta.

—¿Y en qué más, según tú, me mintió?

—Lo hizo al darte a entender que era lo más importante de su vida, que te amaba apasionadamente, cuando a quien amaba en realidad, como te expliqué esta mañana, era a su padre, a don Roger, a tu abuelo[253]*. Y te mintió, además, al hacerte creer que se preocupaba por ti cuando ni siquiera te veía, porque a quien veía, reflejado en ti, en tu parecido con él, era a tu*

padre.

—Pero entre todas esas supuestas mentiras sólo hay una que tenga base real: la referente a la militancia ideológica de los asesinos. Es posible que ella no tuviese conciencia alguna de la fijación conyugal que, a tu juicio, sentía por mi abuelo ni de la indiferencia que, en el fondo, y siempre según tu interpretación de los hechos, le inspiraba mi padre[254].

—¿Posible? No. Seguro. ¡Claro que carecía de esa conciencia! Era tan mentirosa, Dioni, que se mentía, sobre todo, a sí misma.

—Lo de la identidad de los asesinos de mi padre es, en cualquier caso, una mentira con coartada, Jodorowsky.

—Estás a la defensiva. Baja la guardia. Tranquilízate. Lo grave son las mentiras inconscientes, las que una persona se formula a sí misma, porque a partir de ahí mientes, en todo, a todos. La mentira interior: ahí comienza la catástrofe.

[…]

—Los ocho años en los que tu madre, Dioni, permaneció viuda y, por lo que me dices, aunque eso nadie lo sabe, casta a machamartillo resultaron beneficiosos para todo el mundo. Para ti, por ejemplo, porque de ese modo pudiste seguir siendo el marido de tu madre, y para ella, porque eso le permitía seguir siendo la esposa de su padre, que también permaneció viudo durante muchos años; y no te olvides, Dionisio, de que fue tu mamá quien llevó las riendas de la casa en esos años. Luego apareció Matilde, tu abuelastra, a la que nunca aceptaría su hijastra mayor, y quebró esa calma, esa placentera situación, ese frágil, pero cómodo equilibrio.

—Suena convincente, Alejandro, lo reconozco, pero ya ves: no me convence.

—Es natural. Todo el mundo se resiste a poner boca arriba las cartas del Tarot. Mejor, piensan, sin saberlo, que estén tapadas.

—Sigue…

—A partir de su segundo matrimonio, cuando se rompió el ten con ten, tu madre se convirtió en motor de frustraciones ajenas. Frustró a tus dos hermanos, que no pudieron crecer, que siempre siguieron siendo niños, y frustró a tu padrastro, al que no amaba.

[…]

—Me has pedido que me siente en una mecedora. ¿Lo haces con todo el mundo o lo has hecho sólo conmigo? ¿Es una norma general o es algo personal, que únicamente vale en mi caso?

—Lo he hecho sólo contigo.

—Te lo pregunto porque mi hija Ayanta sufre una fijación con el movimiento de las mecedoras. Me contó un día que…

—Olvídate de Ayanta. Lo que tienes que hacer ahora es conseguir que

hable tu madre. Deja el intelecto a un lado. Rebusca en el inconsciente.

—No es fácil. Me cuesta trabajo. Algo se interpone.

—Di: Hijo, tengo algo importante que decirte.

—¿Estamos, aún, como Romeo y Julieta, en el balcón? ¿Es ahí donde me lo anuncia?

—Eso no importa. Te lo anuncia donde tú quieras. ¡Sé libre!

—No puedo. Me lo impide todo lo que me has ido diciendo a lo largo del día. Me condiciona.

—Da lo mismo. No te preocupes. Mis palabras pueden modificar lo que crees que piensas, pero no lo que de verdad sientes. Sé curioso, observa, no dirijas, no empuñes la batuta. Mira los toros desde la barrera, como dicen en tu país. Y, por supuesto, venga lo que venga, veas lo que veas, oigas lo que oigas, sientas lo que sientas, no te asustes. Todo esto queda entre nosotros. Después podrás borrarlo.

—¿Qué me dice mi madre?

—Te anuncia una revelación, está a punto de desvelar un secreto. Pídele que lo haga de una vez.

—Venga, mamá. Dímelo. Estoy preparado.

Silencio. Mutismo de Dioni. Zumba un moscardón. Jodorowsky insiste:

—Deja que hable ella. No te metas tú. Repite, con su voz, el anuncio. Di: Hijo, tengo algo importante que decirte.

—¿Y si luego no lo dice?

—Deja de defenderte, Dionisio. No estás en el dentista.

—No me dan miedo los dentistas, Alejandro. Te aseguro que me gustaría oír la voz de mi madre y repetirte lo que diga, pero todo es silencio.

—Di: Dioni, te quiero confesar una cosa…

—¿Sobre mi padre?

Es Jodorowsky quien lo pregunta.

Vuelve a tomar la palabra Dionisio… O Nelly, mejor dicho, que es quien habla, psicomágicamente, por su boca.

—Nuestras relaciones eran difíciles. Mi marido andaba siempre de aquí para allá. Como tú, por cierto… ¡Bien lo saben tus mujeres! Su última escapada no fue, en realidad, sino la enésima repetición de algo que hizo constantemente desde el primer día, ya antes de ser novios, cuando sólo tonteábamos. Se iba a todas horas de viaje por razones de trabajo, para informar, para recoger noticias, a un partido de fútbol a un desfile de los

nazis, a las Fallas de Valencia o a lo que fuese. Lo nuestro fue una relación continuamente entrecortada. Y cuando esos paréntesis, esas interrupciones, se prolongaban, y llegaba a ser más corta su presencia que su ausencia, yo me desesperaba, y se lo reprochaba, y lo castigaba dejándole de escribir, y entonces era él quien se desesperaba, al llegar a un hotel y no encontrar allí, en la recepción, esperándole, ninguna carta mía, y quien se inquietaba, y quien una y otra vez me lo echaba en cara. El dramón de la mañana del dieciocho de julio se había representado en otras muchas ocasiones, aunque en diferente escenario y en circunstancias menos dramáticas. Él estaba siempre yéndose, yéndose, yéndose, y yo esperándole, esperándole, esperándole, y eso era una sombra que flotaba permanentemente sobre nuestra relación, y que la oscurecía y la amenazaba… No sé, la verdad, lo que habría sucedido, a la larga, entre nosotros si tu padre hubiera regresado, vivo, y hecho, como de costumbre, un rabo de lagartija, a Madrid a Huelva, a Vigo, o donde fuese. No sé cuál habría sido el futuro de nuestra relación. Y eso es algo que nunca, Dioni, te he dicho, que siempre te he ocultado, porque consideraba que era mejor para ti no saberlo. Habría sido, lo contrario, o eso al menos pensé siempre, una crueldad innecesaria. Más valía, puesto que te faltaba la figura del padre, que tuvieras una imagen idealizada de lo que había sido nuestra relación.

[…]

Es, Jodorowsky, quien habla.

—Tú, Dioni, hiciste lo que Fernando Monreal no hizo. Tú empuñaste su antorcha y le llevaste hasta el estadio olímpico. Tú has ido a donde él iba. Tú has llegado a los lugares a los que él quiso llegar y has realizado las cosas que él quiso realizar. Tú has vivido su vida, y eso también puede decirse al revés: él, caso de seguir vivo, habría vivido tu vida. Habría sido Dionisio, y tú, en cambio, no hubieras sido nada, no hubieras sido nadie, porque tus éxitos habrían sido sus éxitos. Así que olvida ahora a tu madre, eso está resuelto, y céntrate en tu padre. Dirígete a él, Dioni, y explícale por qué y en qué no eres él. Es muy importante para ti.

—De acuerdo, lo voy a intentar, pero…

—No estás obligado a nada, ¿eh?

—Lo sé. Pero quería hacerte, antes de hablar con mi padre, una pregunta.

—Muy bien. Hazla.

—¿Significa, lo que acabas de decirme, que yo debo la buena marcha de mi vida, su encarrilamiento, los éxitos alcanzados en ella, a la muerte de mi padre?

—Sí, sí, sí…

—En ese caso, maestro Jodorowsky, estaría obligado a admitir que el crimen cometido con mi padre, malo para él, fue bueno para mí y que, desde ese punto de vista, debería, incluso, estar agradecido a las personas que lo asesinaron.

—Sé que te parece duro, Dioni, pero las cosas son como son, la realidad es la que es, las apariencias engañan y así se escribe la historia entre los miembros de un mismo árbol genealógico. No tienes por qué culpabilizarte. Al contrario. Has sabido estar a la altura de las circunstancias, has cumplido con tu deber filial y familiar, has hecho lo que se esperaba de ti y lo que tu padre quería que hicieras. Todo, pues, está en orden.

—¿Crees que Fernando Monreal, al irse hacia la muerte, y en contra de lo que siempre he pensado, me facilitó las cosas en lo tocante al desarrollo de mi vocación y al ejercicio de mi profesión?

—Sí, claro. Él no lo sabía, pero su inconsciente, sí. Te estaba haciendo un favor. Te abría puertas en vez de cerrártelas.

—¿Cómo?

—Poniéndotelo todo cuesta arriba, obligándote a forcejear con las cerraduras y a enfrentarte a una vida que se anunciaba difícil.

—Pero yo tardé en llegar al periodismo y a la literatura. Tuve que irme al extranjero, al exilio, para encontrar las dos cosas. En España me lo impedían. Era, al fin y al cabo, y por más que se tratase de una falacia ideológica, el hijo de un rojo, de un periodista que había sido fusilado por su

militancia en el bando de los perdedores.

—Los años difíciles, los años en los que no te dejaron ser escritor ni periodista, fueron lecciones y sesiones de aprendizaje, de formación, de enriquecimiento vital y profesional. Sin ellos no hubieras ido muy lejos. Serías poca cosa. Son el secreto, la clave, el laboratorio, la botica y la explicación de tu éxito. Tu padre, yéndose, muriéndose, te obligó a luchar, a adquirir experiencia. Y tardaste, sí, en desarrollar tu vocación y tu profesión, pero cuando lo hiciste, eras ya fuerte y sabio, más sabio y más fuerte de lo que eran, en esa misma profesión, en esa misma vocación, quienes no había tropezado con tantas dificultades.

—¿Rico en saber y en vida, como has vuelto, ya sabes lo que significan las Ítacas?

—Pues sí, algo así.

—Eres muy bondadoso conmigo.

—No, no lo soy. No digas eso. Me humillaría. Me dejaría en mal lugar. Sería como poner en tela de juicio mi honradez de tarotólogo, psicomago y genealogista. Me limito a reproducir el canto de los pájaros de tu árbol genealógico.

[…]

—¿Recuerdas, Dioni, lo que me contaste a propósito de aquella noche, la primera pasada en soledad, a los ocho años, después del segundo matrimonio de tu madre, cuando oíste el resuello de tu padre en el pasillo y junto a tu cama?

—Si nunca lo he olvidado, ¿cómo podría hacerlo ahora?

—Cuando Adán, en el Génesis, es aún, sólo, una figura de arcilla inanimada, Dios se inclina sobre él, sopla en su nariz y le insufla el hálito vital, lo convierte en hombre. Así, mediante un soplo, entra la energía del Padre en el cuerpo del Hijo. La Biblia lo describe con un término de la lengua hebrea que habla por sí mismo, por su sonido: ¡Ruarch!, dice, con claridad e ímpetu de onomatopeya. Y eso fue lo que aquella noche hizo tu papá contigo, y tú, Dioni, mentalmente, o realmente, o emocionalmente, eso no importa, lo aceptaste. Entró en ti. Naciste. Hasta entonces no lo habías hecho, porque sólo tu madre te había parido. Somos todos, por ley divina, por mandato del cosmos, frutos de pareja. Si falta uno de sus polos, si no hay varón, como fue tu caso, tampoco hay alumbramiento.

—¿Y los hijos monoparentales? ¿Y los niños nacidos por vía de fertilización artificial? ¿Y los que tienen padres adoptivos? ¿Lo pagarán caro?

—Saca tú las conclusiones que estimes oportunas.

[…]

—Pero no sólo los Dragó, Alejandro… También los Sánchez, que eran de

izquierdas y carecían, por ello, de motivaciones ideológicas, e inconfesadas, para no abrirme los ojos, me ocultaron, en definitiva, la identidad de los asesinos de mi padre. No me sacaron del error. No me cogieron un día, frente a frente, y me dijeron: Mira, Nano… ¡Qué va! Se desentendieron, dejaron correr la bola y el bulo.

—¿Qué buscas ahora, Dioni? ¿Por qué te llevas la pelota al otro campo?

—No lo sé.

—Resuelve tú el asunto que formulas. Te las das de detective, ¿no?

—Dame una pista.

—Quizá los Sánchez no confiaran en ti. Eras, ideológicamente, un mestizo. La mitad de tu sangre venía del otro bando.

—Pero…

—Y, además, es posible que la situación económica de los Dragó, inconscientemente, los condicionara en lo relativo a ti.

—¿Lucha de clases, resentimiento social?

—Latente, en todo caso. No eras, al ciento por ciento, de los suyos. Vivías mejor. Y eso…

—¡Ni que fueses marxista, Jodorowsky! ¿Es, en tu opinión, importante para mí, y para el curso de las investigaciones que he emprendido, y para llevar a buen fin la exploración de mi árbol genealógico, seguir esa pista?

—No lo sé. Decide tú.

—Más vale dejarlo. No quiero más líos.

—Lo que digas.

[…]

—Es curioso. Se me ocurre ahora, y te aseguro que nunca, antes, había pensado en ese paralelismo, que la escena del balcón entre mi madre y mi padre se repite luego, tal cual, al menos una vez, entre mi madre y yo. Sucedió en mil novecientos setenta y tres, el día en que me fui, con un Land Rover, camino del Estrecho y de África. Tenía la intención, y la llevé a término, de atravesar el Sáhara para incorporarme al claustro de profesores de la Universidad de Dakar, en la que durante un par de años fui lector. El vehículo estaba aparcado en la esquina de Lope de Rueda con O'Donnell, perfectamente visible desde los balcones de la casa, y a tiro de voz. Mi madre, angustiada, se asomó, como lo había hecho el dieciocho de julio del treinta y seis, al mismo mirador y, desde su cristalera, despidiéndome, me dijo: «Eres como tu padre, Dioni. Te recuerdo que quien ama el peligro, perece en él.» Poco faltó para que su vaticinio se cumpliera: estuve a punto de morir en aquel viaje.

—Tu mamá te lanzó una maldición.

—¿Maldición? ¿No es ésa una palabra demasiado fuerte?

—Quizá te lo parezca, pero es la que me sugiere el lenguaje del árbol

genealógico. Cuando el cerebro oye una cosa así, se autoprograma.

—¿Es eso lo que le pasó a mi padre? ¿Estás dando a entender que éste murió porque su esposa lo maldijo?

—Yo no quiero dar a entender nada, Dioni. No te programo. Eres tú quien interpreta, en un sentido o en otro, mis palabras.

—Voy a dirigirme a don Fernando Monreal, Dioni. Voy a hacerle, con tu permiso y con tu colaboración, unas cuantas preguntas.

—El permiso lo tienes. En cuanto a la colaboración, ¿qué debo hacer? ¿En qué consiste?

—En responder a esas preguntas como lo hubiese hecho tu padre.

—Ahora, él, Jodorowsky; antes, ella. Me pides demasiado. No soy un médium.

—Ni yo espero que lo seas. Sólo te pido que escuches y des salida a la voz de la sangre. Existe, Dioni, y la llevas dentro. Préstale tu lengua.

—Lo intentaré.

—Don Fernando, ¿me escucha?

—Le escucho.

—¿Adónde quería usted llegar?

—A ser un magnate de la prensa.

—Para eso habría necesitado apoyos políticos, ¿no?

—Cierto.

—Y habría tenido que comprometerse con las personas o los grupos capaces de prestárselos…

—Evidentemente. Pero yo era apolítico. La política podía servir a mis fines, pero yo nunca habría servido a los suyos.

—En ese caso tampoco habría llegado a ser, como lo fue el hombre que lo envió a morir, un magnate de la prensa.

—Ya me las habría apañado. Los políticos son gente fácil de manejar.

—Pero habría tenido que bailar al son que marcara Franco, aunque sólo fuese de dientes afuera.

Dionisio renuncia a su papel y se subleva. Ya no sale de su boca la voz de Fernando Monreal. Es él mismo quien habla.

—Alejandro, eso no es juego limpio. La conversación con mi padre transcurre antes del comienzo de la guerra civil o, como mucho, en septiembre del treinta y seis. Nadie sabía entonces que Franco iba a convertirse en dictador del país. Mi padre no dispone de elementos de juicio que le permitan responder a lo que le planteas.

—Hablo, Dionisio, con alguien que ya no está aquí en el mundo denso, que se dirige a mí desde otra dimensión, sutil, situada fuera de los

parámetros del tiempo. No hay en ella calendario.

—De acuerdo. Pero lo que preguntas…

—Déjese de historias y conteste, don Fernando.

—Lo haré, pero con una condición: que no hablemos de política. Eso no nos llevaría a ninguna parte. Siempre, en mi trabajo, prescindí de ella, aunque ella, por desgracia, no prescindiese de mí. No era mi terreno.

—Abandonémoslo, entonces, y hablemos de su hijo. ¿Qué habría sido de él si usted se hubiera convertido, como pretendía, en un magnate de la prensa?

—Habría heredado mi imperio. Sería el periodista más famoso de España. Y el más poderoso.

—¿El ciudadano Kane?

—Quizá Pero antes, conociéndolo, habría sido Hemingway en el Kilimanjaro.

—No fue lo uno, aunque lo intentó, ni es lo otro.

—Ya. Porque me mataron y no pude enseñarle el oficio ni arroparlo en él. La vida terminó llevándolo por distintos derroteros.

—Dígame una cosa, don Fernando.

—Si está a mi alcance…

—Mire, por favor, desde la atalaya del mundo en el que se encuentra ahora, a su hijo, tal como es, y compárelo con el que habría sido caso de que a usted no lo hubieran asesinado. ¿Cuál de los dos prefiere?

—Lo prefiero como es.

—¿Está usted tan seguro como el aplomo de su respuesta da a entender?

—Sí, lo estoy. ¿Le sorprende?

—Un poco.

—¿Por qué?

—Porque en ese segundo Dionisio, el de hoy, el único que existe, el que llegó a ser quien es por el camino de la orfandad, no germinó su herencia, don Fernando. Sus planes, los de usted, se vieron frustrados. Su hijo siguió una ruta muy distinta a la que en esos planes se le había asignado y a la que usted, en definitiva, deseaba.

—Cierto. Pero tenía que ser así, y era justo que así, finalmente, fuera. Nadie posee a nadie, nadie es repetición ni propiedad de nadie, aunque muchos se mueran sin saberlo. Dionisio y yo éramos, y somos, personas diferentes, muy diferentes.

—¿En qué?

—¡En tantas cosas! Yo habría sido feliz convirtiéndome en un magnate de la prensa. Él, no.

—¿Cuestión de carácter?

—Sí, entre otras cosas, porque él es un idealista y un moralista carente de

ambiciones personales, por más que muchos crean lo contrario, y yo era un profesional volcado hacia el triunfo y una cría de tiburón obsesionado por su oficio, pero no sólo por eso, Jodorowsky.

—Carácter es destino, don Fernando.

—Y vocación, no lo olvide. Yo nací periodista. Mi hijo siempre, desde su infancia, quiso ser periodista.

—Pero fundó un periódico cuando todavía era un mocoso.

—Mimetismos, anécdotas, tanteos y cosas, sobre todo, de la edad. Yo estaba muerto, pero él no me había matado. Lo hizo cuando escribió su primera novela. También en eso, en su actividad literaria, no sólo en la periodística, se adelantó a su edad: no tendría entonces, al escribir esa primera novela, ni siquiera diez años. Comprendo que, dada la situación, resulte paradójico, pero Dionisio, gracias, precisamente, a mi ausencia, fue muy precoz en lo relativo a la viril necesidad de matar al padre. Se libró muy pronto de mí. El asesinato de Burgos le facilitó la tarea.

—Paradojas, en efecto.

—Pues sí. Usted, en su actividad, las propone siempre, amigo Jodorowsky.

—Ya. Pues voy, con su permiso, a proponerle una.

—Será un placer.

—Usted, don Fernando, murió joven. Su hijo es ahora un hombre maduro, casi un anciano. Eso significa que él, Dionisio, podría ser su padre. El suyo, digo, el padre de su propio padre, el padre del difunto Monreal. Tiene mucha más experiencia que usted. Es más viejo. Ha vivido más. Usted, a su lado, es un polluelo, un cachorro, un jovencito imberbe. Bien lo dijo: una cría, de tiburón o de lo que fuera, pero una cría. Los papeles se han trocado. ¿Me permite un consejo?

—Sí, pero no sé si me servirá, donde estoy, de mucho.

—Usted siempre tuvo necesidad de un padre, siempre lo buscó, porque el suyo, el que por ley de sangre le correspondía, no lo fue. Andaba, como sabe, ensimismado en otras cosas. Ausente: algo muy habitual entre los varones de su familia. No hubo casualidad en el hecho de que terminara sumido en una insalvable sordera. De ahí, don Fernando, que le fascinara la figura patriarcal de don Roger y que por eso se enamorase de su hija y se casara con ella, que también, por cierto, estaba enamorada, sin saberlo, edípicamente, desde que murió su madre, a la que sustituyó en el gobierno de la casa, de tan augusto personaje.

—Ya hemos hablado de tan enojoso asunto, Jodorowsky. No hurguemos más en él. Al grano. Deme el consejo.

—Es éste: no busque un padre, porque ya lo tiene.

—¡Acabáramos! ¿Y quién es, si puede saberse?

—No se haga el tonto. Usted es ahora hijo de su hijo, don Fernando. Ya se lo dije: intercambien los papeles. Cabezas trocadas. Dionisio es su padre.

—Muy bien, Jodorowsky. Pero ahora voy a ser yo quien le dé un consejo.

—Esté seguro de lo que escucharé con agrado. ¿Cuál es?

—Quítese la careta. Reconozca en voz alta, delante de su verdadero interlocutor, ese que ahora está sentado en la mecedora, que el destinatario de sus palabras es él, que es a él, y no a mí, a quien usted se está dirigiendo y que no soy yo quien debo aceptar que soy su hijo, sino él, Dioni, quien tiene que aceptar que ya no es hijo de nadie, sino padre de todos, mío y de su prole, y de la prole de su prole, como lo fue en su día don Roger. Él es ahora el depositario de la autoridad de éste, el patriarca del clan. Suyo es el cetro. Tiene el deber de empuñarlo, y cuando lo haga, habrá puesto el punto final de este libro y de la búsqueda del padre perdido emprendida a los diecinueve años, tras el empujón que el comisario Conesa, brutalmente, le propinara. Está obligado a ello: es la hora de su verdad. Y sólo así, señor genealogista, tendrá definitiva cura y encontrará sosiego el estado de alarma permanente en que mi hijo vive.

Jodorowsky vuelve al tuteo.

—¿Lo oyes, Dionisio? ¿Has oído a tu padre? Cierra de una vez el círculo, cauteriza el crimen, concluye esta obra, paga la deuda, reconoce como hijo al periodista asesinado, sácalo de su tumba, ponlo en pie, resucítalo, cumple con tu deber, haz lo que se espera que todo padre haga, fecunda a la mujer que llevas dentro para que se convierta en madre de Fernando, sopla en la nariz de éste, ¡Ruarch!, y dale vida a su polvo con tu semen de escritor.

—¿Puedo volver a tutearte?

—Naturalmente. Hablo ahora contigo, no con él.

—¿Significa todo eso, el formidable auto sacramental por ti escenificado en mi presencia, que mi padre tenía que morir para que yo llegara a ser el que soy? ¿Sólo así, muriendo, caería en buen surco su semilla y se cumpliría, inexorable, el determinismo de su árbol genealógico?

—Y del tuyo, Dionisio. Ese árbol tiene muchas ramas, pero no es un bosque. Tenéis, tu padre y tú, el mismo tronco.

—¿No fue, entonces, su muerte una traba, un obstáculo, como siempre pensé, en mi vida, sino la condición que hizo posible ésta?

—Serás tú mismo quien responda. Pregúntate, para hacerlo, lo mismo que yo pregunté a tu padre… ¿Qué Dionisio prefieres? ¿El del Kilimanjaro, el que ahora sería un magnate de la prensa, no ya cría de tiburón, sino tiburón adulto, con la boca llena de dientes y excitado por la sangre, o el escritor que eres?

—No me obligues a ser petulante, Jodorowsky. De sobra sabes que prefiero ser quien soy.

—El árbol genealógico, sin la muerte de tu padre, no habría dado ese fruto. Agradéceselo. Alégrate de que muriera.

—¡Uf! ¿Nos vamos a cenar, Alejandro?

—Vámonos a cenar, Dionisio.

Había sido todo aquello, para quien formuló la consulta genealógica, una de las experiencias más reveladoras y, a la vez, más contradictorias de su vida. Y de las más duras. Cundía en su ánimo el desconcierto. ¿Dónde estaba la verdad y dónde la mentira? ¿Era la guerra civil, con todo su horror a cuestas, algo de lo que personalmente debía congratularse? ¿Se había equivocado siempre el huérfano en lo tocante a todos y a cada uno de los miembros de su familia? ¿Lo había hipnotizado Jodorowsky? ¿Había jugado con él? ¿Eran el árbol genealógico, las constelaciones familiares y todas esas vainas puestas de moda por los mercachifles y santones de la Nueva Era simples mañas de gurú desaprensivo, técnicas de lavado de cerebro, masturbaciones de psicoanálisis barato y embustes de charlatán? ¿Vendía su amigo duros a cuatro pesetas o era, realmente, un psicomago capaz de descender a las más inaccesibles simas del inconsciente individual y colectivo?

El bife del restaurante argentino estaba en su punto. Naoko, Alejandro y Dionisio le rindieron honores, lo regaron con buen vino y mejor humor, charlaron después, hasta las tantas, y no hubo más.

Adiós a Formentera. Resaca en el corazón del huérfano, mar gruesa en la travesía de regreso.

El huérfano y su mujer tenían que pasar por Madrid, antes de buscar refugio en el puerto, abrigado siempre, de Castilfrío, para asistir a la ceremonia eclesiástica y banquete nupcial de un miembro de la familia Sánchez. Se casaba una sobrina segunda de Dionisio, hija de su prima Maribel, que era a su vez, como ya sabemos, la hija menor de Modesto y fue la boda el ámbito *causual* en el que recibió inopinadamente nuestro héroe, de manos de la más joven de sus primas, un documento sustancial con el que no contaba.

Se le acercó Maribel antes de que empezara el festín, pero ya en el vestíbulo del salón en el que iba a celebrarse, y le dijo:

—Mira lo que he encontrado, Dioni.

Y se lo tendió. El huérfano se quedó sin habla: era la cartilla militar de su padre.

—Apareció el otro día, entre mil papeles, al fondo de un cajón.

Era, para el huérfano, como si una señal paterna descendiese del cielo. Allí tenía

que figurar un dato, importantísimo, acerca de Fernando Monreal, que él desconocía, que su primo Tito había dejado en blanco al reconstruir con extraordinaria minuciosidad todo el árbol genealógico de la familia y del que ningún otro miembro de ésta, por más que Dionisio, obsesionado, lo intentara, había sido capaz de darle razón.

Inconcebible, pero cierto: nadie —ningún Sánchez, ningún Dragó— conocía la fecha exacta del nacimiento de su padre. Tampoco figuraba tan obvio, elemental detalle en documento alguno.

El año, sí, por supuesto; el mes, también… Septiembre de 1909. Pero era, el día, un misterio, absurdo, que no había forma de resolver. Dionisio, de hecho, ya había renunciado a tirar de aquel hilo.

—¡No es posible, Maribel!

—Ahí está, en tus manos. Su cartilla, Dioni. La tenía mi padre.

—Llega en el momento justo. No te imaginas el favor que me haces.

—Me alegro de serte útil. ¡Ojalá sea para bien!

Dionisio, con el corazón desbocado, se puso a hojear el cuadernillo de color pardusco, sin tapa dura y escrito a mano que su prima acababa de entregarle…

«Cartilla militar núm. 2171814. Caja de recluta de Madrid. Corresponde a Fernando Sánchez Monreal. Alistado para el reemplazo del año de 1930.»

Eso es parte de lo que aparecía en su primera página. Lo demás no importa.

Y en la octava, por fin, venía lo que el huérfano, tan afanosamente, buscaba: «nacido *el trece de septiembre de mil novecientos nueve*».

El hijo del titular de la tarjeta se estremeció. Maribel, su prima, y sobrinas del Ausente, al que no había conocido, no pudo percatarse de ello. Ya no estaba allí. El banquete nupcial la había devorado. Era la madre de la novia. Tenía que ocuparse de todo.

Dioni, aturdido, se alejó, sorteando saludos y manos que se le tendían, en busca de un rincón tranquilo en el que deglutir y, en la medida de lo posible, digerir la noticia.

No era para menos. Su padre, Fernando Monreal, periodista y director de la agencia Febus, se había ido al otro mundo el mismo día, prácticamente, cuestión de cinco o seis horas más, en que había venido a él.

Acababa de cumplir veintisiete años. Al amanecer del siguiente día lo fusilaron en campo abierto, como si diesen caza a una alimaña.

Dionisio pasó aquella noche en vela, aguardó al mediodía —le constaba que su amigo Jodorowsky no era hombre madrugador— y marcó el teléfono del tarotólogo.

—Alejandro —dijo.

Éste reconoció inmediatamente su voz y la notó tensa.

—¿Te ocurre algo?

—Sí. Anoche se aclaró el misterio que rodeaba la fecha en la que nació mi padre. Lo recuerdas, ¿verdad?

Claro que lo recordaba. Era él, Jodorowsky, quien más había lamentado, apenas un día antes, al trazar el árbol genealógico de Dioni y sumergir a éste a la espesura sus frondas, el hueco relativo al día del parto del padre del escritor.

—¿Cómo ha sido?

Su interlocutor le puso al tanto de los pormenores del hallazgo.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que te preocupa? No entiendo dónde está el problema. Se trata, sólo, de una sincronía. Buena señal, Dioni. Significa que estás en el camino, que tu padre confía en ti y aprueba lo que haces, que tus mayores están en paz, que por tu árbol genealógico corre la savia…

—Alejandro —le interrumpió Dionisio—. Era el día de su cumpleaños.

El auricular guardó silencio. Fueron sólo unos segundos, pero a quien lo apoyaba —bien aferrado— en su oreja se le antojó una eternidad.

Tras ella habló, por fin, pausada y gravemente, el psicomago y genealogista, y dijo:

—Dioni, cuando una persona muere el mismo día en que nació, es que no había nacido para vivir él, sino para desempeñar otra función.

—¿Cuál?

—La de que lo hicieras tú, en este caso. La de que tú pudieras llegar a ser el que eres. La de que tu destino se cumpliera. Es lo que el inconsciente de vuestro árbol genealógico había encomendado a tu padre. Lo vimos el otro día, en Formentera, y esto lo corrobora. No nacía para vivir, sino para que vivieses tú sin traicionarte a ti mismo, para ponerte en marcha, para encaminarte y propulsarte. Lo hizo, te engendró, te dio cuerda y se quitó de en medio. Si no lo hubiese hecho, si no se hubiese ido aquel día hacia el sur, abandonándote y abandonando a tu madre, tú no serías ahora quien eres.

—¿Quién sería?

—Serías el ciudadano Kane. Un periodista. Un magnate de la prensa. Un desdichado.

Y todo, a saber por qué, empezó a precipitarse, a romperse en mil pedazos, a correr hacia el abismo…

Dejar el *cannabis*, sufrir un insomnio endemoniado, pertinaz, enloquecedor, dar tumbos de sonámbulo por Castilfrío, por Alicante, por Madrid, por Castellón, dictar conferencias como si fuese un alienígena quien las daba, salir al paso de las obligaciones menudas de la vida, escribir con dedos que parecían hilos de telaraña, investigar entre brumas y por territorios sombríos, irse a Tokio, y de Tokio a Kioto, y de Kioto a…

Regresar, jadeando, bamboleándose, arrastrando los pies, a España, ordenar sus

asuntos y ordeñar sus cada vez más débiles arrestos, dar otras conferencias, escribir, investigar, grabar programas de televisión e ir, poco a poco, pero cada vez más deprisa, camino de la muerte. Era, que ésta llegase, cuestión de semanas, quizá de días, o de horas, o de minutos.

El infarto —que sería, de ser, mortífero— podía fulminar el corazón —*kokoro*— de Dionisio, en cualquier instante.

Pero el huérfano, que seguía escribiendo, malamente, la tragedia inspirada por la muerte de su padre, no lo sabía.

Jodorowsky publicó su muy esperada obra sobre el tarot a finales del mes de noviembre. Dionisio lo llevó a *Las noches blancas* —el espacio de televisión dedicado a la literatura que dirigía y presentaba en el canal autonómico madrileño— para charlar de ese libro. Marianne Costa, coautora del mismo y mujer del psicomago, los acompañaba. El huérfano dedicó dos programas completos al asunto, que daba, a su juicio, para eso, y para mucho más. Lo que Jodorowsky había escrito era, casi, una obra maestra en el género de las Sagradas Escrituras. El primer episodio de la miniserie se atuvo al formato habitual: fue una charla, teórica, entre los tres. En el segundo todo cambió. La estructura de *Las noches blancas* saltó por los aires y dio cabida a un experimento. Dionisio tuvo la ocurrencia, y la aplicó, de pasar de lo abstracto a lo concreto, de convertir el plató en clínica de tarotólogo, en diván de psicomagia, en quirófano del inconsciente. Trajo a varios escritores —Antonio Gala, Luis Alberto de Cuenca, Ángela Vallvey, Espido Freire, Lucía Etxebarría, Joaquín Sabina— al estudio y fueron todos ellos, sucesivamente, sometiéndose al albur psiconáutico de las cartas del Tarot y escuchando lo que Jodorowsky y Marianne Costa, interpretándolas, les decían.

El último consultante fue Dionisio, que renunció a ser el alguacil del programa y se adjudicó el papel de alguacilado.

Lo primero que hizo al llegar su turno fue poner en antecedentes, por motivos pedagógicos, a los espectadores, contándoles en dos palabras lo relativo a la fuga y posterior asesinato del autor de sus días.

Y, ya en la escena del balcón, dijo:

—De ese modo me quedé atrapado en el vientre de mi padre mientras… Pero no, ¡qué tontería! En el vientre de mi madre, quiero decir, mientras…

Jodorowsky lo interrumpió y, con la más viva y paciente bondad dibujada en su semblante, observó:

—Dionisio, tú, que rara vez, por no decir ninguna, cometes lapsus, acabas de caer en uno. Has dicho que estabas en el vientre de tu padre y esa equivocación, inmediatamente corregida, no puede ser casual. No, al menos, salida de tu boca. Es, por el contrario, extraordinariamente significativa.

—¿Por qué? ¿No estás dando demasiada importancia a un detalle que quizá no la

tenga?

—La tiene, Dionisio, la tiene. Créeme. Lo que has querido decir, lo que dice tu inconsciente, lo que tu inconsciente *te* dice, es que fue tu padre quien mítica, mística, espiritual, arquetípicamente, te engendró, y no tu madre. Ella sólo lo hizo fisiológicamente. Hazte a esa idea, porque nace de lo más hondo de ti, de los mecanismos más sutiles de tu percepción, y refleja también lo que, sin saberlo, deseas.

«Aún más barullo edípico —pensó Dionisio—. Por si el que ya había no resultase suficiente…»

Siguió la conversación y, en un determinado momento de ella, comentó Dionisio, pedagógico siempre, a cuento de la experiencia vivida en Formentera:

—… y cuando te dije, Alejandro, que yo habría llegado a ser, si el crimen de Burgos no se hubiera cometido, Hemingway en el Kilimanjaro, jovencito aún, y —ya cincuentón— el ciudadano Kane, tú me interrumpiste y me preguntaste cómo me prefería a mí mismo, si como soy ahora o como sería caso de que mi padre no hubiese muerto. Y fue esa interrupción, para mí, como un puñetazo en el plexo solar. Me quedé sin aire, lo pensé y dije que no, claro, que no me gustaría ser un magnate de la prensa ni nada parecido, que prefería ser como soy.

Anote el lector, en este párrafo cuyo contenido ya conocía, un solo detalle: el del plexo solar. Tiene su importancia.

Barajó Dionisio los naipes del Tarot, los desplegó, boca abajo, sobre la mesa, escogió tres y los destapó. Eran los correspondientes a la Justicia, el Emperador y el Loco.

—Aquí está la madre, aquí está el padre, aquí estás tú —dijo Jodorowsky—. ¿Ves? Todo cuadra. Te han engendrado dos veces. Así lo decidió el inconsciente colectivo de tu árbol genealógico. Tu madre es la tierra; tu padre, la raíz… Y de las dos naces tú. Ella buscó, movida por el flujo de esa savia, por el determinismo de tu genealogía, el hombre más adecuado para ser tu padre: un monarca destinado a morir. Justicia, Emperador, Loco. Ésa es tu trinidad.

—¿Te puedo decir una cosa, Alejandro?

—Cuantas quieras.

—Todas mis novelas de madurez, que tú has leído o, por lo menos, hojeado, están protagonizadas por un personaje, claramente autobiográfico, al que he puesto el nombre con el que más me identifico. Ése por el que tú, y otros también lo hacen, me llamas: Dionisio. Y no es, tampoco, una casualidad. Tú siempre dices que no deberíamos aceptar el nombre que nuestros padres, arbitrariamente o para dominarnos, nos ponen. Pues bien: a Dionisio, como sin duda sabes, lo llamaban los griegos *el dios que ha nacido dos veces*.

—¿Ves? ¿Qué más señales necesitas? Tienes que aceptar tu doble parto, y sólo cuando lo hagas culminará tu obra. Echa ahora otro naipe, por simple curiosidad, ya que no es necesario.

Lo hizo. E iba a enseñarlo, cuando Jodorowsky lo detuvo.

—No, espera. Eres un viejo zorro, Dioni. Antes, al barajar, al cortar y al desplegar las cartas sobre la mesa, no nos dejaste ver la última. Enséñanosla ahora. Siempre da indicios. No nos hacen falta, pero… Aunque sólo sea para caer rendidos ante la sabiduría y la belleza del Tarot.

Dionisio mostró el naipe que le pedían.

—¿Ves? —volvió a exclamar, triunfalmente el tarotólogo—. ¡Es el Carro, la acción en el mundo, tus libros, la tele! Y ahora, para rematar, la cuarta figura, Dioni. Ponía boca arriba.

La puso. Era la Templanza. Restalló en el silencio del estudio otro grito de júbilo del psicomago, al que se incorporó, esta vez, el de su esposa:

—¡La Templanza! ¡Es formidable! ¡La unión del principio masculino con el femenino para formar un ángel!

Marianne, suavemente, añadió:

—Mira, las dos culebras de la base, la del yin y la del yang, se unen para darte salud y vida…

—¡Y fuerza! ¡La de la virtud! ¡No eres un dragón, Dionisio, como tu apellido indica! ¡Eres un ángel!

Lo dijo, esto último, Jodorowsky. Y el huérfano, susurrando, como si hablara sólo consigo mismo, como si no hubiera, al otro lado de la pantalla, miles de espectadores escuchándolo, apostilló:

—Ángeles sois vosotros.

Dos o tres semanas después, el día 17 de diciembre de 2004, Dionisio ingresaba de urgencia en el quirófano para que lo operasen *in extremis*, a vida o muerte, de las arterias que irrigan el corazón.

Todo salió bien. Dios, ángel o simple hombre que fuera, el huérfano había nacido *tres* veces.

Julio de 2005. Jodorowsky sacó otro libro —*El maestro y las magas*[255]—y Dionisio volvió a llevarlo a su programa de televisión. Hablaron de él, lógicamente, a lo largo de casi todo el encuentro, que duró más de una hora, pero al término del mismo, cuando ya sólo faltaban unos minutos para que apareciesen los títulos de crédito y llegase la consabida tanda de anuncios, el huérfano pidió a su amigo que volviera a echarle el Tarot. Había estado, a fin de cuentas, en el ínterin existente entre las dos consultas, a punto de morir. Era preceptivo completar o, acaso, corregir lo que las cartas habían manifestado en la primera lectura.

—Antes de que te hable el Tarot, Dioni, voy a hablarte yo. Hace unos meses, aquí mismo, antes de tu operación, me dijiste que habías recibido la pregunta que yo te formulé en Formentera como si fuese un puñetazo en el plexo solar. ¿Lo recuerdas?

Su interlocutor, sumamente atento, con las orejas tan enhiestas como las de una liebre que entre los surcos y las espigas escucha pasos, lo recordaba.

—Ese puñetazo, que no descargué yo, sino la voz del inconsciente de tu árbol genealógico, y que recibiste, según tus propias palabras, muy cerca del corazón, en la red nerviosa que rodea la arteria aorta ventral, pues allí está el nudo fisiológico al que aludiste, es el que te condujo a la mesa de operaciones, el que te salvó la vida y el que provocó tu tercer y último nacimiento, Dioni. *Ultimo*, he dicho. Ya no habrá otros. Tu ciclo genesíaco se cierra. Naciste, esta vez, de ti mismo, sin concurso de padre ni de madre, y lo hiciste emocionalmente, porque esa parte de ti, la de los sentimientos, estaba encerrada bajo muchas llaves en el búnker de tu castillo interior. La reprimías, Dionisio, ocultabas al mundo y a los seres queridos su clamor. Ahora te has completado, has conquistado tu integridad, y ésa es la razón de que el otro día, al verte por primera vez después de tu operación, te dijese que habías cambiado. Salta a la vista. Lo notan todos.

Era cierto: lo de que había cambiado y lo de que él, Jodorowsky, se lo había dicho.

Y el huérfano, al oír a su amigo, se conmovió, porque creía, y así se lo expresaba a todo el mundo, y también, unos meses más tarde, al escribir *Kokoro*, recurriría a esa expresión, que aquel día, el de la hecatombe quirúrgica, lo habían operado no tanto del corazón cuanto del *sentimiento*.

Sí, todas las cuentas tornaban. Jodorowsky no era, como en algún instante de

momentáneo desfallecimiento había llegado a pensar, un tipo de esos que venden, en las ferias, en las plazas y en los parques, duros a cuatro pesetas.

—Escoge ahora tres cartas.

Salieron el Sol, la Rueda de la Fortuna y el Arcano XIII, que a pesar del esqueleto y la guadaña que lo pueblan, no es el de la muerte, sino el de la transformación.

Se produjo, por cierto, en el mismo instante en que el huérfano dio la vuelta a la última carta —la de la decimotercera figura mayor del Tarot— una curiosa sincronía: se apagó el foco que, desde alguna parte del plató, lo iluminaba y luego, enseguida, volvió a encenderse. Fue así, por inverosímil que parezca. Centenares de miles de personas —todos los espectadores del programa— presenciaron el prodigio.

«¿Guadaña? —pensó, entonces Dionisio al ver, por fin, el naipe—. ¡Qué extraño! Paralelismos fonéticos y conceptos afines: rima con España.»[256]

Jodorowsky dijo:

—El Sol es la salud. Ahora la tienes y, subido a la Rueda de la Fortuna y transportado por ella, te encaminas hacia algo radicalmente nuevo. Eso es lo que sugiere el decimotercer arcano. Estuviste a punto de morir. Es lógico, pues, que hayas cambiado y que cambie, en consecuencia, tu trayectoria. Tira otro naipe para saber adónde vas.

Apareció el Ermitaño.

—Habló el Tarot: la figura que has sacado es en él, Dionisio, el símbolo de la sabiduría. Mira…

Jodorowsky movió la carta para que el huérfano la contemplase en su posición correcta.

—Aquí lo tienes. Fíjate bien. El Ermitaño empuña una lámpara cuya luz es rojiza y un bastón del mismo color, se apoya en éste, que toca la tierra, y levanta el candil hasta la altura de la cabeza. Te explico: la lámpara es el corazón rojo que late dentro de ti y que se ha transformado a impulsos del sentimiento que has descubierto en él. Es, ahora, un corazón sabio, y por eso está, en la imagen, al mismo nivel de la cabeza. El intelecto y la emoción corren, por fin, armónicos y complementarios, a la par. No hay, entre ellos, discordancia alguna.

El psicomago cargó la suerte sobre la segunda sílaba del último sustantivo utilizado.

—Fíjate también —añadió— en la sangre, roja, que sube desde la tierra, desde la naturaleza, desde el universo, por el cauce del bastón, hasta el cuerpo del Ermitaño.

Dionisio sonrió…

—Todo eso parece responder al título de una de mis novelas: *El camino del corazón*.

—Cabos que se anudan. Tenías que pasar por el quirófano para llegar a esto.

—A las personas que acuden, en París, a tu consulta de la cervecería Le Temeraire sólo les pides, a cambio de tus servicios de maestro tarotólogo, que te den las gracias.

—Ya. Es así. Escriben esa palabra en la palma de mi mano. Es bueno para ellas. Las ayuda. Contribuye a su sanación.

—Yo también voy a hacerlo.

—No es necesario. Tú eres amigo mío. Ellas no lo son. Y, además, no estás enfermo, no quieres bálsamos, sino luz: la misma que da el Tarot. Viajamos juntos.

—Vale, vale… Renuncio a agradecerte lo que has hecho por mí y a pagar la deuda contraída por las muchas páginas que este libro te debe, pero déjame que te diga una cosa…

—Te dejo.

—La televisión, que, como sabes, detesto, sólo cobra para mí sentido cuando tú acudes a ella. Se convierte, entonces, en una fiesta. Pones en fuga al demonio que la habita.

Fueron pasando los días, las semanas, los meses… A finales de enero de 2006, cuando el texto de la tragedia que Dionisio escribía andaba ya muy cerca de su desenlace, el huérfano recibió una llamada del hombre que se parecía a su primo Gerardo, que era miembro del grupo empeñado en recuperar lo que ellos llamaban *memoria histórica* y que lo había invitado a presenciar el levantamiento de cadáveres de la fosa de Villamayor de los Montes.

Dionisio escuchó con tensa atención lo que José Ignacio Casado Ovejero le decía…

—Los arqueólogos forenses han trabajado duro. Conocemos la identidad de todos los cadáveres de Villamayor, menos de tres de ellos, y tenemos buenas razones, por coincidencia de fechas, de horas y de otros detalles, para suponer que uno de los cuerpos pendientes de identificación es el de Fernando Sánchez Monreal.

Dionisio enmudeció.

—¿Estás ahí?

—Sí, sí… Perdona. Pero noqueado.

—Lo entiendo.

«Es —pensó el huérfano— como si hubieran vuelto a darme un puñetazo en el plexo solar.»

—Supongo que también estará allí, si la noticia se confirma, el cadáver de Luis Carreño.

—Es lo que pensamos.

—¿Os habéis puesto en contacto con alguien de su familia?

—Andamos tras ella.

—Yo también, pero sin resultado alguno, hasta el momento. Sé que uno de sus hijos, ya jubilado, fue profesor de física o, quizá, de matemáticas en la Complutense. Pero no consigo dar con él.

—Avísanos si aparece.

—Descuida.

—Volvamos a tu padre.

—¿Qué se puede hacer? ¿Recurrir al ADN?

—Sería lo más eficaz, pero para eso necesitaríamos algún resto orgánico del difunto, cuando aún no lo era, o de algún familiar en primer grado.

—Yo lo soy.

—Sí, pero ese tipo de pruebas sólo da resultados seguros cuando el pariente es una mujer. ¿Tienes alguna hermana?

—De distinto padre. Del mío sólo quedo yo.

—No hay garantía de que, contigo, la cosa funcione, pero si no disponemos de nada mejor…

¡La muela!

Dionisio explicó lo relativo a ella, sin ocultar que se le había extraviado.

—Quizás aparezca —dijo—. Tiene que estar en alguna parte. No creo que se la haya llevado el ratoncito Pérez.

Recurría al humor para disimular su desasosiego.

—Búscala. Haz todo lo posible por encontrarla. Sería una pieza crucial en la investigación que nos traemos entre manos.

—¡Más lo sería para mí! Da por hecho que haré cuanto pueda.

—Muy bien. Tenme al tanto.

—Y tú también a mí, caso de que lleguéis a alguna conclusión.

—Así lo haré.

—Seguimos en contacto.

—Seguimos en contacto.

Fue, lo recién descrito, el postrer golpe de efecto en la gestación y parto de esta tragedia. No quedaba ya tiempo —ni, probablemente, espacio vital— para que se produjeran otros. Dionisio estaba exhausto.

Exhausto y, tras la conversación telefónica mantenida con José Ignacio Casado, afligido y removido hasta en el tuétano por la posibilidad de que allí, en Villamayor de los Montes, bajo el sol —al rojo y en su cénit— de un día del mes de julio del verano más tórrido que Castilla, y España, y Europa, y el mundo entero, recordaban, ante sus espantados ojos y frente una fosa que era rojigualda, pero que podría haber sido tricolor, hubiesen vuelto a la superficie de la misma tierra a la que sesenta y ocho años atrás lo habían arrojado sus verdugos el esqueleto, la calavera de órbitas vacías, el último ademán y, en definitiva, la ciega mirada póstuma del hombre, su padre, al que la doble hoja de la guadaña de las dos Españas había segado la vida y helado el corazón sin motivo alguno, en nombre de nada, porque nada es la envidia y el odio, cuando todo —y ese todo incluía a su único hijo, allí presente, al que no había visto nacer— lo tenía, *viento en popa*, henchidas velas, timón seguro, *olas de plata y azur*,

por delante.

España guadaña: sí, y en cada una de las dos facciones en las que ese país continuamente demediado solía desdoblarse, otros dos bandos: el de los hijos de puta y el de quienes no lo eran. Todos los millones de españolitos de corazón helado militaban en el segundo: el de las víctimas, el de José Antonio, el de García Lorca, el de Fernando Monreal, el de las muertes paralelas.

Los otros —los rojos y los azules, los azules y los rojos— eran perros de distinto collar e igual camada y veneno.

¿Vio, entonces, Dionisio, por casualidad, *causualidad* o lo que fuese, cómo afloraba y volvía a recibir la luz del sol el cadáver de su padre? ¿Asistió a tan inusual espectáculo? ¿Participó, nesciente, de semejante suplicio? ¿Tenía que ser así, estaba escrito, empujaba al huérfano el imperativo de la sangre, acudía de ese modo, puntual, a una oscura cita, se hundían, descarnadas, en aquella sepultura anónima las raíces de su árbol genealógico, cantaban entre gusanos y en semejante yermo —polvo en el polvo, surco estéril tierra agostada por el fósforo de los huesos— los pájaros de su estirpe?

¿Primer y, seguramente, único encuentro entre el padre que no vio nacer ni llegó a conocer a su hijo y el hijo que no vio morir ni conoció a su padre? ¿Se cruzaron, por fin, las miradas —sin globo ocular la del uno, nublada por la emoción la del otro— de Fernando Monreal y Dionisio?

Deténgase y no responda la pluma. Calle y haga discreto mutis quien la maneja. Hay en la vida y en la obra situaciones que es mejor no describir, porque solas lo hacen y se alaban con tanta fuerza y en tan singular medida que cualquier amago de literatura, en ellas, sobra.

Algo huele y olía a podrido en España. Sea, lo demás, silencio.

No tuvo que reflexionar mucho Dionisio, después de colgar el teléfono por cuyo cable le había llegado la voz que sobre su oído y su conciencia descargó la bomba, para tomar dos decisiones: la de interrumpir la búsqueda, fetichista y ya inútil, de la muela del difunto y la de poner fin a esta tragedia.

¿Tragedia?

No sólo la de Orestes, su padre, ni la de Yocasta, su madre, ni —hasta aquel momento— la suya propia, la de Edipo, en la que Jodorowsky había desempeñado el papel de Tiresias, sino también, por lo menos, otras dos: la de Segismundo y la de Hamlet.

La de Segismundo, huelga decirlo, por lo que el huérfano había descubierto en Formentera: que todo era ficción, sueño, sombra, que nada transcurría como parecía, que ni él ni ninguno de sus deudos y seres más queridos cantaban en el lugar que a

primera vista les correspondía.

La de Hamlet, porque también a él, a Dionisio, como al príncipe de Dinamarca, lo habían engañado en lo relativo a la muerte de su padre, y en ambos casos, el de Hamlet, el de Dionisio, sus madres habían sido cómplices y valedoras de la impostura[257].

¿Por comisión, por omisión? ¡Qué importa eso!

To lie or not to lie… That is the question.

¿Habrá que traducirlo? Sea: llegar a ser o a no ser el que eres.

He ahí el único problema.

Fue Dionisio —otra vez la sincronicidad, la *causualidad*— en aquellos últimos días del curso de la tragedia a ver la película *Truman Capote* y salió del cine hondamente turbado. Habría que salvar, sin duda, muchas distancias, de espacio y tiempo, de calidad y cantidad, pero la aventura vivida por el escritor norteamericano para dar a luz su novela *A sangre fría* guardaba evidente y no escaso paralelismo con la que él, Dioni, había tenido que correr para escribir *Muertes paralelas*.

Idéntico incentivo en ambos casos: el de un crimen inicuo coronado por dos ejecuciones.

Minuciosa reconstrucción, en una y otra novela, de todo lo que antes, durante y después de los crímenes respectivamente narrados había sucedido.

Relatos novelescos, sí, el de Truman Capote y el de Dionisio, pero en los que no tenía cabida la ficción, en los que nada se había inventado, en los que todo estaba rigurosa, detallada, obsesivamente documentado.

¿Novelas *históricas*? No, no, de ningún modo, porque en ellas casi todo se inventa, manejando el novelista a su fantasioso arbitrio los datos que los historiadores suministran, y porque, además, Dionisio las detestaba. Truman Capote, seguramente, también.

Novelas, en todo caso, *verité,* si no fuera ese rótulo una cursilada parisina.

Y por añadidura, y sobre todo, igual implicación personal, intelectual, sentimental y emocional de los dos escritores en lo que habían contado…

La misma *descensio ad inferos,* el mismo purgatorio, los mismos lazos de implicación pasional —casi erótica o erótica del todo— entre la persona del narrador y los protagonistas de lo narrado.

Dionisio, aquella noche, la que siguió a la tarde en la que fue al cine, llamó a su hija Ayanta para comentar la película, elogiarla y recomendársela.

—Ya la he visto, papá —dijo ella.

—No pareces muy entusiasmada.

—No lo estoy.

—¿De veras? ¿Por qué? ¿No te gustó?

—No mucho. Reconozco que está bien hecha y que los actores, sobre todo el que

hace de Truman Capote, son muy buenos, pero…

—¿Pero qué, entonces?

—Es muy fría.

—También lo era, ya lo dice su título, la novela en la que se basa.

—Sí, tienes razón, pero…

Titubeaba su interlocutora.

—¿Hay algo más? Te lo noto en la voz.

Se rió.

—Pues sí, lo hay —dijo—. No pienso volver a leer en mi vida nada de Truman Capote.

—¡Caramba! Me dejas de una pieza, jovencita. Y eso, si puede saberse, ¿por qué?

—Porque me parece inmoral lo que hizo.

«¡Vaya! —pensó el padre de quien así, sorprendiéndolo, pillándolo desprevenido, se expresaba—. Ya le salió a mi hija el puritanismo de su abuela y de sus parientes italianos.»

Ayanta, como se dijo, era más bien izquierdosilla… Esto es: judeocristiana.

Y Dionisio, en cambio, se sentía cada vez más pagano, más sivaíta, más taoísta, y era, sobre todo, como Truman Capote, para bien o para mal, en la dicha y en la desdicha, escritor.

Posturas irreconciliables.

Las discutieron, sin embargo, y lo hicieron, como siempre lo hacían en tales ocasiones, jocosa y, a la vez, apasionadamente.

—Jugó con ellos —argumentaba su hija—. Los utilizó para sus fines. Lo único que le interesaba era escribir la novela.

—¡Pero eso es legítimo! ¡Al mismo tiempo los ayudó, les consiguió abogados, pagó a éstos, consiguió que durante mucho tiempo se pospusiera la ejecución y lo pasó fatal, cayó en el alcoholismo más desenfrenado e inició un declive del que ya nunca se recuperaría, cuando llegó lo inevitable! ¡Y estaba, además, allí, con ellos, *junto* a ellos, en el instante en que los ahorcaron!

—Sí, pero también, al mismo tiempo, deseaba que los matasen de una vez, porque su novela, sin esa muerte, carecía de desenlace.

—Esa ambigüedad está inscrita en la naturaleza humana. Freud decía que…

Era inútil.

¡Ay, las difíciles, peligrosas *liaisons* entre la vida y la literatura! De Quincey, *El asesinato considerado como una de las bellas artes,* o Hemingway, Koestler, Orwell, Bernanos, Dos Passos, ya que andaba a vueltas y a tumbos Dionisio por las trincheras y los paredones de las dos Españas.

Ninguno de esos escritores, y de otros muchos que cabría mencionar, eran responsables de que la guerra civil hubiese estallado, pero todos acudieron a su reclamo como aves carroñeras, con una estilográfica en el pico y una resma de papel entre las garras, y se beneficiaron de lo que sucedía. También, por cierto, salió

beneficiada la historia de la literatura.

Dionisio, en alguna ocasión, había dicho o, quizá, escrito:

—Yo jamás desencadenaría una guerra, pero si otros lo hiciesen, allí estaré para poder contarla. No hay mejor laboratorio que ése para un novelista.

La conversación quedó, por supuesto, en tablas. Ni el padre ni la hija se apearon de sus posturas.

Dionisio, de todas formas, permaneció, después de colgar el teléfono, cavilando…

¿Era, lo suyo, una inmoralidad? ¿Había utilizado la muerte de su padre para servir a sus propios intereses de escritor? ¿Pensaría de él su hija —más frufrú de frondas en el árbol genealógico— lo mismo que pensaba de Truman Capote? ¿Se negaría, en consecuencia, a leer *Muertes paralelas*? ¿Cuál sería la reacción ante esa obra de los lectores (o de los espectadores, pues se trataba, al fin y al cabo, de una tragedia) nacidos en un país tan judío, tan musulmán, tan cristiano, tan monoteísta y tan escasamente pagano como lo es España? ¿Era también Homero, inventor de Ulises, arquetipo éste de todos los héroes novelescos de la historia de la literatura, un escritor inmoral, un utilitarista, un aprovechado, un gorrón, una sanguijuela, un vampiro, un cínico, porque su héroe bajó al Hades en busca de Laertes, el monarca de Ítaca que lo trajo al mundo y cuyo reino, poder y armas había heredado, y eso le dio pie para escribir uno de los pasajes más intensos y celebrados de la *Odisea*?

Y Virgilio, cantor de Eneas, que sacó de Troya al autor de sus días, Anquises, vivo aún, llevándolo sobre sus hombros, y que después, como su héroe análogo, Ulises, paradigmas los dos de los *nostoi*[258], bajó a buscarlo al lugar donde las sombras moran, o subió, más bien, porque se trataba, en este caso, del paraíso, ¿era también un escritor inmoral?

Dionisio, cansado de dar vueltas a un dilema que sólo sentía como propio porque su hija se lo planteaba, interrumpió con cara circunspecta su cavilar, se encogió de hombros y se fue a la cama.

Pero no durmió, aquella noche, bien.

¡Váyanse todos al diablo! Tiene el escritor razones que los míseros mortales no poseen. Allá ellos.

Dionisio telefoneó, ya por la mañana, a su amigo Luis Alberto de Cuenca, poeta y latinista, y le citó éste, en portentosa convergencia de sincronías y empatías, los versos de Virgilio que figuran al pie de otras frases ajenas reproducidas en el encabezamiento de esta tragedia. No los tradujo el autor, entonces, por no quebrar la contundente perfección y la belleza inapelable del latín clásico, pero reaparezcan ahora esos hexámetros vertidos al romance de Castilla…

«Tu imagen, padre mío, tu triste imagen / apareciéndoseme con frecuencia, me obligó a dirigirme a estos umbrales.»

Regrese el lector, convertido también en nostos, en ser de lejanías, y de ausencias a la primera página de este libro: «… tua me, genitor, tua tristis imago / saepius occurrens haec limina tendere adegit.»

No cabe decir más, diciendo menos, ni decirlo mejor.

No cabe definición más certera del impulso que yace bajo las páginas de la extensa, excesivamente extensa obra que ya llega, por fin, a sus últimos párrafos. Escríbanse éstos, porque así lo exigen el ritmo y la estructura dramática de lo narrado, en directo y vertical, perpendicular, puntiagudo presente de indicativo.

Hay varios desenlaces posibles, y todos tienen sus pros, sus contras y sus porqués. Dionisio no sabe cuál de ellos elegir y al cabo, filosóficamente, opta por no eliminar ninguno. ¿Acaso no se habla ahora, y a buen seguro más de la cuenta, de literatura *interactiva*?

Sea pues el lector de la novela o el espectador de la tragedia, por más que Dionisio desconfíe de la mencionada preceptiva y no acabe de entenderla, quien escoja, entre los cuatro desenlaces que a renglón seguido van a proponérsele, el que más convincente y contundente le parezca o el que menos le desagrade.

Claqueta, escena final, primera toma, silencio, motor, acción…

Se rueda.

José Ignacio Casado Ovejero telefonea a Dionisio y le dice que uno de los cadáveres inidentificados de Villamayor de los Montes es, tal como sospechaban, el de Fernando Monreal. Dionisio, a estas alturas de la investigación, de su resignación, de su extenuación y de su relato, no mueve un músculo al conocer la noticia, aunque se interesa con forzada y desatenta cortesía por los cauces, las pruebas y las razones que han hecho posible llegar a la mencionada y, al parecer, rotunda, definitiva conclusión. Sabe, en cualquier caso, que por la muela —irreversiblemente perdida, a no ser que por sí sola aparezca, pues ni la ha buscado ni la buscará— no ha sido. Por su saliva, la suya, la de Dionisio, tampoco.

Escucha, empero, y dice:

—Te agradezco las gestiones, Ignacio. ¿Qué debo hacer ahora? ¿Reclamar los huesos de mi padre y, si me los entregan, enterrarlos, como Dios y las costumbres mandan, en lugar sagrado?

Sí, le responden, es lo que los parientes de las personas exhumadas e identificadas suelen hacer. Y tenga Dionisio, añaden, por seguro que, efectivamente, se los entregarán. ¿A quién si no?

Traga, entonces, el huérfano la saliva que no ha cedido y, confuso, piensa: ¿qué haré con ellos? ¿Enterrarlos en la Almudena, o en la Sacramental de San Isidro, o en el cementerio civil, o en el de Burgos, donde murió, o en el de Castilfrío, a cincuenta

metros escasos de mi casa?

¿Y si, renunciando al rito de la inhumación, los incinerase y guardara las cenizas en una urna depositada en el pequeño altar budista que todavía no existe, pero que tiene el propósito de habilitar muy pronto, cuanto antes mejor, no vaya a ser que…, en la casona?

Butsudan lo llaman en Japón. Naoko, algún día, cuidará de él y de lo que en él repose.

O también podría meter el esqueleto en el ataúd de velatorio distraído por Peracho que adorna —*memento mori*— el desván de Castilfrío y colocar la calavera, como si él fuese san Jerónimo, en la mesilla de noche.

Sí, cualquiera de esas soluciones es, sin duda, factible e, incluso, aconsejable, pero… ¿Para qué?, se pregunta Dionisio. ¿Para seguir rutinas? ¿Para imitar al prójimo? ¿Para evitar habladurías? ¿Para no desentonar o, en el caso de la mesilla de noche y el ataúd, para desentonar y epatar tanto cuanto de la originalidad de un escritor tan excéntrico como él se espera?

Hagan el lector y el espectador, *interactivos*, lo que les venga en gana, pero a él, a Dionisio, no le gusta ese desenlace, no lo convence, no le interesa, no lo excita, y lo descarta.

Escena final, segunda toma, exterior, Estépar…

Ninguno de los tres cadáveres sin etiqueta de Villamayor es el de Fernando Monreal. Su hijo, sivaíta y samurái al que tanto agrada bailar al son del combate sobre el filo de la hoja de la *katana* del riesgo, ha ingerido una triple dosis de psilocibina, o de ayahuasca, o de peyote, o de San Pedro, o de estramonio, o de LSD, o de mescalina, o de ketamina, qué más da, o —en cualquier caso— de *kikeon*, pues tal es el nombre de la papilla misteriosa que suministraban en Eleusis a los catecúmenos de los misterios mayores, y se ha ido a Luxor, a la orilla opuesta del Nilo, río de Sinuhé, y de la vida, y de la muerte, y al valle de ésta, situado a catorce kilómetros de Burgos por la carretera de Valladolid, en el término de Estépar, y asiste allí, frente a la llanura ondulada y entre los túmulos que guardan su fúnebre secreto, sobrecogido, turulato, valeroso, medroso, respetuoso, fanfarrón, irreverente, tímido, a la danza de Osiris, de Caronte, del can Cerbero, del *Necronomicón* y de Yama.

¡Ruarch!

Algo está a punto de suceder, soplan ráfagas de huracanado viento, turbias nubes de polvo esconden el paisaje, flotan sobre él, barriéndolo, ensuciándolo, jirones de bruma, ruge el horizonte, brama la tierra, desmorónanse los montículos, se desgarra el suelo, se abren en canal por sus charnelas de aguasanada vulva las fosas, comunes o individuales que sean, y de sus fauces surgen las víctimas de España —de la España azul, de la España roja— tal como eran en el momento en que las *sacaron*, las *pasearon*, las fusilaron, las saquearon y las arrojaron al hoyo.

Y ve Dionisio, como viera Hamlet el espectro de su progenitor en la muralla del castillo de Elsinore, dirigiéndose hacia él, perdido en la muchedumbre de muertos que caminan, mezclado con la doliente tropa, lívido zombi entre los zombis lívidos, a su padre, a Fernando Monreal, al marido de Nelly, al director de la agencia Febus, al brillante periodista, al hombre de apuesta planta que iba a llegar a ser todopoderoso magnate de la prensa; y va el fantasma envuelto en harapos; y oye el hijo sus sollozos, y siente lo que él sintió cuando los fusiles lo apuntaban; y ya, abriéndose paso en la infame turba el alma en pena del asesinado, sordo éste a su clamor y al eco del silbido de cobra de las balas, extendiendo los brazos hacia la figura del intruso, aproximándose, venteando el olor familiar de su sangre, mirándolo de cerca, escrutando su rostro, identificándolo…

¡Ruarch!

Dionisio recibe en la frente, en el *chakra* del entrecejo, en el tercer ojo de Siva, el hálito de su padre, y lo reconoce, lo recuerda, revive lo sucedido la primera vez que durmió solo, tras la segunda boda de Nelly, e instantáneamente vuelve en sí.

Pestañea entonces el huérfano, se tienta la ropa y se recompone. No, no ha tomado nada, no hay restos de *kikeon* en su torrente sanguíneo ni irriga dosis alguna de ese filtro de brujo su conciencia, no ha robado la llama de los dioses, no ha ido a Estépar, no ha querido esta vez encender la mecha de su amor al peligro y aventarla exponiéndose al riesgo de perecer en él, no se ha atrevido —él, Dionisio, el sivaíta, el guerrero, el apátrida, el trasterrado, el que se cree Ulises frente al Cíclope— a cumplir la promesa que dieciocho meses atrás, el día en que empezaron los dolores del parto, rompió aguas y puso la primera línea de su libro, había formulado. *Though this be madness, yet there is method in it*[259], había escrito Shakespeare en su *Hamlet*.

No, no ha tomado nada, ni tan siquiera una gota, una mota, una hilacha de la triple dosis de purísimo *kikeon* que tenía congelada y almacenada en la nevera, donde sigue, con miras a visitar, llevado por las alas de su impulso psicoactivo, el Hades, como Ulises, como Eneas, para hablar en esa tierra de sombras o de luces con su padre.

Y no han sido el miedo, no, ni tampoco la desconfianza en el resultado de la intentona los causantes de que no la haya llevado a término.

El miedo, porque no lo tiene. Lo perdió, en parte, hace mucho y, del todo, cuando Naoko se inclinó sobre la camilla en la que lo bajaban al quirófano y dijo: «Papi, vuelve.»

La desconfianza, porque no puede sentirla quien tantas veces a lo largo de su existencia de monje pecador y vagabundo tomó *kikeon* en lugares sagrados y en plutonías[260]. *Turn on, tune in, drop out*[261]. Consta al huérfano —*quien lo probó, lo sabe*— que en los estados alterados de conciencia se vive la muerte sin morir en el trance y se dialoga de tú con quienes ya murieron.

Y más, supone, si el espectro así invocado es el padre del psiconauta.

Pero el consumo de *kikeon*, que en líneas generales, e ingerido del modo adecuado y en circunstancias idóneas, no entraña riesgo alguno para el buen funcionamiento de la fisiología humana, adolece de una contraindicación, sólo de una, y Dionisio está al tanto de ella. Cualquier sustancia psicoactiva de índole enteogénica, debido a las situaciones de alto voltaje emotivo que genera, puede provocar una crisis cardíaca de imprevisible resultado en quien se haya sometido con anterioridad a manipulaciones quirúrgicas de las arterias coronarias.

Y tal es precisamente, como sabemos, el caso del huérfano.

Ha leído ya éste, movido por la cautela que inspira el instinto de conservación, la *Psicoterapia con LSD* de Stanislas Grof[262], y no ignora la probabilidad ni la dimensión del riesgo al que se expondría si mantuviese lo dicho.

Su compinche y compañero de *viajes* Antonio Escohotado, experto en todo lo que al consumo de drogas se refiere, también le ha aconsejado —y lo ha hecho con vehemencia, abriendo de par en par los ojos y llevándose las manos a las sienes— que ni se le ocurra caer en la tentación de semejante tontería.

—A nuestra edad, Dionisio —ha remachado el filósofo— hay cosas que ya no pueden hacerse.

¡Vaya por Dios!

Y de ese modo, no por desconfianza ni por miedo, sino por racionalidad y razonabilidad, violentándose a sí mismo y un poco avergonzado, con los testículos escondidos entre los muslos y la expresión mohína, el huérfano —no sin dar antes infinitas vueltas alrededor de tan jodido asunto— ha optado por la cautela, aunque no, en modo alguno, ¡estaría bueno!, por la renuncia. Aplazaría, simplemente, la ingesta de la triple dosis de *kikeon* en el Valle de la Muerte de Estépar hasta la terminación de su libro, no fuera a ser que le saliese esa aventura por la culata, obligándole a dejarlo incompleto, y después, ya con la obra en la calle, correría el toro y jugaría a la ruleta rusa cuanto fuese necesario, y añadiría a la tragedia en posteriores ediciones, si las había, un apéndice con el relato de lo sucedido.

No le parece al huérfano mala estrategia la descrita, aunque cabe también —se le ocurre en el último momento— inventarlo todo, por las buenas, a la luz de lo vivido en anteriores y similares aventuras psiquedélicas, pero desecha al cabo, tras sopesarlo detenidamente, ese recurso por un prurito de honradez retórica. No es, a su juicio, *Muertes paralelas*, como en su día tampoco lo fuese *A sangre fría*, novela a la que pueda incorporarse, sin provocar considerables trastornos literarios, la ficción.

Quede, pues, así, descartado también por Dionisio, pero por él propuesto a la libertad del que leyere, este segundo, y posible, desenlace de la tragedia.

El tercero, y penúltimo, transcurre en el mismo escenario, Estépar, pero no ahora, en el presente, sino en algún impreciso (y es de suponer que distante) momento del futuro.

Dionisio ha forcejeado, ha pataleado, ha llamado a mil puertas, ha dado la lata a las autoridades y a quienes no lo eran, ha usado de amigos influyentes y ha conseguido, al cabo, que se abran las fosas de Estépar, se exhumen y levanten los cadáveres allí yacentes, y se haga, en la medida de lo posible, cuanto pueda conducir a su identificación.

Será ésta complicada, irrealizable, acaso, al menos en su totalidad, pero Schliemann descubrió Troya donde sólo Homero decía que estaba y en un lugar del Alto Nilo, olfateado como una trufa bajo tierra por los hocicos de Carnarvon y Carter, afloró la momia de Tutankamón. Nadie daba un ochavo, con anterioridad a ellos, por lo uno ni por lo otro.

Aixa, hija menor del huérfano y nieta, la más joven, del periodista asesinado, será ya para entonces, tras haber puesto fin a sus estudios, en cuyo último curso anda, arqueóloga —forense o no, pero con todas las cartas en regla— y se incorporará, obedeciendo a presiones de su padre, al equipo de especialistas encargados de lo dicho: de la ingente tarea de desenterrar, desempolvar, restaurar, ensamblar, clasificar e identificar los cadáveres del yacimiento.

Dionisio —esto sí que es ficción: la única por él voluntariamente aportada a la veraz tragedia que ha salido de su pluma— entorna los ojos, fantasea, larga velas, visualiza e imagina a la joven arqueóloga, llegada ya casi al fin de su tarea, canturreando, jovial, mientras quita con su cepillo las últimas motas de polvo de la calavera de su abuelo.

Ciérrase así, con tan hermosa y primaveral estampa, la última secuencia y todo el ciclo del árbol genealógico. No cabe mejor ni más concluyente broche. El dragón se muerde la cola, al olmo viejo le salen hojas nuevas, la vida sigue. Y ese desenlace —el tercero que propone— sí es del agrado de Dionisio, sí lo convence, sí le interesa, sí lo excita, y no lo descarta, pero…

Calla el coro, desalójase la *orchestra*, hacen mutis por los laterales todos los actores, menos uno, y reina un silencio expectante en el graderío.

Dionisio, solo sobre el inmenso escenario, que tiene forma de extendida y momificada piel de toro, se adelanta hacia las candilejas y, espectralmente maquillado por la incierta luz de sus destellos, dice:

—Ordenan los cánones de la tragedia clásica que, a su término, en la *catástrofe* final, mueran los protagonistas y deflagre, purgadora, la *catarsis* en la conciencia de los supervivientes y de los espectadores. Ya no están entre nosotros Ulises, ni Orestes, ni Edipo, ni Yocasta, ni Eneas, ni Hamlet, ni Segismundo, ni Fernando Monreal, ni Nelly, ni José Antonio, ni Federico García Lorca, y soy yo, Dionisio, el huérfano, el errante, el apátrida, el trasterrado, Nemo —*Nadie*— frente al Cíclope, tercer protagonista de la tragedia y único que en ella, ahora, sobrevive, no sé por cuánto tiempo, infringiendo así sus sagradas reglas, el actor encargado de dar lectura,

entre todos los desenlaces posibles, al único que el autor acepta. Dice éste y repito yo, Dionisio, su *alter ego*, alentado e inspirado por el dios nacido dos veces al que debo mi nombre, que no es necesario buscar la muela, ni aportar saliva, ni identificar el cadáver de Villamayor, ni acudir a Estépar, ni tomar *kikeon*, ni abrir las fosas de la guerra civil que bajo tierra, selladas por el polvo de catorce lustros, duermen, ni encomendar a Aixa la tarea de cepillar, asear y peinar la calva calavera de su abuelo, porque éste, Fernando Monreal, periodista de brillante porvenir, director de la agencia Febus, esposo de Elena, padre del autor de esta tragedia, denunciado por un primo de su cónyuge, encarcelado y condenado por un colega, asesinado a los veintisiete años de edad por un pelotón de hijos de puta y españolito de corazón helado por la barbarie del país bicéfalo en el que tuvo, como tantos otros, la desgracia de nacer, ha sido desenterrado, salvado y liberado por su hijo, que descendió al Hades en su busca, y lo encontró, y contó su historia, y glorificó su memoria, y al hacerlo le devolvió la vida, y vuela ahora aquel héroe, como vuela Nelly, juntos ya ambos, e inmortales, entre las frondas del inconsciente colectivo de los pájaros que anidan, y anidarán por los siglos de los siglos, en su árbol genealógico, y allí cantan.

Telón y Fin del Tercer acto
(pero no de la obra)

Se empezó a escribir este libro en Castilfrío de la Sierra, el 18 de julio de 2004, y se terminó en el mismo lugar año y medio más tarde.

~~ EPÍLOGO ~~

Yo, Dionisio, el apátrida, el errante, el trasterrado, el alter ego de Sinuhé, hijo éste de Fernando y de su esposa Elena, he escrito este libro. No para cantar las alabanzas de los dioses de Iberia, porque estoy cansado de los dioses. No para alabar a los faraones, porque estoy cansado de sus actos. Escribo para mí solo. No para halagar a los dioses, no para halagar a los reyes, ni por miedo del porvenir, ni por esperanza. Porque durante mi vida he sufrido tantas pruebas y pérdidas que el vano temor no puede atormentarme y cansado estoy de la esperanza en la inmortalidad como lo estoy de los dioses y de los reyes. Es, pues, para mí solo para quien escribo, y sobre este punto creo diferenciarme de todos los escritores pasados o futuros.

Porque todo lo que se ha escrito hasta ahora lo fue para los dioses o para los hombres […] y cuanto ha sido escrito lo ha sido por orden de los reyes, para halagar a los dioses o para inducir fraudulentamente a los hombres a creer en lo que no ha ocurrido. O bien para pensar que todo ha ocurrido de manera diferente de la verdad. En este sentido afirmo que desde el pasado más remoto hasta nuestros días, todo lo que ha sido escrito se escribió para los dioses y para los hombres.

Todo vuelve a empezar y nada hay nuevo bajo el sol; el hombre no cambia aun cuando cambien sus hábitos y las palabras de su lengua. Los hombres revolotean alrededor de la mentira como las moscas alrededor de un panal de miel, y las palabras del narrador embalsaman como el incienso, pese a que esté en cuclillas sobre el estiércol en la esquina de la calle; pero los hombres rehúyen la verdad.

Yo, Dionisio, el apátrida, el errante, el trasterrado, el alter ego de Sinuhé, hijo

éste de Fernando y de Elena, en mis días de vejez y decepción, estoy hastiado de la mentira. Por eso cuento, sólo para mí, lo que he visto con mis propios ojos o comprobado como verdad. En esto me diferencio de cuantos han vivido antes que yo o vivirán después de mí.

[…]

En su maldad, el hombre es más cruel y más endurecido que el cocodrilo del río. Su corazón es más duro que la piedra. Su vanidad, más ligera que el polvo de los caminos. Sumérgelo en el río; una vez secas sus vestiduras, será el mismo de antes. Sumérgelo en el dolor y la decepción; cuando salga, será el mismo de antes. He visto muchos cataclismos en mi vida, pero todo está como antes y el hombre no ha cambiado. Hay también gente que dice que lo que ocurre nunca es semejante a lo que ocurrió, pero esto no son más que palabras vanas.

Yo, Dionisio, el apátrida, el errante, el trasterrado, el alter ego de Sinuhé, he visto a un hijo asesinar a su padre en la esquina de una calle. He visto a los pobres levantarse contra los ricos, los dioses contra otros dioses. He visto a un hombre que había bebido vino en copas de oro inclinarse sobre el río para beber agua con la mano. Los que habían pesado el oro mendigaban por las callejuelas, y sus mujeres, para procurar pan a sus hijos, se vendían por un brazalete de cobre a negros pintarrajeados.

No ha ocurrido, pues, nada nuevo ante mis ojos, pero todo lo que ha sucedido acaecerá también en el porvenir. Lo mismo que el hombre no ha cambiado hasta ahora, tampoco cambiará en el porvenir. Los que me sigan serán semejantes a los que me han precedido.

[…]

Soy yo, Dionisio, el apátrida, el errante, el trasterrado, el alter ego de Sinuhé, hijo éste de Fernando y de Elena, quien ha escrito esta obra para mí mismo. No para los dioses ni los hombres ni para asegurar la inmortalidad de mi nombre, sino para apaciguar mi pobre corazón, que ha tenido la medida entera.

Mika Waltari,*Sinuhé, el egipcio*, fragmento de su primera y de su última página. He sustituido el topónimo de Kemi por el de Iberia, los nombres de Senmut y Kipa, padres del protagonista, por los de Fernando y Elena, mis padres, y el de Sinuhé, el egipcio, por el de mi *alter ego*, Dionisio, el apátrida, el errante, el trasterrado e ignoro, como en lo concerniente al fiel Muti lo ignoraba Sinuhé, si la leal Naoko conseguirá sustraer el estuche que contiene este libro a los guardianes del faraón y colocarlo en mi tumba. Quien careció de padre vivirá en soledad, como el egipcio, como el apátrida, como el errante, como el trasterrado, hasta el día de su muerte.

FERNANDO SÁNCHEZ DRAGÓ, en un lugar de Iberia,

2 de octubre de 1936 a…



Fernando Sánchez Dragó nació en Madrid en 1936, aunque es hijo adoptivo de Soria desde 1992. Hombre de cultura y formación multidisciplinar que se ha ido formando una larga y respetada carrera a lo largo de su vida. Se considera, con palabras de Baroja, hombre humilde y errante, escritor y viajero. Pretende ser un hombre sin etiquetas, que no tiene ni dios ni ley ni patria ni rey ni frontera ni bandera, que va a pecho descubierto y desnudo por el mundo.

De pequeño ya apuntaba maneras, pues a los cinco años fundó, dirigió y redactó un periódico autógrafo: «La nueva España». Licenciado en Filología Románica y Lenguas Modernas (Sección de italiano), ha sido profesor de Lengua, Literatura e Historia de España en universidades de diversos países como Japón, Senegal, Marruecos y Kenia, además de dirigir Cursos de Verano en El Escorial, Almería, Sevilla, Cuenca y Ávila. Como escritor ha cultivado la narración, la reseña literaria, el ensayo y la colaboración en prensa y revistas. Desde mayo de 2001 dirige el Colegio de España en París.

A lo largo de su vida ha sido una persona comprometida con diversas causas, como su intervención en las algaradas antifranquistas de finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta, lo que le valió cinco procesos, diecisiete meses de cárcel y siete años de exilio. En su juventud fue un *hippy* izquierdista de los que se apuntaban a mayo del 68 y se dedicaban a correr mundo con la mochila cargada a sus hombros. Hoy, él mismo se define como anarcoindividualista. Como los años no pasan en balde, Sánchez Dragó ha sabido adaptarse a la evolución de la sociedad, hecho que no sido bien visto por todos. Sin embargo, desde su izquierdismo antifranquista de la

juventud hasta su condición liberal —en el sentido amplio de la palabra— de estos últimos tiempos, ha recorrido un camino que le ha conducido hasta llegar al orientalismo espiritual.

Viajero infatigable, ha recorrido cien países. Ha sido enviado especial en numerosos destinos de Asia, África y América como colaborador de prensa. Su vida literaria ha estado frecuentemente ligada con su quehacer en medios de comunicación, tanto visuales como escritos, habiendo trabajado en televisión también en el extranjero, como en la Radiotelevisión Italiana y en la Japanese Broadcasting Corporation (NHK). Ha sido colaborador habitual de El Mundo, Época, Onda Cero, la COPE, y otros medios de información. En 1955 fundó la Revista Aldebarán; de 1963 a 1967, y de 1969 a 1971 fue colaborador de la RAI (Radiotelevisión italiana); trabajó en la televisión japonesa desde 1967 hasta 1971; fue columnista de las revistas en las publicaciones del Grupo 16, donde fundó el suplemento de libros Disidencias, en la SER, en Radiocadena (donde obtuvo el premio Ondas 1988 por su programa «El mundo por montera») y en Televisión Española (con programas como Encuentros con las Letras, Tauromagia, Biblioteca Nacional, La Noche - El Mundo por Montera, La Tabla Redonda, Negro sobre Blanco). Actualmente, dirige y presenta en Telemadrid el programa literario Las Noches Blancas.

Notas

[1] *Te* en el original. <<

[2] Consúltese la obra del mismo título (Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid) publicada por Roberto Mesa con el sello editorial de dicha institución, 1982. Ha sido reeditado en 2006. <<

[3] Pedro Laín Entralgo. <<

[4] Joaquín Ruiz-Giménez (Educación) y Raimundo Fernández-Cuesta (Secretaría General del Movimiento). <<

[5] Manuel Torres López. Lo era de la Facultad de Derecho. <<

[6] Miguel Álvarez Morales. <<



[7] Lo que no será óbice para que, muerto ya Franco, se le ascienda a *superagente de la democracia* (sic). <<

[8] *«[…] Que a pesar de los envíos que se le han hecho de propaganda comunista, nadie le ha hecho, sin embargo, proposiciones para su incorporación, en caso de que funcione el Partido Comunista, ignorando que alguna de las actitudes que tanto él como sus amigos han tomado se deban a instrucciones de dicho partido, y si en algún caso eso ha sucedido, él, y cree que sus amigos, han actuado por sí y no orientados por nadie… Son las últimas palabras de la declaración de uno de los detenidos del mes de febrero en Madrid» (Jorge Semprún, «Veinte años y un día,» Tusquets, 2004, p. 109). El autor, unas líneas más abajo, alude irónicamente al comisario en cuestión llamándole Roberto Sabuesa. El declarante es la persona detenida e interrogada en el episodio que aquí se evoca.* <<

[9] *Me* en la cita, y *te* —como ya se dijo— en el original. Los pronombres nombran. <<



[10] Voz sánscrita que significa *no violencia*. El término es una de las virtudes mencionadas en la *Baghavad Gita*, pero fue Gandhi quien lo popularizó. <<

[11] *Sigue y acaba la cita de Jorge Semprún incluida en este libro:* son las últimas palabras de la declaración de uno de los detenidos del mes de febrero en Madrid, de Fernando Sánchez Dragó, concretamente, «de diecinueve años, estudiante de Filosofía y Letras, hijo de Fernando y Elena, natural de Madrid, y con domicilio en Lope de Rueda, número veintiuno, tercero derecha, de esta capital», según se dice en el documento que Roberto Sabuesa acaba de consultar, por enésima vez, a medianoche *(ob. cit., p. 109).* <<

[12] Lo ha contado Luis Romero en su obra *Tres días de julio*. Ed. Ariel, 1967. <<

[13] Hojilla con los resultados de los partidos de la liga de fútbol que todos los domingos de la temporada deportiva se repartía por las calles de Madrid al caer el sol. <<



[14] *Todas hieren, la última mata*… Da vergüenza aclararlo, pero a los jóvenes zotes, *aunque sobradamente preparados* por el multiculturalismo y la corrección política de la hora actual, el latín les sabe a chino. <<

[15] Véase, por ejemplo, Jorge Semprún, ob. cit., p. 103. <<



[16] Así describe Góngora, en sus *Soledades*, el ígneo zigzag carmesí de una fogata que se está extinguiendo. <<



[17] Autor, entre otras obras, de *Los hijos de Túbal* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2002). <<



[18] Sánchez Portal (1902-1990), pero todo el mundo lo conocía y llamaba por su nombre de pila. <<



[19] *Ochenta años de la vida española en imágenes* — ALFONSO, fotógrafo de la Historia. <<

[20] Yo las llamo *fenómenos de convergencia* en mi libro *La del alba sería* (Planeta, 1996) Stanislas y Christina Grof las incluyen en lo que ellos consideran *situaciones de emergencia espiritual* (vid. *La tormentosa búsqueda del ser*, La Liebre de Marzo, 1995). <<



[21] Fue (y es, porque está vivo, y bien vivo, con casi ochenta años a cuestas) uno de los amotinados del 56. <<

[22] Eso dice el recorte, pero en la *Autobiografía intrascendente (reportaje menguado de la guerra española. Tipos, estampas, situaciones)* de mi tío Modesto Sánchez Monreal se alude a él en varias ocasiones como director de *La Voz*. El libro está inédito. <<

[23] Hasta Umbral tiene un libro que se titula así, pero el inventor de esta bellísima metáfora filosófica fue nada menos que Heidegger. Caigo ahora en la cuenta, por cierto, de que eso —un ser de lejanías— fue, siempre, para mí, mi padre, y también lo fue José Antonio, *el Ausente*, para los suyos. <<

[24] Así los llama el marqués de Tamarón en *El rompimiento de gloria* (ed. Pre-Textos, 2003), novela sobre la guerra civil y sus aledaños en la que se dicen cosas muy distintas a las que siempre nos han dicho los escritores de izquierdas y los de derechas. <<

[25] Por Eduardo de Guzmán. <<

[26] Ob. cit., p. 180. <<

[27] Ed. del Toro, 1973. <<

[28] Ob. cit., p. 17. <<

[29] Y en el introito. <<

[30] Ob. cit., pp. 17 y 18. <<

[31] Ob. cit., pp. 22 y 23. <<

[32] Ob. cit., p. 25. <<



[33] Febus, Noti-Sport, Alpes (de colaboraciones literarias) y Esparta (de noticias referentes al cine y, creo, al mundo del espectáculo). <<

[34] *Está en* El diablo mundo. <<



[35] Uno de ellos, Tito, lo intentó, pero tuvo que batirse en retirada. Alguna de sus hijas también corrió, sin éxito, el mismo albur. <<

[36] Sobrevivía. Falleció en septiembre de 2001. <<



[37] Eso creía entonces, pero no fueron semanas, sino meses. Se verá cómo y por qué más adelante. <<

[38] *Sentado alegre en la popa*. Planeta, 2004, pp. 342-345. <<



[39] Otro error. Lo corregiré en la segunda parte de este libro. Veníamos de Melilla, y no en avioneta (como diré a renglón seguido), sino en un buque de guerra. <<



[40] Ya apareció el artefacto. Lo hubo, sí, pero nos llevó de Orán a Melilla, y no, como dije, a Huelva. <<



[41] Mal creído. A los pocos meses, quizá semanas, pusimos rumbo a Galicia en otro buque de guerra. Ya llegaremos a eso. <<

[42] Bueno, bueno… No tan escaso, al parecer. Más adelante se sabrá por qué lo digo. <<

[43] Ceremonia por un teniente abandonado. *Espasa, 1998*. <<

[44] Se refiere a la del 17 de julio. <<

[45] Ob. cit., p. 6. <<

[46] Más sincronías, más *causalidades*. Descubro ahora, al soslayo, que en el décimo número de esa calle tenía su casa José María Ruiz-Gallardón, hijo de El Tebib Arrumi, padre del actual alcalde de Madrid y compañero de cárcel de quien suscribe tras los sucesos del 56. Ya falleció. <<

[47] También lo hacían allí los Sender. El escritor regresó el día veinte a Madrid mientras su mujer y sus hijos buscaron refugio —ignoro la razón— en Zamora, donde ella fue fusilada. Tampoco sé si existían lazos de amistad o vecindad entre mi tío, el autor de *Crónica del alba* y sus respectivas familias. Es el propio Sender quien proporciona los datos que esta nota recoge en su libro *Diario de un escritor (y retrato de mis amigos famosos)*, Madrid, 2005, pp. 48 y 49. <<

[48] Tarea estéril. Tiro la toalla. Nadie, a estas alturas, puede darme ya razón de ello. <<

[49] En ella, por cierto, trabajaba como taquígrafo el padre de Javier y Jorge Martínez Reverte, que en los primeros días de agosto, al irrumpir los comunistas en la sede de la agencia y confiscarla, se fue derechito al paro. También figuraba en la plantilla de Febus, como redactor, el tío de los dos escritores citados. Son noticias curiosas que recojo en *La batalla de Madrid* (Madrid, 2004, p. 19), de Jorge Martínez Reverte, y en *Soldado de poca fortuna*, libro de Jesús Martínez, que es el taquígrafo de Febus al que más arriba hice referencia. <<

[50] No es cierto. La crearon los Urgoiti y Papelera Española, dueños de *El Sol*, para atajar el cuasi monopolio informativo que en aquellos años ejercía la agencia Havas. <<

[51] Ha corrido mucha tinta sobre ese doble episodio, aún no esclarecido por completo. Léase, por ejemplo, lo que dicen de él Iñaki Anasagasti y Josu Erkoreka en *Dos familias vascas: Areilza y Aznar*, Foca, 2003, pp. 5561-582, y Jesús Tanco, *Manuel Aznar*, Planeta, 2004. <<

[52] Era el *Noti-Sport*, que se publicaba en Madrid. No duró mucho. <<

[53] Así lo definen Iñaki Anasagasti y Josu Erkoreka, ob. cit. <<

[54] Los hinduistas y los budistas calculan la edad de las personas a partir del momento de su concepción y no, como en Occidente, a partir del instante del alumbramiento. Juiciosa actitud, digo yo, de la que además, y por cierto, se deduce que el aborto… Recapaciten, amigos y, sobre todo, amigas. <<

[55] Acuda quien quiera arrojar luz sobre tan enigmática afirmación a las obras de Alejandro Jodorowsky y, en especial, a la titulada *Donde mejor canta un pájaro* (Siruela, 2002). <<

[56] Su médico era el primer miembro de la familia del que guardamos recuerdo. Es asombroso que nunca haya ido yo a Córcega. Tendré que llenar, sin tardanza, ese hueco. <<



[57] El grito está, afortunadamente, en desuso. Las siglas significaban *Uníos Hermanos Proletarios*. <<

[58] Don Manuel Casanova, Director de *Heraldo de Aragón,* o Sr. Administrador. Zaragoza. Don Felipe Martínez Zaporta o don Angel Martínez. La Rioja. Logroño. (*Es copia literal del encabezamiento de la carta*.) <<

[59] También yo, aunque no siempre lo parezca y lleve fama, incluso, de lo contrario. Confunden, quienes la aticen, el *estar* con el *ser*. Lo andariego no quita a lo solariego y la evidencia numérica (y, en el fondo, anecdótica) de que voy ya por la séptima —y última, espero— mujer de mi asendereada vida conyugal más demuestra mi afición a lo doméstico, aunque no a lo domesticado, que al desapego familiar. *¿Excusatio non petita?* <<

[60] … con chaquetillas de cuero / y pantalones también. / Los que venimos del frente / los cojones se nos ven. *Eso cantaban, eso pensaban, eso decían… Encima, farrucos.* <<

[61] Queipo de Llano. Gloria e infortunio de un general. *Planeta, 2001*. <<



[62] Eduardo de Guzmán, que no es sospechoso de derechismo ni de fascismo, así lo reconoce (ob. cit., pp. 34 y 55). <<



[63] Acuda quien quiera conocer más datos sobre este divertido culebrón a la memoria del aviador Ignacio Hidalgo de Cisneros (*Cambio de rumbo*, Bucarest, 1970). <<

[64] Ob. cit., p. 313. <<



[65] Sucedió (o no sucedió) mucho antes en Marruecos. Véase para más aclaraciones y ulteriores investigaciones, lo que dice su nieta. Ob. cit., p. 467. <<

[66] En *www.antonioburgos.com/memorias/1998/12/memo121298.html*. ¡Qué horror! Parece un mensaje de Matrix o algo por el estilo. Es la primera vez que me veo en un trance así. <<

[67] Ob. cit., p. 216. <<

[68] Lo corrobora, una vez más, el anarquista y siempre fidedigno Eduardo de Guzmán. «Respecto a Cabanellas, cuyos entusiasmos republicanos y antecedentes masónicos no constituyen un secreto para nadie, se recuerda una frase dirigida a Largo Caballero en los pasillos del Congreso, delante de numerosos diputados y periodistas: *“Si hace falta lanzarse al campo para defender la República, cuenten conmigo”*.» Ob. cit., p. 34. <<

[69] «Los tres días perdidos estúpidamente por los gobernantes republicanos y desperdiciados asimismo de manera incomprensible por los militares —que repiten tácticas y procedimientos clásicos del siglo XIX, olvidando que estamos en el XX—, han permitido a los trabajadores movilizarse para la lucha y —contra la voluntad expresa y manifiesta de Azaña, Casares Quiroga y Martínez Barrio— hacerse con las armas precisas para combatir eficazmente» (E. de Guzmán, ob. cit., p. 109). Queipo no cayó en ese error. <<

[70] Ana Quevedo, ob. cit., p. 241. <<

[71] El fundador de la Falange, que aún no existía, lo hizo, a traición, para defender el buen nombre de su padre. Fue, creo, en 1932. El episodio, en cualquier caso, resulta confuso. Para más aclaraciones, vid. ob. cit., pp. 240-243. <<

[72] Ob. cit., p. 398. <<

[73] Fecha de la carta escrita por el director de *El Ideal* de Granada. <<

[74] Casi nadie lo tuvo, en la España roja, hasta tres semanas después, que es cuando se divulgó la mala nueva. En la nacional fue el *Diario de Burgos* quien la sacó a relucir el diecinueve de septiembre del 36. El cadáver de Fernando Monreal llevaba cinco días bajo tierra. <<

[75] Cito a través de Ana Quevedo, ob. cit., p. 343. <<

[76] Transcrito por Ana Quevedo, ob. cit., p. 423. <<

[77] Junto a Varela, pero éste no formaba parte del Gran Sanedrín o Comité Central de los sublevados. Tampoco figuraba en él Fanjul, al que cito porque fue uno de los felones que tramaron la decisión de no poner Valladolid ni Madrid en manos de Queipo. <<

[78] Para este extremo, y para otros —igualmente íntimos— de la peripecia exterior del héroe caído en desgracia, así como para todo lo relativo a la aleve maniobra con la que Franco se lo quitó de encima, acúdase, en el libro de Ana Quevedo tantas veces citado por mí, a su decimotercer capítulo. <<

[79] La cursiva es mía. <<

[80] Hijo de quien fuera director de *La Vanguardia* y primo de mi padre. <<

[81] El Norte de Castilla. *Había otro, de menor calibre: el* Diario Regional. <<

[82] Ángel Goicoechea, de *El Diario de Navarra*, Pamplona; Rafael Almeida, de *Hoy*, Badajoz; Rogelio Pérez, Lisboa, y Director Administrador, *La Libertad*, Vitoria. <<

[83] Don Ángel Goicoechea. <<

[84] El del préstamo. <<

[85] Dirigida a Rafael Almeida, redactor deportivo de *Hoy*, Badajoz. <<

[86] El de siempre. <<



[87] Pedía mi padre, en esta ocasión, escudos, que ya se encargarían de convertir en pesetas los funcionarios de los servicios postales. <<

[88] Más adelante cambiaré de opinión. <<

[89] Fue el 3 de septiembre. <<

[90] Conocido folletinista, muy popular, aún, en la época. <<



[91] Vid. lo que Jorge Martínez Reverte cuenta al respecto en su libro, ya citado, *La batalla de Madrid*, p. 217. <<

[92] Añado lo de *relativamente* porque Onésimo no murió en la retaguardia, como los demás *difuntos paralelos* citados en el introito de esta obra, sino en el frente. <<

[93] Curioso, ¿no? Porque ahora, con un amago de Frente Popular (separatista en lo tocante a alguno de sus miembros), vuelve a ser semidelictivo, aunque no quepa aún —tampoco cabía entonces— perseguir judicialmente ese grito patriótico. Antonio Machado, en el *Juan de Mairena*, llegaría al extremo de sostener que un pueblo que exclame «¡Viva Rusia!» puede ser más *nacional*, que uno que grita «¡Viva España!» Así estaban y están las cosas. <<



[94] A propósito del cual corrió el bulo de que había muerto en zona roja. No fue, afortunadamente, así. Viviría aún muchos años. <<

[95] Cit. por Montse Armengou y Ricard Belis, en *Las fosas del silencio*, Barcelona, 2004, p. 191. La frase va al pie de la reproducción de una curiosa caricatura de Maura publicada en el semanario satírico *Gutiérrez*. <<

[96] *Así cayó Alfonso XIII*. Maura tenía autoridad para contarlo. Estaba en la cárcel, y salió de ella, cuando la segunda República ocupó el vacío dejado por la vergonzosa e injustificada fuga del borboncillo. <<



[97] Y en el tercer piso (vid. *Guía-Anuario de Valladolid y su provincia*, editada por la casa Santarém, 1922, p. 73). <<

[98] En este libro se recoge la versión dada por Modesto Sánchez Monreal en sus memorias, que es la más verosímil. El fotógrafo Alfonso y el periodista Eduardo de Guzmán sostienen que mi padre salió de la calle de Fernanflor, detrás de las Cortes. Da lo mismo, a efectos de lo que aquí estoy contando y elucubrando. <<

[99] Con mayúsculas en el original. <<

[100] Mika Waltari. <<

[101] La de Anthony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 137. <<

[102] Vid. p. 13 en el *Introito* de este libro. <<

[103] *Isaac Pérez Rilova*, Guerra Civil y violencia política en Burgos (1936-1939). *Ed. Dossoles, Burgos, 2001*. <<

[104] *Diario de un guerrero*, Barcelona, 1992, pp. 544 y 545. <<

[105] Ya se ha citado. <<

[106] La del alba sería (Mis encuentros con lo invisible, *1), Barcelona, 1996.* <<

[107] Vid. el *Introito* de este libro. <<

[108] Con este término, que en español no tiene equivalencia, designan los sicilianos la peculiar reacción, hecha en ominoso y cómplice silencio, con la que los habitantes de la isla, casi sin excepción, acogen y rodean los delitos perpetrados por la mafia. <<



[109] Iiinerarios de la guerra civil española (guía del viajero curioso), *Madrid, 2001, p. 197*. <<



[110] Recogido en el anexo documental de Armengou, Montse, y Belis, Ricard, ob. cit., p. 264. <<



[111] Entre ellos, escrito a medias con Santos Juliá, *Víctimas de la guerra civil* Madrid, 1999. <<

[112] Ob. cit., pp. 53 y 54. <<

[113] Ob. cit., pp. 54 y 55. <<

[114] Ob. cit., p. 55 <<

[115] Ob. cit., p. 264. <<

[116] Ob. cit., p. 56. <<

[117] Pre-Textos, Valencia, 2005. <<

[118] Ob. cit., pp. 63 y 66. <<

[119] Ob. cit., p. 371. <<



[120] Seoane, María Cruz, y Saiz, María Dolores, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1889-936*, Madrid, 1996, pp. 41-43. <<

[121] Varios autores, ed. de Pepa Roma, Madrid, 2001. <<

[122] Vid. ob. cit., pp. 67 y 68. <<

[123] Ob. cit., pp. 54 y 55. <<

[124] Seoane, María Cruz, y Saiz, María Dolores, ob. cit., pp. 41-43. <<

[125] En la p. 61. <<

[126] Booklet, Planeta, 2006. <<

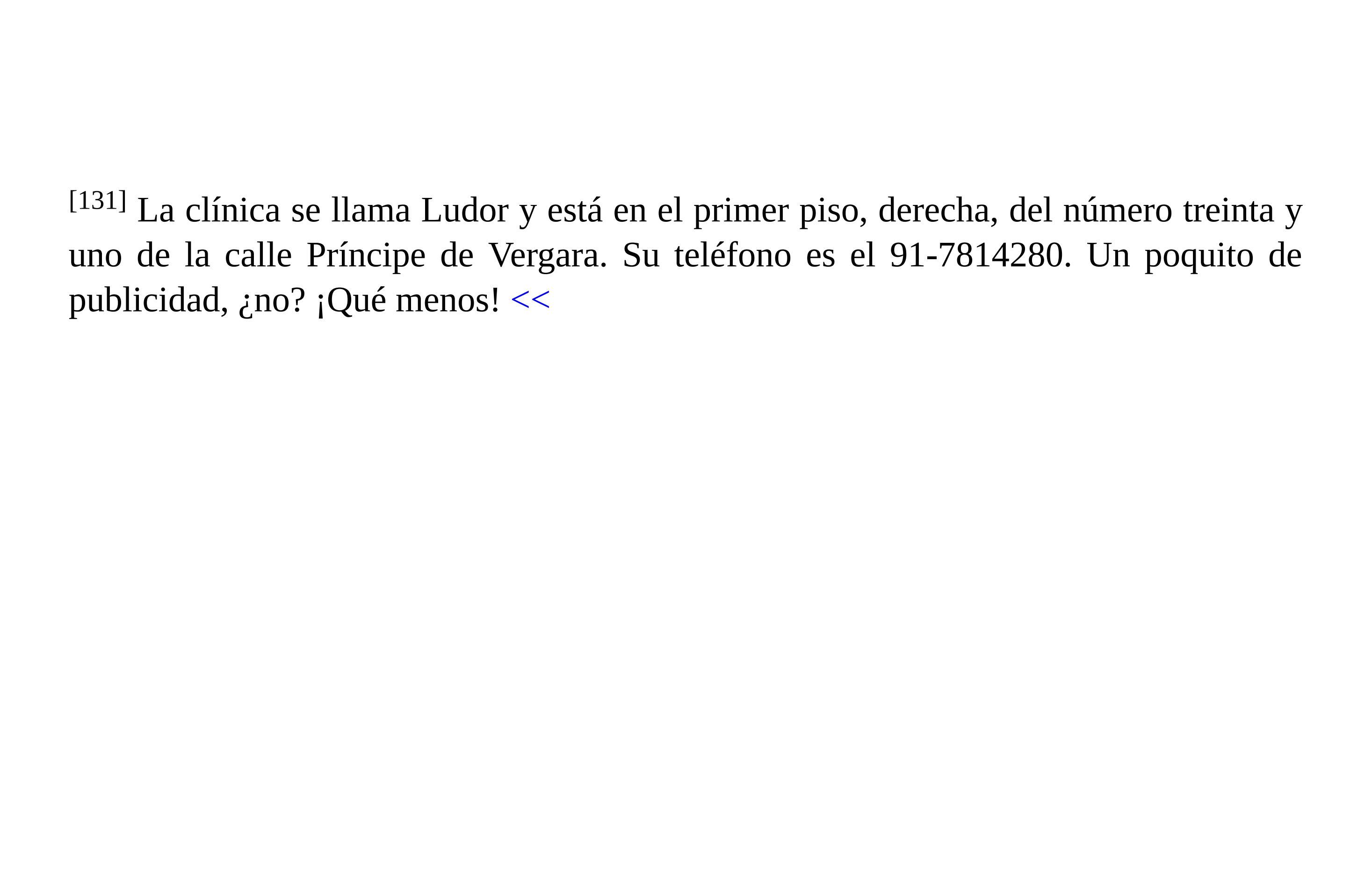
[127] *Un año de amor*, Madrid, 2005. <<



[128] *Sentado alegre en la popa*, última entrega de la serie, Barcelona, 2004, pp. 342-344. <<

[129] Nacer es *explosión*, morir es *implosión*: secuencias complementarias que se muerden la cola, como el *uróboros* de la alquimia, en el sucederse de las encarnaciones y reencarnaciones. Decía mi *alter ego* (Dionisio) en *La prueba del laberinto*: «Y, por último, he aprendido que la muerte debe vivirse como si fuera (que lo es) un gigantesco y definitivo orgasmo. En el momento de morir —son palabras de mi maestro— sé consciente de tu cuerpo que muere, como si se retirase hacia el centro, y entonces serás inmortal» (ob. cit., Barcelona, 1992, p. 309). <<

[130] Cayó en picado mi actividad sexual. <<



[131] La clínica se llama Ludor y está en el primer piso, derecha, del número treinta y uno de la calle Príncipe de Vergara. Su teléfono es el 91-7814280. Un poquito de publicidad, ¿no? ¡Qué menos! <<



[132] Todo esto ha sido minuciosamente contado ya en mi último libro: *Kokoro — A vida o muerte* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2005). <<

[133] Lo avisé, aunque todavía no lo había hecho, en el *introito*. <<



[134] Ya citada, creo… Su título es, significativamente, *El camino del corazón.* Pido disculpas por elogiarla. <<

[135] El folleto se titula: *¿Qué me dice usted de los presos?* Antonio Ruiz Vega *Watson* ha encontrado la cita en internet, pero no puedo especificar en qué libro o texto de Eduardo de Guzmán se encuentra. <<



[136] Así se titulaba la novela con la que el periodista Emilio Romero ganó, en 1960, el premio Planeta. <<

[137] Lo conté, atribuyéndolo a Dionisio, su protagonista, en mi novela *Las fuentes del Nilo*. Reproduciré ese pasaje, unido a otros del mismo libro, en el tercer acto de éste. <<

[138] Sófocles, *Tragedias completas*, edición de José Vara Donado, Cátedra, Madrid, 1985, pp. 216 y 217. <<

[139] Ob. cit., p. 221. <<



[140] Léase su libro, ya citado, *Donde mejor canta un pájaro* y acúdase, en su momento, a lo que yo mismo desvelaré en el tercer acto de esta tragedia. <<

[141] Editorial Alhulia, Madrid, 2005. <<

[142] Ob. cit., p. 18. <<

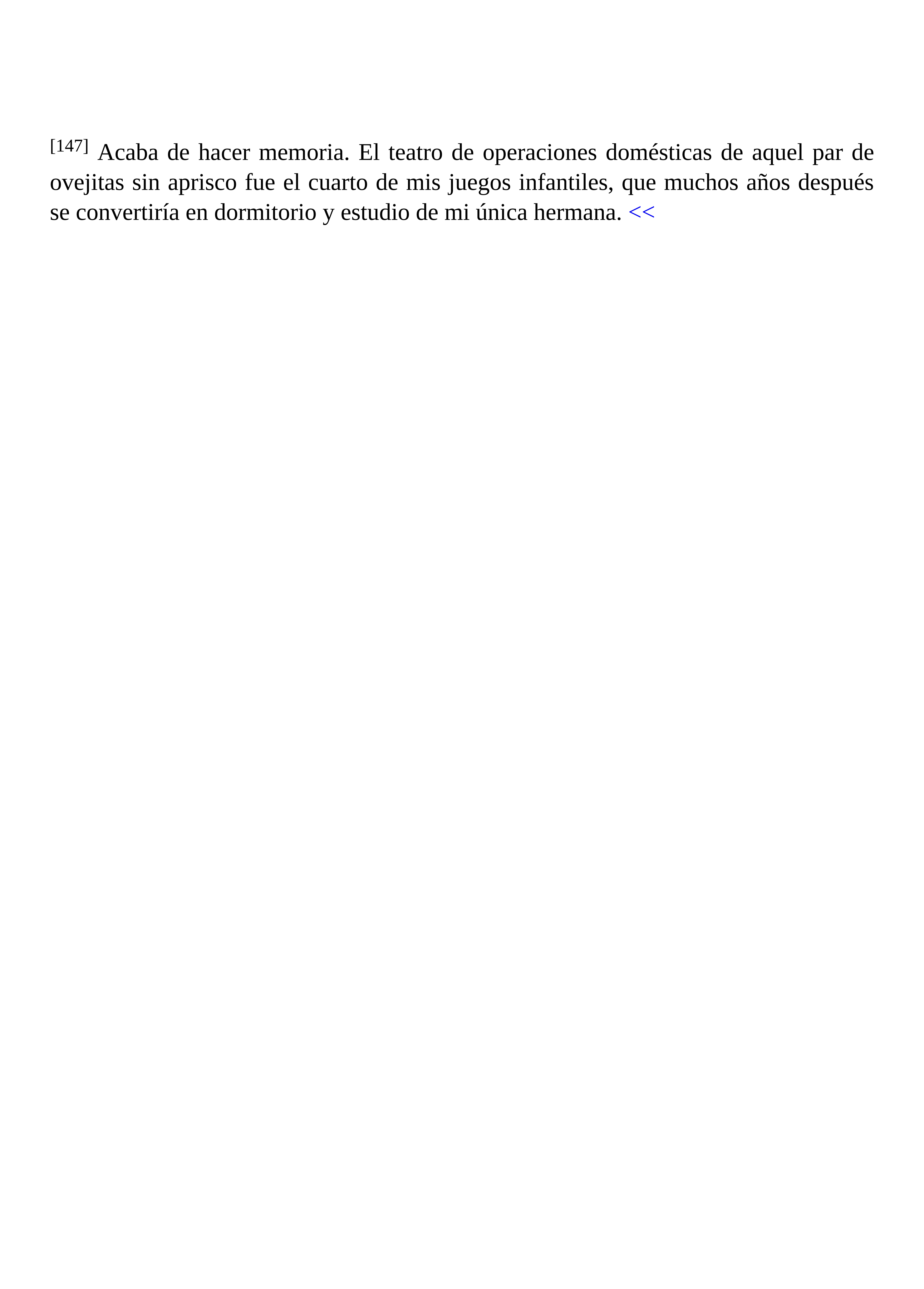
[143] Recojo estas nociones en otro libro hojeado anoche por *causualidad*. Se titula *Antimemorias — Nuestros actos dominados por nuestro inconsciente* (La Biblioteca del Laberinto, Madrid, 2004, p. 102) y su autor es Ricardo Sarriá Salas, del que nada, por ignorarlo todo, puedo decir. <<

[144] Resulta que ahora, un año después, va la testigo y se me desdice asegurando que ella no presenció, físicamente, la escena del balcón, por lo que mal pudo agarrar a su hermana y escuchar sus imprecaciones. ¿De dónde, entonces, he sacado yo tan detallada y convincente descripción de los hechos? ¿Me lo han contado las meigas? De locos, lector, de locos. <<



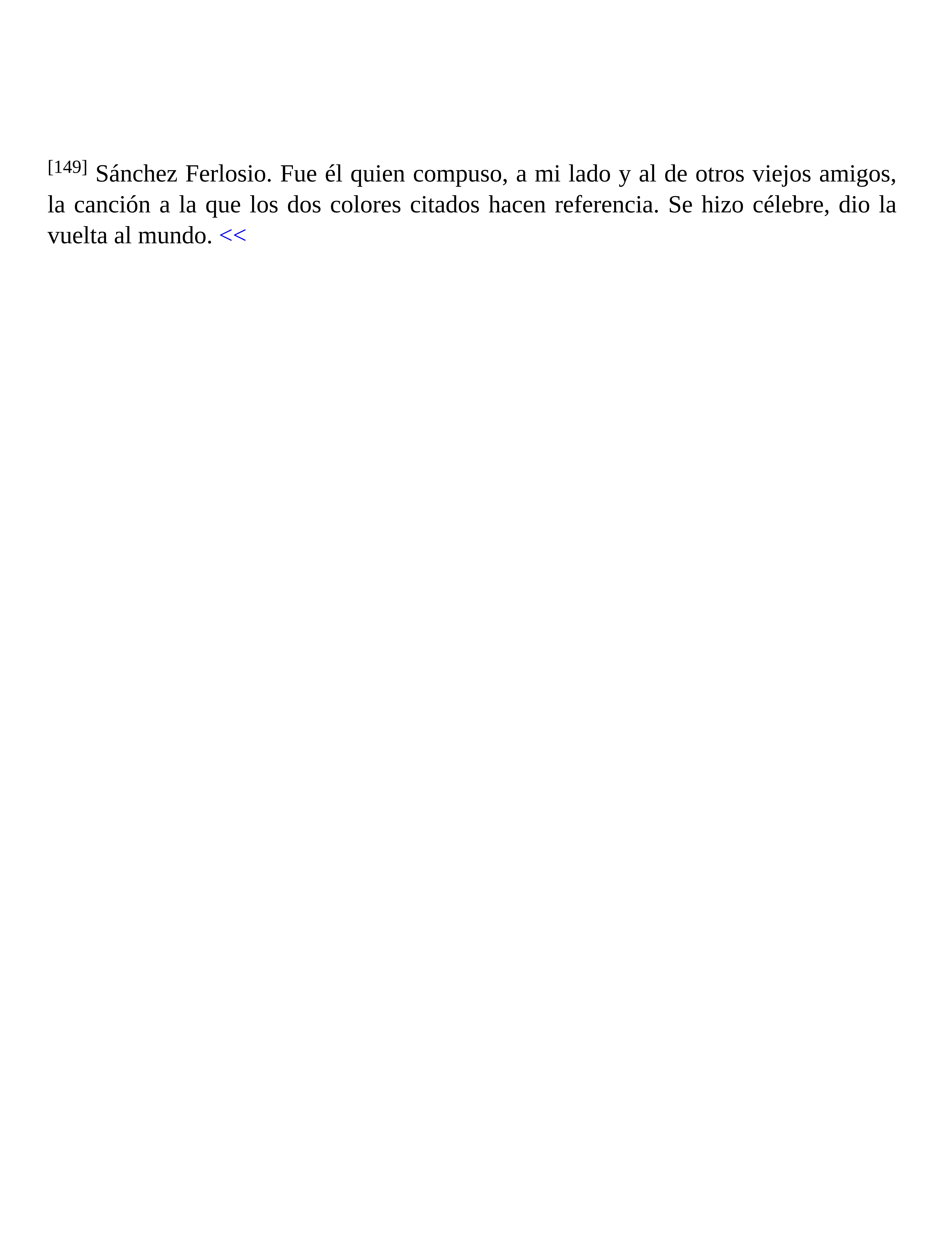
[145] Librería Santarém. Lo he conseguido, sin tapas, sin lomo, sin guarnición, descangallado, hecho unos zorros, en una subasta de Internet. <<

[146] Falso. Esa buena señora, a la que yo, viejísima ya, alcancé a conocer, se había quedado con mi abuelo y mis tíos Modesto y Angustias, en Madrid. Lo demuestra una carta de mi otro abuelo que aún no había, hasta hoy, leído. <<



[147] Acaba de hacer memoria. El teatro de operaciones domésticas de aquel par de ovejitas sin aprisco fue el cuarto de mis juegos infantiles, que muchos años después se convertiría en dormitorio y estudio de mi única hermana. <<

[148] Concerniente al hijo de Largo Caballero. <<



[149] Sánchez Ferlosio. Fue él quien compuso, a mi lado y al de otros viejos amigos, la canción a la que los dos colores citados hacen referencia. Se hizo célebre, dio la vuelta al mundo. <<

[150] José Antonio Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo sí*, El Gallo de Marzo, Madrid, 2005. Lo recibí el día de mi santo —ya nadie lo celebra— con la siguiente dedicatoria: «A Fernando Sánchez Dragó, que en aquel hombre, tendido entre las sombras, vio luz. Y lo dijo. A todos los vientos, lo dijo. Con un par. Gracias.» Las que yo te doy, José Antonio. <<

[151] Ob. cit., pp. 145 y 146. <<



[152] Lo certifica, documentos en mano, José Antonio Martín Otín en la obra ya citada (p. 47). <<

[153] Ob. cit., p. 48. <<

[154] José Antonio Martín Otín, ob. cit., p. 159. <<

[155] Planeta, Barcelona, 1977. <<



[156] Es Joaquín Albaicín quien recoge estos datos en su artículo «José Antonio en Coyoacán» (*Altar Mayor*, n.º 93 mayo-junio de 2004, p. 793). <<

[157] Ob. cit., p. 242. <<



[158] Es el sociólogo Amando de Miguel, entre otros, quien lo señala en el libro, ya citado, de Martín Otín, p. 160. <<



[159] Es, una vez más, Martín Otín quien transcribe el comentario, y yo, que traté muchísimo a Torrente, me lo creo (ob. cit., p. 148). <<



[160] Citado por Stanley G. Payne en *Franco y José Antonio — El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, 1997, pp. 369 y 370. <<

[161] ANTE LA MADRE DE UN CAMARADA MUERTO

A la señora de Ruiz Vernacci, madre de Joaquín y Enrique.

Vengo sin él; pero su noble carga
pones sobre mis hombros
ahora que unge tu débil mansedumbre
el reproche indecible.
Lo miro con tus ojos. Sí, lo veo;
era el más puro, él solo;
era tan niño como tú lo llevas
de nuevo en las entrañas.
Vengo sin él. Y maternal, sencilla,
generosa, lo buscas
con la ciega esperanza acongojada
sobre mi pensamiento.
Me turba tristemente la riqueza
de que estoy revestido;
él nutriendo mi fuerza y moribunda
tu sangre en mi palabra.
Su muerte son mis labios: soy su muerte
brava, serena, dulce.
Y su vida también, esa que acoge
la duda en tu sonrisa.
Perdóname si vivo, si se yergue
mi entereza doblada
mientras llena el despojo de tus venas
un cielo resignado.
Perdóname si soy la galería

donde duerme el soldado entre la nieve
y el muro que interpone su dureza
entre su mansedumbre y tu consuelo.
Vengo sin él. ¿Inquieres? ¿Adivinas?
¿Acaricias? ¿Alcanzas?
Y al fin el alma se me extiende, lenta
como un paisaje, a tu dolor de madre. <<

[162] Allí nació Ridruejo. <<

[163] El cuaderno gris. <<

[164] Íd., p. 133. <<

[165] La Dragontea. Diario de un guerrero, *p. 226*. <<



[166] Así se llamaba el programa de televisión (y, antes, de radio) que dirigí y presenté en la segunda mitad de la década de los ochenta. <<

[167] Ob. cit., pp. 226 y 227. <<

[168] Íd. p. 58. <<

[169] Así, *La corte literaria de José Antonio* (Crítica, Barcelona, 2003), se llama el libro, excelente, escrito por los hermanos Mónica y Pablo Carbajosa, que dio pie al primer programa. <<



[170] Me equivocaba. Otra vez se ha abierto la caja de los truenos. No contaba yo con tal delirio. <<

[171] Suárez. Anda ya el hombre perdido en otros mundos. <<

[172] Lo duro es releerme. Razón llevaba: ¡ingenua pluma era entonces la mía! Quizá lo siga siendo también ahora, pero no es probable que dentro de veinte años, con ochenta y ocho en mis alforjas, pueda yo volver a juzgarla. <<

[173] Abominable jerga de progresía. Se trataba, ¡qué coño!, de mi mujer. <<



[174] Alusión, que hoy parece esotérica, al ingreso de España en la Unión Europea, que yo detestaba entonces y aún más detesto ahora. <<

[175] No, no lo fue. Adolece, esa opinión, de simplonería, malevolencia e ignorancia. Franco tenía personalidad propia, y el Régimen que instauró, también. Ni el uno ni el otro fueron, semejanzas anecdóticas aparte, calcos de nada. <<

[176] Era, entonces, Jefe Nacional, me parece, o algo así, de la Falange renovada. <<

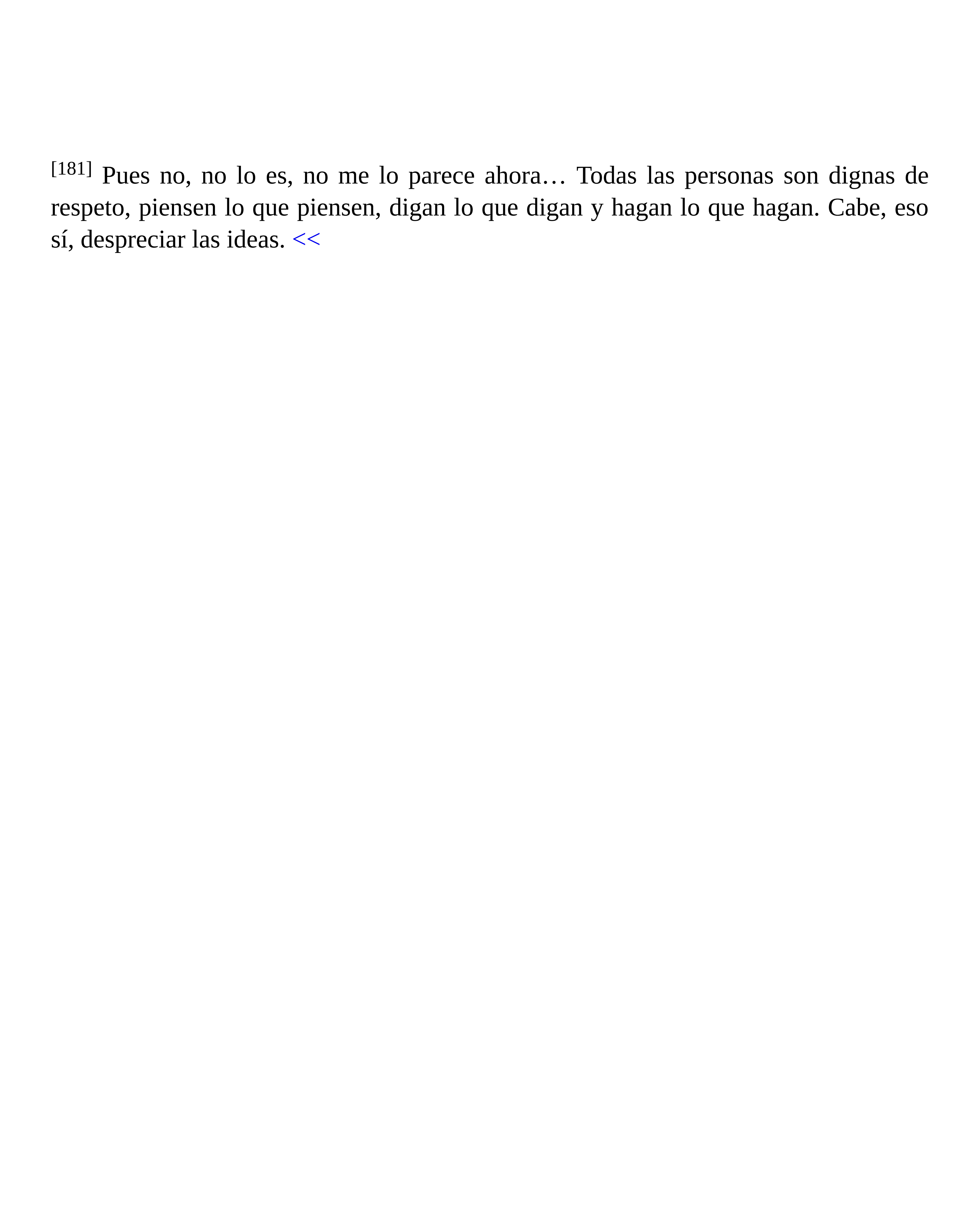
[177] Aún me tenía por tal y no me avergonzaba serlo. <<

[178] Ni me lo parece ahora ni me lo parecía entonces. Lo fue, sin duda, para otros, pero yo lo pasé divinamente en la libérrima, surrealista España de Ava Gardner, Hemingway, Orson Welles y los Dominguín, el café Gijón, las cuevas de Sésamo, los cines de programa doble, la ausencia de turistas, inmigrantes y ordenadores, y el antifranquismo. Dije lo del *purgatorio* sin sentirlo ni pensarlo, por bobaliconería democrática. <<

[179] Lo era… O mejor dicho, fingía que lo era. <<



[180] Pero hablé, una vez, con él. Conté esta misma historia, hace ya tiempo en un programa de radio, la escuchó y telefoneó a la emisora. ¡Qué alegría! <<



[181] Pues no, no lo es, no me lo parece ahora… Todas las personas son dignas de respeto, piensen lo que piensen, digan lo que digan y hagan lo que hagan. Cabe, eso sí, despreciar las ideas. <<

[182] ¿Y qué merezco yo por meterme en camisa de once varas? <<

[183] ¡Lo que me faltaba! ¡Yo, Anarca Mayor del Reino, adelantado de los *hippies* en Katmandú y corifeo de la cruzada de los niños terribles de 1968, metido a acusica y buscando refugio en las faldas de la Santa Hermandad! <<

[184] Cit. por Sheelag Elwood, Prietas las filas (historia de la Falange Española, 1933-1983), Crítica, Barcelona, 1984, p. 258. <<

[185] Cit. por Sheelag Elwood, ob. cit., p. 258. <<



[186] Oscilan, según los historiadores, entre un mínimo de dos mil y un máximo de treinta mil. <<

[187] *Visto y vivido, 1931-1937*, Barcelona, 1982, p. 236 (cit. por Stanley G. Payne, *Franco y José Antonio — El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, 1997, p. 336). <<



[188] He extraviado la fotocopia de la página de créditos del libro al que pertenece el fragmento en cuestión. <<

[189] Se refiere José Antonio, lo ha dicho antes, a la necesidad y deseo de que «todos los pueblos de España se sientan armonizados en una unidad de destino; que desaparezcan los partidos políticos; que se respete la libertad profunda del hombre; que todos se sientan miembros de una comunidad; que se dé a todo hombre la manera de ganarse con su trabajo una vida humana, justa y digna; que el espíritu religioso sea respetado como se merece; que España recobre el sentido universal de su cultura y de su Historia». ¡Caramba! ¿Fue José Antonio quien dijo esto o son los políticos del día de hoy, ya de derechas, ya de izquierdas, quienes —eliminando sólo lo concerniente a los partidos— lo dicen, o podrían decirlo? ¿A qué ton, entonces, la demonización posfranquista del fundador de la Falange? <<

[190] Testimonios recogidos —todos ellos— por Enrique de Aguinaga en *José Antonio Primo de Rivera*, escrito en colaboración con Stanley G. Payne, Ediciones B, Barcelona, 2003, pp. 67-70. <<

[191] Cit. por Stanley G. Payne, *Franco y José Antonio*, pp. 201 y 202. <<

[192] Decano de la Facultad de Derecho de Madrid que con su actitud y sus patrióticas agallas propició en el invierno de 1954 la salida a la calle de la Universidad para pedir a grito pelado un Gibraltar español. Allí se fraguó todo lo que vino luego. Torres López era, a la sazón, profesor mío, y yo lo escuché cuando dijo lo que dijo. Fue un clamor. <<

[193] Rectctor Magnífico de la Universidad de Madrid cuando parte de ésta, en febrero de 1956, se sublevó contra Franco y originó la primera crisis grave de su Régimen. <<

[194] Ministro de Educación por las mismas fechas. <<

[195] Jorge Semprún, Roberto Mesa, Pablo Lizcano, Jordi Gracia, José Álvarez Cobelas, Santos Juliá… <<



[196] Cit. por Enrique de Aguinaga, *José Antonio Primo de Rivera*, Barcelona, 2003, p. 38. <<

[197] La Dragontea. Diario de un guerrero, *Barcelona*, *1992*, *p. 428*. <<

[198] Ob. cit., p. 39. <<

[199] Anthony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, Barcelona, p. 262. <<



[200] Recojo el dato en José Antonio Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo sí*, p. 162. <<

[201] Consúltese al respecto la interesante, documentadísima y ya mencionada obra de los hermanos Carbajosa. <<

[202] *La liberta*, Planeta, Barcelona, 1992. Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi familia. Siempre he sido partidario del nepotismo, que me parece ético, conveniente y lógico. <<



[203] Pormenores —todos éstos— recogidos por mí, aunque hay otras muchas fuentes y testimonios, en José Antonio Martín Otín, ob. cit., pp. 160-163. <<

[204] Stanley G. Payne, *Franco y José Antonio*, p. 375. <<

[205] Texto recogido en Stanley G. Payne, ob. cit., pp. 346-348. <<

[206] Anthony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 18 y 19. <<

[207] Encuentro esta frase —cuya autenticidad no me consta. De ahí que no pueda precisar si José Antonio la escribió o la pronunció— en *wvw.terra.es/personal/waffen31/joseantonio.htm*. O es, más bien, Antonio Ruiz Vega *Watson* quien la encuentra, pues carezco yo de las luces necesarias para adentrarme en tamaño berenjenal. Dios, en él, me asista. <<

[208] Anthony Beevor, La guerra civil española, pp. 270 y 271. <<

[209] Anthony Beevor, La guerra civil española, p. 64. <<

[210] Anthony Beevor, La guerra civil española, p. 126. <<

[211] México, 1958, dirigida por Ismael Rodríguez, con un buen elenco de actores: María Félix, Dolores del Río, Pedro Armendáriz, Emilio Fernández… <<

[212] Golpe de efecto y de timón: no íbamos, como apresuradamente supuse, en barco.
<<



[213] Pero Antonio Ruiz Vega Watson sí se lo tomó. Resultado de su investigación: fue el 20 de octubre. <<

[214] Tuvo que ser un aparato de los que cubría la ruta entre Toulouse y Casablanca, con escalas en Alicante, Orán y otros lugares. La línea, gestionada por un consorcio postal francés, siguió funcionando durante toda la guerra. <<

[215] Fue, esto último, el 21 de febrero. <<

[216] Planeta, Barcelona, 1986, p. 25. <<

[217] Íd. <<

[218] ¿Cuál sería? Mi inefable Susana no lo recuerda. <<

[219] La madre de mi padre. Ya la conocemos. <<



[220] El segundo, desde luego, no. Es de 1939. El otro, seguramente, sí. Se terminó de rodar cuatro años antes. <<

[221] Que según Richard Wallace, en su *Light-hearted Friend* (Londres. Gemini Press, 1996) era nada menos que… ¡Jack el Destripador! (Nota de Antonio Ruiz Vega *Watson*). <<



[222] Creo recordar, pero no estoy seguro, ¡empecé este libro hace tanto tiempo!, que he aludido ya, en alguno de sus pasajes, al episodio del balcón roto. <<

[223] Sí que lo hizo. Me consta, pero aún no lo sabía cuando escribí este párrafo. Consiguió, incluso, que le enseñaran las fotos de todas las personas oficialmente fusiladas en Burgos desde el comienzo de la guerra. El rostro de su marido no figuraba en tan fúnebre álbum. Mi madre —dice mi tía— volvió de ese viaje descompuesta. <<

[224] ¿Debo añadir que me refiero al del Tío Raimundo? <<

[225] Se dice que allí, en Nepal, nació Buda. <<



[226] Las que ya he citado y, además, la de Totó, única prima hermana de mi madre que sigue viva. <<

[227] Ahora ya lo sé. La instantánea se disparó el día de la boda de Modestito, gran personaje, hombre de mil industrias y negocios, nieto del prócer que dirigió *La Vanguardia*, inteligentísimo, vivísimo, divertidísimo, primo y discípulo de mi padre, y periodista, él mismo, en flor que nunca —a causa de la guerra y de sus inmundas represalias y operaciones de limpieza ideológica franquista— llegó a serlo. La boda se celebró el 24 de septiembre de 1937. Su mujer —Lola— y su hijo Modesto, al que tan sólo llevo un par de años, todavía, afortunadamente, viven. Acabo de hablar con ellos. Dios los guarde. <<

[228] Preguntas, todas ellas, vanas. Hablo con el único hijo de aquel muerto —mi primo Manolito, ahijado de mi padre— y vengo a saber que fue una angina de pecho, fulminante, la causa de que en 1940 se quedara huérfano. <<

[229] Pues no. Parece ser —Susana *dixit*— que ése era el nombre del palacete heredado en Versalles por las dos hermanas menores de mi tío bisabuelo. Eran solteronas ¿A qué manos habrá ido a parar esa mansión y jardín de los cerezos? ¡Quién la heredase! <<

[230] Así llamaban los republicanos a la República. <<



[231] Mi abuelo y Matilde nos habían visitado dos o tres semanas antes, como demuestra otra carta que en seguida citaré, en Galicia. <<

[232] Fernando Sánchez Dragó, *Las fuentes del Nilo*, Planeta, Barcelona, 1986, pp. 26 y 27. <<

[233] *Eldorado*, Planeta, Barcelona. Se publicó en 1984, pero se escribió en 1960. <<

[234] La muela ya lo ha hecho. Fue en las pp. 416, 417 y 475. <<

[235] Véase p. 266. <<

[236] Era, ya lo sabemos, por la mañana. <<

[237] Ob. cit. pp. 77-81. <<

[238] Ob. cit., pp. 325-327. <<

[239] Primera parte de *Mis encuentros con lo invisible*, Planeta, Barcelona, 1996, pp. 184-186. <<

[240] *Corazón*, en japonés, entendido como sentimiento, no como mera víscera. <<

[241] Ob. cit., p. 185. <<



[242] Alusión a los tres escenarios principales en la vida cotidiana de Dionisio: su casa, la casa de su tío por parte de padre y el colegio en el que estudiaba. <<

[243] Ob. cit., pp. 68-71. <<

[244] Ob. cit., pp. 31 y 32. <<

[245] Fernando Sánchez Dragó, *Kokoro —A vida o muerte*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005. <<



[246] Autor, entre otras cosas, de la novela —ya citada— *Donde mejor canta un pájaro*. <<

[247] No hay por qué ocultar su nombre. Es el padre José María Pilón. <<

[248] La del alba sería. <<

[249] Guillermo Gutiérrez y Francisco Bártoli. Los dos aparecen en la novela *El camino del corazón*. Son, respectivamente, en ella, el Troglodita de Luarca y el Barón Siciliano. <<



[250] *Más Allá*. No puedo especificar su número, porque sólo obra en mi poder el recorte. Firma el artículo Joseph Guijarro. <<



[251] Ya está en la calle. Se titula *Capital de la Cruzada — Burgos durante la guerra civil*, Crítica, 2005. <<

[252] Ob. cit., p. 204. <<

[253] Esa parte de la conversación matutina no se ha transcrito. Tiene, por más que a Dionisio le escueza la irritante afirmación de Jodorowsky su porqué. Otra cosa es que está en lo cierto el psicomago. La lógica explica, pero no demuestra. <<

[254] Tampoco se ha transcrito —ni se va a transcribir— lo que da pie a este supuesto. <<

[255] Siruela, Madrid. Es el mismo sello que había editado de *La vía del Tarot*. <<

[256] *España guadaña*, tal es el título que mi buen amigo Antonio Enrique ha puesto a su última novela. Saldrá pronto, si es que no lo ha hecho ya. Y es, por lo tanto, él, Antonio, quien me inspira este juego de palabras y de conceptos. <<

[257] Me hizo caer en la cuenta, al hablarle de este libro, Rafael Borras. <<

[258] Género literario de la Hélade. En él se cantan y cuentan las andanzas de los héroes troyanos que intentaban regresar a sus lugares de origen. *Nostos* significa *regreso*, y de ahí, en español, *nostalgia*. <<

[259] Aunque ésta sea locura, hay, sin embargo, un método en ella. <<

[260] Bocanas de acceso, en el lenguaje de los mitólogos, al más allá. <<

[261] *Conecta, sintoniza, fluye*. Fue el lema del movimiento psiquedélico norteamericano en los años sesenta. <<

[262] *La Liebre de marzo*, Barcelona, 2005. <<